

Lazos

Miguel Ángel Olmedo Fornas

Miguel Ángel Olmedo Fornas

Lazos

A Luz Trujillo,
por su liberalidad.

EN UN MOMENTO el mundo pasó violentamente de una época a otra.

Hubo una gran explosión, acompañada de estrépito hiriente y feroz sacudida, seguida por un fulgor de ceguera y varias réplicas, a modo de convulsiones, de menor entidad y duración. Finalizado el último temblor y aún sin resolver el enigma, las aves emprendieron vuelo a horizontes más seguros batidas por el pánico, los peces nadaron confundidos y arremolinados entre la succión de ondas agitadas, los animales anfibios y terrestres salieron a escape del ámbito de influencia del bárbaro estallido; apagado el rugido y los incendios dentro de un paréntesis de calma y anuncio impredecible, la nómina de seres vivos con movilidad acreditada, víctima del fenómeno, buscó por sus medios un refugio que oponer a la devoradora fuerza centrípeta. Salvo los humanos, criaturas definidas inteligentes, que no huyeron en masa por los caminos despejados de incertidumbre para librarse de un peligro morboso y maquinal sino que, atados por una sarta de peculiaridades, dieron estupefactos inicio a su ruina; aunque desvinculados de la individualizada rebeldía en trance de aunar respuesta, asomando lenta y juiciosamente alrededor del caos y del humo, no tardaron en proliferar los serviles y arribistas a la nueva y oportuna situación de adanismo experimental.

El suceso originado en un laboratorio de ciencia autónoma, inmune al umbral de la percepción y a los métodos didácticos tradicionales, desataba una cadena de colapsos

con engarce de fugas y atonalidades que producía un concierto de ruido ensordecedor, la desfiguración del paisaje y la extinción de la belleza.

Primera época

La libertad es individual, la iniciativa es privada, la memoria es personal.

Llamada para salir a escena

Dormía profundamente en su lado de la cama. Los ciento cincuenta centímetros de colchón le regalaban cada noche un consuelo de la independencia perdida por la falta de ingresos y perspectivas laborales debido a la prolongada crisis.

Era injusta con él.

Si abrigaba una sospecha de ingratitud en la mujer a la que había abierto las puertas de su casa, lo disimulaba muy bien o eso no parecía importarle; Sergio desechaba las especulaciones y opuesto a las conductas hipócritas opinaba que es una estupidez fingir lo que no se siente.

Sergio tenía la conciencia tranquila, mientras a Lara la suya le incordiaba en la esfera íntima con una acusación directa.

“No le engaño”, se defendía. “¿No le engañas?”, se acusaba” “No...”

Un estruendo ahogó la voz y le aceleró el pulso. Despacio, con cuidado, respirando por la boca, pendiente de la reverberación que sonaba en su cabeza, deslizó la borrosa mirada de la ventana al techo y luego hizo lo propio con el resto del cuerpo. El aire infiltrado por los huecos y las rendijas desprendía un olor mezcla de residuo, ascua y ceniza que fue adueñándose de la habitación y de su insomnio.

Lo que había empezado después de la cena en familia como una simple revisión de documentos privados para cerciorarse de un recuerdo vago, ya metido en la curiosidad y con la hora del sueño vencida, acabó en un desvelo

súbitamente roto por un golpe seco, tremendo a esas horas de silencio, cercano.

Enfrascado en su tarea, Eduardo Reneda se llevó un buen susto y por un instante temió que la detonación —el golpe o lo que fuera semejaba un disparo— viniera de alguna pieza de la casa. Pero en seguida supuso que el ruido provenía del exterior: un portazo, una tapa de contenedor de basura dejada caer a peso desde su plano vertical, un objeto voluminoso resbalado de su soporte en un piso vecino que en la madrugada restalla como un trueno de pirotecnia. Aguzó el oído para captar en las inmediaciones la sucesión de ruidos menores y movimientos esporádicos que confirmaran su deducción, sin obtener resultado.

Conjeturando posibilidades, dio por finalizada aquella sesión intempestiva.

¿Había soñado el estampido de barahúnda? Repasaba mentalmente todo lo que necesitaba para el viaje cuando sintió —¿presintió?— acercarse a su cuerpo tendido en la cama el asalto de una gigantesca ola de espantoso griterío.

Transcurridos unos segundos de zumbido en los oídos, Miguel Vayarte se incorporó tras los cristales a observar el decorado nocturno.

Ningún peligro tangible acechaba la vigilante luz de las farolas ni dentro de la casa. Su equipaje dispuesto con algo más de lo necesario para una estancia de cinco días aguardaba en la habitación de los tránsitos para subir al coche, y en la cocina una provisión de alimentos empaquetados para, sabía Ángela, ayudar desde el estómago a resolver los imprevistos con su aporte energético. Le esperaba en veinticuatro horas un simposio de ciencia política y entretenidos callejeos a la vista del mar.

No olvides nada, le pedía Ángela; con los años se va perdiendo la memoria. Ten mucho cuidado al volante, piensa por ti y por los demás.

Miguel Vayarte hablaba con su mujer en un tono cómplice.

“La maldita conjunción que acaba con las expectativas tiene otros cometidos esta semana. No temas nada de eso que atañe a la crónica de sucesos, cuya definición es la de recetario de truculencias engullidas por el morbo insaciable. Mientras le pase a otro, es el lema de sus adictos. A ti y a mí nos esquivan el peligro que mata.”

Miguel Vayarte estaba convencido de que a los riesgos no había que sumar los miedos.

Cuando quiera, profesor.

Era tarde para volver a la cama y una buena ocasión para empezar la jornada con el primer desayuno.

La especialidad del hombre de leyes en la cocina de la sociedad conyugal

“Ya se cansará quien sea que me busque a estas horas”, confió el abogado Reneda sin interés por averiguar la procedencia de la comunicación. En el visor del teléfono móvil resaltaba un número ignorado, persistente. Ni siquiera pudo con su apatía nocturna la curiosidad por descubrir la identidad física de la llamada entrante. Era su número privado, luego ningún cliente urgido de los varios consuelos ideados por un experto letrado y la perspicacia de un veterano analista de conductas públicas bramaría contra su desidia profesional.

“Hasta mañana”, despidió a su rechazado interlocutor. Estaba cansado y en trance de espesura, ligado a un hastío creciente motivada por la redundancia. “He colmado el vaso de la vocación.”

Fuera o no cierto, Eduardo Reneda concebía a ratos libres otra manera de enfocar la imprescindible captación de recursos dinerarios. Un poso de tedio latiendo entre los occipitales le sugería un cambio de vida. “¿Qué vida, exactamente, me recomiendas? Tú y yo hemos de mojarnos en la misma charca o en el mismo oasis.” El gabinete de asesores reclamaba audiencia, discretos sus miembros al carraspear y comedidos en la pose. “Esperad a ser convocados en la sala de audiencias y entonces, benévolo, me pensáis vuestros sabios consejos.”

Había que guardar las formas con los clientes, era obvio; otras formas había que guardar con los jueces, los secretarios y los procuradores, expresado en género neutro,

en mayor o menor medida colegas; y con su atribulada persona, de acusado porte jurista, debía guardar un respeto vinculado a la cautela y el capricho, con independencia en el orden de los factores. La cautela es una característica pariente de la inteligencia, útil para manejarse en los espacios públicos exigentes con el protocolo y la reflexión; por su parte, y en igualdad de condiciones al ser evaluado por la subjetividad, el capricho es el recurso de apelación al estricto convencionalismo a menudo soportado sin analizar porque acaba doliendo la cabeza.

Despedida y cierre. Otro asunto zanjado con un empate, su especialidad. Nadie iba a dar saltos de alegría, pero tampoco a rasgarse las vestiduras por el resultado o la conducción del procedimiento. Tablas en el marco de una partida tramposa. Si supiera cómo hacer coincidir la legalidad con la legitimidad de cada uno de sus clientes —cosa que imaginaba conocer en los albores de su ya dilatada carrera—, minimizaría el esfuerzo y las consultas, maximizando la rentabilidad del ejercicio profesional. Un acuerdo de mínimos entre los litigantes, a partir de sus abogados, era sinónimo de conformidad prorrogada el tiempo suficiente para que demandante y demandado se atuvieran a la suerte adjudicada.

—Le voy a ser sincero.

Eduardo Reneda prologaba el epílogo de su conclusión agravando la voz y mesurando el gesto y la noticia. Su cliente contenía el aliento, expectante, temeroso de una sentencia extrajudicial contraria a su pretensión. Con las ganas que tenía el cliente, desde su feminidad herida o desde su masculinidad contrita, de poner las cosas en su sitio por siempre jamás. Pero lo de informar en negativo a un pulso acelerado no sucedía salvo en raros episodios

que, alicientes aparte, pasaban al breve anecdotario titulado *Causas originales*.

—Hemos llegado hasta aquí —pronunciaba directo y solemne, abriendo un pequeño cauce de suspense—, y ahora debemos tomar la decisión: Firmamos el convenio o seguimos con lo que eso supone para usted y para mí.

No era una pregunta en dos tramos sino una doble afirmación: más gasto económico y puede que emocional para el representado, más neuronas al servicio de otra solución eficiente y cercana en fecha para el representante.

—Qué me aconseja —interrogaba el cliente asediado por la inseguridad—. ¿Qué es lo prudente, lo adecuado?

Las preguntas venían envueltas en niebla que la respuesta, calculadamente pausada, no pretendía disipar de un soplo; sería estúpido para ambos arriesgar en exceso. Dibujado el panorama de ayer y de hoy, el abogado Reneda señalaba los posibles caminos a decidir en comandita: el asesor legal propone y el cliente dispone, entreverando las mutuas participaciones y, en teoría, la asunción del resultado por venir. Aunque la formulación sea a la inversa, el cliente propone y el asesor dispone con diligente profesionalidad, la última palabra es del primero, y con ella la decisión final a las puertas del veredicto.

—Piénselo. Le he indicado los pros y los contras de hacer o de no hacer.

El caso había finalizado en tablas según la silenciada apreciación del abogado. Quizá porque su clienta esperaba lo que el juez ratificaría tras el convenio redactado deprisa y corriendo la víspera, “a qué tanto demorar lo que está cantado”, y el añadido de dominio que era de suponer caería de su lado, una moderada satisfacción maquillaba sus facciones y el impacto de la minuta. El ex marido recreaba

un desconcierto apropiado para una víctima de desamparo, puesto a reflejar una panoplia de contradicciones y agravios a toro devuelto a los corrales, traída por los pelos, muestrario de las diversas bazas que la partida iba a deparrar en adelante con independencia de lo acordado en un pliego oficial o en un papel sin membrete. “Allá cada cual con su teatro.”

Es lo mejor, se dijo.

—Me parece que será lo mejor, ¿no cree? —confirmó ella esparciendo filigranas de su dilema.

Los empates salían de las bambalinas a toro pasado y se dejaba oír su chirrido en la bóveda craneal y en las cuentas bancarias, amonestando las conductas precedentes, reprobando los presentes acuerdos e inquirendo sobre la precaria urdimbre del futuro liberado de los ex cónyuges. Tarde el aviso y de mala calidad sonora. Uno de los dos pierde más o gana menos, es un hecho asumido por las historias personales.

Sin alardes ni publicidad se felicitó por el éxito de su ciencia: había cobrado la minuta estipulada, ahorrado trabajo al órgano judicial e impuestos al contribuyente en alguna medida cuantificable. Eduardo Reneda era un profesional que no incorpora la sorpresa desagradable en el reverso del contrato. Antes de ponerse manos a la obra detallaba al cliente los importes de cada actuación, desglosada en sus presumibles ramificaciones, sin ocultar los añadidos del coste procedimental ya metido en la pista de despegue o a la vista de la de aterrizaje. La experiencia le guiaba por la senda de la sinceridad al formalizar la contraprestación, esa que suele evitar el malentendido y los peligros en ciernes al plantear tácticas, estrategias o cambios en las mismas.

La clienta parecía satisfecha, o cercana a ese estado, al salir del despacho. Su imagen, de por sí cuidada, no ofrecía los síntomas de la quiebra que puede acarrear, al cabo de las horas, los días o los meses —más allá es harto difícil de estimar en un cálculo de urgencia— el reconocimiento de los errores en la apreciación de la persona con quien se convivió y las consecuencias reales del cese de la actividad marital. Lo que era seguro es que al cerrar la puerta no cundía en ella el desespero ni la frustración que llegó a asomar en cara y cuerpo a lo largo de la pugna por conseguir lo que cada uno consideraba una pertenencia indiscutible.

“Mío, ¿tuyo?; mío, nuestro; mío, ¿para ti?, para mí.”

Los pronombres posesivos asaeteaban el acuerdo de partición alternando el reproche con la carta de agravios reivindicativa y el asombro. Era un guion de corte intrigante y opresivo, asimilado al cine de suspense rodado en blanco y negro con los actores enfrentados en un duelo particular al que concurren por orden jerárquico testigos y artículos legales. Por muy concertado que estuviera el reparto de los bienes muebles —incluidos en el lote los de única tasación afectiva—, los valores y los inmuebles, al sentarse a la mesa del convenio en el ambiente flotaban desasidos de amarra los sentimientos particulares de antaño al interpretar la función onerosa en el presente de litigio. La memoria jugaba su papel en connivencia emocional y el señalamiento amargo, aunque de cariz racional, de los egoísmos y las vanidades, de los propósitos y las enmiendas ante la nueva vida. Trapos sucios al viento, colada pendiente de remojo y centrifugado. ¿Por qué la verdad es tan perezosa o tan tímida o tan reticente a mostrarse en público salvo en la hora del adiós y del trueque? A un lado

las cuestiones retóricas, es difícil apelar al consejo de la sinceridad sin asumir a priori la culpa por el retraso en la confesión. Claro que cuando el invocado magisterio sale a la palestra no deja títere con cabeza ni lectura entre líneas; lo de rebañar pescuezos, empezando por el propio, es una afición del genio de la lámpara al ser invocado en caso de extrema necesidad. ¿Ahora qué? Por fin el servicio de limpieza queda eximido de restricciones y puede absorber los residuos contaminantes hibernando en la arcadia feliz de los armarios, en los coches, los cajones y los trasteros. ¡Ahora sí! Es un pronunciamiento en toda regla: ¡sí, sí, sí!; hay una real disposición al borrón y cuenta nueva, a la tabla rasa. Sin embargo, la cola del cometa es inmensa, aún brillante y de poderoso influjo lunar; nada aparece o desaparece por arte de magia. El inventario de lo exclusivo y lo compartido, arduo a fuerza de acopio de objetos y años, tiene como aderezo un coro de suspiros coordinado por la batuta de la incertidumbre, con ligeros temblores en los dedos al rozar, al tocar y al acariciar, elementos de percusión, y añoranzas de los sucesivos descartes en un balance provisional realizado frente al espejo del cuarto de baño y en un asiento ataviado de penumbra al atardecer o metido el cuerpo y el espíritu en la madrugada. Reprimendas en la intimidad del hogar adjudicado y un cúmulo de percepciones remarcando la materia corrompida depositada en bolsas de basura que, amontonadas en las zonas muertas habilitadas al efecto, atestiguan sobrias y severas el final de una convivencia.

—Eso es todo, ¿verdad?

La confirmación de los hechos es una ayuda para el impulso cuesta arriba.

—Lo deseo. De ustedes depende —dijo el abogado Reneda a modo de escolio, consciente de la secuela de su frase. Había que esperar unos segundos la reacción del cliente y luego matizar la intención del breve comentario enfocando la perspectiva de la ligadura perenne hacia el apartado de la sutil tela de araña.

—Mis hijos.

—Sus hijos —ratificó el abogado. Los hijos de él y los hijos de ella.

—Los hijos... Ya.

La clienta cuidó el vocabulario para eludir lo de “nuestros hijos”.

—Asunto delicado si se tuercen las cosas —abundó el abogado Reneda.

Ella quiso saber si la veteranía era un grado del que valerse a continuación.

—¿Suelen aparecer problemas? —preguntó por preguntar.

De todo tipo, omitió el abogado.

—Las discrepancias y sus añadidos son frecuentes —dijo—, pero pueden evitarse. La inteligencia de los padres debe suplir la pugna por imponerse en las cuestiones nimias y las complejas que surgirán a diario. Procure asumir el papel de hijo cuando lo exija la situación, seguro que a menudo. Ellos también tienen derechos y obligaciones, conservarán largo tiempo los vicios adquiridos y aducirán su genética compartida como razón de peso para ser atendidos en sus objeciones y reclamaciones.

—¿Se lo digo a él cuando nos enzarcemos en una discusión?

O él se lo dirá a usted para zanjarla, omitió el abogado eludiendo el pulso de sarcasmos.

—Discutan en privado. Intercambien pareceres o propongan variantes del acuerdo marco para facilitar el contacto mutuo. Es conveniente hablar sobre aquello que les preocupa o incomoda o hayan decidido a título individual para sus respectivos presentes y futuros, porque el cruce de dos vidas que fueron una entraña conflicto.

Ella asintió pensativa a la recomendación curtida en la experiencia. Le alcanzó la mirada, la sostuvo sin desafío y pronunció despacio el gravoso interrogante.

—¿Alguna vez se acaba?

Le acompañó a la puerta. Eran las diecinueve horas y catorce minutos en el decorativo reloj del vestíbulo.

“Cronos, Eros, Tánatos y Némesis en el baile de la Divina Comedia”, ironizaba su amigo Miguel Vayarte al posarse en el símbolo por excelencia de la caducidad en las relaciones humanas. “El arte de lo precario con la base en el suelo y un anclaje en la pared, por si acaso.”

Más vale prevenir que curar. La necesidad convierte al ignorante en sabio.

“Eres un forense de vivos locuaces; los introduces en el silencio y pactas la sumisión a la ley con distintivo de hoja de parra. La humanidad se pregunta si para que en una contienda de derecho privado haya vencedores por fuerza ha de haber derrotados.”

Responda el sociólogo, invitaba Eduardo Reneda.

—Nada hay eterno en este mundo en el que ocupamos plaza por un tiempo limitado. Fíese a su instinto y consúlteme lo que precise.

La clienta admitió las pactadas cláusulas del contrato y el criterio del experto. Un brindis por el final.

Hasta la siguiente llamada.

Comunicaciones a distancia sin voz y con los ojos irritados

—Me pone de los nervios.

Era una adolescente convencional, en opinión de Lara. Millones de seres a esas edades previas a la etapa adulta —cuyo sentir y comportamiento iban a diferir de lo que abuelos y la mayoría de padres ejercieron—, obedecían el dictado de un patrón impuesto desde el desarrollo tecnológico y orientado por los creadores de sistemas sociales. Pero no sólo ellos, adolescentes y jóvenes, y en un número creciendo exponencialmente.

—Es ridículo, totalmente inapropiado.

Lara atendía la llamada telefónica de su hermana disimulando lo que pensaba. Le estaba soltando un discurso inquieto y redundante, enjaulado en un contrasentido, que era exactamente la situación en la que se encontraba Olga.

La mañana lucía espléndida con el habitual trasiego humano en la calle y en la cafetería, un deleite para los sentidos en busca de alimento; una pena emborronarla con noticias de escaso fuste y desahogos de situación estancada. Hubiera querido echar en cara a su hermana, sin miramientos ni fraternal condescendencia, lo que a su hija reprendía a la exigua distancia de una habitación. Pero decidió omitir cualquier opinión que abriera otra senda de conflicto en una época marcada por la inestabilidad y los obstáculos de todo tipo.

Siguió Olga desahogando su ánimo en el penúltimo reducto de la intimidad.

—Lo primero que hace al despertar es coger el móvil y comprobar el número de mensajes que han llegado. Y empieza el tecleo: adivino las pulsaciones. Es como si ella y sus amigos no tuvieran mejor cosa que hacer durante el día que comunicarse de esta manera. Lo mismo cuando se sienta a desayunar, lo mismo cuando se mete en el baño. Cuando se encierra en la habitación duplica el intercambio de no sé qué con su móvil y el ordenador. ¡Pero qué demonios hablan! Me desespero, Lara.

“Mírate en el espejo, hermana mayor.”

—Piensa que tu hija imita conductas. Tiene donde elegir y a quien parecerse —rio Lara.

—Eso no me consuela ni me hace gracia. Al contrario, me enfada más.

—Los adolescentes adoran la repetición y el seguir las modas con una fidelidad ajena a los matrimonios. ¿Sabes a qué me refiero? He leído bastante al respecto.

—Te repito que maldita la gracia —espetó Olga—. La vida pasa rápido y no da tregua si la conviertes en tu enemiga.

—Una apreciación cargada de raciocinio.

—Hay que esforzarse para no caer en el abismo. Todo esto es muy serio, me preocupa mucho lo que nos sucede. Y el efecto contagio está a la que salta. ¿Me entiendes? Mires a donde mires por ahí encuentras paisajes repetidos. Mi obligación como madre es poner coto a los excesos. Sólo falta que en casa el cuadro sea igual. No puedo aceptarlo. No, no, no.

“Predica con el ejemplo, hermana mayor.”

—Por supuesto, Olga.

En la cafetería, Lara garabateaba frases sueltas en su cuaderno.

Esa conversación telefónica que tenía lugar mientras la vida surcaba las aguas del mundo inmediato, el pan nuestro de cada día, era la secuela del folletín. En el anterior, a pocas fechas de distancia, con las dos hermanas como protagonistas en el todavía domicilio de Olga, debatieron sobre las rotaciones de la impotencia, la firmeza y el victimismo, esquivando una vez más comprometer en el enjuiciamiento de la historia conyugal la incidencia de los actos individuales, de la ineludible responsabilidad expuesta objetivamente, en la situación personal en curso. Olga era el eslabón débil y, además, aturdido en el peor momento.

—No puedo... No puedo. Mi deber como madre me exige que corte esto... Me exige que vele por el criterio futuro de mis hijos. Soy su madre y me tienen que hacer caso cuando les digo que se alejen del teléfono y del ordenador mientras comen o estudian y cuando van por la calle o descansan —insistía Olga—. No es mucho pedir.

—Te entiendo. Molesta y confunde que la tecnología nos dirija hacia unos fines que pese a haberlos elegido no consideramos todo lo nuestros que nos gustaría. Es una faena el tener que reinventarse en pro o en contra de una forma de comunicación.

Olga liberó sonoramente por la boca el aire que retenía en los pulmones.

—Nunca voy a oponerme a que vivan en el mundo que les ha tocado.

—Al que les has traído —puntualizó Lara.

Olga despachó el comentario con un gesto de mano.

—Les apoyo, les cuido y les doy libertad —recitó echando un vistazo a su teléfono móvil que gorjeaba insistente en un extremo de la mesa de la cocina. Lo cogió—.

Quiero que entren y salgan como hacíamos nosotras a su edad, que practiquen más deporte y que se relacionen...

“Sonido de naturaleza edulcorada.”

—Al viejo estilo.

—Sí, eso, lo normal... lo de siempre. Que vivan esta época, vale, pero que no...

—Se transformen en seres ociosos, en víctimas de una depravada inacción física que convierte a las personas en apéndices de las máquinas y en engranajes de la gran maquinaria que en su funcionamiento global anula la iniciativa y la conciencia —completó Lara en tono neutro pero con tinte académico.

En su cuaderno escribió una pregunta huraña:

¿Por qué cuesta tanto asumir los errores provocados, los propios defectos, los irreprimibles anhelos y las incorregibles carencias, siendo tan fácil advertirlos y reprobarnos en los demás?

Olga respingó cambiando de mano el teléfono.

—Sí, a eso me refiero. No quiero que nadie los manipule. No quiero que sean unos inválidos emocionales ni unos conformistas que se recluyen en la excusa o el...

—¿Signo externo? ¿El acomodo en un convencionalismo de faramalla que publicita vocinglero su falsa transigencia? —ayudó Lara expulsando del castillo encantado las reliquias oxidadas de sus vetustos moradores.

—Sí..., eso de gastar mucho oropel. ¿Te gusta la palabra? —Lara asintió—. Una pose complaciente, retirada y egoísta..., aparente. Vale, ya lo he dicho.

“Ha enarbolado su malestar en un momento de agobio. Pero es algo pasajero porque no hay exigencia de reforma ni asunción de culpa.”

A Lara le fatigaba esa inagotable conversación de líneas tangentes. Unos días por el motivo que fuera, otros por la causa que viniera a cuento y a veces, alterada en grado variable, sacando a colación detalles del pasado personal y familiar, Olga crecía en amargura y desazón, cuestionando su papel como mujer en la cuarentena, como madre de dos adolescentes de doce años, el niño, y dieciséis años, la niña, y antaño esposa en una relación de dos décadas flanqueada por el propósito interesado y la consumación mercantil que acabó por descarrilar.

“Amargura y desazón sin propósito de enmienda, no admite error alguno en ella. La culpa le resbala. ¿De qué me culpo?, me reprocha y desafía si atento contra su esquema vital. Buena oradora, atractiva y convincente, ha jugado a conseguir un ideal y como nada dura tanto como para impedir la añoranza o el dolor de cabeza, ¿ahora qué?”

Olga solía hacer lo que le venía en gana, nació primogénita y caprichosa en un entorno predispuesto a reírle las gracias y amparar sus previsibles decisiones, encomendada a su santa voluntad. Caía bien, era afable, aparentemente bienintencionada, diligente ante los imprevistos ajenos y simpática por naturaleza, con don de gentes y las ideas claras respecto a su vida y obra; un regalo perfectamente envuelto y enlazado que debía mantenerse en una incógnita entrañable y tentadora. Supo conjugar el deseo con la ambición, nadie podía negarlo, y moderada en apariencia, absolviendo de sí los pecados del espíritu y las críticas mundanas, mientras le fue posible conquistó los espacios muelles de los destinos seleccionados.

El divorcio, solicitado por ella con el refrendo de familia y amistades —algo innecesario y contraproducente para Lara, pero sustancial para Olga—, dio al traste con la meticulosa planificación y marcó un camino inesperado, tachonado de dificultades, conflictos y dilemas. Unas terribles novedades se cernieron sobre Olga quien, de la noche a la mañana, recibió los golpes que la vida —esa vida con carácter genérico que afectaba a otras personas próximas o distantes— le tenía reservado al despuntar la menopausia. Dio ese paso a la luz de los antecedentes, ella misma se obligaba a tomar el camino de la ruptura al publicitar los sinsabores de su vida marital, cosa que Lara volvió a cuestionar por lo innecesario, incluso frívolo y desmitificador en el prolongado baile de máscaras. “Tengo que jugar esa baza”, dijo enfundada en un heroísmo mártir, creíble y reincidente en los círculos afines, tolerable para su dignidad, pretendiendo el favor de unos cómplices activos. Hubo respuesta afirmativa a la mayoría de sus peticiones en las puertas seleccionadas, pero eso se daba por descontado y no comprometía a nadie en caso de tener que sacar la cara por alguno de los dos. Sólo había que decir: es mi amiga de toda la vida, es una buena persona, mi trato ha sido principalmente con ella, no tengo queja de su manera de conducirse; y el resto vendría por añadidura. “Tengo que ganarle la partida.” Un esfuerzo ímprobo iba a requerirle la apuesta. No iba a descuidar ningún frente, y el de la familia era fundamental. “¿Estás conmigo, verdad?” Quiso cerciorarse de que los lazos de sangre la refrendarían con vigor. Lara asumió que su hermana no iba a escuchar sino lo que le apetecía pues lo demás le obligaba a penetrar en una dimensión tenebrosa que, pese al disimulo y a la esperanza de salir airosa del proceso, le

aterraba y la colocaba contra las cuerdas. En realidad, y era una evidencia para todos los públicos, Olga no estaba convencida del beneficio que le reportaría a ella el que un juez disolviera la sociedad de gananciales. Parecía sencillo e inapelable al declarar su intención de romper el vínculo: “No puedo más.” “Se acabaron las mentiras.” “Es lo mejor para los niños y para mí.” “Voy a responder de mis actos.” “No hay alternativa.” “Cada uno por su lado.” “Quiero rehacer mi vida.”

Frases que Olga citaba de carrerilla y en voz audible, con su oscilante desasosiego, al experimentar la presión de la inquietud. El temor a una acechanza con su correspondiente trampa, en la que es fácil caer, o una difamación que tuviera por objeto amedrentarla patrocinadas por su ex marido le quitaba el sueño y la arrastraba hacia la cruda realidad de su presente. Como en una pesadilla de la que no cabe despertar porque no hay un sueño fronterizo al que aferrarse, se veía desvalida y cercada por un vacío angustiante. Inquisitiva y machacona la pesadilla: ¿Qué has hecho? ¿Qué no has hecho? ¿Qué has dicho? ¿Qué no has dicho? ¿De quién hablas? ¿En quién te fijas? ¿Quién te recuerda? ¿Dónde estás? ¿Qué será de ti si...? Impertinente y desparramada en el verbo. Aquellas noches de plácido recogimiento domiciliario, auspiciado por los desplazamientos largos y cortos de él para abrir y cerrar negocios en los que su soledad era una aliada, una feliz circunstancia periódica, habían desaparecido.

Entonces —¿qué tiempos aquellos!—, habituada al ser y no ser sin mudar de escenario, compaginaba bien la ausencia con el horizonte diáfano y su agenda. Lo que Olga planificaba o hiciera en esos paréntesis de hogar en exclu-

siva, al hilo de la incesante actividad profesional de su marido, era lo que le apetecía. Nada malo, según ella; nada de lo que arrepentirse o ante lo que disimular en los periodos de convivencia efectiva. Además, el cuidado de sus hijos era impecable; nadie podía achacarle una falta, una ligereza o una frivolidad en el trato hacia ellos, según ella y el eco de su mundo.

—Alana me hacía preguntas sobre su padre cuando estábamos solas. Esa clase de preguntas que hay que responder de tú a tú, mirando a los ojos y de las que suele quedar flotando en el ambiente una interpretación subjetiva —explicaba Olga a su hermana.

—Es una niña muy espabilada y perceptiva.

—Yo creo que quería conocer mi sentimiento real. Creo que no entendía por qué la relación de sus padres era..., a ver cómo te lo digo... era...

—¿Discontinua?

—Sí... Vale... Discontinua sirve.

—Pero buscabas otra palabra —matizó Lara bebiendo despacio y distraída su zumo.

—Sirve esa —convino Olga. Ya me entiendes. Él viajando y yo en casa; él prosperando en sus negocios, o eso nos creíamos, y yo a mis labores. Los dos felices, o eso hacíamos creer a nuestros hijos, y los dos cumpliendo con nuestro acuerdo. Él ganaba el dinero preciso para que la familia mantuviera el estatus y yo disponía de una renta que llegué a creer vitalicia. Alana es consciente de la ruptura, y puede que hasta de los motivos que su padre y yo hemos esgrimido para ganarnos su simpatía o su respeto o su bendición, para que tomara partido como hija y testigo y sumarla en uno u otro equipo, no voy a negarlo; y aunque desconozca las consecuencias de la quiebra familiar, por

si acaso se muestra egoísta y déspota conmigo. Discutimos vengamos o no a cuento, y entre nosotras va interponiéndose una barrera de resentimiento. Es tremendo que una madre y su hija se echen los trastos a la cara como si fueran un matrimonio en vías de extinción. Me duele muchísimo, Lara —lamentaba con voz quebradiza—. Respecto a Marcos..., buf, buf..., está en una nube. Y no le culpo. Se ha aislado, parece que nada de lo que nos afecta le concierne, o de lo que especialmente me afecta a mí, y sólo se sincera con Alana.

—¿Qué te cuenta Alana de ella y de Marcos?

—Lo que le da la gana. Juega a dos cartas. Tampoco le culpo.

“Es como tú, ejerce como la mujer que conoce.”

—Ya.

Un serial televisivo en boga con antecedente y consecuente resumido en cinco minutos.

Lara observaba el discurrir de clientes en la cafetería y el de los viandantes en las inmediaciones. Aproximadamente la mitad de esas personas portaban en la mano su teléfono móvil y hablaban o enviaban o leían mensajes. Había más dispositivos de comunicación a la vista y en uso que perros de paseo, bolsas de la compra o criaturas custodiadas por un adulto. Y ella, en ese momento, no era una excepción.

—Estoy ocupada, Olga. Ve al grano.

Olga se disculpó.

—Tú estás preocupada y yo confusa. ¿Te ha salido un trabajo? Esta mala racha se alarga...

—Espero que pronto me salga un trabajo que me guste y al que no me importe dedicarle horas. Pero no me agobio, tengo paciencia y reserva monetaria. Mi solución llegará antes que la tuya —ríe.

—No me extrañaría. ¿Te acercas a casa esta noche? Preparo la cena y hablamos.

Quiso poner una excusa, Olga era demasiado susceptible en los asuntos de familia; pero no se le ocurrió nada que desvirtuara el plan de la desvalida hermana mayor.

—Vale. A las nueve me paso.

En el fondo y en la superficie, Olga era una mujer inestable, caprichosa, acostumbrada a seguir su voluntad y a disponer de margen para el error. Y ella, se preguntó Lara, ¿quién era ella a esas alturas de su vida? Era una mujer tentada por el laberinto, asida a su conciencia e incapaz de colgar el teléfono tapiando los oídos al remordimiento. Pensaba que Olga debería prepararse para la guerra fría con su ex marido, para otra de guerrillas con sus hijos y para una sin cuartel consigo, quizá la peor, aunque puede que la menos duradera, pues todo lo que a uno concierne, cogido el toro por los cuernos, acaba cuando se decide escribir el punto y aparte.

Pero esa imposición no congeniaba con el carácter veleidoso de Olga, sabía Lara, y sin buscar justificación intelectual la disculpaba porque es imposible renunciar a lo que uno es. Toda digestión lleva su tiempo y ciertos asuntos, como un divorcio, como la permuta de los bienes muebles adquiridos durante el matrimonio o la renuncia al estilo de vida precedente cuesta de asimilar; igual que el fracaso ante un negocio que parecía estable, permanente y seguro. Demasiado abrumada Olga, la pobre niña fuera de

contexto cuya inteligencia había sido reservada para sostener una relación nominal, ausente de amor y de verdadera complicidad.

Amor verdadero y auténtica complicidad, anotó en su cuaderno Lara, añadiendo las palabras obsesión, vanidad y menoscabo, unidas por guiones. Pagó su desayuno y salió a la calle a combatir al proclamado enemigo sobre el terreno. No era suficiente con tomar apuntes que viajaran en su bolso. El reto al imperio de la tecnología nació de una mimesis espontánea: quiso imitar al doctor Miguel Vayarte, el por ella admirado profesor de sociología y ciencia política, en su modo de componer. Había comprado dos cuadernos, un lápiz y un par de bolígrafos en una librería con solera, empleando mucho tiempo en la sección de material de oficina al elegir los formatos y los colores. Con los útiles de escritura desenvueltos y a paso ligero buscó un lugar para el estreno.

“Aquí, sin ir más lejos.”

Un bar trasapelado. Sentada a una mesa con iluminación exterior dispuso en primer plano uno de los cuadernos abierto, bolígrafo en ristre, y en segundo plano el vaso con la limonada y la botella vacía. Encabezó su proclama con un altisonante *Relato vital de Lara Norklig Cubero*, y el subtítulo *Navegando entre dos aguas*, producto de una actitud sincera. Respiró hondo y esbozó una sonrisa acariciando con las yemas de los dedos la superficie virgen del papel. ¿Era un docente maduro el motor del cambio? Lara no contestaría a semejante pregunta en un ámbito que excediera de su individualidad, pero ella sí la hubiese formulado a su hermana o a determinadas amistades, incluso a su pareja, de asomarles el requisito básico: la mutación del sujeto pasivo, un mero espectador, en sujeto activo. Punto.

No escribió más esa tarde ni esa noche ni en los días siguientes, dedicada a cubrir la expectativa de reincorporarse al mundo laboral. A los treinta y nueve años, con suficiente preparación y experiencia demostrables, son tantas las puertas abiertas como las que van cerrándose. No le acuciaba encontrar un trabajo, habiendo conseguido en los últimos dieciocho meses empleos de subsistencia y aun entretenimiento remunerado. Tampoco le urgía estampar su firma en un contrato sin la debida satisfacción personal.

¿Qué entendía Lara por satisfacción personal? Simple y llanamente todo. La satisfacción personal era oxígeno en vena y alas en la espalda, aplicable a cualquier actividad racional perseguida con los cinco sentidos. Se tratara de relaciones humanas, de afinidades personales para emprender proyectos de ocio o negocio, o de empatías de tertulia improvisada y ambiciones sin ánimo de lucro, Lara buscaba por encima y por debajo de la línea ideal de equilibrio ese ingrediente perfecto e insustituible cual es la satisfacción personal. Y es que si no se identificaba con una idea, un propósito o una relación le faltaba lo primordial para ser ella misma al completo. Lo tenía comprobado.

Era un tema que le agradaba abordar si pintaba la ocasión, expuesto como ejemplo a su hermana Olga en las fases decisivas de la ruptura matrimonial y el advenimiento del divorcio, convertida en instructor de combate con el alegato de que más vale prevenir que curar y de que quien da primero da dos veces. Olga se comprometió a atenderla en su misión consejera, pero no a hacerle caso a pie juntillas.

—Yo sé lo que hay, Lara.

—¿Por delante y por detrás?

—No te pases. Agradezco tus esfuerzos y voy a escuchar lo que me digas, pero yo actuaré a mi manera.

Lara sucumbió al embrujo del ideario compartido. Era noble en los lances del juego sentimental y sabía cejar en las presiones para retirarse a tiempo y con la dignidad enarbolada. Estaría a su disposición en cuanto Olga la reclamara; con eso bastaba para ambas.

Con Sergio, su pareja entonces, Lara hablaba de las pequeñas cosas que otorgan la felicidad. Dos años de convivencia, en números redondos, lograron una compenetración que para Lara era suficiente —quién osaba ponerlo en tela de juicio—, y manifiesta —quién se atrevería a relativizar en su presencia la conjunción de la materia, la energía y el espíritu en aras a la perfecta unidad de la pareja. Lara se manejaba bien con la teoría, exponiéndola desde una distancia aséptica e impersonal.

—¿Aspiras a ser feliz? —preguntó a Sergio al poco de conocerle.

Aquel día recordaron las respectivas infancias, riendo y añorando lo que no vuelve, mientras caminaban paisajes urbanos concurridos sorteando vehículos y peatones en calles flanqueadas por bolardos de estética sobria y árboles jóvenes. Lara escuchaba la vacilante memoria de Sergio inventariando la geometría de los alcorques, a los animales domésticos en horario de asueto y las aves de ciudad picoteando la caridad de los transeúntes, empleados de hostelería y el servicio municipal de limpieza. Cada cinco portales o tres escaparates, más o menos, insertaba en el somero recuento de peripecias del hombre a descubrir un comentario, una anécdota abreviada de fácil encaje, una ex-

presión de asombro o el anuncio de una historia a desarrollar en los siguientes capítulos de la relación. Porque estaba segura de que valía la pena profundizar en el conocimiento mutuo a medida que recorrían las casillas del fascinante tablero hasta la última. Con una reserva: aún no le había pedido que le escribiera un relato.

—Como todo el mundo. ¿Conoces a alguien que repudie la felicidad? —respondió Sergio.

—No como concepto.

—Vaya. ¿Y eso qué significa?

—Subjetividades. El yo manda.

—¿Es que no hay un baremo único para medir la felicidad? —ironizó Sergio lentificando el paso, atraído por el escaparate de una zapatería.

—Depende del color del cristal con que se mire.

—Eso es una frase hecha que no me dice nada.

Comparaba el precio y el diseño de los diferentes calzados a la vista.

Lara chascó la lengua. Sergio le parecía encantador en su ingenuidad.

—Yo aspiro a sentirme tranquila —dijo y siguió andando.

Sergio y Olga eran de trato agradable en opinión generalizada. Él irradiaba encanto y ella interés, “es un chico encantador, es una chica interesante”, él gustaba de integrarse en el conjunto y ella prefería mantener las distancias y un halo de misterio, “es un hombre cordial, es una mujer atractiva”. Ambos guardaban en sus respectivos egos la cláusula de distinción.

—Mentalízate y lo conseguirás —aconsejaba Sergio, libre de carga, expulsando de su interior los malos presagios.

—¿Sólo hace falta mentalización? —inquiría ella bordeando el sarcasmo para forzar el diálogo. Le interesaba conocer el secreto de la felicidad en él. Pero era inútil explorar ese territorio acotado a una idea preconcebida, quizá herencia de una genética exenta de perturbaciones.

—Si necesito unos zapatos los busco y los compro. Si necesito sentirme feliz por alguna causa diferente a la que me proporciona felicidad sin analizar el por qué, sin pensar a cada instante en las claves de la felicidad, tendré que buscar para encontrarla.

—¿Y pagarla?

—Si tengo que pagar por mi felicidad lo haré. ¿Hay dinero mejor empleado que ese?

Lara dejaba atrás el hedonismo, apenas citado en sus tanteos, pero eludía batirse con el argumento de la satisfacción personal elevado a la enésima potencia. Descartaba en Sergio el doblez de los tahúres o ese carácter dispuesto a fastidiar al prójimo emergiendo en las réplicas al comentario que incordia y de persistir hiere y mina la relación. Sergio era de fiar, una buena compañía. Pero seguía reacia a pedirle algo tan significado para ella como que le escribiera un relato, un texto personal que reflejara el carácter de su autor, con independencia del tema.

Se acordaba de la primera vez que le preguntó por la felicidad, y de la segunda y de la tercera, con respuestas equivalentes. Hasta ahí la memoria. Sergio era un hombre sencillo con gustos convencionales, aficionado a su vida y reservado o puede que inapetente al concretar sus planes de futuro. Un soltero en el umbral de los cuarenta; un ciudadano confundido entre la multitud. Un hombre de su tiempo, se definía.

—Soy una mujer de mi tiempo —decía Olga.

Mujeres, hombres y la comunicación reservada, escribió en su cuaderno, una línea por debajo de la frase *Amor verdadero y auténtica complicidad*, apartada de la gente circulando en el mediodía urbano. Pegada a la fachada de una entidad financiera escuchó el aviso de un mensaje en su teléfono móvil. Era de Sergio. Ella le había pedido anoche una información que era asequible para él.

—Mañana lo miro —le dijo.

Unos datos sobre el profesor Miguel Vayarte que Lara precisaba para ir complementando su biografía. Sergio trabajaba en una cadena privada de televisión y mantenía contactos amistosos o profesionales con la competencia. Era una ventaja para ella disponer de esos elementos de prueba que en su día fueron noticia, difíciles de recabar sin el precioso contacto de un agente de asuntos internos.

—¿Eso te parezco yo? —reía el aludido.

—No, Sergio, qué va. Tú me pareces lo que eres, un miembro del equipo comercial veterano en esas lides.

A Sergio, de natural indiferente a cuestiones de honores, títulos o definiciones académicas, el ser tildado de mero agente comercial le afectaba en su orgullo. Él no era un “llama puertas” o un “porta carpetas con opúsculos promocionales”. Su trayectoria profesional le había servido para colocarse en un puesto cotizado que dominaba sin un esfuerzo excesivo.

—Me lo he ganado a pulso.

—Y estás divinamente —censuraba ella la falta de ambición que deducía en él, imprimiendo en su voz un acento cáustico, desviando acto seguido la conversación hacia un derrotero amable para ambos.

Sergio reaccionaba a la defensiva al escuchar en boca de Lara esa frase u otras de similar contundencia, imaginando que en cierto sentido le achacaba el pecado de la indolencia. Quizá ella, aducía Sergio en su descargo, envidiaba una actividad estable cuya recompensa no era la cuantía de la nómina sino la seguridad del empleo. Lara era opaca, huidiza o celosa de su privacidad en según que materias; en cambio, no temía preguntar o meter el dedo en la llaga para averiguar lo que podía inquietarla en adelante.

—¿Te has planteado trabajar por tu cuenta, ser tu propio jefe?

—¿Tirarme a la piscina? Esas cosas se piensan alguna vez, pero yo no de una manera seria —decía sincero y relajado—. Tengo lo que quiero, que me ha costado lo mío, y en el horizonte no diviso nubes negras. Sé cómo moverme para escapar de las trampas, de las zancadillas y de las broncas. Estoy bien donde estoy.

Lara entendía que era irrefutable el argumento expuesto. Insistir en la confrontación de puntos de vista sobre las decisiones personales que venían de lejos, los criterios acondicionados a la vivencia personal o las aspiraciones y los futuribles abría la caja de Pandora y no las tenía todas consigo en cuanto al resultado final. Dudaba de la victoria, lo cual la empujaba hacia la esquina de la prudencia y a pasar página. Sergio le había dicho que de venir mal dadas sabía qué hacer y a quién acudir.

—¿Y tú?

Ella tenía que luchar en diferentes campos, desbordando ansias y desvelos, contra adversarios cualificados y demás elementos de una sociedad mudable.

—Sigo buscando.

—¿Te miro algo?

—No.

Iba a dosificar las ayudas y su gratitud por los ofrecimientos no requeridos. Mientras pudiera recurrir a sus ahorros y a los trabajos eventuales el peligro de ahogo se mantenía en el límite de lo tolerable y la selección de objetivos sólo le incumbía a ella.

El mensaje de Sergio en su teléfono confirmando lo que le había pedido la víspera hizo que olvidara la conversación con Olga y los dardos con inscripción intermitente: participaciones preferentes, obra social, nacionalización, rescate a domicilio, que apuntaban al nombre de la entidad financiera bajo cuyo rótulo tecleaba un escueto “Gracias, hasta luego.”

Al instante se arrepintió de su descuido, pero ya estaba consumado el error. Chasqueó la lengua con pesar. Había sido víctima de un lapsus; aún peor, se había precipitado, y esa era una falta grave. Indolente, fiada a la inercia, el gran enemigo, se desmoronaba su crítica entre vestiduras rasgadas y las risas de Sergio. ¿Por qué no lo pensó un segundo?

Unos segundos de reflexión —ejercicio de racionalidad— previenen de errores evitables y peligros al acecho encarnados en descuideros y estafadores.

Marcó el número de Sergio.

—Gracias —le dijo.

—Me ha llegado tu mensaje.

—Prefiero la voz, ya sabes.

—Todo sirve para comunicarse. No le des tanta importancia —disculpó él.

—Se la doy porque la tiene. Pero he rectificado en seguida. Si te pido que hablemos en vez de escribimos mensajes debo predicar con el ejemplo.

—Vale. Hasta luego.

Aclarado ese aspecto de su relación tuvo conciencia que había abusado de una práctica tan consolidada. Durante años con su hermana y sobrinos, con sus amistades de trato asiduo y el resto indefinido que mandan y reciben mensajes cálidos en Navidad, los cumpleaños o para anunciar novedades que influyen en el ánimo, y el tiempo que llevaba junto a Sergio, la comunicación se regía por un teclado y una pantalla que proyectaban frases cortas de lenguaje amputado, grafismos de uso común y renacidos pictogramas sintetizando a uña de caballo la filosofía del momento.

—Es el signo de los tiempos —constataba Sergio—. Súbete al carro y disfruta o ignóralo. Lo que hoy es así vete tú a saber cómo será mañana. Entonces volveremos a optar por aplaudir el progreso o por denostarlo con las armas a nuestra disposición —apostillaba. Esa certidumbre acompañada de sensatez desconcertaba a Lara. Le resultaría complicado mudar una conducta enraizada en la benevolencia del usuario y la asimilación de los dictados.

Lo mismo decía Olga; lo mismo decían los demás; lo mismo hizo ella hasta que decidió cruzar su particular Rubicón.

Listo. Le apetecía inmiscuirse en las diversas facetas del doctor Miguel Vayarte, a quien había tomado como modelo en su reacción al sistema.

Celebración de aniversario

La persiana de la habitación filtraba un avance de jornada luminosa. Eran las nueve de la mañana y alrededor presidía el silencio. El agua fría en la cara acababa de despertarle de una noche armoniosa, completa en su desarrollo. Fue al comedor para saludar en privado al cielo de color azul gala. De la calle entraron pinceladas de sol y tenues soplos de aire fresco guiando a sonidos familiares en expresión moderada; y de su cuerpo todavía en forma salía un fragante bienestar. Con paso sigiloso llegó a la cocina para abrir la puerta del patio y beber un vaso de agua. Saciado el deseo, persistía en Eduardo Reneda esa sensación placentera que le despertó y sacó de la cama sin queja ni peaje y que le aportaba una generosa dosis de optimismo.

De vuelta a la contemplación de un día amanecido hermoso se preguntó, a modo retórico, cuál había sido su mérito en la ficción o en la realidad para merecer un preciado distintivo que haría las delicias de un inveterado cazador de recompensas. “Bienvenido sea el placer y su destilada ambrosía”. Pero ¿era un regalo o una adquisición?; y si lo había adquirido, ¿había pagado al contado o a crédito, en efectivo o con tarjeta?, ¿su duración sería pasajera, como en el cuento de *La cenicienta* o perdurable como una sentencia a favor o un asiento en el registro de la propiedad?

Disquisiciones matinales de un espectador amable, resolvió. No obstante, le huroneaba la curiosidad.

“¿Dónde me he quedado?”

Con la nariz rozando la puerta acristalada del salón y el vaso en la mano observó el decorado insuflado de color.

Atractivo por su diversidad, pero nada extraordinario; era un paisaje servido en bandeja con todos los matices urbanos expuestos a la primera impresión. Tenía que intentarlo de nuevo y con más acierto o dejarlo correr.

Fue por segunda vez a la cocina para dejar el vaso en el fregadero y a hurtar una galleta al desayuno. Aquello no estaba bien, le dijo una voz desperezada con timbre femenino. Entonces reparó en el cubo de la basura. Extraña asociación de ideas que vinculaba una presencia todavía en formación con las pruebas de una velada gratificante acunadas en los contenedores domésticos. Los tres objetos, habitantes de un lavanda plastificado, dormitaban el sueño de la complacencia. Los tres a solas en el aposento de acogida: una botella de vino vacía, una caja de bombones vacía y un preservativo usado envuelto en papel higiénico con su funda blanquivioleta rasgada.

“Vaya cuadro.”

Descriptivo de la situación provocada.

“Señoría, a las pruebas me remito.”

Una plasmación de amor carnal con la mujer de su vida, madre de sus cuatro hijos, retraída en la menopausia —de ahí las precauciones— y con la libido intacta —de ahí la magnífica entrega—, si hubiese que sintetizar el episodio a persona distinta a la implicada por los vestigios de la celebración, eximidos los alardes de vanidad. Era un hombre parco en dibujos de confianza, adusto en las evaluaciones y reacio a especular sobre el reverso de su naturaleza. Quería a su mujer y con eso estaba todo dicho.

“Le preguntaré.”

Comprobó que la vieja bolsa de basura, llena y cerrada a lazo, la utilizada antes de esa incorporación lúdica para recuerdo al despertar, aguardaba en un rincón del patio su

traslado a uno de los cubos comunitarios estacionados en el garaje. A su lado, los respectivos contenedores domiciliarios para el papel y el cartón, el vidrio y los envases.

Tenía que depositar la botella y la caja en sus debidos lugares, bastante despejados ese domingo que había amanecido radiante. Pero simpatizaba con aquella composición, pícara y evocadora, succulenta al recuperar la memoria. Cenaron en casa un menú elaborado a medias, ella los entrantes y él dando forma al plato fuerte; el vino lo había comprado Mercedes y el postre, una tarta de pistacho y avellana, él complaciendo ambos paladares. Reservaron una copa y los escasos bombones residentes en su caja obsequio de unos amigos, olvidados durante semanas —“significa que hemos madurado”, opinaba ella con gracejo, “o que no andamos carentes de amor en cualquiera de sus vertientes”, acompañaba él en la misma frecuencia—, para degustar el segundo postre en el salón, acomodados en el sofá y arropados por las melodías y canciones que habían hecho suyas.

—¿Bailamos?

—Anoche me dijiste que te apetecería bailar en un escenario sólo para los dos —recordó Mercedes ahuecando su almohada en el cabezal de la cama—. Una coqueta pista de baile que sólo nos diera cabida a los dos, sin testigos ni apreturas ni estridencias.

Eduardo Reneda levantó dos palmos la persiana del dormitorio. “Pasa”, dijo a la luz. La claridad aterciopelada de la mañana se deslizó mimosa por las paredes y el mobiliario. Con un suave movimiento de la mano indicó a su esposa que absorbiera la dulce pereza del festivo exento de compromisos.

—Anoche me reencontré con el deseo. Me alegra no haber cambiado en lo esencial. Me sigue gustando lo de siempre.

Mercedes suspiró, entrecerrados los ojos.

—Merecemos más tiempo para nosotros. Hemos descuidado la intimidad.

—No estoy de acuerdo —protestó él sentado en el lateral de la cama que vertía su pendiente en el cuerpo femenino—. Te llevo en el pensamiento; es imposible dedicarte más tiempo.

—Hablas de mí; yo hablo de nosotros.

—Gozamos de excelente salud marital. Según el cómputo vigente en los calendarios llevamos treinta años de impulsión por la senda del me das ergo te doy. Pronto diremos que nuestro reino no es de este mundo tras una máscara veneciana.

Ella sonrió apartando las sábanas y la colcha.

—Una salud a prueba de intromisiones, contagios de gabinete o achaques de monotonía —corroboró—. ¿Ducha o desayuno?

—La devoción antes que la obligación.

Eduardo Reneda adoraba recibir la lluvia de agua templada los días liberados de responsabilidad laboral. Feliz con su privacidad, detenía las manecillas del reloj al cerrar la puerta de la cabina para inundarse de sensaciones limpias, vibrantes e inspiradoras, mientras rendía homenaje al inventor del agua corriente, al del papel higiénico, al de las lociones para después del afeitado, de las cremas sanadoras de la sequedad de la piel, de las regeneradoras de las imperfecciones humanas exteriores y al de la duplicidad de los cuartos de baño en el domicilio conyugal. Los malos

momentos son más soportables gracias a la abnegada colaboración del ingenio humano; y los buenos momentos ven incrementada su distribución con esos incisos de santuario en los que también se canta, se lee o se escucha la radio, cuya finalización pesa menos porque nacerá una nueva ocasión en breve. Tras años de compartir los inflexibles metros cuadrados de la vivienda con sus cuatro hijos, con la salida al mundo de los dos mayores, por riguroso turno de edad, el hábitat parecía haber diseñado nuevas piezas al viejo piso.

Con relación a los hijos que habían optado por crear un hogar con su pareja, la primogénita ya casada y el segundo, en orden cronológico, en su bautismo de fuego, Mercedes decía que de fracasar en la loable tentativa contaban con la asistencia legal de un afamado jurista que al haberlas visto de todos los colores sabía cómo tratar los tiras y aflojas para que el perjuicio fuera mínimo, asumible y pedagógico.

—Quiero ser abuela —había anunciado Mercedes a cada uno de sus hijos y en conjunto—. De vosotros dependo para ser abuela. Lo que no quita para que seáis conscientes de la responsabilidad que supone traer un hijo al mundo, y de que este hijo será de dos personas y de cuatro abuelos. Si la cosa falla, me refiero al matrimonio, y hay que ir al divorcio, vuestro padre os echará un cable de los que no tienen precio; incluso aunque recaiga la culpa del fracaso sobre vuestras cabezas. Una retirada a tiempo es una victoria, decía mi madre. Pero si tenéis hijos no olvidéis que nunca volverá a ser del todo vuestra la vida, pues la tendréis que compartir con ellos y con quien sea su padre o su madre más allá de la mayoría de edad; asunto peliagudo si la ruptura ha hecho mella en la propia confianza,

en la economía y en la percepción de los congéneres. Amén de lo mucho que habrá que sopesar el acuerdo de separación para que ninguno se sienta injustamente perjudicado o injustamente beneficiado. Es una guerra sin cuartel, rebosando egoísmos, mentiras, confidencias a terceros que dañan, humillan y pervierten el criterio honesto de los receptores, y cuentas pendientes en demasiados casos imposibles de saldar. Actúe de buena fe, pida consejo a la inteligencia y que Dios reparta suerte —concluía impartiendo su bendición.

La casa para ellos dos el fin de semana. El sábado lo habían aprovechado de puertas adentro, fusionados los placeres con las tareas; de tal modo que al domingo correspondía un paseo con la ruta al azar y la mirada perdida, un aperitivo y un espectáculo vespertino.

—Me arreglo y nos vamos —anunció Mercedes.

—No hay prisa —dijo él revisando los cajones de su mesa de trabajo.

Ninguna prisa, pensaba volviendo al salón.

“A ver...”, murmuró. Sentado en el sofá se ajustó las gafas y abrió la carpeta donde guardaba las notas tomadas ese año. Con su debut profesional —coronado por el éxito cual era predecible, de lo contrario él y quienes le dieron la alternativa hubieran esperado otra ocasión propicia—, empezó a coleccionar resúmenes escritos de puño y letra de las entrevistas más interesantes y para el intelecto atractivas habidas en su gabinete, en las dependencias judiciales o donde terciara a petición del cliente o de un colega excéntrico —emplazamientos rurales, urbanos, siniestros y pintorescos—, clasificados con método y fecha genérica en sucesivas carpetas de cartón junto a las anécdotas, notas a vuela pluma, tácticas defensivas o estrategias atacantes,

sugerencias, prólogos y epílogos a los hitos en su carrera. La sucesión de casos, procedimientos y resoluciones aún no le aportaba mejor título para las anotaciones que aquel original de *Ellos versus ellas y viceversa*, que habiendo encajado como un guante hizo fortuna y seguía vigoroso en su memoria —“bien recordado, bien digerido, mal interpretado”. A la par que repasaba el cúmulo ordenado de papeles con su caligrafía privada, displicente y enérgica, iba frunciendo el ceño; observaba demasiada coincidencia en las exposiciones de los protagonistas, aunque no así en las peticiones a priori, las que se formulan en paralelo a los contactos iniciales ya con letrados de por medio, esos profesionales encaminados a resolver la liquidación de la sociedad conyugal a satisfacción de las partes en litigio.

Una contradicción en los términos, un imposible existencial en el noventa por ciento de las demandas de separación o divorcio, contabilizaba el archivo y refrendaba el empirismo narrado por Miguel Vayarte, doctor en sociología y ciencias políticas, en la confianza de las charlas amistosas.

—¿Cuándo se va Miguel? —preguntó Mercedes introduciendo en un pequeño bolso lo imprescindible del repertorio femenino sin vicios menores.

Eduardo Reneda fue a su encuentro con la carpeta de documentos manuscritos bajo el brazo.

“¿Intuición, casualidad, idea obsesiva?”

—Mañana lunes.

—¿Va en tren?

—Va en coche.

—Ya son ganas...

—Le apetece conducir. Nadie se complica la existencia por dar rienda suelta a una energía en buen estado de conservación.

La luz diurna sedosa y de prístina voz convocaba a pasear el mundo.

—¿Una semana?

—Eso creo.

El instinto protector de Mercedes mostró su reconven-
ción.

—Con lo bien que se va en tren, caramba.

En la tribuna y en la platea

A lo largo del último cuarto del siglo XX —con origen al menos diez años atrás y destino y duración indefinidos—, el negocio de la componenda presidía a sus anchas la vida política española, con sus patrocinadores, los gestores del poder efectivo, siguiendo al pie de la letra el guion escrito en el cuaderno de bitácora en cuya tapa atornasolada figuraba impreso con caracteres rutilantes el pomposo título de *Modernidad en seis jornadas progresistas y una clave*, que abría y cerraba la mano ejecutiva cuando la mano custodia, hermanada en el signo, primero abría y después cerraba el cofre con el *opus magnum*; una obra de referencia y obligada consulta para los compositores y directores de orquesta, incuestionable y doctrinal del preámbulo a la coda. En su magisterio, inexorable e inefable en proporción medida, la norma máxima no prodigaba consuelo, aliento, protección o justicia a las trabas ni a los impedimentos para la realización del plan magnífico, *propositum magnificentum*, por razones obvias. Entre los principales estorbos y de más complicada elusión en la sociedad todavía en fase de remozamiento —eufemismo para medio definir una remoción selectiva establecidos los límites en los plazos y en las plazas—, figuraban las víctimas de aquellos delitos —acciones típicas, antijurídicas, culpables y punibles— sujetos a castigo en el código penal y vigentes en la mentalidad de buena parte de la ciudadanía, víctimas de toda clase y de todo sufrimiento abanderadas en lo colectivo por las del terrorismo, un terrorismo de intrincado anda-

miaje. Por aquel entonces, las víctimas causadas por la ambivalente estrategia del terror eran elementos indisolubles del paisaje cívico con presencia constante y manifiestos candentes. Los terroristas de calle y los asentados en una atmósfera protectora desde la que dirigir y negociar sin contratiempos ni penalidades, a su vez y sin falta recibían apoyos gremiales de diversa laya y justificaciones institucionalizadas de inmediata respuesta a las protestas. Al extremo de que la verdadera lucha contra el terror y sus adláteres era la de elevar a la víctima por encima del verdugo en la valoración social pasado el impacto del horror y la certeza de una impunidad pactada a futuro.

El poder legalmente constituido mostraba paciencia, un aguante estoico y hasta comprensión con el ejecutor de delitos tipificados en la legislación penal, tomado como referente de progreso y convivencia la parte del contrato social dieciochesco que supedita la libertad del individuo y el Estado de Derecho a esa entelequia denominada voluntad general; una voluntad interpretada por el grupo dirigente en turno de guardia, situado a corta distancia del teatro de operaciones en el que alternan loas con reproches del público a los terceros interpuestos como gobernantes elegidos por las urnas. El camino estaba trazado y no había alternativa a ese destino informado por los representantes de la voluntad general.

En esos años sonorizados por una mezcla de eslóganes, ruidos y susurros, no resultaba tan obvio a mucha gente que el delito, salvo excepciones contadas, tuviera una pronta disculpa dialéctica y una previsible condena reducida o postergada, mientras que las víctimas, salvo excepciones numeradas, y sus deudos fueran un obstáculo para

alcanzar la arcadía feliz insinuada por los órganos de comunicación un día tras otro. La autoridad electa y el rimero de formaciones políticas parlamentarias, que son en teoría los inquilinos y en la práctica los titulares mediante fórmulas de adquisición variopintas de los canales de difusión, más una nada desdeñable amalgama de influencias extraparlamentarias, condenaban los atentados mortales —únicamente esos por mayoría—, con un discurso manido, evanescente y atropellado, heridor para los entonces afectados, mientras con la boca grande amonestaban la publicidad de la tragedia y el llanto, la promoción de la queja multitudinaria y el ansia de resarcimiento. Era como si la sociedad, disciplinada y a sus labores, tuviera que pagar una compensación en especies a los asesinos y demás delincuentes de mano negra y de guante blanco, y otra en suma dineraria o prebendas equivalentes al conjunto ejecutivo y legislativo de benefactores por haber impedido ellos la expansión de revoluciones o anarquías, en unos casos, y en otros por ir aminorando a base de leyes suavizadas y aceptaciones de mano tendida la maldad impuesta por las condiciones de vida y trabajo a los inclinados hacia la conducta lesiva, por ser la causa directa de un fracaso experimental intolerable y la quiebra del negocio.

Las víctimas del terrorismo, que son los principales actores del sufrimiento organizado —socializado, en palabras de los causantes—, imploraban más que exigía un trato digno para con sus muertos en las exequias transmitidas en directo o en diferido y en los funerales privados, en las declaraciones institucionales o particulares de los responsables políticos y de los portavoces ad hoc de cualquier estamento social que se pronunciara al respecto; también en los procesos judiciales y en los editoriales y

columnas de opinión de los medios. También las víctimas de estafas, manipulaciones, abusos, robos y demás violencias pedían firmeza en las sentencias, apoyo de organismos, medios e instituciones y una compensación legal. No era tanta la demanda de las víctimas. Sin embargo, dicho el responso o la frase tópica lamentando o condenando el suceso caía el pesado telón de *la vida continúa* y *lo en curso es prioritario*, con su infame dirección, guion y reparto, separando la realidad de la otra encubierta realidad. Lo que en la práctica, y a empujones, significaba la equiparación de las conductas y la de las correspondientes justificaciones en cualquier foro. En aras a la concordia, a un peculiar concepto de ajuste, quien podía situar a cada pieza en su extremo del tablero argumentaba que a la virtud se llega por el perdón —quizá en homenaje resarcitorio a una frase tardía e incompleta como fue aquella de “paz, piedad y perdón”, pronunciada con la boca pequeña y las facciones contraídas, inmersa en un piélago depresivo de imposible sanación y la responsabilidad de la tragedia en ristre, a la que faltó la sinceridad del sustantivo perdón—, obviando el arrepentimiento, pues el perdonar compete a la víctima y el arrepentimiento al causante de sus males e infractor de la ley.

Opiniones en pro y en contra de esto o lo otro, como de costumbre, abundaban y se dejaban oír con mayor o menor intromisión de balbucesos allá donde surgían, y una de las más generalizadas, y probablemente acogidas con satisfacción en el gabinete de la última decisión omitida, fue la de atribuir valor de concordancia a esa pregonada concordia social direccionada en sentido único. El apaño estaba servido; total, donde caben ciento entran miles, y una argucia

nueva no iba a desentonar con las ya acuñadas y tampoco era presumible que los filósofos elevaran su grito al cielo por la indebida apropiación del concepto y del método. A saber: el método de concordancia puede aplicarse para averiguar la causa de un efecto dado o para averiguar los efectos o propiedades de una causa dada: fin de la definición y de la polémica interesada. Al igual que la victoria, la culpa debía repartirse, con disimulo y tacto de no mediar obcecación desestabilizadora, y la exculpación debía ser forzosa; la culpa adquiría el derecho a contar con al menos dos padres, al igual que la victoria, mientras que la exculpación venía desde las alturas directamente adjudicada al agraviado, ofendido, dañado y perjudicado, que sufría por imperativo legal la doble derrota. Hecho el reparto de los papeles el teatro comenzaba a impartir magisterio sopla que te sopla doctrina.

La lógica y multitudinaria oposición quedaba postergada a un recurso sonoro pero a bajo volumen y sala acolchada, el del pataleo, insignificante, por no decir ridículo y estéril e insignificante para la conciencia de tenerla, ante la atronadora voz de los contrarios al reconocimiento de la condición exclusiva de víctima o verdugo y a ventilar las diferencias entre criminales y víctimas en el ágora, ninguna de éstas a salvo de riesgo mortal o, en su defecto indulgente, de exclusión. Paradojas de la política parda.

“Hagamos un llamamiento a las conciencias.”

La descomposición de la moral anticipaba corrupciones y aniquilaciones.

“Por nuestra conciencia y honor.”

Limitados los recursos y supervisadas las voces con un celo digno de otras causas y otros sujetos, las víctimas del

terrorismo, cabeza visible de la rebelión cívica, movilizaron presencias múltiples, lo que puso en alerta a la suma de poderes que temió la insurgencia en el mismo seno de la fermentación. Surgida previamente la conexión espiritual, que casi nunca necesita de intermediarios, el boca a boca hizo el resto para reunir a familiares y allegados con la solidaridad anónima en el daño y en la reclamación. Personajes públicos de diferentes pero contadas órbitas, llevados por su deseo privado, y personalidades con reputación intelectual, subían a los modestos estrados para acompañar el discurso de los convocantes o como solistas para percutir en los oídos de quienes los ponían, reflejado el desconcierto y la pesadumbre en sus ánimos.

“Hay esperanza.”

Aún había esperanza para frenar la deriva y para la regeneración en los estratos políticos. La esperanza es lo último que se pierde, mientras queda vida hay esperanza, no hay que renunciar a la esperanza; y otras frases que actuaban como apostillas a unas declaraciones que recordaban y demandaban.

“Dentro de la ley, con la ley en la mano, en base a la ley.”

Principio de legalidad, Estado de Derecho, imperio de la ley: la tríada de la sumisión cívica en una sociedad libre, consciente y responsable. En ningún caso, se insistía desde el seno y los ramales de la protesta, darían ellos cabida a la locución por fas o por nefas (*per omne fas ac nefas*, locución latina cuyo significado: por todos los medios lícitos o ilícitos, escapa del control ciudadano al recalar en la instancia ejecutiva de la máxima expresión del poder). En caso contrario, al entregar en bandeja la justificación del antecedente injustificable, las consecuencias aún serían

peores. Era el forzado convencimiento de los miles de seguidores que aplaudían el valor y la didáctica de los afectados por el terror y la ignominia, secuela purulenta y orquestada que siega la hierba bajo los pies, y la de los voluntarios como Miguel Vayarte que acudían pertrechados de argumento a sostener la reivindicación.

“Hay que mantener viva la llama de la esperanza.”

Confiaban, y no sólo como lemas de campaña, en la posibilidad de enderezar el árbol torcido y en la reconquista de los principios desechados. Es el mandato de la inmarcesible esperanza.

Recortada contra el baluarte de micrófonos con la intención anticipada por el logotipo y de cámaras grabando un espacio sin trampantojos, el curso de la obligada disidencia deslizaba la protesta por el cauce autorizado, sin incidentes ni desmanes, visible y unida, provista de documento e identificada a ojos vista.

—Tú también, Vayarte.

—Sí, cosas que pasan.

—¿Por qué te adhieres a una causa perdida?

Una causa que, al parecer y como mucho, agita el azúcar en el café o en la infusión a la hora del receso en las deliberaciones, y pesa menos que las causas en oposición en la balanza del concierto social.

—Porque soy un caso perdido.

Había recomendaciones, algunas amables otras amenazadoras sin molestar a sus autores en vestirlas con disimulo, que no se quedaban en la anécdota y con ellas, formando un amplio frente de intereses, la ortodoxia ecléctica de asimilados y aspirantes a la repesca en la concesión de puestos remunerados por los presupuestos de las viejas y nuevas administraciones.

—No dilapides tu capacidad en las obras de una vía muerta. La especie evoluciona hacia la absorción, y en ese camino indefectible reclama lo que le pertenece y sobre lo que se hace responsable. Lo que la especie ha gestado, o lo que en ella se ha gestado, como prefieras definirlo, siendo todos hijos de la misma madre, vuelve a su ser tras un periplo de realización optativa condicionado por la pre-existencia de unos factores dominantes, tan antiguos como la naturaleza del sujeto, y la percepción de probabilidad que éste tiene respecto de sí mismo y de las comparaciones limítrofes. Los organizadores del comportamiento grupal son, a su vez, los modificadores de la conducta específica que desde dentro rescata al individuo de su consecuencia. La periferia de la urbe común, Vayarte, es un mero circuito de pruebas. No malgastes tu talento en fabricar alas de cera para Ícaro.

—No lo malgasto instruyendo a Dédalo en la construcción de laberintos sin salida ni determino, quizá por mis limitaciones, quizá porque soy consecuencia de un alma errante, la elección de la Náucrate de turno.

—Los arquitectos son fundamentales, como son fundamentales, valga la tersa redundancia, los vientres aptos para la fecundación.

—Por malo que sea el original siempre es mejor que la copia e infinitamente superior a las versiones que del prototipo del artista universal, arquitecto, escultor e inventor de recursos mecánicos, elaboran los imitadores.

—El tiempo es oro, Vayarte, y ambos tan escasos y esquivos a los hombres como las oportunidades que marcan la diferencia.

Tal coloquio, paradigma de correspondencia intelectual en el claustro de profesores, orbitaba a velocidad uniforme

alrededor de la cabeza de Miguel Vayarte. La concatenación de frases escuchadas de cerca y pronunciadas con gravedad desde el cúmulo insondable a una galaxia excéntrica de envergadura inferior a los brazos del laberinto, dirigidas a ese tipo sin remedio que aún despertaba franca simpatía, una oculta admiración y un reguero de solidaridad inhabilitado para conducir la chispa al barril de pólvora, acentuaban su aislamiento, dibujaban su exclusión y ponían fecha al apercibimiento de cierre, y de nada le iban a servir las adhesiones situadas fuera del círculo.

—Gracias por el consejo. A diferencia de colegas y paisanos, yo sí creo que los consejos deben darse *gratis et amore*. También creo que hay que pensar lo que se dice y decir lo que se piensa. Y como no hay dos sin tres, confieso en abierto que Maquiavelo ha expresado el deseo y el sentir de los animales políticos con ambición de mando que en el universo mundo han sido y son con un aforismo que vibra en el silencio: el fin justifica los medios.

Los timbres suenan a la hora de la recomposición de los cuadros.

—Cíñete al guion, Vayarte. Las diferencias pueden llegar a sustanciarse en una dependencia aneja a la sala de prensa de palacio.

—En una conferencia de muñidores y fontaneros al más alto nivel de maniobra.

El príncipe escuchó y puso en práctica el versado consejo del asesor. Bien mirado, a los dos les salía rentable y sin desgaste pasar a la historia, pues el uno no dijo lo que el otro no hizo, y quien del aire recibe lo que del cielo cae tonto es si con la fórmula anotada en un papel escrito con tinta invisible no trasmuta el plomo en oro. Fin de la metáfora.

—Haz caso a la demoscopia, Vayarte. Los procedimientos demoscópicos son una herramienta de gran valor para deducir.

—Y para inducir —replicó Miguel Vayarte.

—La diversidad de voces acaban por leer un solo mensaje; y a ese mensaje es al que hay que atañerse.

—¿Al mensaje deducido o al mensaje inducido? Porque distingo la diferencia, pero no doy con el puente de plata por más que lo intento.

—Claro que sí, Vayarte. El fulgor del metal precioso es siempre advertido.

—Es un brillo poderoso, seductor, qué duda cabe. Sin embargo —puntualizó Miguel Vayarte—, fuera del canal demoscópico, al margen del cauce establecido para conocer y analizar las diferentes opciones conteniendo por la primacía en las encuestas, cada voz importa, la voz de cada persona es importante hasta el punto de que esa voz exclusiva puede mover el mundo en la dirección adecuada.

Fin de la esgrima.

Miguel Vayarte digería mal las comidas de negocios, con independencia del número de comensales, y al concluir la sobremesa le costaba encontrar la puerta de atrás. A sus enemigos, que él renunciaba a calificar de adversarios o críticos, les incomodaba su incontinencia verbal en materias delicadas o taxativamente reservadas. Al terminar los actos hablaba a los medios de comunicación que lo solicitaban incidiendo en el mensaje que los había congregado. Mal que pesara a los incomodados, el profesor Vayarte era una voz conocida asociada a unas ideas que no por anacrónicas, en acusación de los afectados, menos aplaudidas.

—¿Crees que servirá para algo? —le preguntaba su esposa, meditativa, con frío en los huesos y el dilema latente.

—Al menos no naufragaremos en el mar tenebroso. Eso sería canalla, Ángela.

—Quiero creer que sirve para algo.

Era ese convencimiento henchido de voluntad un acicate de consumo privado para sacudirse el letargo. Pero la intención, aunque válida por sí misma, necesita el refrendo de los hechos para imprimirse en las primeras planas de la comunicación un día tras otro. Ángela era la que a priori y a posteriori iba a la caza y captura de un resumen, de una nota de prensa, de un debate sincero sobre la utilización del terror para conseguir objetivos sociales, económicos y políticos.

“El terror es rentable.”

Miguel Vayarte, autor de *La rentabilidad del crimen*, alababa el empeño por desenmascarar la mentira y sus maquilladas ramificaciones, de fácil asimilación por la indiferencia hegemónica, que era el eje central de su ensayo. Muchas noches departía con Ángela hora tras hora, entre largos silencios y comentadas reflexiones, hasta el amanecer a veces. Ángela conciliaba mal el sueño y esa terapia ayudaba a ambos a superar momentos en los que la adversidad ganaba terreno y conquistaba adeptos.

—Vaya, otro día con ojeras y afonía. Mis alumnos van a pensar lo que no es —decía él frotándose los ojos—. ¿Cómo te encuentras?

Ángela respiraba el aire de la confianza, una dádiva para su castigada salud, y eso le daba fuerza para resistir en todos los frentes.

—Despierta y con ganas de vivir. —Giró el cuerpo hacia la ventana—. Me gusta ver amanecer, es un regalo cada

día —murmuró—. ¿Y tú? ¿Podrás aguantar el asedio de los periodistas?

—No soy un reclamo, Ángela. Mi gloria mediática es efímera y ya nos conocemos tanto que sobran las preguntas y las respuestas. Nadie va a cambiar de trinchera.

—Hay que seguir preguntando y respondiendo.

—El movimiento se demuestra andando y yo voy a seguir paso a paso.

—Si paramos nos engullirá el pozo sin fondo —confirmó Ángela acariciando la luz matinal—. No hay que parar.

—Preguntando y respondiendo.

Miguel Vayarte cambiaba impresiones con los asistentes a los actos de los que era protagonista, introductor o colaborador. Ángela, que solía acompañarle, participaba de los mismos asuntos con los invitados y asistentes que buscaban la aproximación al modelo.

Eduardo Reneda y su mujer conocieron al matrimonio Vayarte en una conferencia que versaba sobre las consecuencias de la tolerancia discrecional —la concertada por las diferentes ramas del poder político, matizaba el doctor Miguel Vayarte— hacia los individuos de conductas socialmente perniciosas, tipificadas en el código penal, operando por sí mismos bajo un patrón que es tendencia o acogidos en colectivos que pueden ser rastreados sin esfuerzo.

—Frío, lluvia y viento racheado en el comité de bienvenida. Ni la climatología nos favorece —describió Eduardo Reneda a su esposa sosteniendo con fuerza el paraguas.

—No hay excusa que valga si se quiere asistir —enfaticó ella.

Dos centenares de personas apoyaron la convocatoria en el recinto a cubierto, funcional pero desangelado, un viernes de noviembre de mil novecientos ochenta y nueve.

“Ni muchos ni pocos”, se dijo el abogado.

—Te sentirás cómodo, estoy segura —dijo Mercedes.

—Estoy seguro de que tú lo estarás.

Era una tarde desapacible, como un augurio que de pura evidencia nadie cuestiona; en realidad, en opinión de Eduardo Reneda, como la constatación de que a los obstáculos se les suman las trabas y tanto éstas como aquéllos provienen del mismo origen.

Mercedes contempló la figura algo desgarrada de Miguel Vayarte.

—Es un hombre valiente, docto y buen orador —dijo ella eligiendo asiento.

—Estoy de acuerdo.

—Tú también lo eres. Me da que haríais buenas migas.

—Y a mí que eso es lo que te has propuesto.

Mercedes, fiada a su instinto, encontró la manera de entablar conversación con Ángela —a quien reconoció por la fotografía en un suplemento dominical de periódico—, sentada en la primera fila pero atenta a cuanto sucedía en el mundo circundante. Un segundo después de la comprobación visual de Mercedes y minutos antes del turno de los ponentes, Ángela iba de aquí para allá reparando en las novedades que merecían su aprobación. Le fue fácil a Mercedes interceptarla en una de sus trayectorias y presentarse; luego, ambas hacia los respectivos asientos, hizo lo propio con Eduardo y sobre la marcha quedaron para valorar lo que deparara el acto. Así de sencillo.

—Presiento una buena relación —dijo Mercedes. Eduardo Reneda daba crédito a los presentimientos de su esposa.

Al acabar la conferencia formaron un amplio círculo en el punto de encuentro.

—Si callamos sintiéndonos víctimas permitimos que los acontecimientos fluyan según la voluntad de los planificadores de la etapa siguiente —comentó el doctor Vayarte dirigiendo el análisis en la trastienda—. La versión de los hechos, entiéndase el relato subjetivo de un suceso por parte de un actor o de un testigo citado a declarar, no lo modifica ni lo pervierte si el ámbito contemplado es sensorial: he visto, he oído, he tocado, etcétera; y, huelga decirlo, no se miente. Porque la intervención del engaño tergiversa lo sucedido y el ánimo del ideólogo y del ejecutor, pervierte la apreciación de la realidad y perturba su enjuiciamiento hasta diluirlo en una absoluta confusión. El vehículo que condiciona la calificación sobre un hecho es la mentira con propósito de engaño.

“Interesante perspectiva del control social”, se dijo el abogado.

Con la mirada y un leve movimiento del arco ciliar el profesor Vayarte daba paso a los espontáneos turnos de análisis. Dispuesto a dar su opinión como cualquiera de los presentes al improvisado debate, el abogado Reneda fue engarzando a base de ejemplos la indefensión de las víctimas con la inoperancia de un Estado de Derecho infestado de interpretaciones y censuras.

Nubes densas con carga torrencial tiñen las bóvedas celestes en los cuadros de Iván Aivazovski. Al momento de dar paso a un nuevo interviniente que abundara en su exposición o la desbaratara de arriba abajo, quizá por una

asociación ilustrada entre las ideas y los conceptos, le asaltaron las imágenes de las marinas del artista ruso que uno de sus hijos, aficionado a la pintura, le había sugerido echara un vistazo en Internet. “Te va a gustar”, le aseguró su hijo, “su estilo es de tu estilo”. ¿Hay argumento más convincente sin que medie precio, promesa o recompensa?

—De intérpretes, de censores y también de operarios de equivalente rango y similar traje de faena cortado a la medida, especializados en filtrar informaciones que a unos benefician y a otros perjudican, con independencia de su veracidad y, por supuesto, de la legalidad del cometido —apostilló Miguel Vayarte—. Entiendo que usted expresa un criterio jurídico derogado por el uso.

Un paraguas de ironía desplegado en perpendicular a la evacuación, con la tela rebozada por dos capas de cera y las varillas niqueladas, bajo el que guarecer a la tribu durante el éxodo en busca de un lugar sinónimo de utopía llamado justicia.

Eduardo Reneda sonrió y asintió. La experiencia dicta que los molestos son desplazados hacia una quimera de aspecto mudable, en realidad un cebo del que tira una paloma de aleteo arcoíris con la rama de olivo prendida al pico, que atranca las puertas y retira los vados por detrás.

—Hablo de unos límites inciertos que la leyenda agiganta. No me atrevo a fijar esos espacios en sus dimensiones, pero sí me atrevo a deducirlos de una razón superior en jerarquía que desecha con cajas destempladas al resto de razones.

—Es una de sus características. Quizá la esencial —acompañó una mujer que figuraba entre los asistentes.

—Para mí lo esencial es la diferencia entre el hecho objetivo, digamos el suceso tal cual, y el suceso creado—terció uno de los ponentes.

—¿La noticia inventada?

—La noticia que se superpone a la realidad para modificarla.

—A disposición de la autoridad —dijo un hombre de barba cana y gafas gruesas, que hacía referencia a una autoridad concebida como el conjunto de las prerrogativas sociales y políticas que permiten el ejercicio del poder, forjada los siglos XVI y XVII por Nicolás Maquiavelo y Thomas Hobbes, con casi siglo y medio de distancia entre sus respectivas obras, *El príncipe*, dedicada a Lorenzo de Médici, duque de Urbino, y *Leviatán*, el coloso bíblico rey sobre todos los soberbios—. Y de sus múltiples tentáculos retribuidos con el dinero de los contribuyentes.

Otra herida que no cesa de sangrar.

—La noticia permanece en el circuito informativo hasta que ha calado en la opinión ciudadana. En cambio, el dinero desaparece raudo y sin dejar huella por conductos inescrutables para el apesadumbrado contribuyente.

Otro misterio que la novela negra no ayuda a resolver.

—La volatilidad de la existencia —rio un espectador de ropaje holgado.

—El sentido de la buena vida que algunos se adjudican porque para eso son quienes son, están donde están y hacen lo que hacen —sentenció Ángela.

A mediados de los años noventa del siglo XX, el catálogo con los nombres de los implicados, por acción u omisión voluntaria, en tramas delictivas de variada índole pesaba como una losa en el grupo dirigente y oprimía el

quehacer diario en millones de personas que no daban crédito a la situación generada ni a la pasividad en la manifestación pública del rechazo. Pero tamaño peso no llegaba a asfixiar a los causantes de la zozobra, quizá porque la esperanza de un cambio a bien no había sido oficialmente ejecutada y los electores se asían a esa tabla de salvación, o porque aún permanecía indescifrado el concepto de secta o porque la credulidad no había recibido el antídoto.

—Seamos parte de la leyenda —propuso el doctor Vayarte despidiendo la reunión—. Convirtámonos en materia reservada a la que se pone una etiqueta con las debidas referencias, en aras a un inmediato servicio, y la fecha de caducidad para que no recelen los celadores profilácticos.

Hubo consenso y en menor medida alternativas ingeniosas.

—Infiltrados en la militancia de calle con vista gorda gubernativa, melancólicos de la clandestinidad de ciclostilo, vestidos para no levantar sospecha en ningún escenario y el papel moneda en un paraíso, cada vez que abramos la boca soltaremos la última frase que haya acuñado la corrección política dominante.

—Y negaremos la evidencia con argucia estrepitosa.

—Qué responda el libre albedrío.

—Cuidémoslo —sugirió el doctor Vayarte—.

Mercedes y Ángela acordaron telefonarse.

Arreciaba la lluvia y el frío camino del coche. El paraguas prestaba una deficiente protección aunque había remitido el viento. Eduardo Reneda ajustó su paso al de los zapatos de su mujer. Ella estaba encantada con lo sucedido.

—¿Qué te han parecido? —preguntó Mercedes.

—¿Qué les habremos parecido?

“Activistas discípulos de la genial metáfora cervantina.”

—Me gustan —dijo Mercedes.

Esa frase categórica de dos palabras resumía sus impresiones.

En primavera y verano huele a flor y en otoño e invierno a fruto

Aire de mar. Un suave levante bruñendo la efigie del recuerdo a su llegada a la costa valenciana tras un placentero viaje por carretera con la duración prevista. Pese a la hora y el mes, las seis de la tarde mediado octubre, el brillo de la luz solar era notable. Enfiló el coche la salceda colonial, los parterres coloristas y la avenida de las quijotescas palmeras hasta dar con la marquesina del pequeño hotel.

“Sano y salvo, Ángela.”

Prueba superada, decía ella al cruzar la línea de una meta impuesta por sus ganas de continuar en la brega, momentáneamente vencida la enfermedad, que ambos celebraban como la mayor de las victorias y les hacía confiar en que era posible resistir por tiempo indefinido.

Resistencia combativa. Quien resiste vence, deseaban creer los dos.

“Huele a memoria recobrada.”

El bullicioso proceder de la gente mediterránea era familiar y del agrado de Miguel Vayarte. En el atildado vestíbulo del hotel saludó cuantas manos salieron a su encuentro, y respondió a las muestras de afecto con gesto y palabra. Volvía al lugar elegido en olor de hijo predilecto.

—Bienvenido a su casa. Le echábamos de menos, doctor Vayarte.

—Gracias por el recibimiento. Me gusta recuperar las buenas sensaciones.

Segundo piso, cuarta puerta. Un centro de frutas, la prensa del día, su ensayo, *Apuesta sobre seguro*, recientemente publicado, “todo un detalle”, y una botella de agua mineral con su copa estilizada en la bandeja.

“La compartiremos.”

Salió al balcón a llenarse de brisa y de imágenes fijas — la mirada en retrospectiva— y en movimiento. Un orden apropiado a su circunstancia, pensó.

“Pasa lo que tiene que pasar.”

El eco de las amenazas y los improperios quedaba a gran distancia de ese momento cálido; no era previsible que los reventadores de actos apareciesen el miércoles o el jueves, fechas del simposio, en las inmediaciones del paraninfo de la Fundación Arle. Una institución privada y un debate de dos días en torno a los creadores de mitos y la repercusión de la idea del hombre legendario en las distintas sociedades. El título del simposio era ese: *El hombre legendario*. Con la intervención de sociólogos, psicólogos, antropólogos, historiadores y filósofos; dos de cada. Dos animales de cada especie discurseando de dentro afuera, bromeaba Miguel Vayarte. Las conclusiones del simposio serían elevadas a la categoría de ensayo, anunciaron los organizadores. Un aliciente más.

“Y un honor al que es difícil sustraerse. Nunca he sido un pedante ni un ególatra, ¿verdad?”

Le dio por reír de todo y de nada al deshacer el equipaje. También se puso a cantar un extenso repertorio improvisado, audaz por lo heterogéneo, y a esbozar unos pasos de baile ciñendo el talle de una grácil pareja.

“He mejorado con los años. Tú has alcanzado la perfección; espero que no te aburras.”

Sólo era una efusión de vida ante unas cortas vacaciones con apéndice didáctico y ajustada distribución del presumible tiempo libre. Repasó mentalmente el programa: lunes, paseo nocturno; martes, concierto en el auditorio; miércoles y jueves, simposio y sus derivadas academicistas con los protocolos de rigor; viernes, regreso a lo cotidiano. El miércoles y el jueves ocuparían la mayor parte de sus obligaciones, relacionadas con el trabajo, y algún compromiso, no por ello ingrato, como la conversación pendiente con el profesor Ramírez Mena, filósofo y políglota afecto a la interpretación literal del pensamiento escrito por sus autores originales. Por qué Isidoro Ramírez Mena le había elegido su interlocutor preferente para tratar el tema del hombre legendario era una incógnita sin importancia, de él había partido la iniciativa en el intercambio epistolar y al destinatario le pareció bien. Miguel Vayarte se carteaba con personas vinculadas a la docencia y al estudio de las sociedades que han poblado la Tierra desde que ha sido habitable para el ser humano, y su experiencia con estas citas al hilo de una comunicación pública organizada le satisfacía.

—¿Te parece el martes? —propuso Ramírez Mena—. Llegaré temprano. Podemos tomar el aperitivo, placer donde los haya, y luego comer en una terraza solazándonos en primera fila con el cuadro de verdes y azules. Yo prefiero hablar de día y si es posible con una buena ración de luz solar.

—El martes nos vemos y cambiamos impresiones a la luz del padre Sol—convino Miguel Vayarte.

A la luz de la madre Luna salió a pasear con el apetito despierto y la curiosidad arrellanada en una mecedora. No iba

a buscar nada en concreto ni a idear el cómo encontrarlo; que le sorprendiera un anuncio sugestivo previo paso por una plaza con farolas antiguas y bancos de madera, una escultura de metal y piedra atrapada en la historia invicta de un pueblo sedentario, una gaviota insomne o vigía planeando a la engañosa altura de los brazos extendidos, un escaparate que invita a detenerse y a calcular el dinero que se lleva encima, un rótulo de acompañamiento o cualquier sombra tendida por delante o por detrás del cuerpo adyacente.

Había voces alrededor de él, amortiguadas como murmullos por un respeto a la hora y al día de la semana, más esto último, y cierta prevención hacia el vecino no identificado que deambulaba con el paso corto y la vista prudente.

“Adoro ser una incógnita.”

Un foráneo del que costaba recelar al tratarlo, porque le asistía la virtud de extender nuevos mundos frente a quien fuera y en pocas horas. Es lo que decían de Miguel Vayarte los alumnos que le calificaban de maestro, los colegas que le reconocían capacidad y destreza en el ensayo de inquietudes, y una pléyade de opinantes y lectores que acogían gustosos sus recomendaciones sobre obras de consulta y autores.

—¿No menciona sus trabajos, doctor Vayarte? ¿Cuántos libros ha publicado? ¿Le gusta escribir o prefiere la transmisión oral? ¿Con qué palabra se queda, profesor?

Preguntas relacionadas con su actividad profesional y otros devaneos intelectuales. Era una insistencia amigable, un débito para con quienes estaban interesados en su trayectoria docente y en sus apariciones públicas.

—¿La carga ideológica en el individuo es inherente al entorno, al aprendizaje o a la asimilación? ¿El colectivo mata la libertad del individuo, la proyecta o la encauza para un fin común? ¿El grupo hace crecer al individuo o lo anula en beneficio de la colectividad? ¿La conducta del grupo es la suma de las conductas de sus integrantes?

Las baterías disparadas por los intermediarios de la política en curso enfilaban al personaje para especificar el sentido del acoso, marcando la frontera y tasando los límites de la libertad de expresión: sólo personal autorizado, uso restringido. Miguel Vayarte silueteado por una diana tosca, precipitada, de uso tópico, recibida a domicilio y en la cátedra por si no bastara un toque de atención; un anejo a la frontera extensible. Una barrera eludible a tramos y momentos por lecciones improvisadas y comentarios proferidos donde se imparte magisterio, que agitan las conciencias excluyendo medios subsidiarios como la propaganda, los eslóganes y el dirigismo, que actúan como catalizadores y siembran las futuras cosechas del libre albedrío; ese mal denostado y temido por las esferas del poder —¿cuántas esferas de poder hay, doctor Vayarte? ¿Cuántos poderes cohabitan en el único contenedor? ¿Existe el poder supremo? ¿El bien y el mal son emanaciones del mismo poder o poderes en paralelo?—, fastidio de gémetras, contables y tratantes, enfado de los círculos concéntricos que deciden la socialización terrenal. Al poder inseguro, de base minada, le resulta nocivo el pensamiento liberado de la dirección única que un día u otro puede convertirse en viento de impulso y cambio; el poder instaurado con argucias y pactos de mutua protección entre sus constituyentes detesta, por liberal e independiente, cual-

quier tipo de regeneración salvo la patrocinada —disimulando la risa— desde las mismas esferas que la han corrompido.

“Nunca he temido ser preguntado; soy un adicto a las preguntas.”

La evocación le dictaba capítulos de memoria en sus pequeñas aventuras. Era entonces cuando se veía a sí mismo, sin interferencias, y cuando se aislaba del lugar y de los hechos, de los instintos primarios y de las necesidades perentorias como dormir o comer. Una felicidad.

En pie, distante unos metros de los sonidos, al acabar su conferencia perdía la mirada hacia un infinito personal, un momento; flanqueado por los cazadores de epílogos, ocasionales o expertos de la conclusión, gratificado con su fidelidad lanzaba la red para abrir el juego de capturas: preguntas o comentarios apostillados de pregunta.

—¿Del individuo al grupo o del grupo al individuo?, doctor Vayarte.

—¿Usted qué respuesta prefiere? ¿Cuál es la respuesta que busca?

—La suya.

—Me sitúo en la primera parte de la pregunta.

—Quién influye en quien, profesor.

—¿Qué influencia es mayor?

—Sí, eso pregunto. Me gustaría saber si en alguno de los estadios de la mutua relación, la influencia del individuo es mayor que la ejercida por el grupo en él.

—Averigüe el poder real de uno y otro para obtener una respuesta válida —invitaba Miguel Vayarte—. Yo creo en el individuo, en la persona, en el sujeto de derechos y obligaciones. Creo en la fuerza del intelecto y en las convicciones éticas y morales expresadas y transmitidas por los

clásicos. La aportación del individuo al grupo es indispensable para que aquél se sienta identificado con éste, y dispuesto a conseguir esos objetivos que caracterizan al emisor y al receptor.

—¿Sin correspondencia qué papel juega cada cual?, doctor Vayarte.

—Un papel elegido o un papel adquirido. Desde una posición de mando, que no siempre es ambicionada, o desde una posición de obediencia, que puede ejercitarse con gusto y ganas o por mero servilismo en todas sus vertientes ya que de donde no hay no se saca.

Concluida la sesión lectiva, Miguel Vayarte departía un rato con los asistentes, agradeciendo su presencia y la participación, animándolos a que siguieran buscando lo que se supone quieren encontrar y no quedarse en el intento ni dejar que las cosas sucedan porque lo ordena un mandato exento de crítica racional impuesto por terceros, o a tenor de disposiciones transitorias que acaban enquistándose en las neuronas para liquidarlas.

“¿Qué sería de mí o de ti sin mí o sin ti? Qué pocas veces nos formulamos esta pregunta.”

—Vayan a por el futuro antes de que el presente los convierta en siervos de la mediocridad o les dibuje por boca de sus portavoces un horizonte utópico en el que nunca han creído ni creerán sus ideólogos —aconsejaba Miguel Vayarte a los oídos receptivos.

“Nadie que viva de la miseria del prójimo quiere acabar con ella. ¿Tanto cuesta entenderlo?”

Ni al hambre ni a la fatiga se las engaña mucho tiempo. Los recuerdos no alimentan el estómago ni reponen del cansancio. Ese rato callejero tocaba a su fin y las opciones

eran dos: regresar al hotel, asistiendo a una ceremonia de afectos en el restaurante, o elegir entre nuevo y conocido en la surtida oferta gastronómica. Hizo el descarte en una zona concreta y ante una rústica decoración marinera.

Los divorciados o los viudos que van a comer solos no tienen preferencia en los restaurantes, pero como era lunes, víspera del cierre semanal, tenía a su disposición mesas, servicio y las viandas sobrantes del fin de semana. Le atendió el dueño, nieto del fundador según explicó pronto, y como él y la saga al completo hijo de la mar.

—Me suena su cara. Le he visto en alguna parte.

El hombre se esforzaba en dar forma humana a su recuerdo.

—Aquí donde las ve mis facciones son convencionales, del montón. —dijo Miguel Vayarte sosteniéndole la mirada.

—Usted... Usted ha salido en la televisión. Yo le he visto en la televisión... Y no hace mucho.

Devanándose los sesos para dar con la escurridiza imagen del inesperado cliente.

—Sí, sí, sí... Usted es... ¡Hay!, no me acuerdo. Pero ya me vendrá, ¡vaya que sí! No se me escapa una cara.

No debe consumir únicamente telebasura, dedujo Miguel Vayarte.

—Retentiva tiene.

—Me acordaré. ¡Vaya que sí!

Que el hombre atinara a encajar una imagen vaga con un nombre o una profesión podía eternizarse de modo similar a una partida de ajedrez jugada con la inteligencia de los grandes campeones, pero sin que pudiera finalizar en tablas. Así que le informó de sus participaciones televisivas.

—¡Claro, hombre! ¡Qué despistado soy! Ya lo dice mi mujer: Vicente, un día te dejarás la cabeza por ahí y no la echarás de menos hasta pasado un mes. Lo dice porque siempre voy corriendo. Estoy muy ocupado, ¿sabe? Por eso es fácil que se me olvide algo, pero en seguida lo soluciono. Decía mi madre que quien no tiene cabeza ha de tener piernas. He aprendido a improvisar —confesó Vicente dando golpecitos a su nariz con el dedo índice.

— Toda una virtud.

El hombre asintió apoyada la mano en una silla.

—Le he visto en la televisión hace poco. ¿Verdad que ha salido en la televisión hace poco?

—Verdad. Pero a lo mejor usted me recuerda por haberme visto paseando estas calles.

—¡Mira tú! Pues entonces también le conozco por eso. Me fijo mucho en la gente, ¿sabe? Es una costumbre que tengo. Me fijo en las caras y las grabo en la memoria. Eso es muy útil. Mi mujer dice que...

—Es usted un maniático.

—¡Vaya que sí!

Miguel Vayarte dejó que el solícito Vicente le organizara el menú. El hombre fue prudente durante la cena, limitándose a breves preguntas de rigor. Llegado el postre a la mesa —una elaboración artesanal reservada a las visitas especiales—, Vicente permaneció a la expectativa, sin arrojar su sombra, hasta que el distinguido cliente dobló su servilleta y la puso sobre el mantel. Pronto a sonar las campanadas de la medianoche, Vicente convocó al cocinero —un primo suyo que despuntó desde niño en el arte culinario—, a los dos camareros —un hijo y un sobrino— que permanecían en el restaurante aguardando la despedida del último cliente y a su mujer —a la que había telefonado y

urgido a personarse—; un hemicíclo de honor, consanguíneo y en apariencia halagado, para agradecer la deferencia al doctor Vayarte.

—Soy yo el agradecido. He cenado muy bien. —Pidió la cuenta. Hubo un amago de indecisión en Vicente que Miguel Vayarte abortó con una frase escueta—. Si no pago mi cena no vuelvo ni tampoco doy publicidad del restaurante. ¿Estamos?

—Le invito al postre y a la copa que usted quiera.

—Gracias, no bebo.

Antonio miró a su mujer y a su primo el cocinero. Con voz tímida pidió que, si no era una molestia, les firmara un autógrafo. Miguel Vayarte dijo que le honraba la petición y preguntó dónde preferían que escribiera la dedicatoria, si en el reverso de la nota o en el libro de reclamaciones. La risa se hizo esperar, porque algunas ocurrencias pillan desprevenido al más pintado.

Los exégetas del hombre legendario siempre han sido recurrentes. Fruto de esa interpretación primigenia, que ha perdurado en las pedagogías de las sucesivas culturas, la ocurrencia se transmutó en osadía; y de ahí a la demagogia, al populismo o al cuento chino, sólo media un paso frecuentemente dado en nombre de un interés que la historia escrita por mandato expreso del mecenazgo político ha definido superior.

—Siquiera sea por mi devoción al movimiento continuo y el espíritu inquieto que lo alienta, yo me inscribo en la escuela peripatética —dijo el filósofo Ramírez Mena a la hora del aperitivo. Bebía su caña a sorbos cortos, con la mirada en su cometido y mordisqueando con fruición las

aceitunas gordales que había pedido para acompañar la cerveza.

Miguel Vayarte, a su lado en la mesa pero la mirada en lontananza, lo imaginaba caminando meditativo por el jardín a cubierto del Liceo, con un oído en el aula magna y el otro en el habitáculo sensorial, combinada la dialéctica en proporción a los apetitos intelectuales para mejor digerirlos. Su vermú se calentaba con la incidencia templada del Sol, paladeado con excesiva demora, pero del canapé de anchoas elegido para el maridaje sólo quedaba un resto de pan tostado y un ligero aroma a aceite de oliva, albahaca y tomate de la huerta.

—Tiene su lógica si damos por bueno aquello de que el movimiento se demuestra andando —terció Miguel Vayarte—. Comprendo la necesidad de movimiento en el individuo que percibe sensorialmente y cuestiona a base de juicio y empirismo los fundamentos de una sociedad dada, y el contagio que un carácter dominante, con su correspondencia de agitación por afán de búsqueda, produce en su entorno. Cada uno de nosotros es un ejemplo; cuánto más el hombre con las cualidades superlativas que le atribuye la leyenda.

—Una verdad de Perogrullo, sin carácter especulativo. Como la de que un espíritu libre dista del hedonismo de los instintos propugnado por las sectas del libre espíritu y converge con las premisas culturales del movimiento de los libertinos, o librepensadores, al defender la razón.

—¿De qué siglo hablamos?

Ramírez Mena hizo con la mano un gesto de lejanía moderada.

—Siglo XVII —concretó—. Me ciño a la pureza del manantial.

—¿Quién envasaba el agua en su génesis?

—Un compendio de filósofos, magistrados, políticos y literatos, círculos restringidos de las aristocracias influyentes para inmiscuirse en los vértices del poder aún inmunes a su dictado, envueltos en la clandestinidad porque en ciertas situaciones es de sabios enmascararse, publicando anónimos y reunidos en privado, donde la luz no traspasa los umbrales, desasidos de la opinión pública y el orden social.

—Una casta poderosa constituyendo un poder superior —completó Miguel Vayarte—. Pero su funcionamiento adolecería de individualismo si los rectores de la iniciativa no hubiesen previsto un sistema regulador aglutinante de esas tendencias. ¿Me equivoco? Nada más peligroso que el libre albedrío en un muestrario de libertades exployadas hacia la promulgación del pensamiento único.

Ramírez Mena negó con la cabeza.

—Ese sistema regulador que bien indicas es la antesala del “otro orden” a implantar: el nuevo orden, ¿te suena? Cada etapa tiene el suyo.

—Me chirría. Cada etapa acopia argumentos para desplegar su novedad. Ignoro qué de nuevo tienen los mandamientos del nuevo orden periódico. Aunque puede que sea injusto mi prejuicio.

—Eres injusto en el prejuicio del génesis. Con tanta fuente, el origen no estaba viciado y tardaría en prostituirse —dijo el filósofo—. Esas tendencias originales eran genuinas en sus credos, vanidosas y despóticas en sus manifestaciones, ya fueran sus modelos la erudición de palabra y obra, la poética de sensaciones y emociones, el naturalismo o la vehemente lucha contra la superstición. Pero es que la sola vocación de cambio no garantiza conseguirlo

ni con un ejército adiestrado para conquistar, convencer y quedarse. La vanidad y el despotismo articulan un lenguaje de signos recogido en el código secreto, entregado a los elegidos para el acceso a las reuniones y la permanencia en el grupo dirigente con aspiración globalizadora. Remando en la misma dirección, el barco navega estabilizado y llega a puerto.

—De un ecumenismo a otro y tiro porque me toca —replicó el sociólogo—. Al fuego se le combate con fuego, estoy de acuerdo, y el resultado puede ser el pretendido y, además, convincente. Pero ese cambio, ¿quién asegura que lo sea para el individuo agrupado en un conjunto de semejantes, limitado él y limitados ellos a las normas del ordenamiento social? Más que un cambio aprecio una permuta: ahora yo te sustituyo y tú te preparas para ocupar mi puesto en la siguiente mutación; pero, recuerda, démonos tiempo para consolidar mi gobierno y tu alternativa. Un juego de trileros. Una feria erigida en el pantanoso terreno del sofisma con aderezo retórico —añadió.

Ramírez Mena desaprobó la sentencia con una mueca en su arrugado rostro.

—¡Vamos, profesor Vayarte! Eso no es propio de un pensador que cree en la evolución racional del ser humano. Los movimientos sociales a impulso del pensamiento han sido concebidos para mejorar las condiciones de vida no sólo de sus ideólogos, y dotar a la historia de pasajes idílicos.

Miguel Vayarte sonrió.

—Soy un escéptico, profesor Ramírez. Pongo en duda la evolución racional en los seres humanos que recaen ciclo a ciclo en los mismos errores, y que con su estulticia permiten la reinstauración jerarquizada de los horrores.

Las ilustraciones me incitan a la reflexión, pero no condicionan mi proceso cognitivo.

—Cualidad del científico que se precie —convino Ramírez Mena—. Lo alabo y, afecto al fenómeno cualitativo, hago profesión de esa fe. Pero has de aceptarme que los nombres célebres y sus reeditadas obras, aquellos singulares y esos otros, la mayoría, continuadores de un principio elocuente aunados en escuelas filosóficas, han contribuido decisivamente al progreso de la humanidad, de la teoría a la práctica, con todos los matices que se quiera, y del individuo al grupo y a la recíproca, volteada la pirámide.

Una larga pausa para comer al complaciente sol de octubre, intercalada de divagaciones prosaicas al hilo de la actualidad y esas anécdotas personales que explican, al margen de la tregua intelectual, la personalidad del narrador y amenizan la sobremesa del oyente.

Removiendo la cucharilla en su taza de café, el filósofo hablaba de la conexión entre el nacimiento de las ideas y el ocaso de las civilizaciones.

—El lugar privilegiado donde conviven en franca simbiosis el hacer con el deshacer es el manantial que da forma y curso a las iniciativas humanas. De una idea venimos, con el desarrollo de esa idea seguimos y hacia la conclusión de la idea vamos. Es una tarea de identificación del autor con las etapas de su obra —expuso Ramírez Mena.

—Sin confundir la materia productiva con el desecho, la escoria.

—Lo deshecho no equivale a un producto de desecho en mi hipótesis, profesor Vayarte.

El sociólogo trazaba con un dedo surcos y espirales en el mantel y en la servilleta.

—Mi pensamiento es renacentista —dijo azucarando su cortado, que había dejado enfriar mientras escuchaba—, y mi vocación la de andariego. Las causas primeras, y lo digo ex profeso en plural, me resultan bastante esquivas y no tanto capciosas, pues a devanarnos los sesos nos dedicamos.

—Cada cual se entretiene como quiere o como puede: por afición, por dinero o por alguna razón vulgar que sublima y dignifica el convencimiento de avalarla; eso también nos hace diferentes y en consecuencia complementarios. Sin duda, amigo mío, el hombre renacentista es un hombre legendario.

Miguel Vayarte asintió a las palabras del filósofo y a la temperatura del cortado.

—También los nombres célebres de la filosofía, situados en el glorioso panteón de la historia escrita y firmada, a los que soléis recurrir los filósofos con motivo justificado, admiración y necesaria didáctica, son legendarios. El mérito que yo destaco en tales personajes, que algunos hemos estudiado pero no siempre comprendido como ellos hubieran deseado, es la dedicación a una idea; una dedicación obsesiva no exenta de cálculo y presciencia. Magna labor de tiempo y de ensayo para convertir en problema lo que empieza a serlo al descubrir sus virtudes y sus defectos, sus carencias y sus propiedades; y para convertir en solución lo que nunca precisó de ella por no haberse tratado de un asunto relevante, de un asunto trascendental, de una cuestión de vida o muerte para los entonces afectados.

El filósofo pinzó con los dedos su labio inferior controlando lo que se anunciaba como una sonrisa estentórea.

—¡Menuda deposición!

—Ahora le toca a mi gremio, profesor Ramírez.

—Estoy deseando escuchar la crítica de tan afamado representante. ¿O, por el contrario, será un panegírico de belleza estética o una soflama proselitista que enardecerá el alma y los entresijos del oyente?

—No te decepcionaré —aseguró Miguel Vayarte—. Si los filósofos recurren a las glorias pasadas para mantener erguida su ciencia, que es la de la sabiduría, nada menos, en cada uno de los sociólogos, y me arrogo en este plácido momento el derecho a unificarlos en el máximo valor cotizabile, habita un clásico.

Ramírez Mena torció el gesto.

—¿Los extremos del hilo conductor de la historia de las civilizaciones?

La pregunta teñida de mordacidad quedó en suspenso unos instantes.

—Me gusta que lo entiendas, hermano filósofo —solemnizó Miguel Vayarte—. Nosotros rescatamos de la historia sus páginas modestas, las de relleno, esas que algunos consideran paja, leña para la hoguera de la distracción en los días aburridos; pero que, en definitiva, otorgan identidad al libro inacabado.

—Un clásico de la literatura heterodoxa —puntualizó el filósofo.

—Una composición clásica escuchada en el auditorio. Esta noche me he citado con una selección musical escandinava —anunció el sociólogo dando por terminada la comida—. Voy a rememorar mi pendiente viaje a la leyenda con sonos épicos de las tierras ignotas, confines del mundo hiperbóreo, pautados de ideal con rapsodia y concierto.

Ramírez Mena elevó sus brazos en señal de atención.

—¿Habita un clásico? —repitió la última frase del sociólogo—. ¿Ahí nos quedamos? No partas aún hacia la leyenda, que como tal puede esperar; no así mi interrogante.

—¿Cabe una aclaración?

—Me la debes. Tú y tu prurito intelectual me debéis la lectura del codicilo; no me basta el testamento.

Miguel Vayarte respiró hondo de aquella brisa perfumada de mediterráneo.

—En cada sociólogo habita un clásico, me ratifico. Lo manifiesto sin falsa modestia ni petulancia, porque un sociólogo o, pongo por caso, un economista, un técnico medioambiental o un licenciado en turismo, es padre, hijo y nieto de su época, o su equivalente femenino. ¿Captas la sutileza? Por mucho que estudies el pasado en un viaje entretenido (pausado, detenido en el idioma filosófico) al país del ocio (la cultura, en esa misma terminología), allende una frontera temporal sólo vislumbras filósofos, que son los aclamados rectores del pensamiento universal dignificados por su magisterio, agraciados ellos por ese premio a posteriori y por su bautismo como eminencias veneradas, como luminarias incombustibles.

”Nosotros los sociólogos, y podemos incluir en el lote a los titulados en ciencias políticas, unidos por el ámbito de investigación y por las causas y los efectos en la sociedad, nacemos en un siglo para morir al siguiente siempre y cuando la distancia entre uno y otro sea corta o estén enarrazados los acontecimientos en un lapso inferior a cien años. La sucesión de hechos en ese periodo de tiempo desbarata cualquier genealogía en los nombres o en los tratados. Salvo que esos nombres y esos tratados sirvan a quien más convenga de excusa para la rectificación, el descré-

dito, la denuncia de errores mayúsculos, la falta de perspectiva u objetividad y el deficiente pronóstico. En consecuencia, no somos famosos por sentar cátedra sino por re-conducirnos en la historia cotidiana para, en la medida de lo posible, explicar lo evidente a los afectados y anticipar la suerte que aguarda al colectivo de seguir una trayectoria lineal; una anticipación torpona y manejable para todos los públicos.

Ramírez Mena se encogió de hombros.

—Maestros en palabrería y pésimos ingenieros de caminos. Tu gremio y sus adláteres te saltarán a la yugular si les llegan las ondas sonoras. Y con tus textos sobrevivientes harán capirotos que encasquetarán a los diagnosticados de alienación —advirtió divertido.

—Lo saben y lo sufro, pero me honra. Para tu tranquilidad te diré que no soy una *rara avis*.

—Ni eres la gallina de los huevos de oro o el gallo resultón, chulo por naturaleza —redundó el filósofo—. En resumen, nos necesitamos para defendernos de los mutuos ataques.

—Eso creo —dijo el sociólogo amortiguando el eco de la contienda.

Fila 8, asiento 10. El programa de música escandinava: concierto para piano, rapsodia y suite orquestal, no había agotado las localidades en el Auditorio. Miguel Vayarte se entretuvo en curiosear el espacio de la orquesta, con un magnífico piano de cola presidiendo, la zona aneja del coro, los vomitorios de los músicos y el director, los palcos, las cabezas inmediatas, los perfiles aledaños y la arquitectura interior; y en presentir el vértigo del viaje a la leyenda que Edvard Grieg, Hugo Alfvén y Jean Sibelius

firmaban con sus composiciones de hielo blanco y azul, bosque, raíces primigenias y fuego boreal.

“Los escenarios de la epopeya. Los hogares de los seres fabulosos.”

A la espera del primer compás y las penúltimas toses evocaba la leyenda de *Kalevala* —de origen finés como Sibelius y su obra *Karelia*— y la tierra de la diosa Ilmatar —la dama del Aire, cuya imagen se refleja en las aguas de los lagos de Carelia—, cuna de una patria escindida en almas y divisiones geopolíticas. El héroe de esta historia mítica es el sabio, visionario y mago Väinämöinen, también poeta, músico y cantor; y sus fieles escuderos son el herrero Ilmarinen y el guerrero Lemminkäinen. El mundo que a continuación será poblado y vivido en todos sus avatares surge de un lago, y de esas aguas prodigiosas nacen los humanos después, una consecuencia. Esos humanos originales aspiran a ser los autores de su destino, de su ventura, de su grandeza, miseria e infortunio; sueñan con escribir su historia superando la condición de criaturas. Las ilusiones y las esperanzas compiten en la epopeya con los engaños y las perfidias; la bondad contra la maldad, la ambición loable batiéndose en duelo mitificado contra la ambición espuria, egoísta; la luz emergiendo de las prístinas aguas donde mora el origen de la segunda generación divina y de lo humano, para rasgar el manto de oscuridad propiciado por el temor y la incredulidad. Se impone el criterio sano, el traído por el viento redentor que es el aliento de la madre, y se impone la pena de edad a los humanos que, conscientes de su misión, legan el tránsito por el mundo a sus semejantes y a sus descendientes.

“Es una muestra idealizada de la realidad con propósito didáctico. Y eso es, precisamente, lo que hacemos a diario

los humanos, según nuestra personal capacidad interpretativa: imaginar lo que podría ser en la vida de cada uno si las circunstancias tuvieran conmiseración de nuestras debilidades, de las pasiones, los defectos y las excusas. O si, por el mero hecho de reconocer la culpa de nuestra imperfección, la magnanimidad del sumo hacedor posibilitara a sus díscolas criaturas seguir la estela de la felicidad que otorgan los sueños.”

Criaturas vagando por caminos de circunvalación, errantes dentro del mejor de los mundos y seducidas por la música que dio voz al mito. El agua y el viento fueron los precursores de la tierra y el fuego, piensa Miguel Vayarte; y que la voz primigenia —primero fue el verbo, luego la luz y después las obras— debía sonar como un instrumento solista tañido por los cuatro elementos.

El concierto en la menor para piano, Op. 16, la rapsodia sueca n.º 1 y la suite *Karelia*, Op. 11, le transportaron a esos paisajes de leyenda a los que aún no renunciaba viajar, cajas de sorpresa que regalan nuevos alicientes al explorador de territorios cartografiados; aunque ya sopesaba las dificultades del viaje por encima de sus ventajas.

“Tengo la voluntad traviesa. Silencio.”

Música romántica y de corte nacionalista que impresionaba a quien no era ni fue nunca un venablo pasional o un exacerbado nacionalista de patria usurpada. La de los compositores románticos, magnificados por Beethoven o Schubert, y la de los nacionalistas —españoles, centroeuropeos, eslavos o nórdicos, era una música inspirada en un ideal que perdía esencia y le restaba sentido si por cualquiera podía ser alcanzado. No basta al verdadero autor la participación en un movimiento social al que se ha adherido por uno o varios motivos, por circunstancias que la

vida depara o por una inquietud intelectual dominante. No es suficiente que ese movimiento haya sido avalado por unos padrinos insignes, de ingenio superlativo, que en cierta fecha amparada por la clandestinidad se reunieron en una villa de recreo, en un local portuario, en una buhardilla de barrio antiguo, en el apartamento de extrarradio del convocante casi anónimo, para sentar las bases de lo que se proponían; y elegir de entre ellos al emblema del movimiento. El verdadero autor tiene que liderarlo o crearlo o adaptarlo al más elevado de los fines; en ello radica su grandeza y desde ahí su pase a la posteridad. Del individuo a sus congéneres aliados y de ellos al grupo receptivo, a una sociedad determinada, influyente y expansiva al cabo. No hay diferencia sustancial en el desarrollo intelectual del mito, en el de la leyenda o en el episodio con su personaje certificado por la historia fehaciente y documentada; en los tres hay una enseñanza que los maestros imparten a quienes les han nombrado para ser los intérpretes de lo sobrenatural y los guías del conjunto en la travesía por el mundo.

Intérpretes de una música mágica que habla sin escalas.

El hombre legendario se sitúa en la categoría superior de la admiración humana, reverenciado, invocado y temido a un tiempo. Personaje lejano o próximo en la referencia visual de los agrupados en una sociedad dependiente del héroe, que lo intuye como un ser benefactor. Para los que dicen haberle tratado, al igual que para el resto crédulo o incrédulo de su presencia o de su obra, es un ser extraordinario portador de una carga inmensa sobre sus hombros.

Para redimir de vicios y dejaciones a la humanidad dirigida.

Los ponentes hablan por turno de un mito humanizado, ejemplarizante, pero no ideal. Es bueno mirarse en él, dicen los maestros y los guías, pero nadie al margen de los elegidos —¿quién elige al elegido?— ha de convertirse en héroe de leyenda ni en mito sin el auspicio del supremo magisterio terrenal. El hombre legendario es consciente de su misión al serle revelada en oráculo místico, “tú eres el designado”, o porque en ella —y no queda excluida la fatalidad— ha nacido y se ha forjado como puente único entre la causa y su efecto. “Tú eres el designado. Ahora sabes lo que de ti se espera y nada podrás contra este destino.”

Solitario y con la única asistencia de sus propios recursos, la audacia, la serenidad y el valor entre los primordiales, se enfrenta a un destino que es el de la humanidad. Falle o acierte en la empresa, eso todavía no lo sabe ni se le permite imaginarlo, el universo conocido fracasará o triunfará con su resultado; de él dependerá que amanezca, el renacer de la especie, o que la tiniebla del mal enviado por una autoridad remota, agazapada en lugar invisible, se adueñe del mundo y de sus desvalidos habitantes. El peso abrumador del todo expectante, que es tanto como decir de la vida y de la muerte, de la materia y del espíritu, le acompaña en su viaje. Mientras, el creador o los creadores de este ser excepcional observarán el desenlace de la lucha desde su tribuna, y se apropiarán de la victoria o la derrota de su criatura aunque las consecuencias del triunfo o del fracaso variarán porque unos son inmortales y mortales los otros. La sociedad de los mortales aguardará paciente y temerosa en su espacio asignado para ser y estar —su lugar en la Tierra—, concentrada en las tareas de sustento pero habiendo incrementado sus peticiones de auxilio, indivi-

dualizadas y colectivas, a la divinidad tangible y a la intangible, que a la postre es quien intercede por sus hijos en sus desdichas. Por si acaso, y en prevención de males mayores, una especie de sincretismo primario, originado en el estado de necesidad de los humanos, repartirá los rezos y las preces de éstos hacia los posibles ganadores de la contienda. El más fuerte, en un sentido absoluto, es quien manda, quien somete al adversario y quien dicta las normas de conducta para el presente y el futuro; hasta que un viejo poder redivivo, con sus representantes y seguidores latentes durante el paréntesis, despierte y venza en la guerra universal por el dominio.

Así sea.

El hombre legendario viene de lejos y lejos va para encontrar lo que busca, transitando un camino azaroso cuajado de sorpresas e intrigas ante las que ha de prevenirse. Es él quien busca —su vida no ofrece otra opción— y es a él, arquetipo del enemigo a batir, a quien se espera para en su figura derrotar al conjunto y, lo más importante, a su creador o creadores.

Los paisajes que atraviesa el héroe son de leyenda, como él mismo. Pasa por ellos sin apartar la mirada del horizonte prefijado; no es que le guíe el instinto, es que no hay alternativa a la ruta trazada. Esos paisajes concitan una soledad enigmática, fría y peligrosa, con voces dispersas, viajeras fugaces en cualquier dirección, que no pronuncian palabras o frases inteligibles a oídos humanos; puede ser música, o un rudimento musical que atrae a la sima del olvido o conduce al valle de reposo donde la confusión y el miedo fenecen. El héroe también sufre la fatiga, pero nunca el agujonazo de la curiosidad que le debilitaría o le haría pensar y actuar como un humano hecho al anonimato

y el servilismo. Es cierto que el hombre legendario sirve a un ideal y que a la vez es vasallo de un señor encumbrado al mito, pura esencia, magnífico y soberbio en la representación iconográfica, comprensible para los humanos, y en los textos que narran sus dones y sus obras; pero no hay comparación en la servidumbre porque el hombre legendario tiene trato directo con su creador.

Los contornos de una y otra figura son humanos pero no mortales, en el caso del creador, o tan mortales en el caso del héroe; ni sus respectivos sentidos se atrofian ni la carne se pudre o descomponen ni las pasiones someten a la obligación del creador y de su criatura.

El creador debe a sus criaturas la posibilidad de vivir, de crecer en un medio idóneo y de acercarse, sólo eso, a la perfección que las ha originado. Las criaturas deben a su munificente hacedor la vida, el mundo, la luz, la naturaleza y el libre albedrío supeditado a una devoción impercedera. El modelo responde al patrón con lealtad, encajado en la mítica concepción del ser inteligente.

Sociólogos, psicólogos, antropólogos, historiadores y filósofos expusieron sus tesis, experiencias personales y contradicciones de índole empírica, el miércoles y el jueves en el salón de actos de la Fundación Arle, ante una audiencia en lista numerada refractaria a la flaqueza de espíritu.

Cada uno de los invitados en esas dos jornadas, alumnos o docentes, aprendices o profesores, se erigió indistintamente, siguiendo un guion propio, en creador y criatura, a la vez que en artífice de una leyenda con sustrato científico y en fiscal de aquellos mitos y relatos desasistidos de una atribuida racionalidad.

El hombre legendario debía aparecer misterioso y prohibido por la fantasía, situado a continuación de la divinidad creadora y su imponente obra global como un formidable arcano, pero nunca reducido a un símbolo metafórico o a un ente aislado de su genuina condición humana. De ahí su mérito y el pase a la leyenda. Y de ahí, también, el establecer una gran distancia entre el mito y la sociedad que de él hace bandera, asunto de la mayor trascendencia para los investidos del poder exegético y para la seducción mistificada de imaginación y deseo. Si cualquier hombre llegara a convertirse en un ser excepcional, esa codiciada facultad aniquilaría el ejemplo que ha pervivido para ahorrar enigmas y cábalas a los mortales cuya vida acaba siendo breve, con frecuencia estéril, insustancial en una lectura crítica del jurado, desprovista de antídotos ante las pandemias e ignorante del balsámico razonamiento que dirige hacia la sencillez la explicación del fenómeno; vida la humana aderezada de un sufrimiento morboso que generación tras generación no enseña a combatir con las armas que destruyen males y abatimientos.

La proximidad física del hombre a su modelo máximo es un error, salvable si se toman las medidas oportunas. Pero sólo puede considerarse un error en el caso de querer preservar la originalidad de la creación y el miedo a corromperla. En este caso concreto hubo acuerdo en los ponentes al señalar el daño causado por la masa en el individuo —el legendario, pero no únicamente él—, si ésta, llevada de impulsos primarios o correas de transmisión atadas a manos conductoras, habita en plano de igualdad con su ideal.

El acuerdo fue menor o tuvo sus matices subrayados, al tratar sobre la innovación de la obra presentada en público.

El hombre legendario, que es la gran obra de un creador omnisciente, es el prototipo de revolucionario con el corazón de oro y los sentimientos a flor de piel, intrépido pero sensato, audaz pero reflexivo, destinado a liberar al pueblo adorador y preso de los males que lo afligen; un modelo de conducta, relatado con admiración por las voces que conocen la historia, que vence el sumiso pasar de los socializados humanos para ofrecerles la posibilidad de elegir. Con cualquiera de sus acciones, la de extirpar los males opresores o la de abrir las vías de la elección, el héroe derriba el mito precedente e instaura el del mandante creador antes de transformarse en la leyenda que será legada al futuro por los narradores de ocasión. Hasta el colapso de lo ya caduco y la eclosión del porvenir.

Aunque no estaba prevista la participación del público que mantuvo el aforo completo las dos jornadas, el jueves por la tarde, en una casi improvisada mesa de ponentes y después, en los dos lados de la puerta del salón de actos, en los pasillos y el jardín de la fundación, menudearon las preguntas de los ávidos por saber, especulaciones al margen, y los comentarios de quienes al responderlas abundaban en la polémica sin perder su carácter docente.

—¿Dispone de personalidad el héroe de leyenda?

—Constato que hay más alegría que pesar por no ser libres en los integrantes de las sociedades que dejan su destino en manos del héroe.

—¿Hasta qué punto influye el mito en la vida privada de una sociedad tribal?

—La libertad es gravosa y muy exigente con el comportamiento de su poseedor. En otras palabras, más que un premio o una aspiración a la que se invoca en privado llega

a ser un castigo y el anuncio de una fatiga perenne. Porque la libertad es una consumidora voraz de ideas y ambiciones, tan independiente que rehúye hasta la ayuda externa cuando la solución se ha gestado en el mismo seno de la dicotomía.

—El hombre legendario es un ser forzado para vivir en pro de una sociedad dependiente, de unos seres que se debaten entre la apatía y un remedo de insurgencia proclamada desde una esfera elevada del escalafón.

—Jerarquía es orden y concierto.

—La pertenencia al grupo ejerce su dictado. El grupo es el escudo protector y la garantía de supervivencia.

—¿Ese no es el trabajo del héroe?

—El trabajo del individuo consiste en adquirir su personalidad.

—¿Puede ayudar el héroe a encontrar la personalidad de cada individuo componente del grupo?

—El hombre legendario y el hombre vulgar arrostran su condición dependiente. Una condición que para el primero es cárcel y excusa para el segundo. Ambos son dependientes, ambos están condicionados, pero al héroe se le perdona menos o nunca el fallo, la debilidad, la duda o el revolverse contra su creador. La fama que a uno le precede paga un precio muy caro en el mercado de oportunidades.

Miguel Vayarte expresaba su comprensión del mito.

—De alguna manera así se configura el amor —dijo al círculo de afines reunido en el pasillo central.

Alrededor y en los accesos al jardín los comentarios sonaban menos incisivos y las risas más moderadas. Fluía el diálogo y el intercambio de pareceres relajado en la clausura de las jornadas docentes con una degustación gastronómica y el parlamento protocolario del presidente de la

fundación, quien de modo sucinto y en nombre del equipo de gobierno reiteró su gratitud a los ilustres invitados, a los patrocinadores y a los asistentes a las ponencias, muchos de los cuales informaban a sus remotos lectores de todo lo acontecido esos dos días a través de la tecnología de usuario. Un archipiélago de laboriosos comunicadores titulados por la tarea salpicaba el interior y el exterior del edificio, concentrados y ágiles en el manejo de los instrumentos de difusión.

Miguel Vayarte observaba el panorama tecnológico sin que sus facciones o su mirada mostraran preferencia o repulsa ante el fenómeno que dudaba en calificar de mediático. Le imponía respeto la actividad periodística ya fuera en su vertiente profesional o ejercida por aficionados con voluntad comunicativa, y admiraba el arrojo de los reporteros y aplaudía la revelación de lo que nunca debió ser secreto. Las noticias veraces, exponía a sus alumnos, son fuente de conocimiento, y además de poder el conocimiento es inteligencia y libertad.

“¿Hay tanto que decir? ¿Es tanto el interés por la transmisión de noticias e informaciones o lo que prima es el interés por firmar una reseña, una crónica de urgencia? ¿Vanidad, egocentrismo, interrelación de vacíos a rellenar? La sociedad tendrá que responder cuando escuche las preguntas. Quizá cuando se agoten las baterías y fluya el gran apagón.”

Lo que descubría Miguel Vayarte en la profusión de seres humanos adheridos a máquinas de sofisticada funcionalidad, de pantalla acristalada, de teclados táctiles, era una competencia por llegar antes al punto de encuentro con los adictos a la práctica de la relación a distancia y

múltiple en un idioma abreviado, mixtura de frases amputadas, palabras clave y gráficos. Lo había estudiado a partir de quienes se prestaron al experimento porque no supieron o pudieron negarse a su petición.

“No me gusta.”

Una oportuna campaña publicitaria

Debo mejorar mi sintaxis, se dijo Lara Norklig al repasar las anotaciones de esa semana. Estaba sola en casa a la hora del crepúsculo, en contacto directo con sus palabras, lo que la convertía en juez implacable de su obra.

Debo enamorarme del idioma en el que me comunico habitualmente y en el que me hablo, se exigió.

El idioma en el que le hablaba el pensamiento y en el que expresaba con rotundidad sus convicciones. Suponía que la gente la entendía cuando hablaba de sí misma, de particularidades a compartir o del mundo en general, y también al escribir porque no recababa del lector una segunda lectura. No le gustaba escucharse en el eco —y en ello había algo de temor y un bastante de intransigencia con la propia crítica— ni responder a las preguntas con las que su alter ego la provocaba, incomodándola porque le hacía sentir en deuda con su apenas hilvanado plan de vida. “Vamos, ponte en marcha.” “Hazlo, demuéstrate que eres capaz.” “¿No es lo que has decidido?; pues venga.” Fastidiosa supervisión, un incordio.

Aunque nunca lo ha confesado le encantaría que en ella recayera la elección del maestro. “Tú eres la elegida.” Puesta a pedir, Lara querría que su elector fuera un genio creativo de padrinzago exclusivo que con un mágico y sorprendente modelado en el taller de los portentos universales la proyectara en carne, hueso y espíritu hacia un tipo de leyenda asequible a la comprensión de la elite dirigente entre los mortales. Ella, Lara Norklig, reinventada en un ser legendario con forma humana —la suya actual, quizá

con retoques que agrandaran sus virtudes—, con sentimientos mundanos para facilitar su penetración en la sociedad, pero el alma inmortal y reservada. Lara Norklig, creación que rompe el molde, patentada como mito que suscita en presencia y ausencia devociones, murmullos y envidias. “Rampa de despegue, pista despejada: tres, dos, uno, cero. Marca registrada.”

Luego llegarían las recepciones en marcos dorados transcritas por la prensa especializada y los formatos televisivos; llegarían a sus vitrinas los premios, la fama en las calles y los hogares, los lauros y las entrevistas a esos medios seleccionados por el nivel de popularidad de sus profesionales; y llegarían las subastas en Sotheby’s y Christie’s para hacerse temporalmente con la pieza única. Los viajes cortos y las estancias breves dejan un buen sabor de boca, a la par que conservan el lucrativo negocio.

Lara se preguntaba si su obra ganaría adeptos al ilustrarla. La aridez del texto, a fin de cuentas eran reflexiones personales, puede suavizarse con unos dibujos o unas instantáneas de factura propia o artista con gusto y clase. Su nombre distaba dos galaxias, la Gutenberg y la McLuhan, de atraer a potenciales lectores, consumistas de los libros de autoayuda, como a los potenciales editores, ávidos en dar con la clave del éxito comercial que catapulte a la independencia de su empresa —ni me absorbes ni me anulas, pez grande— o los consolide en el patronazgo del sector; y sin un nombre con que respaldar una obra no hay contratos, no hay público demandante de esa aportación a la cultura del grupo ni canales que unan las expectativas de los tres vértices del triángulo.

Tenía mano para el dibujo y cierta habilidad fotográfica que, cuando recordaba, sacaba de paseo para captar instantes de vida o fragmentos de lo que ella llamaba el gran retablo universal. En papel y en el teléfono algunas por un motivo ya olvidado, pero sobre todo en una carpeta del disco duro, guardaba esas imágenes fortuitas que eran patrimoniales, raras veces mostradas a nadie que no estuviera retratado, a las que interrogaba con amabilidad para que en el bis a bis le desvelaran el motivo de haberlas capturado y querer almacenarlas, tras un juicio con periódica revisión de la sentencia.

“A ver, ¿tú por qué continúas en mi vida? Tú qué me aportas. Tú a quién te debes. Dime, ¿tú que has representado para mí?”

En esos momentos de balance, y de sentimientos encontrados, establecía el paralelismo de las fotografías con sus amigos de toda época; algo que para ella tenía sentido porque unas y otros reflejaban su historia. Aquellas amistades que fueron y dejaron huella para registrarse ante la cámara, ufanos al posar los protagonistas, sonrientes o ensoñados, y las que permanecían vigentes por decisión incontestable, señalaban los caminos recorridos o desechados y las opciones tomadas o ignoradas; únicamente le hacía falta ponerse en situación, aguzando o no la memoria, para recuperar esa parte de vida que le ofrecía el oráculo de la experiencia.

“¿Qué habrá sido de...? ¿Se acordará de mí? ¿Por qué me llama el pasado?”

Una experiencia distorsionada por el tiempo transcurrido o, en el peor de los casos, maleada por una voluntad opuesta a leer los capítulos de su biografía en orden cro-

nológico. Estaba sola en casa, lo que para ella era fundamental entonces, cómoda en el vestido y dispuesta a son-sacar una verdad imparcial y definitiva si había de dónde sacarla. Nadie salvo ella a esa hora introspectiva arrojaba sombras corpóreas en el piso, ni los ruidos de la ciudad o los fantasmales de la estructura del edificio, proclives a deambular en los silencios y en las madrugadas, ni los de la comunidad de vecinos la turbaban. Un ambiente perfecto. Pero las preguntas terciaban inquietas en varias direcciones una vez rescatadas del limbo.

“¿Y si yo...? ¿Si ese día...? ¿Cuántos de nosotros...? ¿Lo habrá conseguido? ¿Dónde estará?”

Y las suposiciones.

“Quería... Sabía... Pensaba... Hizo... ¿Hizo?”

El minucioso repaso a los nombres y a las caras no dio el juego que esperaba; quizá era mucho pedir a esos nombres brumosos y a esas caras que miraban con fijeza al objetivo de la cámara. Sobre la mesa yacía una selección de fotos supervivientes a las cribas en una distribución aleatoria. Las había cogido del trastero de Olga, que era su santuario al quedar sin domicilio propio; en la parte de trastero cedida por su hermana guardaba su patrimonio íntimo, ropa de temporada y la esperanza de una época halagüeña.

—Hay sitio de sobra para las dos —le facilitó la divorciada Olga—. No tengas prisa en sacar tus cosas para meterlas en otro lado que no te convenza.

—Es provisional —le dijo Lara—. Hasta que encuentre algo que sienta mío.

Observó en las fotografías esos detalles que por su irrelevancia escapan a la vista en un primer momento, y que al cabo de los años y de los barridos del viento discriminador no eran novedosos ni atraían hacia algún recuerdo

que reclamara su atención. De repente se esfumaba el deseo por seguirles la pista, pero eso tampoco era una novedad; en cada revisión de sus pertenencias gráficas le pasaba lo mismo: empezaba con ímpetu, con la promesa de extraer una lección provechosa para ella y su ámbito de influencia, y se desinflaba a los pocos minutos. Todo estaba visto y comprobado en las fotografías, era una retrospectiva deslavazada y carente de una verdadera motivación para conjugar el ayer con el hoy.

“¿Las rompo?”

Contempla esas instantáneas enmudecidas en las que ella aparece y desaparece junto a aparecidos y desaparecidos.

“¿Cuándo las romperé?”

Para despejar la incógnita tiene que retroceder en el tiempo y averiguar el origen de cada una de sus amistades, las que en puridad así pueden denominarse, y el devenir de esas relaciones con sus anécdotas y sus categorías, sus altibajos y sus contrasentidos. Algo que nunca ha hecho ni piensa hacer Sergio.

—¿Por qué has de cuestionarlo todo? —se queja cuando surge un tema que a él no le supone un quebradero de cabeza.

—Me hago preguntas. Es mi forma de vivir.

Sergio no está de acuerdo con esa forma de vivir.

—Las cosas pasan y ya está. Cuando no hay más remedio me estrujo las neuronas, pero si puedo evitarlo por qué voy a dar vueltas y más vueltas a lo que simplemente es. ¿Qué ganas complicándote la vida? Los gatos tienen cuatro patas, créeme.

Lara no contestaba directamente, no le apetecía polemizar con él.

—Vemos el mundo desde ópticas dispares —decía con aire ausente—. Lo cual no es malo.

—A mí me trae sin cuidado si es bueno o malo —replacaba Sergio—. Si no tengo más remedio salto al cuello y hago callar a quien sea porque a mí nadie me tose. No soy de meterme en follones, ya lo sabes, pero no pongo la otra mejilla para que me la partan. A mí me importa un bledo lo que haga tal o cual, lo que predique el gurú fulanita o la gurú menganita y el rastro de baba de sus adeptos, o que ahora la moda venga lisa o a rayas y que la mayoría se suba al carro. Si va conmigo me apunto, me enfundo la camiseta o aplaudo a rabiar.

—No hablo de eso —suspiraba Lara entrecerrando los ojos—. Lo que yo comento tiene que ver con la actitud personal y con la exigencia hacia los demás.

—Vale. Yo soy todo lo exigente que decido.

—A eso voy —incidía ella—. Tú, por lo que sé, que es lo que me has contado y también he podido comprobar, más que dejar vivir para que te dejen vivir, obvias algunos asuntos para que lo frágil perdure. ¿Me entiendes?

Sergio no valoraba la amistad al modo de Lara, ni la forzaba a extremo de una razón de ser como puede hacerse con la pareja. Para él eran cosas diferentes y no necesariamente complementarias ni destinadas a ser compartidas. La amistad es en sí misma satisfactoria —¿qué más le podemos pedir?—, exenta de fiscalización, de pruebas en contrario o de análisis sesudos en busca de su causa, de los defectos, los consuelos o los inconvenientes.

—Bien. Pero, ¿en qué me perjudica pasar por alto esos... asuntos con según quién? Yo no le doy importancia a las limitaciones; eso son manías tuyas.

Lara reprochaba el mecerse al paio.

—Limitarse es una muestra de inseguridad. No puedo creer que te dé lo mismo callar que hablar, porque no es lo mismo.

Suavizaba la voz, moderaba sus gestos, pero no cedía un ápice en su beligerancia contra las concesiones.

—No es lo mismo, vale. Yo no me callo si lo que oigo me ofende, me asquea o me produce dolor de estómago. Yo no me callo cuando no tengo que callarme, Lara.

—Pero no hablas aunque venga a cuento si quien está contigo opina otra cosa sobre un asunto concreto de tu incumbencia o rechaza tu postura en temas que le afectan tanto a esa persona como a ti o a mí.

—Hablo de lo que no nos enfrenta y en paz —asentía Sergio—. ¿De qué soy culpable?

Lara chascaba la lengua. Ella quería debatir con madurez de las paradojas, pero no lo esgrimió con crudeza.

—De ceder en tus convicciones, por ejemplo. También, de regalar los oídos a base de frases que aun suponiendo contradicción te colocan en el plano de la equidistancia. O sea: sí, pero no; no, pero sí. He sido testigo del equilibrio en la cuerda floja y me parece innecesario.

Sergio la miraba molesto. Le hería esa disección de su aspecto público.

—Exageras o te confundes. ¿Adónde quieres ir a parar? Yo soy así, me ha dado un buen resultado. Tengo amigos y soy bien recibido en todas partes. ¿No es eso lo ideal?

—Sí...

—Y tengo personalidad.

—Claro que tienes personalidad, y criterio y estilo propio. ¿Alguna vez te habían incluido tres halagos en la misma frase?

—Gracias, si eres sincera. ¿Lo dejamos estar por hoy? Me agotas.

—Soy sincera. Pero no me encajan las piezas.

Le había escuchado invirtiendo los términos de un minuto al siguiente, de blanco a negro en sintonía con la onda de su interlocutor. Es verdad que, interrogado por su dualismo, Sergio matizaba ese comportamiento social desde la excusa caritativa más que desde la adulación cortesana, sin que ello convenciera a Lara o a quien dudara de la utilidad de un discurso adaptado a la audiencia.

—Tú sabrás dónde fallas —zanjaba la discusión él.

—No es un fallo, Sergio. Es una cuestión de coherencia.

Lara creía que Sergio no actuaba en público como un anfitrión bondadoso o un prócer cuya principal virtud es la de embalsamar al prójimo con su sabiduría sin humillar a torpes ni a lerdos, sino que era su manera de adecuarse a una realidad buscada. Ella sospechaba que en Sergio cundía una afable indiferencia hacia el mundo y sus circunstancias, las peculiares, que asombran al espectador durante un rato, y las generalizadas, que por frecuentes y posibles pasan desapercibidas. “Las cosas son como son y no hay que darles más vueltas. Vive y deja vivir. Rodéate de lo que te apetece, descuelga el teléfono siempre y responde a todos los mensajes que recibas en el tono que de ti se espera”, eran las máximas de Sergio que preservaba las compañías como si su mayor miedo fuera quedar solo en un planeta desabastecido por los suministradores designados o a merced de unas voluntades desconocidas sin referencias en su agenda.

Sergio se zafaba del acoso declarando su insumisión a discutir.

—Ese no es mi terreno. La vida es muy corta como para ir metiendo la nariz en todos los agujeros o como para sacar punta a las cosas más simples y ver no sé qué donde sólo hay lo que se ve.

Lara no movía un músculo de la cara, pero sus manos no paraban quietas encima de la mesa o tanteando el resto de su cuerpo.

—¡Exacto! Lo que se ve es lo que es. Tú crees que la gente te interpreta y yo creo que te escucha y te lee según lo que dices y escribes. Y no son una excepción tus amigos.

—¿Qué creen ellos de mí?

Un fagonazo de curiosidad rondaba a Sergio pidiéndole que siguiera a pie firme soportando el chaparrón. Nunca se había planteado que él pudiera ser objeto de estudio concienzudo más allá de la órbita de Lara, por obsesión de su pareja, ni siquiera en el punto álgido de una conversación del cariz que fuese en la que sentimientos y relaciones jugaran un papel relevante.

—No lo sé. Yo sólo digo que a ti, a mí o a cualquiera se nos juzga por lo que hacemos y lo que decimos. Nadie está libre de crítica ni nadie, si es entendido de forma diferente a lo que ha expresado, puede escudarse en que sus palabras tienen el sentido personalista del autor, y con tal argumento queda eximido de responsabilidad por lecturas imprevistas, o que sus obras resisten la controversia de una época litigante porque las apadrina el eclecticismo.

Lara había resumido una disertación del profesor Miguel Vayarte en un debate televisado a un político ejerciente con atuendo de sogá y dogal. En el toma y daca entre la teoría y la práctica, Miguel Vayarte le dijo que el

ciudadano incorporaba como elementos de juicio los precedentes —tu fama te precede— de quien aspiraba a ser elegido, o reelegido, para un cargo remunerado por los contribuyentes, “obras son amores y no buenas razones”, ignorada por voluntad la oratoria grandilocuente, aunque todavía surtiera efecto en un considerable número de votantes fijos o potenciales electores, y esos pensamientos arrellanados en la bóveda craneal que salvan del veredicto al enjuiciado porque es imposible amplificarlos para darles publicidad.

Hastiado de lo que entendía como reconveniones hacia su persona sin venir a cuento, Sergio abandonaba aquella contienda insulsa y sin embargo urticante para, dijo a Lara, entregar sus energías a una causa mejor.

—Yo soy feliz con lo que hace feliz a la mayoría. Te repito que no me complico la vida si puedo evitarlo. Hago lo que hago porque es lo que he visto siempre y lo que me rodea. A mí me funciona.

—Vale. Pero hay una razón para hacer una cosa y no la contraria.

—Eres muy pesada, Lara.

—Sólo te pido una respuesta.

—¡No, qué va! Tú quieres saber de mí, y de quien sea que se te ponga entre ceja y ceja, hasta lo que yo o quien sea desconocemos de nosotros mismos o nos trae al fresco. Deberías escucharte.

Sorda a la crítica, Lara insistía en su petición.

—Sólo una respuesta y me callo.

—¡Ojalá! Dispara y me largo.

—¿Tus relaciones han nacido espontáneas o, con según quienes, recuerdas un motivo, una intención que las ha hecho posibles?

—Eres tú la que dices que las cosas pasan por algo.

—Sí, lo digo. ¿Pero tú que piensas? ¿Cómo han nacido tus relaciones? ¿Cómo las vives a diario?

Sergio no le dio una respuesta concreta. No la tenía, dijo, al menos al gusto de ella; y puede que tampoco la hubiera, ni la necesitaba. Todo era más simple, sostenía él, más natural. Ella lo negaba y quería demostrárselo buceando a medias en los ejemplos más próximos a su cotidianidad.

—Tú eras como yo, Lara. —“Yo era como tú”—. Tú has hecho lo que yo y lo que casi toda la gente que encuentras al salir de casa. ¿O es que llevas una doble vida como los vampiros o los superhéroes de tebeo? —“Yo he actuado a lo largo de mi vida como tú y como esos que suman un número ingente”—. Hemos ido a los mismos o parecidos sitios y nos ha pasado lo mismo o parecido, porque no hay tanta diferencia entre nosotros. “Hemos estado en los mismos lugares y con gente parecida, porque no había una gran diferencia entre nosotros.”

Las fotografías repartidas con criterio selectivo sobre la mesa bostezaban somnolientas e impacientes por volver al refugio, resistiendo por tiempo indefinido a la siguiente criba. Deja de abstraerte al contemplarnos, decían las caras risueñas, las poses capturadas, los retratos familiares de épocas consumidas aguardando el fallo del juez y verdugo. Aburridas, indiferentes, alguna que otra suplicante, las imágenes condensadas del pasado alegaban en pro o en contra de su continuidad entre los objetos personales.

“Resta y sigue.”

—Te vas a quedar sola —le anunciaba Sergio desde un enfado crónico—. Si no lo estás ya.

Lara sonreía ajena al aviso. Había cambiado para ella y para el mundo.

“Yo era como tú y hacía eso que tú haces y lo que hace la mayoría de la gente que puede encontrarse al salir a la calle o a través de una red social o de cualquier medio tecnológico que conecta y controla a los seres humanos. Ahora ya no quiero ser como era ni hacer lo que hacía ni pensar como pensaba.”

Unos minutos o unas horas no iban a modificar su idea. Algunas fotografías, ligeramente apartadas hacia sus manos, estaban condenadas a ser rotas y tiradas a la basura esa noche, y unas pocas más pendientes de una improbable conmutación de la pena.

Les echó un vistazo puesta en pie, la penúltima audiencia, y fue a por una botella de agua a la cocina. Tenía sed, un principio de agobio y ganas de moverse por la casa. El placer de la soledad buscada era embriagador, incitante, una tentación recamada de exquisitas pasiones en esencia, y le ayudaba a llenar de aire los pulmones.

Por mucho que lo intentara no sentía suyo el piso; y tal desafección no era achacable a Sergio, que le abrió las puertas de par en par cuando al perder su trabajo Lara veía difícil mantenerse independiente teniendo que pagar un alquiler elevado.

—Tu casa es cara. O cambias de zona o te vienes conmigo.

Sergio era franco y directo.

—Cada uno vive donde prefiere si lo puede pagar. Ese ha sido mi caso y no me resigno a descender de categoría

en mis aspiraciones —replicaba Lara sin querer ofenderle—. Vendrán mejores tiempos para mí y para las personas luchadoras y emprendedoras.

—Que así sea. Pero mientras, te ofrezco mi casa. Te acostumbrarás si haces de la necesidad virtud.

El año y medio de convivencia entre ambos por aquel entonces, había enseñado a Sergio a emplear en el momento oportuno los refranes a los que Lara era tan asidua.

—Vale. Gracias. Si no encuentro algo pronto aceptaré tu generosa oferta.

Lara se propuso encontrar cuanto antes un empleo que la satisficiera en lo personal y en lo económico. Pero el cúmulo de crisis endógenas y exógenas enturbiaba el panorama. Aquello podía ir para largo, y sin circunstancias favorables la posibilidad de conseguir un buen trabajo, acorde a su capacidad, experiencia y deseo, era remota.

—Gracias, Sergio. Me instalo en tu casa.

El balance tras seis meses bajo el mismo techo no era ni bueno ni malo ni todo lo contrario. Los dos se adaptaron a compartir los espacios comunes del piso —sesenta metros cuadrados, dos habitaciones, un cuarto de baño, una cama grande y un sofá—, preservando una intimidad anterior que vista desde fuera resultaba llamativa, más por los personajes que por la distribución equitativa del escenario.

Lara se preguntaba hasta cuándo podrían aguantar esa provisionalidad que, aunque ninguno ocultaba o negaba, en ella había adquirido una dimensión de impedimento. También se preguntaba quién asumía con mayor naturalidad la paradoja de una relación querida pero sustentada a partir de los condicionantes individualizados: “Yo soy como soy, me gusta esto, no me gusta esto, llego hasta aquí, de aquí no paso”, dicho por él y dicho por ella. La de

Sergio y Lara era una relación entre opuestos acordada libremente por ambos para la consecución de unos objetivos particulares, expuestos con tiento, macerado respeto y delicada sinceridad enjaulada gravitando sobre una bifurcación, que ella juzgaba en precario y él vivía, o así lo aparentaba, como la cosa más natural del mundo. Y a no ser que la vida compartida estribara en ese dualismo que bien llevado prolonga la convivencia sin fecha límite, se preguntaba Lara quién de los dos y con qué argumento rompería el sortilegio que les unía.

“¿Me veis como yo os veo?”

Puesta en pie ante las fotografías, con la botella de agua apretada en la mano, se decantó por la benevolencia. Todas aquellas fotografías estaban condenadas sin remisión posible, no le interesaba conservarlas ni le apetecía reconocerse en un pasado que ni era ni volvería a ser presente; tarde o temprano visitarían desmenuzadas el cubo de la basura a falta de una pira funeraria ritual. Más adelante cumpliría con esa obligación reformadora; hoy sólo había tanteado la flexibilidad de los lazos que la unían a su historia y el peso de la conciencia en materia de sentimientos.

El pasado, si ha pasado, no vuelve, dijo en voz audible a las fotografías y a los fantasmas merodeadores, parafraseando al doctor Miguel Vayarte.

Mientras las guardaba para devolverlas al trastero de Olga, distraída con pensamientos vagarosos, sonó la alarma de los mensajes en su teléfono móvil. Escribía Sergio en el lenguaje abreviado que Lara deploraba, para anunciar que le había surgido una cena con amigos, a la que estaba invitada si le apetecía reunirse con ellos; la hora fijada, el restaurante y un beso.

“No, gracias.” Pásalo bien, hasta luego.

Lo intuía Sergio, y el que ella le contestara a su pesar por idéntica vía. Cuando a Lara no le apetecía hablar optaba por el recurso de la mensajería instantánea, economizando con habilidad el número de palabras.

Gracias. Lo miraré y te cuento. Nos vemos pronto. Besos.

Fue el texto de respuesta a su amiga Mara —Maravillas Infante Clos—, compañera de aula en los cursos impartidos por Miguel Vayarte y de correrías intelectuales y propósitos sociales de responsabilidad limitada al uso y disfrute, como gustaban referirlas, quien en un SMS le informaba de las direcciones en Internet, páginas y blogs, donde leer comentarios acerca de las jornadas pedagógicas en la Fundación Arle, firmadas con nombre real o seudónimo por sus autores, y las reseñas de los ponentes y organizadores. Mara había asistido.

—Me gustaría mucho ir, claro. Pero me es imposible. Tengo que hacer equilibrios con mi presupuesto —se excusó Lara maldiciendo el retraso en el golpe de fortuna.

—Lástima, cariño. Sin ti no será lo mismo. Yo tampoco estoy boyante. Con lo mío he cubierto el cupo —lamentó Mara.

Volvieron a hablar por teléfono justo al regreso de Mara. Con su estilo tropicado relató a Lara lo que había vivido esos dos días entre el mito, la fábula, los humanistas y el cientificismo, baños de Sol y gastronomía marinera a precios módicos.

La síntesis de Mara la incitó a navegar por Internet atesorando reseñas, comentarios y opiniones. Ahora Lara ya no escribía al ritmo de los internautas —cientos, miles, millones, creciendo exponencialmente—, ni se dejaba ver a

modo de saludo —buenos días, buenas tardes, buenas noches, hola, qué me cuentas—, ni participaba con datos o reflexiones en los temas lanzados en haces al contenedor cibernético. Se había despedido de ese mundo de comunicación a distancia, irreverente y heterodoxo, frenético, controlado y masivo, donde coincidía lo peor con lo mejor, donde a un grano de información veraz y útil se le contraponía un quintal de paja, y la mediocridad campaba a sus anchas. Ahora leía reposadamente, ignorando casi todas las firmas y obviando, por higiene mental, la masacre ortográfica y el regodeo de los propulsores de la supresión de los cánones; y anotaba en el cuaderno sus impresiones de la lectura, a la par que copiaba en su ordenador portátil los textos escritos por Miguel Vayarte. A ellos dedicaría el tiempo que fuera preciso para extraerles el sentido máximo y luego sumarlos, precedidos de una sinopsis, al archivo donde recopilaba la documentación de la obra y andanzas del profesor de sociología y ciencias políticas.

“Hablando de casas y de domicilios.”

En un avance de estudio y movida por la curiosidad que le despertó el párrafo de cierre de un artículo extenso, firmado por un desconocido para su memoria, Lara equiparó la desdicha del hombre legendario con su personal aflicción al no disponer de un lugar propio, algo que pudiera considerarse un hogar, al que entrar y del que salir después de haber soportado un trance dramático, ridículo o incómodo. El incomprendido héroe de leyenda no siempre tenía un lugar de vuelta o la libertad para elegir su residencia entre los humanos al finalizar, con éxito o fracaso, su mítica aventura. Lara Norklig tampoco, por culpa de la discontinuidad en sus ingresos y su negativa a enfocar la vida en el espectro común.

—Las circunstancias son las que son y las situaciones duran lo que duran —le decía Sergio—. Vive la vida como se presenta, juega tus cartas y procura aliarte con el bando ganador.

Esa filosofía de la conveniencia, aun sin ser llevada a extremo, le sonaba a resignación o trampa. Ella no estaba dispuesta a ceder ante ninguna de las dos tentaciones —o provocaciones—, por beneficiosas que se asomaran en el corto plazo. Ni hablar. Lo suyo era situarse en un plano ventajoso y...

“Vestida para la ocasión.”

Las heroínas del mito y la leyenda lucen un vestuario de diseño, exiguo y enaltecedor de sus anatomías. Mujeres estéticas de belleza quirúrgica, hinchidas de voluptuosidad, cultivadas con celo y mimo en el Jardín de las Hespérides, en el Jardín de las Delicias, en las secuelas del ajardinado Edén, que abrazan la fibra sensible de los cazadores de placeres terrenales; mujeres invictas en el transcurso de sus épicas aventuras, liberadas o desvinculadas de tratos mundanos; mujeres audaces, de innegable feminidad y rasgos sensuales, loadas y temidas por su genealogía excluyente, cautivadoras; mujeres líderes en una sociedad que les premia esa adicción bienhechora y las esculpe en los salones y las grutas del Olimpo, del Valhalla, en los fértiles valles de la Península Núbil, en las florestas del Monte Merú y en los museos metropolitanos con galería de divinidades antropomorfas.

Las heroínas son una clase específica de mujeres fantásticas, inasibles al tacto convencional, que se desenvuelven en un mundo fantástico dispensador de fantasía a sus lectores y oyentes, escribió Lara. Son mujeres dotadas de un

valor y una resistencia sobrenaturales, porque ese es uno de sus orígenes y esa una de las calidades de la materia que las ha confeccionado, escribió. Las heroínas tienen el aspecto de mujeres, de mujeres sin taras, sin máculas ni deformaciones por herencia o accidente; una apariencia impecable. *¿Pero cómo es su alma?, ¿cómo es su piel?, ¿cómo fluye su sangre?, ¿cuántos humores las esponjan?, ¿cómo funciona su sexto sentido?, ¿son femeninas en todos sus pormenores?, ¿cuál es el mecanismo de acción y reacción que las hace atacar y defenderse en el momento preciso?, ¿y el mecanismo asociativo que las muestra o las oculta según lo imponga la necesidad de aparecer o desaparecer?*, escribió remarcando los interrogantes.

Provista de su imaginación, un folio y dos lápices, uno con la punta filosa y el otro de mina gruesa, desplegó su habilidad en el dibujo para retratarse como una heroína de cómic. Tomado el modelo de las historietas en blanco y negro y a color que había leído y hojeado, delineada la figura con calco de espejo pero acondicionado al deleite de los sentidos, la mujer intemporal, eterna en su formato justiciero y libertador, sumamente atractiva en el plano físico, cobró vida en el papel —una hoja tras otra, efervescente la narración visual— y en la imaginación de una creativa publicitaria a la que una oportunidad de trabajo interesante llamaba a la puerta. El poder de la iniciativa privada iba al rescate de Lara Norklig, al igual que ella, la heroína ilustrada, autoproclamada paladín de los que arriesgan lo que tienen o podrían tener, otorgaba favores y esperanzas a las gentes sometidas por tiranos y déspotas. La catadura de los individuos dominantes tenía que ser inversamente proporcional a los caracteres físicos y psíquicos de la heroína, por lo que en ese primer boceto plasmó a la *divina* —apelativo

provisional de su ideada criatura— como un contrapoder, rutilante, pletórico de bellas artes y mañas, músculo espléndido y órganos sensoriales centuplicados.

“Bienvenida al mundo, *divina*. No me decepciones.”

Entre sonrisas y el deseo de una pronta respuesta en persona, al despedirse por teléfono, le había dicho Celia Solís que no la decepcionara. Le dijo que sería un negocio positivo para las dos si acompañaba el acierto. A Lara le pareció en seguida que el asunto pintaba bien.

Aunque lo pensaría con calma —un par de días, una semana a lo sumo—, no estaba en su ánimo rechazar la oferta de trabajo que le proponía Celia Solís, una amiga discreta en el ser y el estar, ausente de embrollos o trapisondas en los años de trato —que debía estimular en su cabeza antes de abordar la tarea creativa— y en las fotografías.

“Por qué no la he visto.”

A Celia tampoco le gustaba posar ni perpetuarse en una imagen cuya expectativa de vida, y de juicio paralelo, era la mirada ajena.

“Somos dos mujeres invisibles.”

La idea de convertirse en una mujer invisible no le atraía. Ni en viñeta ni en serigrafía, y mucho menos en la realidad. Desde una esmerada caracterización, ella buscaba ser admirada por su físico tanto como por sus dotes para combatir el mal, la superchería y el fraude. Nada de invisibilidades perniciosas, nada de altruismos en el anonimato. Lara Norklig, mejor dicho, la *divina*, desnudaría sus piernas, cuello y manos, el hemisferio meridional de la cara y los ojos, velado el contorno por el antifaz, y vestiría de sofisticada funcionalidad —todo un logro de la ciencia textil— el resto del cuerpo.

“Una desnudez sugerida.”

Las piernas desnudas no presentan un torneado perfecto, ni aun bronceadas. Tenía que enfundarlas para magnificar su longitud y volumen —¿más visibles de rodilla a ingle, de un tercio de pantorrilla un dedo por debajo de la diagonal lujuriosa o de tobillo a un palmo de muslo?—, para destacar la forma y la fibra. Un dilema lo del cálculo de la superficie más visible coloreada de piel.

Las manos desprotegidas de guantes era un error, ninguna heroína del siglo XXI descuidaría ese complemento en su vestuario. Tenía que calzarlas con un suave recubrimiento, quizá largo, quizá corto; un parapeto acolchado retráctil, se le ocurrió. Y para los pies..., unas botas o unos botines, alzas interiores, caricia en la pantorrilla.

“Es un problema lo de congeniar la estética con la operatividad en el combate.”

La cobertura de la piel, ciñendo su figura, ganaba en las apuestas. De cintura para abajo el modelado se consumaba con unos aditamentos tópicos.

“El botín es tan elegante...”

Le entusiasmaba su transformación. Amigos y conocidos de juventud le dijeron que se dedicara a la moda en vez de a la publicidad. Pero a Lara, entonces, no le atraía el diseño de prendas o las técnicas de estampación, ni la elección de colores para la temporada antípoda o la de los complementos de ropa, bisutería, joyas o fiesta. La moda era un delirio juvenil, un pasatiempo de niña acomodada. La publicidad y la mercadotecnia le ofrecían mejores y más sólidas perspectivas de futuro, aunque nadie está seguro de lo que pasará mañana en un mundo a la deriva y en una sociedad oscilante.

—¿Tú crees que este mundo va a la deriva?

—Sí lo creo.

—¿En qué te basas?

—En mi percepción.

Ella podía haberse dedicado a la moda y a lo que le hubiera venido en gana. Tenía las puertas abiertas a la improvisación y la matrícula de la universidad pagada. Había sido libre para elegir su futuro profesional. Y quería costearse sus estudios. Quería independizarse de ayudas, pasarelas y consejos.

—¿Tú crees que esta es una sociedad oscilante?

—Me lo parece.

—¿En que te fundamentas?

—Es mi opinión.

“Los brazos... qué hago con ellos.” Era injusto desgarnecerlos. “Los hombros... qué hago con vosotros.” Clamaban por un atavío de realce. “El escote... dime cómo te visto o cómo te desnudo.” Un palabra de honor, un pico profundo, un tipo barco, un cuello cerrado, el cuello alto le favorecía; una variedad de estilos para seducir desde el tercio superior. Espalda tapada.

“Uniforme adaptado al riesgo y a la imaginación. La friolidad es un arma del enemigo.”

Repaso a lápiz: pecho mediano, exento de cirugías, culo prieto y subido, en paralelo al suelo, piernas y busto proporcionados a su metro setenta, mirada incógnita, caderas moderadas, dedos finos, nariz respingona de vértice moderado.

“Basta.”

Lo de los colores era otro dilema.

¿Le gustaría a Celia un logotipo con la efigie de Lara en actitud heroica? No me decepciones, le había dicho, refiriéndose a que aceptara la propuesta. Celia la veía capaz

de asumir con éxito la parte corporativa además de la meramente creativa. Estaba claro que confiaba en Lara más allá del recuerdo o la suposición. Si Celia tenía motivos para depositar en ella la esperanza de un buen trabajo, rápido y eficaz para el proyecto, Lara debía experimentar el halago como un acicate y valerse de esa energía positiva para no defraudarla ni, en lo que personalmente la concernía, visualizar el fracaso.

“Una incitación.”

La clave era el concepto, se dijo. Rectificó: el concepto clave señalaría el punto de partida. Matizando: tenía que encontrar la salida y ponerse a correr en dirección a las musas. En conclusión: aire fresco, movimiento y tormenta de ideas.

—No quiero vender mi idea, si es que a alguien le interesara comprarla. Lo que quiero es convertirla en negocio. Soy una emprendedora. Parafraseando a un amigo, al contrario que a demasiados humanos a mí no me importa su-
dar para pagarme.

Fue el epílogo de Celia Solís a su exposición. La cara de Lara mostraba curiosidad y agradecimiento.

—¿Qué me dices?

Celia buscaba una participación ilusionada y de pleno rendimiento, o su adiós, que te vaya bien, no soy capaz de asumir tu proyecto como lo haría una profesional de la comunicación publicitaria ni de enfrentarme por libre a un reto semejante que te puede ahorrar bastante o mucho dinero, pero que te va a mantener en vilo hasta el alumbramiento y tu conformidad.

—Me gusta. Creo que seré capaz de no hacerte perder tiempo ni dinero. Pero dame unos días.

—¿Cuántos?

—Vale. Unas horas me bastarán. Cuarenta y ocho a lo sumo.

—De acuerdo. Espero tu llamada.

Siguieron comiendo y hablando del asunto: la organización de eventos y un etcétera de segunda y tercera fases; distendidas, intercalando vivencias que de algún modo las relacionaba y hacía viable esa asociación. Celia se explayó en su idea, hasta donde un empresario concede el límite, y en el valor añadido de sus contactos. Recalcó con firmeza que no contemplaba el fracaso sino un horizonte de trabajo duro y de consiguientes beneficios. Había campo y tenía arrestos.

—Si funcionas, tuya será la campaña publicitaria. — Lara abarataba los costes de inversión—. Una agencia de publicidad consolidada me cobraría desde el estudio preliminar, incluyendo el de mercado, cosa que tengo resuelta con una amiga, una de las dos colaboradoras que he metido en el proyecto. Por ahora somos tres en esto, cada una concienciada de lo que tiene que hacer y con carta blanca para llevarlo a cabo. Nos conocemos bien y nos llevamos bien. Soy la que corta el bacalao, y si algún día me transformo en sociedad compartida, seré la accionista mayoritaria, es decir, la que más gana o la que más pierde; también soy la que tiene más experiencia en la iniciativa privada. Si me equivoco no voy a echar la culpa a nadie y si acierto lo celebraremos por todo lo alto, ya te darás cuenta. Y de que en el mundo de los negocios hay compañías convenientes, incluso para repartir, y las hay innecesarias. Es de estúpidos poner trabas en una carrera de obstáculos. —Lara escuchaba complacida, viendo amanecer antes de que la madrugada se enseñoreara de la feria urbana.

Aire fresco, movimiento y tormenta de ideas.

En cuanto acabó de perfilar su dibujo, Lara telefoneó a Mara Infante. Su amiga soltera sin compromiso declarado y carácter independiente, la pareja perfecta para las escapadas intrascendentes a los lugares con clase.

—Mañana. Hoy no puedo —anunció Mara.

—Vale. Mañana por la noche. Cenamos y hablamos.

“Sin pasarte.”

El proyecto de Celia, aunque ultimado en lo sustancial, era un secreto que le obligaba a tener la boca cerrada. Cuando el negocio de los eventos cobrara visos de realidad con su puesta en escena —al despuntar el nuevo año como tarde, dijo Celia, se presentarían en sociedad, porque diciembre y sus fastos de particulares y empresas pillaban a contrarreloj—, su economía inyectada de salud y rediviva su ambición profesional, sería distinto; entonces podría lanzar las campanas al vuelo y su voz a los cuatro vientos.

“O me dedico a cultivar el silencio mientras extendiendo mis redes.”

—Prudencia y tesón —recomendaban los abuelos españoles de Lara. Decía la madre de Olga y Lara cuando recordaba su historia previa al matrimonio, que los consejos familiares eran intrínsecos a su árbol genealógico. Por la razón que fuera, la sangre de los Cubero y los Bolaños, antigua, espesa por las mezclas y apegada a sus predios, transportaba vagones de sabiduría teórica, cargados hasta los topes junto, pero no revuelto y siempre por detrás, a delicados frascos de práctica que contenían las excepciones a unas vidas similares en su factura—. Genio, carácter y firmeza. Que nadie os tome el pelo o se os cuele por la trasera. Sois de estirpe honrada. —Decía la madre

de Olga y Lara en el preludeo al repaso de su infancia, adolescencia y juventud, que los códigos de conducta de las dos familias repudiaban la mentira, el engaño y el perjurio —daba fe de ello a pesar de la levedad de sus faltas—, y por si no fuera bastante acotamiento con esa trilogía de delitos, también reprobaban la falsedad, la hipocresía, la gandería y el cinismo encubridor de malas acciones—. La pereza es un trampolín a los vicios.

Al correr del tiempo, el ocio ha sustituido a la pereza como generador de vicios y defectos evitables.

“Y qué hago contigo.”

De modo consciente o inconsciente, Lara había dibujado rampante a la *divina*. Aún dudaba entre conferir poderes taumátúrgicos a su criatura o, realzada de majestad sobrenatural, dotarla de alas y vista de lince: la mujer águila, tal vez Artemisa, Niké o Nix; alas y vista penetrante, una lumbrera para los negocios, los descubrimientos, los envíos urgentes, los confidenciales y los de máximo cuidado, y la creación desde la nada o desde la materia primigenia de la que nacen los portentos.

“Te buscaré un nombre.”

La miró sonriente, aprobadora, destellando maternales los iris, “eres mi obra”, reteniendo una inspiración, “serás un hada madrina”, con modelo de Jean Paul Gaultier o Marc Jacobs. Una mujer insinuada, de piernas ágiles y esbeltas, melena con onda diferida, con chispa, con encanto y zapatos de baile; una mujer trenzada en un obrador; una delicia de mujer a la que no habrá voluntad ni puerta que se resista.

“Te llamaré Lena. Lena *la divina*.”

Una imagen corporativa.

“La imagen de una varita mágica. Pide un deseo y te será concedido a cambio de un precio justo. Servicio esmerado, trato distinguido.”

Un producto de ficción compuesto a la medida de un negocio.

Para triunfar en los negocios es preciso inteligencia y contactos, una pizca de fortuna y un ramillete de oportunidad; los cuatro ingredientes de una fórmula magistral casi infalible. La suerte aparece si se la busca con denuedo; la suerte es remolona, selectiva y huidiza, viaja sola, habla sola, come sola, decide sola; de proponérselo sale a la luz de los caminos intransitados y sombrea los cuadros nocturnos con parecida indulgente bendición en el bolso, hatillo o maleta. Suele cruzarse con las Musas, que son nueve hermanas fruto de sendas noches de amor, en los terrenos abonados a la inspiración; entonces las diez departen sobre experiencias y costumbres, y a cualquiera de las horas que hieren —la última mata— juegan a las adivinanzas cordiales y amistosas.

Lara recogió su trabajo y largó velas. La noche se prestaba a encontrar uno o varios alicientes de inicio y complemento. Se dijo que un paseo sin duración preconcebida ni puntos de recalada en el mapa urbano le haría bien.

“Vamos, Lena.”

La *divina* tenía ganas de estrenarse, y qué mejor que a solas la creadora con su obra. Después de reconducida la inspiración y sosegado el paso iría a *Palladium*, *Boss* o a *4-14*, lugares de su agrado a los que podía acudir con Lena a guisa de alfiler de pecho, mostrándole el mundo, un tanto difuminado, antes de mostrarla al mundo.

“Desbarataremos los planes de la competencia, hija mía.”

La *divina* asintió, agudizado el oído y el olfato. Pero aún no tenía claro cuál era su primera obligación: la de solucionar la papeleta con su varita mágica, “hágase la voluntad de mi madre y su amiga empleadora”, o la de alejar de los clientes potenciales la lista de empresas o sociedades organizadoras de eventos que guardaban en sus agendas, cajones y otros dispositivos de comunicación. Esperaría órdenes.

“En seguida acabo.”

No esperaba Sergio el mensaje de Lara en su teléfono móvil: Salgo un rato a por aire. Un beso. No lo esperaba ni le preocupaba recibirlo.

“Vale. Un beso.”

Las contradicciones de Lara ya no le causaban sorpresa o malestar. Y a Lara sus contradicciones no le hacían sentir mejor o peor. Mañana volvería a tener la noche ocupada.

—¿Por qué no se lo has dicho con tu voz? —preguntó Lena contemplando la administración de maquillaje y la elección del vestuario.

—No te tomes la libertad de criticarme.

—Si me vas a introducir en este mundo quiero saber a qué tengo que enfrentarme, a quién tengo que creer y de quién debo desconfiar —objetó Lena.

—Yo soy tu referente. Haz lo que te digo y, cuando proceda, haz lo que yo haga. Dependes de mí en todo, grábatelo a fuego.

—Y tú dependes de un contrato generoso.

—De una oportunidad que me brinda mi capacidad. Lo dijo Celia y lo deja claro mi currículum ¿Te gusta mi imagen?

Lena comparó ambos cuerpos.

—Me gusta mi imagen —confirmó—. Me has diseñado bien proporcionada, como a ti te gusta que te vean. Soy un ideal.

Era una cobarde ocultando sus emociones tras un mensaje. “Haz lo que te digo y no lo que hago.” ¿Pero de qué tenía miedo? Lara se miró al espejo y cerró los ojos. “Sal a inspirarte que el tiempo apremia.” No le apetecía hablar con Sergio, y aún menos colocarse en la diana de sus dardos.

Sí quiero. Sí puedo

Cerca de las doce y en una cafetería próxima a los juzgados que no frecuentaba —era otra su preferida—, el abogado Eduardo Reneda bebía con sed su segundo zumo de naranja natural, de pie en la barra, junto a un colega que le superaba en años y en recaladas por la zona.

—Yo quería ser médico —dijo el abogado Luis Rocha—. Aspiraba a convertirme en un médico de cabecera.

—¿No contemplabas una especialidad distinta en tu horizonte?

Luis Rocha se encogió de hombros con una mezcla de apatía y descuido al asumir su responsabilidad electiva. Era en él un gesto característico, no poco desmadejado, similar a una muletilla en un parlamento insulso del que reafirma lo que sabe o lo que no sabe.

—La raya de mi horizonte había sido desdibujada por el orden numérico de hermanos, soy el benjamín, y en el reparto de obligaciones y oficios, válidos por su utilidad a futuro, a mí me correspondió la toga. O sea, que velis nolis yo estaba condenado por sentencia familiar a ejercer la abogacía en causas civiles y mercantiles. Mi inclinación por la ciencia médica era hacia lo genérico, respondiendo a tu pregunta. Aunque puede que me hubiese podido decantar por ejercer como médico de empresa, que fue la profesión de mi tío Gerardo, hombre de ambiciones tasadas y humor cambiante.

Eduardo Reneda evocó su adolescencia.

—¿Precisamente en esas causas, las civiles y mercantiles, y no otras, digamos, menos codificadas?

No era la primera vez que Luis Rocha lamentaba su destino delante de compañeros de profesión, ni sería la última vez que su semblanza biográfica terciara en las conversaciones triviales, las de desahogo, entre juicio y juicio o a la espera de encontrar al funcionario pertinente cuyo desahoyo, cuya tarea aledaña o servicio eventual inciden en los horarios de atención a procuradores, abogados y público litigante, convocado por la autoridad judicial o de mero trámite y solicitud.

—Pues sí. En la familia se vislumbraba más negocio en esos menesteres intrínsecos al código civil y al código de comercio, argumento sobrado para optar por la consabida sugerencia. Claro que los visionarios del órgano consultivo dejaron escapar por insignificante, y hasta tediosa, la vía del Derecho canónico y las ramificaciones de los pleitos matrimoniales. Equivocaron la mina y el filón, querido amigo.

—Son más variados tus casos y puede que menos lesivos para la integridad moral al acordar los convenios reguladores en las disputas por los bienes y las custodias; aunque esa consideración tiende a ir por barrios y no tanto por códigos —sonrió Eduardo Reneda—. Vete tú a saber a quién le afecta en mayor medida su trabajo y dónde incide con mayor prontitud y prolongación la rentabilidad del trabajo.

Luis Rocha apuró su caña y pagó las dos consumiciones.

—A la equidad y a la analogía les ha salido una dura competencia. Desde hace un tiempo, con un flujo escandaloso y en cascada, los principios emigran a las catacumbas, en busca de seguridad, y los valores a los paraísos fiscales, para eso mismo —dijo con la voz pausada, una voz

lejana. Comprobó unos papeles en su cartera y se despidió de su colega—. Me voy a satisfacer a cliente y honorarios en la sede de la Justicia; si escrita la inicial con mayúscula o minúscula lo dejo al criterio personal.

Algunas tardes con bonanza en perspectiva, antes de meterse en su despacho, Eduardo Reneda tomaba café con el fiscal Alfredo Márquez Gistau. Contaban una edad parecida y anécdotas suficientes para cumplimentar una biblioteca de gabinete jurídico. Puestos a relatarlas con pelos y señales, a veces se les echaba el tiempo encima con la palabra en la boca. Lo que diferenciaba al uno del otro, siendo una gran diferencia resaltada en ciertos comentarios —entendibles como puyas—, que principalmente lanzaba el abogado al fiscal, era la naturaleza variopinta del anecdotario en Eduardo Reneda y la vocación opositora de Alfredo Márquez Gistau.

—Tenía que sacar la oposición como fuera —confesaba el fiscal—. Me iba la vida en ello. Era mi objetivo.

Era el santo y seña para seguir en el mundo adjudicado por las recias ramas de su árbol genealógico.

—Creo yo que te iba el orgullo familiar y el cargo, remuneraciones aparte. Tienes sustancia de funcionario con rango, me remito a las pruebas —se burlaba el abogado.

El padre de Alfredo, don Trinitario Márquez-Alvar Villegas, era doctor en Derecho, fue profesor numerario en Palma de Mallorca, destino solicitado, y notario en Santander y Madrid. Nonagenario, lúcido de mente y el genio vivo, se le consideraba donde procede un jurista de prestigio, amén de un racionalista converso, cabal y exigente, eximido por causas naturales de humoradas, circunloquios y pamplinas. (El primogénito de Luis Rocha, venga a

cuento la acotación, siguió la estela de su padre y sentó plaza como civilista y mercantilista en un despacho contiguo). Los hermanos de Alfredo, dos varones y dos mujeres, opositaron con éxito para cubrir vacantes y nuevas emisiones de registradores de la propiedad, notarios y abogados del Estado. La panoplia funcional de copete quedaba huérfana sin el candidato a eslabón de la judicatura o la Fiscalía. A la tercera fue la vencida para el Márquez Gistau que faltaba en la orla de servidores públicos con nómina en los Presupuestos Generales del Estado.

Aquella tarde se encontraron por casualidad. El abogado pasaba por delante de la cafetería y giró la cabeza, “de súbito, impulsado por un resorte, me fijé en el interior”. Poca gente diseminada en la amplitud del local y una presencia nerviosa, “eso me pareció a mí, aunque no sé por qué tuve esa impresión.” Uno no siempre sabe por qué siente lo que siente ni pasa lo que pasa, pero supone que si pasa es por algo y cuando el río suena es que agua lleva. Vio al fiscal absorto en su taza, en su mundo, la carpeta a un lado, y entró a saludarle a pesar de los pesares.

—Un descafeinado, para variar.

Alfredo tardó unos segundos en distinguir a la figura junto a él en la barra.

—Tú...

—Sí, yo. El fantasma está aparcando el coche.

—Quién...

Eduardo Reneda dedujo que un mal augurio acechaba al fiscal, “puede que el eco de una desavenencia o la constatación de un fiasco, sin querer exagerar en el pronóstico”.

—Soy yo, Reneda —se le ocurrió matizar.

—Hombre, claro... Hola, Eduardo. ¿Un café?

—Descafeinado lo he pedido. ¿Has dormido bien? ¿Te has peleado con su señoría o con el escalafón? Traes cara de muerto.

“Mira que mentar la soga en casa del ahorcado. Qué sabía yo de aquel sueño recurrente.”

Alfredo asintió. Tenía el semblante aturdido y en conjunto, incluso para una mirada compasiva, todo él estaba descompuesto.

—No te imaginas, Eduardo.

Angustiado el gesto, comprimido el aliento para retardar lo que pugnaba por echarse al monte, y un ligero temblor en los dedos con uñas de pedicura, evidencia de la fatiga o de un estrago. La llegada del abogado era el favor que le concedía un espíritu caritativo reacio a mitigar las tribulaciones corrientes con medicamentos.

—Grave, seguro.

—Ojalá fuera eso. Vamos, qué daría yo porque se quedara en una pesadilla producto de la fiebre o de una digestión pesada —dijo para él mismo.

“Empezaba a picotearme la curiosidad.”

—¿Hablas de un sueño pasajero o de una mala noticia?

—No es pasajero, Eduardo. Ya van... no sé cuántos van. He perdido la cuenta de los acosos.

—¿Sueños, entonces?

Alfredo se volvió hacia la pregunta azuzado por un demonio irascible.

—Avisos... advertencias... premoniciones... —silabeó clavando su temor en el compañero de tertulias ocasionales.

—A ver...

Eduardo Reneda quiso decir algo consolador que atenuara la ansiedad de Alfredo y le socorriera para situar los

hechos en una dimensión al alcance de su conocimiento. Pero tampoco estaba moralmente obligado a echar capotes a la desazón ajena cabalgando una furia.

El demonio atrabiliario hizo mutis por el foro, para alivio del abogado, dando paso a un ujier de las dependencias celestiales. No obstante, la transformación no tranquilizaría a un psicoanalista.

—Inexplicable. Pero tan real que estoy sobrecogido.

A un hombre versado en leyes y enjuiciamientos legales, imbuido del principio de jerarquía, le cuadraba el apercebimiento, que procede de una autoridad y es siempre conminatorio.

Por segunda vez Eduardo Reneda quiso decir algo que sirviera como paño caliente para la retirada honrosa que le citaba en las mientes, pero el brazo garfeado al suyo, tirando con la fuerza del desamparado hacia la querencia, le cerró la huida. Ya sentados, el camarero trasladó las tazas a la mesa. Alfredo pidió un vaso de agua.

—Estoy asustado. —Lo bebió a sorbos, recomponiendo su imagen—. Me afecta hasta el tuétano.

El tercer intento de Eduardo Reneda por hacerse notar como parte afectada de una historia —o un delirio— que le mantenía preso sin que su curiosidad fuera responsable, también cayó en saco roto.

—Te lo tengo que contar, Eduardo.

—Date prisa, anda.

Deprisa, como lo impone la urgencia.

—La muerte me ronda.

Un acecho calculado. Esa noche se le había aparecido la muerte. Era ella, señora de luto, portadora del epílogo y del epitafio, con su clepsidra y su guadaña, fiel icono de

una plasmación artística universal. Era la muerte en persona, según Alfredo Márquez Gistau, sayal y huesos, con el pudor a resguardo, escueta en su anuncio. Llegó despacio, a su hora, la que ella sólo conoce y a nadie anticipa por escrito y con acuse de recibo; llegó desde el envés del mundo, ajena a los haces de luz de la Luna o las estrellas, prevenida de los rayos solares. Muda le alcanzó, quizá porque su mensaje es diáfano y la precede como la fama a los creadores, a los pensadores y a los descubridores. Paciente, porque sabe que siempre llega el momento de su presencia y cual notaria cimera del mundo de los vivos da fe de la última voluntad de un designio superior al humano. Inefable y exacta.

—Dormía... Yo duermo como un lirón. Es poner la cabeza en la almohada y ahí que me quedo, tapado hasta la barbilla o destapado, en posición fetal o cuan largo soy. Me duermo y no oigo ni rayos ni truenos, estoy sordo para ruidos, broncas, músicas o sismos. Soy un muerto en vida, feliz en su inconsciencia, que despierta sin sueño a las seis, siete u ocho horas, depende del cansancio acumulado. Cada mañana es un renacimiento para mí.

—Ya me gustaría dormir como tú —dijo Eduardo Reneda apurando su descafeinado y el tiempo de prórroga a la perorata del fiscal, “se me hacía tarde, soy puntual y doy mucha importancia a la puntualidad”—. Pero se ve que las desconexiones me han borrado de su lista y me toca capear con los dientes de sierra: a ratos sí, a ratos no; unos días no me entero de nada, otros días cuento las horas y los minutos.

Alfredo escuchaba el roce de la túnica negra y el de los pies descarnados acercándose a su indefensión.

—Alfredo, oye. Ya tendría que estar en el despacho...

Vuelto de espalda, inerme, confiado a la benefactora intercesión de los hados y a la protección del hogar.

—Perdona...

—Me espera una visita...

Un esqueleto, encarnación de la muerte, le zarandeaba en el duermevela para llevárselo al Hades, el recóndito hogar de los muertos con causas pendientes.

—Perdona, Eduardo...

Ido, extraño, forzando la memoria ciega y vacía.

—Si quieres mañana seguimos. Otro café y me cuentas.

—Mañana, sí. Y te pongo en antecedentes —se animó Alfredo—. Nunca había tenido tantos sueños relacionados con la muerte. Hace por lo menos...

—Mañana —pidió Eduardo levantándose y tendiéndole la mano—. He de irme.

Alfredo la apretó con afecto.

—Lamentaría haberte incomodado. Sé que todo esto suena a cuento de niños, pero te prometo que no invento nada y que mi angustia no es ficticia. Yo soy un hombre cuerdo, tremendamente convencional y aburrido, si me apuras. Me resulta muy difícil hablar de mí mismo en estos términos a cualquiera, sea de la familia o amigo. Pero como esa es la verdad y no me duelen prendas en admitirlo, aún es más asombroso que a mí... un cristiano del montón que nunca se ha interesado por los temas esotéricos ni por el culto al diablo o a la muerte, Dios me libre, que jamás ha husmeado en tales asuntos, allá los atrevidos con sus aficiones, y que, además, detesta las películas de miedo y vísceras, que no pasaría un ritual de valor en un cementerio, una cripta, una ermita en mitad de la nada o un páramo descrito por Bécquer, Poe, Gogol o Hoffman... que a mí me asedie la remera del Leteo me aterroriza.

El abogado interrumpió con finura la verborrea del fiscal.

—Te prestaré mis oídos con mucho gusto. Hasta mañana.

—Pago yo. Gracias y hasta mañana, Eduardo.

“Soy un amante de la puntualidad y cumplidor de la palabra dada. Dicho esto, confieso que la curiosidad por escuchar el resto de la historia, al parecer la génesis, no me dejaba hueco a una excusa creíble para anular o posponer la cita.”

El estrés afecta de diferente manera a una persona de temperamento nervioso que a otra cachazuda. Sucede igual con la recepción de ansias, decepciones o engaños, y también con la regulación de la cólera o la bilis; afecta en grado diverso dependiendo de la índole de cada persona.

Alfredo Márquez Gistau era de carácter apaciguado y de actitud predecible; un hombre hecho a la costura de la estirpe y a la de la gestión social, comedido en sus juicios particulares y eficiente en el ejercicio profesional jerarquizado. Para él la vida no tenía más secreto que el de vivirla bajo la estricta observancia de los cánones. Por eso la intrusión nocturna y alevosa de un presentimiento, o un indicio de probabilidad, le había dejado subyugado al miedo insuperable.

—¿Estás enfermo? ¿Te han detectado alguna patología de esas que marcan un antes y un después? ¿Es aún peor?

—preguntó Eduardo Reneda removiendo el azúcar de su descafeinado y la tercera instancia de la personalidad de Alfredo.

El fiscal ya estaba esperando en la cafetería, seguro de poder continuar la terapia de choque con el abogado.

—No..., que yo sepa.

El superyó de Alfredo se acogía a su derecho a no declarar, bien por falta de argumentos bien por exceso de prudencia al calificar las circunstancias y el método sanativo.

—Ergo, lo tuyo es una apreciación subjetiva sin fundamento racional.

Acababa de dictaminar una manía y de abrir al paciente turno de réplica. Eduardo Reneda reservó las siguientes observaciones para la dúplica.

—Son sueños, no manías ni obsesiones. Y yo los percibo como la antesala de un suceso al que no sé por dónde anticiparme. Me veo envuelto en una trama...

—Onírica.

—Una trama de asociación de ideas...

—De temores.

—Una trama ideada para mi perjuicio cuyo fundamento es un misterio...

—Miedos vagos, infundados.

El fiscal lo condujo a una mesa y el camarero sirvió una segunda ronda de descafeinado e infusión de poleo menta.

—Lo mejor será que te explique el proceso.

—Será lo mejor —convino el abogado.

La historia del acoso comienza inesperada y nocturna. Hacía un mes, por redondear la fecha, que al acostarse Alfredo notó un contacto que no era el de su esposa, “presentía un cuerpo a mi lado, o muy cerca, con forma humana pero etéreo, como si estuviera disuelto en el aire o partiera del aire”. Este cuerpo sin atribuciones no se dejaba ver con claridad ni tocar, y sólo existía entre las sombras y el sueño de otro cuerpo inmóvil, “que era el mío”, dependiente de una voluntad omnímoda. Tampoco hablaba el intruso,

aunque en la habitación o alrededores, es tan difícil precisar, se oían voces, concretamente susurros, o quizá fueran murmullos de agentes congregados y los susurros nacieran de quien imploraba una moratoria a la ejecución del mandato postrado boca arriba. Hacía frío, un frío de gruta, de sima olvidada “¿o qué lugar era aquel donde me encontraba con los párpados escocidos, el músculo laxo, la respiración entrecortada? Velado por un coro triste de caras orantes.” Acto seguido aparecen los testigos alrededor del yacente, que algo o mucho tendrán que ver con él, forjado un círculo de sufrimiento y demandas que un dramático realismo acalla y de las que prescinde el impertérito guardián del sitio. Todavía no, piden conjugando la pasión con la esperanza y el dolor. Sea, un instante, “un instante para la despedida”. La eternidad dura un instante. La muerte ha resuelto un paréntesis de magnanimidad, “me cogen, me alzan, me llevan... no sé adónde voy”. Cree que el número de los captos supera la unidad, es lo indicado en circunstancias similares. Todo está dispuesto para dar sepultura a ese cuerpo inerte, rendido a su destino, rodeado de seres plañideros y, según el relato, acusadores.

—La muerte me disputaba, Eduardo.

—En sueños, Alfredo.

—De un realismo apabullante.

Una disputa ganada por la muerte en el primer asalto, a tenor del efecto producido en el fiscal.

Eduardo Reneda podía entender el susto y el malestar subsiguiente debido al recuerdo de la pesadilla, pero de ahí a que la ciencia forense certificara que la muerte lo había adquirido en propiedad eterna distaba un abismo. Guardando los flecos de ironía, quiso atemperar el progresivo

decaimiento del afectado restando trascendencia a una anécdota burlona.

—De las que solemos contar en época universitaria, durante y después del servicio militar y en reuniones cuyo guion improvisado así lo exige. Una flor no hace primavera —le quería tranquilizar y, ya puestos, volver al remanso precedente de café, infusión y charla ocasional.

Alfredo negó la mayor.

—No ha sido una visión única.

Introduciendo un actor sustantivo. El abogado se acomodó en su silla.

—Has tenido más sueños como ese, me lo dijiste ayer.

—Varios pero difusos. Los paso por alto.

—¿Entonces? ¿Por qué te empecinas en darles significado?

—Sólo a los que lo tienen, Eduardo. Y ya van tres. Ayer te conté el último, hoy el primero y ahora va el segundo.

Imperceptible a los sentidos del fiscal, Eduardo Reneda se encogió de hombros y suspiró.

—Yo es que no retengo mis sueños. Se me escapan cuando intento atraparlos, y no niego que me hubiera gustado deleitarme con la repetición de alguno. En cosa de segundos vuelvo a dormirme o me levanto de la cama para dedicarme a mis quehaceres. Abajo el telón —dijo a sabiendas de lo inútil de su tentativa.

Alfredo asintió pesaroso.

—El telón abajo es lo que intuyo. Esto es una señal... Escucha.

Ha llegado la certeza. Así pasa la gloria y la miseria del hombre. Es una impresión certera. La muerte no está presente en el cuadro, “me parecía contemplar un cuadro conmigo de protagonista”, ha delegado en sus símbolos y en

sus embajadores, “viendo a través de sus ojos el diáfano veredicto”. En la sala del juicio sólo aparece la consecuencia de los actos y las conductas del encausado, es un plano fijo, con la cámara anclada, con los ojos del atónito espectador fisgadores y sus pupilas dilatadas porque los colores son mortecinos y el ambiente sepulcral de un vetusto tanatorio, “si estoy entre los difuntos, a ver..., a ver... ¿en quién me reconozco?” En la sala del juicio no hay nadie vivo, pero en las inmediaciones, o desprendidas de los elementos de la lúgubre composición, se escuchan preguntas y la piel todavía receptiva del espectador siente la posesión mortal de un contacto inhumano. Por lo demás, silencio envolvente y la pasajera añoranza de una angustia compitiendo en olor con la caja de madera, “un féretro toscó, desportillado, insuficiente contenedor para el cadáver de una pieza”, mezclando la incipiente podredumbre con la tenue fragancia de las flores funerarias. Los ojos fisgones recorren el plano estático hasta dar con una balanza, símbolo antiguo donde los haya, con los platillos equilibrados en la indecisión: uno carga haberes y el otro deudas; en el uno asoman las supuestas virtudes atribuidas al finado y en el otro afloran los acusados defectos inherentes a ese ser y su obra, “como si los auténticos juzgadores de mi persona fueran ellos, mis propios hijos concertados por un imponente esqueleto, alegando por turnos para mi descargo o para imputarme en paralelo a una sentencia firme, insobornable”, la suerte está echada, el destino sellado, desordenadas las pertenencias del que ya no es ni sirve, y la sombra del ataúd y la guadaña vistiendo la hora de cierre. La alegoría de la muerte irrumpe con majestad en su dominio y mira con sus cuencas vacías el miedo del espectador. La muerte pisa y vuelca los enseres de aquel cuya

identificación ha sido leída por última vez hace un momento en busca de un argumento que abunde en la culpa o exculpe en la instancia oportuna al recurrente de la sentencia, puro formulismo pues nada va a cambiar cuando la muerte ha estampado su firma en la carne elegida. Una carne cubierta a porciones con los jirones de la gala profesional, “me consta que soy lo que hago y no hay más cera que la que arde a los costados de un ave sabia, ululante y alerta, rapaz y vigía, con el pico curvado, la cabeza grande y las garras afiladas”. A la dama Justicia se la pinta ciega porque las gentes cívicas y decorosas que no quieren tratos con ella, salvo fuerza mayor y en defensa de sus derechos inalienables, la desean imparcial, ágil y efectiva. Con la muerte se pretende lo mismo, pero como su ceguera no es de quita venda y pongo venda, lo que vaya a ocurrir al que le ha de tocar es aún más aleatorio.

Alfredo Márquez Gistau suspiró abatido.

—Es una señal.

Eduardo Reneda inhaló el aire tibio con aroma a menta en dosis individual.

—Déjalo en pesadilla, hombre.

—No... No.

—La lucidez del recuerdo puede ser fruto de tu imaginación. Piénsalo.

—Ya lo hago y todo me conduce a la misma conclusión: algo muy gordo se me avecina... Una tragedia, Eduardo.

La muerte, o uno de sus emisarios, se cebaba con Alfredo. No le cabía duda, ni de lo que sentía en su terrible presencia.

—¿No será sugestión?

Tras negarlo vehementemente repitió sus sensaciones citándolas por el efecto. Murmullos acechadores, contacto helador, una llamada persistente que sólo escucha el nombrado, escalofríos semejantes a relámpagos iluminando lo justo para ver lo increíble y temido, percepciones alimentadas por el desasosiego y un lancinante cansancio; el guion de una película de miedo rodada en interiores.

—¿La influencia de todos los santos? —intentó el abogado—. Estamos a tiro de piedra de la noche de las ánimas y la de los difuntos. La tradición mete baza, Alfredo. A todos nos bailan los esqueletos en las noches marcadas por la tradición, estemos en la falda del Moncayo, en una cripta de paredes sibilantes o ante los paisajes del pintor Friedrich. Racionaliza, Alfredo, eres un representante del positivismo.

—También es tradicional en noviembre asistir a una representación del Tenorio y a mí no se me aparece don Juan o doña Inés, ni crápulas seduciendo ni vírgenes azoradas a la expectativa detrás de postigos batientes.

“A tu costa se divierte el burlador de Sevilla, el judío errante y maese Pérez el organista. Eres caldo de cultivo para la sátira, la fantasía truculenta y el esperpento, usos hispánicos para la befa y la mofa del incauto, el lerdo, el pusilánime o el fatuo pillado en un renuncio.”

Eduardo Reneda moderó su comentario insistiendo en el nocivo influjo de la sugestión. La muerte, vino a decirle, no practica su arte con advertencias; cuando llega su hora toma lo que le pertenece con escándalo o sigilo y el llanto, el dolor o la alegría quedan para los herederos.

—¿Qué me dices de las premoniciones? ¿O es que tampoco crees en las premoniciones? —protestó el fiscal.

—Las hay —convino el abogado—. Pero estoy seguro de que la muerte hace caso omiso de ellas.

Alfredo Márquez Gistau, reticente a descabalar de su perturbación, meditó la frase.

—Quieres decir que... me he ofuscado.

El atisbo de racionalidad en el fiscal alumbraba una salida del laberinto.

—Quiero decir que a lo mejor te has extralimitado en la interpretación del sueño —matizó Eduardo Reneda.

“Diplomacia contundente.”

Alfredo entrecerró los párpados. Su imagen era la de un pensador agobiado por hallar el enigma del eslabón perdido.

—Al forzar el recuerdo de esos sueños o de esas premoniciones percibo una risa. Una risa sostenida, creciente sin alcanzar la estridencia. Luego desaparece, coincidiendo con el final de lo que sea. Al despertar, aún remanente el sonido, siento la amenaza de esa risa siniestra, tengo la carne de gallina y el cogote empapado en sudor.

—Las calaveras miran con los ojos muy abiertos y un rictus de felicidad. Parece que ríen o que se burlan —indicó el abogado—. No te extrañe que al recordar el sueño lo que te viene a la memoria, jugándote una mala pasada, es la caricatura de tu miedo. Tranquilízate, no les des importancia y los sueños que te atormentan acabarán esfumándose.

“Como los fantasmas.”

El fiscal asintió con la cabeza.

—Lo pensaré. Gracias, Eduardo. Espero que la próxima sea una reunión despejada de malos augurios.

Alfredo pagó y enfiló la puerta el primero, la mirada nerviosa atravesando esa parcela conocida de la ciudad, la

incertidumbre prendida a la nuca y la cartera fuertemente asida, impelido por una prisa anónima que reía entre dientes montada a lomos de un corcel descomunal todo hueso, crin, cola y pezuñas.

—¿A ti qué te parece?

Eduardo Reneda contó esa noche a su mujer la versión que Alfredo hacía de la persecución a la que era sometido por una pesadilla reincidente.

Mercedes fue casi impulsiva en la respuesta.

—Remordimiento de conciencia —dijo.

Tenía lógica la deducción de Mercedes, aunque condicionada a la escasa simpatía que Alfredo Márquez Gistau le despertaba. Lo que sabía de él antes de conocerlo en persona, y que pudo refrendar con el trato siempre por parejas, le resultaba inconcreto, siendo benevolente, o vacuo, artificioso, fingido; pura pose inestable sin que Alfredo, involucrado en su papel de engranaje del Estado, actuara como un paladín de la función pública solventando desde pequeñas dolencias a los endemismos y las pandemias. En ese punto, el de la personificación de su actividad profesional, era discreto, incluso apocado, como si el haber sacado la oposición con dificultad triplicada le lastrara su autoestima y la capacidad para ejercer su cometido legal.

—¿Por qué no te inclinaste por la judicatura? ¿Por qué descartaste la opción de ser juez?

Por qué no me dejáis en paz, pedía Alfredo con la boca cerrada y la expresión lánguida. Eligió lo que a su entender más le convenía y se reafirmaba ante el mundo.

—He tomado la decisión acertada.

Pero las opiniones y los comentarios impactaban como balas en el aludido, aunque en ellos no hubiera mala intención.

—Dentro de un ámbito procesal común, digamos que el juez dispone de cierta gratificante autonomía, tan remisa en los fiscales y tan prolífica en los abogados.

—Los jueces estrella y los fiscales con marchamo de partido político adolecen de cuantos vicios procedimentales imaginar quepa, arrogándose la nefasta potestad de hacer o deshacer cual *deus ex máchina*, guardar las diligencias policiales o sacar los documentos comprometedores a la utilidad de los medios afines en ideología y metas políticas, archivar *sine die* o agilizar la instrucción con fines onerosos, hablando por los codos ante cámaras y micrófonos o callando ante preguntas de obligada y pertinente respuesta, con puestas en escena traídas a la sazón del patronazgo y con desapariciones pagadas con la misma factura.

Alfredo se veía acosado por una conjunción liberal que criticaba con independencia de las alusiones infiltradas en un individuo cercado por su vocación funcional.

—Que no va contigo, Alfredo.

Sí iba, sí.

—Oye, ¿tú cómo lo ves?

Como su superior jerárquico ordenara, claro está.

—Yo me atengo a la ley, claro está —respondía el fiscal mostrando cara de inocencia.

Era un probo empleado de la Administración de Justicia.

—La decisión tal o cual... ¿qué te parece?

Era un eficiente servidor de la Administración de Justicia, uno de los poderes del Estado, uno de los pilares del magno edificio.

—Según el caso, ¿los fiscales recibís instrucciones detalladas o el mecanismo de actuación en el sentido que sea es automático?

—De libro de estilo. ¿Tenéis libro de estilo?

—¿Lo habláis entre los del gremio, Alfredo? A resguardo del ojo vigía, supongo.

—¿Hay miedo a las represalias en vuestra cadena?

Alguno con el cuello y los guantes blancos le tenía envidia o se la tenía jurada, pensaba Alfredo, y por eso le lanceaba en público, delante de su mujer y de sus allegados. Se quedarían con las ganas de humillarlo esos asiduos al florete dialéctico, pensaba Alfredo, y seguía regateando en corto y cuando no podía más echando balones fuera.

Mercedes opinaba que a Alfredo Márquez Gistau le faltaba carácter y le sobraban mimos.

—Es bueno en lo suyo; otra cosa es que lo suyo sea bueno.

—No seas injusta —sonreía Eduardo Reneda.

—En fin, quien algo teme algo debe —añadió.

Alfredo fue un niño impresionable y un adolescente precavido a extremo, lo decían sus padres y sus hermanos. Con los años se le acentuaron las precauciones y el nada disimulado afán por suscribir un seguro de vida con jubilación. El ejemplo familiar le motivaba, a quién amarga un dulce, y si además de casta le viene al galgo, la oposición le reclamaba a filas. Decidido el futuro profesional y el social, ambos de igual importancia en su clasificación de preferencias, entonces surgió el miedo al fracaso; otro temor incorporado contra el que batirse en la esfera privada. En la universidad, como en su momento en el colegio, no tuvo problemas con las asignaturas, era un alumno modelo; la resistencia a sus ambiciones llegó al opositar. No

atinaba con la tecla de conversión. Bien por nervios bien por otra causa, la prueba oral o la escrita se le atragantaban y frente a su menguada seguridad, en progresivo debilitamiento a medida que pasaban los minutos, el tribunal se recortaba en el horizonte inmediato como un muro infranqueable.

—¿Qué te ha pasado?

“Qué me ha pasado.”

Sin explicación convincente.

—¿Qué te pasa cuando te examinas?

“Qué me pasa cuando me examino.”

Temía el fracaso, le atenazaba el miedo a perder la convocatoria y al ridículo que fomenta con saña el qué dirán. Sus hermanos habían aprobado las respectivas oposiciones a la primera y obtenido una buena plaza. Nada le reprochaban cuando coincidían a la mesa en Navidad o en los aniversarios, ni tampoco le aconsejaron cómo prepararse para afrontar los distintos exámenes. Sus rostros eran pétreos en las reuniones familiares, sin traslucir una mínima observación que concitara piedad hacia el desafortunado o sirviera de ayuda a quien, en realidad, la necesitaba de otro tipo. Puede que no quisieran avergonzarle y puede, es una hipótesis, que dada la coyuntura y el estatus genérico de los Márquez Gistau el patriarca decidiera intervenir en favor de su hijo, sólo para un apoyo solidario a la tambaleante figura. Un cambio de tutela con sentido de la oportunidad modifica en la buena dirección el curso de las cosas, le dijo a Alfredo.

Para tal menester, don Trinitario solicitó la mediación pedagógica de su amigo el eminente fiscal Mauro Blasco.

—Te pido que lo asesores, y de ser posible, dirijas a Alfredo en todo lo concerniente a la oposición.

Mauro Blasco aceptó el encargo en honor a la amistad, pero reservándose para las tutorías y las encrucijadas; cediendo la preparación de los exámenes a un reputado formador con experiencia sobrada en orientar y animar a los aspirantes a sacar una oposición de enjundia.

Con esos mimbres el resultado debería ser el apetecido, pensaba don Trinitario. Y así fue. Al inseguro Alfredo se le inculcó confianza en sí mismo, andaba pertrechado con los conocimientos suficientes para salvar cualquier obstáculo oral o escrito. A base de rodamiento en circuito de pruebas con sus diligentes maestros, el opositor ganaba en seguridad, en tablas y aplomo; de él partía la exigencia de perfeccionamiento y de él, a continuación, el ansia de desquite. Fue preciso que olvidara los años en el dique seco, siete nada menos, tiempo irrecuperable que le había suministrado vacío y confusión, pérdida de espacio social y parálisis en el apartado de las iniciativas.

—¿Tuvo alguna vez iniciativa este chico? —preguntó Mercedes.

Eduardo Reneda sonrió la ironía de su mujer.

—El opositar es una iniciativa.

—Una prioridad —aseveró Mercedes—. La prioridad de Alfredo era la de convertirse en funcionario. Estoy segura de que ni por asomo se planteó otro futuro profesional que el de la nómina a expensas de los contribuyentes. Lo lleva en la sangre.

Con los exámenes de oposición superados, Alfredo dejaba en la cuneta lo que más le quitaba el sueño. Fuera espantos de las sofocantes vigiliadas. Ahora ya podía tratar de igual a igual a sus hermanos y mirar por encima del hombro a los suspendidos, a los peticionarios de empleo y, en un entorno aséptico de paredes insonorizadas, a quienes

arriesgaban de por vida su estabilidad emocional, patrimonio e intelecto por invertir en la iniciativa privada. En la familia de Mercedes no figuraban funcionarios, hasta donde marcaba el censo memorístico, siendo ella descendiente de tenderos con empuje, sacrificio y tesón, como gustaba adjetivarlos, para entregar un testigo de progreso y bienestar a sus descendientes; y en la de Eduardo Reneda había que remontarse al directorio de Miguel Primo de Rivera para encontrar un cartero incorporado al servicio estatal de Correos y Telégrafos en mil novecientos veinticuatro.

—¿Juez o fiscal?

Antes de preguntar a Alfredo, Mauro Blasco lo habló con el padre y notario. Luego le tocó el turno de respuesta al interesado y, como era previsible, coincidieron los tres.

—Será fiscal.

—Seré fiscal.

Un fiscal calzado con botas de siete leguas trepando por la cadena jerárquica. Se imaginaba Alfredo que con el aval de su protector celebridad, Mauro Blasco, los ascensos no esperarían a los plazos de rigor. Él tenía una edad que apretaba —aquellos malditos siete años de tropiezo eran un lastre— y una competencia feroz orlada de avales con casta, con ideología y con prisas. Haría lo que fuera por servir bien a quien terciara como dueño de su destino profesional.

Mercedes se reiteraba.

—Le persigue su mala conciencia.

—¿Cargo de conciencia? Estuve en un tris de abordarle por el lado de las cuentas pendientes —reconoció Eduardo Reneda—, de los asuntos inacabados que supuran veneno, pero eso me pareció excesivo.

—Pero en el fondo te divierte.

—¿Quién soy yo para criticarle? Que haga lo que le dé la gana. En este mundo todos somos necesarios en alguna medida.

—No te da pena Alfredo.

—Lo mío es curiosidad.

La humana curiosidad por descubrir si los sueños asustadores del fiscal, teniendo a la muerte como actriz invitada, estaban relacionados con el ejercicio de la acusación formal —propio del ministerio público—, el de la acusación desviada —atribuido a situaciones de emergencia social y crisis institucionales que la justifican—, del acuerdo entreverado —que desdibuja el trecho legal que hay del dicho al hecho—, de la defensa encubierta —tergiversando las funciones del cargo— o de la componenda política en vertical —resumen de los tres apartados precedentes.

Eduardo Reneda, en línea con su mujer, suponía que la estremecedora aparición de la muerte en los sueños de Alfredo era la expresión de una deuda anímica, de un traspiés emocional, de un simbolismo lato que rebasaba el contenedor de la obediencia y el deber cumplido. La única duda que no le generaba la curiosidad y por su cuenta y riesgo le picoteaba detrás de las orejas al analizar las ramificaciones de la trama morbosa, era la de saber hasta qué punto don Trinitario comulgaba con la teoría de los remordimientos de conciencia.

—¿Tú qué crees? —preguntó a Mercedes.

Aunque Alfredo era un hombre desprovisto de pasión, su primer encuentro con Mauro Blasco tuvo rasgos emotivos.

Corría el año mil novecientos ochenta y seis y a sus veintinueve años, con dos tentativas opositoras frustradas, estaba en cuerpo y alma ante un fiscal con solera y prestigio, perfecto conocedor del ensamblaje judicial y refractario a la infiltración política al uso; y, anhelaba, en la posta de inicio en el camino del aprobado.

Consciente de su dependencia, iba a someterse como protegido a las reglas que le impusiera el maestro protector. Le demostraría que con un apoyo firme nada escrito u oral se le resistiría. Obediente y servil, reglado en los preceptos de la fiscalía, como si su visita a domicilio fuera a la autoridad que nombra y sitúa, a la que se debe el cargo y la confianza.

—Hablemos —invitó el fiscal.

No esperaba Alfredo de buenas a primeras una franca conversación con Mauro Blasco; al contrario, la temía. En las recreaciones que había ideado acerca de la reunión, el preámbulo quedaba siempre en el campo del que jugaba en casa, mientras él aguardaba paciente y modoso la tanda de cuestiones a poner sobre la mesa o a responder desde una sinceridad adecuada al propósito. Sostener una conversación con tan afamado personaje le venía grande en esa época, con sus antecedentes de fracaso y sus titubeos a la hora de marcar distancias con el pasado.

—Pregúnteme lo que quiera —dijo Alfredo tragando saliva. Y añadió una retahíla de cumplidos, bordeando la lisonja, que al impasible fiscal entraron por un oído y salieron por el otro sin solución de continuidad.

Mauro Blasco eludió satisfacer con amable reciprocidad las frases corteses y laudatorias que la voz tímida pero fluida de Alfredo había proferido en su honor. Hubieran

tenido gracia en una tertulia de colegas, propiciando la esgrima dialéctica tan del gusto de los contendientes en los duelos simulados, poniendo a prueba los reflejos y los recursos intelectuales. Citas y cotejos, los llamaba él, y aunque le distraían, pocas veces les dedicaba más tiempo del que se tarda en cruzar las espadas a modo de saludo.

—Sintetíceme su historial académico —pidió, dando el banderazo de salida a la entrevista.

Alfredo fue al grano.

—Comprobada su retentiva y el hábito de estudio, dígame también de modo sucinto cuál es su verdadero interés por superar la oposición.

Alfredo divagó, pese a no querer disgustar al fiscal, tanteando una maraña de sincretismos en cortejo de la prescripción genética. Lo que no fue óbice para que pronunciara la frase comodín: vocación de servicio público.

El juego de café sobre el velador era de color blanco con una filigrana dorada en el borde exterior, sencillo y clásico. Alfredo observó todavía nervioso la delicada cadencia en los movimientos del anfitrión y la elegancia del tintineo en la coyunda de la alpaca con la loza. Ante esa imagen de finura nadie hubiera supuesto el origen campesino de Mauro Blasco, del que se sentía orgulloso y que refería si terciaba. A Trinitario Márquez le contó su historia al poco de tratarse, cuando ya eran dos nombres ilustres en el universo jurídico, que era la historia de los méritos emprendedores de su familia, y con ella desplegó su ideario personal y social. Los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo XX forjaron la clase media, el colchón que absorbe las trifulcas clasistas, los despotismos de arriba abajo, las revoluciones de abajo arriba y los odios engendrados por la envidia, posibilitando la integración en ella

de las gentes laboriosas con iniciativa y a los trabajadores por cuenta propia y ajena de los sectores primario, secundario y terciario de la actividad económica. La tan ansiada clase media trajo paz y prosperidad al conjunto nacional y al europeo a este lado del muro, e hizo libres y felices a millones de personas. Occidente reportaba bienestar, aliados sólidos, intercambios beneficiosos de todo tipo y un carné de socio a dos velocidades, la de los aspirantes y la preferente, a la que había que acceder pasando una serie de pruebas ineludibles. Los cimientos del edificio estaban inaugurados en España cuando seis estados europeos firmaron en mil novecientos cincuenta y siete el Tratado de Roma, dos tratados en realidad, embrión del futuro Mercado Común Europeo y de la posterior y multilateral Unión Europea.

El notario había dicho a su hijo que Mauro Blasco estuvo tentado por la docencia, como él mismo, pero que por esas cosas de la vida cuyo recuerdo se diluye al traerlas a la memoria Mauro Blasco eligió lidiar en la plaza de los derechos procesales.

—Le admiro —dijo a Alfredo—. Es un hombre de una pieza. Un jurista sabio y noble, un conversador ilustrado y un estudioso constante. Con el genio templado pero también con el acero presto, no da puntada sin hilo y si le asiste la razón halla argumento con que demostrarla.

Pensativo, Trinitario Márquez Alvar, docente y notario, echaba los pasos a la inversa en busca de la disyuntiva, el decisivo cruce de opciones en el que se toma un camino en detrimento de otro u otros que en su día tuvieron peso, y que acaba por ser la marca de identidad para el resto del mundo conocido. Se preguntaba a veces, clandestino y hermético, qué habría sido de él en la faceta profesional, y

también en la personal y en la social, con otra elección; aunque también se preguntaba, sin dar noticia de su reflexión, si en su vida cabía más opción que la tomada, por fases, o si fue capaz de intuir para él nuevas rutas en el viejo mapamundi. Qué habría supuesto el haberlas desbrozado, a veces se preguntaba contemplando los trillados paisajes del ayer sedimentado y las revueltas y encrespaduras de un hoy en trance de convulsión.

Ahora sí intuía que se avecinaba una época difícil, un tiempo de acoso y derribo de las viejas y las no tan viejas estructuras, sin líderes ni categorías, pero con muchos opinantes a trasmano, iracundos y llenos de peligro; con muchas corrientes subterráneas, con un número creciente de cauces desbocados transmitiendo epidemias a lo largo de sus orillas y pocos vados, muy pocos puentes y apenas pasarelas por las que circular en ambas direcciones.

La presciencia aconsejaba al notario en los diálogos de gabinete que situara a cada uno de los bandos de asedio o resistencia y los espacios a ocupar o liberar por ellos en su justa proporción; y que se apartara de la minada tierra de nadie. A la puerta de los setenta años, con tanto hecho, mejor es mirar desde lejos y mandar en voz baja a los que tienen que vivir según hayan decidido.

Mauro Blasco atendía las explicaciones de Alfredo a sus preguntas mientras captaba lo que de excepcional hubiera en aquel muchacho, ya adulto por su edad, sin querer adivinar lo que le depararía la nueva tentativa opositora. Era innegable que le sobraba capacidad para superar las pruebas escritas —matrículas de honor y sobresalientes en la carrera—, y que le faltaba ese ápice de serenidad imprescindible para revalidarse en las pruebas orales. A simple vista, Mauro Blasco comprendió que Alfredo carecía del

aplomo y la enorme prestancia de su padre, y hasta donde él sabía, tampoco Alfredo imitaba a sus hermanos en tales virtudes del carácter. Dedujo que la inercia marcaba con fuerza la trayectoria de Alfredo y que su reto personal, la máxima aspiración que anidaba en él cual componente de esa familia, consistía en sintetizar en una oposición de relumbro la hazaña del patriarca e igualar la de sus hermanos.

La voz grave y pausada de Mauro Blasco dirigía el examen.

—¿Ha pensado en sus alternativas profesionales?

Alfredo fue sincero y lo negó. Se sintió ridículo por dar una imagen de suficiencia económica y empecinamiento caprichoso, pero esa era la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. No le acuciaban deudas ni ansias de independencia, nadie le presionaba para salir del hogar o para que encontrara un trabajo con el que financiar sus proyectos, sus viajes o demás esparcimientos.

—Quiero ser fiscal.

Se abstuvo de decirle que deseaba ser un jurista famoso apreciado por los medios de comunicación.

—Precisamente fiscal, señor Márquez.

—Sí...

—¿Le atrae la política? ¿Ha pensado en dedicarse a la política?

Su relación con la política en curso era al nivel de nadar y guardar la ropa, flirteos más que nada, tironeado por amistades involucradas y una novia activa militante, participativa y dirigente con mando real, influyente hasta el vano del despacho del superior jerárquico, que acabó harta de los manejos en el seno de los partidos en los que se había afiliado y de lo que ella calificaba de transigir obscuro

de la sociedad; también se hartó de Alfredo y de la España que le había tocado en suerte.

—Todo es dinero. Todo lo mueve el dinero fácil y negro, el ganar posiciones dentro de la férrea estructura del tinglado y el afán de lucro financiado por subsidios y subvenciones —se quejaba a Alfredo y a su círculo—. Si des-puntas y no estás arropado te ponen la zancadilla o de un hachazo te cortan el cuello en el corredor.

—Eres una idealista —le dijo Alfredo cierto día, asido a un realismo desazonador, y así certificó la muerte de un cadáver.

—Tengo ideales y los mantengo en alto. Esto es demasiado pequeño y viciado para que convivan la libertad de las alas batientes con la esclavitud voluntaria. Y la vida demasiado corta para entretenerse midiendo el nudo y la longitud de la sogá —dijo ella levandó amarras—. Allá cada cual con su conciencia.

Alfredo Márquez Gistau se caló las orejeras. Entonces y ahora lo que esperaba era la confirmación de sus expectativas.

—Averigüe si hay fe en usted y aprobará —aconsejó Mauro Blasco dando por finalizada aquella toma de contacto.

La fe en sí mismo y la inestimable ayuda divina, si a quien todo lo puede le daba por interceder en su favor los días de examen.

Alfredo no se detuvo largo tiempo en meditar sobre la conversación con Mauro Blasco. Imaginaba que puesto en su papel asesor y de solicitada tutoría para el aspirante ali-corto, le era preceptivo indicarle ciertas pautas de actitud y comportamiento a la vez que desde la experiencia le

ofrecía una crónica realista, pero recargada de trabas y advertencias —que no llevan a engaño, le dijo el veterano fiscal—, para que su decisión no estuviera exenta de un juicio imparcial.

Mientras preparaba la tercera tentativa opositora a plena dedicación con su director de estudio, muy convencido de afrontar con éxito los exámenes, el maestro fiscal intervenía en el proceso de manera espaciada y selectiva. Como si Alfredo ya hubiese superado el escollo y por fin descubierto los cortinajes de su hasta entonces opacado futuro profesional, Mauro Blasco le guiaba en la comprensión de sus próximos deberes. Poco a poco los nervios del aspirante perdían hegemonía, evaporándose en él la inseguridad ante la prueba máxima, y su negativa influencia era sustituida por una asentada confianza inculcada en dosis cómodas de digerir. El fiscal le informaba en profundidad de la tarea que recaería en su persona al obtener la plaza —la localidad de destino era harina de otro costal, muy dependiente de su calificación o un gesto dadivoso de la diosa fortuna— y Alfredo, al hilo de las noticias que ambos comentaban, respetando las debidas omisiones y los silencios —la revelación de los sumarios es un delito e impropio la subjetividad en el análisis riguroso de los hechos—, le interrogaba para acercarse al amparo de la mejor sombra.

Cierto día, con la fecha del primer examen en ciernes, Mauro Blasco sacó el tema de las preferencias.

—Por si acaso, vaya pensándolo —sugirió a Alfredo.

No divisaba en él una lumbrera jurídica, alguien tan válido en la teoría como en la práctica, y tan hábil con los códigos en la mano como en la manera intuitiva de accio-

nar el resorte que desmantela la estrategia de la parte contraria, pero valoraba su perseverancia en el objetivo y su disciplina; esta última cualidad básica para la alineación jerarquizada.

Abierto el abanico de las elecciones la órbita fiscal destelló con esplendores de legalidad. Empezaba a sonarle de su competencia la persecución de las tramas mafiosas pululando en los arrabales de la civilidad, y la corrupción de los políticos en el desempeño de sus funciones con la vitola de “acción impune” desprendida y el crédito social agotado; la derrota del terrorismo poniendo cerco y condena a los terroristas, a sus afines apostados en la complicidad y el encubrimiento y al abultado hatajo de beneficiarios embutidos en la consigna; las mafias nacionales e internacionales del narcotráfico. En suma, se hacía a la idea de que el fructífero crimen organizado y los sarmentosos delitos fiscales iban a ser el pan suyo de cada día si superaba los tres exámenes; el final feliz de su aventura opositora.

Mauro Blasco le felicitó al aprobar la oposición y nuevamente al obtener su primer destino.

—He tenido suerte.

—Aprovecha el viento a favor —recomendó Mauro Blasco en la despedida.

A partir de entonces se disolvió la tutoría, y de aquella época de orientación permaneció en Alfredo una gratitud vergonzosa. Pasaban los años y los sucesos de telediario y portada y el fiscal Márquez Gistau no acababa de curar esa herida a la que de tiempo en tiempo cambiaba la venda con un reojo de inferioridad. Le escocía en el orgullo —y más adelante en el prurito profesional— que su padre nombrara

al viejo y docto mentor a colación de una noticia descolante para los medios, como si con su recuerdo le obligara a admitir una deuda que nunca pagaría en su justo precio y que, por ende, carecía de su talento y su peso en el concierto jurídico. Llegó a preguntarse si debía la progresión de su carrera —nada espectacular pero sí exenta de enojosos cambios de domicilio— a los buenos oficios de Mauro Blasco en sus relaciones con la jerarquía, o a otros concedentes de aptitud solicitados por un demandante para él anónimo, antes que a sus méritos.

Le sobrevolaba una sombra de duda, de inseguridad picajosa, que le hacía vacilar en la calificación de su persona y su tarea. Pero como sombra sólo le incordiaba al reparar en ella o cuando muy esporádicamente le tapaba los ojos, la nariz y la boca impidiéndole sentirse dueño de sus actos y señor de su conciencia y carrera.

No fue para conocer los extremos de una verdad incierta lo que decidió la visita a Mauro Blasco en su retiro una tarde de cielo encapotado, previa llamada; le debía una franca conversación y su más sincero agradecimiento por las lecciones recibidas en una metafórica sala de togas. El viejo fiscal la había colgado tiempo atrás, por edad y por ganas de echar el cierre a una vida en los tribunales, lastrado por un ejercicio agotador y minucioso en la pretensión de no dejar cabos sueltos ni rendijas de fuga ignominiosa, salpicado de voces y párrafos admonitorios que más parecían fustazos en manos, cara y espalda del destinatario o murallas interpuestas en la senda de la justicia con los portones atrancados y sellados por si la disuasión no bastara para frenar a los espíritus temerarios.

Pocas veces coincidieron en la última década del siglo XX o durante los cuatro primeros años del XXI. Apenas

intercambiaron saludos, pausas de cafetería y esas reflexiones que son como notas sobre la marcha, síntesis de acción y pensamiento, distintivas de quien las toma.

—¿Te va bien? —preguntaba Mauro Blasco entonces.

—Sí. Estoy contento de mi elección —respondía Alfredo— Me gusta lo que hago, profesor.

No pendía queja ni problema sobre la cabeza o los hombros del fiscal Márquez Gistau.

—Pues adelante y a escalar puestos.

Mauro Blasco no miraba hacia detrás, lo tenía todo visto. Ahora, ya liberado de las togas y la sumisión jerárquica, leía despacio y escuchaba a voluntad. Nada de lo que sucedía en España le asombraba en vista de los antecedentes, y aún faltaba recorrido y mecha para que estallara la mixtura de productos inflamables, altamente tóxicos y volátiles, que él definía como la eclosión del huevo de la discordia. Podía hablar sin tapujos a esas alturas de la película. Su etapa jurídica y él ya eran historia, en realidad, ironizaba, agua pasada que no mueve molino que ha remansado el poder constituido. Le había llegado el momento de respirar hondo y hacer balance, las contiendas jurisdiccionales y las políticas resbalaban de su memoria; era un ciudadano libre con cargo al presupuesto del Estado, que nunca como sujeto de clases pasivas publicaría en un libro su vida en el candelero.

—No quiero hablar de sucesos —atajó un intento amable de Alfredo por compartir opiniones respecto a los temas que les afectaban como ciudadanos con criterio propio y como juristas con responsabilidad—. Que cada uno cabalgue sus miedos y que cada cual gobierne su timón —dijo categórico, con timbre de voz desencantado.

Venerable anciano, hoy enfermo de hastío y llagado por úlceras contemporáneas, que por lo visto y sabido jamás había filtrado informaciones de sumario a portavoces raudos en la transcripción con sesgo ideológico contante y sonante —la cuerda une— siquiera para medrar —la ambición es humana—, ni había denunciado de puertas afuera a un compañero o a un magistrado por tal cometido ilícito, pensaba Alfredo. La forja de Mauro Blasco era honrada, antigua también, y moriría incorruptible, satisfecho con su tarea profesional y alejado de negocios que a ciertas actividades no competen. Alfredo Márquez Gistau sentía un amago de envidia al cerciorarse de la realidad. Para él, Mauro Blasco era un modelo de conducta de uso restringido, como también lo era su padre, y aunque en puridad el significado social de ambos difería, y también las simpatías de la gente que tenía que pasar por las respectivas dependencias, ambos podían equipararse por su integración en el marco tradicional de la función pública.

Alfredo tanteaba la disposición de Mauro Blasco a entregarle una carta de recomendación en sentido figurado.

—Hace tiempo que he dejado de apasionarme por la investigación —dijo el viejo fiscal indagando en el envés de su interlocutor—. Eso que tanto me apetece ya no es un asunto sagrado para mí. Me conformo con las deducciones que atesoro; ellas median entre el mundo y las sentencias, entre las obras y las razones que al común de los mortales escapan porque ni las percibe ni las invoca ni las cuestiona al punto de la trasgresión cívica.

—La felicidad que otorga la ignorancia y de la que nos servimos todos en algún momento de la vida —se atrevió a decir Alfredo, sin saber con qué gesto acompañar la

frase—. El mal de muchos que es consuelo al que agarrarse, si me permite el atrevimiento.

—Un clavo ardiendo. Acepto mi parte de culpa.

Mauro Blasco señalaba desde su torre de marfil el encarte de gobernantes y gobernados, unos por detrás de los otros, unos enfrentados a los otros, unos circundando a los otros, apenas pronunciando palabra. Así lo entendió Alfredo, turbado e indeciso ante la concluyente didáctica del prócer; la visita le dejaba un agrio rastro de final de ciclo extendido por doquier, al que se sumaba la comezón de algunas preguntas que le hubiera gustado formularle y esa molesta dubitación al querer distinguir entre cargos y deberes.

“¿Dónde estará la frontera y dónde el vado que deja atravesarla sin riesgo de ahogarse?”

Era inconcebible que se planteara semejante cuestión siendo poseedor de una toga, “haz y vive”, muy desagradable el reconocerse vacilante y débil como una llama jugueteada por soplidos traviesos con aviesas intenciones para su mal disimulada afectación.

Ironías de la vida. Mientras caminaba por la calle sumido en meditaciones que abonaban su cultivado agravio, un cartel publicitario le asestó una estocada en lo alto. En la confluencia de dos calles y desde su ostentosa atalaya, los monos sabios tapaban sus bocas, sus oídos y sus ojos para no decir, para no escuchar y para no ver. El texto le pasó desapercibido, puede que por reflejo adquirido lo desviara de su literalidad, pero imaginaba que el adecuado para él sería: tiéntate la ropa y pasa de largo; un mensaje nítido para su ansia de confirmación: haz lo que te corresponde y vive en armonía con tu fortuna.

“¿Por qué le doy vueltas a lo que tengo claro?”

A su entender, situado ante la vastedad del concepto de servicio público, era descartable e inconveniente la apreciación subjetiva y el interés particular del cliente o del profesional en los asuntos tratados por un fedatario público o por el ministerio fiscal. Lo que él creyera respecto a tal o cual asunto era indiferente, un criterio personal de estar por casa, y en nada debía condicionar su trabajo. Mauro Blasco o su padre eran arquetipos de otra época, mejor o peor superada, simple y llanamente desvanecida, inhábil en la actualidad, que añoraban porque les había pertenecido o que acreditaban con un valor sobredimensionado e incomparable al repeler la comparación; también ellos respondieron a la obediencia jerárquica y a la lealtad para con el servicio público según estuviera consignado en aquel momento. Sus opiniones, expresadas en los burladeros, merecían entonces y ahora ese único calificativo.

“Las cosas han cambiado, el mundo es otro. La sociedad es diferente y las normas por las que se rige han experimentado una evolución equivalente a la de las mentalidades y el análisis de los hechos. Nada es como era y hay que estar con los tiempos. Hay que vivir en el presente, con las reglas de la época.”

A la postre, ese fue el pensamiento dominante en dos mil tres, camino de su casa bajo un cielo plomizo tras una breve entrevista con su antiguo mentor.

Nueve años después, al escuchar unas risas de fondo al despertar de un sueño oscuro, Alfredo Márquez Gistau aceptó como presagio las reiteradas apariciones de la muerte, compañía indeseable donde las haya.

La mañana en los juzgados y alrededores de la plaza de Castilla era de barullo y correteos. Un enjambre de periodistas y curiosos se arremolinaba a las puertas y contra el pasadizo vallado para captar la imagen embozada, la expresión iracunda, el aire abstraído o la mueca desafiante de unos imputados con cabida en los medios de comunicación en su paseíllo hasta el límite visual de ojos y cámaras. Ya en el interior, a resguardo de objetivos indiscretos, el revuelo chismoso adquiriría una dimensión especulativa, de murmullo y confidencia, entre los abogados y el conjunto de empleados de la Administración de Justicia presentes y los que se iban incorporando. Por un instante, como si de un rompimiento de gloria tras la furibunda tormenta se tratara, el ajetreo permitió que el fiscal Alfredo Márquez Gistau y el abogado Eduardo Reneda, cada uno a lo suyo, se saludaran y, a petición urgida del fiscal, que mostraba la mala cara, la prisa enfermiza y el cuerpo ligeramente encorvado y flojo de las últimas semanas, quedaron esa tarde en la cafetería de los encuentros.

Puntuales ambos, el fiscal en seguida abordó el tema de sus desvelos con una interpretación peculiar.

—Para que te hagas a la idea, los sueños que me asedian son lo más parecido a un mensaje cifrado.

Su voz no era convincente pero sonaba convencida.

—¿La risa es un mensaje? —tanteó el abogado.

—La presencia de la muerte es el mensaje —sostuvo Alfredo—. Pero no atino a descifrarlo. No doy con el texto legible. ¿Me captas la idea? —Eduardo Reneda ni afirmó ni negó con su leve movimiento de cabeza y manos. —Sé que me acerco, que sólo me falta un peldaño. Un empujón, sólo eso, y encuentro la clave. Si dispusiera de la clave

resolvería el misterio en una noche y sabría a qué atenerme.

“Todos, alguna vez, quisiéramos ver el futuro para escoger la dirección menos perniciosa para los intereses del presente”, pensó Eduardo Reneda.

—Tendrás que pedir ayuda cualificada si no logras dominar ese miedo a los sueños —dijo el abogado acogido a su neutralidad activa.

—No tengo miedo a los sueños sino a la muerte. ¿Entiendes? Tengo pánico a los trastornos psíquicos y a que me ronde la muerte cerebral. Si yo no puedo controlar mi vida ni puedo ser consciente de mi situación o de mi capacidad mental seré un guiñapo. Me importan un bledo los sueños, pero me aterran las premoniciones, los avisos y las advertencias de que algo terrible va a sucederme. Voy a ponerle remedio.

—Eso es más peliagudo que el asustarse por unos sueños sarcásticos —afirmó gravemente el abogado—. Yo también tengo miedo a esos males, cuya sola enumeración pone los pelos de punta, y desconozco si anuncian su llegada por el conducto de los sueños. Puede que tengas razón o que te equivoques; quiero creer esto último, incluso por egoísmo personal. Pero de lo que no me cabe duda es que debes poner remedio al acoso. A la salud se le perjudica con ideas delirantes y con temores infundados, tenlo en cuenta. Una suposición basada en especulaciones subjetivas, exactamente tu caso, rehúye el contraste racional, luego no pasa de sospecha y aun inducida —recordó—. Pero puede convertirse en certeza, y de consecuencias nefastas, de tanto brindarle protagonismo. Mejor te dedicas a vivir que a imaginar; es un viejo consejo que se transmite en las horas bajas de generación en generación.

El plan de Alfredo consistía en apartarse de su responsabilidad por un tiempo.

—He pedido la baja. Sé que estoy estresado. Me conviene ocupar la cabeza con otras cosas, irme de vacaciones, romper con mi rutina, escapar de este castigo. He llegado al límite, me consume la fatiga, me cuesta centrarme y así no puedo continuar. Creo que con un cambio de aires y reposo me recuperaré.

“Suerte que tienes, funcionario. Sales y vuelves a entrar sin mermas.”

—La salud es lo principal. Cuídate.

—Gracias, Eduardo. Lo he comentado con la familia y están de acuerdo en que me tome un descanso. Volveremos a nuestras charlas cuando me reincorpore.

“Hay quien mata por embutirse en la política, suplicando una silla en el gran partido, en el gran sindicato o un empleo público concedido por el largo dedo amigo, y hay quien se muere si no aprueba la oposición. Qué ruina para España.”

—Y ya sacudido de los infaustos temores emulas a Fray Luis de León: como decíamos ayer.

—Te invitaré a comer, hay que mimar a los amigos. Saluda a Mercedes de mi parte.

La hora de salida del despacho se hizo de rogar. Al llegar a casa, tarde y cansado, Eduardo Reneda cumplió con el deseo social de Alfredo. Después contó a Mercedes el último capítulo de la amenaza onírica.

—Se siente escarnecido por el desvarío y la paranoia, claro que el diagnóstico es mío. Su diagnóstico es otro, y su prescripción a una distancia insalvable del profesional liberal.

—Acertado tu diagnóstico —secundó Mercedes—. A este hombre le faltan preocupaciones de verdad y le sobran manías.

Eduardo hizo hincapié en el fenómeno acústico.

—Lo de la risa sibilante le ha acabado de descomponer. Creo que ha sido la puntilla.

—Es la risa entre dientes de los intocables filtrada por sus fieles lacayos —replicó Mercedes tamborileando sus dedos en una de las estanterías del salón.

Mercedes enumeró de corrido y en línea vertical, de arriba abajo, una muestra de trapacerías de muy notoria incidencia en todos los estamentos de la sociedad y a sus autores, de marcado acento y sin propósito de enmienda. Tomó aire y en vena oratoria siguió la acusación popular con un exhaustivo repaso de las especies insistentemente favorecidas por los pactos del *régimen establecido*.

—En matrimonio de conveniencia los tienes casados, hasta que la muerte real, no la soñada por una mala digestión de las acciones y las omisiones, los separe. —Desgranados como las cuentas de un rosario—. Las risas son de los arribistas encaramados al andamiaje de la política al uso; de los financieros con perpetua inyección de liquidez a cambio de mantener la enrevesada configuración del sistema; de los terroristas y asimilados preparando el desembarco en la playa desierta de obstáculos, parapetos y defensas costeras; de los infiltrados en las instituciones y organismos para mayor gloria de sus introductores; y de los autodefinidos agentes sociales, que desprecian aquello que no pueden controlar y se les opone como la iniciativa privada. Deberían ser juzgados por un tribunal de conciencias limpias.

Eduardo Reneda preparaba la mesa para cenar.

—Esta sociedad y su retazado sistema esquivan el poder conminativo de tu jurisdicción —dijo extendiendo el mantel—. Qué lástima.

La ayuda es bien recibida

“Soy creativa.”

Lara lo decía en voz alta de una habitación a otra, de la cocina al cuarto de baño, sola en casa, animándose bajo la tormenta de iniciativas publicitarias que empapaba el cuaderno de anotaciones. La cabeza le bullía plétórica de ideas y propuestas, revolucionada con el acopio de ideas y formatos, en pos del molde áureo. Notaba los hervores de la buena cocción en el caldero mágico, con su tradicional borboteo y el aroma a plato exquisito fluyendo hacia los cuatro puntos cardinales. Estaba convencida de que había dado con el planteamiento adecuado. El siguiente paso era exponerle a Celia Solís la estrategia que Lara concebía para la difusión del negocio.

“Soy genial.”

La confianza depositada por la emprendedora Celia en su amiga y la de Lara en su propia creatividad eran la piedra angular de la asociación. Gracias a esas premisas Lara ya tenía una mano en el asidero y la otra, apostaba su resto, en la fórmula del éxito.

—Voy a entregarte un buen trabajo —dijo a Celia por teléfono.

—Estoy ultimando lo que a mí me corresponde. Me reúno esta semana con mis colaboradoras para ir cerrando capítulos —informó Celia—. A ver si tú y yo nos vemos a la siguiente, el lunes o el martes, y me enseñas una muestra de tu pericia. ¿Estás sembrada?

—Descuida. Sé que te va a gustar mi enfoque.

A una seguridad se responde con otra.

“Yo puedo, yo sé.”

Conjurados Lara Norklig y su frenesí creativo —aunque no iba a seguir perfilando sus ideas hasta obtener el visto bueno de Celia—, le era imposible reposar el cuerpo en la oferta mobiliaria del piso y a duras penas transitar entre sus paredes. Por suerte, pensaba Lara en paralelo a su alentada imaginación, Sergio era incompatible con los excesos decorativos, detestaba los adornos de pie o sobremesa que imponían un trazado único y las más de las veces angosto, y en aquellos momentos donde refrenar el ímpetu supone cercenar las alas del ingenio —el mecenas del creativo— era una bendición. Necesitaba de todo el espacio y de todo el aire disponibles, únicamente acompañada de su trájín, dando rienda suelta a sus ideas y a un esbozo de futuro personal.

“El movimiento es la constatación de la vida.” Aforismo y acto reflejo. Siempre en movimiento afirmando o corrigiendo el caudal creativo; era una costumbre a la que no ponía objeciones.

Pero esa noche intuía que no iba a conquistar más territorios publicitarios ni de mercadotecnia. Se lo decía la experiencia, sugiriéndole que se tomara un largo respiro.

“Pausa.”

Un descanso para las neuronas. Telefonó a Mara Infante.

—Voy a salir. Quiero airearme un rato. ¿Nos vemos?

A Lara no le apetecía una velada hogareña con Sergio.

—Vale.

Telefonó a Sergio.

—He quedado con Celia esta noche. Vamos a ponernos al día —le dijo—. Creo que le gustará mi propuesta.

—Esto marcha, ¿verdad?

Sergio era optimista y a ella la veía ilusionada con esta oportunidad.

—Me gusta como suena la música.

—Buena señal.

—No sé a qué hora llegaré, Sergio.

—Mañana me cuentas.

Lara fue a ducharse olvidando que su mentira era sinónimo de engaño, sin paliativos. La noche prometía un ambiente relajado y divertido, sólo eso, nada extemporáneo. No había intención de engañar, ella no era una mujer falsa, al contrario; odiaba ese calificativo y que le pagaran con esa moneda con o sin motivo. Y quería a Sergio tanto como para no dejarlo en evidencia ni engañarle ni mentir sobre él. Acordaron que su relación se basaría en la confianza y en la sinceridad. Pero por algún motivo que escapaba de su comprensión, o así lo justificaba Lara mientras elegía el vestuario nocturno, a veces faltaba a su voto y eso le provocaba un sentimiento de culpa acompañado de enfado porque, se recriminaba, la suya era una traición innecesaria. Reconocía la traición pero no su significado literal: si no figuraban terceras personas la dimensión del engaño quedaba diluida en otra cosa soportable. Y cuando harta de reprocharse que fuera una traición: “qué dices, Lara, yo no le traiciono, yo no traiciono a nadie, no es mi estilo”, una voz socarrona e imposible de acallar le espetaba su doble juego, la parcialidad de su criterio. Tenía al enemigo dentro, un fastidio.

“Eres una hipócrita.”

Ella se rebelaba contra la acusación. Pero lo irrefutable de algunos hechos —contemplados *stricto sensu*— la desarmaba y ponía nerviosa.

“No hago nada malo, ni le perjudico.”

Se defendía del severo juicio con sus armas. Proclamaba su inocencia alegando que después se lo explicaba a él, lo que hubiera que explicar, y los dos entendían, si había algo que entender, la anécdota, el episodio fortuito, ese algo intrascendente y usual, un divertimento inocente surgido sin buscarlo ni anhelarlo; cosas sin importancia que pasan sin dejar huella.

Sólo quería sentirse viva y mundana.

“Como todo el mundo... Como casi todo el mundo, vale.”

También admirada al margen de su femenina vanidad, y atrevida sin perder el estribo, y reclamada durante el paréntesis por un extraño que sabe distinguir y contar su propia historia con naturalidad y atractivo, un buen conversador que no muestra más deseos, sintiéndose libre para sostener un pulso a la tentación. De vez en cuando, sin propósito de perjudicar.

—No eres tan diferente de mí —le decía su hermana Olga cuando las dos se recreaban en el latoso forcejeo y ella, quizá por ser la mayor o puede que insegura por el peso delator de sus actos, casi siempre era la primera en claudicar.

—¿Por qué crees que tú y yo somos muy diferentes? —le decía Sergio al chocar sus personalidades en la vorágine de una discusión inevitable.

“Mañana te cuento.”

Mañana contaría a Sergio una versión aséptica de su peripetia nocturna, desapasionada en el tono, neutra con los matices, difuminada la segunda intención segunda. Las cosas suceden por algo pero, cuando conviene, son hijas de la casualidad.

Era alta y concentrada la densidad de las especies esa noche de asueto.

—¿Qué pasa hoy?

Con mueca de fastidio Mara Infante observaba el tráfego de vehículos y peatones por la zona elegida.

—¿Qué fiesta es hoy?

Y no tardaría la pugna de movimientos atrapados por conseguir un hueco allá donde reclama la inercia.

Hora y media antes, Lara y Maravillas Infante habían cenado en un coqueto restaurante con buena materia prima, precio soportable para sus economías y dueño conocido. Con el aforo completo y el predominio de conversaciones íntimas, tuvieron que esperar el favor de un sitio para ellas dos.

—¿Han empezado las rebajas? ¿Estamos de liquidación por fin de temporada? —rió Mara.

—Es jueves y hace una noche agradable —dijo Lara—. Esa es la explicación. Madrid es así.

—Es una suerte.

Mara conducía barriendo con desparpajo el horizonte urbano. Buscaba aparcamiento y figuras sugestivas en dirección al polo magnético. La fortuna solía guiarla para encontrar aparcamiento cerca del destino, y también le señalaba a los tipos raros, unos excéntricos, otros místicos, los terceros fluctuando en tres dimensiones, que ella no desdeñaba sin haber profundizado en la catalogación. Lara le reprochaba el riesgo innecesario, podía aspirar a un convencionalismo edificante. Mara replicaba en sonsonete, curiosa la mirada, que el ánimo es cambiante como una veleta, por eso hay que soplarle energía, y que los tipos raros son cualquier cosa menos aburridos, de ellos puede extraerse jugo y condimento para el alimento de la carne y

del espíritu. A Lara también le atraían las rarezas, pero no para alardear de trofeos a la mejor captura del año sino para resolver un acertijo de cariz existencialista mientras el crepúsculo arde o el cielo se tiñe de amanecer y que, individualizada, esa peculiaridad sirviera de justificación a las suyas.

Hablando de singularidades, ¿tú las potencias o las camuflas? Una pregunta lleva a una respuesta y a otra pregunta, y tanto ésta como aquélla a una aclaración que, aunque innecesaria dentro de su contexto, facilita la penetración. Hablando de motivaciones, ¿tú las crías, te asesoran y las reciclas o sólo las consumes? Lo demás viene por añadidura y se expande o se contrae al ritmo de la música, a la temperatura del ambiente. Creía Lara.

Mara encontró aparcamiento.

—A dos pasos.

Lara ajustó los pliegues de su falda.

—No voy a encorsetarme, Mara. Las apreturas me asfixian. Si está lleno nos vamos —pidió.

Tal y como pintaba, lo normal es que *4-14* rebosara de gente.

—Deja de refunfuñar como una vieja. Olvídate del proyecto esta noche, bastante es que tengas trabajo. Lo que te va a ahogar es la tensión.

—Las latas de sardinas son las que me tensan.

Y el sentirse culpable. Una escisión de su voluntad y el salvoconducto de la mentira andaban a la greña. Era una lucha de poder a poder con una sola víctima de los golpes, ella, y ella la única acusada en el tablón de anuncios.

—Relájate. Por aquí hay varios garitos; no todo el mundo se mete en el nuestro.

“Me gusta el nuestro. El nuestro, nuestro, nuestro. Qué raro me suena de un tiempo a esta parte.”

Mara se desenvolvía con soltura entre la multitud, era hábil al introducirse en los espacios atestados y escurridiza ante una atracción desmesurada que la convertía en el epicentro de un deseo previsible y nada recíproco. No le importaba la estrechez, a diferencia de Lara, si el lugar, y en el siguiente estadio sus moradores, merecían la pena.

—Venga, ánimo.

—Oye...

Mara le agarró del brazo y tiró de ella hacia dentro. Estaba resuelta a situarse en el meollo al percibir una perspectiva positiva.

—Ya estamos.

—Uf...

—En un rato despeja.

“No sé yo.”

Mara no le hacía caso. Si había salido de casa esa noche lo iba a pasar bien hablando y bailando, y que Lara la imitara. Los problemas de cada una seguirían acosando al despertar —es el sino de los humanos—, que durmieran a pierna suelta mientras tanto.

A Lara le amargaba su engaño, que no era el primero ni suscitaba a esas alturas equívoco alguno con Sergio. “Ha sido una estupidez.” Intentaba conciliar el hecho con el supuesto. “No hago nada malo.” Pero, y era el matiz acusador, esta vez ambos compartían techo, baño y cama. Ahora le dominaba la opresiva sensación de estar engañando sin necesidad, intención preconcebida, ni beneficio mutuo. “¿Qué me recrimino?” La conciencia es un grado más libre que el instinto. “¿De qué me culpo?” La conciencia se alía

con el estómago para anticipar un conflicto. “Es provisional.” Su relación con Sergio adolecía de provisionalidad según su versión de la historia. “No es lo que parece.” La voz de la conciencia es tan demoledora como los efectos de una mala acción así reconocida. Pero ya era tarde para rectificar, y débil el reproche. Los pies seguían el ritmo de la música, autónomos, luego las caderas y los hombros, inducidos; un baile pretendido que acompasaba el resto del cuerpo. La madrugada lucía sus encantos, sus tentadores misterios sonaban a cantos de sirena, las deliberadas insinuaciones fulgían en los ávidos sentidos, y no quería perjudicar a Mara con una desafección a la que aún no concedía carta de naturaleza. “Yo no soy así.” Delicuescente afirmación.

“Disfruta. No haces daño a nadie.”

—¡Mira! —señaló Mara a una figura interceptada por los claroscuros.

—¿Qué?

—Estupendo. Nos vamos a reír —dijo Mara echando el cuerpo adelante—. Ven conmigo. —le tendió la mano.

—¿Dónde? —le cogió la mano.

En zigzag se acercaron a una mujer de físico opulento, vestuario ceñido, engastada en abalorios.

—Ni echo a posta —gorjeaba Mara, pícara la mirada.

Un claro en la fronda humana trajo a Lara la percepción de una mujer vigorosa, experta en lidias, astuta. Mara iba hacia ella esquivando accesos lúdicos. Lara la frenó un instante.

—¿Quién es?

—Una bruja.

—¿Qué?

—Es una amiga, bruja para más señas. Todo un personaje. Vas a conocerla.

Una mujer muy bregada, con arrugas delatoras de una existencia a salto de mata.

—Oye...

—Se llama... —La música y los roces se tragaron el nombre.

Aquella mujer de mediana edad y facciones redondeadas era un compendio de antagonismos en liza, ágil en el verbo y diestra en la escucha, de párpado sosegado y dedos carnosos llamativamente ensortijados, nacida en la costa almeriense por circunstancias de la vida, mezcla asilvestrada de sangres latina y celta. Fantasiosa, dicharachera e intuitiva, la infancia y la adolescencia la llenaron de posibilidades aladas. Su mundo, el que debía conquistar con artes y mañas, estaba detrás de la quebrada línea del horizonte, tierra adentro. Un mundo efervescente, predecía, salpicado de competencia, trabas, enredos e intrigas, soñado a la orilla del mar o a la sombra de almendros, naranjos y limoneros; un mundo lleno de oportunidades y cuajado de oportunistas. Tenía que ser hábil para ganar, le dijeron voces emparentadas, tenía que correr riesgos y saber escapar de los peligros sin eludirlos. La decisión estaba tomada de antiguo, desde el útero materno porque la genética influía decisivamente: partiría hacia su destino más tarde o más temprano, era un vaticinio leído en las estrellas. Un futuro rutilando en el firmamento estrellado que se demoraba año tras año en un larga y tediosa espera, remisa la condición favorable a maridar con su impaciencia. Un año y otro año de guardar el santo a ese futuro desprendido del cielo entre el ocaso y el alba hasta los veinte recién cumplidos. Ese aniversario, anticipo de su reclamada

emancipación, fue el último en el lugar de origen. El ánade de brillo verde ilusión prendido a su brújula emprendió vuelo equinoccial hacia el Norte batiendo corazón y alas a una frecuencia alta, calada la ruta en el timón y en su bolso un contrato de trabajo temporal pero bien pagado y la fotografía del ser idolatrado. Sin escalas, al atardecer de una jornada memorable que el mar le había predicho posó cuerpo y alma en Barcelona. Allí eclosionaba su juventud, absorbida por la nueva realidad, y empezó a cobrar forma el augurio en el tráfago de la estación.

En mitad de pasajeros y equipajes ella sólo era una más, apenas una candidatura irrelevante en la contienda por ocupar una de las contadas plazas que sacan del anonimato en precario, y por introducirse en la hendidura de luz de la encogida puerta de admisión que muestra el camino a seguir. Pero antes de pisar las huellas precedentes, que las había a millones aunque en primera instancia ordenadas en fila, debía reconocer su pequeñez y evitar la tentación de fraccionar ese todo donde, al parecer, con audacia, insistencia y pericia, y gracias a un don envidiado con la adecuada puesta en escena, podía pasar de la nada a una plataforma estable desde la que consultar a los cuatro elementos patrones de la naturaleza antes de cada solicitud con cita previa. Se convenció de que era posible invocar para su provecho a las fuerzas celestiales, dadivosas ellas, y a las telúricas, pragmáticas y constantes, cuyas enseñanzas en privado, junto a la estricta e ineludible necesidad, la capacitaban para competir en las artes adivinatorias de utilidad doméstica. Al fin y al cabo, aunque ella no era la preferencia en aquel momento para una clientela por constituir, recién llegada de un mundo perdido en la bruma, todavía nadie la había descartado como consultora ni en su

hoja de servicios a la comunidad figuraba en rojo sancionador un fraude, una estafa o el propósito continuado de engañar.

—Mara, oye... —Reticente y tironeada Lara.

—Sígueme. —Feliz Mara en su travesía por el piélagos humano.

La bruja participaba de la noche investida de un halo mágico, sola en su claro de bosque cual druida bañado por haces plateados, rodeada por sátiros y ninfas en complemento indirecto confiriéndole autoridad.

“¿Sabrá invocar a las fuerzas ocultas?”

Lara era escéptica en cuestiones de brujería, tampoco había creído nunca en apariciones ni demonios, prevenida por naturaleza ante lo incomprensible y por ella detestado. Apartaba de sí cual insecto nocivo el tema de los fenómenos paranormales, atribuyendo su gestación a una actividad psíquica desmesurada; la ciencia como respuesta, el *vade retro* como aduana.

“¿Me prestaría un sortilegio de invisibilidad?”

Belinda, Isis, Minerva, son nombres apropiados para titularse bruja en la Edad Contemporánea.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—María Esmeralda.

Un buen nombre para una ejecutora de mancias, asintió Lara. Coincidieron sus miradas al descubrirse, sostenidas durante un segundo, intensa la de la bruja, curiosa y un tanto descreída la de Lara.

María Esmeralda extendió sus brazos para abarcarlas.

“¿Dominará la numerología? ¿Será capaz de cuadrar el círculo? ¿Averiguará los puntos débiles sorbiendo la energía de los incautos consultantes?”

Un caudal de preguntas previo a la fusión de la materia.

María Esmeralda pisó el nuevo mundo con renovada ilusión. Sus cinco sentidos se abocaban a vivir el momento, y lo que les deparara el presente, tras un prolongado aprendizaje teórico. Sin ayuda de un maestro de ceremonias, que se hizo de rogar en el reencuentro, ignorando su soledad en la vasta cuadrícula donde apresurada escribía líneas de agradecimiento, como si un hechizo a ella predestinado por un ser fabuloso la hubiese rescatado de una inmerecida mediocridad, prologando las primeras impresiones de una mujer en trance de formación, alumna del mejor postor.

Con veinte años todo parece posible y casi todo remediabile, eso debió parecerle a María Esmeralda superado el impacto de la llegada y la toma de conciencia de su realidad. Tenía que seguir adelante sin volver la vista, sin añoranza ni miedo al futuro, y recordar siempre que los romances de película duran lo que la proyección o las vacaciones, que las palabras enardecidas por el deseo las barre el viento al desvelarse el panorama y que el único asidero estable al hollar un territorio desconocido es la propia iniciativa.

María Esmeralda se presentó en sociedad como una mujer jovial y cálida, amiga de las confianzas, desenvuelta y mundana, discreta y fiable; estas dos eran las características que más le importaba le reconocieran. La tercera pata del trípode, la tríada que relaciona a los opuestos y que es a la vez solución y mediador, cultivada desde la necesidad, era el misterio. Discreción, fiabilidad y misterio: su defensa y su negocio. La parcela afectiva y el recipiente sentimental estaban a buen recaudo en un lugar ignoto para los usurpadores, detrás de una gruesa portalada y bajo llave.

Ella elegía y ella decidía sobre su vida íntima, ese aspecto de su personalidad era irrenunciable, y gustaba de compartir tan profunda determinación, por paradójico que sonara, con las personas que le atraían. “Yo soy, yo hago, yo pienso ¿Y tú?” “¿Quieres saber cómo pienso, qué hago, quién soy?” “Sí, quiero saberlo.” “¿Prefieres descubrir el resto en primera persona o como el lector de una novela escrita por un narrador omnisciente?” “Prefiero experimentar con el atrevimiento. Los caminos trillados me aburren” “Yo puedo imaginar el día después.” “¿Es un vaticinio halagüeño?” “Las páginas están en blanco, eso me basta.” “Es un argumento de peso.” El horizonte visible desde el punto de partida no fijaba la fecha de caducidad. “¿Por qué no?” En sus largos paseos a orillas del mar, de día y de noche a solas con sus anhelos, María Esmeralda había suspirado por una aventura a dúo, un largo romance lleno de amaneceres con un hombre especial. Ensoñada por el rielar del Sol en las aguas plácidas, que le obligaba a parpadear abanicando diminutas lágrimas ninguna de tristeza, y por el fulgor del manto de estrellas de un cielo infinito al que ella, sumida en una pasión etérea, recitaba improvisada poesía, afirmaba un motivo para creer que era posible encontrar a ese hombre y formar con él un mundo de luz, sonido y colores a imagen y semejanza de los cuentos de hadas. En otra latitud, eso sí, liberada de atavismos. “¿Conocerá el secreto de la felicidad? ¿Cuál será su precio?”

El abrazo de la bruja era cálido. Es fuerte, dedujo Lara. Una sonrisa afectuosa, un destello imperativo en su mirada, una cordial invitación a entrar en el círculo mágico.

María Esmeralda hundía sus pies descalzos en la arena húmeda de la playa un amanecer de primavera, pasado un

año de su llegada, pasados unos meses de su segunda decepción sentimental. Había imprimido demasiada velocidad a su ambición romántica, ella misma se lo reprochaba. Pero en vez de aprender de los errores, fiada a un destino que debía reportarle una satisfacción estable, digirió los fracasos en un santiamén y fue derecha a por la tercera tentativa.

Antes de sumergirse en un baño de realidad, con el agua helada, se había encomendado a una acuarela de tonos brillantes: matrimonio, trabajo y hogar en un mismo paquete. ¿Qué más podía pedir? Entonces nada; después, lo que el convenio regulador consiguiera. La relación personal atravesó por altibajos al cabo de poco, pero sin exceder los límites de la lógica divergencia cuando se enfrentan dos personalidades disímiles —todavía razonando las diferencias, todavía manteniendo el impulso inicial—, con independencia de la relación laboral que se mantenía en equilibrio y con la definición de hogar. El trabajo vincula, las dificultades unen y la convivencia íntima implica; y a la inversa. María Esmeralda se había convertido en una agente comercial al servicio de la industria de su familia política, desempeñaba bien su cometido, nadie tenía queja de nadie en público o en privado; luego el problema no radicaba en ese aspecto de la vida en común. El carácter de su marido no era ni arisco ni árido, pero tampoco mostraba la continuidad comunicativa y cariñosa que ella pretendía y se esforzaba por manifestar; tampoco ese aspecto era perentorio para arrojar por la borda una relación estabilizada. El domicilio conyugal aportaba la parcela de vida en común, repartidas las dependencias, los objetos de adorno y los enseres personales para la identidad individual, y aunque en un sentido estricto María Esmeralda

nunca lo consideró su hogar —el inmueble lo había comprado él mucho antes de conocerla y no se aproximaba al tipo de vivienda que ella aspiraba ni su ubicación en la ciudad era privilegiada—, no puede decirse que ese aspecto incidiera negativamente en el matrimonio. Aun así todos los lazos fueron cortados por la misma mano a un tiempo, salvo uno: el hijo de ambos.

Alcanzaron un acuerdo legal dentro de aquella apatía reglada que les caracterizó como cónyuges. El siguió en su casa y con su vida anterior mientras ella dispuso su equipaje y el del niño para cambiar de aires.

—¡Qué feliz coincidencia, Mara!

—Lo que son las casualidades. ¡Te presento a mi amiga Lara!

Camino de Madrid, María Esmeralda eligió Zaragoza, el punto intermedio entre polos en litigio, para reflexionar sobre sus posibilidades en adelante sin un mandato expreso del destino, divorciada y sola, compartida la custodia del niño y los gastos de adaptación. Para su tranquilidad, y hasta encontrar una nueva fuente de ingresos, el acuerdo de disolución de la sociedad conyugal excluía la relación comercial con la extinta familia política —a ninguna de las partes le interesaba el finiquito en esos momentos—, el negocio es el negocio y una ampliación de mercado en manos solventes favorecía a ambos sus respectivas independencias y al sostenimiento del hijo único.

Cinco años fructíferos pasaron cruzando el puente que une y separa con noticias, intercambios y propuestas. La vida privada de los antaño marido y mujer, a resguardo de fisgoneos, quedaba a mucha distancia de las breves conversaciones con inicio y final preconcebido. Nada de sorpresas, nada de reproches ni conjeturas. Pero era evidente

que, cada uno a su manera, había elaborado un plan de acción personal y lo llevaba a término en la medida que las circunstancias lo permitían. El de él retomaba la senda anterior a conocerla, el de ella empujaba la línea del horizonte abarcando un territorio impensado en el que el destino que escriben con hielo y fuego las estrellas en cartas sin timbrar jugó decisivamente. María Esmeralda dejó la corresponsalía mercantil para licenciarse maga de buenos remedios con buenas artes.

—Me acompañan dos amigos. —María Esmeralda les hizo una seña para que se acercaran.

—¿Qué es de tú vida? —Mara se alegraba de verla, hacía meses que el contacto sólo era por teléfono. Saludó a los dos varones, les presentó a Lara, y mientras buscaban el lateral menos concurrido le insistió—. ¿Cómo te va?

María Esmeralda era de complexión fuerte, su mirada penetrante y la voz lisonjera al presentarse y durante las sesiones que ella denominaba terapias. Al hablar y al moverse irradiaba listeza, clavadas las pupilas en su interlocutor y el cuerpo firme, altivo, atrapando las palabras no pronunciadas mientras diligente pronunciaba ensalmos redentores y esparcía el aroma de la confianza, y no se precipitaba al preguntar o al responder.

—Me definiendo.

Recaló en Madrid tras el aprendizaje de Zaragoza, curtida por las vicisitudes de la que definía como una vida en el alambre.

—Precisaba una victoria que llevarme al currículum, y para eso tenía que iniciar una época. Lo malo, por así decir, es que el inicio de mi nueva vida partía de la etapa anterior, me condicionaba, me obligaba a perpetuar un estatus al que no acababa de acostumbrarme, es la verdad. Y

aun gracias, pues aquella experiencia es la que hoy me garantiza mi autonomía —explicó a Lara cuando semanas más tarde volvieron a encontrarse.

El oficio de adivinadora era duro e ingrato en la versión confidencial de María Esmeralda, la bruja Esmeralda, porque es fácil incurrir en yerros que ocasionan grave perjuicio a la persona crédula, ingenua o pícara, y que la clientela, de sexo femenino en abrumadora proporción y en segunda instancia intransigente con las vacilaciones interpretativas, no disculpa ni olvida. Si a eso se añade que la técnica adivinatoria, depurada en la academia de los insintos, se complementa con una suerte de método psicológico de sanación emocional para enderezar los renglones torcidos de la comprensión, el riesgo de cometer un error de bulto es elevado y letal para cualquier negocio que a la postre funciona por la publicidad favorable que hagan los clientes. La competencia, intransigente y al acecho, aprovecha cualquier resquicio para convocar dudas y desconfianzas entre el público a repartir.

Lara frunció los labios.

—Para ti no es ingrato ni duro este trabajo —dijo a María Esmeralda cuando volvieron a encontrarse.

—Soy una consultora de asuntos trascendentales.

La bruja Esmeralda vestía de verde en su lugar de trabajo, a juego con las paredes y los visillos; el verde es el color de la esperanza en la simbología telúrica, aunque también verde es la tonalidad distintiva de la envidia y la de los celos. Hasta la fecha no había solicitado sus servicios el monstruo de los ojos verdes, pero sí por delegación una nutrida cohorte de representantes pagadores de la tarifa estándar.

La especialidad de la bruja Esmeralda era la de encontrar.

—¿Qué es lo que encuentras?

—Sentimientos perdidos, emociones olvidadas.

—¿Cómo lo haces?

—Tengo un don.

—¿Con eso te basta para encontrar sentimientos y emociones?

—Soborno a los agentes custodios de los sentimientos desaparecidos y las emociones a la fuga y ellos me susurran el paradero. La logística y los contactos son fundamentales en la actividad profesional. Tanto percibes en el deseo del cliente, tanto sabes de sus limitaciones y sus debilidades. Pura matemática judicial. ¿Me crees a palo seco o profundizo en el estereotipo de la adivinación con registro de autenticidad?

Lo de adivinar echando cartas o leyendo las líneas de la mano el futuro laboral, amoroso o económico, la salud tras la enfermedad y aportar ilusión al angustiado después de una enorme decepción era tarea rutinaria, algo sencillo para su habilidad natural y para su habilidad ejercitada.

—¿También encuentras personas?

—La búsqueda de personas requiere de un tratamiento especial. A los muertos se les localiza fácil, han dejado de huir, los asuntos terrenales no les conciernen y escuchan con infinita paciencia las peticiones que se les formulan; lo que no significa que presten servicio como mediadores de los atribulados ante el espíritu dispensador de favores. Pero con los vivos hay que forzar los sentidos y la imaginación para descubrir su paradero, y luego sus intenciones.

María Esmeralda bailaba al son de su catarsis, elevada al trono de la ciencia infusa, con guiños a la humana curiosidad por un módico precio. Gratis para su amiga Mara, quien al poco de su llegada a Madrid, desatada la crisis financiera y su secuela global, dando ella tumbos para asirse a una tabla de salvación, le había ayudado a estabilizarse por pura simpatía, porque le había caído en gracia a primera vista. Habló con un amigo y la colocó como dependiente en su tienda de ropa.

—La casualidad que tiene estas cosas: un roto para un descosido —decía Mara con modestia sincera.

Mara bailaba a su estilo, ausente e informal. Ella y María Esmeralda diferían en cuanto a físico e intencionalidad al dirigirse a la gente, pero la sonrisa y la soltura ante una situación agradable podría identificarlas.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Lara a su amiga en una pausa de aire y trago con hielo.

—En el metro.

En el andén de la línea 6. Maravillas Infante rebuscaba en su bolso y en los bolsillos de su chaqueta la nota donde había escrito unas señas importantes, y en su cabeza al límite del desespero una pista para averiguar el paradero delpreciado papel. Nada. Su cara era un poema y su gesto de rabia, un reclamo para cualquier observador de las eventualidades ajenas capaz de inferir de la causa al efecto. Puede que ese dibujo de frustración enmarcado de impotencia diera licencia a María Esmeralda para acercarse a Mara, y en el tono de quien sabe lo que dice sugerirle que se diera por vencida hasta volver al origen.

—Lo has dejado en casa, encima de un mueble si no me equivoco.

No se equivocaba. Se lo confirmó la propia Mara por teléfono esa noche.

—¿Te tranquilizó lo que te dijo? —siguió preguntando Lara.

—La creí en el acto. Que me hubiera dejado en casa la nota era lo más probable.

—Y acertó.

—Tuve la intuición de que acertaba. —Puede que María Esmeralda hubiera expresado a la atribulada Mara una intuición caritativa, sólo eso, o una deducción fácil, inmediata, de las que suelen acertar porque se basan en la lógica—. Y de que íbamos a ser amigas. Ya ves cómo funciona en mí el mecanismo de la relación.

—Soy testigo.

—Nos dimos los teléfonos y quedé en llamarla si encontraba la dichosa nota. Ella me dijo que la llamaría esa noche.

—Vaya, vaya. Estoy por creer que ha adivinado que tú y yo vendríamos hoy aquí —dijo Lara introducida en la curiosidad—. ¿Se lo habías dicho? No me engañes.

—No. —Mara se divertía con el asombro de Lara—. Habla con ella. Seguro que te encanta.

Introducida en la curiosidad, Lara quería hablar sin interferencias de ningún tipo con María Esmeralda.

Las credenciales de la bruja Esmeralda animaron a Olga. Una ayuda es siempre bien recibida venga de donde venga.

—¿Es buena? ¿Vale la pena invertir en su ciencia?

Lara se encogió de hombros y frunció los labios. Le contó que la bruja Esmeralda se había especializado en encontrar sentimientos perdidos y emociones olvidadas. Olga puso cara interrogante.

—A mí eso no me dice nada.

—A mí me dice mucho.

Olga puso cara de hermana mayor reprendiendo.

—¿Es una princesa atrapada en un hechizo romántico? En mis circunstancias lo que menos necesito son cuentos de hadas.

—Yo creo que no es un hada. No viste como las hadas, su fisonomía no es grácil ni esbelta, bebe y baila como una mujer de carne y hueso, se acompaña de seres con aspecto humano y apetencias humanas, camina con las piernas y no tiene la nariz respingona. Pero ha podido engañarnos a mí, a Mara y al mundo. Yo estaba con la cabeza en otras cosas.

Olga le pidió concreción. Los devaneos mentales de Lara agotaban su paciencia desde niñas.

—¿Irás o no irás?

—Iré.

—Vale. Si te parece buena me apunto. Háblale de mí. —Olga también pensaba en sus amigas—. Le haré publicidad.

—Y la convertirás en tu asesora para las relaciones sociales. ¿Le pedirás que encuentre un hombre que te convenga o le pedirás un conjuro para que tu ex marido cumpla a rajatabla el convenio regulador? —Desde la ficción Lara barajaba un mazo de cartas concentrada en el mágico proceder, y atenta a la simbología de los arcanos mayores las echaba despacio sobre la mesa—. El genio de la lámpara concede tres deseos a sus afortunados poseedores, pero la bruja Esmeralda sólo uno y relacionado con pérdidas u ocultaciones. Para que salga el genio tienes que frotar la lámpara maravillosa con las manos desnudas o con

un paño limpio y mucha fe —Olga seguía el imaginado procedimiento con aspereza.

—¿Será tu primera experiencia? —Lara asintió—. Las dos nos estrenaremos. —Lara recogió las cartas, las agrupó, sopló una larga bocanada de aire al mazo y lo lanzó hacia atrás por encima de su cabeza—. ¿Vamos juntas? —Lara negó—. Oye..., ¿qué le vas a preguntar?

“Algo que todavía no sé y que ella no sepa que le puedo preguntar.”

Era jueves, el día que divide la semana, el punto intermedio en el que confluyen dos distancias constantes. Lara caminaba por calles enfriadas, entre expresiones anodinas, distraída con sus pensamientos. María Esmeralda la esperaba en su consulta.

—¿Prefieres que nos veamos en una cafetería, en el Retiro de paseo, en tu casa con tus objetos de centinelas? No trabajo a domicilio, pero tú eres amiga de Mara y eso te confiere derechos.

—En tu consulta —decidió Lara.

Un piso de dos habitaciones en un edificio veterano de la zona este de la capital. Antes de llamar al interfono y subir a la primera planta, puerta A, se preguntó si el único motivo para haber ido a verla era la curiosidad.

—Pasa.

María Esmeralda tenía la voz alegre y el cuerpo suelto. El piso olía a fragancia marina y a cítricos, en proporción medida, creyó Lara que sin nostalgia real de un paisaje querido. En un silencio acogedor. Un pequeño mundo de armonía, ideado para inspirar confianza. La condujo al salón que hacía las veces de sala de espera para las visitas

impacientes, esas que no respetan el horario de la cita, aunque ella procuraba evitar las coincidencias: traen una indebida apertura de comunicación, dijo; nunca hay que confundir a tu interlocutor, dijo.

—Sentémonos.

En el sofá, una al lado de la otra.

María Esmeralda —le gustaba que la llamaran por su nombre completo— empezó a contar retazos de su vida y andanzas, según una cronología estudiada de antemano, incidiendo en aquellos aspectos que su intuición —el fundamento del negocio— dictaba más atractivos para Lara. Como si la amiga de Mara fuera una periodista de investigación cubriendo un reportaje postulado por ella misma y la imprescindible cobertura de un editor sagaz.

—No suelo confesar mis pecados en este pequeño universo de permuta de información, me gusta guardar las apariencias. En el fondo nadie se desvela tanto como para desintegrar la imagen que de sí tiene ante el espejo. Quizá ante un profesional que dispone de medios adecuados para averiguar la verdad psicosomática la cosa funcione de manera diferente. Impone al más pintado un aparato que atraviesa la capa protectora de la humanidad. Y qué decir de las pruebas médicas tendentes al esclarecimiento del origen, desarrollo y posibilidad de cura de un mal, de la delación al facultativo de rostro grave y autoridad indiscutida auspiciada por los análisis de sangre, de orina, de muestras de tejido, de humores, también de carácter, o de las imperitinentes muestras fisiológicas.

—En los que la voz de no se sabe que identidad propia fluye sin un permiso expreso de la primera persona, tan libre como necesitada de salir por la vía de escape.

—Sí, sí —convino María Esmeralda—. A propósito, ¿tomamos algo?

—Vale.

Un refrigerio antes de ascender al siguiente peldaño de confianza. María Esmeralda hablaba de su don, en concreto de cómo a partir de una atenta observación de gestos y miradas con los canales auditivos despejados era posible adivinar la raíz de un problema, de una debilidad o una inconsistencia.

—La poción mágica es escuchar.

—Es el secreto de muchos aciertos en la vida.

—Escuchar lo que se cuenta y lo que se calla. Las primeras frases son de tanteo por lo general, y aunque revelan lo suficiente aún no transmiten el meollo de la consulta ni, en bastantes casos, el motivo por el cual una persona confía su intimidad y sus decisiones de presente y futuro a un extraño.

—Alguien en quien se deposita la esperanza para que la avive —completó Lara.

María Esmeralda aderezó la sentencia.

—Y ya puestos, que la pase de la teoría a la práctica. Ese extraño en el que confía una persona determinada puede ser cualquiera. Las exclusiones vienen después, como es imaginable.

Lara creía conocer a la bruja de antiguo. Quizá se habían visto sin mirarse o se habían encontrado por una provocativa casualidad.

—Pero parece que al pagar..., al entrar en juego el dinero..., quien escucha y luego aconseja o predice tiene con su cliente la obligación de ser...

—Formal. Eficiente. Discreto y cómplice. Es así. La superchería tiene las patas muy cortas, igual que la credulidad, y es difícil embaucar a quien tienes delante a no ser que busque una mentira —completó María Esmeralda—; entonces hablaríamos de otra clase de negocio. Cuando pagas exiges un comportamiento, unas respuestas concretas y unas soluciones acordes a las ansias manifestadas. La mentira es un recurso aleatorio, a veces un clavo ardiendo, a veces una tabla donde asirse en mitad de la tormenta, un recurso empleado por las dos partes, tenlo por seguro, que deja a la elección de quien pretende aplacar o incrementar un estado de necesidad sentado enfrente.

—Entiendo.

Lara apreciaba la confianza que le transmitía la bruja Esmeralda.

“¿Sabrá decirme qué busco?” “¿Se lo voy a preguntar?”

Si las paredes hablaran, dijo María Esmeralda señalando alrededor, contarían todo sobre ella a quien quisiera escuchar.

—Hablo en voz alta a ratos, por supuesto cuando estoy sola, que si no me llaman loca. Tiene sentido hacerlo, lo recomiendo.

—Yo también. Creo que si escucho mi voz es porque tengo algo importante que decir y de esta manera adquiere solemnidad. Como si yo fuera la notaria de mis conclusiones.

—La mayoría de mis clientes son reacios a difundir ideas, sentimientos o emociones en voz alta sin un semejante cerca.

—El dinero nos vuelve prácticos, exigentes y cómodos —dijo Lara.

—Pura transferencia.

María Esmeralda vivía en un pequeño piso de alquiler en el centro rodeado de vitalidad urbana.

—Me siento muy acompañada.

—Yo siento que he de descubrirme —dijo Lara aspirando el deleitoso perfume de las flores silvestres.

La representación comercial del expandido negocio de la otrora familia política, anudaba un episodio útil del pasado con la libertad de acción del presente y una perspectiva clemente en el porvenir, azares aparte. La tarea comercial pagaba el alquiler de la vivienda en el centro y los gastos corrientes de mujer, madre e hijo; la consultoría para la recuperación de pérdidas u olvidos sufragaba de ordinario la sede adivinatoria y sus gastos inherentes.

Hubo un tiempo en que la consulta sirvió de vivienda, o viceversa.

—El hogar de la transferencia. ¿Te imaginas cohabitando en un dédalo de signos ortográficos, bailones y bromistas, enfermizos y díscolos?

—Me imagino el enredo. Qué agobio.

—Una maraña de anhelos y recelos, de preguntas obstinadas y de respuestas sedantes, echando un pulso sobre mi intimidad. Un trastorno.

Lara indagaba con ojos insolentes el escondite de las mil aspiraciones truncadas por mil expectativas prudentes. Los enigmas de aquende y de allende se apostaban retadores en los extremos del puente invisible, largo y colgante, con las vanguardias oteando las estratagemas del oponente informado desde el gabinete asesor. La mediación del experto evita dar pasos en falso.

—No te canses. Sólo yo los veo —dijo María Esmeralda duplicando la mirada de Lara—. Tengo ese privilegio.

La clientela de la bruja Esmeralda no tenía reparo en contar miserias, decepciones, sueños y deseos, para eso acudían a la consulta, siempre que ella escuchara impasible las peticiones para trasladarlas a sus destinatarios, vivos o, excepcionalmente, muertos —un favor personal y quede entre nosotros— por el conducto apropiado y fuera hábil en la resolución de conjeturas. María Esmeralda dissociaba con presteza la confusión del puro desvarío, asimismo el problema del conflicto, el dilema de una vacilación transitoria, y luego buscaba una solución convincente que podía o no ser una solución real y satisfactoria.

—Los problemas y las soluciones son adaptables, tienen cabida en la persona durante toda su existencia.

—Porque se han enquistado y su tratamiento es similar al de una enfermedad crónica. ¿Lo he adivinado?

—Sí. Pero como vendas tu ciencia de este modo apaga la luz y cierra la puerta.

—No estoy delante del cliente —matizó Lara.

Es posible vivir con un problema, con un conflicto y un dilema perenne a rastras, también es posible vivir con la esperanza de una solución aunque nunca acabe de cuajar; y es posible vivir en la ignorancia, feliz estado de apatía, o en la eterna incertidumbre o de continuo en el disparadero. Todo es posible con tal de vivir, tragando y vomitando, los candidatos aferrados a la complejidad de la existencia. La bruja Esmeralda hablaba lo justo, en términos claros y concisos, sin prometer lo imposible.

—¿Tú ves en el futuro?

María Esmeralda inspiró y espiró despacio. Entraban en la fase siguiente.

—Soy incapaz de ver en el futuro cómo le irá a alguien que pregunta por el amor, el dinero, la salud, el trabajo o lo que se le ocurra.

—¿Entonces?

—Soy capaz de ver la respuesta que teme y soy capaz de intuir hasta dónde va a creer racionalmente lo que se le diga.

—Eso es psicología.

—Es muy sutil la divisoria entre psicología y especulación.

Lara tomaba notas mentales que esa noche incluiría con planteamiento, nudo y desenlace en *Pasen y lean el relato vital de Lara Norklig Cubero*.

—¿Qué más puedes ver en tus clientes?

—Por ejemplo, si un viaje será provechoso, si una relación será beneficiosa, si un negocio funcionará, si las alteraciones psíquicas afectarán el plano somático y a la inversa, etc., etc. En resumen, salud, dinero, amor y trabajo pero desde otra perspectiva.

—La tuya.

—No exactamente. La perspectiva es la de la cara oculta del consultante. Voz y gesto, recuérdalo.

—Claro. Perdona.

María Esmeralda la disculpó con un leve movimiento de cabeza. Inspiró y espiró con técnica de pranayama: cuando respiro, respiro.

—Lo intento, pero aún no he encontrado la canción que buscas y la sesión toca a su fin. Me disculpo.

Pensando a lo grande, Lara ideaba una campaña publicitaria integral para el proyecto de Celia Solís, con anuncio en televisión y cuña radiofónica, con una sintonía original pegadiza —mejor creada que comprados los derechos de

reproducción— que se incorpora por mérito propio al elenco de la imagen corporativa. Quizá se lo propusiera de inmediato o quizá reservara los elementos ahora accesorios para una segunda o tercera fase. Llevada dos días tarareando canciones y eligiendo músicas en su memoria.

—Oh... Bueno. Yo...

—No querías preguntarme nada. Lo tuyo es mera curiosidad.

—Sí... Pues sí. Yo...

No quería preguntarle nada, a la puerta de la consulta su cabeza se había vaciado de interrogantes igual que un paciente desecha su dolor en la antesala del cirujano, pero en ese ambiente propicio le gustaría descubrir algo que lograra conmoverla y que diera sentido a las cuestiones pendientes.

“Piensa, piensa.”

Era inútil. Lara se oponía a Lara y ganaba y perdía Lara. Ni pagando soltaría prenda su faceta rebelde.

“¿Hay una prioridad en mi búsqueda?”

La bruja Esmeralda encuentra lo que tuvo su tiempo y su lugar y que aún se rige por las leyes físicas y por la enmudecida voz de los testigos. Cada pregunta formulada a su ciencia adivinatoria lleva implícita la respuesta y los pasos errados. Una bruja que se precie sólo tiene que escuchar y deducir; y en caso de niebla persistente en el paisaje, una acumulación de dudas panzonas, leer entre líneas el discurso confiado del consultante después de incidir en el asunto con perspicacia y hondura. La bruja Esmeralda siempre encuentra algo porque el que más o el que menos siempre busca algo que se puede encontrar.

—Dime, María Esmeralda, ¿a quién consulta una bruja?

María Esmeralda soltó una risa cantarina.

—Bueno, esa es una gran pregunta. De hecho, creo yo, la pregunta por excelencia. Doctor, ¿a quién acude usted para que le cure?

—Los médicos también enferman —abundó Lara.

—No tanto como el resto dada la exposición a las patologías. Pero como no están libres de ellas hasta donde yo sé, pues no les queda más remedio que elegir a su sanador, resignados al prójimo titulado antes que a la insidiosa muerte o autopRACTICARSE la cura en el límite del aprieto. ¿Te imaginas una aplicación quirúrgica realizada en el propio cuerpo, sin anestesia ni sedación, con grave riesgo para la asepsia? Las hay, he visto las fotografías. Fe y pericia, hermana fortuna.

Lara encogió los hombros.

—¿Cómo te interpreto?

—No me he visto en ese trance. Y ojalá pase de largo. No te compliques la existencia innecesariamente.

Es lo que se pide a una desgracia: que pase de largo. Lo que se pide a la vida es que sea amable y que ninguna desgracia llegue para quedarse.

María Esmeralda dio por finalizada la sesión.

—¿Ha sido positiva para ti? Para mí lo ha sido.

Lara estuvo de acuerdo, aunque desconocía la utilidad que iba a reportarle a partir de ese momento, nada más pisar la calle, en cuanto volviera a orientarse hacia sus deberes e ideas. Había sido positivo, pero insuficiente. En eso consiste el negocio, supuso.

Lara estuvo a gusto con María Esmeralda, su nueva amiga a la que no asignaba un estricto nexo en común. La visita a la consulta de la bruja Esmeralda le rondó el pensamiento

varios días, comprimida en resúmenes de ingestión moderada, hasta que desapareció de la vanguardia de impresiones para ocupar un honorífico puesto de vigía en la memoria.

“El faro que desvela el retador misterio de las sombras.”

De pie, camino de la salida, había preguntado a María Esmeralda si sus clientes le solicitaban una lectura de las manos.

—Quizá por probar con otro oráculo. Uno tan personal e intransferible como las líneas de la mano.

María Esmeralda observó el gesto de protección de los dedos de Lara sobre sus palmas. Era un reflejo defensivo, habitual en la primera cita o en un contacto casual como cuando Mara las presentó en *4-14*.

—¿Quieres que te lea la mano?

Lara dudó y su dilema se hizo patente. “Soy una incauta. Soy una bocazas. ¿Y ahora qué?” La curiosidad apostaba por la exhumación de las líneas y la prudencia, remisa a efusiones, por la despedida cordial: hasta pronto, me ha encantado venir, hemos de repetirlo, contigo se aprende, quedamos una noche con Mara, etcétera.

—Lo que se dice leerla...

—Un vistazo sólo para mí. Bueno —dijo María Esmeralda en tono informal—. Se me da mejor el espejo del alma, y el tacto también me aporta datos.

Cogió la mano izquierda de Lara, luego la derecha; las sostuvo ambas. Leyó los marcados surcos sin mover un músculo de la cara.

“¿Qué estará viendo?”

—Vaya...

La bruja Esmeralda sólo dijo eso. Soltó las manos sin denotar nada, hizo coincidir su mirada con la de Lara, al

instante cómplice del mutismo, y sonrió con estilo, amistosamente enigmática. Aguardó un parpadeo la esperada reacción de Lara en forma de pregunta acompañada por una revisión de sus manos, pero no se produjo y ella no la incitó por segunda vez. Dos besos y hasta la próxima.

Las mujeres se besan porque a través del ligero roce en las mejillas la información transmitida a la otra persona es menor o nula; puede decirse lo mismo de los abrazos sin intensidad. No sucede así al estrechar las manos. A los hombres es más fácil conocerlos a través del contacto protocolario y, ya metidos en el trato, porque reservan menos, fingen peor y fabulan apenas.

Con parecidas palabras en una conversación con Maravillas Infante, María Esmeralda había diferenciado a los clientes de las clientas y, por extensión, a los hombres de las mujeres en su sociabilidad.

—¿Te ha convencido? —preguntó Mara a Lara por teléfono.

—¿Te convence a ti?

—A mí sí.

—No me parece que sea tan simple, Mara.

—Yo soy muy mía y también intuyo como una bruja.

Lara dio su versión de la visita a María Esmeralda.

—Me sentí bien con ella. Es una persona muy interesante.

—¿Volverás?

Había salido de la consulta de la bruja Esmeralda segura de poder tener los medios para conseguir sus objetivos.

—En principio no creo... —Lo pensó un instante—. La verdad es que no me lo he planteado.

—María Esmeralda me ha dicho que tienes una personalidad fascinante.

María Esmeralda dijo como de pasada, pero queriendo ser escuchada por Mara, sabedora de la fidedigna repetición del mensaje, que Lara era un polo de atracción para la ciencia adivinatoria.

—¿Cuándo has hablado con ella?

—Ayer.

María Esmeralda telefoneó a Mara a la hora de comer, no le fue posible antes. Le contó la visita de Lara y dejó caer que le gustaría completar su conocimiento del personaje con una tirada de cartas.

—Gratis para mis amigas.

—Se lo diré.

—Estaré encantada de que nos veamos las tres. Una cena y unas copas, charlar en armonía cósmica —añadió María Esmeralda.

—Estupendo.

Lara opinaba como su amiga, “me apunto”, pero se abstuvo de pronunciarse sobre la tirada de cartas. Cada cosa a su tiempo, meditada, y con su actor.

Todas hieren, la última mata; adivina lo que cuece en el puchero

Miguel Vayarte lamenta la falta de originalidad y la muy deficiente sintaxis en los anónimos que recibe por correo, también por teléfono, con la voz distorsionada por un pañuelo o una afonía simulada —aunque tales amenazas eran las menos suponían una mayor exposición al peligro para el emisor y el receptor—, y en otra dimensión del anonimato, auspiciada por la discrecionalmente garantista libertad de expresión o de parecer, en lugares públicos donde, como invitado, su protagonismo era evidente.

“Más leña al fuego.”

Los medios de comunicación, en sus diversos y complementarios formatos, en sus varias y antagónicas líneas editoriales, daban cuenta diaria de las aguas revueltas, de las ciénagas, de las fosas sépticas con la tapa mal encajada y, por ende, de las pulsiones sociales más arbitrarias y de los aparejados intereses en liza. Una vez abierta la caja de los truenos —Pandora, en tu pecado va nuestra penitencia—, las consecuencias nacen, crecen, se desarrollan, procrean y se traspasan a los herederos, ansiosos por apropiarse del legado que sea, con ínfulas de perpetuarse corregidas y aumentadas a partir del sofisma contemporáneo.

Regeneración es el concepto ensalzado, ambrosía para los sedientos de regeneradores con la titulación en el acta mortuoria del viejo régimen liberal de partidos, la democracia inorgánica, oscilando en torno al palo mayor de la nave y sin pasar en el bandeo del trinquete o la mesana. Una regeneración de la carcomida dualidad capitaneada

por regeneradores y reponedores con el pasado desaparecido y las intenciones desapercibidas, líderes telegénicos con predicamento en terreno abonado y siembra lúdica de las peculiaridades menos delatorias.

El proceso regenerativo de cara a una sociedad dubitativa con segmentos amoscados y segmentos famélicos de ingerir alimento presupuestario surgió renovado y con propósito de permanencia en la primavera de dos mil once — ignorando, por desprecio y rechazo, las anteriores puestas en escena de los siete años anteriores que tiraban hacia el lado opuesto—, en puertas de unas elecciones municipales que, casualmente, iban a dar la patada a unos políticos harto reacios a reconocer errores y, más aun, a salir de la escena pública y abandonar todos sus privilegios, siendo esa profesión la única en los escuchimizados currículos que garantiza beneficio y mando. La dosificada marea ciudadana embutida en una plaza cuyo simbolismo de dos siglos atrás, como la involución subyacente de los manifiestos, fue también obviado —porque ciertas comparaciones, odiosas para los ideólogos, destacan las carencias y enfocan las mentiras— salió al rescate ciudadano con ínfulas de cambio absoluto, con ansia visceral por arrancar el testigo de las manos culpables, de los rancios jerarcas tambaleantes.

Miguel Vayarte olía la podredumbre, “de aquellos polvos vienen estos lodos”, pero ni su olfato ni su oído se quedaban en las inmediaciones de la cronología, “no hay efecto sin su correspondiente causa”. El agua corrompida descendía torrencial de alto y de lejos, dispensando miasma al caer y salpicar, obsequiosa ella con sus deudos,

justificada en una buena intención que apela a la credulidad y demanda un perdón nada contrito que redima de toda culpa a los responsables de la apertura de las compuertas.

“Sacar, tener, desunir, vaciar, culo y pata en suelo, es la hora del baño, orgía de sangre... Agua limpia, fría, nueva, coral, que vuela y asperja...”

El símil del agua disgustó a Miguel Vayarte, era desafortunado en versión cursi de político que disculpa al compañero o al aliado tras un dislate o, peor, una confesión de parte expulsada por las vísceras. Quien ha experimentado con los sentidos y las emociones la grandiosidad de la naturaleza que se deja apreciar, convertido en una gota de agua apasionada e insignificante metida en la carlinga de una avioneta, revoloteando los ojos venerables y la voz antigua de la creación debe elegir bien las comparaciones.

“Miro el cielo, respiro el aire.”

Sonó el teléfono de su despacho. Faltaban unos minutos para su clase vespertina y sobre la mesa el consabido desorden lectivo de anotaciones en hojas sueltas, cuadernos con las tapas visibles u ocultas y libros abiertos y cerrados le reclamaba atención.

“¿Qué vía se impondrá?”

Llegó un mensaje a su teléfono móvil y tenía pendiente la lectura de uno anterior aunque reciente.

“¿A qué espectáculo asistiremos? ¿Será grotesco, infame o una previsible combinación de grosería e infamia?”

Una hora, entre una cosa y otra, y vuelta al despacho para despedir la jornada universitaria. Cerró la puerta con llave y caminó hacia el aula.

“Hoy les hablaré de las reposiciones.”

En el electoral año dos mil once —a mucha distancia de una convocatoria electoral municipal y autonómica y otra general en dos mil quince—, significados jueces y fiscales acuciaban la sacudida de alfombras y complacencias incentivada por afanes políticos fácilmente reconocibles. Por su parte, comunicadores y periodistas cubrían los frentes y los flancos de las noticias con la aprendida maña que inmuniza de críticas y señalamientos: no hay que matar al mensajero, haga lo que haga el mensajero, ni hay que develar al confidente o al filtrador, sea cual sea la trascendencia de la revelación, o quizá por eso; y el sujeto pasivo de la historia, vulgo elector o mera carne de cañón, sin trinchera y escaso de abrigo, a esperar el designio de los actores de la tragicomedia y el maná del acreditado suministrador. Fieles a un modo de ser, los partidarios de llamar a las cosas por su nombre, siendo una la cosa y uno su nombre, en recesión y en minoría, miraban descreídos el evolucionar de las aves de paso sobre las berroqueñas efigies de los inmutables de la política parda.

“Cada época ha tenido lo suyo, y ésta es el epítome de una historia de cabecillas aventajados.”

Los informativos y los espacios de debate en radio y televisión abundaban, con sesgo propio, identificado y asumido por los participantes y los espectadores, en las diatribas, las divergencias y la polarización —con dos bandos a mucho estirar: uno creciente otro menguante, explayadas a trompicones las posturas respectivas, con reiteración cargante, populachero, tono alto y derroche demagógico como guinda del pastel. Discrepancias y disentimientos campaban a sus anchas por las pantallas y por las ondas, rivalizando en vaciedad, pleonasmos y demás vicios de formación académica endeble, de puro trámite, adjudicada

con timbre y firma por la pertenencia servil a una organización desde que el aspirante era admitido.

“¿Me vais a decir algo que no sepa?”

A vista de pájaro el privilegiado observador tomaría nota del vaivén de una masa, que a esa distancia parecía uniforme, dubitativa sobre el tablero de juego entre dar pábulo a la mentira y justificarla como medio de subsistencia recurrente o vacunarse contra las inclemencias para minimizar los daños por el cataclismo venidero. Desde ese palco en las alturas, el invitado al desarrollo de la partida contemplaría en toda su extensión el cúmulo formado por indecisos y disconformes en proporción variable, permutando las posiciones en función de una oferta y una demanda publicitadas por los respectivos gabinetes de comunicación de los actores cuyo atractivo determina el curso favorable de las piezas en litigio. Eso allá arriba. Porque a ras de suelo, y por debajo de la epidermis urbanizada, desde teclados, grabaciones digitales y rotativas individuos y colectivos enfrentaban más que confrontaban lo que eran, sentían o aspiraban, dotadas las intervenciones de una renovada acrimonia, no obstante primitiva, visceral e impermeable.

“Érase de un barco peculiar pues tenía dos proas, una delante y otra detrás; dos timones, uno en cada proa; dos puentes de mando, unidos por la espalda; dos motores de potencia variable y con las hélices encaradas; también dos velas, en los extremos de la cubierta, desplegadas alternativamente para que las inflen vientos opuestos; y remos a estribor y babor manejados por turnos para conducir a puertos distintos. Érase de un barco con muchas millas navegadas; pero no era insumergible, ni submarino llegado el caso de naufragio.”

Considerado con quienes dedicaban algún momento de su vida a escribirle, el profesor Miguel Vayarte, doctor en sociología y ciencias políticas, respondía a todas las cartas y a todos los correos electrónicos, con independencia del tema abordado, la propuesta o el apunte, siempre y cuando quien a él se dirigiera hiciera constar unas señas de envío. Por el bien de sus neuronas y la estabilidad de la presión arterial ignoraba tras su lectura los mensajes anónimos con suelta de improperios y descalificaciones, coacciones o amenazas de males a corto y medio plazo hacia su persona, familia y obra. A fuerza de verse integrado en la diana de la puntería enemiga, el impacto emocional de la primera embestida remite hasta casi evaporarse en una atmósfera acondicionada para la protección.

“El conocimiento y las definiciones atinadas ayudan a superar obstáculos, a vacunarse contra la indolencia, el miedo anulador y el trueque de paz por silencio, y a purgar el organismo y el espíritu de parásitos.”

Desinflado y en precario, un porcentaje mayoritario de la clase media sostén y colchón abogaba por una concordia a extremo volátil: del mal el menos; ante el nuevo escenario que se avecina, si nadie pone coto al seísmo, conserva lo que puedas del antiguo. La criatura huérfana extendía los brazos amorosos y píos al dictado de la parábola del hijo pródigo, con las manos abiertas y reclamadoras de las ovejas descarriadas, para abarcar los radicales de la escena sociopolítica en un intento por salvar los muebles de la quema o de la inundación. Un intento cobarde o valeroso, según interpretaciones; el único posible y el más conveniente para sólo bordear el abismo, recita el coro. Luego, y que tarde en caer la hoja del calendario, ya se verá qué

hacer cuando la probabilidad de empeoramiento pase del dicho al hecho. Parches y cataplasmas, pan para hoy y hambre para mañana, también se dice y también se oye. Y es que entre morir ahogados o morir abrasados, entre vivir en suspenso y al albur de la incontinencia de los artífices del ruido y las nueces, o vivir con la cara vuelta, la espalda ancha, el hígado inflamado y la voluntad enajenada a un rasero alienante, la distancia es mínima.

—Es una diferencia poco significativa —asegura el psiquiatra forense Diego Silva Hurtado—. El individuo claudicante, apremiado por un estado invariable de fracaso y deterioro, transigiendo con eso que esos le ofrecen a futuro, no repara en la manera de poner fin a su angustia, al dolor, a la falta de expectativas o ilusiones, sino que agiliza el modo de conseguir el alivio prometido.

Diego Silva Hurtado y Miguel Vayarte intercambian correspondencia sin una periodicidad concreta. El turno de escritura está motivado por una inquietud personal o por un asunto científico que pueden compartir y, según la trascendencia del intercambio, derivar hacia otros intelectos.

—Algunas páginas de la historia resumen actuaciones equivalentes en grupos humanos —secunda Miguel Vayarte.

—Páginas elocuentes.

Hay escritos cuya elocuencia zumba y bufa en los ángulos muertos del papel doblado.

“Estúpidas... coactivas... cobardes.”

Miguel Vayarte leyó nuevamente, despacio y con los párpados entornados la advertencia introducida de madrugada en el buzón de su vivienda. La nota era similar a la recibida unas semanas antes en su despacho de la univer-

sidad, de estilo impersonal y zafio, contundente en la amenaza pero imprecisa en los términos de la ejecución; el estándar de los adictos a la tiranía y sus desnaturalizados servidores.

En uno de los capítulos de un completo estudio sobre la estrategia de unificación de movimientos sociales poco nutridos y dispersos en torno a unos ideólogos implantados con medios y paciencia para ese fin, que había escrito en marzo de dos mil diez —continuación y antecedente de otros tantos que a efectos de publicación agrupó a principios de dos mil catorce en un volumen titulado *La acción indirecta*—, precisaba lo siguiente:

Apenas es reseñable la diferencia entre un anónimo de ortografía exiliada y un acoso a domicilio o una algarada en el campus universitario con prolongación en las aulas. Son acciones concatenadas, encubiertas por el anonimato o el número de participantes y de propósito único, aunque varíe el orden en la puesta en escena. Los agitadores, una vez aprendidas las consignas y memorizado el campo de operaciones, cuanto más extenso y diáfano mejor, empiezan en el terreno minado por los topes; después, según la incidencia del miedo inoculado o la dificultad en la penetración, siguen a lo que señale la batuta del maestro de ceremonias, anillado por su guardia pretoriana no sea que a causa de un error de cálculo los vientos rolen en el sentido contrario a la pretensión. Quien previene la contingencia evita el peligro.

Miguel Vayarte dio un respingo y se arrellanó en el sofá con la radio encendida.

El psiquiatra forense Diego Silva Hurtado gasta un humor recalcitrante, un sarcasmo de corte galénico que le libra de todo mal pronosticado.

—Amigo Vayarte, tú sabes que el hombre mediocre sostiene los imperios de la política, no la política de los imperios, y asienta las leyendas que nunca redacta o inspira ni jamás protagoniza.

—Amigo Silva, los dos sabemos que la mediocridad es una amante persuasiva que susurra al oído el falso testimonio que, en apariencia, libra al autor, al cómplice y al encubridor de una temporada en la cárcel.

—Como fuere, los mediocres se sitúan en la escalera de servicio un peldaño por encima de los don nadie —apuntó el psiquiatra forense.

—Los testimonios falsos, tan viejos como la naturaleza furtiva del hombre, provocan el cambio en un sentido determinado de la percepción de las cosas y de los hechos —apuntó el sociólogo—. En esa misma línea de conducta defensiva por medio del engaño y la adulteración, las amenazas y las coacciones varían las decisiones de los transeúntes de la escalera, en subida y en bajada, y el curso lógico de los acontecimientos. El miedo manda. Al miedo, una vez impuesto por el vértice de la jerarquía, el dios autorizado, se le obedece sin rechistar. Cambia los angélicos pasajeros de la escalera de Jacob, pitados por William Blake, por unos protagonistas exentos de identidad para impedir su identificación y tendrás la representación gráfica.

Diego Silva Hurtado entregó a Miguel Vayarte una abultada carpeta con documentos privados.

—Teorizo sin relativizar. Espero que te sirva.

—Tu empirismo y tus conclusiones me son de mucha utilidad.

El psiquiatra forense mordisqueaba la boquilla de su pipa apagada, un neuma controlado y favorito. Sonrió al mobiliario y a los decorados del despacho con una breve inclinación labial. Años viendo y tratando disfunciones patológicas enquistadas en el cerebro, comportamientos anómalos detectados en la infancia y en la adolescencia que afectan a la sociabilidad del individuo, más aquellos latentes que se han exteriorizado en la etapa adulta, e ideas obsesivas —siempre era lo mismo, matices aparte, y, no obstante, había signos diferenciadores en cada caso—; años de práctica —de maridaje decía— con delirios destructivos que invalidan el juicio, conatos de suicidio que no cuaja —que no pone fin a una existencia confusa, aislacionista, hiriente y perturbada— porque a la cadena le falta un eslabón, y episodios de agresividad en cuerpo y mente —llegando a la mutilación— y de violencia sobre terceros, y el concurso de alteraciones o perturbaciones psíquicas en la comprensión de las normas y los trastornos de la personalidad, reflejaban en las facciones de Diego Silva Hurtado la policromía de una acuarela gigante.

—En este mundo hay de todo y para todos, Vayarte.

—Por lo que sea tiene que haber de todo.

Diego Silva Hurtado punteó la carpeta con el índice de su mano derecha.

—Por otra parte, es verdad que los autores de los anónimos que recibes tú y el resto de seleccionados, y los agitadores de calle o campus, no tienen dificultades que ha establecido la psiquiatría en distinguir el bien del mal, la correlación de fuerzas entre ese bien y ese mal que nos

hemos otorgado para posibilitar la convivencia; simplemente niegan validez a la distinción porque es ajena a la directriz motora. Lo que no obsta para que, en virtud de esa misma fuerza impulsora, eliminen la diferencia entre el concepto de mentira y el de verdad, más aún si su mentira, la que transmiten y de la que hacen bandera, suponiendo que la conciban como tal, se convierte por acciones y omisiones voluntarias de los perjudicados en la verdad publicitada —concretó restando uno o dos grados de importancia a las amenazas y a las injurias—. Aunque eso no quita para que en algunos casos que no puedo cuantificar, al reincidir el individuo en conductas determinadas la confusión que ello le genera someta al equívoco a un juicio previamente alterado.

—Opino eso mismo.

La revisión de los anónimos dirigidos a Miguel Vayarte, que él entregaba puntualmente a la Policía, confirmaba las evidencias al psiquiatra forense: apreciaba en ellos la órbita excéntrica de un potente núcleo difusor de partículas ígneas, rugientes y explosivas, de alcance limitado al objetivo básico. No asistía una locura ortodoxa al autor o al portador de las amedrentadoras misivas sino un interés remunerado por escalas y a futuro; pero ante una circunstancia determinada, activada la espoleta por un pirómano o un pirotécnico criminal a cubierto y en segundo plano, podía cruzar la frontera y causar daños, estragos y muerte. El peligro en este tipo de acciones era cierto y tangible. La amalgama de decepciones inconexas, imposibles de unir en un solo propósito y una sola voz, de acosos orquestados con aparato de percusión a elevado volumen, de avisos en tono conminatorio y el aliño de consignas disonantes, in-

ducía a los circunscritos por una diana a tomar precauciones o, a resultas de la presión, salir por piernas cediendo el terreno envuelta en metáforas la decisión. La hidra parasitaria jugaba una baza de triunfo contante y sonante con esas conductas de obediencia sibilina, en paralelo a demostraciones públicas y arracimadas donde suelen apostarse para la caza de ojeo los micrófonos y las cámaras de los medios de comunicación interesados en darles repercusión.

—Bueno, y ahora también los teléfonos móviles, las tabletas digitales y demás artilugios que han acercado la tecnología a los consumidores —enumeró Diego Silva Hurtado.

—Es el complemento directo.

—A mí me hace antiguo tanta innovación.

Miguel Vayarte sugirió que salieran a estirar las piernas. La apacible tarde de otoño, iniciado el mes de noviembre, invitaba a la reflexión desde la perspectiva más sencilla, “pienso lo que digo, digo lo que pienso”, caminando dentro de los límites del pequeño recinto ajardinado, “un patio claustral, el adarve, un paseo de ronda”, lugar de hermoseo para una arquitectura de estricta funcionalidad. El sociólogo presentó al psiquiatra forense un paciente residiendo en un circuito cerrado de losas, bancos de piedra, rumor de agua, idealizaciones esculpidas en la floresta atusada, “doy a saber que a saber me doy”, egregias sensaciones emanadas de la imaginación y un alfombrado de hojas melancólicas de color vencido, crujientes al contacto de las suelas, desahuciadas por el irreductible ciclo de la vida. A pocos kilómetros y miles de vehículos la gran urbe hipaba sus atascos.

También la universidad respiraba fatiga, “es un cuerpo vivo”, además de otras emanaciones y atmósferas. Generalizando el informe de una auditoría imposible, el pulso marchaba lento en el aspecto de la clásica docencia, la encomienda principal, y acelerado en el de la experimentación en laboratorio.

—En unas universidades más que en otras y en unas facultades más que en otras, Vayarte.

Miguel Vayarte contaba las losas del pequeño universo de libertad instruida.

—La funcionalidad que dimana del grupo dirigente único, cuya fisonomía es camaleónica, abarca y aprieta mucho.

Diego Silva Hurtado examinó las nociones de sociología que conservaba etiquetadas en los nichos de la cámara frigorífica.

—Dios en el mundo, dios hecho carne. Aunque este poder supremo aprieta y ahoga —dijo.

El enlosado serpentea artístico de verja a edificio con indicación vial de entrada desde y de salida hacia el mundo común. A los lados del ilustre camino señorea un estético jardín de discreto colorido, acorde con el carácter solemne de la ubicación; arboleda recoleta en cualquiera de los fondos donde el viajero incidental mire sin pretender distancias infinitas, y por doquier aroma de riego y mano experta. Un reducto de bienestar académico, en palabras del profesor Vayarte, corroboradas por sus invitados y las visitas que con su presencia aportan sentido a los actos organizados, a quien reconforta y a la par inspira pasear el jardín imaginada su vigilia perenne, desposeída de notoriedad, con algunos bustos antropomorfos de arcaica sabiduría culturizando la palabra y la obra.

“Señoras y señores, cada uno de estos mitos es una página de la primera enciclopedia transmitida por vía oral, y a posteriori escrita por los discípulos aplicados a escribir para evitar interpretaciones erróneas y que a las palabras se las llevara el viento y para favorecer la comprensión de los fenómenos sobrenaturales que en el íncipit aterraron, incordiaron o provocaron a nuestros antepasados: la masa servil, los guardianes del orden y la casta dirigente. Los aquí mostrados, en somera representación del resto, son deidades investidas de sabiduría que culturizan a sus adeptos.”

Atenea, de Grecia, a quien según Platón los hombres deben la cultura, también diosa de la batalla, maestra de oficios y protectora de sus fieles; Dema, de Nueva Guinea, encarnación de los seres primigenios, mediadores entre los dioses y los hombres, maestros de los usos básicos para la subsistencia; Enki, de Sumeria, hechicero de bienestar y fecundidad, célebre en los conjuros; Tir, de Armenia, sapiente oráculo y escritor de las dos historias: la pasada y la futura; Keri, de Brasil y el Caribe, héroe civilizador; Kvasir, deidad nórdica, aglutinador de sabiduría y destreza, vate de sagas y artesano de fluido embriagador; Zervan, iranio y maniqueo, creador y medida del tiempo y de la fortuna; y, por no extender más la relación, Sofía, cristiana y eslava, definición de sabiduría y expresión de fe, amor y esperanza.

“Señoras y señores, quienes mitifican son un producto de los mitos.”

—En tu caso no creo que sean delirios o alucinaciones causados por un trastorno de la personalidad.

—¿Sería grave en mi caso?, amigo psiquiatra.

—En todos los casos es grave. Pero para los de mi especie galénica, como es comprensible, los trastornos de la personalidad son apasionantes e instructivos. He de contarte una experiencia médica compartida con un colega, aunque va más allá de la competencia profesional; el paciente es suyo. Quizá puedas involucrarte en el desafío. ¿Te apetece?

—Qué sería de mí sin los retos —aceptó Miguel Vayarte. Sin cerrar los ojos le vinieron a la cabeza planos secuencia de su periplo de aprendizaje y enseñanza en la provincia de Ontario, en Canadá.

El psiquiatra se mostró complacido.

—Cuentas con la inestimable ayuda de tus mitos.

Unos mitos que transitaban los portentos del jardín de las Hespérides departiendo sobre lo divino y lo humano ignorantes del mundo exterior. Celosos guardianes de un tesoro compuesto por méritos, dones y proezas, tenían ganado el acceso a los vericuetos donde crecen al margen de suspicacias las manzanas de oro, el codiciado fruto de la inmortalidad. Para ellos, siempre al albur de las interpretaciones y los recursos de la especie dominante en carne y hueso, el sentido de la vida es la combativa permanencia de muchos siglos en una sociedad paralela, de la que se advierte su larga sombra y la afinada orquestación de la fábula con moraleja antes que la idea por la que fueron concebidos.

“Los progenitores de los mitos son los maestros de la adaptación y la conducción de masas.”

A los progenitores de los mitos se debe la autoría de sus nombres, la incidencia de sus aspectos heroicos, por descotado ejemplarizantes, y la apuesta por su trascendencia pedagógica. Al estudiar los mitos, viajando hacia el origen

para sentir el vientre que ha incubado una selección de respuestas a los angustiosos interrogantes emanados de la magna obra natural, se descubren como hitos conservadores de la cultura socializadora, preventiva de azares nocivos para la convivencia jerarquizada y unificadora por antonomasia, que por transmisión oral —vía asequible a todos los públicos— ha enseñado a cientos de millones de alumnos desperdigados por las parcelas habitables de la Tierra, con su ligazón de sangre y servilismo —impuestos unos por genética expansión o hábil negocio, menguando por absorción o sistemático exterminio otros—, que el grupo bien estructurado es la salvación y la esperanza para el individuo. Sin el conjunto, sobrepasado el cerco de seguridad y beneficio, el elemento pierde eficacia, ahuyenta su condición productiva y reproductora, merma la fuerza organizativa y distrae energía útil para los fines de la comunidad inmediata.

La estructura es fundamental, y no lo es menos el sustento de la misma una vez conseguida. Jerarquía y escalafón descuellan en el organigrama social. Funciones, enlaces y tareas ilustran el retablo de la cotidianidad asignada a cada individuo y a cada grupo integrante del vasto conjunto sedentario. Es prioritario conformar un orden social al que atenerse sin reparos, del mango a la contera un trazado recto. Desde que el mundo es mundo, la figura geométrica imperante en la relación social es la pirámide: una base amplia y sólida, aunada en el esfuerzo, proporciona el encumbramiento del guía, el señor del destino, y su corte. En el señor del destino se cifra la perpetuación de un sistema de convivencia en un territorio dado con posibilidades de anexión, asesorado y protegido por un cintu-

rón de lealtad, de fuerza ejecutiva, de intereses y estrategias en lecturas cíclicas. La vigía desde la cúspide es todo lo perfecta y distante que el ojo y el oído permiten. El señor del destino es el padre supremo de la raza a sus pies y en derredor, y por mor de la victoria o por un mandato heredado, está a un veredicto de la glorificación y es admitido por regla general en la morada de los dioses. Como padre de la humanidad dirigida y como regente por mitificada delegación de los arcanos a cuyo oráculo acude acompañado de sus ministros, sacerdotes e intérpretes, todos ellos cargos de confianza y renovada diligencia en el proceder, decide para sí, para el gobierno de sus posesiones y para el resto de seres, bienes, obras y servicios, según los vaticinios sin la necesidad de medir las consecuencias de sus actos.

“Ventajas del encumbramiento.”

Muchas veces ha pensado Miguel Vayarte en el augurio de la soledad. Cuánto más alto el puesto, cuánto más cerca de las nubes, mayor será la caída y más grande la sentencia de quienes la esperaban o la temían. Pero puede que el ídolo no caiga; puede que, por el contrario, siga en ascenso hasta superar la frontera de las amenazas. Y ya a salvo del vértigo en la atmósfera protectora, es posible que dirija sus energías hacia un fin positivo o hacia la repetición de un estatus adorable; depende de las ayudas que encuentre a ese nivel.

“Inconvenientes de la potestad de obrar por reflexión y elección.”

—Nunca es inconveniente la libre elección, amigo Vayarte. Si podemos elegir es que hay donde hacerlo, y esa

libertad nos redime de la falta de temperamento para acometer empresas por cuenta propia y otras acciones derivadas del carácter innovador y de la conducta indagadora.

—Ni siquiera para los estilistas, amigo Silva, es inconveniente el pensamiento múltiple. Bromeaba sobre algo muy serio.

La cabeza se la había ido a fisgar en mil paisajes.

—También ellos se colocan en la cúspide, aunque sea de una columna; y también ellos dictaminan en vertical, aunque sea para un rebaño —indicó Diego Silva Hurtado—. La diferencia entre el señor del destino, o guía tau-matúrgico, si me permites la titulación, y un estilista es que aun ejecutando en vertical, el reparto de tareas y la supervisión encomendada, así como la jefatura, el gobierno, los mandos, el cuerpo funcional, los subalternos y la masa sostenedora del andamio, es que aquél cuenta con calidad y cantidad mientras que éste únicamente se vale de sí mismo para el todo o la nada.

Miguel Vayarte parpadeó al crepúsculo.

—Me gusta tu diferenciación. En ella resumes la que quizá sea la baza más importante para contrarrestar una ofensiva de gran estilo con múltiples mentiras e infinita demagogia. Y, por qué no, para lanzarla con ímpetu y convicción suficientes para arrasar las trincheras ideológicas, las diplomacias venales al menor contacto y los postulados falaces de un adversario unificado y crecido.

El psiquiatra forense aspiró con deleite el halago del sociólogo y politólogo.

—Gracias. El mérito que me atribuyes se debe a la esencia que tú y los tuyos habéis conseguido retener en estas cuatro paredes sobrias de fachada aburrida y en su anejo para el esparcimiento de alumnos y profesores.

—Conservamos la historia en una posición enfilada día y noche por el fuego enemigo y limítrofe con el campo de batalla. La estructura no hace más sabios ni más libres a los habitantes pasajeros del alma máter. Preservar y difundir la historia es una obligación ética, moral y pedagógica, como lo es la de formar personas capaces de discernir: mentes abiertas a la curiosidad intelectual, mentes reclamando una explicación verosímil a unos episodios comprobables. En síntesis, estas son las claves de lo que percibes. Una apasionante tarea en la que estamos metidos gentes como tú, averiguando las respuestas y como yo, provocando las preguntas —dijo Miguel Vayarte.

—Sin tratarse de un sutil juego de apariencias —aceptó Diego Silva Hurtado.

La apariencia es una tarjeta de visita que cambia de formato y textura a medida que las corrientes inducidas trasladan lo que se dice, lo que se hace y lo que se siente de un periodo concreto de historia a otro, de una coyuntura cualquiera a otra y de un planteamiento doctrinal al siguiente a su evolución o involución.

—Yo creo que es por miedo al anonimato —dijo el psiquiatra forense.

—Nada más anónimo que la fuerza indomable del tiempo —acompañó Miguel Vayarte—. Entremos en mi despacho.

El tiempo enmascara los comportamientos. Aliado con las interpretaciones, el tiempo seduce la voluntad humana con argumentos piadosos y curativos: déjalo estar, pasa página, mira hacia otro lado porque mañana esta acción que hoy deploras y condenas puede que la hayas de soportar como víctima o la repercutas como denunciante, huye

hacia delante, piensa en positivo. Aliado con las conveniencias, el tiempo convalida la anécdota en categoría y el relativismo en valor absoluto.

—Las máscaras, que en el rudimentario lenguaje de los signos hablan de la contradicción entre el interior y el exterior de lo que se analiza, son un producto de consumo adquirido por mimesis.

—Un producto coincidente con la época que se vive. Un producto de fácil asimilación validado por organismos e instituciones de bella o ampulosa factura arquitectónica —convino Miguel Vayarte. Llegaron al despacho—. Pasa.

—¿Te quedas o te vas?

—Me voy.

Miguel Vayarte sopesó la carpeta que le había traído Diego Silva Hurtado.

—Me das mucho para leer, amigo Silva.

—Te va a interesar el asunto. Y a mí tu opinión.

—Esta noche empiezo con lo tuyo —prometió el sociólogo—. Lo mío puede esperar.

Diego Silva Hurtado adoptó un aire circunspecto.

—Creo que sí. No hay nuevos capítulos en esta ópera bufa, la reiteración en los anónimos sólo añade notas. Ojalá no pase de ahí la maniobra.

—Si pasa, entonces hablaremos de una ópera prima o de un *opus nigrum*.

Diego Silva Hurtado negó con la cabeza.

—Amigo Vayarte, si pasa, entonces volveremos a hablar de ideólogos y de manipuladores que los plumíferos y los correveidiles ascienden al empleo de ingenieros sociales. En el acoso y derribo no hay ni magia ni alquimia.

—Me suena. Vamos.

—Entonces, si pasa —continuó el psiquiatra forense—, en el cajón de sastre no habrá que hacer sitio a otra receta profiláctica sino a la prescripción del fármaco expeditivo. Además, se confirmará que eres un mito.

—No me digas.

—De hecho ya eres un mito. Tus enemigos te han convertido en un mito con su persecución y sus amenazas. ¿Qué te parece? De lo negativo extrae una lección positiva: el profesor Miguel Vayarte es un mito.

—No me digas.

—Yo no atraigo las pasiones de los apasionados, no tengo detractores embozados, en mi nadie se ha fijado al extremo del odio y la amenaza. Qué suerte la mía por carecer de notoriedad. No soy un peligro, en apariencia no tengo enemigos en jauría y eso que mi utilidad es universal. Esa indiferencia me alivia, a qué engañarnos. Pero mi anonimato protector te envidia, lo confieso. Eres un tipo grande, un tipo que los tiene bien puestos, por eso estás señalado. De los cobardes sólo se escribe un resumen de lo que negocian. En cambio, a ti se te escucha, se te lee, se te sigue... y se te vigila. Para tus alumnos ha de ser gratificante que su mentor figure en la nómina de los elementos suasorios a exterminar. La mafia de los tiranos bate sus alas sobre tu cabeza y con sus secuaces babeando te pisa los talones. Hay un riesgo cierto en la heroicidad, ten cuidado; del mito al mártir tan sólo hay una intención ajena.

Miguel Vayarte captaba con sentido previsor las difusas luces del crepúsculo.

—Tú sarcasmo emparenta bien con mi indiferencia. Por el momento voy tirando con mi limitada condición mortal. Y como no me arredra ni el vacío ni la oscuridad, tampoco la amenaza anónima ni el rugido de la marabunta

o el aliento de la horda, aguanto a pie firme —dijo con la mirada posada en la copa de los árboles—. La verdad es que actúo por convicción, no veo en mí otra dialéctica que la escuchada ni otra maniobra que la vista. Consecuencias de esa innata limitación.

—Mi sarcasmo nunca es indiferente y tu indiferencia, hasta donde yo sé, no tiene equivalencia con la inacción de los resignados, el desinterés crónico o la apatía patológica.

—Mi sarcasmo me cuchichea que soy un mito que sale gratis al contribuyente. Una bicoca, amigo Silva. No soy una carga económica de obligada financiación ni una rémora material o espiritual para nadie.

—Así da gusto.

Por la noche, huérfano de sueño reparador, Miguel Vayarte dedicó unos minutos a la lectura de las conclusiones sobre los autores de los textos anónimos y varias horas a la del *Expediente Séneca*.

Diego Silva Hurtado estaba en lo cierto: el *Expediente Séneca* merecía una lectura detenida y de prorrogada objetividad. Nada de parcialidades ni acotaciones facultativas al surcar el relato, se exigió Miguel Vayarte. Quería leer desprovisto de prejuicios, el dictamen sobre la personalidad de aquel individuo no le competía, y al hilo de las pistas diseminadas en el texto.

Una obra inconclusa, le advirtió Diego Silva Hurtado.

La psicosis es una pérdida del contacto con la realidad en la que el paciente sufre delirios o alucinaciones.

Tenía que partir de esta premisa.

“Basta un indicio para sumergir al analista en la complejidad del trastorno. Desencadena la investigación un

hecho o una frase que sea imposible aislar del actor”, recapituló Miguel Vayarte sosteniendo las hojas escritas de puño y letra, las copias impresas de los correos electrónicos que había enviado al psiquiatra forense y las escuetas transcripciones de Diego Silva Hurtado de las que a juicio del psiquiatra podía prescindir. Todo en orden cronológico y por apartados.

“Es mi turno, amigo Silva. Acepto. De algo te servirá mi opinión una vez la tenga formada, supongo. Allá voy con mi racionalidad.”

Comenzó a leer desde la primera fecha. Era una carta escrita a mano con letra pulcra, grande.

“Tiene conciencia de su obra.”

La carta trascendía al lector como el inicio meditado de un libro blanco sobre la alteridad descrita por un testigo directo, con un criterio independiente sobre la anomalía y un juicio parcial sobre la disociación.

Siento que puedo mejorar si llego a conocer el sentido de mis actos. Quiero admirar lo que de admirable dicen y oigo que atesora mi conducta. Soy original, tengo espíritu de superación y me gusta aprender. Es verdad. Eso dicen de mí y eso pienso de mí. Son cualidades que tengo. Pero cuando me alejo del mundo que me califica por mis innovaciones, por mis críticas y por las virtudes que me confieren hay más alivio que vacío, detecto más alegría que pena. El hueco que dejo al irme ríe más que llora. Cuando expongo mi concepto de las cosas veo caras de asombro mezcladas con gestos de incomprensión y atisbos de burla que crecen si los dejo prosperar, sé que despierto interés pero no sé si alguien me escucha. Nunca grito, nunca

apago la luz tanto tiempo como para dormir en la inconsciencia. Soy categórico con el pensamiento y displicente contra las filas y las columnas. Siempre he tenido claro que el laberinto dispone de dos salidas: la ordinaria, que cobra al usuario la tarifa base, una tarifa sujeta a revisión periódica y pago diferido, y la excepcional, de pronto pago, cuyo precio fluctúa. No he acabado de contar las entradas al laberinto, pero sé que por la principal sólo se pasa una vez.

Participo en la reconstrucción pericial, tengo buen olfato para el humo y un oído excelente para las voces a la espalda. Llego y me siento. Procuero sentarme en una esquina, junto al pasillo. Da igual lo que mi cuerpo resista, hay días que aguanto mucho, hay días que el contacto con cualquier superficie me molesta, por eso busco una escapatoria. Desde la tribuna es fácil escabullirse, la tribuna está en el medio de un espacio con varias salidas que no suelen utilizarse como entradas salvo una. La tribuna es selectiva. La platea, el anfiteatro y los palcos son tramposos, son el contenedor de los espectadores, una segunda opción, el relleno, la servidumbre. La trampa es el recurso del perdedor. El engaño, la inconsciencia, la debilidad y la sombra que cobija son los recursos del perdedor.

Lo había leído en un cartel situado en la explanada que precede al edificio de contratación: Subasta de oportunidades. Acceso único, acceso restringido, entrada libre hasta completar el aforo. Otros carteles pequeños empapelaban los soportales, una preciosista fachada porticada, utilería ignífuga. Me senté a comprobarlo en un banco de madera alfombrado por cáscaras y cortezas, un banco de madera pintado de color marrón aguerrido y claroscuros de evacuación digestiva de la fauna voladora

local. Me senté en la orilla limpia del banco a ver el desfile, a ver el relevo de la guardia, a verlas venir. Hora de comer, hora de dormir, hora del recreo, hora de abrir los ojos. A mí no me preocupa el giro de las agujas del reloj: doce horas ascienden, doce horas descienden, para un total de veinticuatro.

La escalera de servicio oscilaba a tres metros del suelo, yo cabía debajo y sobraba para que yo también cupiera. La escalera en alto es la indicación de que no hay peligro o que el peligro ya ha pasado.

Voy a colaborar, será un aliciente para mí. Puede que incluso le plantee un desafío intelectual si pongo de acuerdo el arte con la parte. Si me pongo de acuerdo, y créame que lo voy a intentar con mis dos almas, amenizaremos las sesiones con desafíos de toda índole. Cuente conmigo para salir del atolladero. Puedo ayudarle.

Intrigante desde el inicio, “sígueme si puedes que yo no espero a nadie”, decía la posdata. Aquel desafío imaginado le avivó el interés por abocarse a la lectura de las siguientes epístolas: “apuesta por tu valía”, “mírate en el reflejo”, “cuenta los pasos perdidos”, reclamando del lector un compromiso de participación equilibrada: “uno más uno igual a uno”; y una manera desapegada, optativa, de conducirse en la nueva dimensión: “si continúas debes suponer a lo que te expones”. Esa primera carta, además, suscitó en Miguel Vayarte el deseo por reinterpretar el cúmulo de correspondencia anónima a él destinada, la todavía a la espera de su eliminación material y la tiempo atrás en el vertedero o la hoguera.

Usted es un científico y yo un filósofo. Usted es un psiquiatra vocacional y yo un loco voluntario. Usted cobra u obsequia y yo pago o regalo. Usted es normal porque lo contrario aterrará al mundo y yo le digo que soy normal porque si digo lo contrario se lo pongo a usted y al mundo en bandeja de plata. Usted es normal por lo que hace, tiene en su poder el certificado que lo acredita, y yo soy normal por lo que siento y lo que siento es lo que me define. Pero mi definición no depende de mí, sino de usted o de cuantos son y actúan como usted. Es su privilegio y una excusa para equivocarse. Por eso usted es quien es y yo soy quien soy. ¿Cree que he provocado la disfunción que la ciencia me diagnostica? Duda. Es buena señal. Los dos dudamos. Aún baraja opciones entre los factores exógenos y los endógenos, es su obligación, ha de agotar todas las posibilidades, incluidas las improbables. Hace bien, la cantidad desvirtúa el pronóstico. Le recomiendo que siga barajando. Yo también barajo mis opciones. Pregúnteme.

Me pregunto quién manda en mí. Usted se pregunta dónde está el fallo, de dónde nace el fallo, cómo arreglar el fallo.

Preguntémonos por la existencia o la inexistencia del fallo.

De lo ambiguo a lo concreto, a un lado la paja y al otro el grano, pero sin modificar las posiciones de partida. Del espíritu a la letra y de la letra a la interpretación de oficio, sin que las posiciones de partida experimenten un adecuado desplazamiento centrípeto. Antes de resolver en favor de y en contra de, la interpretación acude a dirimir el litigio, no es lo que parece o parece lo que no es, y así sustanciado los antagonistas giran en redondo y avanzan

por la senda desbrozada de todo pasado delator hasta rozar la línea divisoria, el perdón del ofendido deposita en el ara de la concordia una rama de olivo que libra de culpa y castigo al presunto arrepentido.

Miguel Vayarte visualizaba su personal tragicomedia.

He leído lo suficiente para interesarme por mi caso, quiero ayudarme. Mi ayuda la relacionaré con su análisis científico y con su valoración profesional para que nos sirva de mutuo apoyo. Los dos buscamos un beneficio para el paciente y los dos manifestaremos gratitud eterna a la solución. Si damos con la solución a nuestros respectivos problemas, usted podrá reivindicarse como terapeuta o como mago y yo obtener mi carta de naturaleza. Es una asociación productiva.

Acompáñeme. Le pido que asista a una clase magistral. Yo voy a su lado, voy un paso por detrás de su figura áurea, prefiero ir por delante de su ciencia. Doctor, imparta una clase magistral. Espero de usted que no sea un simple alumno aventajado que presume de haber memorizado conceptos y aprendido las demostraciones en contrario de los maestros. Por lo que ya sabe de mí, ¿cree que voy a escapar con mis secretos? No cree que pueda escapar de mi actitud. Yo tampoco. Mi actitud social es amable, mi actitud en público facilita el trato con los oradores de tribuna improvisada, mi actitud en las ocasiones solemnes circula en paralelo a las palabras del discurso. Es una forma de viajar a la trastienda. Despreocúpese de mi actitud, soy como soy y nadie mejor que yo para presentarme en el gabinete de los ajustes.

Viajo a la trastienda, un rato. Luego retomo mi aislamiento y me prodigo en explicaciones sobre lo sucedido.

Tengo tanto que contar. Yo hablo y yo escucho. Yo pregunto y yo respondo.

Doy miedo. Las enfermedades mentales aterrorizan. A veces me doy miedo, la enfermedad me da miedo, la estancia forzosa en el mundo alternativo me impone respeto y temor. He vencido al conformismo, me he adherido a la rebeldía. Soy curioso, rechazo las cadenas de todo tipo. Es lógico. Pese a que tengo que convivir con la enfermedad diagnosticada y con la enfermedad por dilucidar, mientras viva prefiero encontrar la parte positiva del todo extraño y el fondo oculto en la superficie opaca que resignarme a ser un experimento o el error de un proyecto. Por eso a la enfermedad la llamo anomalía o disfunción o atrevimiento. Por eso yo me llamo por mi nombre. Detesto la normalidad predefinida, predeterminada. Detesto la uniformidad. Vivo la diferencia porque la diferencia da sentido a todas las cosas y permite elegir. Quiero elegir y elijo.

Es posible que me haya pasado del límite, contemplo esa hipótesis.

El trazo delgado que distingue la ironía del escepticismo, el trazo grueso que delimita la reprobación de la amenaza, el trazo discontinuo que separa la legalidad de la legitimidad. Hay un límite objetivo y otro subjetivo para encauzar la convivencia.

Busco la relación entre conceptos. Quiero llegar al núcleo y desde la sustancia, impregnado de sabiduría, regresar al mundo de las consultas, los bisbiseos, el sueño agitado, la creatividad delirante, la prescripción de fármacos al sujeto activo y a los sujetos pacientes, y al de las clases

especiales por los canales y los conductos. Quiero descubrir el misterio del origen.

La madrugada, el mejor momento del día para recapacitar sobre los principios y las intenciones de los actores en la obra abierta. Con el guion en las manos.

Estamos de acuerdo: el origen es un misterio.

Una declaración de principios seguida de una declaración de intenciones. Con un guion inacabado y con otro guion por reescribir.

Mi nombre es real, vivo en un lugar cerrado y no cumpla años sino expectativas.

Pocos muebles, amplio espacio. Difícil tropezar con la similitud incluso a oscuras. Miguel Vayarte decide por enésima vez que el reflejo de la personalidad es una silueta inidentificable, “menos mal”. Le estimula el valor de lo original y aún más si es único. El misterio es un aliciente precedido de un anhelo.

Le digo que no olvide la medicación. Soy insistente, llego a ser pesado. No olvides la medicación, me digo.

Con los enfermos convencionales y con las personas deformes hay una tendencia benevolente a imitar comportamientos. Es un acto caritativo de la gente para minimizar los efectos de la desgracia en el prójimo. Es un error. La buena voluntad no exime a su protagonista de la aviesa intención de marcar la diferencia entre normalidad evidente y anomalía palpable a través de una escenificación

compasiva, mano tendida y cortina corrida. Es una humillación, es un dolor añadido para el disconforme con el trato especial. Pero es verdad que hay quien por muchos motivos prefiere engañarse con el maquillaje, con los gestos de equiparación a la baja, a la inversa, con la bondad del prójimo. Hay quien prefiere menguar a crecer porque adora el consuelo que el enramado afectivo dispensa a los enfermos: caricia en la mejilla o en el cabello, apretón en la mano o el hombro, palabras de aliento y un regalo a la semana.

Te pondrás bien.

Estoy bien.

Nunca me desmayo, nunca me dejo caer y nunca me escondo. Cuando empiezo una conversación me siento fuerte y capaz de convencer de lo que sea a mi interlocutor.

Ser fuerte. Las adversidades y los obstáculos se superan con instinto y fuerza de voluntad. No hay dos seres humanos iguales; sin embargo, en el mundo existen infinidad de copias de modelos tampoco originales masivamente adquiridas. Es más fácil imitar que crear. Ten fuerza. Conjugar los sustantivos minoría y soledad da fuerza y encamina hacia las fuentes que sacian los apetitos. Es más fácil destruir que componer.

La Luna crece y mengua. La Luna, el Sol y los planetas siguen un curso cíclico. Esa es su vida.

Mi vida es como la tuya, pero yo no soy como tú. Nacimos a la vez, crecimos unidos e indiferenciados, pero nos separamos en alguna parte que había previsto la ruptura.

Los asteroides, los aerolitos, los cometas y los satélites son objetos vigentes, acuden a su cita periódica con el sentido humano de la vista y los instrumentos ópticos al servicio de la ciencia. Las estrellas, situadas en los confines del universo, son seres fabulosos que en número significativo fenecen antes o mucho antes de que las vean o las capten las distintas ópticas.

Con los ojos abiertos veo el cielo del día y el cielo de la noche. Desde cualquier parte del lugar que habito miro hacia arriba y veo la transición de colores que sucede a lo largo del día y de la noche. Ambas transiciones son perfectas a pesar de las variaciones cromáticas, cambios de humor, y de su monótono proceder, el encaje convencional. Las transiciones son perfectas porque admiten en su rutina la intervención mudable de las nubes.

Escucho la música que interpreta el solista de la orquesta.

Leo en el cielo y en las superficies de la Tierra y el agua el mensaje de las interferencias.

Viajo a bordo de una nave etérea que surca los cielos circundando la Tierra.

Las nubes son pasajeras, van y vienen de origen a final con una historia a cuestas, agrupadas para formar un cúmulo o dispersas para reforzar su atractiva individualidad. Las nubes son el oráculo de un tiempo medido, como los estados de ánimo. Las nubes y los estados de ánimo escriben los versos a los poetas, a los charlatanes y a los ocurrentes en trance de celebración.

Yo soy ciclotímico, tú eres maníaco depresivo y ellas son reincidentes.

A ojos abiertos y a ojos cerrados veo las entrañas de la esfera ígnea. Aparato digestivo, aparato reproductor,

aparato expulsor. Veo conductos deferentes y caminos de fuego que desembocan en la sima: sueltan su carga, caen y remontan a por más. Es otra transición, con otros colores, pero forma parte del ciclo único.

El lugar que habito sube y baja una pendiente sinuosa. Yo subo, tú bajas y viceversa. Me he acostumbrado a cruzar mi reflejo sin ruido ni luces.

Un haz de luz incidiendo en el centro de gravedad.

Veo la descomposición de la materia al mirarme en el espejo. Oigo el resquebrajamiento de las estructuras al escuchar el silencio.

Soy una circunstancia divisa.

Fármacos y pensiones, estudio publicado por el doctor Miguel Vayarte en dos mil once, secuela de uno precedente, no tan concreto en el tema central, publicado dos décadas antes, que tituló *La ayuda exterior*. Resumiendo, gracias a los fármacos y a las pensiones, el elixir de la longevidad, la vida ha prolongado su extremo final, lo que favorece al sector hostelero y a la conciliación laboral de familia con trabajo, al sustento de las cargas económicas consanguíneas: deudas, créditos e hipotecas; a las confesiones religiosas y a las formaciones sociopolíticas en pos de caladeros de fieles y de votos respectivamente; lo que incrementa el número de afiliados a las clases pasivas en perjuicio de las arcas públicas, en detrimento del reparto de oportunidades a la hora de las concesiones graciosas y en quebranto de las prestaciones públicas del valetudinario estado del bienestar. La contrapartida del sabio consejo y

la prudente conducción, para equilibrar el peso de los perjuicios con preces y favores, no aparece como exigencia para el ingreso responsable en el club de la edad propecta.

Es lunes. Y eso qué importa, me pregunta. Con paciencia franciscana y en un aparte de mundo vuelvo a explicarle que yo necesito marcar los puntos de partida, los apoyos y la dirección a seguir. Se ríe, se burla de mí. Sabe que me domina, sabe que me he convertido en su pupilo. Aunque no acabe de reconocermé, aunque me asombre de lo que hace y lo que hago, aunque mi vida se haya vuelto imprevisible, sé que la decisión le pertenece. Su poder es superior al mío. Me convence de nuevo para que me deje llevar donde a él le plazca sin oponer resistencia, sordo y mudo a sus manejos. Es encantador cuando se lo propone, embelesa y embauca con un solo golpe de timón, es un soberbio titiritero combinando el miedo y el afecto. Yo le temo y le quiero. En sus ratos sociables la gente le adora. Florece a su alrededor una solicitud incondicional traslucida en una entrega de amor, belleza y comprensión. Él consigue sacar lo más noble de cuanto le rodea. Le odio y le admiro, no puedo evitarlo.

Es muy hábil buceando en los sentimientos del prójimo. Aureolado de atractivo, tímido y simpático, expande su influencia con vigor centrípeto: él se convierte en el centro del universo inmediato, es el protagonista de una historia que cuenta como nadie. Su historia, plagada de anécdotas divertidas y estimulantes, de pasiones y conjeturas sobre las que gusta leer y oír, concita el interés de los espectadores. Una vez poseída la expectación del público toma impulso y se lanza a la narración disfrutando de cada palabra y de cada imagen. Superado el prólogo y discernida

su vida hasta entonces, una vida corriente con llevaderos apuntes de rareza, confiesa que su mayor deseo había sido el de alcanzar el conocimiento absoluto, pero como eso pintaba imposible, a quién se le ocurre picar tan alto, entonces optó por aprender un mínimo suficiente de casi todo, excluyendo aquello en lo que no reparaba ni su intelecto ni su curiosidad. Se segundo gran deseo fue el de conquistar alguno de los territorios vetados a la intrínseca limitación humana.

Mi deseo era elevarme por encima de las limitaciones. Yo podía ser lo que me propusiera y, además, el mejor. Quedar a la zaga de un éxito mayúsculo o quedar ensombrecido por una obra extraordinaria me irritaba. Nada podía haber en el mundo de los humanos que yo no fuera capaz de mejorar, superar o eliminar del catálogo de viejas glorias. Pero es imposible ser fenomenal en todo, y opino que hasta contraproducente, ni era posible recorrer todos los caminos que trazaba mi ambición. Había que elegir. Y la elección tenía que ser inteligente. Me puse a pensar en mis opciones. Él me ofreció su ayuda. La de aceptarla era una opción inteligente.

Entre él y yo debíamos recomponer la figura hecha añicos. Por suerte para nosotros los fragmentos no eran de tamaño microscópico, lo que hubiera demorado la tarea pero en ningún caso impedido. Ese deseo, al fin, podía cumplirse.

Ciencia y letra conformaron un modelo que ha trascendido del proyecto original. Un modelo ambiguo, imperfecto. Un modelo infrecuente. Un modelo aislado.

El modelo que al eclosionar rompe el molde. Con uno basta, con otro idéntico o de similares características, el enfrentamiento estaría servido.

Mi apariencia es normal. Creo que soy el único que advierte las diferencias de mi personalidad cuando estoy entre la gente. Tengo un aspecto físico saludable, de lo más convencional, si no me condiciona mi otra razón de ser. Mi gran razón de ser. Si ella me cita o me ataca mudo de cara y mi cuerpo muestra la alteración del espanto, una deformidad liviana y pasajera no obstante, apenas un neuma. Pero aun así creo que nadie distingue como yo la fusión de identidades, ni siquiera la ciencia médica.

En cierta manera los como yo, lamento no izarme al privilegio del caso único, somos maestros cocineros, maestros en la combinación de patrones, tejidos y estampaciones y maestros de los negocios ramificados.

A lo mejor he cristalizado mis personalidades en maestrías porque me gusta verme en el estrado, impartiendo doctrina sobre la causa del mal y del bien causado. Soy un ególatra, a mí también me gusta enseñar; y aunque no domino por completo la técnica del desdoblamiento me he encaminado a batirme con mis miedos y con los miedos ajenos, que son todavía peores. Puedo enseñar a medida que aprendo.

Nunca le dio miedo la noche o la ausencia de compañía humana, ni el repaso de su biografía, según le dicta su memoria, y pronto se marcó como meta el aprender para luego aplicarlo en su vida.

Simbiosis. Nos requerimos en la necesidad. Hemos llegado a un acuerdo por tiempo limitado.

¿Vas tú o voy yo?

Tiene que subir al estrado aquel cuyo nombre se anuncia en las entradas numeradas a la clase magistral, acceso restringido.

Voy yo. Ven conmigo, ponte a un lado o detrás, disfruta del espectáculo y dame el pie cuando me falle la memoria. De ti dependo para convalidar el fracaso en éxito; tú dependes de mí para evitar la enésima comparecencia de la prueba insuficiente. Tenemos un acuerdo que obedientes cumplimos de la cruz a la raya.

Soy el guionista de la mascarada y él mi protagonista. Nos hemos puesto de acuerdo para repartirnos los papeles en la ceremonia de la confusión. Ya estoy arriba, ya soy el polo de atracción. Es mi turno. Adoro las tablas. Por fin he reunido a nuestro público.

Un público expectante que pide al actor que se desnude sobre el escenario a la vista de todos; es decir, que mude de personalidad. Sin preámbulos y en directo. El público que paga por su localidad exige que se cumpla el programa de mano, acude a la llamada del experimento para comprobar sin moverse del asiento cuál de las personalidades en liza subasta una descarga emocional de mayor intensidad y, una vez emitido el primer juicio, decidir cuál de las personalidades es menos peligrosa para la convivencia.

Los veo, nos ven.

Prolongo el misterio, es mi privilegio.

El privilegio de elegir pensamiento, palabra y obra.

Pero si prolongo demasiado el misterio la parte del público proclive a la seducción de la sorpresa se impacientará, cambiará de mentalidad y pondrá en riesgo la representación.

Me dice que no estire tanto la cuerda.

Le digo que una vez creado el clímax el desenlace sólo nos convencerá a nosotros.

Me dice que deje la crítica para los científicos.

Acepto el consejo. Para rechazar el proceso de mutación y para averiguar dónde está el eslabón mágico que convierte al normal en anormal o al normal en especial ya está la ciencia.

Miguel Vayarte leía acompañado de unas hojas en blanco a distancia de anotación inmediata. Acabada la carta anterior escribió: “Si me acepto como soy la mitad de mis equivocaciones quedará compensada por un diagnóstico de insuficiencia...” Y a continuación: Diagnóstico social de nuevo cuño.

¿Nos encontramos en la infancia o nos encontraremos en la madurez?

A propósito de preguntas, lo que quiero preguntar me es desconocido todavía.

La respuesta que busco no ha sido concebida. Las respuestas que salen a mi encuentro no desvelan ningún misterio, son viejas conocidas; conozco a sus progenitores y a los gestores de la manipulación, nos conocemos de antiguo.

El misterio es llamativo, la anomalía es sugerente y el desafío tentador. Hay tanto oculto que su luz nos deslumbra. Nos ciega la luz del enigma. Pero yo no pretendo que la luz oculte mi disfunción sino todo lo contrario. Y eso es lo que da más miedo, lo que produce más rechazo y lo que activa los mecanismos de prevención y protección de riesgos sociales.

¿Me equivoco, doctor? No me equivoco.

El enfermo debería escribir su biografía sinceramente implicado con su enfermedad, con su lesión o con su diferencia y poniendo en cuarentena a los terapeutas. Sólo el enfermo conoce los recovecos y las escapatorias de las galerías, sólo él conoce la versión original de la obra en cartel. Porque el enfermo no siempre está dispuesto a ser objeto de estudio o a desvelar un secreto formidable, ni a permanecer pasivo mientras lo inevitable convence al círculo próximo y sedimenta la intervención de fármacos o terapias socializadoras.

Cuando le veo por encima del mundo circundante, encaramado al cielo de tarima muy seguro de ser quien es y consciente del efecto que producirán sus palabras y sus acciones me enorgullezco. Estoy arriba. Me identifico con la figura en alto, con su grandeza exclusiva. Me doy perfecta cuenta de que la diferencia causa inseguridad al público y a los examinadores en el estadio de la toma de contacto. “Bueno”, suspiran aprestando los mecanismos de seguridad colectiva, “ya tenemos aquí al fenómeno en carne y hueso, a ver qué nos depara su disección intelectual.” Yo también quiero saber qué me depara la disección intelectual. No me da miedo el examen. A todo eso, a su aire, sin miedo a los exámenes, mi alteridad se ha adueñado del escenario. Es hábil, atrayente, irradia seguridad.

Es buen conocedor de las emociones y de las debilidades de ambos sexos, con práctica basta una mirada para infundir tanto respeto como profundo y retenido temor. ¡Buen trabajo!, le susurro. Luego, en los estadios que comprenden el nudo y el desenlace, nadie abandonará el experimento sin arrepentirse por su desidia o por su cobardía; es una prueba en común con un foso aséptico de por medio, es una clase magistral a precio módico y con garantía de inmunidad.

¿Tú no te animas?, me pregunta ensimismado de poder. Sabe la respuesta, lo acordamos hace tiempo, quizá desde el principio, pero le gusta provocarme, le gusta obligarme a recordar. A mí no me importa recordar. No hay que tener miedo a recordar. A mí no me trastorna releer el diario de mi vida. Qué sería la vida sin recuerdos. Sería tan absurda como una vida sin ilusiones o como una vida interpretada a diario por el presente. Sabe la respuesta.

¡Sigue, estás perfecto en tu papel!, le animo, callo, observo y percibo. Le enardece su auge y no le incrementa el daño su caída. Eso también lo acordamos hace tiempo, quizá desde el principio. Yo cuido de que todavía nada sea irreversible.

La reversibilidad de las conductas choca con la indeclinable deriva de los propósitos. Cuando se ha llegado tan lejos en cumplimiento de los objetivos, cuesta menos seguir la trayectoria marcada por los proyectiles que retroceder al campamento base para intentar variar el rumbo de las balas trazadoras.

Él es más desenvuelto, es más extrovertido y capta mejor la atención del mundo. Pero yo no me retraigo ni me enfado porque la naturaleza le haya dotado con el don de la sociabilidad.

Tiene talento para el arte. Nació artista, un artista de la singularidad, y creció espectador. Yo no concibo al artista sin una sempiterna faceta de aprendiz, no me lo imagino sin su bagaje de curioso impenitente hacia la obra original, y no puedo admitirlo sin desdoblarse en espectador de la comedia y del drama.

Tiene talento para improvisar sobre cualquier materia y para discutir sin restricciones, pero no sabe organizarse. En realidad, no quiere establecer métodos o reglas a su emprendimiento, me dice que el orden obsesivo es síntoma de flaqueza de ánimo y miedo al vacío revelador. Dice en voz audible, pero a bajo volumen, porque quiere preservar su secreto de los oídos incapaces de asimilar otro significado que el repetido hasta la saciedad, que se siente libre para elegir entre sus opciones y fuerte para impedir que le arrebaten esa sublime capacidad.

Admiro su talento para enfrentarse a todas las oposiciones, procuro imitarle cuando a mí me corresponde la iniciativa. Yo también tengo talento. El mío es para la cocina y los negocios ramificados. No doy más explicaciones al respecto.

Enfrentarse a las oposiciones, los agravios, dislates, a los vacíos, las mentiras y añagazas con talento. Miguel Vayarte subraya la palabra talento. La madrugada fluía intimista con un ritmo sosegado. A ritmo de cuerda y viento, murmuró asomado a una ventana.

Una vulgar huida hacia delante es recogida por los medios de comunicación como una noticia de portada.

Un hecho trascendental pasa desapercibido en los medios de comunicación, la orden de silenciarlo es tajante.

No hay noticia sin previo consentimiento, como tampoco hay sociedad sin escalafón ni gobierno sin jerarquía.

El titular condensa la noticia según el interés del patrocinador. En la sociedad de la conexión el comunicado que excede de una frase breve, a menudo con las palabras amputadas, es pieza de museo.

Leo el titular. Pierdo la mirada en un horizonte virgen. Leo la sinopsis de la película, bostezo y cierro los ojos.

El complejo de suficiencia se ha instalado en los creadores de opinión.

Cuéntame lo que quiero oír y tendrás mi respaldo, es la voz descollante entre los convocados a la elección cerrada en el día señalado. La voz silenciada advierte de que una democracia reducida al voto es la antesala de la tiranía. Pero no hay debate que valga, y ya son unos cuantos a su espalda, el fiel de la balanza ha echado el ancla en la dársena del populismo.

Me cansa tanta especulación. Las autobiografías sólo pueden ser escritas por inteligencias extramuros.

Un sopor de transigencia entelaba los cristales de la ventana y la percepción del presente. Miguel Vayarte puso fin a la lectura del libro blanco sobre la alteridad con el último correo firmado por su autor.

Soy un problema. Tengo un problema.

¿Quién es quien? No es una pregunta sino un acertijo.

Juguemos de maestro a maestro, en mi vida no acepto sucedáneos, y que gane el mejor. Gustoso pagaré el precio de la victoria.

Introdujo este último correo en la carpeta y apagó la luz.

“También yo pagaría gustoso el precio de la victoria.”

Miguel Vayarte acomodó su cuerpo a la butaca y a la penumbra hogareña. La lectura de las cartas le había impresionado y el desafío final, elevada la apuesta al máximo, le llamaba con voz seductora. El abajo firmante se intuía ganador de la partida que patrocinaba: “Soy real”, de la que era anfitrión en su lado del tablero: “En un lugar delimitado”, y coautor de las reglas: “Sin el desgaste del paso del tiempo”.

Era inevitable la comparación con lo expuesto en su ensayo *Los trabajos de Proteo*, publicado el año mil novecientos noventa y cuatro, y con la partida que a sabiendas de la derrota jugaba contra la gran coalición desde antes de esa fecha. Una comparación habitual, redundante, en el currículum académico del profesor Vayarte, pues las tesis políticas convergían etapa a etapa en las mismas causas, en idénticos efectos y en similares autores.

Insomne y abstraído en viejas reflexiones, volvió a la ventana. La calle estaba desierta, las ramas más jóvenes y delgadas y las hojas de los árboles apenas eran mecidas por el aire nocturno que cuenta con menos oposición que el diurno al desplazarse por las zonas urbanizadas. Nada a unos metros de distancia indicaba un cambio al amanecer, pero se avecinaban cambios y ninguna mente lúcida podía

confiar en la reversibilidad de un proceso ya desencadenado y con sus directrices a corto plazo bien definidas.

“Todavía podemos molestar.”

Aunque no todas las víctimas compartían ese parecer. Incluso las víctimas de la mentira, que son las más numerosas y socialmente heterogéneas, negaban que los palos en las ruedas consiguieran más que demoras y nuevos engaños.

A la finalización de un espacio radiofónico sobre actualidad y mercados esa misma semana, camino de unas tapas y del resumen sobre lo hablado con el director del programa y alguno de los habituales de la tertulia, Miguel Vayarte le dijo a la periodista Pilar Marín, otrora especializada en tribunales, con la que no coincidía a la mesa hacía un mes, que el notario mayor del reino preparaba el documento del pase a la reserva en comandita.

—¿Por qué hombre prevenido vale por dos? —ironizó la periodista.

—O porque más vale prevenir que curar. Pero su empleo en la Administración carece de iniciativa. El notario ha de limitarse a cumplir la voluntad y encargos de los solicitantes del servicio fedatario, advirtiendo de las reservas legales, comprobando la identidad de cada cual y del efecto de la decisión tomada.

Pilar Marín revisaba al mismo tiempo los mensajes acumulados en su teléfono móvil.

—¿Dónde tendrá lugar el evento? —preguntó—. Me gustaría recibir una invitación personal e impresa con estilo.

—Creo que en la sala capitular de palacio. Para ser más concreto, te diré que será en una de las salas capitulares de

uno de los palacios que enseñorean la capital de España. A mí no me invitarán.

—No te lo mereces.

La mueca de Miguel Vayarte denotaba indiferencia.

—Tus merecimientos son pocos para recibir esa invitación, no pasas de comparsa.

El teléfono de Pilar Marín y su dedo índice trabajaban a destajo, ni el tropiezo con una rugosidad deformando la acera logró apartarla de su afán por comunicarse.

—¿Qué...? Sí... ¿Ya hemos llegado?

Media manzana para llegar.

—Creo que el documento no aparecerá en los Archivos Históricos, los Servicios de Documentación o la Biblioteca Nacional, ofrecido a la tarea divulgativa del estudioso acreditado. —Miguel Vayarte pensaba en voz alta, con un ojo atento a las bromas del pavimento—. Quizá, por un azar o por mandato bienhechor, un día cualquiera aparezca el testamento en el inventario de una colección particular, caduco y marchito pero conservado su valor probatorio. Entonces puede que esos papeles ordenados con fecha y rúbrica, exhumados de la cámara oscura, den una alegría a los investigadores de las causas perdidas y un susto retroactivo a los ideólogos y sus descendientes. A lo mejor hasta provoca una catarsis social, pero para ello es imprescindible la participación de periodistas liberados de subsidios o prebendas. ¿Qué opinas?

—Te gusta soñar —sintetizó Pilar Marín al guardar el teléfono—. ¿Por qué no te relacionas más con tus seguidores? Tienes seguidores, ¿verdad? Pero no interactúas con ellos. ¿Me equivoco? Es un error, Vayarte. Vivimos en el siglo XXI y hoy en día todo el mundo participa y

debate a través de las redes sociales y de los blogs. Las noticias vuelan y a mí me gusta estar informada.

“Me gusta soñar.”

Dejada la mente a su aire, un rato, para que momentáneamente libre de condicionamientos trajera las imágenes que quisiera vinieran o no a cuento de los que sus ojos o su imaginación alcanzaban a ver. Como esa de Pilar Marín, una entre miles, todo oídos y todo manos a la captura de noticias que anticipaba el goteo de alarmas sonoras de sus dispositivos móviles.

—¿Qué bebéis?

Caña, agua, una botella de vino compartida.

Leía sin pestañear las frases abreviadas, y sin concesión a una segunda lectura pasaba o replicaba el mensaje cuyo destino era la difusión o la controversia. Pilar Marín gastaba una pericia homologada.

—He sido más idealista que tú, Vayarte.

Pero si a su entender el mensaje le servía para retomar un argumento previo que la opinión ajena había desbaratado, a modo de revancha inopinada lo lanzaba al ruedo de los tertulianos fuera del locutorio.

—Me niego a creerlo, Marín.

Puesto en lidia, el mensaje reabría la discusión y de esta sutil manera concitaba segundas opiniones liberadas del temor a las grabaciones y vueltas de tuerca que auguraban un desacuerdo absoluto.

—¿Qué coméis?

Un pincho, que tiene buena pinta; una tapa, que luego ceno; una ración, que de aquí a la cama.

La provocación, dice ella, forma parte del juego.

—Es una de sus principales reglas.

A Pilar Marín le gustaba pinchar en el plato del vecino y después, proscritas las tensiones hasta nuevo aviso, con una sonrisa ensayada que sólo esgrimía ante los acostumbrados a sus poses, proponía un cambio de tercio para demudar el alma.

—¿Te vienes?

—Yo me apunto.

—Venga, que no se diga. Pero me retiraré pronto.

—Paso. Estoy cansado.

—Me voy a casa —dijo Miguel Vayarte—. Mi jornada concluirá mañana.

Pilar Marín le miró condescendiente.

—¿Un día duro en el campus, Vayarte? Cuando dejes de nadar a contracorriente encontrarás un sentido diferente a tu vida. Yo, ya ves, me mantengo a flote incluso en aguas turbulentas. ¿No me envidias ni tan siquiera un poco?

Habían aparcado cerca.

—Protejo la condición original de mis neuronas, Marín.

—¿Has probado a dejarte llevar?

—Río arriba y río abajo, alternativamente, cogido el timón. Una gran experiencia.

—Suelta el timón y diviértete. Tienes buenos golpes pero están demasiado escondidos arriba o debajo de tu pequeño mundo. Hasta la próxima. Seguiré hurgando en la herida, querido.

—Me harás un favor.

Necesitaba dormir, descansar con los ojos cerrados no era suficiente. En su cabeza, desde tiempo inmemorial, se había instalado un regidor de pautas autónomo, despiadado, que ajeno a los horarios convencionales le potenciaba su de por sí revolucionada curiosidad y le inducía a

mirar en todas direcciones desde cualquier observatorio, a pensar aquí y ahora y a enlazar ideas y conceptos.

Apoyado en el marco de la ventana, con la mirada puesta en las macetas pobladas de un balcón esquinado, Miguel Vayarte sopesaba a oscuras su presente. En las calles reinaba la calma que precede a la cotidianidad de la mañana siguiente, y los destellos de luz visibles por encima de las farolas eran los habituales en el tránsito de un día laborable a otro. Si alguien enviaba un mensaje en ese momento tenía la certeza de que su destinatario estaba despierto, quizá aguardándolo, o que lo iba a leer en cuanto abriera los ojos como el primer mandamiento del día que empieza.

Miguel Vayarte buscaba una señal en el paisaje, al menos un indicio de posibilidad cierta, algo a lo que aferrarse cuando el haz de acusaciones se dirige hacia el único acusado. Una inspiración de altura, se dijo, y fue a por un vaso de agua. Sumido en la penumbra a la que los ojos se acostumbra al cabo de poco, de regreso al observatorio creyó escuchar una corriente de aire. En la distancia de surcos urbanos y azoteas nacía para el espectador disimulado un sonido aún débil, parecido a un aleteo, creciente como el alba pero menos diáfano. Podía ser una jugarreta de su amiga iconoclasta, “¿es cosa tuya?”, que a esa hora en la que el sueño ha sido vencido le mandaba un recado vía intranet: si no sabes dormir apura la vida hasta que te ardan las pestañas. Drástica y una vez más consentida, su imaginación le representaba un cielo borrascoso adensado por una miríada de nubes, pero tan compactadas y uniformes que dibujaban una sola gigantesca, de un tamaño como el espacio que media entre dos horizontes, el uno al fondo, el otro por delante. Con un sonido estertoroso fácilmente

identificable, creciente y pasajero. Crecía la nube de estación origen a estación término, de causa a efecto; una explosión controlada impulsora de incontables réplicas con energía suficiente entre todas para mover el mundo en viaje de retorno, que en menos de lo que se tarda en comprobarlo coloniza los cuatro puntos cardinales. A la velocidad de la luz. Mensaje va y mensaje viene, todos a una, en bandada; uno para todos, jerarquizados.

La visión de la nube y el sonido de los mensajes permanecían al amanecer.

Expediente Proteo

Lo había titulado *Expediente Proteo*. Pero a medida que se acercaba el momento de concluir las verificaciones previas a la impresión definitiva le surgieron dudas acerca de la conveniencia del título. Buscado el parecer ajeno obtuvo una indecisión semejante.

—Tiene un sentido válido... y otro extraño.

—No sé, no sé.

A la enésima repetición con voz y sin voz lo de *Expediente Proteo* le sonaba a documento de servicio de inteligencia filtrado por un ente bien dotado para la revelación de secretos.

“Una historia de espías con añadido de enamoramiento inconveniente.”

—Títulos y contraportadas venden. Los editores se valen de ese recurso directo para poner en el mercado un libro entre un millón.

—Puede resultar un gancho.

—No quiero al lector de títulos y contraportadas.

—Confía en las reseñas.

Miguel Vayarte cambió el título. *Los trabajos de Proteo* aportaba un aire de novela negra e incluía una referencia mitológica de su agrado. Era un nombre más literario y menos pelicularo.

—No va más, Miguel —intervino el editor.

—Adjudicado.

El ensayo *Los trabajos de Proteo* parte de un mundo y de unos personajes figurados que cobran realidad al cumplir

épocas y sucesos. Con la experiencia adquirida al combatir sin tregua en todos los frentes y contra toda clase de obstáculos, los en cada tiempo y lugar vencedores, guiados por un mismo instinto atávico, reproducen una sociedad que aspira a expandirse y a eternizarse, aunque no siempre fragua o si lo hace no abraza en plenitud de formas a la cuarta generación. Con la moraleja de que escapar de la propia sombra y de las deudas contraídas con los diversos acreedores es imposible.

Proteo era un dios del mar, modelado para servir a la identidad expendedora de misiones de cuya voluntad nació para ejecutar un servicio indelegable. El mar simboliza el origen de la vida social y el caldo de cultivo del poder.

Proteo es el lugarteniente escogido por la cabeza rectora entre infinidad de candidatos haciendo méritos en las dependencias cortesanas como mozos de caballería y estibadores, que ha aprendido el oficio con maña y constancia desde la sumisión y la astucia.

Proteo el ungido es fiel a su dueño y señor, a él se debe y de él se nutre. La confianza es la base de los acuerdos, y si es preciso la ligazón se pacta con sangre del viejo y del nuevo enemigo. La tarea de Proteo es delicada: alcanzar y mantener el poder, así como liquidar a los adversarios en campo cerrado, bajo tierra y entre muros, lo que requiere de mucha destreza y de tiento y audacia a raudales. Proteo medra desde los espacios a oscuras, la profundidad de las aguas, cosecha éxitos y gana puntos en la codiciada estima del ser electoralmente superior. Las aguas profundas simbolizan las cloacas del estado, la trastienda de las formaciones políticas y el foro asambleísta de las comunidades organizadas al efecto.

A medida que supera pruebas, el leal Proteo va desempeñando actividades de mayor calado y resonancia en la antesala de la esfera máxima, desplazado hacia las costas en viajes breves pero frecuentes para supervisar los límites de la tolerancia establecida y advertir de cualquier reacción ajena a los protocolos. Ora cuida de las criaturas que forman la grey del elector, los presentes y futuros electores, a las que preserva de la nociva influencia exterior; ora vigila a los vasallos y palaciegos liberados, de los que no hay que fiarse so pena de caer en la estulticia.

Su predisposición para mutar en cualquier forma racional, irracional o elemento de la naturaleza, hizo de la metamorfosis, facultad altamente codiciada, el estado natural de Proteo, con lo que bendecido por el mandante pudo además de afirmarse en la órbita del poder ejercitarse en el escapismo para sortear la persecución de amigos y enemigos. Con estas prerrogativas, Proteo se ha inmunizado contra dos asechanzas de muy mal llevar: la pregunta incómoda y la respuesta en exceso reveladora, dardos que sufre el profeta y portavoz; pues al don de la metamorfosis le fue incorporado el del vaticinio, de ahí que extreme el cuidado al hablar con individuos de distinta cuerda o al ser interrogado por seres inferiores en circunstancia desfavorable. Calla y engaña sin distinciones no autorizadas, es su lema.

Nadie debe saber lo que sería letal de conocerse. Proteo es obediente, no se le ocurre morder la mano que coloca y sostiene. A Proteo sólo se le saca información si es vencido con sus mismas armas o con la fuerza irreprímible de colosos y titanes; cuando eso sucede, entonces sale a colación el dicho de que a todo cerdo le llega su san Martín. Para muestra un botón: en jornada para olvidar acudió a

consultarle cierto asunto un jerarca influyente y con el genio destemplado; por mucho que mudó de aspecto, de repugnante a cómico, por más que quiso escabullirse del acoso opresivo, saltando, cavando y reptando, y aun negándose a satisfacer la curiosidad del malhadado fisgador, cedió a su acometividad y dijo lo que el otro quería oír. En mala hora tornan maduras las verdes, pensó el vapuleado Proteo. Ahora le tocaba esperar la bronca de la impía superioridad.

Pero dada su condición original se sobrepuso al revés. Pergeñó una mentira, algo que no le costaba esfuerzo, y dio la vuelta al incidente con habilidad de cirujano. En hora pródiga tornaron a verdear los ocres y los pardos del lienzo. Solucionado. No hay mayor ventaja que disponer de crédito. De nuevo su imagen floreció con la mudanza de la categoría en anécdota. El honorable Proteo, conspícuo conocedor de la especie, regresó en olor de multitud al coliseo: llegó, vio y ganó la plaza de soberanía con las apuestas al cincuenta por ciento.

Y es que con un don en la manga no hay partida de azar que se resista.

Ladino, pertinaz, siempre en movimiento como el agua, mudable, transformista; siempre solidario con un estilo de poder radicado en la conciencia social que lo acusa y rechaza pero transige y lo absorbe; hermético, críptico, siempre apegado a la casta dirigente, ha observado los fallos y las debilidades del líder, ha comprobado sus temores, vacilaciones y celos, y ha aprendido a distanciarse de la picota tanto como de los focos.

Proteo ha dejado de obedecer para mandar.

El enigmático Proteo, seductor, favorecido e intrigante, ha llegado para quedarse. La fórmula de la permanencia es

simple, basta pronunciar su nombre. Un nombre que evoca la sabiduría, el conocimiento de lo esencial, la lucidez, el descubrir y controlar a tiempo lo que acontece, y el destino, la anticipación de las ideas y de las jugadas de los contendientes. El miedo que infunde es su baza maestra.

Proteo encuentra a Proteo sobre la alfombra roja, al fin el uno para el otro, e imbuido de certeza y con los augurios en popa celebra su particular hierogamia, el matrimonio sagrado del dios con el hombre. En su coronación proclama que es la luz y que es la ley, y anuncia en voz tonante para los oídos del mundo que su gobierno durará lo que su ego estime.

Lara Norklig leyó *Los trabajos de Proteo* en mayo de mil novecientos noventa y siete. Era el primer libro de Miguel Vayarte que compraba, aunque no el primero que leía en formato tradicional. Un amigo de biblioteca en vísperas de exámenes, aficionado a las artes escénicas y a los intercambios creativos, de nombre Garo Vellisca —Garo era una contracción del nombre propio Gerardo, que le fue impuesta en el colegio y él acogió de buen grado antes de toparse con la definición en el diccionario de la Real Academia Española—, cuya amistad dejó de frecuentar en marzo de mil novecientos noventa y siete —recuerda mejor la fecha que el motivo del distanciamiento—, le prestó la obra del profesor Vayarte titulada *Tratado de la peculiaridad*, que había comprado por encarecida recomendación de un pariente con el que se llevaba bien desde la infancia, y de la que voluntarioso extrajo algunos párrafos para redactar una sinopsis que alumbrara a Lara el contenido.

—No busques en mis notas orden o concierto sino sensaciones dentro de ti —indicó Garo al entregársela.

—Vale.

—Lo importante es lo que mi resumen te trasmita.

Lara creía que lo importante era lo que le transmitiera el *Tratado de la peculiaridad*.

—Claro.

—Lo importante es lo que sientas, como al interpretar, como al concebir una idea. Tú lee y vive.

En esa apreciación de una obra coincidía con él.

—Así lo haré.

Garo guardaba varias frases en la recámara cuando hablaba de lo que gustaba compartir.

—El estilo propio realza la personalidad y abre confluencias.

Sin especificar a quién se refería.

—Parece lógico.

Frases que iba disparando con cadencia de asentimiento mutuo.

—Hay que partir siempre de lo que uno es y de lo que uno siente. ¿Estás de acuerdo?

Lara despidió aquella solicitud sin medias tintas porque la peculiaridad extremada agota a sus receptores.

—Sí. Gracias por tus orientaciones. Ya te contaré.

Hojeó el resumen de Garo Vellisca y leyó con detenimiento y repetición las frases entresacadas de la obra del profesor Vayarte; ellas le incitaron a la lectura de la obra.

Lo siguiente fue descubrir nuevas publicaciones del autor y hablar de sus obras con quienes las conocían y demostraban un criterio fiable al comentarlas. Había donde elegir, pues Miguel Vayarte estaba en el candelero y recogía adhesiones y detractores en la sociedad opinante. Lara

estimulaba los posicionamientos hacia la persona, su principal interés, sin desdeñar las polémicas suscitadas por los exégetas ocasionales, como Garo Vellisca y también ella misma, hilando la probable relación entre pensamiento y palabra en la situación de escribir sobre la experiencia profesional o en la de plasmar con el suficiente valor e inteligencia conjeturas y argumentos. Lo poco que aún había leído de Miguel Vayarte la convirtió en una admiradora de visita en los improvisados foros de debate que frecuentaba con indisimulada inclinación. Según su pareja de entonces, Ramón Cueto, enemistado con los polemistas de oficio y las exaltaciones de nueva planta, ella debía recatarse en la aportación de frases.

—Las utilizo como ejemplos cuando me vienen al pelo de lo que quiero decir o de lo que quiero que me digan — se defendía Lara.

—Para eso ya están las preguntas directas. Si quieres saber algo pregúntalo.

—La línea recta es pequeño estímulo para conocer mundo. Cuando tengo prisa la cojo, la recorro y la gasto, pero no figura entre mis herramientas de aprendizaje preferidas.

Ante la reconvención, Lara aplicaba el estilo dialéctico de Miguel Vayarte, a su parecer tan eficaz en las facetas oral y escrita. Pero el de Ramón no le iba a la zaga, y en su voz sonaba más contundente que en la de ella.

—El uso excesivo de frases tomadas como ejemplo para un juicio intelectual sobre alguien va en detrimento de la calidad del discurso de su acusador o de su defensor — alegaba Ramón.

—No me convierte en acusación o en defensa el dar una muestra comprobable de lo que presento como prueba y someto a la opinión pública.

—Busca una loa fácil —opuso Ramón—. No hay una tesis en tu exposición sino un reforzamiento de la del citado.

—Pretendo que se discuta sobre un personaje en el candelero, del que tú, sin ir más lejos, tienes noticia, del que conservas memoria y con el que te identificas o discrepas en una mesa redonda o en la parada del autobús. Por eso esparzo las frases. Es mi anzuelo para pescar en aguas libres.

Ramón dio un respingo.

—Reminiscencia de antiguas influencias y de un modo de comprensión esquematizado, reducido a extractos —dijo en un tono que a Lara disgustaba.

—Baja del pedestal. La vida discurre a ras de tierra.

Habiendo honor al significado de su apellido, Ramón ignoraba la alusión a su engreimiento.

—En el peor de los casos, aunque nadie pique en las aguas libres de la controversia, tu persuasión las habrá repoblado con una especie cotizada en la lonja de pescado.

Ella era persuasiva, lo tomó como un halago, pero ni con todo su empeño pudo persuadirle para que aceptara y compartiera lo que consideraba prioritario en su vida y en la relación de pareja. Ramón calificaba ciertos postulados como achaques arbitrarios, actitud vital a la que Lara replicaba tildándola de racionalismo despótico. Pero no llegó la sangre al río. Todo lo que empieza un día u otro acaba, para qué seguir si el aviso de última parada en el ámbito personal salía al encuentro de ambos; les convenía una retirada a tiempo.

“Céntrate.”

Finalizaba el año dos mil y con él un siglo recreado en películas desde ópticas dispares. La apostilla era de Paco Moliner, entusiasta de los dibujos animados y aficionado al cine y a la música clásica.

—Gracias a las imágenes, las instantáneas y las secuenciadas, la realidad es más visible para los ojos humanos sin jurisdicción relevante.

—Pero la vida a través de una cámara es menos pintoresca —apuntó Lara—. Está trabajada en el laboratorio y, además, con un montaje ideado para adaptar el guion al resultado previsto. La vida proyectada en imágenes adolece de extravagancia, es quimérica.

—¿Por qué lo crees?

Lara pensó su respuesta.

—Es una vida artificiosa —afirmó categórica—. Prescinde de la capacidad de elección de la persona, y también de su imaginación. No concibo la vida sin imaginación.

—Ni yo —aceptó Paco—. Pero no busques tres pies al gato. En cualquier obra humana está patente el sello de su autor y un ojo avezado identifica el original de la copia. Eres una creativa publicitaria, ¿no?

—Sí.

Paco palmeó un haz de luz circulante.

—Por lo que debes ceñirte a dar una versión realista, aunque atrayente, del producto o mensaje. Ya sabes, la publicidad ha de ser veraz, ha de ser ética y bla, bla, bla.

—E imaginativa. Nadie paga una millonada por repeticiones o por anuncios carentes de belleza, de impacto estético o de una sofisticación asequible a la mayoría de los

bolsillos. El mensaje publicitario ha de ser honesto sin renunciar a enfocarlo con esa gracia sugerente que atrapa al consumidor potencial.

—En una red cosquillosa de espíritu navideño —soltó de corrido Paco—. Bien surtida la cesta de extravagancia y quimera. En este caso el prejuicio te ha tendido una trampa.

Lara asintió divertida.

—La publicidad informa y persuade. También ilusiona —dijo en tono candoroso—. La trampa la tiende quien participa de las tácticas y las estrategias para seducir al público. Esgrimo en mi defensa la presunción de inocencia.

Paco se echó a reír.

—Y tú sólo opinas, en absoluto juzgas.

Estaban en la calle, detenidos sus respectivos agobios laborales en mitad de un mundo acelerado, inmersos en una conversación espontánea sin prisa por llegar a la siguiente estación, rodeados por una espiral de comercio más consumo precipitando las compras navideñas. Lara había decidido al despertar esa mañana, finalizado el repaso mental a las obligaciones del día, que antes de volver a casa habría comprado el libro de Miguel Vayarte titulado *Manuales de estilo*, una recopilación de artículos publicados en revistas y periódicos nacionales e internacionales entre mil novecientos ochenta y mil novecientos noventa y ocho, en el que vertía una crítica argumentada y mordaz contra las normas de procedimiento puestas en marcha por los controladores de información en su afán por implantar y dirigir las corrientes de pensamiento y actuación de los grupos sociales subordinados, por precio o civismo, al poder dirimente. El lenguaje adulterado para satisfacción de

una impostura prepotente adicta a los neologismos y coloquialismos de barbarie, recibía un severo correctivo en las páginas del libro con sobradas muestras de su aberrante difusión. La obra sulfuró a sus consabidos detractores, señalados ellos, desde el anuncio de su despegue hacia los puntos de venta. Pero ni la previa campaña de desprestigio hacia el autor, por ese y otros motivos que venían de lejos, ni la posterior, sublimado el encono, auspiciada por las magistraturas ofendidas, detuvieron la adquisición de ejemplares por el público solicitante, nunca demasiado, pero sí suficiente.

Lara examinaba a Paco con verdadero interés.

—¿Y tú opinas o juzgas?

—Yo existo y creo en una vida que supera la ficción —respondió Paco observándola como a una compradora decidida a llevarse una mercancía descatalogada.

Se habían conocido a las cuatro de la tarde en la sala de reuniones de la agencia de publicidad donde trabajaba Lara, con el equipo de Alaya & asociados al completo. Juan José Moliner acudió a la cita de trabajo solo y tranquilo, representando a la firma MolFol, S.A. —empresa del sector del mueble, familiar y centenaria, con la sede en Castellón de la Plana y delegación y tienda en Madrid—, invitado a recibir información in situ de los esbozos del equipo artístico y a escuchar las propuestas del equipo creativo, para captar por boca de terceros las ideas del cliente, puro trámite, y como misión principal coger al vuelo el interlineado de los comentarios de la dirección, con el fundador presidiendo, pura rutina.

Al salir de la reunión Paco confiaba que podía ganar el concurso de proveedores.

—Tenemos una contrastada experiencia en pabellones y ferias —dijo a Lara al poner pie en la acera—. Un catálogo impecable y un precio competitivo. ¿Formas parte del jurado?

—Quizá el de reserva.

—Por si acaso toma mi tarjeta.

Lara la guardó en su bolso.

—Es una forma de promocionarse a todos los niveles —dijo enfatizando lo del aspecto promocional.

—No hay que dejar cabo suelto. Llevo unos cuantos años en esto y no me perdonaría si el error viniera por mi lado.

Estuvo tentada de preguntarle la edad: treinta y muchos, cuarenta y pocos, supuso. Y la tentación le pellizcaba para que averiguara por un método aséptico su estado civil.

—De los errores se aprende.

—Pero cuantos menos cometes mejor. A mí ya me ha pasado el tiempo de los errores evitables. Si trabajas para quien te necesita es muy difícil equivocarse.

Se despidieron con un apretón de manos y un eufónico hasta pronto flotando entre ambos mientras se dirigían hacia el gran centro urbano por direcciones opuestas.

“Ha sido como una primera cita.”

Estuvo a nada de promover una segunda cita al calor del intercambio de tarjetas y del vínculo laboral. Pero se abstuvo de erigirse en portavoz de su fulgurante deseo por miedo a descubrir de golpe lo que le apetecía conocer despacio.

Lara mantuvo estabilizado en su pensamiento a Paco Moliner hasta la siguiente cita. Una vez fijado el día, el lugar y la hora, dando a entender ella que no iba a priorizar

la conversación sobre cuestiones profesionales, las especulaciones quedaron en suspenso y las comparaciones desderradas de la memoria para avenirse a lo que sucediera.

Pero estaba nerviosa, quizá a causa de una duda contumaz, enquistada por atavismo, que mantiene la vigencia al no haber sido deshabilitado el modo preventivo. “No tengo motivo.” Sin embargo, notaba un reflujo de inseguridad en su teoría y en las extremidades de un cuerpo ataviado para resaltar.

Se preguntó al salir de casa qué podía perder si la relación no funcionaba. “¿De qué relación me hablas?” Camino de su apuesta de presente se hizo esta y otras preguntas, que resultaron variaciones sobre un mismo tema, y a cada una de las salvas interrogantes y codas de apercibimiento, apuntando a las trasposiciones de la personalidad, respondió con amañada discrepancia en lo relativo al tiempo y la dedicación, jocosa sutileza en lo tocante a presumibles conflictos por razón de gustos y deberes, y zanjó las suspicacias del yo rebelde con un epílogo enmarcado de posibilidad.

“Te hablo de mis sentimientos.”

Paco fue puntual y ella no fue desconsiderada. Así, como quien no quiere pero tampoco lo impide, dio inicio una relación voluntaria, discontinua y afortunada en su balance a juicio de ambos, a la que pronto acompañó un nimbo murmurador, intermitente en los presagios, volitando majestuoso sobre la cabeza y el espíritu de Lara.

“De qué relación me hablas.”

Una relación sincera de amor y respeto entre el hablante y su lengua, pedía Miguel Vayarte en el prólogo de *Manuales de estilo*, el libro que Lara Norklig compró en una librería del centro de Madrid un anochecer del año dos mil.

“¿Te acuerdas?”

Cuando en dos mil siete Lara lo cogió de la estantería para comprobar la coincidencia de su memoria con el título de uno de los artículos, y desde él con algunos párrafos y la idea motora, en breve anudó el pasado al presente y logró establecer un diálogo con los protagonistas.

“¿Me acuerdo de todo?”

Su afición por vincular lo hecho con lo esperado, y a la inversa, sometía a examen el conjunto de sus circunstancias. Esa tendencia suya a recorrer el calendario en sentido inverso era insana, le arrastraba a una zona muerta donde nada podía cambiarse y en la que nadie vivo se quedaba porque ninguna persona es tan fuerte ni habilidosa como para entrar en las cuevas de su historia a la luz de una vela, nadar sus lagunas desnudo y salir indemne y con ganas de nuevas revisiones, decía su hermana. En dos mil siete Olga tenía treinta y nueve años, cinco más que Lara, y estaba casada.

—No es normal, Lara.

—No soy normal, qué suerte.

Aunque encajados con frialdad, Lara interiorizaba los reproches y les daba trámite por orden de recepción. Una vez acondicionado su ánimo con su lógica emitía un veredicto, sin obviar a guisa de recordatorio el fundamento que lo había suscitado. Según ella su actitud era consciente, madura, valiente y educativa, sinónimo de inconformismo y de visión de conjunto.

Olga opinaba que el peor defecto era el de cambiar el nombre a las cosas para justificar la ceguera, la traición o la indignidad.

—Yo pongo nombre a las cosas —rebatí Lara— Por mucho que te empeñes hay tantas formas de ver el mundo como observadores. Pero si te limitas a dejar pasar la vida porque crees que ya has hecho lo que de ti se espera, o porque sabes que moviendo el castillo de humo desaparecerá en el aire y vas a quedarte a la intemperie, algo horrible en las mentalidades de vía estrecha, mejor no hables, no pienses ni respires, sigue la huella que te precede y reza para que el cerebro que traza tu destino sea benevolente contigo.

Olga hacía oídos sordos a las disertaciones de su hermana.

—Eres muy difícil, Lara.

—Qué va.

—Vamos a la mesa.

Olga no quería ayuda en la cocina. Las dos hermanas comían a menudo en casa de la mayor, solas y entretenidas con sus diálogos fraternales. Lara estaba encantada con las invitaciones, a las que aportaba detalles gastronómicos y novedades de varia índole dignas de mención. Olga cocinaba de maravilla, le gustaba agasajar el paladar de los comensales en cualquier momento mientras que Lara, el reverso de la moneda, nunca fue amante de trajinar con los fogones, aunque sabía defenderse y hasta ser original con acierto si la ocasión lo requería.

—Venga, deja el teléfono —apremió Olga con cara de desdén.

—Ya voy, pesada.

Olga fruncía los labios y refunfuñaba. Lara decía que gesticulaba en exceso.

—Qué manía te ha cogido.

—Estoy comunicada con el mundo.

—Todo tu mundo está en el teléfono. Pues no quisiera yo verme colgada de un aparato todo el santo día. Mire donde mire veo tu teléfono.

—Lo tengo a la vista porque espero una llamada —se excusó Lara.

—Ahora a comer. Es más importante la comida y la conversación con tu hermana que la llamada de un fantasma.

Lara suspiraba irónica, compasiva con la existencia trivial.

—Olga Norklig: de profesión sus labores, ejemplar madre y esposa, modelo de virtudes tradicionales, pareja de diseño. Te admiro.

—No te canses, soy feliz. Más feliz que tú.

Lena sabía que lo era.

—La felicidad es un camino muy largo lleno de escollos que va y viene. Y tú me aventajas en lo de ir y venir.

Al acabar de comer, Lara le enseñó la copia en papel de un artículo de Miguel Vayarte que había impreso la noche anterior. Olga leyó en voz alta el título: *Apunte sobre la cultura sin padrinos*, enarcó las cejas, hizo una pausa sin movimiento de ojos y siguió con la entradilla: *El querer aprender, voluntad que compete a la persona, dificulta la progresión del adoctrinamiento ideológico.*

—¿Lo leo ahora?

—No. Quédate con él y lo comentamos otro día. Tengo que irme.

Olga empezó a retirar la mesa despacio, como era su costumbre. Lara le ayudaba trasladando platos, copas, jarras y botella a mayor velocidad.

—¿Va todo bien?

—Hay una amenaza de tormenta en el horizonte —respondió Lara—. Ya veremos de qué magnitud.

—Sí, parece que se avecina una gorda.

—En realidad hace meses que se está gestando, pero aquí no nos damos por aludidos hasta que como dicen nuestros padres el mal está hecho.

—¿Piensas que te afectará?

Lara exhaló una ruidosa bocanada de aire a una copa medio llena de agua que giraba en el cuenco de la mano.

—Sí. Pero aún no intuyo en qué medida.

“A ti también te va a afectar la crisis y no eres consciente de la que te puede caer encima, estás en la inopia”, no dijo a su hermana.

Olga prometió leer el artículo de Miguel Vayarte y comentarlo en la próxima visita.

Las incertidumbres de toda índole no apagaban la ilusión en el rostro de Lara. Corría el otoño hacia el invierno en los tráfgos decembrinos, pletóricas las calles de gentes y vehículos y los comercios de reclamos, cuando se decidió a escribir un correo electrónico a Miguel Vayarte, a quien leía todas las semanas en su columna de análisis y opinión en un diario de tirada nacional, de impresión y lectura tradicional. Recientemente había descubierto que analizaba y opinaba con espacio propio en el periódico digital *Liberalidades*, también integrado en el consejo editorial. El profesor le respondió con prontitud y sustancia.

Miguel Vayarte atendía los correos electrónicos de sus lectores, dirigidos a la dirección que figuraba bajo su nombre y su fotografía, procurando mantener una correspondencia ágil y productiva. La mayoría de los correos recibidos eran de saludo, felicitación o refrendo por el artículo publicado, un porcentaje discreto modulaba el parecer personal con la consulta de barruntos o futuribles a la orden, no faltaban los agentes descalificadores embozados en ridículos alias o filiaciones inventadas, y el resto eran solicitudes intrínsecas de debate a dos; en esta categoría se inscribieron en adelante los correos de Lara.

Sincera al exponer su criterio y espontánea tras el manto de tecnología, Lara Norklig comunicaba su visión de la sociedad al ídolo de carne y hueso que escribía desde su credo y con sus argumentos a un tribunal heterogéneo que le daba o quitaba la razón consignando su respectiva postura. La fórmula del bis a bis proponía una comunicación singular refractaria al despliegue de comentarios en cascada, habituales al pie de las informaciones y que no pocas veces acababa enzarzando a los partidarios de lo publicado contra los detractores.

El primer correo de Lara Norklig a Miguel Vayarte data del tres de diciembre de dos mil siete. Era un comentario de seis líneas al artículo *Semblanza de una duda interior*, publicado el 30 de noviembre: “Una fecha en la que cuesta creer que sucediera algo trascendental”, un símil de cuento escrito precisa y paradójicamente en clave de nostalgia.

Lara empezó confesando que le hubiera encantado ser la autora y siguió el comentario hasta el final de la quinta línea lamentando su falta de iniciativa basada en la impericia para como mínimo haberlo intentado. La sexta línea

despedía su intervención agradeciendo la posibilidad brindada.

En su respuesta, Miguel Vayarte dedicó en nueve líneas un elogio a la nostalgia que no lastra el presente ni embozona el futuro y en la décima un saludo a su amable comentarista.

Los siguientes correos electrónicos que Lara fue escribiendo a Miguel Vayarte, sin una periodicidad concreta los envíos, hacían referencia al contenido del artículo al que añadía su comentario y, a propósito, consciente de sus palabras, manifestaba al destinatario la impronta que en ella iban dejando las diferentes publicaciones desde aquella primera lectura de *Los trabajos de Proteo*. Le bastaba cualquier resquicio en el texto actual para deducir la analogía con los precedentes y dar fe de su vigencia y necesidad de reposición. Cita a cita, tomadas como ejemplo de sus aseveraciones, en algo más de un año Lara compuso un breviario de consulta de las materias sugeridas.

A mediados de febrero de dos mil nueve, Miguel Vayarte publicó en *Liberalidades.com* el artículo *Teorizando*, que le serviría de prólogo a una sátira novelada que preparaba como denuncia a la proliferación de teorizantes a diestro y siniestro sin fundamento científico, intelectuales de prestado sentando cátedra al afirmar una cosa y la contraria con ensayado convencimiento, y relativistas ambulantes reclutados en el asambleísmo. Lara no tardó en leerlo y comentarlo, con mayor extensión de la que solía y con solvencia al avanzar a un lector receptivo la inminencia de cambios sociales que acabarían irremisiblemente enfrentados. Su convencimiento distaba del empirismo, le faltaba recorrido vital para ello, era emocional, venía motivado por un cúmulo de sensaciones en ebullición que le

obligaba a confesar a un extraño —a una persona especial—, pero únicamente a ese extraño, su precario equilibrio para sostenerse en la cuerda floja, su desafección social y su agobiante búsqueda de un horizonte para su imaginación.

Me acepto como soy, lo que me libera de la esclavitud de la apariencia. Me resigno a vivir en el mismo mundo con mis debilidades, aunque las disimulo y sólo las tolero en una dimensión privada que supera el número uno cuando son descubiertas por el número dos, o por uno de los números con cifra singular.

Tiendo a la anormalidad si la normalidad aliena. Me declaro anormal en un entorno de amorfia. Me da pánico verme arrebatada de conciencia individual.

Sigo culturizándome, cada vez me cuesta menos separar el trigo de la paja y a los artistas de los actores. Pronto no tendrá secretos para mí la frontera entre cultura y espectáculo, lástima que no pueda decir lo mismo del lugar donde nace y muere la parábola del Arco Iris. Tampoco me es asequible el mecanismo que activa la apertura de la tapa del caldero de oro porque las subvenciones están adjudicadas antes de formalizar su tramitación.

Aún no me he incorporado a la dinámica de la devolución de favores ni a la de la compraventa de voluntades y servicios, es un negocio de dirección única, es una trampa para criaturas sin alas y los sentidos recortados. Hay que sobrevivir a la crisis, escucho. Hay que salir de esta con heridas de pronóstico leve o, en el peor de los casos, reservado, pero con expectativas de mejora, me digo. Por ahora voy sorteando los obstáculos que arrojan los tejemanejes, pero como no dispongo de un tarro de bolsillo

con cantidad suficiente de panacea no sé si aguantaré la próxima embestida de un destino reacio a conceder favores a los alejados del aprisco.

Intuyo lo que me viene encima. No me engaño. El estómago habla con claridad meridiana y una ráfaga de presentimientos sale a mi encuentro. No voy a ser la excepción a la regla. Lo que de mí depende es conservar la esperanza y demostrar que en un sorteo la bola con mi número es ganadora. Por algún lado habrá una escapatoria, siempre la hay, eso pienso yo, aunque quizá me engañe.

Hoy he vuelto a invadir la calle, pero mi voz no es grito ni mi presencia amenaza. Mi invasión pasa desapercibida y en el fondo me alegro, porque erigirme en un icono de resistencia amañada o de revolución sin evolución me descalificaría, y entonces ya no habría manera de hacerme perdonar el paso en falso. Soy exigente al dar y al recibir, mantengo el orgullo e intacta la dignidad, todavía selecciono el aire que respiro de la oferta a mi alcance y ninguna noticia me nubla la vista tanto como para cegarme por un tiempo imprudente. Aspiro a ser buena en lo que me propongo y si lo consigo no tendré que aspirar a ser mejor. Disculpe el personalismo, pero las circunstancias mandan y en mí van ganando terreno a espuestas.

Entiendo sus palabras, profesor Vayarte, y comprendo lo difícil de fijar un rumbo cuando todos los vientos rolan para disuadir de la aventura. Yo los siento arremolinarse formando un círculo vicioso, una mancha resbaladiza, un agujero. En momentos de desasosiego veo a un palmo delante de mis pies una jaula con los barrotes traslúcidos a fuerza de pulimento, camuflada en el suelo por una gruesa capa de farfolla y donaciones de espejismo. Hágase a la idea de que mi desasosiego excluye el melodrama. Esos

momentos en los que a la dificultad se suma la incógnita y al temor de lo posible el machaqueo de lo probable, rescatan del limbo al instinto de supervivencia para que tienda una pasarela sobre la ciénaga y los efluvios de adormidera.

Levántate y anda, me digo apretando los dientes, no subas la audiencia de la telebasura, no eches caderas en el sofá, quema la celulitis gastando suela y músculo. Coge el paraguas para protegerte de las inclemencias, cálzate las botas de montar vaivenes, despierta tu apetito y cómete el mundo con su salsa y su guarnición. Conoce y supera es un lema magnífico.

Mi desasosiego recurre a la ingesta de inyectables con humor ácido, bálsamo de cordura tengo oído, para mantener las distancias y las diferencias con lo impropio. Noto que a mi alrededor late el consuelo de la devoción a la mentira y yo no lo quiero. Ya veremos lo que agunto.

Por cierto, profesor, ¿cuánto es posible aguantar sin publicar lo que se reserva para mejor ocasión? Y metida en preguntas, permítame esta: ¿hay una biografía suya en preparación?

Gracias por leerme.

Lara Norklig tenía que agradecer a Miguel Vayarte la salva de confianza que le había dirigido en su correo, con la apostilla de un ofrecimiento a voluntad del destinatario. Era consciente de que esa descarga emocional, que no leyó dos veces, la situaba en la picota: su nombre podía engrosar una lista negra de individuos insufribles cuyo objetivo hacia la paciencia del prójimo consiste en ponerla a prueba reafirmando su nadería por escrito; y ella no contaba con el piadoso subterfugio de la medicación.

Ya estaba enviado, para qué preocuparse por lo que pudiera hacer o entender Miguel Vayarte. Dedicar tiempo a una rectificación imposible es una estupidez, como lo es tirar a la basura comida en buen estado o lamentar un exceso por haber desoído al comité censor de actos inadecuados. Se ofrecía como candidata a biógrafa, cosa que le hubiera encantado, y se declaraba partidaria de abolir la difusión de las miserias y los trapos sucios de gentes azarosas venidas a menos, aireando episodios truculentos con el rostro pétreo o desfigurado por un dolor muy rentable, y de personajes gestados temporada a temporada para ese cometido, cosa que le traía sin cuidado. Pero no la dejaba indiferente.

—¡A ti qué te afecta lo que hagan o lo que digan esos!
—le espetaba su amiga Mara— Es su forma de ganarse la vida.

Mara Infante hojeaba las revistas de color rosado amarillento que le ponían a tiro los lugares de espera, y atendía, por pura distracción, dejando correr las horas —“como todo hijo de vecino alguna vez”, alegaba lavándose las manos—, los programas de cotilleo y farsa promocional en horario de máxima audiencia.

—Hay quien cae muy bajo.

—¿Te crees que les importa arrastrarse en la porquería que se lanzan unos a otros? ¡Menudo negocio!

—Ya. Se necesitan dos para jugar —aceptó Lara.

—Tres —señaló Mara—. La tercera parte es el público. Sin público no hay partido.

—Un público que aplaudía a rabiar que los ricos también lloraran.

Y el cuarto jugador era la cadena de televisión que se apuntaba el tanto de emitir en abierto.

Mara cerró los ojos con una tenue sonrisa dibujada en sus labios. A través de la nebulosa cajón de sastre recordaba la serie televisiva.

—Buena memoria.

Un consuelo ridículo, pensaba Lara. Eran vidas de pantomima diluyendo la realidad del espectador en un culto a la teatralidad plagada de gestos obscenos y expresiones furibundas. La desgracia ajena, aunque acordada capítulo a capítulo mientras los patrocinadores obtuvieran beneficios en la cuenta de resultados por la fidelidad del público y el beneplácito de los medios, suaviza el vacío interior y palia la tristeza de unas vidas a remolque, desincentivadas, proclives a seguir el camino trillado que el cometa de los deseos ilumina a tramos.

El cerco de presentimiento se cerraba. Debía prepararse para lo que iba a pasar.

Con la mirada puesta en el firmamento urbano, apoyadas las manos en la barandilla de la terraza, frío el metal en la medianoche, y a su espalda un leve resplandor proveniente de la cocina, Lara contaba los pocos objetos celestes que a simple vista desprendían brillo y tintineos en pugna con la absorbente claridad artificial de farolas, vehículos y viviendas.

Desde su domicilio, a doce metros de altura, la distancia hasta el límite del universo era igual de infinita para el ojo humano que extendido el medidor en la cima del Everest, pero no así la definición de los planetas, la suntuosidad de las constelaciones y el tránsito de los cometas con la lectura terrestre de calamidades o buenaventuras a cargo de los arúspices. Quizá también, a esa altura de roca y nieve, de hielo y ventisquero, que empequeñece todo lo que por debajo queda y desde la que los incontables astros brillan

esplendorosos, crecía la probabilidad de que se cumplieran los deseos del afortunado que los pidiera al paso fugaz de las estelas.

Le gustaba el piso, era su castillo.

Aunque de reojo o tras un cristal, las miradas de los humanos ansiosos buscan en el cielo de diciembre una señal de contingencia favorable. Cuando el año va cerrando su acotada existencia y los inventarios particulares asientan las columnas del haber y el debe, la subjetividad aplaude cualquier indicio de cambio en lo que hasta entonces ha sido desfavorable.

Al despedir el año se confía en que la renovación que traerá el nuevo supere con creces al simple propósito o a la mera ilusión.

Pero para estar seguro de que la materia y el espíritu no enlazan una esperanza en vano, habría que cerciorarse con el vaticinio de Proteo, aquel lugarteniente escogido por la cabeza rectora entre infinidad de candidatos, fiel a su dueño y señor, que calla o miente si la pregunta la formula quien no paga al contado y en efectivo. A Proteo es difícil encontrarlo fuera de servicio respirando al aire libre mezclado con la gente, tanto como a su homónimo espacial, un satélite del planeta Neptuno —el dios del mar en la mitología romana—, pequeño, irregular en su figura cicatrizada, huidizo al registro de las cámaras. Están ahí ambos, donde se les presume, existen y aparecen cuando se les enfoca con los medios adecuados.

Letra de Navidad

Desde aquel día aciago en el que los Reyes Magos se jubilaron sin negociar una prórroga indefinida, Lara mascula su fastidio ante la parafernalia navideña. Y alguna vez, tras la declaración de propósitos embotellados en la destilería del duende de la Navidad, que son como actos reflejos en respuesta a la época, ha cedido el año entrante a la ciencia para su almacenamiento sin curiosidad por lo que pudiera depararle. Quien pide al año que pase de un plumazo, sin vivir todos y cada uno de sus días, con todas y cada una de sus ofertas y demandas, cree tener mucha vida por delante y la posibilidad de elegir sus cartas.

La Navidad armoniza la alegría con la tristeza, es sabia y diestra, es animación y diálogo íntimo, es fantasía luminosa y estricto realismo y, probablemente, la repetición más inocua de cuantas depara la historia de las civilizaciones. Hace unos años, aún pocos, que Lara pasa de puntillas por las riberas del ajetreo, las compras de regalos y el festín gastronómico con las caras habituales. Hubo un largo periodo de tiempo en el que absorbía la acuarela navideña sin enajenarse a las emociones de la infancia ni a una felicidad inconsciente. Hasta que un año dijo basta y se convirtió en estatua.

—No es fácil, Paco.

Para Paco Moliner era fácil vestirse de segundo árbol de Navidad y sonreír con franqueza a los turroneos, pero eso a ella le resultaba anacrónico.

—Hiberna como los osos. Aíslate en tu mundo y que corra el tiempo. El siete de enero siempre llega y de su

prisa la añoranza por lo que ha quedado atrás. A mí me gusta la Navidad porque nada en ella me es ajeno.

—¿Nada? ¿Absolutamente nada?

—Nada —reía Paco divertido con el desconcierto de Lara—. Ni la familia, ni los reencuentros, ni las comidas ni los regalos son extraños a mi vida. ¿Te cuesta entenderlo? A mí no me cuesta entenderte.

Lara hibernaba cuanto podía, pero las excepciones mandan: los preparativos de la ropa y los complementos para las diferentes celebraciones, la comida de empresa, las madrugadas con los viejos amigos, los obsequios protocolarios, la cena de Nochebuena, el día de Navidad, la efervescente Nochevieja, el lánguido Año nuevo, la segunda tanda de regalos, la magia de la ilusión, el delicioso roscón de Reyes. Sin una mala ayuda de la lotería.

—Es demasiada concentración festiva.

—Tienes razón, pero precisamente por eso hay dónde elegir y con quién estar.

Nunca le preguntó cómo lo hacía y Paco no le daba otra pista que la de buscar dentro de ella la voluntad para nacer o morir.

—Dime cómo puede ser tan fácil.

—Cuestión de querer hacerlo —repetía Paco—. ¿Tú sabes lo que quieres?

Deseaba que alguna Navidad Paco la hubiera acompañado a una de las comidas o de las cenas familiares, creía que era un sacrificio asumible con reciprocidad pactada. Pero a lo largo de la relación nunca insistió tanto como para provocar una negativa airada de Paco. Le constaba que a él no le apetecía regresar antes del siete de enero a

Madrid y tampoco le ofreció con palabras claras una alternativa mediterránea para que ella la aceptara o la rechazara.

—¿Quieres que vaya a verte? —preguntó Lara de modo ritual, comedida en su solicitud.

—Serás bien recibida. Ya sabes lo que voy a hacer estos días.

De Paco sabía y desconocía casi todo. Normalmente era un libro abierto, pero a veces, sin explicación aparente, trasladaba su habilidad comercial a la faceta privada y entonces ella se perdía en la confluencia de esos dos mundos.

El veinte o el veintidós de diciembre, según la disposición de las fechas en el calendario, Paco emigraba a la costa del azahar; una rutina que le agradaba, sólo alterada una Nochevieja.

—¿Lo has pasado bien? —quiso saber Lara mojando los churros en el chocolate caliente.

—Muy bien —respondió Paco lengüeteando los cristales de azúcar pegados a sus labios.

Esa única página navideña compartida llevaba fecha dos de enero de dos mil cuatro. Al despedirle en la estación de ferrocarril, con el tren en ruta hacia la costa mediterránea cargado de pasaje, Lara se conjuró para agotar todas las posibilidades a su vuelta. Estaba segura de poder superar todos los obstáculos. Nada hay más fuerte ni engañoso que la propia convicción.

Al concilio de Navidad son convocados los recuerdos de la vida que aún no se han evaporado. El carácter de la conmemoración periódica es voluntario, pero las presencias con sus capítulos de historia personal son obligadas, y el

orden de aparición y la permanencia ante el tribunal se rigen por el ánimo y la intensidad del convocante. En el caso de Lara era pertinaz la demanda interior

Cada diciembre palpita con el mismo protocolo, todo el mundo lo sabe y, matices aparte, la mayoría de la gente pasa por el tubo y acaba transigiendo con los deseos de las partes y hasta disfruta del papel adjudicado. Diciembre es pura controversia y constantes cambios de humor, pero cuando asoma el sorteo de la Lotería Nacional —rara vez un premio jugoso, una aproximación al codiciado gordo, escondido muy por encima de los ruegos y los décimos—, en realidad cuando el consolador día de la salud da paso a las fechas coloreadas de fiesta, los suspiros anuncian treguas y estabilidad.

—Es un mes muy suyo —le dijo Jorge su primer diciembre de relación.

Ella asintió.

—Es un mes peculiar, lo tiene todo.

Jorge miraba la vida pasada con los ojos entornados.

—Su nombre resuena en los oídos a lo largo del año, es principio y fin, es música sinfónica y es un poema.

—Sentimiento, intimidad... bullicio... esperanzas... —añadió Lara con la mirada puesta en el envoltorio del futuro.

Diciembre es un mes propicio para la magia, quizá porque sus treinta y un días son campo abonado para la credulidad y la ilusión, o porque en un ancestral reparto de tareas le ha correspondido ser la aduana entre lo que se ha hecho y lo que se ha dejado de hacer, entre lo que deberá llevarse a cabo de una u otra manera y lo que apetece suceda a no tardar demasiado. Diciembre es el mes del año

que a un tiempo premia, castiga, obliga y consiente; alentado por buenos propósitos en un ambiente receptivo.

A Jorge, aficionado a la astronomía, le gustaba contemplar la cara oculta de diciembre; a Lara, propensa a creer que si es posible también es probable, le gustaba y mucho Jorge Alonso.

Le atrae, le atraerá mientras viva.

Aún se pregunta quién es Jorge, de dónde ha salido y qué ha sucedido. Son tres preguntas consecutivas, apéndices de una duda indivisa. Lo demás puede que lo sepa. Él siempre le ha dicho que lo sabe. Jorge le aseguraba que en él no tenía cabida ese tipo de misterio, en su caso todo era lo que parecía. Lara aceptaba que para responder a esa trilogía de la perplejidad bastaba una intuición autónoma, pero la suya al pensar en Jorge distaba un gran trecho de serlo.

Iba a casa de Olga. Hablarían un rato a solas antes de coger el coche para asistir a la cena en el tradicional hogar de los Norklig-Cubero, una entrañable fiesta de familia sin nietos. Esa Nochebuena los hijos de Olga, Alana y Marcos, la pasaban con el padre y su amplia parentela.

—Lara, si tuvieras hijos el sonido de la ausencia sería menor.

—Si tuviera hijos que sentar a la mesa el sonido de la ausencia de los tuyos sería menor pero mayor el espacio vacío dejado.

—Ya me entiendes. Es algo que flota en el ambiente en estas fechas. Falta algo, y lo peor es que te das cuenta de que eso sustancial no te pertenece del todo.

—No quiero hijos sin padre —repitió Lara.

—Yo te doy la razón.

Caminaba despacio, ni triste ni lo contrario, casi indiferente a su alrededor, abstraída en reflexiones y acopio de episodios para cuadrar el balance del año. Pero los últimos doce meses transcurridos en la vida de una persona inquieta es un periodo demasiado breve para la evaluación de una memoria que ha hecho de la búsqueda de sentido a todo su principal argumento.

Jorge le sugería que se remontara a la causa “como si fueras una exploradora que se ha propuesto encontrar la fuente de la que manan las aguas de un río mítico”, y que desde el origen iniciara el trayecto en dirección al presente “con el mapa en las manos para una consulta rápida, ajustado el cinturón de seguridad para no salir disparada por las sacudidas de la montaña rusa y una provisión de remedios contra el vértigo guardada en la bolsa de viaje”.

—Puede haber distorsiones al recordar —confesó Lara.

—Si quieres averiguar la verdad no habrá distorsión que se entrometa.

Su influencia era patente en ella desde que se conocieron. A veces, sin tenerlo al lado, lo notaba tan cerca de sí misma, tan pendiente de sus pasos y sus palabras, que proyectaba sobre la suya una imagen corregida y en su fuero interno perfeccionada.

“Desde el principio.”

Otra vez desde el principio. Ella en casa, cómoda, informal, los pies descalzos y las piernas desnudas hasta donde permite la camiseta de color blanco vacía de estampado. Una imagen simple y a la vez completa de sí misma que ve sin necesidad de mirar a un espejo, en la que también se reconoce por el olor y por el tacto. Las camisetas con o

sin mangas, de longitud amplia o exigua, le favorecen porque sus extremidades son largas y estilizadas, la curva del vientre retenida y el tamaño del pecho suficiente para marcar territorio. Preferible ropa holgada que ceñida. Le gusta introducirse en las camisas de corte masculino y en las americanas, vestuario perfecto para la actividad profesional que ni oculta ni muestra la parte accesorio del negocio, y que es sensualmente femenino. Está contenta con un físico que a los cuarenta le permite lucir desde una prenda simple, como camisetas o vaqueros, a un traje de chaqueta, un vestido a tres alturas o un diseño de firma auténtica para ocasiones especiales.

Nació atractiva, era la opinión general, y conservaba aquel aire fresco, espontáneo, de simpático descaro, que declaraba su infancia. En Olga también se posaban las miradas, y en abundancia, pero era más coqueta y estaba más pendiente de sus bazas de seducción, sutilmente pícara, menos apasionada y tendente desde niña a calcular los beneficios de las transacciones con frialdad y antelación. Para Lara su hermana era muy hermosa, la hermana guapa, graciosa, pizpireta y cariñosa, un encanto que arrancaba invitaciones y suspiros, la mujer deseada; pero aquejada de inseguridad, tardía en la reacción y deficiente en el disimulo. Desaprovechada, en definitiva.

“¿Igual que yo?”

El principio de la revisión no difería de año en año. En casa, cómoda, suelta de pies a cabeza, las ventanas abiertas si hacía calor y si hacía frío la calefacción puesta. Con calor o con frío en el ambiente tenía que sentirse a gusto con una camiseta y las piernas visibles. Y pasar sola el examen. Lo que no suponía un problema hasta que el agobio eco-

nómico truncó la libertad de espacio y movimientos a cambio de un respiro. La generosidad de Sergio obró el milagro, cualquier cosa antes que regresar a casa de sus padres y ni por asomo le apetecía compartir techo con Olga; era la solución menos mala, pero a la vez era una solución tramposa, inmerecida. No quería a Sergio tanto como para proyectar una vida de matrimonio, ni lo había amado nunca. Pero tampoco sintió amor, un amor de película, ese amor que embarga los sentidos y domina la razón, por ninguna de sus parejas adultas, y era un número respetable el que ya contabilizaba. Salvo con Jorge, la probable excepción. Esa pasión macerada en nervios e insomnio bien podía considerarse amor. Un amor maduro, un amor cauto, desvelado y perseverante, pero amor al fin y al cabo. Una faceta impresionable e irreprimible del sensato querer. Y sintió pronto el abrazo del neonato sentimiento, apenas unas horas después de la primera conversación, por teléfono entre las ocho y las nueve de un atardecer con las alas en reposo.

Acababa de llegar a casa con una compra ligera. Había sido el primer día soleado y de agradable temperatura de un septiembre destemplado y lluvioso que durante una semana se disfrazó de noviembre. Cómo disfrutaba el puñetero con la escasez de ropa de abrigo en los armarios, había que ingeniárselas para combinar varias prendas finas sin que resultara una imagen grotesca, o pasar frío. De todas formas el otoño ya estaba detrás de la puerta, lo indicaba el calendario de la cocina: lunes 13 de septiembre de 2010, época de nostalgia traída por el lento declinar de la luz diurna. Para ella, una vez más, era el momento de renovar aspiraciones y de limpiar el piso a fondo. Se prometió que empezaría mañana, pieza por pieza, sin agobios, y que

luego pasaría al asunto del traslado de la ropa, y después buscaría una forma estable de volver a ganarse la vida, y... Un respiro.

Una llamada a su teléfono móvil. ¿Otra insistente captación de clientes? ¿Un premio a la fidelidad? No le apetecía descolgar, pero instintivamente le sedujo la tentación de encontrarse con una sorpresa agradable. Podía ser, pensó. Le sonaba.

Era Jorge Alonso. ¿Por qué no había memorizado su número? Estaba segura de que iba a llamarla, aunque no tan pronto. Sólo hacía medio agosto que se escribían por correo electrónico y con el teléfono intercambiado, a propuesta de Lara, lo que llevaban de septiembre.

Una hora de conversación da para mucho, y si es la primera llamada entre dos personas que nunca se han visto ni han abordado otras cuestiones que las provocadas por la coincidencia suele iniciar o finalizar algo.

—La culpa se la achacaremos al profesor Vayarte —apuntó con gracejo Jorge al despedirse.

Era cierto, Miguel Vayarte los había unido. En los comentarios a la cuarta entrega de su *Teoría de la provisionalidad*, publicada en agosto en *Liberalidades*, apenas un mes atrás, el profesor Vayarte dialogaba con Jorge Alonso, que firmaba con su verdadero nombre, explayándose ambos. La conversación sobre un tema del que ya era seguidora condujo la atención de Lara hacia la novedad replicante, en absoluto un mero comparsa en su exposición de conceptos, con el que de inmediato se identificó. Aquella intromisión visual era sugerente y atractiva a la vez, pero no podía quedar sólo en eso, sin que nadie supiera de su presencia. Un tanto nerviosa, tuvo que pensarlo antes de atreverse a incluir un comentario a continuación del último

de Jorge. Cuando lo hizo, tras una minuciosa revisión del breve escrito en el que dirigía a ambos su conformidad por lo expuesto, sintió que su respiración era agitada y tenía el cuello tenso.

“Ahora a esperar.”

Una espera relativamente corta para su alivio. Miguel Vayarte, fiel a su costumbre, agradecía unas palabras a las que no cabía sino eso; y Jorge Alonso le dedicó algo más de espacio, quizá invitándola a profundizar en el debate de ideas. Lara rehuyó pasar de un segundo turno de comentario, despedida cordial y cierre. Aun queriendo acaparar un rato más a Jorge, “somos disidentes del mes vacacional por excelencia, ¿estamos los dos en periodo ocioso?”, temía excederse o quedar corta al trasladar su opinión sobre la provisionalidad, le dio miedo revelarse más allá de la modosa carta de presentación. De repente su plan era otro, más ambicioso y libre de riesgos; se le había ocurrido rastrear a Jorge en la red. Daría con él donde apareciera, para informarse del sentido de sus participaciones, lugares de los que era asiduo y el tiempo que empleaba en navegar; si le encontraba un blog o una página propia, allí retomaría la conversación.

No tardó en volver a sentarse ante el ordenador, ansiosa por inmiscuirse en la vida de Jorge Alonso, un desconocido que le abría la puerta. Presentía que no se equivocaba. Era como si se cumpliera una profecía: vais a encontraros, y no buscaba una excusa con la que justificar lo que nada en el mundo iba a impedirlo; como si ya hubiesen compartido un tramo de vida, ¿cuánto tiempo había pasado?, ¿dónde fue?, ¿quién abordó a quien?, y llegados a una ineludible bifurcación, de mutuo acuerdo optaron por diferenciar sus caminos para en un futuro, al que no pusieron

fecha, hacerlos coincidir y contarse las respectivas experiencias. Con la cuarta entrega de la *Teoría de la provisionalidad* había llegado el futuro.

Jorge la esperaba. ¿Por qué no iba a creerlo? El camino que conducía a su parcela en el ciberespacio estaba alfombrado con migas de pan de semillas, que es más consistente, perdurable y visible para el hambriento que sigue a por más. Fue fácil retomar el único hilo que los enlazaba y nada complicado presentar las respectivas credenciales para obtener el pláacet. Unos días de toma de contacto, incisivo y espontáneo él, muy estable en su posición al lanzar y recoger el anzuelo, también acostumbrado le pareció a Lara; moderadamente curiosa al principio ella e insistente después, ganada la confianza, al abordar cuestiones sobre las que ya deseaba tener una información completa. Conversaciones breves, a veces trepidantes y cuajadas por la ironía, en las que él disparaba con munición retórica a los ambages de Lara y ella con proyectiles evasivos a las divagaciones de Jorge. Lo pasaban bien, se notaba que la conversación daba para más, y una cosa llevó a la otra en breve, saturados de prolegómenos a distancia cuando sólo les separaban veinte kilómetros; otro punto a favor.

Al concertar la cita, esa ilusionante primera cita que siempre añade o sustrae un valor, por lo menos uno de los que se tienen en cuenta para dar el siguiente paso, Lara estaba nerviosa como no recordaba. Y aún lo estuvo más esa noche mientras repasaba sus fallos y en la memoria de los gestos y las palabras de Jorge buscaba un aprobado a la mujer que se le había acercado.

—Me gusta aislarme. Lo hago a menudo —dijo sin disimulo.

—¿Tienes alguna técnica especial? Me iría bien. A mí se me nota mucho, lo cual es un inconveniente.

Jorge le sugirió que fuera comedida en el ejercicio del arte.

—Practica en todos los ambientes. Si eso no basta, procura retrasar la denuncia por tu actitud para que cuando llegue la invalide una sentencia de prescripción.

Con un aprobado se conformaba.

Y así un mes y otro, un año y otro. Una iridiscente rutina que apresaba pero no se dejaba prender. Cada día era mejor que el precedente con el hombre de su vida, “es el hombre de mi vida”, “enhorabuena por haberlo encontrado, Lara, ya me gustaría a mí, no lo pierdas, no te lo dejes arrebatar”; pero también peor, sin que fuera malo, porque nunca era malo, “no puedo decir que sea malo, o perjudicial, o carente de alicientes”, “date con un canto en los dientes si continúa mañana donde lo despediste ayer, Lara, está el patio como para andar con remilgos, si hay respeto hay esperanza y si ha de ser será, mis abuelos decían si está de Dios será”; pero tampoco exactamente bueno, “lo que yo entiendo por bueno”, “nada en la carne y en los huesos es tan perfecto que pueda compararse a un decorado preciosista, ni a una escultura del Renacimiento, ni a un paisaje por descubrir”.

Lo que realmente le atemorizaba es que Jorge no mentía. Quizá exageraba al afirmar que estaba preparado para irse, que tenía la maleta al alcance de la mano y un billete abierto sobre la mesa, porque era una necesidad vital la de variar de mundo antes de asomarse a la frontera, aunque no supiera dónde ni con quién, animal o persona, ni cuándo; quizá anunciaba un suceso con el simple y llano

propósito de evitarlo gracias a una participación elegida en la que podía apoyarse.

—Somos una circunstancia pasajera, Lara.

—Somos un acto de voluntad, Jorge. Yo también tengo razón.

—Recuerda la *Teoría de la provisionalidad*, Lara.

—Me acuerdo de todo lo que hemos hablado, Jorge. ¿Y tú? ¿Te acuerdas de todo? Tienes una memoria fantástica.

No discutían, por lo menos el tono nunca era virulento ni el gesto amenazador ni las facciones descompuestas, sino que dialogan a distinto nivel.

—Me ayuda a cometer menos errores.

—Tienes un dominio de ti mismo que quisiera me contagiara.

—Eso lo he aprendido de los perros y los gatos, cuestión de fijarse en cómo manejan su irracionalidad para sobrevivir en las diversas sociedades racionales. En mi familia también ha habido canarios, jilgueros y palomas, seres irracionales que al poder equivocarse sólo una vez por vida, a lo sumo dos veces, tienden a medir sus acciones con un cálculo muy atinado.

Jorge era irónico y si se lo proponía también sarcástico, agudo en la observación e incisivo hasta rasgar el tejido íntimo. Lara no podía denunciar sus defectos, le resultaba imposible echárselos en cara cuando menudeaban los reproches en un lance de autoafirmación, y una vez pasada la tormenta, abrazados frente a un mundo difuminado o cogidos de la mano durante un paseo sin extremos preconcebidos, como los de las historias inacabadas por voluntad, archivaba el litigio el arrullo de las voces puestas en sintonía.

Se parecían, era cierto, y también el que Jorge la descolocaba, se le daba de maravilla sacarla de quicio, se lo propusiera o surgiera accidentalmente, y andar un paso por delante de ella. Cuando ella acusaba el golpe de una polémica nacida estéril, el número de pasos entre su anverso y el reverso de Jorge aumentaba, y con la distancia física un vacío interior de hondo calado.

Es un hecho que en el amor se hacen patentes los lances de fortuna un episodio antes o un episodio después que los lances de adversidad.

“¿Dónde me he perdido?”

En una región hiperbórea animada por fantasías, de cielo algodonoso verde, azul y blanco, con las avenidas, callejas y plazuelas arreboladas de espíritu concordante y tintadas a brochazos generosos de almíbar y confitura. Lara se había vuelto a perder en el punto y aparte.

Jorge Alonso, el punto y aparte, le había enseñado muchas cosas que ella agradecía.

—Me siento más fuerte. Me siento más preparada para afrontar los retos que vengan —dijo a Jorge sin eludir el doble sentido.

—Eres mejor que yo, Lara, tienes el horizonte despejado y no te pesan las contradicciones. Serás insuperable si en vez de esperar decides tomar la iniciativa.

Un halago con sabor amargo, una caricia sedosa terminada en pellizco reprobador.

—Y tú si te dejaras llevar.

Jorge asentía. Es fácil dejarse llevar a la esquina opuesta o a un confín remoto cuando estás preparado para irte; y él, supo Lara cuando se quitó la venda de los ojos, lo estaba desde que tenía uso de razón. Cualquier referencia a la

Teoría de la provisionalidad que asomara en sus conversaciones les conducía a una disyuntiva que, pese a obviarla con fintas de gentil apostura, acababa por tirar de las defeniciones y el retorno al punto muerto.

“No tiro la toalla. Merece la pena.”

Jorge era un hombre valiente. Lara le confirmaba henchida de orgullo que no había conocido a nadie más valiente. También lo pensaba de Miguel Vayarte, pero eso no restaba un ápice de sinceridad y entrega hacia su pareja; cada uno a su manera, con sus medios, abonaba su creencia. Ambos compatibilizaban en el sentimiento. Jorge era un libro abierto que Lara hojeaba con mano temblorosa y leía con ojos nerviosos, como si quisiera llegar a un tiempo al final de la página, del capítulo y de las obras completas habiendo entendido la letra y el espíritu de la redacción, obligándola a retroceder más que avanzar y a estancarse en la lectura de pasajes de interpretación única, negándose ella a admitirlo. No podía ser tan obvio. Su habilidad para ser creído y para tener de él una opinión elevada, unido a su continua disposición a explicarse le inmunizaba de la sospecha de una doble vida o de la condena por indiferencia. No era posible.

Lo imposible para Lara era ganar a Jorge en una discusión.

—Compruébalo tú misma —zanjaba él cuando se había cansado de dar vueltas a un asunto, sin visos de cambio en las posturas.

Jorge aguantaba el pulso que se le echara con pericia, firme en la defensa, demoledor en el ataque. Era frío al decidir y no se entretenía con escaramuzas si adivinaba

que nada positivo iba a sacar. Y a la vez detestaba la competición. Había sitio para todos, marcadas las diferencias de altura, anchura y longitud; un lugar específico, propio y privativo, en el que desarrollar la peculiaridad establecidas unas inviolables coordenadas terrestres.

—Un espacio vital —secundaba Lara, aunque insegura respecto a la extensión que él daba a eso que, en mayor o menor medida y dadas las coyunturas, era una aspiración para el común de los mortales en las sociedades sustentadas en el individuo.

—Sí. Y una proyección —añadió Jorge en la última conversación sobre el tema. Lara no le preguntó si el significado real incluía un viaje interminable por una órbita excéntrica. No le preguntó si ese, en resumidas cuentas, era su ideal nunca confesado. Tampoco le preguntó, probablemente porque la respuesta carecía de valor intrínseco, si la despedida a una situación de hecho, íntegramente asumida, debía ser recitada o, simplemente, ejecutada.

Lara cree que cualquier defecto es subsanable gracias a la redentora intervención de la voluntad; y después de haber abierto el paréntesis de los caminos divergentes, muy a su pesar pero convencida de su beneficio para los dos, seguía manteniendo en su seno que el libérrimo Jorge era el arquetipo de pareja por la que ella apostaba para una convivencia sin compartimentos estancos. Podía lograrlo. La comunicación entre ellos no había cesado, espontánea, fluida e invariablemente sincera y cercana. Sólo era cuestión de que un instinto atrajera al otro en el momento adecuado, pensaba.

Olga aún no estaba lista.

—Entretente con lo que quieras mientras termino de arreglarme —ofreció Olga—. No tardo.

Era pronto. Había llegado a casa de su hermana con media hora de adelanto, harta de cruzarse con gente, prisas y paquetes con destino concreto y agobiada por la elocuencia de su memoria, que en Navidad olvidaba el placer de flotar en la inconsciencia. Una pausa en un bar no le hubiera servido de nada, tampoco le apetecía escribir frases sueltas en su descuidado *Relato vital* de haber traído el cuaderno consigo; ni cosa diferente a esperar los acontecimientos hasta el final de las fiestas.

Se había prometido ser amable, delicada y exquisita, además de no hurgar en las heridas y aparentar indiferencia con los aspectos relevantes de su entorno; un modelo de hermana e hija, por este orden, una invitada elegante que no molesta ni ofende, que piensa lo que va a decir y cuando habla regala los oídos de la concurrencia. Ni una palabra de más ni un gesto discrepante ni una mahomía.

“Qué dolor de cabeza.”

El piso no olía a hogar, registraba turbulencias. Lara paseó el abigarrado comedor y la amplia cocina evocando tiempos mejores, al menos en apariencia. El costoso mobiliario no había sufrido merma, la limpieza y el decorado eran escrupulosos a la revista y el silencio educado, de sirviente fiel echo a las vicisitudes de la existencia. Nada había fuera de lugar, cada objeto o adorno estaba correctamente ubicado en su sitio respectivo, pero sólo el inmenso vacío de la incertidumbre tenía ganada la plaza en aquel mundo desangelado.

—¿Te ayudo?

—En seguida estoy —respondió Olga con voz atropellada.

Finalizada la inspección, Lara bebió un vaso de agua y luego asomó la nariz en el dormitorio de su hermana. La vio trajar con su teléfono móvil, absorta en la lectura y en la transmisión de los mensajes, los dedos alados percutiendo a velocidad de experta en la pantalla, recostada a media luz en la butaca de estampado jeroglífico. Su vestido para la cena de Nochebuena esperaba la puesta sobre la cama, delicadamente colocado. Olga trataba muy bien la ropa, y era una filigrana con los equipajes.

“¿Quién te ha visto y quién te ve, hermana?”

—Oye...

Olga acusó la sorpresa.

—¡Voy...!

Embridado el azoro y pendiente de una noticia que se resistía a felicitarle las fiestas, le pidió un momento más de intimidad.

—Deja eso. Quiero proponerte un juego.

—Acabo...

—Te doy un minuto o me largo.

—Voy...

—¡Niña, al salón!

Olga era siete centímetros inferior en estatura a su hermana, pero compensaba esa desventaja física con una mayor y bien proporcionada exuberancia, de parejos centímetros; su cabello era ondulado, originariamente de color trigoño, característico de los Cubero, y miraba con ojos de un gris azulado chispeante, herencia paterna. Lena llevaba el cabello más largo, lacio y juvenil, menos sometido a peluquería, y su mirada era de un verde difuso, melancólico, legado materno.

—Voy.

Olga llegó precedida de un respingo. Continuaba pegada al teléfono.

Lara había prometido comedirse, permanecer ciega, sorda y muda, pasar sin ruido por las celebraciones familiares, mostrarse afable y atenta, ser un holograma exquisito de sí misma.

—Deja eso y siéntate. Quiero hablar contigo.

—Otro día. No quiero llegar tarde.

Lara sacó una hoja de su bolso.

—Seré rápida.

—¿Qué es?

Una hoja impresa por una cara.

—Nada que no sepamos.

El teléfono emitía avisos sonoros, gañidos de cachorro retozón a la madre desatenta.

—Entonces no perdamos el tiempo.

—Es un test. Yo pregunto y tú respondes.

—¿Para qué?

Lara disparó las preguntas.

—¿Crees en el amor? ¿Existe el amor verdadero? ¿Te enamoras con facilidad?

Lo urgente para Olga, todavía enlazada a los episodios de la ruptura, es encontrar a un hombre que expulse la inseguridad que le atenaza. Un hombre atractivo, inteligente, cariñoso y fiel; un hombre enamorado únicamente de ella; un hombre que al conocerla diga: ¡por fin te he encontrado!, y rompa en el acto con su vida anterior y con las redes sociales. Su mundo se ha venido abajo con el terremoto, el estrépito se ha escuchado en un radio de amistades, vecinos y tratos. Con un hombre al lado, en su coche, en la calle y en la cama, con ese hombre completo, nadie la señalará como un peligro en ciernes para los maridos de

las amigas ni le afectarían las veleidades a flote de la gente conocida.

—Paso —desdeñó Olga.

—¿Pareja o compromiso? ¿Qué hombre prefieres? ¿Qué hombres rechazas? ¿Cuántos atractivos te importan en un hombre?

Un hombre encandilado con ella. Un hombre independiente. Un hombre deseable para el resto de las mujeres, pero inasequible a ellas, y admirado por el resto de los hombres. Un hombre al que no tenga que mantener. Un hombre detallista, divertido y culto. Un hombre que sirva para la cohabitación, prudente o decidido a conveniencia. Un hombre que evite rumores, ridículos, precipitaciones, maledicciones e imposiciones. Un hombre, muy hombre.

—¡De qué vas!

—¿El sexo es un medio, una necesidad o un fin? —leyó imperturbable—. ¿Hay tantas clases de sexo como de hombres? ¿Prefieres la pasión desinteresada o el interés apasionado? ¿En compañía o en acuerdo? ¿La soledad es un castigo, el resultado de un fracaso o una opción inteligente?

Reprochaba a Olga su afán desmesurado por sentirse materialmente acompañada, su vinculación obsesiva a las redes sociales desde que retomara la soltería, sumergida en el descrédito y la indignidad; le acusaba de centrar toda su vida en encontrar una pareja inmediatamente a resultas de su despecho. A la defensiva, Olga le recriminaba que su prisma fuera el de la fe del converso, el de una maniquea: antes bueno, ahora malo, si lo hago yo es bueno si no lo hago yo es malo; vulgo hipocresía. Mientras ella, Olga, se había fijado en un hombre a edad temprana, tras un des-

carte al que pronto vio los defectos e inconvenientes, casado con él y convertido en esposa fiel y madre responsable, Lara coleccionaba parejas, encadenaba relaciones a cual más corta, experimentaba con las modas y agotaba la convivencia de una tacada. Con autoridad de hermana mayor espetaba a Lara que estuviera sumida en el sueño de la pareja perfecta, prueba que te prueba, siempre con alguien cerca o en la recámara —¿todavía se llama Jorge?—, cosechando fracasos y sinsabores, negando la evidencia de tener pánico a la soledad. “Tú también eres una mujer necesitada”.

—¿Qué estupidez? No seas infantil. Esto es para críos.

—La última: ¿contra quién compites? Tu turno.

Además de competir por la custodia de sus dos hijos, porque según ella su ex marido, a quien el papel de padre nunca había desvelado antes, ahora que comenzaba el aspecto legal del litigio buscaba causarle desazón y daño, estaba abocada a entablar duelos al sol y a la sombra con cuantas mujeres en su misma o parecida situación se disputaban las ofertas en un mercado tramposo, mujeres más jóvenes, más guapas y más predispuestas; y a solicitar del juez adjudicado por reparto unas cautelas dadivosas y una pensión que permita respirar dentro y fuera de la todavía casa propia; y contra él, origen y causa de la zozobra, porque, velis nolis, andan entre fingimientos a ver quién de los dos consigue restregar antes al otro una pareja estable, de excelente añada, o un número de parejas de quita y pon de los que hacen mella. Con los hijos como testigos y comentaristas de las hazañas.

Olga se revolvió, le había enfadado el despropósito de su hermana.

—Te cedo el turno. Contesta, venga. ¿Te repito las preguntas, hermana? Yo no necesito chuletas.

El teléfono gorjeaba acunado por una piel que desprendía calor y malestar. La noche más larga del año galopaba hacia el bullicioso recogimiento de los hogares engalanados y las cenas succulentas. ¡Feliz Navidad! Toma mi regalo, ábrelo y pásmate. Dame el resguardo de compra que pasado mañana lo cambio. ¡Qué mal gusto! Qué poco aguante. ¿Has encontrado un remedio eficaz para los desajustes de la premenopausia? Pago al contado y en efectivo. Tengo cuarenta y cuatro años, repite Olga al espejo y a Lara, pero no lo escribe en su perfil de las redes sociales, ni apunta con caligrafía impaciente que es una mujer vulnerable y que tiene prisa; dos ventajas para el mejor postor. Felicidades, mujer versátil; se busca hombre polivalente, gratificación generosa, copita de moscatel y polvorones. Es una broma. No bromeo. Míranos, tal para cual. Brindemos por el Nuevo Año. ¡Feliz 2012! Cada día que pasa sin cumplir sus objetivos a Olga le parece un año perdido. A falta de compañeros buena es la salud. Sergio y Lara celebraban las fiestas navideñas por separado, cada uno en su mundo, lo que quita problemas a una convivencia peculiar.

La familia Norklig tiene un lema de cabecera: Si no lo ganas no lo gastes. La familia Cubero tiene como lema de cabecera que día pasado no vuelve.

Lara rompió el hiriente cuestionario.

—A nuestra salud.

Segunda época

Para aceptar y aplicar el totalitarismo de mesiánicos e iluminados siempre hay justificaciones. Para actuar en contra de la libertad y someterse a la imposición de los totalitarios siempre hay excusas.

La ruta migratoria de las aves y los peces

Había nacido sano e inquieto, de constitución fuerte y ágil para pensar y moverse en cuanto se valió por sí mismo, llamado a escribir páginas de aventura a la manera de los que viven lo que sienten con vocación y sin involucrar al prójimo, a ras de suelo y a la mayor altura. A una edad que abre muchas expectativas y cierra un número similar de posibilidades se prendió al lema: la vida vuela, hay que volar la vida.

Empezó pronto a confeccionar sus alas, al margen de las circunstancias, ilusionado y consciente de las dificultades que debería afrontar una vez superada la teoría. El plan que tenía en mente era sencillo, infalible, pues sólo dependía de él.

—¿No te cansas de mirar hacia arriba?

—Los caminos del cielo llevan más lejos y están menos trillados.

Gabriel Valdés Duato, sin antecedentes familiares que nadie recuerde en la navegación aérea, obtuvo a los dieciocho años el título de piloto de aviación privada; acabado el bachillerato superior y aprobada la reválida, solicitó el ingreso en la Academia General del Aire para convertirse en piloto militar de aviones y helicópteros; y años después, con una excedencia sine die y una hoja de servicios de las que abren puertas o las dejan abiertas de par en par, como no hay dos sin tres, consiguió la licencia de vuelo para aviones comerciales. Su cosmovisión del mundo se erigía sobre las cabezas de admiradores, amables indiferentes y detractores, que de todo hubo mientras compartió espacio

geográfico donde mejor se le conocía entonces. Con precisión y desvelo, solo con su idea o acompañado por afines y curiosos de comprobado respeto, casi cada noche, buscaba la sugestivamente incógnita ruta de las estrellas y a la clarificadora luz del Sol la de las nubes y las aves migratorias en pos de un horizonte que atravesar.

También queda pequeño el cielo sobre su cabeza al ansioso remontador de corrientes turbulentas y sosegadas; se le ofrece menudo y dócil el decorado de la bóveda al alcance de la vista al explorador de florestas indómitas, crestas orgullosas, desiertos blancos y pardos y relieves costeros de corte abrupto y lenguaje de viento y olas.

No hubo antepasados Valdés ni Duato que surcaran los cielos, pero sí uno con historia de la que se imprime en documentos y conserva en archivos y museos, que navegó aguas del mundo, oficial de Marina embarcado en la corbeta *Descubierta* que junto a la *Atrevida* protagonizaron la expedición científica, militar y política al mando de los oficiales de la Armada española Alejandro Malaspina y José Bustamante y Guerra; cinco años de navegación entre julio de 1789 y septiembre de 1794 que exploraron tierras y mares de América, Asia y Oceanía, con origen y destino en el puerto de Cádiz. De pasada, modestamente, refería el episodio ajeno a los alardes que ello pudiera derivarle, pero animado de aquel espíritu indómito que traslada a los hombres de un presente anodino a un futuro de plus ultra incontinente espolvoreado de azares.

A dos años de cumplir los cuarenta y durante cuatro, de mil novecientos ochenta y seis a mil novecientos noventa, incorporó su experiencia y habilidad a un recorrido aéreo intensivo por España, península, islas y plazas de sobera-

nía, firmando estudios y reportajes para instituciones privadas y públicas a los mandos de un avión C-212 Aviocar y excepcionalmente un helicóptero Robinson R-22. Navegó de día y de noche los cielos de las Españas a velocidad de ascenso, crucero y descenso, trazando mapas y perfiles con las estelas de los motores. Decantado por la velocidad propulsora de las hélices —de mayor parecido a las alas de las aves que las turbinas—, fuera de servicio solía pilotar un avión ligero Beechcraft Baron 58 comprado en el mercado de segunda mano pero en muy buen estado por el poco uso recibido, aeronave que bautizó *Descubierta*, nombre en honor de su genealogía y por el obvio sentido del concepto, con plaza techada en el aeropuerto de Cuatro Vientos, el más antiguo de España. Su trabajo a los mandos del Aviocar era agradable, bien pagado, interesante y con finalidad didáctica, lo que le añadía aliciente y responsabilidad —tenía que garantizar la integridad física del pasaje, la máxima estabilidad del avión y los planos adecuados a la óptica de las cámaras—, en el que aprendió a descubrir lugares recónditos y esquivos salvo para las aves y a sortear peligros en el aire con suficiente antelación. Hasta que una nueva oferta laboral, de las que proponen y convencen, le trasladó acto seguido de los cielos españoles a los centroeuropeos otros cuatro años, alternando los encargos y las excursiones sin obligación contractual.

Gabriel se estableció en la ciudad de Innsbruck, en Austria, sede de la compañía de aerotaxis propiedad de la familia Vogelweide, a la que llegó a bordo de su *Descubierta*. Su amigo Thomas Hamann, a quien conoció y trató volando el Aviocar de las vistas de pájaro, ahora yerno asociado en el negocio con una participación menor pero simbólica, le había convencido para que como él cambiara

de paisajes y de aspiraciones. El periodo de adaptación para Gabriel en el Dornier Do-228, el avión que le correspondía pilotar en adelante, duró cinco semanas, salpicadas de veleidosa climatología, con vuelos reales desde el principio con Thomas y un instructor específico para vuelo instrumental y mecánica.

Las pintorescas regiones austriacas de Tirol, Vorarlberg y Salzburgo, la alemana de Baviera, la suiza de los Grisones, las italianas de Trentino-Alto Adigio, Véneto y Piemonte, y el principado de Liechtenstein, con incursiones esporádicas en los enclaves turísticos de Checoslovaquia —unidad políticamente disuelta en mil novecientos noventa y tres, negocio ampliado desde esa fecha— y Hungría, conformaban un mosaico de valles, ríos y montañas, con referencias estrictas, unas romas y otras filosas. Aquella Europa de pauta y convenio ofrecía a Gabriel un abanico de posibilidades y una importante y segura fuente de ingresos. Satisfactorio pero insuficiente. Al cabo, le tiro-neaba con fuerza y persistencia el seguir cruzando meridianos, con la sucesión variopinta de horizontes, en dirección Oeste. La decantación geográfica la tuvo clara en cuanto se le planteó la disyuntiva de poner rumbo al medio Oriente o desplazarse al lejano Occidente, no fue suficiente el atractivo de una jugosa oferta de trabajo en los pequeños Estados del Golfo Pérsico, por tiempo ilimitado, para desviarlo de su siguiente decidida ambición, un itinerario a modo de paseo entre nubes, turbulencias y corrientes por las Tierras Altas de Escocia y los volcanes de Islandia antes de fijar el rumbo ultramarino hacia Poniente, el Nuevo Mundo.

El matrimonio Vogelweide, Hans Rudolf y Regina, artífices de la aerolínea, apostaba por Canadá y Estados Unidos para expandir su negocio al despuntar mil novecientos noventa y cinco. Los contactos en las dos orillas del Atlántico septentrional avalaban la iniciativa, si los aparatos y los pilotos respondían al competente mercado. Los Vogelweide contrataron a gente de su absoluta confianza, como Gabriel Valdés Duato, y asesorados por la experiencia, adquirieron una flota de aviones De Havilland Canada DHC 6-300, con características STOL (despegue y aterrizaje en pistas de dimensiones reducidas y de firme irregular) y aptos para calzar esquís y flotadores, uno de los cuales, de color blanco estreno, cubriría la ruta de traslado entre Edimburgo y Toronto a los mandos de Gabriel y de Nick Bechet, piloto británico incorporado al equipo que conocía dónde y cómo aterrizar en Noruega, las islas Feroe, Islandia y su Escocia natal.

A Gabriel le hubiera encantado disponer de tiempo para pilotar su *Descubierta* por el litoral noruego, de Kristiansand al cabo Norte, pero las opciones de vuelo libre eran mínimas, adaptadas a la función específica de la prueba del avión y el cruce septentrional del Atlántico con pasaje. El recorrido de Innsbruck a Cuatro Vientos para meterse en la carlinga y poner rumbo a Oslo con escalas en Francia y Dinamarca se le comía el permiso de una semana para arreglar los asuntos pertinentes a su nuevo destino. Lo dejaba pendiente. Cuando años después pudo realizar el viaje por el litoral noruego sin presiones contractuales, los consejos de Nick Bechet le fueron de mucha utilidad.

Los Vogelweide tomaron el viaje con escalas de Londres a Toronto, entre los paralelos 60° y 70° Norte, como

unas vacaciones exclusivas en el mes de mayo. Hans Rudolph aprovechó las horas de monótona travesía sobre el océano para devolver a su carácter y prestigio empresarial la intrepidez del pasado cuando él mismo pilotaba el avión que inauguró su próspero negocio que ahora cruzaba la inmensa barrera acuática. Regina, por su parte, además de disfrutar del vuelo por el hecho de sentirse en el vértice de la perspectiva, suponiéndolo eximido de percances insolubles, se dedicó a fotografiar el mundo por debajo, tarea en la que colaboró con la cámara de vídeo y algún que otro disparo de cámara un versado Gabriel, que capturaba para el reportaje doméstico el cromatismo, forma y densidad de las nubes.

Gabriel y Nick subieron al DHC 6-300, que al unísono bautizaron *Blanco*, un apelativo de uso personal, en el aeropuerto de la City de Londres. Los Vogelweide habían llegado a la capital británica el día anterior en vuelo de línea regular procedente de Viena. Embarcaron los cuatro y Nick pilotó el DHC 6-300 hasta el aeropuerto de Edimburgo, primera etapa de la travesía; en la capital escocesa sopesaron durante dos días de estancia turística si probaban el avión con un vuelo al aeropuerto de Sola, en la ciudad noruega de Stavangen, y de allí a las islas Feroe, como sugirió Nick, o seguían el trayecto prefijado en dirección al aeropuerto de Vágar, el único en el archipiélago de las Feroe; ganó esta segunda opción que combinaba suelo terrestre y marino, también por razones prácticas.

Los aproximadamente 700 kilómetros entre Edimburgo y Vágar discurrieron plácidamente en un día de buena visibilidad, poco viento y de cola, escaso tráfico, turnándose para pilotar Gabriel, Nick y Hans Rudolph, aunque la au-

toridad en la navegación, que es como decir la última palabra, según se había decidido correspondiera al británico. Los tramos libre de responsabilidad náutica directa regalaron a Gabriel y a sus dos cámaras, alternativamente compartidas con Regina, un tapiz primaveral en el que predominaban los verdes, blancos y azules, pincelados de un gris perenne y de un ocre diluido en la poderosa gama de sus vecinos. Nick iba pronunciando con deje local los accidentes y lugares a medida que la sombra del avión los acariciaba.

En Vágar pasaron la noche. La intención de los cuatro, al hilo del curso vacacional establecido para el recorrido hasta Toronto, era visitar algo de superficie isleña en veinticuatro o cuarenta y ocho horas, pues amigos de los Vogelweide y el propio Nick lo recomendaban; pero el aviso meteorológico de cruce con una cercana inclemencia en barrido hacia Islandia precipitó la salida. Dado el plan de vuelo y las varias escalas con atractivo y novedad para los cuatro, en el índice de prioridades figuraban por delante las siguientes postas.

Gabriel voló al cabo de los años el recortado y abrupto perfil noruego a una altura de entre trescientos y mil metros con la carta de sugerencias de Nick Bechet muy presente.

Rumbo a la isla de los ciento treinta volcanes despegaron a las diez de la mañana, con las condiciones atmosféricas todavía a favor. En Islandia aterrizarían en el aeropuerto de Hornafjörður, hora y media más próximo que el de Reykjavik, la capital y punto de partida para el salto a Groenlandia. Como el territorio islandés era una novedad para los Vogelweide, Regina se encargó de trazar el plan

turístico señalando a priori los lugares que debían ver, aunque sólo fuera a través de las ventanillas del avión. Por ejemplo, y venía al pelo, el imponente glaciar Vatnajökull en la comarca de su primer aterrizaje islandés.

Minutos antes de divisar tierra las nubes adensaron una gruesa capa de opacidad creciente. La velocidad del viento, de costado occidental, arreciaba y la inminencia de la tormenta empujaba a encontrar un hotel con habitaciones disponibles. Después de aterrizar, y guarecido *Blanco* en el pequeño hangar disponible, un taxi los condujo a Höfn, población distante diez kilómetros y único estuario navegable de la isla, para mayor abudamiento de méritos locales. La información que recibieron del improvisado guía sobre el extenso Parque Nacional de Vatnajökull les puso los dientes largos: géiseres de elevado surtidor, volcanes activos, lagos glaciares, calderas y cráteres para baños con el cielo como techo y las cascadas siempre animadas por la afluencia de agua.

La estancia se prolongó más de lo previsto a causa de la tormenta desatada sobre el Estrecho de Dinamarca, brazo de mar que separa Islandia de Groenlandia por el que se deslizan parsimoniosos y amenazadores los furtivos icebergs. Habían calculado tres o cuatro días de asueto turístico, pero a la espera del cambio meteorológico permanecieron en el confín de Europa una semana de exploración limitada con mucha calma entretenida, horas de carretera para recorrer distancias cortas y buen humor contagioso y productivo; misiones aparte, estaban de vacaciones y ante los imponderables es mejor aceptarlos con paciencia y curiosidad que con genio destemplado e inútil obcecación.

De los seis días la mitad le correspondieron a Reykjavik y zona de influencia, con *Blanco* trasladado desde Hornafjörður en vuelo que realizó íntegramente Gabriel; al cabo de los cuales y con turno de despegue para Nick partieron hacia la siguiente isla.

La etapa de vuelo que les separaba del aeropuerto de Kusuluk, situado en la cara oriental de la inmensa Kalaallit Nunaat, nombre autóctono de Groenlandia, por lo desconocido para los dos pilotos y por bordear en su extremo meridional el círculo polar ártico, era peliaguda, equivalente en riesgo a la que iba desde Nuuk, en la costa occidental, a Iqaluit, en la isla de Baffin, capital del territorio canadiense de Nunavut, por el Estrecho de Davis, enlace de aguas sombrías sacudido por fieras mareas. No hubo incidencias mecánicas en los setecientos treinta kilómetros de océano y sí, como en anteriores tramos, abundancia de disparos fotográficos y de vídeo a pesar del ambiente empañado. *Blanco* respondía obediente y animoso a las órdenes de los pilotos y a las observaciones técnicas de Hans Rudolph, el piloto añorante de la juventud audaz.

En Kusuluk pasaron entre casas de llamativos colores que, a ojos de los adustos moradores y de los ocasionales viajeros de exigua pernoctación, intrigan por la rivalidad incruenta de los contrastes, espantan la monótona persistencia del velo polar. Al día siguiente, en ruta hacia Nuuk, la capital de la isla, la más septentrional del mundo, a setecientos kilómetros de distancia y en la cara oeste, la que da al Nuevo Mundo, sobrevolaron Tasiilak, que es la capital de la costa oriental, la que mira al Viejo Mundo.

Como en Reykjavik, en Nuuk revisaron los motores y cuadro de instrumentos de *Blanco* antes de proseguir a Canadá. El fiordo Nuup Kangerlua y la montaña Sermitsiaq,

relieves circundantes de la capital, despidieron al cabo de dos días la breve estancia en Groenlandia.

Ochocientos veinte kilómetros rumbo SO desde Nuuk, con nubosidad variable y rachas medias de viento, *Blanco* deslizó sus ruedas en el rugoso asfalto del aeropuerto de Iqaluit, en la isla de Baffin, tierra de la piedra plateada, puerta de entrada a Canadá.

A partir de entonces y hasta el aeropuerto Toronto City Centre, en la provincia de Ontario, *Blanco* voló cuatro tramos, con sus respectivas paradas, camino del Sur: a Kuujuaq, en el distrito de Nunavik, provincia de Quebec; a Churchill Falls, en la provincia de Newfoundland y Labrador; a Roberval y Maniwaki de nuevo en la provincia de Quebec, con un total aproximado de 2.800 kilómetros en su fuselaje y recio mecanismo.

Residenciado formalmente en la ciudad de Toronto, sede de la compañía de aerotaxis participada al sesenta por ciento por los Vogelweide, la vida de Gabriel Valdés Duato en el Nuevo Mundo difería sólo en el marco geográfico con relación a su periplo español y centroeuropeo. Ese mil novecientos noventa y cinco, primero del calendario americano, había cumplido cuarenta y siete años y aclimatado perfectamente, continuaba en alas de su vocación y a expensas de cualquiera propuesta con membrete de realismo que ensanchara los límites de su actividad profesional, añadiera matices a la larga lista de cielos surcados en trayectorias elípticas y capítulos al *Diario de la Descubierta*.

El negocio comenzado con pie firme y voluntad de permanencia, exigía un rendimiento óptimo a los administradores, a los pilotos y a los mecánicos, pero como resultaba

próspero y, en consecuencia, edificante, también ofrecía posibilidades de expansión e innovaciones en un territorio tan vasto a pesar de las crecientes competencias. Pasados tres años de aquel verano inaugural, el consorcio presidido por los Vogelweide contemplaba a medio plazo algunos escenarios tentadores en Canadá, las provincias de Alberta y Columbia británica, y en Estados Unidos, los de Washington y Michigan. Escucharon la opinión y sugerencias de Gabriel, también de los otros pilotos y del jefe de mecánicos, Greg Dabanus, un hombre reputado a la hora de dirigir equipos humanos en tierra que solucionan rápidamente las inefables contingencias de la mecánica en vuelo que tienen remedio humano, y nómada solicitado del empleo por cuenta ajena. Y, sin precipitación, estudiaban adentrarse en los mercados del próspero Oeste con los recursos adquiridos.

El ingeniero Greg Dabanus, afamado terapeuta de motores, era requerido como míster Dabanus en acto de servicio, título habitual que se antepone al apellido en las Fuerzas Armadas, al dirigirse a personas de una edad que lo solicita y aquellas mercedoras de un respeto protocolario. Míster Dabanus hizo buenas migas con Gabriel, el señor Valdés en horario laboral; congeniaron por identificación con las respectivas trayectorias, por el gusto a los cambios de aires y un paladar asimilado a la cocina tradicional, de diverso origen y sabores generalmente ensalzados. No eran los únicos en suelo y cielo extranjero, pero ellos dos encarnaban mejor que nadie el espíritu de la traslación que preserva en un cálido núcleo sentimental la cuna, los olores hogareños y los primeros paisajes que acuden a saludar a los que balbucean y andan a gatas.

El estómago tira mucho y hace amigos que, ya puestos a la mesa, practican el arte de la oratoria sin acaloramientos ni imposición forzada de criterios a la que salta. A míster Dabanus le sonaba el restaurante de cocina española *El tapeo* sugerido por Gabriel, degustaciones a la española, con la materia prima importada de la piel de toro y elaboradas a su estilo regional; y como míster Dabanus ya conocía, aunque escasamente, las delicias culinarias de la dieta mediterránea en algunas de sus variantes —que lejos de España, si bien hechas, todavía saben mejor y avivan la llama inextinguible—, le encantó la propuesta de intercambiar experiencias y recuerdos con el oficial del Ejército del Aire —camaradería elogiosa con un superior— al amor de las golosas viandas de la patria ultramarina y unos vasos de cerveza —en cuestión de bebida Greg Dabanus sólo maridaba con la cerveza y el agua—, que en honor al señor Valdés aceptó fuera española. El pasado militar los apeaba, lo notaron en seguida, ese vínculo transfronterizo y transcultural les confería un añadido a ojos vista de disciplina y sacrificio, de compañerismo y discreción, de complicidad; eran directos en las propuestas, eficaces en los cometidos y libres de entrar o salir en los momentos de asueto. El lazo del toque de diana y del toque de oración engalanaba sus currículos y despertaba el natural interés entre aliados por descubrir la huella que había impreso en su versión original. El señor Valdés y míster Dabanus acudían periódicamente a *El tapeo* o establecimiento similar, mesa reservada, para en franca connivencia hablar de secretos mecánicos, ponencias de Greg, y de la sutil magia de la improvisación, ponencias de Gabriel, sin oídos al acecho e inexcusablemente con una ración de croquetas para empezar.

Míster Dabanus y el señor Valdés comentaban ajenos a un guion sobre las incidencias cotidianas en sus reductos gastronómicos y en el santuario del jefe mecánico, a puerta cerrada y herramientas en ristre. Greg era norteamericano, nacido y criado en Olympia, la capital del estado de Washington, bisnieto de emigrantes bálticos y desde niño, como su padre, aficionado a trastear con juguetes, electrodomésticos y máquinas. Su facilidad para montar y desmontar lo que le cayera, con acierto en ambas operaciones, inclinó la balanza hacia la ingeniería mecánica que estudió en Washington State University y luego ingresó en el Ejército porque esa era su segunda opción profesional y una etapa que reclamaba insistentemente ser vivida.

Cierto día a comienzos de febrero, finalizado un transporte, míster Dabanus citó al señor Valdés para una reunión, por ejemplo, en *El tapeo*. Una vez sentados a la mesa y servido el plato de croquetas le habló de Marion Reiss.

—También sabe lo que quiere.

Con esta frase dejaba claro que entre ella y Gabriel cabía la aventura que le expuso sin florituras en cinco minutos.

—Me interesa.

Entonces míster Dabanus, tras elegir en la carta los platos de la cena, le amplió la información.

Las familias Dabanus y Reiss, ésta numerosa y muy sociable, frecuentaban los lugares comunes de su vecindario en Olympia. De los siete hijos Reiss, Marion era la revoltosa, pero también la más expansiva y sagaz, disponible para toda clase de tareas organizativas e impulsora de actividades toleradas que le descubrieran realidades fascinantes de la vida y el mundo. Greg la trató poco en la etapa

infantil porque le llevaba dieciséis años, coincidían sólo en las aficiones deportivas, y porque de las diferenciadas hermanas Reiss era su preferida, por edad y temperamento, la metódica Tracey, de quien se hizo novio y continúa, subraya, felizmente casado.

Marion Reiss creció absorbiendo la influencia de su entorno hasta que buscó nuevos estímulos por donde le guiaba el instinto, y aún efervescente ya sometido su antiguo trajín. Estudió comunicación audiovisual en Seattle University, donde fue una alumna destacada, creativa e investigadora. Quería captar la esencia de las imágenes que extraídas de cualquier situación y en un instante que cruzaba fugaz por delante de su objetivo lograba aislar en su cabeza, y en sus cuadernos de apuntes, para en el siguiente proceso, involucrada como arte y parte en la metamorfosis, adaptar al sonido intrínseco de la secuencia un comentario idóneo, complementario.

—Tu experiencia en la fotografía aérea le puede ser muy útil, por eso le hablé de ti. Me dijo que averiguara tu disponibilidad y eso hago.

—Dile que voy a implicarme en el proyecto.

Míster Dabanus se mostró complacido.

—Díselo tú. Marion va a Ottawa mañana para ir atando cabos y pasará el fin de semana con nosotros, aquí; el lunes regresa a Seattle espero que con buenas noticias. Ven a casa.

La productora y realizadora audiovisual Marion Reiss, de cuarenta y dos años, y Gabriel, de cincuenta, compartían el lema de que todo es posible cuando se está en movimiento. A partir de la presentación en el hogar de los Dabanus, lo demás llegó fácil y rápido. El señor Valdés

quedó incorporado al equipo de profesionales que iba a fotografiar y grabar en vídeo las vertientes ártica, septentrional, y pacífica, meridional, de los Montes de Alaska, en calidad de técnico de imagen aérea y piloto auxiliar; las vertientes atlántica, oriental, y pacífica, occidental, de las Montañas Rocosas; y las vertientes marítima y continental de la muy extensa Cordillera de los Andes.

—Tu apellido, *Valdez*, me recuerda al de una ciudad de Alaska fundada por españoles —dijo Marion pronunciándolo al modo norteamericano, con incidencia nasal—. ¿Hay alguna coincidencia?

—Creo que mi rama del apellido es distinta. Y se pronuncia Valdés, con ese final —corrigió Gabriel—, como entonces se llamó al lugar que ahora citas.

En 1790 y en aguas del Pacífico noroccidental inexploradas por los europeos, una expedición española al mando del oficial de la Armada Salvador Fidalgo Lopegarcía, embarcada en el paquebote *San Carlos* con quince soldados a bordo como argumento de fuerza, reconocía el territorio de Alaska para recibir y dar noticia del mítico estrecho de Anián, supuesto corredor del no menos mitificado paso náutico al Noroeste, y toma de posesión del territorio descubierta y hollado. Costeando entre inclemencias y desconocimiento de la zona, el *San Carlos* recaló en una ensenada de aparente abrigo y que Fidalgo bautizó con el nombre de Valdés, en honor al Secretario de Estado del Despacho Universal de Marina e Indias —cargo equivalente al actual de ministro— Antonio Valdés y Fernández Bazán, y después en un fondeadero, propiamente dicho, a pocas millas al sur que llamó Puerto Córdova, en honor del almirante y Director General de la Armada Luis de Córdova y Córdova. Ambos topónimos se conservan, con la

variación en la última consonante, la letra ese por la letra zeta, en el primero, y tienen como peculiaridad que son los más septentrionales del mundo en lengua española. Finalizado el recorrido por la costa suroccidental de Alaska, Fidalgo puso proa al estrecho del Príncipe Guillermo, enfiló la entrada de la Cala de la Orca, y soltó el ancla cerca de Puerto Córdova para desembarcar. Protocolariamente, Salvador Fidalgo amistó con los nativos —ni rastro de rusos o europeos por esa latitud—, y acto seguido, de un modo solemne, los españoles erigieron una enorme cruz de madera y luego, formada para rendir honores la tropa, se procedió al izado de la bandera de España. Corría el 3 de junio de 1790 cuando Salvador Fidalgo leyó la proclama por la que tomaba posesión de Alaska en nombre del rey Carlos IV y el imperio español alcanzaba su cénit.

El proyecto audiovisual dirigido por Marion Reiss era ambicioso más que original y más didáctico que ocioso con etiqueta de investigación a lo que salga en el reverso. La idea no había partido de ella sino a su lado, a dos sillas, una mesa de mezclas y un monitor de distancia física, surgida sin énfasis de un ayudante de edición de vídeo con ganas de aprender el oficio con ejercicios reales en una conversación intrascendente con las miradas en pausa, pero de inmediato cobró forma de guion en su cabeza y se la apropió, debidamente, otorgando un puesto en el equipo a la joven promesa cuando la idea pasó a convertirse en proyecto de tres fases —la primera en Alaska, la ruta de los glaciares y los plutones; la segunda entre Canadá y Estados Unidos, la ruta de las cresterías y los espejos; y la tercera, la ruta de los picos y los volcanes, de Colombia a Chile y Argentina— con visos de probabilidad. El viaje era de ida y vuelta en cada una de las etapas, de Oeste a

Este en Alaska, a bordo de un Short SC.7 Skyvan, y de Norte a Sur y Sur a Norte en Norteamérica y Sudamérica, volando respectivamente un De Havilland DHC-6 y un CASA C-212 Aviocar de la Fuerza Aérea colombiana acondicionado para uso civil.

Contar con un piloto experto en fotografía aérea y en pilotar dos de los tres aviones, que además sabía manejar una cámara y hablaba perfectamente español, supuso la eliminación de dos problemas de la lista. Marion Reiss había aprovechado el viaje y regresaba al campo base con cielo despejado y viento de cola. Brindaron por la buena marcha de la *Expedición de los cordales*.

El Foro Civicae, organización transnacional con sede en el distrito londinense de Kensington, integrada por representantes de una veintena de países y con oficinas colaboradoras de diferente empaque en otros tantos, convocó a primeros de julio del año dos mil en la ciudad de Toronto su congreso bianual —de especial relevancia por coincidir la despedida de un siglo y el advenimiento de otro que, en opinión unánime que ninguno de los augures por razones obvias podrá constatar, a su término diferirá de manera antagónica con la etapa final del precedente—, al que también asistieron los invitados que por designio y aval de cada una de las delegaciones iban a participar en la exposición y debate sobre el tema elegido, *El fundamento de una sociedad estable* y los que de su espesura surgieran durante el plazo congresual.

La comisión española del Foro Civicae incluyó al profesor Miguel Vayarte en la nómina de conferenciantes por su destacada contribución al pensamiento cívico y a la causa de la libertad de la persona en todos los ámbitos,

manifiesta de obra y palabra a lo largo de una trayectoria docente que superaba las bodas de plata.

Miguel Vayarte acogió como un honor de los que obligan a reiterarse en el esfuerzo la encomienda del Foro Cívicae. Además, una excursión a las cataratas del Niágara a la vista del trasbordador Torres Quevedo —*Spanish Aero-car*—, impermeabilizados con el cinematográfico capote amarillo, y una inspección ocular a las posibilidades que el universo canadiense ofrecía a su magisterio, eran un reclamo sobrado para aceptar con gratitud y propósito de competencia.

—Ven, coge fuerza —pidió a su mujer— Serán unas vacaciones para ti, para nosotros.

Pero Ángela, aun poniendo de su parte una actitud positiva y vehemente contra la enfermedad, en vísperas del viaje porfiaba contra una infección intestinal que físicamente la debilitaba y decaía el ánimo, y no era un síntoma aislado ni especialmente virulento de la preocupante evolución de su cuadro médico. Todos en la familia eran conscientes del evolutivo proceso minador en el organismo de Ángela.

—Llévate a Miguel Ángel —propuso ella.

El primogénito del matrimonio Vayarte brincaba de contento con el regalo; a sus veintidós años había puesto sus expectativas académicas de posgrado en el ultramar norteamericano y de pronto, como agua caída del cielo cuando más falta hace, asomaba la oportunidad del primer contacto tangible.

—Estoy listo —anunció con entusiasmo y una demanda de comprensión a sus dos hermanos.

—Sea.

Miguel Vayarte decidió que su disertación versaría sobre *La sociedad cedente*, y ese sería su título; una excerpta de trabajos, algunos inconclusos e inéditos otros, sobre los sentidos originario y actual de la tolerancia, ajustada a una exposición oral en el marco tasado del congreso, que encaenaba en orden cronológico conceptos, bases teóricas, autoridades espirituales, filosóficas y netamente políticas, y fórmulas dialécticas para sustantivar por el anverso y el reverso sinonimias de raíz coincidente y empleo dispar, según acosos con renovados bríos, tales como la indulgencia, la claudicación y la benevolencia, insemnada copiosamente en la imperecedera reserva cesionaria de estultos y sumisos, con una referencia laica a la socorrida parábola del hijo pródigo.

La eficiencia en los preparativos redundó en el desarrollo del congreso, algo habitual para los sucesivos organizadores del periódico evento. Con puntualidad y concreción insobornables, las horas de cada jornada fueron desggranando la programación, impresa en un opúsculo de diseño expresionista que actores, público y comunicadores leían ávidamente unas cuantas veces en los interines para extraer deducciones parciales, acordes con lo vivido o en consonancia con una línea editorial, antes de la publicación de las conclusiones oficiales del congreso y la satisfactoria mención a su eficaz resultado en el solemnizado criterio de la junta directiva.

Como en todo acontecimiento que se precie, y los congresos internacionales del Foro Civicae no eran una excepción, a los aspectos puramente formales, dentro del orden establecido y la función determinada, se incorpora a menudo sin invitación expresa un apartado de la clase espectáculo-controversia, acampado en los aledaños del recinto

hospitalario, provisto de un notorio apoyo sonoro y panfletario, con el decorado de un plato televisivo itinerante (que ha ido sustituyendo en las tareas de campo asignadas a la agitación y a la propaganda al corresponsal de campaña, armado de rústicos útiles de escritura y un número de teléfono, y al estudio radiofónico) cuya concurso, activo y continuado, en definitiva es el de contraprogramar a gran escala los objetivos del acto señalado en importantes agendas. Esta participación en sentido contrario que se convirtió en rutina multitudinaria extremista ya entrado el siglo XXI, con preferencia en Europa, es la única a la que nihilistas, bolcheviques, adictos a las revoluciones localizadas, experimentales, y partidarios de la tabla rasa en cuestión de historia inconveniente para los intereses que, más o menos encubiertamente, financian los movimientos de distorsión, acuden agremiados con las citas subrayadas en rojo en los respectivos calendarios de movilizaciones y en calidad de enviados especiales, con los peones jerarquizados, el despliegue usual y el alarde de servicio premiado a posteriori a guisa de señuelo.

En paralelo a la celebración del evento, como mandan los cánones del entredicho, las cadenas al margen de los contenidos —avanzadilla de las oleadas en sincronizada protesta—, aupadas sobre las plataformas de los practicables merced a la clemencia estival en el Sureste de Ontario y la consabida pasividad del mundo libre, todavía soportable para los escaparates, comercios y mobiliario urbano, recibían una fraterna atención por parte de las agencias de noticias acreditadas y de los competidores, que apostillaban sus resúmenes con algún que otro comentario ajeno al verdadero motivo de su presencia.

—¿Gremialismo mal entendido o miedo en sentido lato, qué opinas?

Miguel Vayarte dobló cuidadosamente una nota escrita con pulcra caligrafía para que abultara apenas en el bolsillo interior de la americana.

—Es un juego a dos bandas, por si acaso. Por si la libertad, invocada como un mantra por sus más tenaces enemigos, mengua aherrojada en sus manos e intención al tamaño del pensamiento único. Aún incipiente, aún con notorios desacuerdos en los impulsores. Pronto veremos surgir a nuestra espalda la cresta de la ola.

Albert James Fowlds, periodista y economista a la estela del pensamiento liberal clásico de Ludwig von Mises y del legado del liberalismo intelectual, nacido en el condado inglés de Cumbria, lindante con Escocia y Gales, y trasladado por motivos profesionales al de Norfolk, con balcón al mar del Norte, contemplaba la minorada función gratuita sin torcer el gesto, con una indiferencia despectiva no obstante ataviada con paño británico. Asintió la frase y la completó.

—El tamaño de un guisante para la libertad, el de un haba para la solidaridad y el de una lenteja para la igualdad, conceptos desvirtuados y abstraídos de la persona por el pensamiento único de quienes se los han apropiado para interferir en sus intrínsecas naturalezas a fuerza de reiteración dentro de un perímetro de condicionamiento.

Miguel Vayarte observaba la nerviosa confluencia de técnicos, meritorios y periodistas tras el cordón de seguridad.

—En el cual no cabe ni la mención individualizada de las categorías ni la idea de persona disociada del grupo sometido a control.

—¡Tanta molestia para desacreditarnos! ¡Tanto empeño para infravalorarnos! Me siento alguien muy valioso, puede que estemos realmente inspirados por la razón absoluta. ¿Somos conscientes de nuestra principalidad, profesor Vayarte? —ironizó Albert James Fowlds caminando hacia los micrófonos a paso lento y con las manos cruzadas a la espalda.

—Puede que no sólo estemos en posesión de la verdad sino que también de la contraseña que activa el mecanismo del convencimiento, y no para utilizarlo durante los accesos de megalomanía como moneda de cambio. ¡Fascinante! Deberíamos concienciarnos de nuestro poder terrenal, profesor Fowlds. Nos aguarda impaciente el cuarto poder.

—Concentrémonos en satisfacer las expectativas.

El resumen de la jornada contado por sus actores a cielo abierto, si el tiempo lo permitía, era una constante en los congresos del Foro Civicae agradecida por la prensa acreditada. Con el paso de los años y de los congresos, como anticipaba entonces Miguel Vayarte con sus palabras, el auge del discurso y los planteamientos liberales en las democracias de tal signo, las occidentales, y en las economías emergentes en el continente asiático y Sudamérica, era directamente proporcional a las manifestaciones en contra de cualquier iniciativa opuesta a la reedición globalizada y poliédrica de la ortodoxia marxista-leninista, distintivo de la extinta Unión Soviética, en los mapamundis de la última década del siglo XX, y abotargados satélites, ideológicamente corregido, aumentado y exportado, llamada en singular populismo, llamada en plural movimientos de liberación, denominados antisistema sus activistas; sin confrontación intelectual, sin espacio para el debate;

sin visos, cosa lógica, de futura convivencia en paz y armonía.

—¿Qué lado prefieres? —preguntó el profesor Fowlds.

—¿Qué turno escoges? —preguntó el profesor Vayarte.

De la relación con los medios se encargaba un miembro de la organización especializado en protocolo y con soltura al desenvolverse en al menos tres idiomas, a preferir también ducho en la lidia con las provocaciones y las interferencias, algo que enseña bien la práctica.

Míster Chapman, el atildado maestro de ceremonias canadiense, de exquisitos modales pero categórico al cumplir su cometido, de acendrado sentido del humor aplicado a la adversidad, los acompañó al estrado, frente a los reporteros y corresponsales. La costumbre del Foro Cívicae durante la celebración de sus congresos es que ante los medios de comunicación comparecieran los ponentes y los conferenciantes que habían expuesto sus temas de puertas adentro —cuestiones de relevancia social, política y económica ilustradas por la historia —, de a dos —que es número de complemento y de diversidad— y según el orden de intervención en ese día. Con voz clara y audible en derredor, míster Chapman los presentaba sucintamente, aludía con medida concisión al asunto tratado por cada uno y daba paso a las preguntas comunes y específicas que no habían sido prefijadas y que con sus correspondientes respuestas no podían exceder la duración de veinte minutos. Las peticiones para las entrevistas personales no concertadas previamente debían acordarse con el gabinete de relaciones públicas puesto a disposición por los organizadores.

Año tras año, y ya iban treinta, las conclusiones de los congresos, así como los mensajes e informes, trasegaban

distancias para enlazar los cuatro puntos cardinales en una red informativa molesta a los grupos de presión en la órbita intervencionista.

—Gracias por su presencia e interés —despidió ritualmente a los periodistas míster Chapman.

La nota que un miembro del gabinete de relaciones públicas había entregado a Miguel Vayarte era una invitación personal, escrita a mano con caligrafía ágil y estilizada unos minutos antes, a la charla coloquio sobre la *Expedición de los cordales*, que tendría lugar al día siguiente, tras la clausura del congreso, en la sede de la colonia española en Toronto. Firmaba la nota Gabriel Valdés. Otra nota similar pero con destinatario genérico fue entregada a la delegación española del Foro Civicae.

Gabriel había asistido a la conferencia del profesor Vayarte, de quien tenía referencias de oídas, aunque puede que algo de él hubiera leído en España. Pensó que era una buena ocasión para congraciarse con la lejana madre, a la que debía un regreso, y para descubrir a un español de prestigio que quizá gustara de reunirse con sus compatriotas para intercambiar opiniones y experiencias.

—¿Te apetece ir? —preguntó Miguel Vayarte a su hijo.

—Sí, claro. Es maravilloso poder volar esos paisajes.

—Es maravilloso poder volar y contarlo.

Padre e hijo escucharon de boca de Gabriel un resumen de la aventura aérea, indiferenciados entre un público atraído por el relato, y vieron en la pantalla de proyección una síntesis de imágenes tomadas a cada una de las impresionantes cordilleras. Gabriel hablaba desde la pasión por su trabajo, desde la admiración por la incomparable obra natural, contagiando a un auditorio que se abocó al colo-

quió con entusiasmo. Luego siguió la animada conversación multitudinaria alrededor de las mesas con una surtida representación de la gastronomía tradicional española, con toques innovadores, para degustar de pie y copa en ristre.

Gabriel se procuró un apartado con el profesor Vayarte después de saludar uno a uno a los asistentes que todavía no le habían podido felicitar por su exitoso vuelo.

—Es un honor que haya aceptado venir, don Miguel.

—El honor y la gratitud corren de mi cuenta, don Gabriel. Desconocía sus hazañas, pero ese lapsus ya ha quedado resuelto.

Gabriel y los Vayarte departieron un buen rato, interesados sinceramente por la actividad del otro, hasta que la deferencia hacia los presentes y los ineludibles compromisos —la delegación española en pleno tenía que acudir a una cena ofrecida por el ayuntamiento— obligaron a posponer para otro momento la entretenida conversación.

Gabriel Valdés estrechó fuerte y afectuosamente la mano de Miguel Vayarte.

—¿Cuándo se van?

—Mañana.

El vuelo para Europa despegaba a las once horas.

—¿Les apetece desayunar conmigo? —propuso Gabriel.

—Estupenda idea.

Diseminados por el planeta Tierra aparecen y desaparecen mundos bellos y acogedores, como los hay indómitos y extremados en su orografía, lugares que desde el cielo, atentamente observados, se ofrecen sucesivos, peculiares, pero sobre todo posibles gracias a la magia de la distancia y de la ilusión; cuando son descritos por quien los ha visto

y sabe trasladarlos a la imaginación del prójimo, despiertan una apasionante necesidad de sentirlos siquiera una vez en la vida.

Las ventanas del castillo y las aguas del balneario que miran al cielo

El invierno de la Vieja Castilla señoreaba la remozada fortaleza de Curiel, a banderas desplegadas su recia y medieval historia, transformada poco tiempo ha en *domus selecta* por mérito privado, eminencia asomada a los valles bordados por los ríos Duero y Horcajo la Nochevieja de dos mil catorce.

Cuatro lejanos toques de campana en la soleada tarde de frío propio dieron la hora de llegada en coche a la residencia real del matrimonio Reneda, Eduardo y Mercedes, con los que viajaba el invitador Miguel Vayarte.

—Corre de mi cuenta, es mi deseo.

Con Ángela no pudo ser como a los dos hubiera gustado en compañía de aquellos amigos, recordaba en su soledad física de asiento posterior mientras el vehículo ascendía despacio y avizor la pista de cemento con placas de hielo en las umbrosas curvas que el Sol no templea; la enfermedad que en ella cursaba su tesis de fin de carrera había trazado la divisoria entre lo posible y lo probable.

“Lugar de fronteras”, se dijo Miguel Vayarte.

En un pasado de Reconquista y para él, ahora, entre el cielo de una luego noche rasa, cristalina y heladora, y la tierra, argentada por el baño de la Luna próxima a su apogeo.

Fue llegar y, escaleras arriba, poner pie en la altura de vigía, al amor del crepúsculo aún con delicada caricia en la cara, los ojos y las manos, rendida la observación a los

cuatro puntos cardinales y sendos paisajes de acuarela invernal.

—Me quedo a llenarme de aire. Luego me reúno con vosotros.

Eduardo y Mercedes pasearon las dependencias del castillo habilitadas para los clientes y escucharon su historia, la antigua y la moderna.

Izado a una cumbre de leyenda, a solas con su memoria una vez más, Miguel Vayarte leyó en el cielo los mensajes que le enviaban sus hijos y la carta que el día de Navidad escribieron los cuatro a Ángela, la madre y la esposa que seguía ejerciendo, la quinta que sus voces le dedicaban.

“Querida Ángela: seguimos.”

La piel desprotegida en manos y cara enrojecía de frío con la paulatina disminución de la temperatura, ayudada en su tarea disuasoria por un viento que tendía de ligero a moderado, presto emisario de noticias; el año iba a festejar su despedida con rigor mesetario. Una última mirada a los campos que en breve vestirían de blanco crujiente tras los cristales de la habitación 103 clausuró el ejercicio dos mil catorce. “Feliz Año Nuevo, queridos míos.”

—Salud y felicidad.

—Que el nuevo no nos haga añorar al viejo.

—Cúmplanse los propósitos que no admiten demora.

El primero de enero de dos mil quince continuó brillante, despejado el cielo y colorista el mundo de arquitecturas y cultivos; día apropiado para el tránsito por carreteras secundarias en derredor y para deambular con entretenimiento por esos destinos enlazados que acaban donde empezó la ruta y se sirve la cena que aun festiva lo es menos que su predecesora.

Miguel Vayarte había resumido al levantarse de la mesa su primera estancia en Canadá, con expresa inclusión de un capítulo dedicado a Gabriel Valdés Duato, su vida y vuelos de pública difusión, con quien un golpe de fortuna, que trasciende la casualidad, le había vinculado desde entonces.

—Y a Miguel Ángel, que es de nosotros los Vayarte al que más ve, porque ambos residen en el Nuevo Mundo —apostilló.

Como en un vuelo con rumbo Suroeste, por lo rápido y placentero del cambio de escenario, el segundo día del año, de parecido semblante lucido e igual temperatura de clásico enero, los trasladó a Olmedo —“Que de noche le mataron al Caballero, la gala de Medina, la flor de Olmedo”, canción popular a la que Lope de Vega incorporó unos versos para la leyenda: “Sombras le avisaron / que no saliese / y le aconsejaron / que no fuese / el caballero, / la gala de Medina, / la flor de Olmedo—, también en la provincia de Valladolid, a recalar en su balneario.

—Estuve con Ángela en febrero y en octubre de dos mil nueve. Nos gustó, le sentó bien pese al desenlace, que ella ya deducía irremediable.

De la Ribera del Duero y sus bodegas a la Tierra de Pinares con las suyas, de la cultura del vino a la del agua en un mismo contexto geográfico recorrido por carretera. La habitación 238 del balneario era la que eligió repetir Ángela la segunda vez, y por tercera Miguel Vayarte, porque la habitación le llamaba; y con los Reneda atentos a todo lo que Miguel Vayarte reproducía de aquella pareja de estancias también atravesaron la N-601 por la pasarela que comunica el antiguo convento mudéjar de Sancti Spiritus con la Villa del Caballero, la de los siete sietes.

—Se cuentan siete plazas, siete iglesias, siete conventos, siete arcos para entrar o salir de sus hoy cercenadas murallas, siete casas nobles, siete fuentes y siete pueblos de su alfoz —recitó de memoria Miguel Vayarte lo que entonces leyera a su mujer de las informaciones turísticas depositadas en la habitación.

El cielo raso presagiaba una noche de frío intenso que empezó a cernirse al atardecer y a vestirse de aire creciente para enfatizar su hegemonía cuando la madrugada reinara.

—Esto alimenta y purifica. De esta Navidad salimos vitaminados.

—Energizados volveremos a la urbe, pisando fuerte.

Degustada la comida y estudiadas las novedades terapéuticas del balneario para después, reposaron unos minutos en los muelles asientos de la biblioteca donde Miguel Vayarte prosiguió el relato de los episodios ultramarinos de la familia Vayarte y su correspondencia con el piloto compatriota Gabriel Valdés Duato iniciado en el castillo de Curiel.

—No me lo había planteado como un deseo a cumplir, por lo que no era una posibilidad docente real la de verme en un aula de Estados Unidos o Canadá. La experiencia europea, que fue breve y alternada, me sirvió de mucho, pero no le iba a la zaga, sino al contrario, la que a diario recogía en España desde que empecé a dar clases en la universidad, pues la hegemonía de la política al uso en el ámbito universitario, con mayor incidencia en algunas facultades y con evidente predominio en los rectorados, ha sido y es un caballo de batalla que ocupa sinergias y mucho espacio intelectual.

—Se encuentra lo que se busca, Miguel —dijo Mercedes—. En tu caso no me cabe duda.

—A qué negarlo.

El influjo del Foro Civicae había elevado la cotización del profesor Vayarte y tendido puentes a su magisterio, si ello le suponía un aliciente y a ello se entregaba con plena dedicación laboral.

—Surgió al cabo de unos meses, quizá lo intuía. El ofrecimiento era tentador, lo comenté con Ángela y con los chicos. Hubo unanimidad en dejarme libre para que sopeara las ventajas, los inconvenientes y los riesgos de tanta aventura, que implicaba a toda la familia. Sería un verdadero cambio en nuestra vida el curso académico 2001-2002 en Canadá y no sólo un mero cambio de aires con billete clase turista.

Ángela estuvo de acuerdo en hacer la maleta, “las oportunidades hay que cogerlas cuando pasan”, le animó. Por su parte, Miguel Ángel ya tenía el punto de mira orientado hacia la América septentrional y a su alcance un curso de posgrado, su equipaje ya estaba listo y casi facturado. Y sus otros dos hijos, Carlota y Juan, de veinte y diecisiete años respectivamente, aceptaban compartir un destino temporal que pocas veces se aviene a mostrarse tan generoso.

—Toronto nos acogió bien. La sensación de extrañeza pronto quedó difuminada, claro que es fácil cuando no has de buscar un empleo ni has de preocuparte por la vuelta. Gabriel aportó lo suyo para que la transición fuera breve y cómoda.

Miguel Vayarte debía repartir su docencia entre la Universidad Ryerson, en el casco antiguo de Toronto, y la Universidad Brock, en St. Catharines, la ciudad jardín de la Municipalidad Regional de Niágara, a una hora de To-

ronto en coche; cuatro meses en cada una impartiendo Sociología Política y Jurídica con cuño en las escuelas de pensamiento europeas.

La calificación por parte de la familia Vayarte de aquel año en Canadá obtuvo un sobresaliente unánime, y al despedirse de amigos, profesores y alumnos flotaba en los cinco un aroma a “esto hay que repetirlo”, más acentuado e impaciente en Miguel Ángel.

Eduardo Reneda identificaba en Miguel Vayarte la emoción de aquella primera vez con la que produce una sorpresa que no por esperada menos temida aun estando prevenido.

—¿Teníais en mente como familia volver, puede que instalaros durante un periodo indefinido? La adaptación, en ese caso, hubiera sido distinta.

—Muy distinta, Eduardo. El plazo de tiempo marcado impedía perderse y evitaba apresurarse en las decisiones. Cada uno de nosotros sabía de antemano que vivía un paréntesis con garantía de satisfacción precisamente porque cumplido el calendario esperaba el avión para traernos de regreso a casa, al mundo conocido que ninguno tuvimos intención de eliminar del horizonte, al suelo con las huellas impresas.

Ángela hablaba a menudo con Mercedes del batir de alas en la mirada y en los pasos de Miguel Ángel hasta que en julio de dos mil cinco partió con la idea fija de echar raíces en su nueva vida en el nuevo mundo, sin resquicio para el fracaso.

—Para vuestro primogénito era prioritario establecerse en aquellas latitudes.

—Sí, le atraían como un imán. La aguja de la brújula con sus opciones de vida señalaba invariablemente esa única dirección.

Miguel Vayarte lo entendió y Ángela lo comprendía.

—Tener claras las cosas es un punto a favor —redundó el abogado.

—Las cosas claras así en la tierra como en el cielo.

La frase era de Gabriel Valdés Duato, a la par reflexión y contraseña que le permitía accionar el mecanismo de arranque para emprender el vuelo con las máximas garantías.

—Fue una de las recomendaciones de Gabriel a Miguel Ángel, creo que la más encarecida, cuando nos reunimos con él y Marion en Madrid el año dos mil cuatro. Comenzaban en España un viaje que yo defino de culminación.

A bordo de *Descubierta* —el “recurso volátil” de titularidad propia y adecuada conservación en el aeródromo de Cuatro Vientos—, Gabriel quería satisfacer una de sus aspiraciones pendientes, con Marion de copiloto observadora, volando el litoral noruego entre Stavanger, al Sudoeste y Kirkenes, localidad fronteriza con Finlandia y Rusia, al Noreste.

—Antes de partir hacia el cabo Norte y el sol de medianoche, Gabriel y Marion presentaron en el Palacio de Linares-Casa de América la realización audiovisual de *La expedición aérea panamericana*, a la que asististeis. En nosotros, como es natural, se avivó el amable recuerdo de la estancia en Toronto.

La puesta a punto de *Descubierta* brindó a los Vayarte un entretenido vuelo, con meteorología favorable, sobre las cresterías de Guadarrama, el valle de Cuelgamuros y el

monasterio de El Escorial, “como en los viejos tiempos del Aviocar”.

—La secuencia de planos picados que disfrutaban las aves nos mostraron un alfombrado primaveral florido y luminoso.

Gabriel pensaba terminar la redacción de su biografía, titulada *Diario de la Descubierta*, con las impresiones del viaje a Noruega. “Si sumo otros vuelos sobre lugares desconocidos quizá escriba una segunda parte u otro diario más específico y menos extenso.” Su idea, que ya tenía consolidada, era incorporar al relato de trayectos, despegues y aterrizajes una selección de la correspondencia mantenida con aviadores, controladores aéreos, mecánicos de aviación y militares de los que había aprendido todo lo que la experiencia, la intuición y los hados favorables no cubren. Cartas de amigos y compañeros, enamorados de las rutas por el cielo, intercaladas con las del historiador coronel del Ejército del Aire Emilio Herrera Alonso y del teniente general del mismo ejército y profesor en las Escuelas de Polimotores y de Reactores José Ramón Gavilán Ponce de León; con una dedicatoria en forma de reseña al primer vuelo documentado de la historia, el de un burgalés llamado Diego Marín de Aguilera.

Sucedió en España la que puede ser primera ocasión en que un hombre, pastor de oficio, innato observador de la naturaleza, ingenioso y audaz, voló verdadera y documentalmente demostrable.

Tras seis años de pormenorizado estudio del vuelo de las aves y de su carga alar, y con la ayuda del herrero de Coruña del Conde, su pueblo, construyó el aparato que

volaría autónomo, bautizado Recurso volátil. Este anticipo de avión, configurado como un gran pájaro, constaba de alas de dos varas y media cada una, susceptibles de remedar movimientos articulares, compuestas de finas y quebradizas varillas de hierro, revestidas de tela y un vestuario plumífero, confeccionado con materia prima de águila, dispuestas las plumas como en las aves. Las alas quedaron sujetas al armazón y entre sí por medio de alambres. También, y para asemejarse al máximo al original, la invención contaba con una cola, cubierta asimismo de plumas. Cola y alas eran movidas a voluntad del osado piloto por una manivela, mientras los pies calzaban unos estribos adosados al cuerpo del aparato volador.

La prueba tuvo lugar la noche del 11 de mayo de 1793 y en paraje discreto, a salvo de miradas perturbadas, denuncias e imprecaciones vecinales. El documento que relata el hecho, todo un acontecimiento de consecuencias impensables, lo firma Joaquín Barbero, cuñado de Diego, actuando como testigo. Piloto y aparato despegaron del pequeño cerro elegido como rampa de lanzamiento. En tan conspicuo momento, a guisa de anuncio de intenciones y despedida, Diego Martín de Aguilera declaró a su expectante compañía: "Voy a Burgo de Osma y desde allí a Soria; no volveré hasta pasados ocho días". El Recurso volátil despegó y sobrevoló el pueblo unas seis varas por encima de los tejados. Recorrida la distancia aproximada de 450 varas, hombre y máquina aterrizaron en una viña situada en la orilla izquierda del río Arandilla, flanqueada de chopos. Los acompañantes, con el alma en vilo, no tardaron en llegar al lugar del aterrizaje forzoso "merced a la claridad de la noche y por haberlo seguido a toda prisa". Y ellos son los testigos que avalan la proeza.

Juan Albarelos, en sus Efemérides burgalesas, narra que el intrépido Diego Marín de Aguilera recorrió por el aire 450 yardas castellanas utilizando un aparato de su invención, a 5 de altura sobre los tejados de su pueblo, que es Coruña del Conde, en la provincia de Burgos (donde se le erigió posteriormente un monumento conmemorativo), durante la noche del 11 de mayo de 1793, aterrizando con cierta brusquedad aunque sin malas consecuencias para el tripulante.

La peripecia aérea del atrevido Diego Marín entroncaba perfectamente en las páginas del *Diario de la Descubierta* y en la mentalidad de su autor, como homenaje a la peculiar tentativa de imitar el majestuoso vuelo de las aves con un remedo de alas y cola emplumada y como memoria de aquellos pioneros que prescindían del temor al sonoro fracaso y a una caída de consecuencias fatales.

—¿Qué puedo aportar yo al libro que no hayan escrito ellos o tú? —preguntó Miguel Vayarte, muy honrado pero inseguro—. Mis competencias radican en el suelo que pisamos.

Gabriel le pidió unas líneas de tinte personal para incluirlas con su firma en el *Diario de la Descubierta*.

—Quiero de ti una traslación del símbolo al lenguaje.

Gabriel llevaba tiempo leyendo al profesor Vayarte.

Las notas manuscritas con caligrafía tensa y erguida en una colección de papeles volanderos, depósito de lo estudiado, más algunos dibujos de trazo fino, rápido, a lápiz, en hojas sueltas sobre la mesa, iniciaban el proceso de transformación del símbolo al lenguaje.

En el encabezado de la primera página en blanco Miguel Vayarte escribió despacio y con letra cuidada *El vuelo de la Descubierta*, título que hubiera puesto al libro si fuera suya la memoria de los viajes a vista de pájaro.

“Las lecciones del maestro Dédalo”, murmuró al cielo asomado a la ventana.

Le gustaba titular, se esmeraba en conseguir para sus textos una palabra, un concepto o una frase que detuviera unos instantes la ávida mirada del lector induciéndole a reflexionar; y para sus adentros, sin ánimo de crítica ni alarde petulante, modificar los títulos de casi todo aquello que tenía que leer.

“El aprendizaje del alumno Ícaro.”

Por el sobrio retrato de cielo adherido al cristal de la ventana cruzó un gorrión, y a su estela otro y otro más. Se afanaban los tres en llegar a alguna parte donde les esperaba la confianza del alimento y un cerco invisible de protección trenzado por el instinto.

A imitación de las aves

En su simbología, las aves participan del acervo cultural de todos los grupos humanos, y la mayoría de las sociedades les han asignado un significado positivo relacionado con el alma.

La mística de la ascensión. El espíritu del ser racional busca la unión del alma con un tiempo y un espacio ilimitados. En la dimensión espiritual, que ni siquiera muchos años de aleccionamiento y penalidades físicas en un régimen de negación, aislamiento intermitente, degradación

moral, desnaturalización y privaciones extirpa, el ser racional aspira a la comunión de la intangibilidad con lo intangible.

El cordón umbilical de las aves con las personas se halla en el alma, a la que concierne el vuelo que la aleja del cuerpo fallecido; el alma humana adquiere en su plasmación gráfica una forma de ave, a menudo con cabeza humana (el alma parcial Ba del mundo de ideas del antiguo Egipto) o, en la prehistoria, toma la forma de un ser humano con cabeza de ave, algo que invita a imaginar, dentro de los límites del simbolismo, el ansia de vuelo de la especie. La vinculación de la imagen de los pájaros con el hombre es el deseo de éste por elevarse del mundo que lo contiene para prodigarse en la dimensión infinita, esfera tras esfera, al modo de los ángeles representados en la iconografía a imagen y semejanza de los hombres.

La caracterización del personaje, una idealización, y la de su máscara, una reproducción. De las facciones reconocibles a la vista y al tacto, de la identidad fisonómica, surge el contacto con la mónada. Esta primera unidad, inteligible, es idea y forma.

En la naturaleza, las aves simbolizan el elemento aire, identificación que mitifica la aspiración humana —en quien pueda darse más allá de una idealización— de liberarse de cualquier barrera, cadena o jaula, abstracciones o condicionantes materializados que representan la privación, la sujeción y el engaño.

De los cuatro elementos el aire es el menos abarcable, el menos condicionado, el más renuente a la fotografía en estado puro. El aire es el elemento esencial que opera transformaciones en el elemento agua, el elemento fuego y el elemento tierra.

Por situarse en un plano superior a nuestras cabezas, por manifestarse seres autónomos de la creación, las aves son veneradas y envidiadas, loadas y maldecidas, invocadas o ahuyentadas si registran en el imaginario mitológico una carga de mala fortuna. Tal es el caso de las terribles aves del lago Estínfalo (uno de los doce trabajos de Hércules), devoradoras de carne humana, habitantes de una región pantanosa velada por brumas de misterio que personifican a los demonios de la fiebre; y, aunque con una connotación didáctica, el de las arpías, mito femenino con figura de ave destinado a imponer el mandato de la autoridad (la ley absoluta, la justicia inapelable) y a la captura de criminales que entregaban a las erinias (personificaciones femeninas de la venganza, otra mitificación, otro simbolismo) para que castigasen la conducta reprobable en el nombre y razón de la divinidad (la jerarquía suprema) y restablecieran el orden prefijado para la convivencia.

El orden nacido del caos, de la causa primera oculta por el Sol, de día, por las estrellas y el infinito, de noche.

Casos excepcionales, puesto que las aves, en su ancestral cometido mediador —y conciliador— entre la voluntad divina y la impertinente, sacudidora e intrínseca curiosidad humana —factor desencadenante de causas y sucesos—, desempeñan un papel muy significativo. Eurípides, uno de

los grandes trágicos, en su dramaturgia definía a las aves como mensajeras de los dioses; ellas por sí mismas deidades para los receptores de los comunicados que observaban sus vuelos en busca de presagios. Así era también en la época dorada de los oráculos griegos sin distinción de credos; y en la de los augures romanos, los Avesta y los Upanishads, donde se menciona que en el árbol de la vida se hallan posadas dos aves: la una come los frutos, símbolo de la vida activa, mientras la otra está mirando, símbolo de la aspiración al conocimiento por medio de la meditación.

La interiorización de las imágenes que interpretan y amplían la mística de la creación suscita el conocimiento del ser, la realidad que es y existe.

Más reciente en la cronología universal, aunque inserta en las dicotomía medieval, es la concepción cristiana, ejemplificada en este tema por Santa Hildegarda de Bingen, la sibila del Rhin, la profetisa teutónica, autora en el siglo XII, entre otras obras de doctrina y medicina, de una historia natural titulada Liber de subtilitatum, donde expresa que las aves, elevadas y suspendidas en el aire gracias a sus plumas —nueva alegoría del alma—, simbolizan la poderosa fuerza que ayuda a hablar reflexivamente e induce a meditar las cosas antes de que se conviertan en acto radiante.

Los vuelos del ser, del alma, de la Descubierta

Con estos mimbres, dispuestos en orden de referencia, debía elaborar el texto solicitado.

—La segunda estancia en Canadá tuvo una conclusión diferente a la que presagiaba el viaje de ida.

Miguel Vayarte recordaba aquella época con un poso de tristeza y también de culpa.

—¿Quién iba a sospechar, Miguel?

—Ninguno quisimos aceptarlo, esa es la verdad.

Las universidades de Ryerson y Brock renovaron la oferta académica para el curso 2007-2008. La correspondencia entre las dos instituciones y el profesor Vayarte desde aquella primera vez hacía un lustro era periódica, con carácter informativo y de consulta, con tanteos previos y veteranos para conocer la futura disponibilidad de Miguel Vayarte para afrontar una nueva etapa docente. El acuerdo no se hizo de rogar cuando se planteó en firme, con la fecha y las condiciones en un documento. Lo que cambiaba ahora, en dos mil siete, era la estructura familiar de los Vayarte. Miguel Ángel ya vivía en Toronto, y Carlota y Juan habían configurado sus respectivas vidas en el área de influencia de Madrid, y aunque por un año, como en la ocasión precedente, lapso que suele pasar rápido en libertad, ahora no les encajaba el desplazamiento. La escisión no causaba problemas a nadie, Carlota y Juan se valían por sí mismos y por supuesto no quedaban desasistidos en lo básico, y daba oportunidad al matrimonio a recuperar momentos con el primogénito.

Ángela soportaba sus dolencias con entereza, afán combativo y un humor acerado repelente de inopinados desánimos, y en su historial médico no aparecían explícitamente señalados impedimentos que desaconsejaran el viaje ni la duración. Ella sabía que su principal acompañante en la

maleta eran sus medicamentos, “disponibles sin restricción en aquella parte del mundo”, le aseguraron con sonrisa de vas y vuelves; por lo demás, confirmó el matrimonio, la voluntad mueve montañas y acerca continentes.

—Teníamos la misma o mayor ilusión que entonces y la ventaja de haber superado el trámite de la novedad. Retornábamos a un mundo abierto y liberal, a una sociedad respetuosa con el individuo que contaba para proseguir la integración con nuestros antecedentes y nosotros con los suyos.

La diferencia a peor entre la primera y la segunda etapa tuvo su origen y principal motivo en el precipitado deterioro de la salud de Ángela, que ella contuvo mal que bien hasta la ceremonia de clausura en la primavera de dos mil ocho. Estaban percibidos por los dictámenes médicos de que Ángela podía empeorar en cualquier momento y de modo irreversible, aunque surgiera en su organismo un milagro que confinara la minadora enfermedad en un alojamiento esterilizado.

—Quizá le afectaron los viajes —deducía Miguel Vayarte—. Fueron trayectos largos y cortos, y sin pausa.

Invitados por Gabriel y Marion, que los acompañaban en el avión, el matrimonio Vayarte y su hijo Miguel Ángel visitaron el Estado de Washington y la provincia de Alberta. A las afueras de Seattle, la ciudad tecnológica de Estados Unidos, la pareja tenía su casa; Marion trabajaba en el centro, dirigiendo su productora audiovisual. Gabriel ya no residía habitualmente en Toronto sino en Edmonton, en la provincia canadiense de Alberta. El próspero negocio de los Vogelweide, inyectado con savia local, se había expandido hacia el Oeste y el elegido Gabriel aceptó sin va-

cilaciones asumir la responsabilidad de gestionar una delegación y en paralelo crear una escuela de vuelo, su gran proyecto. Tanto Gabriel como los Vogelweide, confiados en el éxito, tenían puestas sus miras para el siguiente paso en el otro lado de la frontera, los dominios americanos de Marion. El plazo de ejecución no era estricto, les explicó Gabriel, pero no cabía demorarse si los objetivos en Alberta iban cumpliéndose como hasta la fecha.

—Sus palabras eran las mías antes de que Ángela sintiera la querencia de las tablas.

El final de curso regaló una oferta de trabajo indefinido al profesor Vayarte. El nuevo mundo le abría permanentemente las puertas de la docencia, podía incorporarse a la nómina de profesores sin esperar una decisión a futuro de la universidad.

Era una gran oportunidad que digirió a solas. Nada le comentó a Ángela, desmejorada a un nivel alarmante a su regreso a España, ni se le comentaría jamás. Pero ella lo había intuido y no dejó de tenerlo presente ni de agradecerse, sin mención alguna que hubiera desvelado el secreto, durante los dos años que aún vivió.

Tres figuras de blanco albornoz y chanclas en los pies entraron en el ambientado claustro termal para una sesión de hidroterapia en el último tramo de servicio.

—Escena primera —anunció Miguel Vayarte al frente de la comitiva.

Una orquesta de instrumentos de agua sonaba improvisando melodías a petición del público en un ambiente templado.

“¿Dónde irán?” Tras un cuarto de hora con los chorros dirigidos a sus hombros y espalda y otros quince minutos

accionando los pulsadores de las camas acuáticas y los masajistas de plantas, región lumbar y piernas, Eduardo Reneda sintió curiosidad por el pasadizo de visión cegada desde el claustro. “¿De dónde vendrán?”

—Escena segunda.

Miguel Vayarte los condujo al túnel misterioso en fila india, él por delante. Escalera arriba, fuera del agua, escalera abajo, nuevamente dentro del agua a suave temperatura, cortinilla y una bocanada de invierno crudo, saludo reactivo en la cara y el cuello antes de aclimatar el resto del cuerpo en un lienzo de húmeda calidez.

—¡Vaya! Me preguntaba dónde iba y de dónde venía la gente por el pasadizo.

—¡Sorprendente! —aplaudió Mercedes demandando la cálida protección del agua hasta la barbilla—. ¡Mira qué cielo!

Un elenco de estrellas y planetas del sistema solar en el envés de la Luna, mostrados en la pasarela sin decorados accesorios y con la calma de los actores veteranos para su fácil identificación.

—Como si estuviéramos en un planetario inabarcable —describió Eduardo Reneda—. Qué gran idea esta piscina exterior.

Miguel Vayarte evocaba la luz en los ojos de Ángela, su cuerpo estremecido envuelto por la caricia protectora del agua. “Qué belleza”, murmuró. Se le escapaba el tiempo, inexorable condena a la que aún desafiaba, pero en ella fulgía el deseo por sentir igual que un recién llegado a la vida, y se aferraba a las sensaciones que por momentos lo graban taponar esa hendidura.

“Orión... Géminis... Las dos Osas. ¿Acierto?”

“Sí.”

“La hermosa Venus...”

“Sí.”

“Me has enseñado bien.”

“Tú a mí, Ángela.”

“Tan cerca parece... Tan a nuestro alcance.”

“Es una noche preciosa.”

Miguel Vayarte le apretó la mano bajo el agua. Volaré contigo, pensó susurrarle al oído. Se lo diría en otro momento, apretada su mano con suavidad, al estilo del agua templada, con este y mil recuerdos más, punteado el cielo de incógnitas sugerentes, desaparecido el miedo. Viviremos el mundo a mayor altura que las bulliciosas aves canoras y que las disciplinadas aves migratorias, estuvo a punto de decirle mientras sostenía delicadamente su cuerpo aliviado por la danza acuática. La altura y la distancia incrementan la belleza de los paisajes, pero no suplen, ni lo pretenden, al elogio merecido del detalle, de la diminuta fracción del gran todo que gusta admirar y de la que, aunque sólo a ratos, gusta disponer. A vista de pájaro las diferencias son menores y los obstáculos no tan imponentes. Es más fácil cambiar de lugar si se ve que si se intuye, la altura equilibra las pasiones, aminora la inquietud, templó el ánimo. Los cambios son continuos y naturales si el espíritu está poseído de viento, que es impulso para ir de un sitio al siguiente desechado el temor a la carencia de raigambre y a la falta de referentes de carne y hueso. A vista de pájaro, desplegadas las alas a una corriente viajera, la protección vuela pareja con el instinto.

—Esta noche también nos ayuda —dijo Miguel Vayarte—. Impera por encima de nuestra humana condición la armonía cósmica, limpia de polvo y paja. Sobre nosotros

planean las mejores galas del firmamento antes de las nueve, hora de cierre.

Miguel Vayarte escribió la carta a los Reyes Magos cómodamente sentado en la cheslón de la 238, descorridas las cortinas para que se filtrara la reminiscente luz de la noche.

“Gracias por leerme.”

En Nochevieja se proponen actitudes y para Reyes se piden cosas que recibir o regalar.

Problemas innecesarios

“Te pido perdón. No quería engañarte.”

Lara Norklig sentía clavarse en su memoria un dardo de vergüenza cada vez que evocaba, y era a menudo, la escena de la disculpa ante un Sergio desconcertado.

—No pasó nada, créeme, nada —le dijo sincera en lo aparente.

—Me lo has ocultado —replicó Sergio con la voz tomada, tan incómodo como ella.

“No pasó nada de lo que avergonzarme, pero te mentí estúpidamente y para eso todavía no tengo excusa.”

En las películas y en las series televisivas el actor que se ha comportado mal con su pareja al ser pillado en un renuncio suelta la frase: no es lo que parece, con el énfasis medido, puede que con razón, pero que al oído suena ridícula y provoca una risa amarga a quien va dirigida por lo que encierra de burla.

“Lo peor es arrepentirse por nada”, se quejaba Lara a su conciencia. Si te llaman ladrón que sea por haber robado y si la acusación es de infidelidad que haya motivo y mucho disfrute para cargar con el estigma.

“Ni lo uno ni lo otro y yo entre dos aguas y cara de tonta.”

La misma cara que refleja el espejo cada vez que se juzgaba por el dichoso episodio que cumplía más de año y medio. Desde entonces, aquel viernes por la noche del mes de junio de dos mil trece con repercusión al día siguiente, una mañana esplendorosa, su vida era diferente. Había

cambiado de domicilio y de localidad, de Madrid a Pozuelo de Alarcón, estaba físicamente sola en su piso de dos habitaciones, todo para ella, decorado a su gusto, alto, soleado y con vistas a una zona ajardinada y al cielo sostenido por las azoteas de cuatro alturas, razonable el alquiler, cerca y abundantes los servicios, y no le atenazaba la angustia de perder su trabajo. Dormía a gusto, aunque pocas horas, caminaba curiosa o indiferente, ensoñada o pensativa, por los paseos arbolados que en un extremo divisan la extensa y abierta ciudad de Madrid y en otro la sierra, y se había liberado de agobios que también perjudicaban a terceros. Una vez instalada en su nuevo mundo se dio cuenta de que deseaba el cambio y gracias a una nadería, sin embargo desconsiderada, encubierta por una frase tópica, simplona y huérfana de argumento solvente, “no ha pasado nada, Sergio, tienes que creerme”, tan equivalente por su ñoñería al socorrido en trances peliagudos “todo saldrá bien”.

Su relación con Sergio distaba de ser una poesía amorosa improvisada al amanecer para lectura de madrugada sobre un lecho de rosas fragantes, aunque nada que pudiera denunciarse hubiese pasado en una noche de primavera avanzada y ocaso en ciernes de la pareja. Con lo fácil que resulta decir la verdad cuando nada hay que esconder y lo molesta que es la herida que aún escuece, duradera como un remordimiento.

Por su culpa, sin paliativos.

Sergio tenía un compromiso esa noche. Se lo había dicho a Lara con una semana de antelación, nada más saberlo; así era Sergio, enemigo de posponer una noticia.

El compromiso de Lara para esa misma noche, sin que la causalidad hubiera elegido la fecha, era más reciente.

—No sé a qué hora llegaré —anunció Sergio—. Su-pongo que tarde.

—Tú tranquilo. Diviértete.

—Que vaya bien la reunión —le deseó Sergio.

Lara le había dicho que se iba a ver con Celia Solís para hablar de un nuevo proyecto; puede que después fueran a cenar ellas dos y alguna amiga, añadió entreabriendo la puerta a esa posibilidad.

Hacía tres meses de la última salida nocturna con Mara Infante. Tenía ganas de que le provocara la risa con su encantador desparpajo, sus juicios temerarios y apasionados, y aquellas inefables anécdotas que la conducían del enredo a la madeja, y de retomar el programa de la noche de amigas.

—Cena, conversación y baile. Empezamos a las nueve, ¿vale?

—Vale, Mara.

Mara se trajo una amiga que Lara ya conocía.

—El número tres da mucho juego entre mujeres.

—¡Esa frase es de la bruja! —saltó Mara—. ¿Cuánto hace que no la ves?

—Un montón.

—La próxima quedamos con ella.

—Vale.

La velada transcurría dentro de los cánones hasta que en el punto de mira de Lara apareció un objetivo interesante. La madrugada cumplía su primera hora, no tenía ganas de bailar ni de mostrarse atractiva a los semejantes; desde que acabó la cena y empezó a cuestionarse su papel esa noche le pasaban muchas cosas por la cabeza que cerraban el

paso a la música, al ambiente festivo con sus amigas, que no la necesitaban para divertirse como querían. Por señas les dijo que siguieran a lo suyo y al cabo desapareció del registro de los focos, de la pista y de la multitud. Igual que él, a la misma velocidad y con idéntica cadencia de movimiento que él, un objetivo interesante agrandado en su punto de mira cerca de un claro, una escalera y un coqueto fondeadero para que recalén las voces bajas.

Una pugna sibilante entre ética y seducción, revestida de deberes y derechos, se desató en su cabeza a poca distancia del punto de encuentro, coincidente por los pasos perdidos, casual, imprevisto un rato antes. El debate acalorado entre las facciones opuestas duró un suspiro y tres parpadeos, no obstante discreto, breve, de nariz a boca, advertidas las partes de que ningún alegato modificaría en lo sustancial el rumbo de los acontecimientos. Lara siguió el curso deleitoso de una historia proclive a tender un puente de plata a la conciencia —institutriz metomentodo, remi-niscencia servil, linde del oscurantismo—, calificativos que soliviantaron a la delegación negociadora señalada, que por respuesta elevó una petición de amparo con acuse de recibo y nota adjunta con destinatario, remite y una frase de concisa afirmación: “Hay predisposición en ti”.

Lara masculló su enfado al cuarto parpadeo, segundo suspiro, con una frase impetuosa: “Sé lo que hago”.

Escuchó una grave admonición: ¡Allá tú con tu conciencia!; a la que replicó sacudiéndose el celo: ¡Déjame en paz!

Fueron dos horas intensas en contenido y agradables en el discurrir.

Sólo un par de horas, le contó a Olga transcurrida una semana, ligeramente indecisa en la confesión y con poco disimulo sobre su estado de necesidad presente. Cerca de las tres a cenicienta se le intensificó el remordimiento y tuvo que despedirse de aquel personaje por ella definido al recordarlo como extraño y fascinante, dueño de sí mismo e imposible de enmarcar donde estaba, que no hizo amago de retenerla ni de pedirle unas señas de contacto, en quien había descubierto minuto a minuto de incesante diálogo un abanico de afinidades portadas con discreción y percibido un halo de misterio, sutilmente tentador, que no se atrevió a hurgar en ese corto y tornadizo espacio de tiempo.

—Sólo un par de horas que me pasaron volando, habla que te habla con un desconocido... un tipo cortés, afable, educado, bien vestido, que en ese momento buscaba en mí lo mismo que yo en él —resumió a Olga.

Luego le pidió asilo.

Subió a un taxi de los estacionados a la espera de clientes en las proximidades del local para regresar a casa. Quería llegar antes que Sergio y que la encontrara mirando el cielo, enfrascada en sus quehaceres o profundamente dormida; algo que cada vez le costaba más. Con tres frases concisas, la evidencia de su soledad camino de la puerta, y una promesa de explayarse por teléfono al día siguiente se despidió de ellas que continuaron la noche animadas por la música y el ambiente; decía Mara en base a su experiencia, que una salida de amigas tiene que durar por lo menos hasta las cuatro con frío y hasta las seis con calor.

Durante el trayecto sin tráfico molesto, en silencio, con la mirada en las calles y la memoria unos minutos por detrás, Lara sintió un palpito de alarma, una especie de toque

de atención mandado por una autoridad incuestionable en paradero oculto que desajusta el ritmo cardiaco, provoca una sonora inspiración y un fuerte parpadeo con fatiga antes de convocarla al juicio sobre sus actos. Se repitió que no había hecho nada malo, sólo era una mentirijilla, nada que tuviera trascendencia, pero no estaba tranquila. ¿Por qué no le dijo la verdad? Por qué ahora le acosaba la culpa. ¿Y de qué se culpaba? Tenía que serenarse y olvidar. ¿Qué tengo que olvidar?, se preguntó mordiéndose los labios. Una mentira siempre lleva a otra. ¿Cuándo le contó la primera? El fiscal estaba desvelado y la defensa de perfil. Tenía que poner orden en la sala.

La noche reinaba calma y risueña, pródiga a concederle su más apremiante deseo. Un alivio. Había ganado la carrera de vuelta. Ya estaba en casa, una protección relativa que era el hogar de Sergio, elegido y pagado por él, con su sello, que generosamente compartía sin que figurara como cláusula en el acuerdo de pareja; así era Sergio, un hombre llano, con buen fondo y las ideas simplificadas, enemigo de los fingimientos. Eso complicaba las cosas.

Se interrogaba Lara por su participación en una obra interrumpida, que se había iniciado con un olvido —negaba que hubiera mentido—, un descuido sin importancia, vuelta hacia el cuadro nocturno de matices aislados, con la visión dividida entre el cielo y la tierra y el oído exageradamente atento a los ruidos familiares de puertas afuera que delatan una presencia conocida, mientras Sergio vagaba por las calles desde las dos y media de la madrugada.

Fue una casualidad que aquella noche el organizador de la salida propusiera tomar unas copas en Belvedere. Una

casualidad buena y mala, consideraba objetivamente Sergio, y de súbito, recordó a *La viuda en blanco y negro* de Ramón Gómez de la Serna, libro que había leído por sugerencia y regalo de un productor audiovisual aficionado al cinismo de metáforas más humor, con el que congeniaba en las salas de edición, integrante de la partida nocturna que consumía horas y risas en Belvedere. ¿Dónde dices que vamos?, había preguntado Sergio al meterse en el coche. Belvedere era uno de esos locales de diversión convencional para Lara y sus amistades, que él solamente conocía de oídas. Una trampa, llegó a pensar un instante. Qué lejanas le parecían a Sergio las horas de la madrugada que continuaban desgranándose minuto a minuto en su deambular, portadoras de mensajes equívocos. Una velada de casualidades en blanco y negro con guiños a la espalda y alguna intención subyacente, se dijo conturbado. A punto estuvo de llamarla cuando supo donde le llevaban; le pasó por la cabeza invitarla a reunirse con ellos, pero en seguida su cabeza le hizo memoria de que Lara tenía otros planes esa noche, con Celia Solís nada menos, asuntos de trabajo, y seguramente, creyó, aunque aceptara apuntarse ya estaría cansada y puede que hasta metida en la cama.

Cuando entró en Belvedere rodeado de alegría festiva se imaginó acompañado de Lara, sujeto a su cintura, guiado por su habilidad para escapar de los cercos, por fin introducido en el universo incógnito de Lara del que era remiso a participar. Ella lo había intentado. Se lo agradecería por la mañana, decidió una vez eliminada la posibilidad de llamarla. Sería estúpido entrometerse en una reunión de trabajo con una frivolidad, ahora que Lara estaba despejando, la veía contenta, recuperada la confianza en el futuro, con un horizonte despejado; ella confiaba en

que la mala racha era historia, le había dicho. Por eso la sola mención de Celia bastaba para que Sergio pasara lo demás a segundo plano, por ejemplo una invitación inesperada y a última hora para que fuera a Belvedere a reunirse con él y sus amigos y juntos esa noche celebraran las buenas nuevas.

¿Causalidad o designio de las estrellas?, se pregunta Sergio mirando el cielo.

Lara le había hablado de María Esmeralda, una bruja que no abusaba de la credulidad ajena, pero él no la conocía personalmente. Tampoco conocía a Celia Solís, la emprendedora que compartía beneficios, ni a Mara Infante, la amiga incondicional que no concibe una vida retirada, por lo que le hubiera resultado imposible identificarlas entre el gentío, a no ser que, por deducción curiosa de primerizo que busca el aseo de caballeros, una de ellas dos, en concreto Celia, según el relato previo de Lara para esa noche, ocupara su lado en un aparte de núcleo festivo.

Pero a sus ojos distaba un abismo de ser una mujer la compañía de Lara, a quien había reconocido tras parpadeos de incredulidad y ásperos tragos de saliva. Era Lara, no le cupo duda, relajada y con el perfil sonriente.

No tiene importancia, se repitió Sergio bajo el manto clemente de la noche, todavía camino de ninguna parte.

Lara no quería dormirse sin comprobar que su soledad en el piso era cierta.

Si el motivo existe tarde o temprano surge y nada lo detiene. A su orden, ya sin cuestionar la conveniencia, mente y cuerpo se dirigen a la zona prohibida para cometer el

delito. Y una vez consumado el hecho, por la misma génesis espontánea, brota un problema innecesario.

El párrafo, extraído de una carta que le había enviado Jorge Alonso y alumbrado en la vigilia por un cercano golpe de puerta, Lara lo leyó escrito en la pared de su lado de la cama.

Largos y aterciopelados minutos después de la impresión la noche despedía su encanto y el amanecer, diligente en el procedimiento de cambio, jugueteaba con las intenciones venideras. Cuando entró Sergio en la habitación, grave y avisado, Lara había sucumbido al abrazo de un sueño reparador.

No le preguntó qué hacía allí; él tampoco se lo preguntó. ¿Para qué? ¿Qué iban a descubrir en el otro desde una protocolaria rendición de cuentas no solicitada? Nada útil en las circunstancias presentes, una pérdida de un tiempo precioso y con escasa probabilidad de reproducirse. Él, ¿cómo se llama, Lara?, no sugirió ni propuso un nuevo escenario; ella no insinuó ni propició el segundo acto. Sólo hablaban, y coincidían en la forma y en el fondo.

Hablaron sin compromiso.

Olga le prestaba atención de hermana.

—Sabes que me gusta hablar.

—Lo sé. A mí también. Por eso busco conversación.

Lara negó con la cabeza, los labios entreabiertos, la mirada en un ángulo de la cocina y en la mano un vaso de agua.

—No es lo mismo.

Olga afirmó con cabeceos uniformes.

—Sí es lo mismo.

Le gusta hablar, pero también le gusta guardar las palabras para su momento oportuno. Tiene mucho que contar: lo que sabe, lo que ha vivido, lo que siente, aquello que desea averiguar, todo lo que le atrae, lo que imagina, las noticias y sucesos de los que no puede prescindirse en la vida social. El resto es lo que Lara desea escuchar de boca de sus protagonistas.

—Cada vez había menos diálogo.

—¿Culpa de quién? —preguntó Olga.

Sergio no hablaba por hablar. Para él no existía la necesidad de una comunicación oral constante, parloteos de loro, decía. Su reserva mental era patente pero en ningún caso agresiva.

—¿Le estás juzgando?

—No...

—Sí lo haces.

—No...

—Eres injusta. Deberías juzgarte a ti misma y dejar de sentenciar a los demás. ¿En qué has fallado? Contesta.

Olga se erigió en abogada de Sergio.

El diálogo al límite que Lara proponía como un ejercicio frecuente de relación tuvo con Sergio un episodio piloto, emitido el día después.

—Tú le mentiste.

—Pero no quería engañarle.

No había pasado nada. No tuvo importancia.

La infidelidad enmascara su proceder con subterfugios, aseveraba Jorge Alonso. Y añadía que la infidelidad, tal y

como por lo general se entiende, actúa como un remedo de la conciencia, a la que pervierte en su magisterio a partir de premisas análogas.

—Te cuestiona lo que haces y con quién lo haces. Te revela las debilidades, los miedos y las carencias. Te predispone a ver y a no ver, a creer y a no creer, a aceptar pero no a asumir.

Lara convino en la exposición de efectos y abundó en la causa.

—Se da en una situación monótona, agotada.

—Cuesta perdonarte —le espetó Olga—. Has traicionado su confianza.

La alevosía y la premeditación son circunstancias agravantes del delito.

—Te repito que no tuvo importancia —se defendió Lara sin convencimiento ni ganas de echar más leña al fuego—. No pasó nada.

Para Sergio, en cambio, había pasado tanto que ya era imposible rebobinar la cinta para cortar ese trozo hiriente, tirarlo a la basura y pegar los recuperados extremos de una relación admitida por conformidad de las partes como buena y válida, el uno grabado con los precedentes y el otro virgen.

—Vivías en su casa —matizó Olga.

Lara sentía la pulla clavada en lo alto al recordar su mentira y la generosidad desinteresada de Sergio.

—En su casa, a pan y cuchillo como quien dice y sin contraprestaciones —volvió a reconocer—. Me ofreció lo que necesitaba en una etapa delicada.

—Hasta la excusa perfecta —incidió Olga—. Gracias a tu desliz descubierto en primera persona del afectado, que

aún debe estar digiriendo la historia que no acaba de entender, pudiste renovar el escenario. Ahora las cosas están en su lugar: Sergio con lo suyo, más tranquilo y ancho, y tú a lo tuyo aprovechando las oportunidades. Tal día hará un año.

—Fui una estúpida.

—No cometas el mismo error otra vez.

Sergio contemplaba el apacible sueño de Lara. Él no quería dormir, tampoco despertarla ni probar bocado o beber más que agua. La mañana en ascenso prometía un cielo claro y unos tonos melifluos sobre la faz terrena.

No tiene importancia, se repitió para creerlo.

Contemplaba el juego de luces matinales en la bonita cara de Lara; no había corrido la cortina y apenas bajado la persiana de la habitación. Todo en ella era armonía medida en la cama, ausente de los interrogantes flotando en el mundo alrededor, inocente de los cargos en su contra. Sergio estaba convencido de que con su voz sin estridencias al despertar le disiparía cualquier prejuicio.

Nunca se lo había dicho con el acento requerido por el amor, pero la quería. Pese a las muchas diferencias entre ellos y a unas personalidades consolidadas en sus respectivas historias, notoriamente alejadas, la quería, le gustaba saber que Lara estaba muy cerca de él, y nunca, tampoco en ese trance, sintió el azote morboso de los celos.

Tenía que pensar en positivo.

La escena en el incipiente fulgor matinal reproducía el doloroso precedente. Sergio detenido a corta distancia de ella, a la expectativa; Lara acompañada en una dimensión inabarcable para él, entonces despierta y animada, ahora de nuevo feliz en su estancia onírica.

Cuando despierte, si ella no se lo cuenta antes, le preguntará qué tal le fue anoche y desayunarán de cara al cielo.

Sábado, el desayuno concluido, la mañana en tránsito hacia la socialización lúdica del mediodía para los que disponen plenamente del fin de semana. Febrerillo el loco, mes reducido en fechas y díscolo por naturaleza, merca-deaba entre peces y acuarios alternando climatologías, como el péndulo enjuiciador afincado en su cabeza patrocinador de la cuestión ritual: ¿Por qué?

“¿Por qué?”

Le había dicho una mentira a Sergio, por lo que después de un saludo rápido al viento doméstico y asearse, ajena a la ordenada disposición del otro lado de la cama, no le quedaba otra que ampliarla sin reparar en las deficiencias de su relato. Poco imaginaba ella la incidencia perniciosa de un suceso fortuito sin vuelta de hoja; ni siquiera hubiera podido recurrir esa noche a la videncia de la bruja Esmeralda: ¿Ves alguna nube de tormenta en mi futuro, María Esmeralda? ¿Me he de proteger de algo al acecho? ¿Puedo compensar con astucia femenina el influjo de la casualidad?

Sergio podía haber llegado antes a Belvedere o ella haber llegado después, con él dentro de su campo visual, y los dos confabulados en una trama de casualidades, “¡tú por aquí!”, “¡estupendo!”, a través de las coincidencias, un enfoque casual del asunto hubiera apaciguado los recelos.

Pero como lo que tiene que ocurrir pasa de todas maneras, el hecho fortuito sensibilizó el estómago y el corazón de Sergio que al punto acusó la secuencia de pinchazos.

Instintivamente adoptó una actitud defensiva, embozada, de parar el golpe con una reflexión improvisada. Lo fácil era creer en el engaño e intervenir como una exhalación, sin dar pie a reacciones de cobertura; lo difícil esperar y permanecer fiel a su estilo. Y eso hizo, porque le pareció la mejor decisión, en Belvedere, en las calles de Madrid arropadas de madrugada festiva, al claroscuro del alba, ante el sueño de Lara, sentado en una silla pendiente de las pulsaciones del reloj de la cocina.

Seguía despierto y vacilante cuando Lara le dio los buenos días.

—¿Acabas de llegar?

—Hace un rato.

Las facciones contraídas y los movimientos automatizados debieron alertarla.

—¿Qué tal anoche?

Una respuesta tardía y murmurada sentó su cuerpo frente a él.

—¿Algo te ha sentado mal?

Un amago de inseguridad le oprimió las sienes.

—Sergio...

Lo fácil era esperar, se corrigió.

—Sergio...

Lo difícil era disimular, mantener la mirada en la de aquellos ojos abiertos, escrutadores. Le gustaba la elipse de su boca, ¿se lo había dicho?, el óvalo de su cara; le atraía el vuelo de sus brazos y piernas, la proporción deliberadamente engañosa del tórax y la sobria rotundidad del abdomen; le cautivaban sus abstracciones, a pesar de imaginarse desplazado de ellas, y le seducía la mística de un pensamiento inaccesible que Lara pocas veces traducía a

la lengua romance. ¿Se lo había dicho con la franqueza que lo sentía?

—¿Qué te pasa?

Era el momento de desterrar a un paraje remoto el producto de la sospecha y la desconfianza, era la ocasión propicia para decirle con voz entrecortada por la emoción y horas de cáustico silencio que la quería con toda su alma; luego invitarla a desayunar en una terraza ajardinada a kilómetros del mundo conocido y no volver a la ciudad ni al piso en semanas.

Sergio cobró impulso.

—Me duele un poco la cabeza — se excusó puesto en pie—. Oye... ¿tú qué tal anoche?

—Bien, bien. —Y continuó en su turno de palabra porque Sergio, apretados los labios, íntimamente nervioso, la miraba como quien aguarda una noticia que a la vez teme—. Celia me ha contado su idea para ampliar el negocio. Está realmente inspirada, va a funcionar. ¿Quieres saber en qué consiste? A mí me ha gustado.

—Sí, claro.

Esbozó lo que Celia Solís le había comentado unos días antes y que significaba otro desafío para su profesionalidad.

—Lo desarrollaremos juntas; ella, Virginia Ramos, ¿te he hablado de Virginia? —Sergio se encogió de hombros y musitó un: “puede”—, y yo. Estoy creciendo con la empresa, me ilusiona. —Le pasó fugazmente por la cabeza agradecerle su ayuda con mayor énfasis y brindarle parte del éxito en su presente laboral y en la recuperación del ánimo perdido, cosa que mantenía en secreto por mero orgullo. Evaluada objetivamente la contribución de Sergio en su vida le reportaba una beneficiosa utilidad, libre de

cargas aunque parca en alicientes; esto último también era un secreto—. Hay futuro para mí —sonrió. A punto estuvo de decir: “Para nosotros”; pero al sincero deseo le faltaba el vínculo de pareja.

Sergio escuchaba absorbiendo anticipadamente las siguientes oraciones del relato de las que no podía prescindir por culpa de un poso agrio en el estómago. Le correspondía la iniciativa de preguntas cortas, indiferenciadas.

Lara detalló su cena y las peculiaridades del restaurante que, le dijo, había elegido Celia. También habló de Virginia Ramos, la tercera a la mesa, una mujer acopiadora de títulos e idiomas que Celia tenía en gran estima personal y que con ella congeniaba.

Sergio seguía de pie, apoyado en la pared azulejada, concentrado en la versión.

—Poco más puedo contarte.

Hasta que colocado el punto final manifestó su sorpresa.

—¿Del restaurante a casa?

Lara ignoró la perplejidad que asomaba al galope en el rostro de Sergio. Podía atribuirse a un destello irónico, ¿quién no va a tomar una copa después de cenar un viernes?

—Sí —confirmó.

Había sido una conversación intensa y fructífera, suficiente para cerrar la noche. Estaban cansadas y cada una se fue a su casa, le dijo sin advertir la ráfaga de peligro avicinándose desde una impertinente y sarcástica casualidad. Un segundo después el viento de la despedida arracimaba en torno al desasosiego de Sergio las imágenes de una conversación intensa y fructífera, a media luz, sólo para los oídos de los actores, envueltos en sus exclusivas

miradas, colofón de una agradable velada que en la versión de Lara nunca tuvo lugar.

Era la solución inmediata y también la más egoísta. Pero Lara necesitaba poner tierra de por medio inmediatamente.

—Será por poco tiempo.

—El que necesites. No tienes que precipitarte. La casa es grande, cabemos de sobra los cuatro.

—Gracias, Olga.

El trastero de Olga y una cómoda en la habitación de invitados albergaban, desde que fueron humildemente requeridos por su hermana menor, los enseres que Lara reservaba para un hogar sino definitivo por lo menos capaz de acogerlos.

Durante los dos meses que permaneció instalada en el domicilio en usufructo de Olga, que su ex marido mantenía en litigio de propiedad con acciones estudiadas, la convivencia entre ellas discurrió por un cauce solidario, de mutuo apoyo frente a la asunción de responsabilidades individualizadas y los incumplimientos del convenio regulador y contra la astucia de un ex en tarea de captación filial, con evidentes progresos a cada envite, y el desajuste de una vida configurada al margen de una realidad insoslayable.

—Tenemos que ser astutas —creía Olga.

—Tenemos que ser audaces —pensaba Lara.

De madrugada principalmente, en la habitación de invitados, sentada de cara a la ventana, casi todos los días Lara recuperaba a modo de penitencia que rehúsa el perdón del ofendido la imagen de la decepción que había causado a Sergio. Lo tenía delante, nítida la escena, abatido por la mentira que ella le suministraba sin propósito de engaño

pero sin impedir que acabara siéndolo al no oponer una razón convincente; permaneció callada, a sí mismo expectante, también herida pero de diferente arma, contrita, culpable, pero muy alejada del arrepentimiento. Repitió que no había hecho nada malo —¿dónde establece el demandado la sutil división entre bondad y maldad, entre la eventualidad, algo que ocurre y no tiene trascendencia, y la predisposición, eso que ha sucedido a partir de un deseo—, sin elevar la voz, sin borrar la mentira, Lara proclamaba su inocencia en parámetros absolutos. Insistió en su declaración parcial al hilo del silencio que Sergio proyectaba al vacío; él no insistía, camino de una pendiente coronada por brumas se limitaba a comprobar la importancia de lo sucedido con reojos nostálgicos en derredor.

Esa luminosa mañana, entonces ya huérfana de planes y salpicada de incómodos silencios, aún a la deriva coincidieron ambos en que la persistencia del recuerdo se impondría como el árbitro de la pareja, implacable, memorioso. No tenía sentido continuar.

Sergio se encerró en la habitación libre, sin portazo ni exclamación final. Lara eligió desahogar su congoja en el cuarto de baño, extraña y confundida, inocente de todos los cargos que nadie le imputaba salvo de mentir.

No hubo pelea ni ulterior reconciliación, y sólo unas horas, las que dieron paso al nuevo día, tuvieron que esquivarse. No hubo ocasión para reiterarse en sus protestas, se dijeron adiós y se desearon buena suerte con frases escuetas allegadas al civismo. Sergio no la echaba, Lara se iba voluntariamente. Fueron elegantes en el umbral de la nueva vida por separado.

Una vez sueltas las amarras el cambio tenía que ser real, pero no practicado a tontas y a locas sino del modo propuesto por Ignacio de Loyola: “En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más bien el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar”. La cita, en sus siete primeras y más conocidas palabras, guardaba en la memoria de Lara el acento de Jorge Alonso, a quien se la había oído pronunciar en alguna ocasión, “que me atañe, que te atañe, que nos atañe”, con referencia a cualquier persona, “tú, yo, nosotros”, validándola como una consulta gratuita a un abogado de confianza, “busca dentro, saca fuera y mide las consecuencias”. Lara le regaló a Jorge otra cita a boca llena, “la verdad es la mejor excusa”, muy de su agrado, válida para el prójimo funámbulo, que traída a cuento en su periodo de recapacitación le afeaba la conducta con Sergio.

“Busca, saca y mide.”

La intercesión solicitada de Olga le evitaba precipitarse y, también, lo contrario, reiterarse en una inercia caducada. Si algo tenía claro era el alejarse del viejo mundo, ya explorado y exprimido hasta el recoveco. No quería volver a tropezar con sorpresas de nudo gordiano que le encasquetaban el sambenito de la acción reprochable, “por tu culpa”, ni a enredarse en la telaraña de las huellas mil veces pisadas. Madrid era un pañuelo con los extremos tensados, “bote, rebote”, una superficie encogida por el trato, una taracea deslucida por el roce —que hace el cariño y

deshace la pareja—, un teatro ambulante donde encontrar popularidad y aceptación y su coda dineraria.

Madrid, su querida ciudad, cuna y vestigio de carácter, otero de múltiples paisajes, compendio de virtudes y defectos, repartía profusamente caras y voces, conocidas las menos, una insignificancia, pero omnipresentes por las tretas de la casualidad. Lo había comentado con Olga en los paréntesis de rutina doméstica, cuando a solas ellas dos se sinceraban en los aspectos menos mudables de sus respectivas vidas; estaba de acuerdo, se lo dijo francamente, pero para sí misma no contemplaba un cambio tan drástico; quería conservar ese hermoso piso, equipado a su gusto, circundado por vecinos en armonía mancomunada, hogar que fuera de una familia con sus cosas, realce para sus moradores, lavadora de trapos sucios y, en el otro extremo, pisto y membrete. Olga no aspiraba a mudarse hasta que un poder superior le obligara.

—He encontrado un piso que me gusta, y el alquiler está bien.

—¿Dónde?

—Cerca. En Pozuelo. ¿Me acompañas a la segunda visita? Cuatro ojos ven más que dos.

Olga volvió a ser de mucha ayuda. Se le daba bien lo de organizar la vida ajena, era intuitiva en lo abstracto, perspicaz en lo concreto y eficiente en la distribución.

—Por si acaso voy practicando —bromeó sin risa.

—Hazlo —recomendó Lara—. No hay felicidad que cien años dure.

Olga lamentaba que la felicidad fuera reacia a ser completa.

—Está bien el piso. ¿Vas a seguir buscando?

—Me parece que no. Tengo suficiente.

—Por mí no tengas prisa. No nos molestas. Quédate lo que quieras.

—Gracias, pero cuanto antes empiece mi nueva vida mejor.

—El día que tenga que decirlo yo procura estar a mi lado, voy a necesitarte.

La ruptura con Sergio era un juego de niños en comparación con su proceso de divorcio y división de bienes adquiridos en régimen de gananciales con el arbitraje de sociedades interpuestas.

—Claro, Olga.

Sábado. El cielo ligeramente nublado, la temperatura tirando a fresca, el ambiente alrededor tranquilo. Lara saboreaba el momento con la mirada puesta en el cielo y en las copas de los árboles; había recuperado el encanto de la privacidad a la carta. En su feudo y mientras cobrara todos los meses por su trabajo para mantenerlo, ella era la dueña de su destino y de sus opiniones.

Arreciaron nuevamente sus críticas a Olga que la protección bajo techo consiguió aminorar, y ya no le acosaba el fantasma de la desconfianza que una mentira innecesaria había generado en Sergio; eran cosas de un ayer superado, agua pasada.

Instalada en su nuevo hogar y económicamente independiente disfrutaba de un periodo de tregua.

“Estoy bien.”

Con las necesidades básicas cubiertas y las reclamaciones sentimentales en segundo plano.

El subjetivo placer de la obsesión

Debido a las vicisitudes de los meses anteriores, el *Relato vital de Lara Norklig Cubero* dormitaba su desapego en el limbo. Las dos últimas anotaciones, enlazadas y consecutivas, llevaban fecha antigua, habiendo transcurrido casi un año desde que escribiera sus impresiones acerca de un documental sobre el Templo de Apolo en Delfos, introducido en la pantalla del televisor por el sistemático cambio de canales en el penúltimo acto de una jornada convencional; y de sendos comentarios respecto a Jorge Alonso y su hermana Olga.

La arquitectura dedicada al apolíneo Apolo se consume a la intemperie por el desgastador incesante paso de los meteoros. Cosa que no le ocurre a su representación iconográfica a cubierto, más o menos venerada por las mareas turísticas. La resplandeciente y laureada belleza de los Olímpicos, dios polifacético, frívolo, seductor y belicoso, sostiene un pulso ganador a la flecha del tiempo. Lo he constatado hace poco. Pero el bello Apolo no siempre gana, imagino que será porque ni dios antropomorfo, ni semidiós ni humano del montón está exento de una derrota contra los elementos, una reprimenda ante el consejo de veteranos de guerra y un traspie en las frecuentes y libertinas andanzas por los mundos de la fantasía pedagógica. Lo demuestran los cuadros expuestos en el Museo del Prado. Se le ocurrió a Jorge. Después de no sé cuánto sin vernos decidimos culturizarnos con escenas y personajes de la historia, la profana y la santa, mitos de cuestionable

interpretación, alegorías vagarosas y naturalezas sensibleras, felices o abatidas. Claroscuros, difuminados, tenebrismos, exuberancias florales, pasajes conmovedores. Una visita pausada, entretenida que semeja el recorrido de una comitiva procesional, comentada, nuevamente aleccionadora. Fue idea de Jorge y a mí me pareció bien. Luego, dado el paseo de rigor por las salas, nos invitamos a cenar y además de comer con apetito, intercambiando platos para no perder la costumbre, hablamos de contrastes. De arriba y abajo, como el cuadro de Cornelis van Haarlem Júpiter y los demás dioses urgen a Apolo a retomar las riendas del carro del Día, de los momentos álgidos y de los que obligan a doblar la cerviz por el peso de los cargos. De adagios y vivaces en degradado vertical, plasmado en el cuadro de Nicholas Poussin El Parnaso (yo prefiero exhibirme al estilo de una Musa, por ejemplo la elocuente Calíope, que posar como la Fuente Castalia, no he cambiado de opinión). Ofensas y despechos, traiciones aireadas con la difusión del pecado, la pecadora y el ridículo en La fragua de Vulcano, de Diego Velázquez (si me dan a elegir yo prefiero el papel de Vulcano, asombrado, incrédulo, nimbado por la sospecha de la inusual revelación de la infidelidad de la guapa al guapo. ¡Fastídiate, pretencioso!). Jorge me dio la razón y una cucharada colmada de su postre. Lo pasamos bien.

Dos espacios.

Jorge me ha dicho que he cambiado. Dice que parezco otra. En estos ocho años es verdad que he ido cambiando a mejor en algunas cosas, en otras no lo sé y seguramente no lo sabré nunca. Yo creo que con el paso de las horas él

también me ha ofrecido una variación en sus transigencias. Pero a mí no me parece otro.

Olga ha recrudecido su carácter dependiente. Dice que no parezco yo. ¿A cuál de mis yoes se refiere? Me critica por criticarla. Me acusa de rebelde por mi conversión. ¿Hacia qué realidad me dirijo a velocidad constante? No afeo la conducta de Olga por señalarla. No me gusta que Olga se muestre débil, vulnerable y condescendiente. Ella vale más que los cromos que colecciona, está por encima de todos ellos en valor intrínseco. Pero no lo demuestra y creo que se equivoca rebajando tan pronto hasta sus expectativas.

Los tres cuadernos de su diario de viaje por la vida — un pobre balance para tanto como ella esperaba de sí misma en su papel de reportera— junto a un relato de Jorge Alonso, el único texto de cuantos había pedido a sus parejas y amigos, con excepción de Sergio —otra anomalía en su proceder con él—, que conservaba y que releía, más el complemento de las fotos aún eximidas de condena por eliminación a trizas y cenizas, constituían el depósito emocional de Lara que la seguía donde fuera. Un baúl de mínimas dimensiones indizado por epígrafes que no obstaculizaba el ensanchamiento de sus espacios.

Jorge Alonso no había titulado su relato.

Esta mañana, camino de una gestión sencilla, pienso en los retornos. Es la principal ocupación de mi cabeza una vez que ha dirigido a la antesala las otras ideas nacidas del movimiento, algunas sugerencias de las que acompa-

ñan los viajes, ciertas recomendaciones de uso y un número aleatorio de propuestas para variar el curso de los acontecimientos.

Mi relación con el entorno es, pues, nominal: estoy pero no soy, percibo pero no siento la influencia del medio, avanzo pero me abismo en los misterios de la polémica. Es mi forma preferida de relacionarme con los aspectos intrínsecos de la naturaleza. Y dejo, de manera espontánea, que cualquier manifestación circundante, y también las imaginadas, que suelen imponerse los días anodinos, jueguen conmigo a las preguntas y las respuestas.

En nuestra sala de conciertos, sala de exposiciones, sala de conferencias, salón recreativo, hablamos de lo que a cada uno de los participantes se le ocurre, le intriga en el acto o consulta en su guion, coordinados por la batuta del maestro de ceremonias en turno rotatorio. Las únicas exigencias que no hace falta incluir en el programa son la de prestar sincera atención sin menoscabo de los deberes cívicos para con el prójimo y la seguridad personal, la de reconducir a un nivel de muestra pedagógica las fobias y las filias y la de no interferir en los desarrollos hasta llegado el error insalvable, la obvia aceptación o la patente imposibilidad.

En ocasiones los preparativos del evento nos ocupan el tiempo disponible. Cuando esto sucede, por ciencia infusa pasamos al capítulo siguiente que guarda poca o nula relación con el anterior. Nada de estancamientos. Nada de chinias en los zapatos como la invasora de mi intimidad calzada. Ha ocurrido eso que molesta y confunde. ¿Cómo es posible? ¿En qué teoría estadística cabe? De un salto organizado por la puñetera casualidad un minúsculo

grano pétreo, de diámetro adaptado al incordio, desbarata mi ilación y urge a una medida drástica. ¡Ya! y sin excusas. Por delante, a pocos metros, en la línea de acera, veo un sitial oportuno para el remedio: peldaño y pilar de obra simple, que me invita a poner y apoyar. Pongo pie y quito zapato, con apoyo en la recia y basta superficie del remedo de columna. Miro, no descubro, sacudo, escucho pero no oigo, volteo, agito y despido. La mota sólida ha caído, supongo, y con ella desaparece en la amalgama de grises un paréntesis filoso, apenas una nota al margen en el diario de sesiones si actúa la solución.

Calzo el pie con anticipada sensación de alivio, y cuando me dispongo a pisar el suelo de acera, probablemente por un olvido, pierdo en parte el equilibrio, a medias la suela entre el aire y el peldaño me dobla el pie y caigo, yo sí, con ridícula torsión de tobillo abajo y malicioso empuje, qué digo, un empujón en toda regla y con idea de daño crujidor, impacto de despedida y cierre. Que no veo, soy sincero, pero intuyo en una fracción de segundo. Tampoco veo lo que en esa misma fracción de segundo, porque tiempo para repartir no hubo, me salva del choque de cabeza contra el zanco enladrillado, pero lo siento y lo agradezco.

Lectora a ti te cuento que el golpe en la clavícula y el hombro fue seco y doloroso, humillante para mí, cómico para el público de haberlo. Salvé la cara y lo que guarda en su envés por una intercesión benéfica que rebajó mi castigo. Contuso, dañado de savia a corteza, influido mi torpe paso hacia la obligación mundana por el desconcierto —¿qué ha pasado?—, ajeno al destino de la china por la efervescencia del trance y con las ideas espantadas,

aumentando con orgullosa voluntad mi capacidad de resistencia evalué la situación como si otro hubiera sufrido el percance.

Pudo ser una tragedia. Aquel descuido, aquella cosa tonta, aquel traspie debido a un cálculo erróneo, una inercia, podía haber quebrado huesos y planes y epilogado la historia. Porque no hay enemigo pequeño ni mayor peligro al acecho que una falta de previsión. Me llevé un susto grande, recordado por las secuelas del golpe, y durante el camino de vuelta, con el asunto matinal zanjado, me dediqué a pensar en las consecuencias, lo que pudo ser, después de analizar las causas, el por qué sucedió. Pero ya sin mirar ansiosamente el cielo.

Este es el tema de mi elección para el relato que me has pedido.

Igual que si lo contara hablando, Jorge Alonso narraba una peripecia en la que el protagonismo recaía en su persona, el abajo firmante con el motivo impreso porque en esta vida todo tiene una razón de ser. Lara supuso tras la primera lectura, y confirmó las siguientes, que en cada párrafo Jorge escenificaba un tira y afloja con visos de metáfora, una insinuación, que era la técnica adoptada por Pitia, la profetisa del oráculo de Apolo, sin revelar ni ocultar taxativamente al consultante la ciencia arcana que el ególatra Apolo exhibía a través de ella, refrendario del vaticinio, desde su mítica residencia iluminada de Sol y amenizado por las Musas.

Jorge elegía su persona como banco de pruebas siempre que la conversación, llevada a su terreno, alcanzaba el vértice de la dualidad: “Yo soy y yo soy; yo pienso y yo pienso; yo hago y yo hago; yo digo y yo digo. Y tú, Lara,

¿eres, piensas, haces y dices según la versión de ti misma que emite o recibe?”. Lara, también al principio y aun después del punto álgido, fascinada con ese aliciente, puso empeño en acogerse a la simbología antiética del orden enfrentado al caos. Como personaje dramatizado de una obra clásica encarnaba alternativamente la armonía, con su belleza estética, y la vorágine caótica, con su atractiva incitación, atenta a las reacciones de Jorge, que eran explícitas al producirse, y a las que en ella misma y libres de censura provocaba su inmersión en el papel. “Soy concierto y soy proporción, soy armonía de sentidos y sentimientos; y soy mi antagonista, soy la antítesis de mis obras cuando mis obras rivalizan en el contraste. Y tú, Jorge, ¿eres retributivo?” Jorge le dijo que ella sabía la respuesta y la felicitó.

El locutor del documental sobre el templo de Apolo en el monte Parnaso, cerca de Delfos, leyó para los turistas de televisor la inscripción en el frontispicio, peaje de lectura a los solicitantes de la presciencia divina.

Te advierto, quienquiera que fueres tú, que desees sondear los arcanos de la naturaleza, que si no hallas dentro de ti mismo *aquello* que buscas, tampoco podrás hallarlo fuera. Si tú ignoras las excelencias de tu propia casa, ¿cómo pretendes encontrar otras excelencias? En ti se halla oculto el Tesoro de los Tesoros. Hombre, concómete a ti mismo y conocerás el universo y a los dioses.

A los espectadores de la sabiduría de los antepasados el locutor citó las cuatro frases escritas en los muros del oráculo, atribuidas a Zeus, padre de los dioses —asíduo al refrán consejos vendo que para mí no tengo—, impulsor de las medidas y los límites de aplicación a los humanos.

Lo más exacto es lo más bello. Respeta el límite. Odia la soberbia y la insolencia. De nada demasiado.

En el Museo del Prado contemplaron dos versiones contrapuestas de Apolo, el fulgurante seductor aureolado de belleza y arte y el reconvenido y sancionado en vista pública por los árbitros de la conducta. Ante el auge y la caída del mito, con su exuberante ascenso a la gloria, el placer, y con su difamatoria caída en desgracia, el dolor, Lara sintió el efecto de la correlación de fuerzas atávicas en el diseño de su paisaje interior, unas tirando de ella, las otras empujándola, opuestas ambas a declarar un pacto de equilibrio en la equidistancia fronteriza entre pasado y futuro.

Vuelta al presente, de madrugada, tiernamente atraída por su pequeño mundo e insomne porque había dado la noche libre al sueño, Lara escribió lo que su memoria quiso en el tercer cuaderno del relato vital. Despacio, con muchas pausas. En orden cronológico a partir de lo reciente, que para ella cumplía aproximadamente un año, hasta lo inmediato, la fecha que incluye la visita al oráculo.

Pitia la esperaba. Sentada en su trípode de madera de laurel le recordó que previamente a formular su consulta debía aceptar las condiciones del oráculo. Lara asintió, silente y etérea como la profetisa en trance. La primera: asume tu pasado y conoce tu presente para erigir tu futuro. La segunda: graba tus errores y potencia los aciertos que te hayan jalonado. La tercera: aprende a interpretar las señales y las voces que dispensa la vida.

Una vez satisfecho con la sumisión de la novicia, el oráculo sibilinamente gesticulado por la recoleta intermedia accedió a escucharla.

La independencia que le otorgaban su trabajo con Celia Solís y el piso de alquiler en Pozuelo devolvió a Lara el privilegio de la libertad de crítica, dirigida asidua y fraternalmente a Olga.

—No me metas el dedo en el ojo —reprochaba Olga.

—Te lo meto en la llaga —se complacía Lara—. Yo sólo me hago eco de la evidencia.

—Pues mucho tienes que arreglar en tu vida como para andar pendiente de mis tropiezos y echármelos en cara nada más contártelos. Yo sé lo que quiero. ¿Y tú?

—De momento me conformo.

Eran sinceras la una con la otra, eso no había cambiado desde que la mayor descubrió a la menor en su vida de hermanas, mantenían encendida la llama de la complicidad y el encubrimiento, y sus frecuentes enfados, producto de una relación estrecha, no mermaban las demostraciones de amor consanguíneo. Pero la moderación a la que tuvo que someterse Lara mientras compartió domicilio con Olga —que a ésta supo a gloria, como el pellizcar a una Lara sin escapatoria en la carne viva de los recuerdos— era un vestigio de lo que se lleva el tiempo y, en consecuencia, desde su nueva posición alada podía retomar la obligada mención de los dislates en que se había convertido la aventura sentimental de Olga en busca de pareja estable.

Sentadas a la mesa de la cocina, su rincón de hogar favorito para las contiendas, Lara adoptó una expresión grave, preocupada, después de escuchar la última peripección de Olga con otro aspirante a pareja estable pescado en una red con garantía de formalidad, que sumaba en su casillero la enésima decepción.

—El mundo de las relaciones por Internet es una feria de tipos raros, por no decir esperpénticos, con urgencias que no ayudan a elegir y engaños en los que, dada tu experiencia, ya no deberías caer.

—Hay quien tiene suerte.

—O eso cuenta porque es un agente comercial de cualquiera de esas páginas que esconden al príncipe azul y a la princesa rosa.

—Las páginas son un escaparate. Como cuando vas de compras y te fijas en lo que está expuesto.

—Claro, te atrapa lo que ves, o lo que lees, y luego resulta que ni tu talla ni tu color aparecen por ninguna parte. Entrás a buscar algo apetecible entre los restos de serie y desde la trastienda oyes: ¡Se ha acabado el reclamo, amiga clienta, pero si quieres probar otro modelo tenemos estos de oferta! ¡Seguro que alguno te encaja!

La apesadumbrada Olga no asimilaba bien la mordaz disección de su ejemplo. Eran demasiados fracasos teñidos de burla añadidos a un panorama privado desalentador.

—No pido tanto...

—Esperas mucho de las pasarelas.

—Pujo por lo que se anuncia.

—En los anuncios de las pasarelas no se escribe ni con letra pequeña la descripción del producto que te llevas a casa. —Lara enumeró una lista de tipologías de amplio espectro, elaborada a hoc por su cuenta y riesgo, con individuos depresivos, usurpadores de identidad, vividores a la usanza picaresca, busca negocios de financiación ajena sin cláusula de reversión ni responsabilidad por fraude o quiebra, pachorras de aquí me las traigan todas que se dejan querer, sujetos espectrales cuya mística oscila entre la erotomanía y la bipolaridad, salteadores de una posibilidad a

la siguiente e individuos megalómanos que disimulan con capas de arrogancia su complejo de inferioridad. Citadas de carrerilla—. Los que me has presentado, un montón, son como poco raros; y ese que tú sabes, peligroso. Y después de enseñarles tus dominios te has metido en sus casas.

—No me pasado nada.

—¿Nada, dices?

—Sólo decepciones y hartazgo. Ningún daño físico.

Lara se mostró contrariada con la evasiva.

—Y no me negarás que una vez os habéis conocido en persona empieza la fase del control en las mismas redes que os presentaron —le espetó en racha admonitoria—. Tú te enfadas lo indecible cuando los ves permanentes y activos a todas horas, busca que te busca, chateo que te chateo, en vez de entregados a la pasión convencional, la de carne y hueso con cena y baile, que te gustaría te dispensaran. ¿Cuántos platos a la carta has servido a los aspirantes a ser tu pareja por tiempo indefinido?

—Cada uno utiliza las armas que tiene.

—Vale. Las tuyas son ciertas, demostrables y de lo mejor si hablamos de arte culinario. Pero aunque cosquillees el estómago a las neuronas de los candidatos no las rectificas en su pedante decadencia. Y mientes menos que cualquiera de ellos. ¿Me equivoco?

—No.

—Por lo menos no juegues más al gato y al ratón —le pidió Lara señalando el teléfono móvil siempre a la vista y a mano—. Ahórrate los disgustos. Evita la clandestinidad tecnológica —imitando los dedos ávidos de un androide remedó una conversación mensajada—. Haz un corte de mangas a las pasarelas, da la espalda a la parodia y pisa el suelo.

Lara era rápida al componer imágenes a través de las palabras. Olga visualizó el desfile de aspirantes que llevaba contabilizados sobre una pasarela con música y focos en las peculiaridades, qué espectáculo, tuvo que reconocer, y emitió un prolongado suspiro mitad lamento mitad risa que culminó en una carcajada aplaudida por su hermana.

—Parece que no tengo remedio.

—Te vuelvo a decir que vales demasiado para incluirte en un circo de extravagancias oportunistas donde la apariencia enmascara el contenido.

Olga sirvió la segunda taza de café con leche sin lactosa y repartió dos nuevas porciones del pastel de frutas y mazapán que había traído Lara.

—El mundo funciona así desde que abundan las rupturas matrimoniales.

—Te lo acepto —asintió Lara.

—Es una extravagancia, lo sé, pero facilita el contacto y su supone que criba el grano de la paja.

—Se supone.

—¿Crees que en vivo y en directo la cosa mejora? Qué va. Si en las redes se presume y se miente en los locales además lo hueles.

—Es una ventaja. Así no pierdes tiempo. —Las cucharillas fraccionaban rítmicamente la esponjosa arquitectura del pastel—. Oye, está muy bueno.

—Delicioso. —Hasta rebañar el plato—. ¿Y tú qué?

Lara elevó su mirada a la pared de enfrente antes de posarla en las rociaduras imantadas decorando la puerta del frigorífico.

—¿Yo?

—Sí, tú, la juez de mi conducta.

—Yo voy por libre.

—Un espíritu libre de la cuna a la sepultura —ironizó Olga—. Pero también te gusta sentirte acompañada y también te has llevado chascos.

—No me obsesiono como tú.

—Si funciona y no perjudica, cualquier medio es válido para conseguir la finalidad; tú la tuya y yo la mía.

—Sin hipocresía —matizó Lara.

—Con miedo, porque nunca he querido estar sola, pero sin hipocresía. Y no olvides que sobre ti no influye decisivamente ni te condiciona un ex marido que a diario se enseña con mi fragilidad y unos hijos en periodo egoísta que disculpan a su padre, al menos cuando están conmigo, lo que a mí me sacan a relucir si les regaño como una madre.

Olga no quería discutir, entre ellas estaba todo dicho y no cabían peleas que las distanciaran. Las dos, cada una a su manera e interiorizada la necesidad, eran aliadas en la táctica de la eliminación y en el proceso de descarte, actividades periódicas que tiempo atrás Lara diferenció a partir de lo que se tiene, la eliminación, y de lo que se aspira, el descarte.

Puesta en pie Lara le dio un abrazo fuerte y cariñoso. Estaba de su parte en lo tocante al ex cuñado, un déspota vanidoso con delirios de grandeza, y los egocéntricos sobrininos, en esa edad de continua proyección y rebote, a los que disculpaba y compadecía porque asustados y confundidos aún rechazaban el desmoronamiento del que fuera su mundo protector.

—Se me ha ocurrido un reclamo publicitario para uso de las hermanas Norklig —dijo con cara risueña—. Y nos implica a las dos.

—¿Por igual? A ver.

—Se busca hombre polivalente para mujer versátil. ¿Te gusta?

Olga repitió el anuncio con diferentes énfasis.

—Sí —aprobó—. Hasta podríamos convertirlo en nuestro lema. Me he cansado del “vamos a pisar el suelo”, ya somos mayores para llamarnos al orden.

La frase era un mandamiento de sensatez pronunciado indistintamente por sus padres en la época de tutela efectiva que vibraba persistente dentro de sus cabezas, como una alarma de teléfono móvil que no cesa de modo espontáneo, cuando ramalazos de inconsciencia más propios de tiempos pasados tomaban posesión del presente con encantadora ingenuidad.

Lara le dedicó la tarde a su hermana. Olga le propuso ir de compras higiénicas y cosméticas a pie.

—¿Has venido en coche?

—No. En tren.

—Luego te llevo a casa.

—No. Me gusta viajar en tren. Es muy inspirador.

—Me decías que te inspirabas en el cuarto de baño, tu santuario.

—Si estoy sola me inspiro en todas partes; sin descartar la innecesaria intimidad del cuarto de baño. Algunas veces sigo cerrando la puerta, pero nunca acelero los procesos. Vuelvo a tener santuarios a cielo abierto y entre las cuatro paredes del domicilio fiscal. Una maravilla.

Olga confirmó por enésima vez que sus padres no les habían distribuido equitativamente los genes.

—Ojalá pudieras pasarme unas dosis de gusto por la soledad. Las utilizaría en casos de emergencia, no sea que me transforme en una misántropa.

—Tú has sido siempre una adicta a la compañía, no corres ese riesgo —le recordó Lara.

La compañía de familia, de amistades, de pareja; unas compañías desligadas de la imaginación. Olga conservaba amigas del colegio, se hablaban en días señalados y quedaban esporádicamente para comprobar fehacientemente la huella indeleble de la memoria; mantenía en buen estado de forma el contacto con personas que consideraba importantes para su vida y para las que ella también lo era. Sus amistades en general, y especialmente las femeninas, las más abundantes y solícitas a la hora de acudir al rescate, vivían circunstancias similares a las suyas, disfrutaban los mismos beneficios y padecían idénticos males. La pandemia de los divorcios, precedidos de engaños calificados de traición, asolaba la pequeña sociedad de afines arraigadas a sus logros, del primero al último; enfermedad de propagación tópica y cuajada de diatribas, de fácil contagio y difícil remedio por largo, costoso, muy hiriente y desgastador. La confesión voluntaria y pública de la experiencia personal, plagada de ejemplos en permuta: hombres, familia, abogados, terapias, ayudaba a soportar en grupo lo que cada una cargaba.

Lara conocía y trataba a todas las amistades de su hermana. La sociabilidad de Olga exigía que ningún elemento de su mundo fuera extraño al resto por dispar que apareciera en público, cosa que, curiosamente, no le había reportado conflictos que a ella sirvieran de escarmiento. Ese innato propósito de concordancia, llevado sin dudar a la práctica, le remitía una información valiosa que intentaba asimilar en beneficio propio y luego exportar a los congéneres necesitados, que recibían con gratitud cualquier vía de esperanza tangible, pero aún no llegaba a marcarle clara

y rotundamente la diferencia de conceptos entre rehacer — su vida— y reincidir —en sus errores.

Olga estaba harta de oír que se había equivocado.

—Soy así.

Lara nos e cansaba de mostrarle sus fallos.

—Excesivamente dependiente.

—Voy a independizarme.

—¿De verdad? ¿Y vas a empezar por la economía o por los sentimientos?

La pasividad sentimental de Lara asombraba a Olga.

—Tengo buenos contactos.

—Me alegro.

—Voy a trabajar. Tengo una propuesta interesante.

—No me has dicho nada.

—No quiero que salga mal. Pensaba hablarte de mi futuro trabajo en unos días. La semana que viene te lo cuento.

—Vale.

El viejo mundo se había desmoronado para las dos. No cabía la vuelta atrás porque ya nada aparecía recuperable. Y las solicitudes para la adquisición de uno nuevo eran minuciosamente estudiadas por el tribunal de concesiones, formado por un número impar de magistrados imparciales reunidos a puerta cerrada, que revisaba cada historial, amonestaba las posturas destinadas a fingir indefensión y eludir responsabilidades e imponía unos avales onerosos para garantizar el cumplimiento de la obligación.

—Tengo que cambiar de actitud, lo sé; no hace falta que me insistas —dijo Olga—. Y de abogada.

—¿A estas alturas? Sobre esa cuestión también te insistí.

—Las cosas tienen su momento. Son asuntos delicados, hay mucho en juego, no se pueden dar más pasos en falso.

—Por eso lo digo.

—Me he hartado. Quiero otra opinión.

—¿De un profesional?

—Por supuesto. El abogado de mi amiga Isabel. ¿Te acuerdas de Isabel Montero? —Lara asintió.

Su amiga Isabel Montero había iniciado los trámites para el divorcio unas semanas después que ella, por motivos similares, aunque eso era anecdótico. Por recomendación de una persona de confianza, varón a salvo de la marea de roturas matrimoniales con ramificación penal, por más señas, acudió al gabinete del abogado Eduardo Reneda.

—Su proceso estuvo encarrilado en seguida y la minuta no la ha arruinado. Está contenta.

—Prueba, no tienes nada a perder. Tu abogada es un sacacuartos que se limita a cubrir el expediente contigo y a pactar en tu contra con el abogado de tu ex. Ha perdido el interés por ti, si alguna vez lo tuvo —convino Lara. Le gustó la noticia, era un verdadero cambio en aquel tortuoso camino legal y personal.

—No voy a perder nada, ya no.

Pidió a Lara que le acompañara a conocer al abogado Reneda.

Acción, reacción, bis e ídem

—Ellos versus ellas y viceversa—, leyó en voz audible. Lloviznaba aguanieve cuando Eduardo Reneda abrió la carpeta que contenía las anotaciones de dos mil quince para incorporar sus impresiones sobre el reciente acto de conciliación finalizado con acuerdo. Las partes ayudaron con su actitud, previamente anunciada, y como entre los abogados no existía una antigua pendencia que indujera al encono de unos litigantes con ganas de pasar página, levantarse de la mesa y emprender caminos separados, no hubo dilación en la firma que lo permitiera legalmente. La reunión había transcurrido por el cauce pactado, totalmente ajustada al borrador, y los asuntos discutidos con orden, conformidad y solvencia; ambos cónyuges estaban mentalizados para asumir que aciertos, errores y convivencia eran materia del pasado, humo que el viento expande en direcciones opuestas. Hasta la despedida fue cordial, animosa, bienintencionada, sin flecos.

Un caso que no deja poso, escribió al final de la hoja. Un caso de los que edulcoran la cotidiana pugna legal en la sala de vistas. Cerró la carpeta volviendo su reflexión hacia el título que englobaba y definía todas las anotaciones recogidas a lo largo de su trayectoria profesional, aunque el contenido también compartiera un carácter personal, subjetivo, de análisis privado.

“Ellos versus ellas y viceversa”, repitió sin voz, satisfecho con ese rótulo de tinta azul que no le exigía un cambio ni una rectificación. El día del estreno, de repente, como

algunas cosas positivas suceden, se abalanzó sobre el despliegue inicial de papeles escritos a mano sin dar opción a otros candidatos, ¿para qué más entrevistas?, expresivo, críticamente aséptico, ansioso por figurar en la portada. Soy yo, se presentó, y nada tuvo que añadir para convencer al abogado Reneda que de inmediato patentizó su conformidad al sentido latino de la palabra *versus*, *en dirección a*, *hacia el lado de*, *hacia*, diferente y rival de los significados recogidos en el habla hispana inficionada de anglicismos: *contra*, *frente a*. “De acuerdo, eres tú y aquí te quedas”. Él también se quedó sentado entre sus anotaciones caligráficas, otra vez atraído por el reclamo de las historias resumidas, tan similares y no obstante específicas, tan coincidentes pese a la disparidad, tan relativas a un fenómeno común de múltiples apéndices incisivos y corto punzantes. Su obra más que un estudio pedagógico a base de comparaciones era, grosso modo, un catálogo de parejas heterogéneas con el nexo de que estaban abocadas a la separación; con excepciones, raras y por ello consignadas como versos sueltos, que de mutuo acuerdo —alguna vez con intervención de los asesores legales, otras con ayuda psicológica también alumbradora, pero por lo general con la voluntad autónoma— detenían el procedimiento y daban marcha atrás hasta volver al punto donde la confluencia se había tornado encrucijada; y aun antes, despacio, atentos a las variaciones individuales que provocaba la exaltación del ego, remontando el curso de los acontecimientos hasta el origen, el día que se conocieron, el lugar donde cruzaron animadamente las primeras emociones confesadas, un plan ambicioso, ilusionante y la alternancia en la iniciativa.

Hubo un tiempo feliz, había escrito a continuación del título y al margen de la crónica sucesiva, porque el principio de aquellas relaciones elegidas proclamaba una buena ventura. Una época a veces añorada en seguida.

Ninguna prisa le acuciaba, ningún sonido le reclamaba por el momento. Podía dedicarse a la reconstrucción de los hechos, cuestión previa e imprescindible para llegar a una versión próxima a la verdad, y otra vez le apetecía revisar el contenido de las carpetas, aleatoriamente, una muestra tomada aquí y allá, de año en año, desde el confín iniciático de una singladura registrada en documentos inválidos como pruebas de curso legal.

—A ver... Esta anotación... Sí.

Repite la frase con estudiada cadencia: “Miro por mí, quiero todo lo que puedo obtener”. Es su definición, concisa y ególatra, de las relaciones matrimoniales que en su día ideó como modelo a seguir y ha ido ejecutando con fría regularidad y sin pérdida de tiempo, y la respuesta a cualquier pregunta innecesaria que se le formule. Ha dejado el inventario de bienes sobre la mesa. Exquisita y distante, mujer tan ambiciosa como ambicionada, se ha preparado para competir hasta la satisfacción de sus intereses declarados. No hay engaño en su proceder, esgrime su salvoconducto para obrar de una determinada manera y para recibir un trato deferente. No hay alternativa en el acuerdo ni prórroga en las cesiones; sólo admite un acomodo, un ajuste de mutua conveniencia que agilice los trámites y despida con elegancia la etapa compartida. En su versión, que es la única que yo conozco, los dos salen ganando; lo dice en el mismo tono de suficiencia con que se dirige al mundo y a mí, en quien confía. Sabe hasta dónde

puede llegar y mejor que nadie con quién dirime el negocio. Yo soy un mero instrumento que alguna referencia para ella fiable ha puesto en su imparable camino, más que un arma para ganar la batalla jurídica soy la pieza de obligada contratación admitida por el sistema. Es la tercera partida que juega y no duda de su estrategia ganadora. Cada matrimonio en disolución tiene su abogado protagonista; yo soy el tercero, no seré el cuarto abogado de su cuarto divorcio si llega el caso.

El fin justifica los medios, no hace falta que me lo diga. Su sinceridad es abrumadora, lo que supone una ventaja para mí si hubiera de enfrentar un proceso para disolver la sociedad marital de gananciales que me asegura no tendrá lugar.

M.C. detesta la hipocresía. Dice que todo lo posible se consigue mediante un pacto con la verdad.

Al pacto con la verdad le ayuda mucho el haber descubierto los puntos débiles y los errores del contrario y poder demostrarlos en la instancia adecuada.

Conocimiento y anticipación son sus armas. Deduzco que vive con los ojos abiertos, sin concesiones al descanso, al instinto natural o al sentimiento rebelde. Otra arma de incuestionable eficacia pero arduo y concienzudo manejo es la imitación de comportamientos adaptados a un plan de vida. Voy sumando infinitivos: conocer, anticipar, imitar, negociar.

Recuerda sus orígenes, aunque no precisa fechas. Ya entonces notaba la atracción que ejercía en los hombres y también en las mujeres, distintas formas de dominación con resultados equivalentes y muy propicios. No era ni especialmente guapa ni arrolladoramente simpática ni abiertamente sociable, como tampoco lo es ahora, y sin

embargo era el centro de atención, la persona deseada, el vínculo entre los integrantes del grupo, la constantemente invitada y la confidente, igual que lo es ahora. Me habla sin tapujos, indiferente a su propio dibujo.

Ha aprovechado su habilidad sin valerse de artificios, actúa como piensa y piensa como actúa. Quiere que yo sepa que en ella no hay impostura. Me ha contratado para ganar, está segura de ganar nuevamente; y yo estoy seguro de que si los necesito me entregará los argumentos de peso que inclinen la balanza a su favor, a mi favor profesional. No voy a cambiar, me dice. ¿Podría cambiar, me pregunto? Salvo de abogado en la siguiente partida, añado yo.

La clienta identificada en las anotaciones con las siglas M.C. ganó la partida en pocos movimientos, sin excesivo dispendio de energía. El suyo fue un triunfo de corte político elaborado en la cámara oscura por una inteligencia al servicio de un ideal personalizado, y el del abogado Reneda, actor secundario de obligada comparecencia, la consecuencia de un trabajo previo, meticoloso y certero, abundante en medios humanos y técnicos, puesto a su disposición para acortar los plazos y las discusiones que en una sociedad libre de legalismos hubiera resultado superfluo; y entonces, con el matrimonio de acuerdo en apagar la luz y dar carpetazo a la convivencia, también.

La cliente identificada con las siglas M.C. y su imagen imborrable, dijo al despedirse de su tercer abogado matrimonialista que ella, a su público y notorio modo, viejo como las aspiraciones elementales, prolongaba la inefable brevedad de la vida cuando se disfruta a base de hacerse valer y de hacerse pagar convencionalmente, implicando

al amor, al deseo y a las apariencias. Abrumadoramente sincera.

—Práctico y racional. Ambos con buenas intenciones para el prójimo.

El dinero manda, no esconden los dos que el divorcio es un asunto gravoso para unas economías medias. Hablan por turno, respetuosos el uno con el otro, coincidiendo en los objetivos. Creo que en esta ruptura de mutuo acuerdo impera más el culto al sentimiento que el ahorro de dinero. Voy a representarlos.

Me reservo un intento de reconciliación. ¿Debo? Tengo un dilema.

Están convencidos de que ha llegado la hora de echar el cierre a la convivencia y partir hacia el futuro cada uno por su lado. Pero antes de separar los caminos, juntos quieren recorrer el último tramo, el de la liquidación del matrimonio. No quieren perjudicarse.

Se nota que han estado enamorados, y se nota que aún se quieren. Por lo que sea han establecido una frontera insalvable entre el pasado y el futuro, o lo que es lo mismo, según entiendo, y puedo equivocarme, también entre la pasión del principio y la serena objetividad impregnada de cariño que ha desembocado en la encrucijada. Sigo con mi dilema.

Van a empezar de cero, sin rencores ni lastres, esa es la voluntad que comparten. No hay hijos que unen o distancian ni bienes pendientes de venta o acuerdo posterior. Son un ejemplo de empresa en noble finiquito.

Me atrevo a decirles lo que pienso. Les digo que es una lástima. Conozco parejas estables de muchos años con

menos predicamento del uno hacia el otro que ellos, y menor vínculo emocional y posiblemente experiencias que recordar frente a una copa de vino o un hermoso paisaje. Podrían intentarlo. Podrían, no lo niegan, pero después. Parecen que han de atravesar otra divisoria y también en eso están de acuerdo.

Abogado y procurador únicos y la pareja unánime en la resolución a dúo, el caso estaba cerrado porque no había asuntos que tratar. En su manera de expresarse por turnos, corteses y afectivos, durante la secuencia preliminar a la declaración del juez, que iba a legalizar el convenio de ruptura, subyacía la resignada aceptación de la cosa juzgada por incomparecencia de una enmienda restitutoria, puede que tardíamente invocada por un tercero echado en brazos de su conciencia. Tal vez era la imaginación del abogado Reneda la que, en un quite sensiblero de su responsabilidad, concitaba sin éxito alrededor de la mesa que protocolizaba el acuerdo una llamada a desterrar la tristeza, a escamotear esa aposentada fatalidad que impedía con su tenaza a los recíprocamente demandado y demandante dar un giro a su deriva, organizada a medias, y empezar de nuevo, sin que la novedad fuera el principal aliado para desbrozar una ruta enturbiada.

El criterio de Eduardo Reneda, con ganas de intervenir, convencido de que ni él ni ella habían alcanzado el punto de inflexión, abogaba por una solución transitoria. Les proponía un paréntesis. Con los papeles encima de la mesa redonda y los bolígrafos de punta fina a centímetros de las manos asumió un compromiso personal, ajeno al proceder letrado en una decisión tomada libre y mancomunada-

mente en presencia de testigos. Solicitó de su buena voluntad un tiempo para recapacitar; el que convinieran también de común acuerdo y en presencia de esos mismos testigos que formalizarían la separación.

—¿Vicio o debilidad? Progresó la dependencia y a su sombra, para confundirse entre los secreteos de la enramada, progresó el control. Hornada reciente.

No puedo más, esto no hay quien lo aguante, pena M. R. J. crispada y llorando. Ella había acabado su paciencia, y dice que ha tenido mucha. Y muchas ganas de entender los motivos de su marido para depender hasta la irracionalidad, la obsesión y el desvarío, de las redes sociales. No me extraña que quiera poner fin a su matrimonio, indirectamente está compartiendo su vida con decenas o centenares de personas para ella anónimas, insignificantes, ocultas tras unas contraseñas y unos apelativos. El comportamiento de su marido, un adicto a la comunicación según el diagnóstico facultativo, es incompatible con la intrínseca privacidad del matrimonio, con los planteamientos y los objetivos asumidos al contraer una relación de pareja estable en un domicilio único.

Él ha pasado de las comidas o cenas con los amigos y compañeros, que continúan, de las salidas al fútbol (sic) invitado por su hermano que es un hinchas de los que hace ruido en el estadio (sic), que continúan, a estar trajinando (sic) con el ordenador, uno portátil del que no se despegas, y con el teléfono móvil que lleva pegado a la mano de día y de noche (sic).

Al parecer sólo pasa de su familia.

Ha sido apercebido en su trabajo, delicadamente y no por su jefe inmediato, porque es funcionario, un empleado público atornillado a su silla contra viento y marea, y no el único, aunque sí el más activo en el departamento, que dedica ratos a pasearse por las redes sociales.

Ella no está segura de si su marido le es infiel a la vieja usanza. De lo que está segura es del efecto que causa en sus hijos, dados entusiásticamente a la imitación de la conducta paterna en su vinculación a la tecnología y en su desprecio a las peticiones maternas.

Al aburrimiento en las relaciones de pareja, y en general en cualquier relación entre iguales antropomorfos, se llega por diversos caminos, algunos con las huellas de tránsito profundas de tan trillados; al hartazgo y a la ansiedad se llega en paralelo, pero en otro momento de la convivencia. El atractivo del descubrimiento, ligado a la variación y a la combinación de elementos parejos y dispares, en los exploradores domésticos de la era tecnológica es materia fecal de aparición inesperada a través del conducto mensajero, grandemente nociva para quien confía en perpetuar el statu quo original, que se supuso dispensador de gracias correlativas ausentes de caducidad en vida de los contratantes, cuya presencia sobrevenida, de malo o nulo encaje en el libro de familia, se atribuye a factores exógenos, los terceros culpables, a la debilidad de la carne y al veleidoso proceder de los números redondos, las cifras pares y la segmentación por décadas que no afecta por igual a todos los miembros de la especie. Hay que buscar una explicación, pronta, suficiente y admisible; hay que encontrar la explicación al hecho consumado en las inmediaciones del día de autos. Y poner remedio, decir la última palabra y

tomar la iniciativa. Coger el toro por los cuernos y abrir los candados. Porque los humanos somos una caja de sorpresas que a veces permanece cerrada de cuna a sepultura y otras, al albur de las condiciones, se manifiesta como el cofre de los pretendidos valores enterrado en una isla de cálidas playas de arena blanca e imponentes escarpaduras dibujada en pergamino humedecido que recrean los cuentos y las películas, o como un arca de férreos goznes, tapa labrada y llave maestra adosada a la revelación que guarda en su hermetismo los mandamientos contractuales.

“Al principio fue el verbo, la luz, el cielo y la tierra virgen: Sí, quiero.”

La noche era oscura y fría a la intemperie cuando Eduardo Reneda se despidió de sus anotaciones.

Iba hacia él como una exhalación, visiblemente agitada y con el pensamiento lejos de las salas de juicio. Aun así, a la carrera, distinguió la fisonomía del abogado Reneda, se detuvo un instante, intentó recomponer la imagen que de ella solían tener sus pacientes y le saludó:

—Eduardo... Hola.

—Hola, Carmen.

Y antes de que cortésmente surgiera la pregunta por sus cuitas, tan evidentes, Carmen la atajó con un azorado: “Tengo prisa, ya te contaré. Disculpa”, y salió a escape hacia la parada de taxis de la Plaza de Castilla. Durante unos segundos flotó en el ambiente del pasillo la esencia de una emergencia motivada por un asunto improrrogable y, a todas luces, imprevisto. Un caso fortuito.

Transcurridas cuarenta y ocho horas y en el mismo lugar el abogado Reneda supo la causa de la urgencia que había

afectado a la psicóloga Carmen Mota. Ella fue a su encuentro en las arterias del complejo judicial, tarea relativamente sencilla, como si le debiera una explicación. Era pronto y, además, los dos acumulaban retrasos en los turnos de comparecencia; les sobraba tiempo para un café con la puesta al día de las novedades.

—Es un brote psicótico. Lo que temíamos. —Y lo esperado. El sobrino de Carmen, un muchacho introvertido de diecisiete años, de carácter ensimismado, mirada tris-tona y gesto diferido, lo venía anunciando desde antes de la confirmación de su patología—. Estamos muy preocupados por el deterioro que vaya a causarle.

El sobrino de Carmen, hijo de su hermano menor, nunca había consumido sustancias estupefacientes, ni fumado tabaco o reiteradamente bebido alcohol en cantidades peligrosas. Su caída psicótica era independiente de los efectos tóxicos. Su dolencia psíquica, muy temida al conocerse el riesgo de aparición e igual número de veces confiada a la latencia, tenía precedentes genéticos y estímulos, el factor desencadenante, para manifestarse.

—Mala noticia. Lo siento.

—He sentido una punzada muy honda y dolorosa en el corazón y un flujo de impotencia que me seca la boca. En este momento, aquí contigo, enfrente del mundo cotidiano de egoísmos, víctimas y disputas, siento un percutor activado en mitad del cráneo que me deja sin aliento... Me ha desbordado.

—Es otro terreno, Carmen. ¿Lo has hablado con Diego?

—Sí.

El psiquiatra forense Diego Silva Hurtado indagaba las zonas oscuras del campo gravitatorio de las psicopatías la época en que trabó amistad con Eduardo Reneda; de esto

ha pasado mucho tiempo y nuevas relaciones propiciadas por ambos, como la que presentó a Miguel Vayarte por parte del abogado y la que presentó a Carmen Mota por parte del psiquiatra. Miguel Vayarte y Diego Silva Hurtado hicieron migas en seguida; por su parte, Carmen Mota y Eduardo Reneda avistaron un beneficioso porvenir de intercambios en torno a las desavenencias conyugales y a la quiebra de las parejas de hecho.

Carmen Mota respiraba acompasadamente, ventilando su organismo, tomada conciencia de la situación que principalmente afectaba a los padres del chico.

—Diego está al corriente.

Diego Silva Hurtado había recomendado años atrás a Carmen un especialista para que vigilara la evolución de la enfermedad. Desde entonces, y con publicidad, su sobriño era médicamente controlado para advertir las curvas en la gráfica de comportamiento. El psiquiatra mantenía una comunicación periódica con su paciente al que examinaba al hilo de lo que hablaran, daba igual el tema o la iniciativa de la conversación, y del que evaluaba el cuadro de trastornos, su frecuencia e intensidad, la incidencia en el individuo y la repercusión en el entorno. La comunicación con la familia, y de un modo profesional con Carmen, era la estricta, limitada a la prevención de los factores de riesgo y condicionada a las reacciones personales y sociales inherentes a la actividad expansiva de la patología.

—Lo importante, y es un gran consuelo, es que tu sobriño recibe la atención adecuada, y os tiene a vosotros para incrementar la ayuda.

Carmen Mota asintió con gravedad, callada unos instantes, puestos los ojos que no ven lo que enfocan en el enjambre peatonal y rodado zumbando a las puertas de la

mole blanquecida de los juzgados. Eduardo Reneda, sin ánimo de interceptar el itinerario de la mirada ciega, imitó el receso, tan habitual y provechoso cuando el cúmulo de pensamientos de diferentes orígenes y tendencias opuestas pugna por una síntesis asimilable que excite a la solución. El edificio de arquitectura apaisada, ligeramente ondeante en ángulos rectos, ni frío ni cálido en la sensibilidad de un turista incidental con la guía urbana entreabierta por la página que ilustra el distrito y sus servicios, cumplía su función terapéutica como si de un hospital se tratara, un hospital de cabecera con las pautas del honorable ejercicio inscritas en lápidas de caracteres pétreos y trasluz de filigrana, un centro hospitalario de referencia con un número similar de ventanas y su acceso restringido a vehículos que opacan a sus ocupantes, un complejo oficial de alto rendimiento para la práctica de tratamientos expeditivos, amputaciones y suturas, y una fábrica de cordones sanitarios, judiciales, políticos y gremiales con la dirección en el subsuelo. En alas del prodigioso mecanismo viajero e inquisidor que es la imaginación, las dimensiones desconocidas argumentadas con toda clase de sugerentes misterios en novelas y películas rivalizan con los mundos probables del aquí y ahora en sentido lato, constataba Eduardo Reneda de regreso a su taza de café con leche.

—Voy a contarte algo —le dijo ella con voz de aire. Había cogido una servilleta de papel que manipulaba cuidadosamente, una, dos, tres dobleces; pausa; vuelta atrás, tres, dos, un plano cuarteado; pausa; y empezó a arrollar hasta que la rugosidad fue un cilindro quebradizo e imperfecto—. Es personal.

Carmen Mota era una persona de naturaleza sensible, delicada en su trato, dispuesta a la cooperación sin preguntar más que lo mínimo y todo oídos, puntual en sus citas. Demasiado sensible en las apreciaciones y en exceso dispuesta a lidiar en todas las plazas, tendía a la marejada interior y a acudir prontamente en cuerpo y alma al reclamo de las tempestades allá donde se hicieran patentes. La psicóloga Carmen Mota estaba afectada por una profesión de la que no se dejaría rescatar y que para ella se había convertido en una pesada cruz de carga inestable. Partidaria de la transferencia como vía para la resolución de los problemas emocionales y de conducta de su competencia — tú me envías un obstáculo, yo te devuelvo una pasarela—, a la que se aficionó en extremo por lecturas, seminarios y prácticas de diversa índole, interiorizaba cuanto provienera de su colocutor en la confianza de que su fortaleza mental y su buena predisposición orlada de título académico le impermeabilizaban de cualquier mal psicológico. Durante un tiempo, en apariencia, fue posible la convivencia entre la suposición y la consecuencia, fruto del raciocinio, y la inferencia, producto de la analogía y de la observación; periodo de actividad casi frenética que supuso una dilatada práctica con un nivel máximo de exigencia en el aprendizaje mientras perfeccionaba un mecanismo idóneo de respuesta extraño a ella.

Se especializó, por así decir, en malos tratos y apoyo familiar. Se dio cuenta tarde de que, en realidad, En realidad, lo que conseguía era adentrarse sin asidero en la boca del túnel por una dinámica que enlazaba caso con caso sin solución de continuidad; hasta quedar suspendida en el vacío, carente de recursos mentales y con las facultades trasapeladas.

De la noche a la mañana había pasado de creer a no creer y de saber y querer a ignorar y no poder. Un bloqueo en toda regla. Debilitada, reducida a una contradicción, perdida en los rebotes de las pasadas transferencias. Era su sincera versión, confesada de cara a la pared, y a la vez un grito amortiguado por el decoro, la turbación y la vergüenza profesional en espera del rescate. Al que acudió Diego Silva Hurtado poco antes de manifestarse la crisis psicótica del sobrino de Carmen.

El consumo de servilletas de la psicóloga Carmen Mota era nervioso, pero aún no compulsivo.

—Me ha pillado desfondada. —Eduardo Reneda asintió; negar la evidencia era ridículo e infantil. Carmen Mota completó su pesar—. Creo que alguna fuerza podría sacar si hubiera distancia personal entre el asunto y mi participación, pero es mi sobrino y ni para él, ni para sus padres, ni siquiera para mí, ahora, tengo la debida objetividad ni una receta de consumo tópico.

Procurar un consuelo de palabra a quien admite que su mundo necesita una obra mayor sólo le incitaba a expresar un convencimiento.

—Rompe el cerco. Ya me entiendes.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Diego Silva Hurtado se había adelantado al consejo.

—Quiere hablar conmigo.

Cuando un psiquiatra, aunque sea amigo, aunque recaiga en él toda la confianza del mundo, pide hablarte es para señalar con meridiana claridad un problema en ti o para informarte de un grave problema que está relacionado con tu actividad o con tus sentimientos. En cierto modo

tiene similitud a la frase “tenemos que hablar”, pronunciada a imaginable distancia por tu pareja en un camino sin retorno.

—Estoy seguro de que te ayudará —alentó Eduardo Reneda pagando las consumiciones.

De lo que ambos estaban seguros es de que Carmen, alterada y frágil, acudiría puntual como un clavo.

Sea cual fuere el ánimo al encaminarse, se acude con puntualidad británica a la cita con un médico, un notario o un abogado del que se espera un asesoramiento convincente en la defensa de los intereses enarbolados.

A las cinco menos diez minutos las hermanas Norklig aguardaban en la sala de espera pasar al despacho del abogado Reneda, sin otra visita con la que compartir intuiciones ni la molestia de traslucir por el lenguaje del cuerpo el significado de aquella presencia obligada.

—¿Tienes claro cómo lo vas a enfocar?

Lara perdía la mirada por la habitación de suelo a techo, relajada, paciente, recordando para su inmediata comparación la descripción de las virtudes del abogado cantadas por la amiga de Olga. Sin volver la mirada hacia ella le preguntó por su estrategia cuando le llegara el turno de exposición.

—Muy claro. Le voy a contar mi historia.

—¿Toda tu historia?

Olga estaba tranquila, pero en absoluto dispuesta a dejarse envolver por la retórica de Lara, tan ponderada cuando la calificación de los hechos no le incidía directamente.

—La historia del divorcio con mis conclusiones.

Cuatro años con la sentencia de divorcio en el registro correspondiente y en el cajón de los documentos a conservar y a la guerra no le llegaba el armisticio. Seguían enfrentados por todo lo que no les era posible deslindar, y también por el domicilio, propiedad de él, usufructo de ella hasta la mayoría de edad de los dos hijos, y la compensación económica pactada, de pago fraccionado y recurso constante ante la juez de vigilancia matrimonial que era un péndulo afilado sobre las intenciones de Olga.

—Los errores se pagan —le recordó Lara.

—Ya.

Estaba pagando muy caro su miedo y un residuo de confianza en el futuro que había perdido definitivamente la conexión con el pasado. Nunca debió aceptar ni la cifra que él propuso a regañadientes, como si perdiera un órgano vital en la transacción, un dinero que podía pagar y que a ella le daba aire en un momento de ahogo, ni las condiciones de entrega a cambio de una separación real enmarcada en el mutuo acuerdo. El precio de la paz y la libertad que ambos decían buscar había resultado ser barato para él e insuficiente y falso para Olga, en su versión de los hechos.

También en la versión de Lara, que en cuanto podía reprochaba a su hermana su anterior condescendencia, causa de su inestabilidad emocional y pérdida de autoestima.

—No he llegado a tanto —se defendía Olga.

Estaba harta del juego morboso que se empeñaba en mantener su ex marido, y también desesperada por la actuación judicial ante sus reclamaciones, y molesta consigo misma y agobiada por el papel insignificante que le tocaba interpretar en presencia de sus hijos. ¿Por qué no la apoyaban? ¿Por qué no la comprendían? ¿Por qué en ellos dos,

aún jóvenes y con muchas puertas abiertas, se imponía el sentido práctico, el de las realizaciones inmediatas, el que no conoce otro horizonte que el acotado por un perímetro de aparente seguridad, y el egoísmo hurraño en vez de los ideales? En algo fundamental se había equivocado, era evidente y sañudamente condenatorio. Sus hijos, que también eran los de él, sólo apostaban por la conducta hegemónica, la obvia y perdurable, el retrato familiar de cada día auspiciado por los padres, el asiento contable que libra de los fríos; y no le perdonaban a ella, como madre, la mayor de las glorias y el mayor de los estigmas, que hubiera dado el paso que los dejaba en la cuerda floja acostumbrados a nadar a favor de corriente y la ropa guardada. En el fondo, Alana y Marcos, estaban asustados, temían un cambio de vida inconveniente que truncara las aspiraciones cultivadas en las parcelas de condominio, y su respuesta a la incertidumbre eran las actitudes déspotas en masculino y femenino enlazadas a una mal disimulada zozobra.

—Si lo piensas es paradójico —murmuró Olga.

Los cabos sueltos convierten un divorcio extraño a la pretensión acordada en una unión sólida y duradera.

—Sí... Un contrasentido.

Uno de tantos en todos, calló Lara.

Olga miraba su reloj y comprobaba por inercia la suma de los documentos justificantes de su estado mientras cruzaba alternativamente las piernas, corregía los defectos posturales de su vestido e hilvanaba un discurso ágil y coherente que atrajera le mediación del abogado Reneda.

—A ver qué pasa —suspiró.

Lara había dejado de especular hacía un minuto. Estaba cómoda en el papel de acompañante, la temperatura de la habitación era agradable y a las puertas de una solución

que quizá lo fuera, y las dos deseaban, su desempeño es-tribaba en hacer acto de presencia y, si se lo solicitaba la interesada, completar el relato en calidad de testigo.

Cinco atenuados sonos de carrillón, posteriores a los cuatro cuartos, marcaron el tiempo de descuento.

—A ver...

Lara cerró los ojos, a la espera sin prisa. Tenía unos segundos para abstraerse, para volar a una asociación de imágenes en la que ella siempre aprobaba su conducta, la activa y la pasiva, la que le obligaba y la que le toleraba. Eran unos parpadeos tan solo. Unos segundos de cama, los de cada mañana antes de pisar el suelo, los de cada noche antes de sucumbir a Morfeo. Unos segundos para asistir a la clase magistral de su tutor por un camino despejado. Un espacio fresco, exclusivo, por el que el cuerpo se desliza sin entorpecimiento y el tacto es de sábanas con esencia propia. Sus preferidas. Esas sábanas amplias, frescas, de olor personal y deslizantes que Olga rechaza; ese recipiente vacío en la simetría que Olga abomina; esa confluencia de la materia con la energía y con el espíritu de la única emanación que a Olga aterra; esa cámara de aislamiento donde los polos no ponen a prueba sus propiedades de atracción o repulsión, ni la ropa bandea a tirones de un costado a otro, de un promontorio a otro separados por el canal del sueño. Las sábanas preferidas de Olga son las que dan calor al cuerpo adyacente y recogen el calor del cuerpo inmediato, las que comparten en un cuadro de naturaleza muerta los silencios, las traiciones y hasta la venganza.

La gran empresa de las mudanzas

Carmen Mota se despojó de la psicología —lo que le resultó más fácil de lo imaginado— al acudir a su cita con el doctor Silva Hurtado, psiquiatra forense, que la recibía en calidad de amigo doctor. En la sala de espera de la consulta sólo estaba ella y apenas le dio tiempo a respirar hondo y abrir por una página indeterminada de numeración impar el discurso que revoloteaba parlanchín en su cabeza sin estructura definida. Diego salió personalmente a buscarla, afable, especialmente comprometido con la privacidad.

La sentó a la mesa redonda, con hojas en blanco y utensilios de escritura y dibujo para uso común, y se dispuso a escuchar lo que quisiera contarle.

—Estoy perdida. Te lo digo tal cual. Es algo que a todos nos pasa en alguna de las vidas que representamos. Camina que te camina, he llegado al centro de la nada, yo lo veo así desde mi ceguera. Me he metido en una trampa de la que no conozco su mecanismo. Esta trampa, lo sé, es un subterfugio alegado por mi conducta en el momento del desbordamiento, las dos a la deriva, abrazadas en la desesperación, ideando otra excusa. ¿Ha sido más fuerte la excusa que su creadora? La inercia es una resaca de mucho cuidado que tiende a dominar el juego de las preguntas y las respuestas, y también es una excusa. ¿Me he viciado en el engaño?

El papel y los lápices eran tentadores; el papel por su blancura y los lápices por su paleta de colores.

Diego Silva Hurtado le invitó a que siguiera; necesitaba escuchar una confesión. Había comenzado el duelo de la

razón contra la voluntad, el único donde escurrir el bulto perjudica a partes iguales. Carmen Mota le pedía una intuición certera con el concurso mínimo de unas frases, y a continuación el remedio, como cualquier paciente en presencia de su médico. Ella necesitaba su ayuda, la ayuda profesional de un conocido al que la amistad no lastraría en el diagnóstico ni la prescripción, una ayuda que era factible porque le concedía como psiquiatra un poder social y profesionalmente mayor que avalaba una firma y un número de colegiado para extender recetas.

—Voy a apartarme de nuestra relación. Quiero mantener las distancias, es el procedimiento debido. ¿Estás de acuerdo?

Diego Silva Hurtado asintió con el gesto.

Los teléfonos en silencio.

Un silencio pendiente del monólogo.

El gesto del psiquiatra invitaba a romper el silencio y las barreras.

¿Cómo podía evadirse de las conexiones?, se preguntaba Carmen Mota, y tímidamente expelió el interrogante por la boca acompañado de un reojo a la ventana. Desde la perspectiva condicionada del presente, todo en su vida acababa enlazado a los motivos ajenos para implicarse más allá de su deber colegiado en unas situaciones contradictorias, absorbentes, incombustibles, tachonadas de pretextos, y no en pocos casos de evasivas, que a ella no servían sino para confundirla, para zarandearla en la fragilidad desequilibrante de una estrecha pasarela de cuerdas y tablones gastados, resbaladizos y crujidores, elevada sobre una simetría de paredes abruptas, cortantes, extendidas como una frontera impermeable al espíritu. Juego rotatorio

del que participa como una ficha de complemento, dependiente de una actitud caótica en sus efectos.

Del caos surge el orden. Un caos elemental, salvaje por el ímpetu de la génesis, pero domeñable si el alumno cree en la lección del maestro. Si el enfermo adivina en el médico la magia de la sanación se confiará con todos los vestigios de racionalidad extendidos a esa prodigiosa ciencia de los remedios.

—Me he vuelto ingenua y subjetiva. Me decanto irreflexiva del lado que me deslumbra. Me obsesiono, fijo una idea y le busco ramificaciones que me aportan información cifrada que he de procesar en segundos, con suerte en minutos con los actores en el escenario, expresivos en su desorientación e, impaciencia; calma, les digo; aturdidos, recelosos, a la defensiva; les pido calma. Les pido que me escuchen. Si no me escuchan he fracasado en la tentativa de solución. Si brindo una solución, aunque sólo insinuada, me la exigen, y me la exijo. Tengo que dar con la puerta secreta, abrirla y esparcir los dones benéficos que atesora entre mis actores. Tengo que encontrar esa luz protectora que guía y conforta, aplicable a la universalidad de los casos, y se supone que también al mío. Dependo de una confirmación que importo de apresuradas deducciones, me urge dar una respuesta que no suene a tópico, que a mí no me parezca un consuelo de poca monta, mera literatura de consumo rápido y digestión tardía.

Carmen Mota pensaba fuera de sus obligaciones que mantenía intacta su capacidad para disociar, que es el mejor antídoto contra las influencias de las palabras y los hechos y contra la proliferación de sentimientos agotadores; lo creía firmemente al extremo de no haberse cuestionado nunca como decisión errónea el rechazo a una terapia de

aislamiento patrocinada por el instinto de conservación. Mientras le quedaban fuerzas al despertar y al acostarse, y muy segura del buen funcionamiento del mecanismo reponedor de energía, no se había asomado a comprobar si era visible el fondo del depósito y si este empezaba a sonar a hueco, que es sinónimo de vacío; la amenaza de un mal latente no palpitaba a su alrededor ni las conexiones que tendía a diario entre los diferentes sucesos y su interpretación profesional, balsámica y orientativa, cada vez más personal y afectada, menos rigurosa con la separación de roles y las circunstancias propias de las situaciones que la reclamaban. Su propósito paliativo de dar significado inmediato a la realidad circundante perturbaba la belleza de las intenciones, y se imponía en la impresión aquella denostada literatura plagada de desdichas y con finales imposibles.

—Ponle nombre, me digo y lo digo, pero con un sentido específico si me lo digo a mí misma o si se le digo a alguien que me escucha y confía en mi buena estrella para atinar con la solución al problema. ¿Le pongo nombre? Tú pónselo. ¿Pero tiene nombre? Sí, sí. Todas las cosas en el mundo tienen un nombre y una historia para poder identificarlas.

Pensó en la causa y le puso nombre para que la necesitada de terapia, la peor de sus clientas, la más desvalida cuando pierde la protección, pudiera atenderse con una cura de urgencia. Angustia vital, pronunció, y su imagen corrió a esconderse debajo de la cama. Metida en la burbuja pretendía esquivar el acecho de la interpretación, porque ignorarlo ya era imposible. Pero aún podía debatir con sus dudas en el teatro del espejismo, confundida intencionadamente la realidad con la ficción; una controversia

exenta de racionalismo, pletórica de voces cruzadas, una o dos interiores, otras dirigidas hacia ella desde direcciones ocultas que precisaba interceptar para retener los conceptos y ordenar por categorías los signos de las apariencias.

—Me ha invadido la vida ajena. Me he inundado con las circunstancias del prójimo.

La explosión —¿la implosión?— sonó muy dentro, lejana pero propia, allá por la jurisdicción del espíritu, similar entonces al chasquido de una rama diminuta que quiebra una certera presión en el más expuesto de sus segmentos. El momento siguiente a la explosión —pasaron minutos, horas, días, la medida del tiempo también se había volatilizado— registró en el lugar del extraño suceso la presencia de una sombra dibujada excepto en los contornos, que apenas se insinuaban, por fragmentos de información parcial en proceso de volatilización.

—Quiero recuperar la personalidad que he ido diseminando estos años de psicología práctica, y ver las cosas con distancia y cerrar el paso a la transferencia. He de corregirme. He de taponar la fisura.

Suponía que la fuga, por emplear para la definición de su precariedad un término mecánico, era pequeña, quizá no menor, ni insignificante, pero mínima y en absoluto invalidante; deducirla de ese tamaño soportable, por aplicar al autoanálisis una magnitud física de comprensión universal, se sostenía en que ella razonaba con lógica y prontitud, consciente de la deficiencia había solicitado ayuda profesional, una cura de urgencia con un diagnóstico alentador para proceder a una recuperación supervisada exenta de fármacos. Ya que había demostrado su buen juicio podía prescindir de la medicación; la ingesta de medicamen-

tos le asustaba. Nada de fármacos. La curación del mal declarado empezaba por su actitud favorable a mediar entre la parte sana y la parte desvirtuada, el diálogo era fundamental para descubrir la verdad, una verdad oculta, remisa a orearse en un espacio ventilado. Averiguar la verdad es el objetivo prioritario y la base sólida y estable para operar con garantía de éxito. La ayuda de la mentira, aunque estratégicamente urdida y bien trenzada, era un engaño a domicilio, una trampa, un condicionante para el futuro y en el presente.

—Me he esforzado por conocer la verdad de las historias, de todas y cada una de las historias que convergen en la decisión final.

Cumplidos los cincuenta años, acontecimiento que había celebrado de diferente manera en familia, con sus amistades más apegadas a la trayectoria personal y a solas, en una ceremonia íntima con su versión más auténtica, le sobraba tiempo para devanarse los sesos y le faltaba, además de inteligencia, para resolver el enigma de su confusión. ¿Lo había de afrontar ella en solitario, cara a cara con sus reflejos, con la verdad por delante? Y en ese caso, ¿con qué verdad?, ¿con cuál de las licencias sobre la mesa otorgadas para interpretar la verdad? Vaya un embrollo, como si no tuviera bastante lío anudado al cuello. Era mejor escurrir el bulto, le pasaría la pregunta a Diego; transferencia, recurrente transferencia, arma de doble filo, exigencia de talento; que solvente la papeleta el psiquiatra, propuso la encarnación de la impotencia desde la complacida equidistancia.

—Nadie puede ayudar a quien no se ayuda. La ayuda hay que merecerla, eso quiero decir. He de ganarme la ayuda. En este proceso de transferencia... ¿Es un proceso

de transferencia?... Estoy obsesionada. ¿Quién decide lo que es? ¿Quién señala el camino de la liberación, el asesor investido de plenos poderes o el asesorado mediante técnicas de dispersión de la responsabilidad? Pienso, ergo yo soy yo y el mundo gira que te gira... Las cartas boca arriba... No, no es una transferencia. Yo hablo, tú escuchas; yo te pido ayuda profesional, tú me ofreces una alternativa viable, para no desacreditar mi aliento rebelde, y conduces la sesión dejando el volante en mis manos. Gracias.

Temía quedar atrapada en su desajuste, temía caer en un pozo sin fondo. ¿Iniciado el descenso, era preferible caer en un pozo con fondo o sin fondo? Los pozos sin fondo no existen, simplemente es una metáfora. Un pozo sin fondo cruzaría la Tierra abriendo otros dos polos y creando una galería de ventilación con la mezcla de aire usado y aire fresco. Un pozo sin fondo la llevaría de un extremo al otro, pausa para asomarse al mundo de sentido opuesto y media vuelta, turista de un viaje pendular sin escalas; movimiento perpetuo de itinerario anestésico. Va y ven, vaivén, ven y va, etcétera. Agobiante. De ser cierta la oscilación veía imposible el final del viaje.

—Creo que en algún momento me he olvidado de respirar, ha sido un descuido sólo a mí achacable. Incluso los actos reflejos piden la permanente colaboración de la voluntad y yo, no sé si deliberadamente, he prescindido de protecciones elementales. Lo de encontrar aire es un asunto muy serio. Tengo necesidad de aire.

Cada caso era diferente. Carmen Mota había cumplido esta máxima profesional a rajatabla hasta que un día, de esos que acaban por llegar, la imposición fue personal, y

con este descubrimiento tardío comprendió que no controlaba la relación como debiera. Entonces, apremiada por la revelación, buscó una excusa que fuera creíble para ella. Se dijo que los casos se parecían, después de tantos casos vividos desde su psicología los casos perdían la particularidad para avanzar en fila cortados por el mismo patrón, con excepciones. Unas excepciones discrecionales, señaladas por ella, escindidas de la historia que escuchaba y de la obligada ecuanimidad. Excepciones provocadas; diferencias extraídas del fondo de los asuntos; alicientes para empeñarse en cuerpo y alma como antaño, la razón de sus actos las horas laborables. Pero el único caso verdaderamente distinto, por incomparable e inesperado, era independiente de su criterio y le había desarmado.

—Ahora sé que es imposible prolongar la transición hacia la impotencia por tiempo indefinido. Tampoco es posible sostener una ficción día tras día sin confundir los términos del acuerdo entre la racionalidad y las emociones; ni entre los símbolos convencionales, material de trabajo genérico, y su significado específico aplicable al caso concreto. Mis sentidos funcionan, creo. Oigo un aleteo por encima de mi cabeza y me figuro que llega volando la entrañable resolución de mis problemas; pero levanto la vista y veo el suelo. En resumen, demando ayuda; me he convertido en mi paciente, en un mal paciente si es cierto que los médicos son los peores pacientes. Cada cual ha de estar metido en su papel.

El orden continuaba presidiendo el mundo, un orden imbuido de tolerancia no sujeta a compromisos de analogía, para garantizar la viabilidad de todas las criaturas afirmadas en unas peculiaridades consentidas y en la egoísta in-

terpretación de los actores patrocinados. El orden establecido también protegía las alteraciones de Carmen Mota, previstas en el catálogo de males asumibles, y, lo más importante, la irradiación de su sentido de la justicia y la defensa de la vida amenazada. La vida, entendida desde todas sus dimensiones, era el concepto clave para los análisis de gabinete, los ensayos con grupos de control y las pruebas de campo, y era el argumento de cada historia y de la historia compartida; la vida es la ilación de los contrastes y el recipiente orgánico, consumible y característico, donde dirime sus diferencias el balance entre lo que individualmente se aporta y lo que se soporta.

—La vida cuenta si es propia. Únicamente si una persona intercala episodios de vida propia en la trama urdida por la vida real podrá acercarse a esa bella quimera que es la felicidad.

Carmen Mota había alcanzado sin proponérselo empíricamente la frontera entre la teoría y la práctica, y dirigida por esa fuerza irresistible que la había poseído en vísperas dubitativas y cuyo nombre desconocía se balanceaba a horcajadas sobre una montura asilvestrada y bicéfala; una fabulosa hibridación de posibilidades y de condicionantes. Podía sentirse libre de cara al viento y con el impulso desinhibido ganando distancia a los factores exógenos, pero aún asida a los estribos por obra y gracia del espíritu de la salvaguarda percibía en su horizonte, y no como un espejismo de quita y pon, el crepúsculo de la vía muerta.

—Los seres libres disponen de vida propia y de un camarín luminoso y confortable para viajar en clase única sin desplazamiento físico, puntos de partida hacia las conquistas. ¿Te suena raro? No. A ti no te suena raro nada parido por las neuronas. A mí tampoco deberían asombrarme las

revelaciones instintivas sino lo contrario, lo que se calla, lo que se oculta, lo que se olvida aunque no se haya perdonado.

Hablaba de tener libertad para invertir el rumbo de los acontecimientos, y también para provocarlos. Algo imposible si el dueño del cerebro era una entidad autónoma que se había impuesto en la pugna de voluntades con sigilo y pericia, consumando una ocupación que abismaba en una dependencia anuladora, germen de nueva historia crecida aceleradamente y engarfiada en múltiples apoyos. Las otras dependencias, las de uso frecuente y administración tópica, aunque igualmente dañinas, resultaban tratables por la psicología social siendo su principal requerimiento terapéutico la insistencia con palabras vinculadas a los hechos. Hacía falta mostrar claramente al afectado, con todo lujo de detalles, la progresión de su deterioro personal, el psíquico y el somático, y su disolución, anímica e intelectual, en la historia del agente dominador, uno, dos, la sociedad cercana, el mundo en derredor, con lo que la vida propia, la que otorga libertad de elección y encauza las ansias de felicidad es insignificante, del tamaño de la menzua adquirida, intrascendente, un objeto omitido y superfluo en los decorados habituales; con su mirada de espectador apagada y huidiza, procurando no interferir en la obra del autor dramático.

Hablaba de salvación.

Tenía que salvar a sus pacientes del acecho de peligros inminentes y diferidos: el de la obsesión, el del desvalimiento, el de la venganza, el de sumirse en la oscuridad, el de la renuncia inducida, el de la inserción de prejuicios en las decisiones de la voluntad recuperada. Y esa salvación no consiste en descifrar un hecho aislado, un fenómeno,

sino una concatenación de hechos, una suma de fenómenos entrelazados, que son los que escriben la historia del prólogo al epílogo. El carácter engendra destino, escuchó de un maestro que leía en el paisaje.

—Y yo no me salvo de los síntomas porque ya me veo como una enferma, con fallos de raíz, con fallos insuperables, con miedos y carencias, aislada en mis recientes prejuicios, impotente, confusa.

Quería ayudar a su sobrino. En cuanto lo supo se postuló como intermediaria entre él y sus padres. Creyó que su experiencia y sus deseos de anular la condena podrían interceptar los comunicados perturbadores aleatoriamente emitidos por aquella superposición, el enemigo, la manifestación de una dualidad inconexa.

Quiso pero no pudo.

—Yo también me he dividido en dos: la que era y la que soy; en tres: la que era, la que me gustaría seguir siendo y la que soy; en cuatro: las anteriores más la que seré. Mi diagnóstico es acertado. Lo que me falla es la prescripción. No quiero estar dividida, me niego a duplicarme en la negatividad. Pero no sé cómo salir de esta. No sé cómo unir mi identidad repartida.

La previsibilidad en las acciones y las reacciones del prójimo había dejado de ser una ruta por la que discurrir en paralelo al conocimiento real de la situación. El terapeuta recetaba soluciones de sencilla aplicación, sin ignorar que a veces son las más difícilmente asumibles por quien ausente y angustiado, víctima de frustración, reo de odio, también con un nimbo de esperanza rodeando su ansiedad, las escucha con muecas de escepticismo, de re-

chazo, de triste aceptación y la mirada retrospectiva dirigida al momento imprevisto que delimita el antes y el ahora.

La divisoria entre aquello y esto se le echó encima inesperadamente y ella cayó de bruces aplastando el guion.

—Todas las situaciones en mi vida profesional tienen aspectos comunes, son reiterativas porque sus causas también lo son, y reincidentes. La experiencia te dicta en condiciones de niebla espesa y hielo en el asfalto, puedes seguir adelante con esa garantía. Pero alguien tan próximo con una enfermedad como esa apaga los faros, desbarata la protección en las ruedas y acucia la prisa por llegar a la mejor sala de urgencias. Mi antiguo papel, que me sabía de memoria y, creo, modestamente, desempeñaba con solvencia, consistía en poner a disposición de las víctimas y de los afectados un medio para que por sí mismos superaran en breve y con el menor lastre la dificultad. Esa, a grandes rasgos, ha sido mi tarea durante años, y la he cumplido responsablemente desde la conciencia de mi capacidad y de las necesidades privadas y públicas a las que me iba enfrentando.

Carmen Mota, de profesión psicóloga, especializada a base de práctica en los conflictos surgidos en la pareja y sus ramificaciones de variada índole, mantenía una correcta relación entre la distancia profesional y el trato amable con los casos particulares, de la primeriza desavenencia al ultimátum y la declaración expresa de hostilidades, procurando no incurrir en afectos ni parcialidades que invalidaran el medido calibre de sus palabras y acciones. También se cuidaba de no interferir con su dialéctica en las decisiones de competencia exclusiva individual; ella no debía erigirse en juez y parte porque no era ni lo uno ni lo

otro pese a los susurros de su intuición. Hasta que un símil de transferencia de poder autónomo, un conflicto sensu lato, se desplazó de su confinamiento en el limbo, ágil y voraz como el magma despedido de su entraña para alfombrar con materia incandescente el suelo de acogida, efec-tista y captador de la curiosidad que transita en la nada.

El sorprendente espectáculo de un parto con dolor visto de dentro afuera.

—Los hurones penetran el escondrijo de sus presas. El hurón al servicio del depredador humano porta atado al cuello un avisador, del tipo cascabel, cuando busca en los huecos y en los pliegues de las madrigueras. Con el sonido se delata, muy a su pesar, y aunque dominante y con recursos pone en fuga a la débil, inerte y desasosegada pieza. ¿A qué me refiero? A las contradicciones que me asedian. Me reconozco como un ser racional, icono de fortaleza anímica y regulador de emociones con las prestaciones homologadas. ¿Y de qué me sirve la titulación en este momento, ante el mayor reto de mi vida? A lo mejor he estado fingiendo que era lo que no soy, al menos completamente, y me ha funcionado; pero quedarme con la duda para sobrellevar mi fracaso es volver a las excusas.

Se había metido en un círculo vicioso de memoria atsigada. Palabras, a eso se reduce todo cuando se llega al límite. Escritas o habladas, las palabras son una constante en la vida de las personas. Ella prestaba mucha atención a las palabras, una atención superior a la que le concitaba el lenguaje corporal, las escuchaba para extraer un significado complementario y las emitía dotadas de una pronunciación analgésica para validar su presencia y la de un cauce de intimidad por el que conducir el diálogo cómplice de preguntas, suposiciones y respuestas, nuevas y viejas

preguntas, afirmaciones, negaciones y respuestas a dos o más voces, la transferencia.

—Estoy en la fase de las preguntas, amigo doctor de la mente. Me parece..., debería estar segura pero aún no lo estoy de que me encuentre ante una encrucijada y que la única elección posible ha de ser mía. Aún no estoy segura de que mi conflicto sea un verdadero dilema. Palabras, ¿verdad? He de dar el paso, yo sola, asumiendo la responsabilidad de mis actos. ¿Puedo o no puedo? ¿Voy a poder?

Era positivo para su salud mental que no le pidiera dar ese paso con ella ni que lo diera por ella. De la condición de víctima se sale como se acaba saliendo de una partida con las cartas marcadas en contra, para devolver a la propia vida la posibilidad de jugar a ganar en cualquier circunstancia y donde sea; del victimismo no se quiere salir mientras produce rendimientos materiales, es un as en la manga que se deja entrever a conveniencia, pero del que nunca se desprende el jugador de ventaja si no se le obliga.

—Mi vida es individual, por fin me doy cuenta. Me ha costado entenderlo. Ahora veo que la experiencia discierne la realidad propia, la que me individualiza y permite diferenciarme, de las realidades que me son ajenas, a las que sirvo desde mi compromiso, de las que he aprendido y he debido separarme con una distancia provocada para ser eficiente en mi trabajo. Sencillamente entrar y salir de la sociedad cuando corresponde, así de fácil.

La voz interior le lanzaba un mensaje profiláctico, pero en contraposición le obligaba a una actuación arriesgada, de equilibrio en la cuerda floja, escondida la red de seguridad, incitándola con ejemplos en los que recordaba haber participado. Si superaba la prueba es que había crecido su ciencia y estaba cada vez más cerca de la frontera con la

perfección. Paso a paso sobre el fino alambre y sin mirar abajo se acercaba a la omnipotencia, un paso tras otro resistiendo el vértigo y le iba faltando menos para mudar de emisario amable y dúctil sustitutivo de fármacos a médico que cura con la imposición de confianza y demás remedios.

La voz interior también moraba en su cabeza, junto a las pautas de trabajo y a las reglas de conducta que se había impuesto.

—No sé qué más decir. Creo que lo he soltado todo, será por eso que me siento felizmente vacía. Es paradójico que haya llegado al mismo sitio que cualquiera de mis consultantes recorriendo el camino a la inversa. Debería haber practicado esta técnica conmigo hace mucho, entonces hubiera reparado a tiempo en que mi historia carecía de capítulos personales. Quizá no sea demasiado tarde para mí. El tiempo, siempre volvemos a él al hablar y al pensar, es el gran enemigo y el gran aliado de los humanos. ¿Cuál de mis dos voy dormiré abrazada al sosiego en lo sucesivo? No contestes. Me voy. Mil gracias. Estoy en deuda contigo.

El carrillón musicalizaba con sonos de campana doméstica el final de la jornada en el despacho del abogado Reneda. Ocho vibrantes tañidos anunciados con su ordenada antelación por la suma de los cuartos que completan cada una de las horas escritas con caracteres romanos en la esfera del artístico reloj, obsequio personal para la medida del tiempo que transcurre en los espacios cerrados de uso cotidiano.

“Un día más, un día menos”, se dijo, lacónico, como en tantas otras ocasiones al cerrar la puerta.

Los días pasados no vuelven, al expirar tras una última observación ya pertenecen a la historia. Es una certeza universalmente aceptada; que, sin embargo, contrasta con una práctica social arraigada, contumaz y obsesiva, en la que los episodios del pasado todavía no han migrado a la historia porque mantienen una vigencia provocada y son causa de litigio. Fuente accesoria de negocio para los abogados y procuradores.

—Déjeme estudiar su caso.

Olga Norklig se sintió incipientemente protegida de la gran amenaza. Sentada a su lado, en silencio, pendiente de las expresiones del abogado, Lara notó el repentino alivio en la presión que sufría su hermana. Quizá, pensó, Olga esta vez había acertado en su elección.

Eduardo Reneda salió a la calle con ganas de pasear y absorber el mundo que se brindaba abierto hasta que llegara el momento de la cita con su mujer en aquel restaurante entrado en años y surtido de famas que a los dos evocaba buenos recuerdos con los mejores sabores. La idea le surgió impetuosa durante el desayuno, convencido de que le proponía algo magnífico en mitad de la semana y sin venir a cuento de ningún aniversario. Un tropel de pequeños alicientes, que sumados dan una intención, se agolparon en su cabeza esa mañana que había despertado picajosa con la rutina.

—Nos encontraremos allí. —Mercedes se encargó de reservar la mesa para la cena.

Andar libre de peso y sumido en abstracciones era una terapia que Eduardo Reneda solía aplicarse a menudo. Callejaba el cuerpo por unos trayectos radiales mientras su pensamiento, al que daba el pie de inicio, llevado por súbitas aceleraciones vagaba en los distorsionados confines

de la realidad para dar las oportunas réplicas, suscritas en un pacto de caballeros, hasta que se detenía curioseado por una interpretación que aparecía encaramada al destello, intrigado por un lienzo que no se correspondía con el marco adjudicado la primera vez que fue visto, gratamente dubitativo entre un elenco de aspirantes a la respuesta con premio. Pero sus piernas, aunque ralentizada la marcha, seguían caminando. Raramente se quedaba parado, como si un semáforo piador le prohibiera atravesar la calle; y aún más extraordinario era que le acometiese un acceso de pismo, un interrogante creciendo en el punto de mira que le anclaba al suelo. Le confundía la diferencia. Aquel establecimiento de abigarrada factura, aquel paraje circuido de urbanismo, aquel objeto permanente, no eran como lo había mantenido en su recuerdo; aquella persona semejada a un ideal, aquel mensaje leído y memorizado con fruición, aquella anotación confinada a su estricto contexto, habían diluido sus características en una configuración posterior que nunca llegó a interiorizarse con los parámetros exactos.

—Hablo de la conciliación entre sentimientos y pensamientos —insistía Carmen Mota con gesto de querer rasgar el velo de su confusión—. Hablo del indispensable entendimiento para la convivencia entre hombres y mujeres. Ellas enarbolan la bandera de los sentimientos, muy en alto, exigiendo una identidad que trascienda del propósito, incuestionable a futuro, y que impida oposiciones a lo que se estima correcto; ellos la que enarbolan es la bandera del pensamiento, ¡tengo una idea!, aspirando sin agrias ni extensas discusiones a conseguir un acuerdo puntual en el asunto común.

La psicóloga Carmen Mota hablaba en voz de confianza removiendo la infusión de color ambarino en la barra del bar próximo a los juzgados.

Otro día, en ese mismo bar, en parecida hora y espacio de barra, Eduardo Reneda y el psiquiatra forense Diego Silva Hurtado compartieron un paréntesis procesal regado de alusiones a los desórdenes afectivos en los niños, los jóvenes y los adultos motivados por un ambiente familiar enrarecido.

—Afecta y mucho el trastorno que provoca la pérdida del mundo conocido, la pérdida de las referencias tradicionales producto de una cultura heredada y legada, asumida en las facetas pública y privada con la sola variación del número de participantes en la defensa activa de las reglas de conducta y de una ética y una moral aprendidas.

Expuso el doctor Silva Hurtado anticipando a su amigo abogado, ajeno al litigio que debía sustanciarse esa mañana, un extracto de su peritación; y luego, someramente, en voz que apenas abarca un círculo mínimo, mencionó la influencia de las idealizaciones y los espejismos, no pocos de ellos cultivados con esmero, en el acervo intelectual del individuo, sin excepciones.

Eduardo Reneda no era una excepción en el consumo de fantasía. Ni tampoco, para compensar la tendencia que en épocas fue prioritaria, en el de realismo crítico, acentuado en el turno de palabra. Camino del restaurante por viejas calles transitadas de antiguo, aún ligero el andar y fluida la alternancia de memoria con recuerdos, se afirmó en la máxima de que todos los humanos somos víctimas solidarias de algo que remanece impetuoso y desarrollo de errores evitables por responsabilidad subsidiaria; como el de

apartarse de manera paulatina y tornadiza de la acción mediadora generalmente reclamada a psicólogos y abogados, a quienes se acude con una petición de servicio que acto seguido patentiza una demanda de ayuda obligada para obrar con propuestas dentro del sistema. En el desiderátum de abogados y psicólogos prima la disyuntiva, materializada en el logro de aunar o disuadir, según convenga al cliente-paciente, a una voluntad obstinada con otra renuente, y en la toma de conciencia en el patrocinado de apartar un determinado predominio nocivo o acercar un determinado valimiento fructuoso.

—¿Es consciente de lo que firmó?

Olga Norklig no había sido plenamente consciente de su papel en la tragicomedia ni de sus firmas hasta que los hechos le asestaron el golpe de gracia. De lo perdido saca lo que puedas, le aconsejó Lara; el miedo, vinculado al desconcierto ante la pérdida del estatus, ya había arrebatado a Olga toda esperanza de avenencia a un plan intermedio entre los deseos de un marido esfumado, con munición de sobra para sostener el asedio, y los de ella. La pregunta del abogado Reneda era protocolaria.

—Creía serlo cuando firmaba. Pero me equivoqué.

Todos los que conocían a Olga supieron al escuchar su relato que se equivocaba al competir con armas deficientes y con los ojos vendados; hubo quien se lo dijo francamente, sin reparo en cómo lo iba a encajar ella, y hubo quien la dejó hacer con la justificación de que nadie debe inmiscuirse en los asuntos de terceros, adultos y alfabetizados.

—Me equivoqué —repitió el murmullo de Olga.

En uno de los peores momentos para Olga del proceso negociador con el abogado de su marido —un fiscalista

amigo y asesor de ambos cuando el matrimonio se sostenía en los pilares pactados—, si es que hubo momentos menos malos a la vista del resultado, Lara recurrió al argumento de una película para insuflarle ánimos. A solas en la cocina las dos mientras se enfriaba la comida, dijo a Olga que lo importante entonces era rectificar inmediatamente; le dijo con énfasis fraterno que no se dejara arrastrar más por ninguna inercia y que actuara de una vez para no condicionar su futuro con frases de muchas voces que hurgan en la herida de lo que pudo hacerse y no se hizo. Hazlo, hazlo, hazlo, gánate el respeto, porfió mientras la comida esperaba en los platos.

—Seguro que algo se podrá hacer en su favor, señora Norklig.

Al doblar la esquina tibiamente iluminada por veteranas farolas, Eduardo Reneda distinguió la fisonomía de su propuesta exactamente como la guardaba en su memoria.

Andanada

El espejo delata. El espejo del cuarto de baño examina la imagen ofrecida para establecer un diagnóstico preciso; el espejo de la habitación privada reproduce directamente del original desnudo, del original parcialmente ataviado, del original ante el improrrogable visto bueno que precede al siguiente momento.

Una versión aún incompleta y sin utilidad comercial prevista de Lena *la divina* miraba el espejo donde se refleja la imagen de su creadora.

—¿No te parece? Sí. Es preferible la boca cerrada y la seducción en segundo plano. Lo importante para nosotras es que quieran saber más, que lleguen al fondo. Por eso tú y yo incitamos discriminando, apartadas del ridículo y de esa provocación sexual que sustituye al hedonismo aristocrático.

Los labios suavemente unidos de Lena, marca registrada, bajo una mirada curiosa y desapegada conferían la peculiaridad del atractivo a descubrir —frase que servía de lema a la empresa de servicios—, motivo que inspiró a Lara el diseño de la cara del icono —propuesto como reclamo visual— aceptado sin más preámbulos por una satisfecha Celia Solís.

La creación de una y de la otra había cumplido tres años y con creces las expectativas de ambas. Lara estaba contenta con su obra, a la que ceñía a un comportamiento supervisado en su traslación a los modelos humanos de referencia, y Celia Solís con la suya, a la que a diario insuflaba energía. Lara admiraba a Celia Solís y procuraba imitarla

en todo lo que, nuevo o viejo, habitual o excepcional, se había convertido ahora para ella en una aspiración.

—He de ampliar el lenguaje de tus ojos.

A Celia le había impresionado el realismo conseguido por Lara en la mirada de Lena, tan convincente y próximo, expresado por unos ojos de dibujo simple pero de extraordinario parecido con el natural; como el de una fotografía, dijo, pero sin esa sensación de acontecimiento pasado, de episodio superado reclamando una actualización y así sucesivamente sin acabar nunca de adecuar la imagen con la idea, cosa que le desagradaba.

—Nada de poses. Nosotras ignoramos los posados de tinte rosa.

La llama renacentista compuesta por ilusión y genio que había prendido en Lara durante la gestación de Lena seguía ardiente y fecunda. Lo que pretendió ser un genuino concepto de mercadotecnia escalonadamente aprobado, primero por Celia y después por los potenciales clientes, también era una síntesis de la mujer que a Lara le gustaba reconocer y plasmar más allá del grafismo, una mujer que a través de la presencia abarcaba las máximas de inteligencia, femineidad, discreción y elegancia, cuatro dones adquiridos en origen y practicados a diario en cualquier situación, un ideal afincado por encima de todos los juicios.

—Es difícil pero no imposible.

Para Lena nada había imposible; su única limitación era la que se impusiera Lara al trasladarle sus deseos.

—Vamos a innovar. Te noto con ganas de iniciativa. Vale. Jugaremos nuestras cartas con mucho tacto y habilidad para no descubrirnos. Colócate frente al espejo, a mi lado, quiero verte. Asume mi identidad e infórmame.

Cerró los ojos, ya adentrada en el juego, y devuelta la mirada al espejo pasados unos segundos de divertida sugestión creyó apreciar un rasgo característico por detrás de los suyos. Un atisbo de cara asomaba del horizonte curvado como un amanecer que refleja su luz en el agua adormecida. Distinguió elevadas de su reverso unas facciones vagas, presumiblemente conocidas, envueltas en el lienzo del alba. Era un rostro aún difuso, pero muy bello y expresivo al evolucionar su floración, a un proporcionado cuerpo prendido, equivalente en gracia, con ganas de presidir la rendida contemplación. Lara apartó la mirada, dudosa de su credulidad; sentía un ligero vértigo, similar al que provoca un escorzo de baile ejecutado de improviso, ante ese reflejo acicalado por un finísimo velo que potenciaba la magia nacarada. E instintivamente, a la velocidad del párpado despierto, miró hacia atrás previamente convencida de que nadie más participaba del juego. Comprobado lo sabido, algo que, no obstante, la tranquilizó, dio media vuelta rápida para tornar a enfrentarse con la metamorfosis transmundana y a complacerse con aquella silueta de preciosa factura, vestida, tal cual nació, en absoluto indulgente con la imaginación lasciva. Lena progresaba en el espejo, sutilmente encantadora y misteriosa sin susto, toda ella elocuente, con la sonrisa dibujada en los ojos, toda ella brillo y anuncio de un suceso feliz, ganando espacio en su medido vuelo de conquista. Los labios juntos, “habla con la mirada”, el cuerpo formal, “anda ligera, cómoda, envuelta en personalidad”, el gesto decidido, “sabes lo que quieres, sabes lo que no quieres”, con gusto, con mucha clase.

—Es un placer conocer a alguien como tú —saludó a la imagen que veía en el espejo—. Alguien que se muestra

en público y a la cámara con la caricia de la ropa bien elegida y un ofrecimiento de estricto comercio reacio a la lujuria.

Sobre la coqueta y la mesa de noche yacían abiertas y cerradas varias revistas de moda y salud, y un catálogo de accesorios para el hogar con páginas señaladas. Lara hojeaba distraídamente las revistas de tendencias orientadas al consumo femenino que compraba en quioscos y gasolineras y los catálogos de bazar que recogía apretados en su buzón, hasta dar con las fotografías de los modelos que mayor impacto visual le provocaban. Las seleccionaba para un segundo examen, descartando entonces las manifiestamente coincidentes, que eran la mayoría de las elegidas en la primera vuelta; luego, recortaba las afortunadas y las colocaba en la galería de análisis, por lo general la mesa del comedor despejada de otros objetos, donde las iba cotejando y cambiando de posición según criterios inmediatos.

—Así no. ¿Lo ves? Exactamente me refiero a esto. —
Ponía el foco en el modelo rechazado.

Puso su mirada de madre en Lena, que había ocupado la amplitud del espejo.

—No nos identificamos con los estereotipos.

La imagen que devolvía el espejo le hablaba de lo que ella quería conseguir por medio de su representación. Los espejos grandes y pequeños, de pared, armario o bolso, reciben la información suministrada y, fidedignamente mientras no se demuestre lo contrario, emiten la misma información pero con variaciones interpretativas sujetas a las circunstancias personales y aquellos recuerdos latentes en su postergación, duchos en el arte de la paciencia, que

de repente, viniendo a cuento, asaltan la memoria por el desprotegido vericuetto de los asuntos pendientes.

Los ojos de Lena, clavados en los suyos, la miraron con centelleo esmeralda y a continuación, dueños del instante, le hablaron con el parco lenguaje de la bruja experimentada que espera la pregunta para casar su respuesta.

No se lo había quitado de la cabeza en tres años de convivencia forzosa a causa de un vago temor que le costaba reprimir, tan insistente como la obligación de satisfacer una curiosidad que tendía a la inquietud al agitarla. Era estúpido por estéril posponer el abordaje de aquella insoluble cuestión, provista de una llamativa máscara, fastidiándole con la picadura del acertijo en cuanto bajaba la guardia. Un descuido fortuito, una mínima distracción, y aparecía la madrastra de Blancanieves, pálida y enojada, llenando el paisaje con sus iris verdegays, penetrantes y acusadores, celosa de una belleza alejada que remanecía garbosa y lozana, henchida de exuberante naturaleza, a cada obstinada pregunta.

La culpa no era de los espejos ni de la pregunta silenciada. Pero si entretenida con el deshoje de la margarita — “espero”, “olvido”, “actúo”— llegaba tarde a la cena con Celia, suya y sólo suya sería la culpa y merecería la fría mueca de reproche que le dispararía la persona, junto con Jorge, más puntual y más exigente con la puntualidad que Lara conocía.

El pensar en Celia, algo que Lara hacía a menudo, invariablemente le llevaba a dedicarle un tiempo de similar protagonismo a Jorge, a quien mantenía como firma exclusiva en la primera plana de su diario mental, y por asociación,

una vez finalizado el diálogo íntimo, se posaba con moderada incidencia en el influyente ámbito expositivo de Miguel Vayarte completando el círculo de sus preferencias didácticas. Establecida en un mundo de sólida base voluntaria, sin gravosas añoranzas, Lara Norklig vivía esa fase de madurez que alaba las virtudes reconocidas en el prójimo de trato preferido como una aspiración personal salvable y muy conveniente. Aprendía lo que le resultaba interesante y en un proceso acelerado, con evaluaciones sobre la marcha que mostraban la progresión, lo adaptaba a su estilo para que no le restara un ápice de criterio.

Faltaban diez minutos para las nueve de la noche y el tráfico, de por sí escaso ese miércoles de ambiente despacible, remitió hasta dejar expedito el abanico luminoso de los faros; llegaba con tiempo y apetito a la cena organizada por Celia. Pudo aparcar cerca de la puerta del restaurante, uno de sus favoritos, que Lara visitaba por cuarta vez, con pocas mesas en su única sala, decoración minimalista floreada y excelente materia prima tratada con esmero y firma de autor; cuando algo le gustaba lo hacía patente prodigándose en el uso y la recomendación.

Lara cerraba su coche, distraída con un pensamiento travieso pero con la hora asegurada, y Celia salía del suyo que simultáneamente había aparcado detrás.

—Me has ganado.

—En tu camino se ha interpuesto un semáforo que yo he evitado —bromeó Lara.

—Y me has sacado un cuerpo de ventaja en el aparcamiento, faena redonda —acompañó Celia. Un tercer coche con dos ocupantes se acercaba haciendo ráfagas—. Ya estamos todas.

Cercana la medianoche despidieron la velada andando hacia los respectivos coches. Celia retrasó deliberadamente su paso e hizo una seña a Lara para que la imitara; iba a preguntarle por Olga y Celia nunca incluía asuntos personales que supiera no habían sido previamente tratados por todos en el programa de las reuniones de grupo.

Lara le dijo que su hermana había sacado una buena impresión del abogado Reneda.

—Va a representarla. Ha visto posibilidades de arreglo y Olga cree que es ahora o nunca. Confía en él.

—¿Y tú?

—Mi intuición no presagia nuevos males —sonrió Lara—; cosa rara en lo que se refiere a mi hermana. Es posible que este abogado por recomendación sea una de las soluciones que necesita Olga.

En los oídos de Lara sonaron las campanadas del carrillón.

—Si un abogado funciona graba su nombre a fuego en la agenda y compártelo con la gente que lo merezca —sugirió Celia apuntándose a esa lista que cada humano guarda celosamente en la jurisdicción de los sentimientos—. Lo mismo con los médicos, y en general con cualquiera que cumpla bien con su obligación.

Le costaba imaginar a Celia precisando los servicios de un abogado que condujera los trámites de la ruptura. Era de dominio público su satisfacción conyugal, había logrado una felicidad estable con su marido y sus hijos; un marido elegido y unos hijos deseados, recordaba si surgía el tema de la vida compartida entre dos personas responsables que en su momento, apostando por la plena convivencia, pusieron las cartas boca arriba sin reservas en la manga. El matrimonio era para Celia una situación natural

que tiraba gratamente de ella después de una cena distendida y caprichosa o una larga jornada de trabajo alrededor de un acuerdo importante.

Lara elogiaba los comportamientos valientes.

Dentro del coche la tranquilidad era similar a la del nocturno exterior. Había apagado la radio, estaba cómoda, y no tenía prisa por anticipar lo que fuera a sucederle mañana. Conducía despacio por calles desiertas de vuelta a casa, canturreando sin voz un tema de éxito que sonaba en su adolescencia.

“Era así la letra.”

Lara observaba aquel mundo adormecido a través de los cristales, permisiva en grado próximo a una modosa indolencia con las licencias narrativas de la voz que resumía su vida a la hora de las brujas.

“Tengo que ser valiente.”

La invitación de pasear un escenario vacío con los elementos ordenadamente dispuestos para la representación multitudinaria al amanecer era tentadora, pero insuficiente sólo como idea para que aparcara en el hueco que se abría generoso por delante de su coche, a unos metros del paso de peatones por el que cruzaba despacio, tan despacio como circulaba ese único vehículo desvelado, un perfil femenino, antes de meterse en el garaje y en la cama.

“¿Qué esperas?”

Los faros alumbraron una gabardina corta con capucha, vaqueros y zapatillas deportivas moviéndose a cámara lenta al pisar la acera y encarar la mirada asombrada de la conductora que reconoció el flequillo graciosamente medido hacia un lado y el delicado arco de la boca.

—“Tú...”

—“Sí, yo”.

—“¿Me esperabas?”

—“Dependo de ti, como ya sabes. Y alguien tiene que sacar al perro.”

—“*Mascota*, lo llamo *Mascota*, y vive contigo, compártis mundo.”

—“Me llevo bien con el perro, es mi protector, cuida de la menor de la familia. Él fue antes que yo; él fue una de tus primeras criaturas y la única con la que me relaciono. Hablamos de nuestras cosas y de ti en la sala de estar de la nube, siempre apareces en la conversación cuando estás lejos, ocupada con la otra realidad. ¿Me acompañas?”

—“Te acompaño.”

Un rato de avenida al amor de una noche de marzo joven.

—“¿Has cerrado el coche?”

El chistido de comprobación sonó alto y claro.

—“Coge fuerte el bolso.”

Lo apretó contra el costado.

—“Debes ser de los pocos humanos que no creyendo en brujas ni en oráculos mágicos temen sus vaticinios. ¿Por qué no viajas al pasado y te redimes?”

Lara y María Esmeralda podían haber sido amigas. Lara quiso entablar una amistad con María Esmeralda independizada del nexo, la servicial Maravillas Infante, el espíritu de la unificación; pero el momento pasó y más allá de los contactos esporádicos instituidos por Mara, a quien, por diferente sentencia y por la vía de los hechos, también iba situando en los capítulos cerrados de su historia, ninguna de las dos se afanaron en la construcción del puente.

—“No voy a llamarla. Ha pasado demasiado tiempo.”

—“Un tiempo que no ha servido para olvidar.”

—“Tengo buena memoria.”

—“Te preocupa.”

—“Sólo es curiosidad.”

—“Es miedo. Miedo a descubrir que algo indeseable puede ser cierto.”

El silencio reinante, apenas turbado en la incipiente madrugada, trasladaba el diálogo interior por encima del pensamiento y lo expandía en torno ocupando el cielo sombreado y la tierra ajardinada.

—“Es ridículo, ¿verdad?”

Lena y *Mascota* mostraron el brillo pícaro de sus grandes ojos y a dúo, hijos de la misma figuración, afirmaron con sendos movimientos de cabeza.

Maravillas Infante echaba de menos las periódicas salidas con Lara, que habían escrito páginas divertidas y entrañables, y aquellas conversaciones de nunca acabar. Se alegró mucho cuando su desaparecida amiga le propuso una cena de chicas, y aprovechó la llamada para reprocharle su alejamiento trufado de excusas aptas para otros oídos.

—Son cosas de la vida, Mara.

—Me cuesta entenderme con los cambios.

Tres años había tardado Lara en decidirse a preguntar el significado de una interjección pronunciada intencionadamente, por fin su curiosidad había vencido al miedo; el que fuera posible la respuesta ahora dependía de la bruja Esmeralda.

Mara citó a María Esmeralda una hora más tarde. Antes quería pasar un rato a solas con Lara, como entonces, cuando hablaban casi a diario y se veían asiduamente, aun-

que encaminadas por sus elecciones se hubieran distanciado. En seguida recuperaron el pulso del intercambio de información, con risas y recuerdos, con un vibrante contrapunto al presente de cada una, pero ambas sintieron que ya no era exactamente lo mismo sino algo dichoso pero pasajero, ni tampoco, intuían, les compensaba retroceder a una época completamente administrada.

La memoria de Lara conservaba intacto el tono de voz de María Esmeralda pero equivocaba la fisonomía. Le costó reconocer su cara.

—Te veo muy bien, Lara.

Cenaron metidas en divertida charla, abundantes razones, buen vino y postre compartido, ajenas a cualquier problema dejado en casa. Se acercaba la medianoche, la hora en que Celia despedía las reuniones lúdicas y Mara empujaba para marcarse unos bailes y unas copas en un lugar animado, y la única posibilidad para Lara de encontrar un minuto para su interrogatorio privado.

—Nos será ninguna sorpresa para ti —anunció Mara.

Lara no se acordaba de su última visita a *Palladium*, pero imaginaba que había sido con Mara. Le gustaba *Palladium*, bastante más que a Mara, aún era su destino favorito para las salidas nocturnas que incluían una sesión de baile sin agobios ni tropiezos.

—Gracias.

Estaba en deuda con Mara. Un minuto y le dedicaría la noche.

—Oye...

María Esmeralda lo esperaba.

—Si...

Sólo era una pregunta, sólo era la humana atracción por lo desconocido. Simple curiosidad.

—¿Por qué lo dijiste?

Hacía tres años y fue algo espontáneo, sin trascendencia. María Esmeralda se acordaba de las estilizadas manos de Lara, los largos dedos y las uñas pintadas de rosa pálido, del breve comentario que le había suscitado la rápida ojeada de sus líneas y de su falta de interés; aparentemente no había querido saber más, sin embargo no pudo olvidarlo.

—Te voy a decepcionar —dijo la bruja.

—Me redimirás de una decepción.

María Esmeralda necesitaba luz.

—¿Puerta, barra o lavabo?

Mara tecleaba un mensaje.

—Lavabo.

Mara se divertía con las imágenes que llegaban a su teléfono.

—Vale.

Mara se puso a bailar.

Un haz de luz las dividió. María Esmeralda le cogió las manos y las volteó para mostrar las palmas.

—Sostenlas así —le pidió. Enseñó las suyas colocándolas en paralelo y a la misma altura— ¿Lo ves?

—Qué...

—Las líneas de tus manos coinciden con las líneas de mis manos.

—Ah...

La bruja Esmeralda fue trazando con su dedo índice unas y otras para que Lara comparara.

—¿Te das cuenta?

Lara frunció los labios y expulsó el aire que retenía en la boca.

—Vaya.

—Eso mismo pensé yo, y lo dije tal cual. Fin del misterio. Lo siento.

María Esmeralda sonrió.

—Vaya —sonrió Lara.

Coincidían las líneas de las manos pero no sus vidas.

—Quizá el destino nos reserva alguna semejanza verdadera —comentó la bruja Esmeralda volatilizandando su mapa quiromántico.

Lara reflejó sus manos en el espejo del cuarto de baño, enmarcándole la cara limpia de maquillaje.

—Estudia la trayectoria de las líneas y hazte a la idea de que son iguales a las tuyas.

A las cuatro de la madrugada Lena presumía de un aspecto lozano y los pies frescos y descansados.

—Me he decepcionado a mí misma, pero he disimulado el chasco poniendo cara de póquer. Tengo práctica.

La sinceridad de María Esmeralda, alias Pitia, había desvirtuado una presunción fantasiosa que atisbaba emociones y en su lugar dejado un poso, de olor acre, con una lectura capciosa: ¿quién de las dos tenía menos de lo que arrepentirse? Según el oráculo de las manos interpretado por la pitonisa, una de las dos no hacía lo que le era propio, una de las dos había equivocado su camino y persistía en el error.

—¿Quién crees tú?

Lena se encogió de hombros.

“Tú quién crees.”

Lena suspiró una amable indiferencia.

—Me he divertido bailando. —Jorge hubiera dicho, tirando de ironía, que en su noche de fiesta las tres reprodu-

cían un anuncio de atildadas mujeres de mediana edad celebrando la fijación de sus dentaduras, el sellado de la incontinencia urinaria de esfuerzo, la solución duradera a las rozaduras de los zapatos y la eliminación no invasiva de las varicosidades. También le hubiera recordado, como si estuviera obligado a ello por ser la voz de la conciencia a la que se renueva automáticamente el mandato al llegar la fecha de vencimiento, que la crítica de índole absolutamente privada hacia Mara, de la que jamás le daría noticia a ella, por su manera infantiloides de relacionarse era injusta—. Un gustazo, oye.

Lena le guiñó un ojo y acto seguido bostezó.

En el aparcamiento del campus de Villanueva de la Cañada le aguardaba su ahijado Juan Manuel. El muchacho, de diecinueve años y un notable parecido con la genealogía de los Alonso Prieto, cursaba el segundo año del grado de Criminología y Seguridad Jurídica en la Universidad Camilo José Cela; la afición por el estudio de los delitos y sus causas, de la sociedad criminógena y de las víctimas de las acciones y omisiones criminales, le venía por mediación de los mismos genes.

—¡Hola, padrino!

Jorge Alonso salió del coche con los síntomas de la fatiga por una semana de gestiones y carretera surcándole el rostro y el cuello, las escápulas y los glúteos afectados por la posición sedente.

—Hola, sobrino. ¿Has acabado tu jornada?

—Podemos irnos.

—Quiero estirar las piernas.

—¿Te llevo a la cafetería?

—Prefiero andar en círculos. Aquí se está bien y tenemos tiempo hasta la hora de la cena. ¿Qué tal todo?

Juan Manuel era el primogénito de su hermano mayor. A Jorge le había tocado en suerte convertirse en su padrino, y por disposición legal testamentaria otorgada de mutuo acuerdo por los padres en su tutor llegado el caso de requerirlo; ni lo uno ni lo otro fueron solicitudes entusiastas de Jorge, poco dado a ofrecerse voluntario para este tipo de causas vinculadas a la sangre que reclama la tradición previsoras.

Su hermano quiso convencerlo con un argumento que él y su mujer imaginaban que le costaría rechazar.

—Entiéndelo como un honor, eres nuestro candidato preferido.

Para sentirse orgulloso además de honrado conociendo la lista de aspirantes influyendo en la elección. Pero Jorge, que deseaba figurar en segundo plano en la biografía de su primer sobrino —y de los sucesivos—, sabía que una vez propuesto formalmente por la sociedad conyugal y sin excusas demostrables y de calado que oponer le resultaba imposible negarse; la apuesta de su hermano y cuñada era sobre seguro. En el fondo le hacían una faena.

—Lo entiendo como la responsabilidad que es —dijo y no le dio más vueltas.

Juan Manuel estaba encantado con su padrino y Jorge, que pronto se había avenido a su cargo, con su ahijado y sobrino; a los dos les gustaba hablar de cuanto les pasaba por la cabeza, mejor en pequeño comité que en multitudinaria recepción, y ninguno exigía al otro un cumplimiento protocolario de sus obligaciones. Se veían en función del calendario de actos familiares, de mucho predicamento para los convocantes y, como las llamaba Jorge, por causas

naturales cuya enumeración comprendía el resto de factores.

Aquella noche de marzo tocaba cena y debate en casa de los padres de Juan Manuel. Se trataba de una de aquellas reuniones de familia y de amigos, periódicas e itinerantes, a las que los asistentes eran muy aficionados, donde disfrutaban de una comida original, preparada a gusto de los anfitriones, y coincidían en la valoración de los asuntos generales de trascendencia pública, lo que no privaba a nadie de emitir y recibir opiniones y prejuicios.

—Te noto cansado.

—Se me hace difícil disimularlo —admitió Jorge—. Tengo que empezar a sopesar mis esfuerzos, el declive me acompaña.

—¿Te has desviado por mi culpa?

—No. Esto me gusta. Quiero estar aquí.

Echaba de menos lo que su etapa universitaria describía como una parcela menuda, limitada por muros, desierta de ideas, sentimientos y costumbres, verdeada al margen de unas aulas frías o envejecidas y un vestíbulo sombrío. Ahora podía resarcirse de la carencia de un auténtico campus y pagar en especie la deuda personal que había contraído tiempo atrás, el día que la anécdota se convirtió en categoría, y eso, que era una motivación, le llevaba a confundirse con los profesores y los alumnos y a separarse de las visitas porque, de alguna manera, en el campus, andando en círculos, volvía a ser uno de ellos pero con mayor libertad de movimientos en las horas lectivas.

Juan Manuel no tenía prisa, había anulado sus planes externos para esa noche.

—Hace poco estuve en el campus de Pozuelo de Alarcón.

Jorge Alonso citaba a las universidades por sus campus o, simplemente, decía universidad, con la inicial en minúscula.

—¿Con algún propósito esta vez?

—Nada concreto.

Estuvo en un tris de pedir a Lara que fuera con él.

—A final de mes se despide el profesor Vayarte.

Miguel Vayarte había sido invitado a impartir clases a los alumnos de Criminología durante el segundo trimestre, compatibilizándolo con su tarea docente en la Universidad Francisco de Vitoria.

—Lo sé.

—Ha sido muy instructivo.

Juan Manuel iba a especializarse en la defensa de las víctimas, tema capital en las disertaciones del profesor Vayarte. Cuando Jorge supo de la inclinación de su ahijado al elegir la salida profesional a sus estudios se congratuló y le felicitó.

—La víctima está legalmente desbordada, y paradójicamente desprotegida, frente a la suma de garantías brindadas al infractor.

Miguel Vayarte denunciaba al respecto en los foros a los que acudía y en los medios digitales donde publicaba que la teoría general del garantismo en Derecho, explícitamente en el Derecho Penal, se había desvirtuado en la práctica jurídica, la decisoria, por un corrimiento legislativo, interpretativo y ejecutorio, a priori o a posteriori, hacia la parte actora en un delito tipificado; el sistema de garantías, de límites y vínculos a un poder arbitrario de omnímoda presencia para la tutela de los derechos, permitía con una deferencia obscena a los incursos en procedimientos judiciales, largos o cortos, abreviados o prolongados

—poniendo énfasis en los adjetivos—, dilatarlos a fecha de prescripción, apartarlos del foco mediático y la exigencia de justicia pronta y extenderlos a coste imposible para el demandante, con un abanico de recursos y renovadas tomas en consideración imposibles de enfrentar para una víctima aquejada de muchos males y acosada por la calificación de intransigencia, en el presupuesto exculpatorio más atenuado. En ocasiones, con el público delante, recordaba el chiste del ministro y su secretario inaugurando un centro escolar y un centro penitenciario en la misma jornada.

—¿Por qué las diferencias en las instalaciones y servicios de uno y otro, señor ministro? Da gusto ver la cárcel; en cambio, el colegio deja mucho que desear.

—Porque ni usted ni yo volveremos a la escuela, y un pasar confortable ayuda a soportar mejor la condena temporal.

Juan Manuel saludó las connotaciones del chiste hartamente presentes en las políticas al uso.

—Me ha interesado especialmente su incisivo desarrollo sobre el tratamiento del hecho delictivo en los medios de comunicación.

Jorge asintió.

—¿Has leído su artículo *Toque de silencio*?

—Tú me lo enviaste.

—Cierto. Es una evidencia que las líneas editoriales adscritas a la ideología, que subsiste a pesar de las sacudidas históricas y que no es una entelequia ni una condensada abstracción ni un alardeado epítome de movimientos sociales en confluencia previamente orientada, discutible a muchas voces alrededor de una mesa de pensadores teó-

ricos, sino el antecedente y la consecuencia, más los intereses unidos a la recompensa económica determinan la clasificación y promoción de los delitos, los delincuentes y las penas para consumo de tertulianos, oyentes y lectores.

Juan Manuel introdujo otro artículo, titulado *Dobleces*, escrito por un vocacional de la docencia con el ejercicio diferido, parejo en su contenido al del profesor Vayarte pero menos publicitado, que añadía el condimento del negocio a la materia prima de la ideología.

—Incluiste un proverbio, quizá chino, seguro que muy antiguo y asimilado en todas las culturas. Me acuerdo: el primer paso hacia la felicidad es dar a las cosas sus nombres correctos. Tú añadías que a las cosas se les daba un nombre para definir las y para identificarlas, y que con tales prerrogativas nada caía en un ominoso anonimato ni quedaba perdido aun en contra de la voluntad dirigente. O algo así.

—Buena memoria, porque ha llovido desde que lo puse en circulación.

—Concluías que tanto la apariencia como la realidad son un gran y continuado negocio. Estoy de acuerdo, padrino.

Jorge había enviado los dos artículos a Lara, por orden cronológico, y los comentaron. Lara le dijo que ya conocía el de Miguel Vayarte y que era una lástima que el suyo no hubiera pasado del circuito de pruebas; le dijo que debería esforzarse para llegar lejos, valía la pena.

Pero ese esfuerzo no le apeteecía. Y antes de inmiscuirse en las decisiones de su consejo rector estaba obligado a desprenderse de unos cuantos condicionantes con denominación de origen.

Jorge le preguntó si sería posible participar como oyente en la última lección del profesor invitado, como sucedía en algunas facultades en el acto de despedida. Juan Manuel confirmó que él había asistido como oyente a clases magistrales en otras aulas, discretamente ubicado.

—Consúltalo y me avisas.

—De acuerdo. Pero, ¿no te sería más fácil pedirselo directamente a él? Estáis en contacto, ¿no?

—Solemos dialogar por escrito a partir de una publicación determinada. Y lo que yo pido no es un favor ni a él ni a ti. Esto es algo accesorio, un retorno puntual a las aulas para alguien que le gusta aprender también en un recinto académico. ¿Lo entiendes?

—Entiendo. Lo consultaré y ojalá puedas venir.

A lo mejor iba acompañado.

—Nos vamos —indicó Jorge.

Anochecía deprisa.

—Cuando quieras.

El campus se vaciaba de sonidos y olores. Soplaban un viento ligero, tímidamente frío, entretenido con el cambio de luces.

—Me gusta mi elección, padrino. Y tú influiste para que me decantara por la Criminología.

Era verdad.

—Espero que ninguno de los dos nos arrepintamos.

—Yo no, desde luego. ¿Y tú?

—Sí. Pero no —volvió a responder Jorge a un número indeterminado de interrogantes.

Cada vez que alguien le preguntaba por qué había optado por la Geografía y la Historia soltaba la misma frase: para saber dónde estoy y para saber qué ocurrió; dicha con

parsimonia en un tono cordial aunque distante, reservándose la última palabra.

—No me voy a arrepentir por algo que he hecho, padrino.

—Sería estúpido.

Desde el campus de Pozuelo de Alarcón, a una parecida a esta en la que cerraba automáticamente las puertas de su coche y se ajustaba el cinturón de seguridad, Jorge telefonó a Lara; hablaron un rato de varias cosas y quedaron en verse.

—Espera un segundo —dijo Jorge de repente. Liberó el cinturón de seguridad y el cierre automático de las puertas—. Tengo que hacer una llamada.

—Esa memoria —rio Juan Manuel, y conectó la radio.

Se apartó unos metros del vehículo y sus voces sintonizadas para telefonar a Lara. Ella no llegó a tiempo de descolgar pero al instante le devolvió la llamada.

—¿Ya has vuelto?

—Estoy en el campus de Villanueva de la Cañada. He venido a recoger a mi ahijado, esta noche tenemos cena.

—¿Cuál de tus dos ahijados? —medio bromeó Lara.

Juan Manuel no sabía que su padrino también lo era de un perro, habiéndose oficializado la responsabilidad por disposición testamentaria. En esa ocasión no puso reparos a la voluntad de la otorgante.

—El que lee libros y se maneja bien con la tecnología. Le he dicho que averigüe si es posible asistir al final del cursillo que ha impartido Miguel Vayarte. Me gustaría sentarme en el aula y respirar del ambiente lectivo. ¿Te apetece?

—Sí.

Quedaron en hablar.

El viento había barrido las nubes y el azul celeste señoreó en lo alto hasta la puesta de sol. Hubo entonces una pausa en su ímpetu vespertino, pero reactivado al oscurecerse el horizonte su música percutió contra las ramas de los árboles, los toldos y las persianas con fragor solista. El viento que soplaba marzo en la noche abandonada de cuerpos limpiaba la atmósfera de espíritus protectores y enfriaba los ánimos de los vates de la primavera. Era un viento que incitaba a recogerse intramuros al amor de una lumbre de melodía crepitante y, por momentos, a compartir la memoria sincera.

Lara retiraba la colcha de la cama. En el dormitorio alumbraba una lámpara de sobremesa con la pantalla cónica, la única luz que le gustaba tener encendida antes y después de vestirse o desnudarse y de mudar la ropa o los objetos en custodia de los cajones. Para reconocerse en los espejos simétricos del armario no necesitaba más iluminación.

Deliciosamente sola.

—Estoy bien, Lena. Tan bien como tú. Y mejor que Olga.

Acariciada por un bienestar consciente, enlazado a un sostén firme.

—Iremos a escuchar al profesor Vayarte.

Menos preocupada por la fragilidad emocional de su hermana.

—No nos parecemos ella y yo.

Era una opinión unánime y aún motivo de conversación protocolaria para sus allegados. Aunque notoriamente diferentes estaban muy unidas, tanto como se representa grá-

ficamente a los peces del signo de Piscis, con las peculiaridades marcadas a los ojos del observador, como le sucede a la estrella doble Albireo, en la constelación del Cisne, que una es de color anaranjado y la otra azulado; hasta el presente nadie había podido certificar en ellas una discordia, una desavenencia irreconciliable, ni siquiera una disputa por el mismo trofeo. Y eso que ambas compartían el gen de la posesión, sobre lo considerado propio y dependiente, y el del empeño, hacia las metas propuestas; afortunadamente para ellas sus predilecciones confirmaban el antagonismo en sus maneras de ser.

Lara había cenado en la casa vacía de Olga, sentadas a la mesa de la cocina con el televisor apagado y las persianas arriba regalando el siempre hermoso paisaje de la sierra al fondo, las dos relajadas y dispensándose humoradas.

—El humor es un buen remedio para combatir la ansiedad —dijo Olga —Es muy sano reírse de una misma.

—Y un consuelo para el mal de muchos —apostilló Lara.

—También.

Lara sabía que su hermana no iba a modificar un ápice en el futuro esa conducta característica con la que había llegado al presente. Nadie cambia si no se convence de que la alternativa a la línea seguida hasta entonces es un camino muelle y fragante, y en el caso de Olga plenamente compartido. La compañía de un hombre atento, responsable y fiel era su meta, la única que perfilaba su mirada.

—Le doy menos importancia al sexo y más al cariño. Quiero una pasión acorde con mis necesidades y que sea duradera —confesó Olga.

Lara rio. Ella pensaba lo mismo desde hacía años y se ofrecía como ejemplo.

—El divorcio te ha vuelto práctica y vieja.

—Práctica lo he sido siempre y mi edad la llevo bien, modestia aparte.

Era innegable. Lara hizo un nuevo intento.

—¿Ni siquiera te planteas una etapa en solitario? Tómalo como un periodo de aprendizaje... Y quién sabe.

—¡Más tiempo aún! ¡Ni hablar! Yo quiero un hombre a mi lado.

Había estado surtida de hombres pasajeros habitando las redes sociales con la identidad distorsionada, uno a uno recibidos con esmero, con publicidad y dedicación exclusiva, pero ni el agasajo ni la perspectiva colmaban las cifradas intenciones del prójimo esquivo, a veces descubiertas. No podía o sabía retenerlos. Y en Olga iba en aumento a diario la presión por reconquistar cuanto antes el estatus de pareja, su máxima ambición, incluso por encima de sacudirse el yugo económico que le imponía su exmarido.

—¿Los amigos no son suficiente?

—Para mí son indispensables pero insuficientes. Una cosa es la pareja y otra los amigos —se ratificó Olga.

Estuvo a punto de largarle con el gesto condescendiente de un maestro de ceremonias hecho a las impertinencias, que una cosa eran las amigas y otra una hermana picajosa con las atribuciones reversibles.

Lara asintió tornando la vista al cuadro de naturaleza recogida por la ventana. Las relaciones a distancia, de intensidad variable en sus facetas, y la armoniosa convivencia de la imaginación con la realidad eran unas alternativas desechadas de antemano por Olga; el original no tiene sustitutos, mantenía ella.

—¿No te pesan los fracasos? —incidió Lara eludiendo cualquier amago de burla.

Era una pregunta sincera.

—Sí. Y me desaniman. Pero me sobrepongo y sigo a lo mío. Así es la vida, me digo. Lo que no me mata me hace más fuerte, puedo asegurarte que es cierto.

—Vale. Pero no me negarás que han aumentado tus celos. Nada puede ser como antes, Olga, sería un error total. Has aprendido, yo he aprendido, la experiencia me sirve para equivocarme menos. No tengo tus deseos, no los he tenido nunca, pero los que tengo son tan insistentes como los tuyos y no se dan por vencidos ni están ciegos.

Olga negó con la cabeza.

—Quiero una relación de pareja estable, clásica; un hogar, un proyecto en común. Quiero lo que he tenido, que es lo que me gusta. Tú tienes lo que te gusta y lo defiendes. Yo hago lo mismo porque mi prioridad es compartir la vida con un hombre.

Lara apreciaba los matices acentuados por la urgencia en el eterno paisaje de la condición sentimental. El tiempo pasa, viene de lejos y se va lejos, no aguarda, recordó; el tiempo que ha pasado no vuelve pero deja rastro, un profundo surco que la lluvia llena de agua y la sequía de polvo.

—Puede ser una relación profunda pero no invasiva, como la de un procedimiento quirúrgico que no agota su efecto en un solo acto —murmuró Lara.

—¿Qué?

—Una evolución, un sustitutivo con el resultado garantizado.

Olga se levantó de la mesa.

—Las relaciones humanas no son una ciencia exacta sino el producto de la voluntad; eso las hace entrañables, divertidas... y odiosas. Las hace imperfectas, como somos

los humanos; las hace maleables y atronadoras; las convierte en intuitivas e ingeniosas, y maravillosas en el mejor de los casos.

En el mejor de los casos las caricias imaginadas cobran vida en el momento oportuno, susurran a la piel bellas profecías y visten los sentidos de filigrana.

—Que tengamos suerte —suspiró Lara.

—¿Vemos una película?

Aquella noche Olga no daría con tipos enmascarados al acecho de congéneres vulnerables en los lugares de moda para los buscadores de tesoros macerados en cremas rejuvenecedoras ni, tiranizada por el desespero, en la pantalla de su dispositivo móvil.

—Una de intriga.

Viviendo una emoción de riesgo controlado hasta los primeros compases de la madrugada. Otro día que no volverá.

—Ten cuidado. —Mensaje para las dos.

En coche a casa, muy cerca; la avenida tranquila, las ramas de los árboles calmadas, Lena ya había paseado a *Mascota*. Al entrar la casa olía a cabaña de bosque gracias al ambientador eléctrico; había buscado un ambientador con olor a infinito estrellado sin encontrarlo. ¿Cómo huele el infinito, y las estrellas, y la atmósfera de los planetas rocosos? A inmensidad, a viaje perpetuo, suponía. ¿Cuál es el idioma del universo? ¿Cómo suena su música?

Adiós ropa, hola ropa. La ropa de calle olía discretamente a perfume, la de estar por casa a suavizante y su tacto era tierno, provocativo, estimulante. Un anuncio adorable. Una caricia. Las caricias imaginadas suenan a música incidental expresada en el escenario a propósito, el sa-

lón, el cuarto de baño, el dormitorio; con la luz amortiguada para ver y no ver, tejida la luz de malla para únicamente distinguir entre los objetos la figura y para creer en el hechizo de la representación. La orquesta en el foso, los actores en el proscenio, entre bastidores los reflejos de lo que sucede en el mundo invocado.

Ahora todo, desearía Lara; todo lo que el vínculo es capaz de proporcionar a dos voluntades en consonancia durante una fracción de tiempo medida por la Luna. Voluntad, fuerza divina.

Al llegar a casa Lara tenía activados los corpúsculos de Meissner. Fue Mara quien primero le habló, en tono jocoso, de ese agente avisador de que algo toca la piel, algo esperado, excitante; también fue Mara, si cabe aún más divertida, quien le pasó un informe descargado de Internet sobre los orgasmos alcanzados desde la risa. Los orgasmos risueños, aportó Lara al comentarlo con su hermana en una situación en la que Olga no reía fácilmente.

—Tú ríete, mujer —pedía Mara, decía Lara.

—Ya, ya —mascullaba Lara, replicaba Olga.

Los movimientos corporales nacidos de la risa provocan una placentera sensibilidad; a más risa, una risa simpática, espontánea, mayor placer y de éste divino tesoro al orgasmo.

Mara lo tenía claro.

—La risa es un chocolate que no engorda.

Lena se asomó a las lunas del armario, su reflejo era pálido acorde con la hora y la luz en el dormitorio, la cara de sueño. Por un instante *Mascota* le devolvió la mirada, pendiente de cualquier señal que le atañera, y Lena le dio un bombón que olía a chocolate apto para su organismo; también los ojos de los peluches, desde sus hogares alrededor

de la cama, enfocaron a la reina de la creación que interpretaba la danza del sueño para su creadora.

—Eres inmortal y perfecta en la ensambladura de tus partes.

Lena, la criatura perfecta e inmortal, arrullaba una canción de cuna. La música del universo es una infinita canción de ensueño, pensó Lara arrojando su cuerpo en la cama, con la luz apagándose como la llama de una vela consumida, una vela olorosa dibujando con el postrer aliento un delicado arabesco, una sombra blanquecina, un trazo de luna. La Luna en la ventana, el visillo corrido, las hojas abiertas, la persiana recogida. Duerme, susurra una voz cálida, dulce voz, música tañida por ángeles en la conversión al sueño. Duerme, confía en la voz que mece. Haces de luz proyectados sobre retazos de piel, sobre la cama, reflejo en el espejo, dos caras en el espejo, Lara se reconoce al ver su cara en el espejo, reconoce la cara de Lena en el espejo y la de la Luna en las lunas del armario, luna doble de blanco mate y blanco roto. Dos imágenes separadas por el paso del tiempo. Ayer y hoy, el tiempo pasado no va a volver pero su huella es indeleble, fíate de tu instinto. Cada día queda uno menos, el nuevo rompe al viejo, lo hace añicos. Lara se mira en el espejo antes de que se rompa, y se mira después de que un certero impacto de luz blanquecina haya roto las lunas, sin estrépito, silenciosas las trizas como la lluvia de meteoritos a la que se piden deseos. Un enjambre de meteoritos provenientes del espacio interior —el universo privado que reflejan con fidedigno dibujo las lunas del armario y el espejo del baño—, escapa por la ventana como un relámpago y asciende como una flecha de materia incandescente hasta un límite donde

percute y del que desciende ya fragmentado, expandiéndose sobre el mundo, un mundo transitoriamente místico, en forma visual de tormenta de meteoritos a la que fervorosamente, cerrados los ojos entonces, se piden los deseos más íntimos y que al despertar no cese la música del infinito.

Una respuesta emocional y estética: Propiedad privada

Todo tiene una causa, su razón de ser. Esta es la premisa que parte de una voluntad decidida a llevar a cabo lo que quiso empujarse afuera en su momento, con la misma o parecida sensación espoleando las ganas de presentar batalla por los mismos o parecidos motivos, probablemente crecidos y ya bien posicionados en las alturas visibles. Entonces, sin el recurso del viento a favor, la obra quedó pendiente, o inconclusa hasta que en el horizonte se recortaran mejores tiempos para darle salida. Ahora, según anuncio alegre del alma impulsora, gracias a Internet y venido por los caminos previamente desbrozados, había llegado el suministro final. Se había esperado, seis años por lo menos, pero no para encontrar la solución dejando pasar el tiempo.

Cayetano Ledesma, empresario y periodista acostumbrado a negociar en la inclemencia, trasladó la buena nueva a Santiago Iradier, periodista y comunicador con mucho temple para lidiar en los programas de la competencia y con aún más ganas para dirigir uno puesto bajo su responsabilidad.

—Confirmado. Allá vamos con todo —dijo Cayetano Ledesma.

—Te felicito y me felicito —dijo Santiago Iradier—. Por mí no quedará.

Tenían que correr y asegurar el tiro para en breve plazo, y a resguardo de las injerencias velando armas en sus papetos, iniciar las emisiones.

Miguel Vayarte recibió la noticia por boca de Santiago Iradier. Su amistad con él se remontaba a la confluencia de ambos en programas de radio y televisión a los que el periodista era asiduo, un contertulio habitual para dar y recibir, y Miguel Vayarte un invitado recurrente con el encargo de ilustrar en asuntos concretos de su ejercicio profesional. Lo que sabía de Cayetano Ledesma, el patrón de la nave en puertas de la botadura, era más bien por referencias, sólo recordaba haber mantenido una conversación en un acto privado entreverado de ecos y figuras deslizando.

El periodista quería que Miguel Vayarte ocupara plaza fija en el hemiciclo de las tertulias, una o dos veces por semana, y que mensualmente abordara un tema de su libre elección en un espacio a la medida, que en el siguiente tramo de la programación podría recibir las críticas y los comentarios de unos invitados a propósito. Santiago Iradier tenía muy en cuenta la apretada agenda del profesor Vayarte, por eso le propuso lo que a su juicio era un calendario soportable.

Pero a Miguel Vayarte, en una primera valoración subjetiva de la propuesta, le interesaba conocer el grado de intervención pública más que preocupaban sus ajustes horarios, a los que, llegado el caso, habituaría a la nueva situación como en ocasiones precedentes.

—¿Cómo viajarán hasta nosotros las críticas y los comentarios de los oyentes y los espectadores? Porque supongo que se adecuarán canales por los que fluyan a la presión que desate nuestras voces; es el signo de los tiempos para cualquier iniciativa de comunicación.

—Estaríamos condenados al fracaso si permanecemos aislados en una pompa de convicciones. Ni la erudición ni

la autoridad moral importan sin la posibilidad exterior de apoyar o rebatir. El acceso público en antena será el comúnmente empleado, vía los dispositivos móviles, mostrando en la zona inferior de la pantalla los mensajes que recibamos y cuyo contenido sea comprensible, apropiado y decoroso, y a través de las redes sociales, con alguien que ante los espectadores irá leyendo lo que se publique en el espacio habilitado para la participación directa en el programa. Nadie en su sano juicio abre las líneas a la devastadora irrupción de un enemigo perfectamente organizado. Hay que restar visibilidad al “trol” y a su elevación a la enésima potencia. Quizá recurramos al contestador automático para dar cabida a las llamadas tradicionales, no lo sé.

Con carta blanca en cuanto al formato de un programa ideado para competir en Internet, Santiago Iradier ultimaba un foro de discusión que diera cabida a los diálogos heterodoxos, con el respaldo de un moderador que, también allí, evitara las provocaciones de los agentes al servicio de la intrusión.

—Tengo alguna experiencia en los foros —recordó Miguel Vayarte—. Se les ha de prestar una atención especial porque la exigen quienes de ellos hacen su medio de comunicación para conocer, aprender e informar. Un foro de discusión inteligente es lo contrario a un mero depósito de opiniones vertidas para calificar o descalificar abruptamente que yacen para regocijo o espanto de los lectores en tránsito.

Santiago Iradier asintió.

—Los evalúo en positivo. A mí no me arredran los huracanes, por mal que huelan y escoria que arrastren, el

ruido no es un peligro que me atenace; al contrario, agradezco las presencias hostiles, demuestran que llegamos lejos, y mientras no llamen al delito ni invoquen mentiras como certificados de autenticidad yo les digo: pasen y lean.

—La mentira que por repetida se convierte en verdad dogmática, fundamento de doctrina y discurso sentencioso —convino Miguel Vayarte—. Habrá que incidir en la persuasión para, en una maniobra a la inversa, disuadir.

El proyecto estaba muy avanzado: los medios técnicos comprobados, los nombres de los actores escogidos en su mayoría, la parrilla de las emisiones diarias casi al completo y en fase de arreglos, entre otras de cuño original, la sintonía del programa de debate.

—Cuatro, tres, dos, uno...

El periodista dijo a Miguel Vayarte que su colaboración en el programa no le impedía participar en otros medios.

¿El control social o El influjo del dinero?

Miguel Vayarte sopesaba los pros y los contras en la elección de su primer monográfico. Los dos temas tenían empaque suficiente para inaugurar la sección mensual y eran, a la par, extensos y divisibles, ambiciosos de audiencia y con repercusión garantizada. Y con una absoluta evidencia de autoridad, ambos poderes fácticos interactuaban con el usuario como una más de las invenciones tecnológicas a su disposición.

La tecnología aplicada al discurrir cotidiano de cualquier vida dependiente de las demás vidas concursando en una sociedad globalizada, con independencia del grado de relación o necesidad en cada individuo, se había encara-

mado a la cima de las rutinas. Pero lo que pasaba desapercibido aunque fuera de dominio público, al haber sido eludido progresiva y sistemáticamente, bajo supervisión oficial, el compromiso de averiguar la profundidad de las raíces y la altura de las copas en el prefabricado jardín del edén —sinonimia de parque tecnológico—, era esa omnímoda atalaya, desprendida de sombra, integrada en la difusa coloración del paisaje como el elemento primordial que informa, entretiene y educa, situada en el centro de todo para mejor ejercer la tarea de control.

¿El espectro del controlador o El mercadeo ilustrado? Sonaba a folletín, y pronunciados los títulos con voz pericial a melodrama seriado; pero también esos temas, tan íntimamente ligados en su desarrollo social, y sus correspondientes editoriales de aproximadamente tres minutos de duración, repartían juego entre la audiencia en la primera cita. El veterano comunicador sabe que el éxito de su propuesta audiovisual depende del impacto en los oyentes y espectadores.

Recuerda: palabreo es, oficialmente, la acción y efecto de hablar mucho y en vano. Lo que al hilo de la proliferación de medios, canales y vías para comunicar al emisor con el receptor —imprescindible éste para que aquél no sea una mera pieza decorativa en el palacio de invierno—, y el exceso de informaciones, veraces, sesgadas o inventadas, la mayoría repetidas en una sola versión y algunas, desde su origen, tendenciosas, con el objetivo marcado en letra de molde, es pernicioso para un hábito reacio a discriminar.

Recuerda: las infiltraciones de sumarios e investigaciones policiales son un delito muy raramente conducido a juicio allende la frontera, pero a ti, Miguel Vayarte, no se

te ocurra propagar ni en formato de difusión social ni con carácter de divulgación científica una noticia en la que no resalte el marchamo de autenticidad. Tampoco te atrevas tú, Santiago Iradier, ni tú, Cayetano Ledesma, ni otros en nómina coincidente. Ciertas estrategias son armas de propaganda de uso tasado y exclusivo —léase arbitrario y excluyente.

Recuerda: todos los medios son útiles y de todos es imprescindible valerse para competir en un mundo acotado. Y para venirte arriba cuando suba la marea, que lo hará sin avisar y rugiendo, no olvides que aunque está mal visto, desprestigiado e incluso condenado de facto, y por consenso bajo cuerda, ser liberal y manifestarse antimarxista, promocionar la iniciativa privada y el imperio de la ley que protege a la persona y sus bienes, la democracia liberal y el Estado de Derecho, defender y respaldar a la víctima del delito, del oprobio, del abandono y de la humillación, recoger las lecciones de la historia escrita en los anales y sacar a la luz el índice de los precios políticos, es tu deber ser fiel a lo que sientes y lo que representas.

Miguel Vayarte paseaba las calles adyacentes a la emisora, con tiempo ganado al horario y el ambiente bonancible, sumido en el recuerdo de que antes, décadas atrás, para publicitar una idea, una averiguación, un trabajo intelectual, había que escribir lo que se dice bien y hacer copias a mansalva; de esta laboriosa manera, y con suerte, se llegaba a un número finito de espectadores, y dependiendo de la solidaria actitud de un prójimo adherido, entendida como la transmisión boca a boca de la noticia, la realidad comunicativa podía superar las expectativas. Pero con la proliferación de televisiones y radios, que han de llenar de

espacios, imágenes y sonidos las emisiones diarias, regidas por el espíritu de la competencia, y con la implantación de Internet como el gran artífice de la comunicación personal y colectiva, cualquiera, individuo o grupo, aspira a introducir su mensaje en millones de transeúntes alicortos y potenciales seguidores de su mensaje rentabilizando inmediatamente lo que hubiera invertido.

La globalización es un trazado urbanístico diáfano para atraer adictos a la senda de los líderes y un campo abonado para los especuladores.

Recordaba Miguel Vayarte a pie de calle, donde el cruce de caminos hollados sale al encuentro del paseante, que antes, por lo menos tres o cuatro lustros echado el calendario atrás, en las tertulias de radio y televisión —ni que decir las organizadas en un salón de actos o en un lugar acondicionado para lo que iba a producirse—, la mirada del invitado a deponer se dirigía al conductor del programa, al contertulio que le hubiera citado o sobre el que incidía su turno de palabra, y al público, como alternativa, de haberlo. Ocasionalmente, eran hojas manuscritas, recortes de prensa, gráficos y fotografías, o páginas señaladas de libros, las voces de complemento que ilustraban, para rebatir o confirmar, lo dicho y lo escuchado. Y sólo un instante, justo lo que se tarda en buscar y en referir. Entonces, por lo general, se actuaba de este tenor, aunque a veces no era preciso para nadie cargar con documentación aneja; y el cara a cara sostenido era una constante, dentro de un proceder cívico exento de perturbadoras interferencias, como también lo era la memoria. A diferencia de hoy, sustituida la memoria por los dispositivos tecnológicos a mano, y la mirada al frente o a los lados, guiada por la deferencia y el interés, por los ojos en la pantalla

mientras los dedos entrenados puntean y deslizan; un rato largo. Con raras excepciones dignas de mención, las mesas de tertulia son hoy un cuadro de cabezas reclinadas, con los participantes absorbiendo lecturas, argumentos ad hoc y citas repetidas de oído, recibiendo consignas en cascada jerárquica, preguntas y respuestas; al cabo, frente al mundo juzgador ignorante del mando a distancia, aparecían cual gentes versadas por la intercesión de una ciencia infusa mecanizada aumentada y corregida por el uso, sabientes predictores, propagandistas de la causa motriz, oráculos portentosos e itinerantes. Vengan cuestiones y vayan dictámenes a bote pronto que mañana es tarde; esos conocedores del anverso y el reverso mundanos nunca pasan del uso de la palabra por razón tan elemental como el desconocimiento; al contrario, de lo que se deduce que tal debe ser el acicate para soltar palabrería con la expresión acorde a la trascendencia que el asunto requiere. Hasta la próxima.

Cuesta decir no lo sé, callar y ceder la explicación; es un sacrificio inasumible para un graduado en “todología”.

—En mi nación los llamamos todólogos —ilustró un periodista hondureño a Miguel Vayarte—. Pero allí, ni tampoco en los alrededores mesoamericanos, no hay tantos todólogos como en esta orilla del Atlántico. Después de unos años de comparación entre las varias idiosincrasias conteniendo en la Unión Europea, puedo afirmar que esta especie antropomorfa habita en mayor número en su franja meridional.

—El todólogo también recurre al cambio de tercio para introducir la soflama cuando tiene la vez y aún no había arrimado el ascua a los dos costados de su sardina.

—Una milonga.

Y el público pensante testigo de aquel prodigio se pregunta: ¿qué demonios cuenta este sujeto?, ¿para esto lo llaman? Naturalmente, una pregunta retórica. Y se contesta: si se consiente, malo; si se aplaude, peor. Y resuelve: los necios nacen y se hacen y cobran. Vayamos a publicidad.

—La tenemos —dijo contento Santiago Iradier al terminar de escuchar, y apretó fuertemente la mano del compositor.

La sintonía del programa sonaba en los oídos de Santiago Iradier a música de las esferas —que era la evocadora representación de la cabina—, arte y cultura; le sonaba armoniosa y proporcionada, sutil e influyente; le sonaba a vuelo, a descubrimiento y a llamada. Le había encarecido al compositor que la sintonía fuera reveladora y divisible.

El día del estreno siempre es especial. Por grande que sea la experiencia acumulada en un ámbito concreto y por cierta la seguridad en uno mismo, al comenzar la andadura reaparecen con la vieja intensidad los síntomas del primer paso sobre una pasarela tendida en el vacío; y pese a las obvias diferencias entre salir al estrado a disertar frente al público en el auditorio y dirigirse a ciegas a una posible audiencia dotada de libertad de movimientos, comentarios y gestos, el efecto interior es idéntico, nervioso, susceptible de provocar una cadena de fallos.

Miguel Vayarte había elegido como tema de su monográfico inaugural el instinto discriminador. Orientados micrófono y cámara, a la hora en punto la presentación habló de dualidad y equilibrio, concisamente expuso que una persona puede alternar su vida en mundos distintos desde que tiene uso de razón, aun sin diferenciarlos con criterios científicos y aun sin apreciar la paradoja, la moraleja y la

contradicción de lo que instintivamente se discrimina como cuento, como historia o como información de interés público. Uno de los mundos es intrínsecamente real, eso que se llama el mundo de verdad, el mundo aprehensible con los sentidos donde se vive y se muere, y entre el nacimiento y el óbito pasan cosas demostrables. El otro mundo se explica en privado; en ese otro mundo apartado de la estricta realidad, los acompañantes sufren y disfrutan con los mismos sucesos, son una misma circunstancia, desempeñan un mismo cometido en un mundo discontinuo, imaginario, que aparece y desaparece en función de un aliento. Es un mundo voluntario donde nada es confuso ni obligado. La imaginación de esa persona recrea una ficción limitada a una lectura, una plasmación gráfica, una película o un relato, de la que es consciente, salvo enfermedad, y que nunca se superpone tanto a la realidad cotidiana, su verdadera referencia, como para modificarla. El peligro de identificación es mínimo: una mente impresionable se asusta y si lo pasa mal en un escenario no repite el trance subiendo nuevamente a él. Una solución natural y efectiva que, pero inviable, carece de parangón en el mundo real.

Pendientes de la emisión, Lara Norklig, Jorge Alonso y el matrimonio Reneda, Eduardo y Mercedes, siguieron la apertura solista de Miguel Vayarte y a continuación el resto del programa hasta la sintonía de cierre. En otro momento ya metido en la noche de esa jornada inaugural, Olga Norklig, incitada por su hermana, había buscado la grabación para escuchar el editorial; y lo mismo hizo Celia Solís, avisada la víspera por Lara, al dar por concluidas sus tareas del día, pero ella atendió la emisión hasta el último comentario.

Hasta la despedida de voz y música compartió desde una subjetividad nerviosa la periodista Pilar Marín. Su mensaje laudatorio voló raudo a posarse en el teléfono de Miguel Vayarte —empecinado en no abrirse una cuenta en alguna de las redes sociales con mayor índice de registros personales y profesionales—, junto a una invitación para acordar futuras colaboraciones alentadas por el formato y la experiencia mutua.

—Me tienes a tu disposición, Miguel. Ya me conoces, puedo aportar mucho a tus monográficos. Tengo cantidad de audiencia en las redes, me manejo divinamente con la tecnología, prácticamente vivo en Internet, y soy el mejor contrapunto que puedes encontrar sin que la sangre llegue al río. Tú y yo discrepamos a menudo pero nunca nos hemos faltado al respeto, y sabes muy bien que yo te hago más caso a ti que tú a mí.

—Por algo es, Pilar.

La periodista insistió con todos los medios a su alcance y sin faltar a la verdad.

—Yo creo que vuestra idea es muy buena. Hacéis un uso adecuado de Internet.

—Sin duda práctico. Pero la idea, que coincido es acertada, no cuenta con mi iniciativa; ha sido cosa de otros.

Pilar Marín conocía poco a su colega Santiago Iradier y apenas de oído al emprendedor Cayetano Ledesma. Le resultaba más fácil dirigir su solicitud a Miguel Vayarte y que él la transmitiera con un apoyo implícito, de amigo y contendiente dialéctico; creía firmemente que las tertulias del club de los disertadores ganarían en calidad e intensidad con su participación.

—Me cuentas más cosas cenando, Miguel.

Estaba claro que podían hablar de muchas cosas en privado y en público.

Una respuesta emocional y estética: Disyuntiva

Paseo por la floresta urbanizada del campus de la universidad Francisco de Vitoria, el segundo para el profesor Vayarte de esa jornada laboral ya cumplida. El reflexivo movimiento provocado libera la energía estacionada, en pequeñas dosis, otra vez llamada a consulta la prudencia.

Miguel Vayarte soportaba un dilema, otro más, y le costaba decidir la mejor de las soluciones que se le planteaban: actuar o ignorar.

—Denuncia.

En su calidad de abogado, Eduardo Reneda le aconsejó que denunciara.

—¿También el amigo es de la misma opinión?

—El amigo antes que el abogado te sugiere que denuncies.

Las amenazas de muerte hay que tomarlas en serio aunque provengan de una bilis chancera, le dijo Eduardo Reneda, y habiendo recibido varias en distintas épocas y direcciones e incluso con remitente incorporado lo sensato era denunciarlas.

—No estarás dando pábulo a una fanfarronada si acudes a la Policía o al juzgado de guardia. Las coacciones y las amenazas, los malos tratos y los acosos deben ponerse en conocimiento de la autoridad. No hagas oídos sordos al sentido común y ponte en buenas manos.

—Tiene mucho de juego, de disparo con armas de fuego —calculaba Miguel Vayarte—. Lo concibo como una estrategia, sí, de amedrentamiento, pero sólo eso, sin

que haya una pretensión de recorrido cierto. Una especie de rito de la fraternidad carcunda actualizado al presente.

De iniciación en la dinámica de una banda, de una secta, de un proceso revolucionario por fases y pautas.

—Ignorarlo es peligroso para ti porque has sido señalado.

—Llevo años en el punto de mira. Las amenazas y las provocaciones forman parte de mi paisaje, ni me acuerdo de la primera. Aún no me inquietan.

—Demostrado el valor, acógete a la legalidad y sal de la lista por la puerta grande. Tu ejemplo servirá.

El círculo seguía vigilante y apretando las tuercas del cadalso con la cadencia de una saloma intimidatoria y siniestra. A pocas semanas de las elecciones autonómicas y municipales los aspirantes a desbancar en la calle a los consolidados en las instituciones por si las urnas racaneaban el éxito, al hilo de lo que sucediera entre el doce y el catorce de abril de 1931 —una lección de historia de doble sentido—, trabajaban a marchas forzadas sus candidaturas, los discursos tejidos de metáforas continuadas, apelaciones al sentimiento herido, promesas de regeneración política edulcoradas y consignas de rápida fijación y esparcimiento selectivo fraguadas en la estridencia del aparato propagandístico convencional: ¡al asalto!; unos métodos de probada eficacia.

No le sobraba confianza en la administración de justicia, políticamente usurpada la independencia del órgano judicial, el tercer poder en la relación nominal del Estado de Derecho, ni tiempo que perder en los juzgados con vanguardias tribales acosando en las inmediaciones para provocar el desistimiento de la causa; pero, como él bien sabía y su amigo abogado le recordaba oportunamente, era peor

ir cediendo terreno y voz con omisiones voluntarias que liarse la manta a la cabeza y plantar cara por la vía legal. Y el argumento de que su ejemplo iba a servir le resultaba inoponible.

—Voy a denunciar. ¿Qué hago?

—Ahora mismo con tu voluntad me basta. Guarda mis noticias.

Eduardo Reneda le procuró un consumado especialista en Derecho Penal.

La elección entre el original y la copia no debería ocupar más espacio que el de la anécdota ni más tiempo que el de establecer la comparación. Algo más de tiempo y espacio, pese a su aparente sencillez, requiere la clasificación de los tipos de pensadores originales en su distinción entre el orden y el caos: los unos, al apreciar el desorden intentan crear orden; los otros, faenando en la antítesis, al topar con el orden recurren a la protesta para generar desorden. Entonces la pugna está servida, crece la tensión y producto de ella las trayectorias se comban y zigzaguean difundiéndose al ritmo de la disputa la síntesis de cada ideario. Al cabo, suele ganar el equipo del orden —a la larga y hasta la fecha siempre ha ganado la guerra, aun habiendo perdido batallas— porque lo dispone el mundo real.

Así funciona el mecanismo del contenedor de ideas y actos.

El canal de comunicación empleado no atenúa la intención del mensaje ni la responsabilidad del emisor; la racionalidad ausente de prejuicios unido a la compilación de sentencias al respecto bastaría para zanjar la controversia,

aunque nunca la polémica. Tampoco para desbaratar la argumentación de la defensa letrada, impresa, voceada y digital.

Los factores aducidos por las defensas del autor del hecho, considerado punible por la acusación para disculpar la injuria o la calumnia publicada, concurren a la declaración en las salas de audiencia diluidos en el magma de la libertad de expresión —de vía única—, compartida por un número cuantioso de usuarios, en detrimento de la víctima. Mucho cuesta a ésta y su representante cargar la responsabilidad sobre los hombros del denunciado y muy poco a éste y su representación coral sacudírsela de encima.

—Señoría, jurado popular, ¿es que vamos a ponerle puertas al campo?, mi cliente no deseaba agraviar. ¿Es que esta sociedad ha perdido la capacidad para distinguir el *animus jocandi* del *animus injuriandi*?, mi cliente bromeaba, sólo eso. ¿Es que los sentimientos deben atenerse a unas reglas y aun cuando sean heridos por actos que tienen precedentes silenciar su protesta, su implícito dolor, su exigencia de remedio?, mi cliente también es una víctima y con su acción, que está siendo injustamente calificada, respalda a otras.

—Con la venia, miembros del jurado, ¿es que vamos a confundir un derecho básico susceptible de protección, ejercido en un ámbito de intercambio de pareceres, fundamento de la democracia regida por el Estado de Derecho y el Imperio de la ley, con una verbalización preterintencional cuyo fin es avivar las llamas en un rescoldo candente? Fácil, muy fácil, tanto como cobarde, muy cobarde, es tirar la piedra para de inmediato esconder la mano si vienen mal dadas y ampararse en una guasa y en la libertad de expresión.

Percute la maza del juez: Visto para sentencia, desalojen la sala.

El veredicto judicial primerizo, cuando sea alumbrado por el gestante, habrá de contender sobre un tablero mediático con anterioridad sembrado de veredictos, regado con la destilación de veredictos particulares, abundantemente distribuidos a un improvisado jurado popular, lego en leyes, sujeto pasivo receptor de tendencias y opiniones, buen conductor del flujo de corriente irradiada por los centros emisores, proclive al asentimiento de un determinado veredicto precursor.

La denuncia actúa como un antídoto —escucha Miguel Vayarte en el duermevela y se relaja, respira acompasadamente y cree sentirse confortado.

Como un antídoto —repite el coro—, como un antídoto actúa la denuncia, denuncia, denuncia.

La voz tenor se acerca, su claro y potente timbre vibra, avanza y ocupa, es una esfera de voz, una rutilante vejiga acústica que canta las bondades del antídoto, antídoto, antídoto contra el veneno inoculado, veneno infiltrado, veneno diseminado por intención a un individuo, a varios individuos, a un conjunto de individuos sin vacunar.

Un individuo que con tiento sale de la penumbra pide la vacuna, saliendo de la penumbra varios individuos con el paso aún inseguro quieren vacunarse; cual la mena de la ganga en una mina a cielo abierto, extraídos de la adherencia grumosa por el canto solista, un conjunto de individuos en vacilante desfile acuden a la llamada liberadora. Por delante de la música, plantado en un férreo armazón tubular, un enorme cartel escrito negro sobre blanco, sólo letra,

anuncia la campaña de vacunación contra picaduras infecciosas.

Como una vacuna —entona el coro—, como una vacuna contra las epidemias, endemias, pandemias.

El orden y el caos en una renovada pugna por desplazar hacia su territorio el fiel de la balanza.

Era temprano, faltaba una hora larga para su primera clase. En apariencia nada extraño merodeaba tras la puerta cerrada con llave del despacho ni sobre la mesa, con la disposición habitual de los objetos, cosa alguna se significaba especialmente. Miguel Vayarte se recostó en su butaca sintiendo un alivio pasajero en la columna vertebral, cerró los ojos, se pinzó unos segundos el labio inferior con dos dedos tiernos, parpadeó absorbiendo la energía prodigada en los documentos con su firma y lentamente fue a encontrarse de cara con el mundo encajado en la ventana, tan real y comunicativo como el de este lado de la frontera, pero con un mayor porcentaje de policromía dispensada por la luz natural.

Al otro lado de la frontera la mañana invitaba a asomarse al mundo de las cuestiones trascendentales.

Leída la frase, me surge la pregunta: ¿quién es más viejo, el orden o el caos?

Corrió los visillos, izó completamente la persiana.

Arriba el telón.

El teatro de calle es un espectáculo que recoge simpatías antes de implantarse como medida de presión.

Las cuestiones trascendentales no figuraban en el programa de actos del ciclo dedicado a la historia contemporánea; en su lugar, impuestas para quedarse, aparecían secuenciadas por las cámaras de televisión las ambiciones mundanas de un grupo dirigente renacido de sus escombros.

—Nunca me he instalado en el frentismo, nunca me he sentido cómodo cavando trincheras —dijo Miguel Vayarte observando una parcela animada del teatro de calle—. El frentismo por agitación y propaganda es una muestra de insuficiencia argumental.

Eduardo Reneda acompañaba un paseo nocturno por la zona centro de Madrid entre luces escindidas de sus sombras.

—Es un recurso experimentado de actuación política en época de contrastes acentuados y con la fraternidad recluida en los ateneos a la espera de una gloriosa jornada de puertas abiertas.

Miguel Vayarte le había invitado a cenar. Mientras caminaban por la calle de Alcalá hacia la plaza de Oriente se cruzaron con flujos urbanitas en dirección a la Puerta del Sol que plasmaban uniformes el mandato de los mensajes recibidos.

—Esta forma de ejercer la política sólo conduce al choque y a la quiebra.

—Con perjuicio para la libertad de movimientos y la de comercio.

—En el nombre del pueblo.

Era el retorno orquestado al kilómetro cero del símbolo, y a la metáfora de la asunción del poder auspiciada por una contienda electoral con reminiscencias de triunfo prescindiendo de la lectura solemne del veredicto de las urnas.

El procedimiento simplificado para inmiscuirse y convencer es el de una selección de individuos que se adhieren a un ideal de progreso, siempre en forzoso progreso, una briosa embestida de traspaso de orden viejo a caos y de éste a nuevo orden, carente en su arrolladora teoría palabreada de referencias negativas.

Los dos recordaban como si fuera ayer, y ya habían pasado cuatro años desde la eclosión internacionalizada del llamado movimiento de los indignados, en dos mil once, que iba a sustituir en las instituciones y organismos a unos políticos y profesionales de la gestión pública por otros políticos y profesionales del control social, a una representación parlamentaria emanada del sufragio universal por otra asamblearia dirigida y sancionada por una jerarquía orgánica superior, y a una democracia liberal, de partidos varios, por otra popular, de partido único; pero esta información no había sido aún desclasificada, ni de los sumarios levantado el secreto, ni difundida a través de todos sus canales por el grueso de los medios de comunicación. Tanto en el ámbito de la política, que es el más dirimente y expansivo —y el que acaba poniendo, manteniendo y quitando—, como en el de la educación, cantera de presente y cimiento de futuro entregado a arbitrariedades tamizadas por compromisos e intereses con denominación de peculiaridad, se actuaba en concordancia con el cuarto

poder, apoyo clave para las oligarquías, embellecida campana de cristal, verbigracia tratamiento anestésico: nada sucede si no se cuenta; un lema clásico, intemporal, como otras cosas de igual relieve en trance de sustitución por el viejo lema, explícito como pocos, de que la mentira es un arma revolucionaria, y sus versiones: la mentira es nuestra verdad, una mentira repetida hasta la saciedad se transforma en una verdad incuestionada; en definitiva, la constatación de que la mentira es un coloso que porta a su espalda el mundo.

Fácil ha tenido el monstruo su resurgimiento donde tiempo ha le fue infligida gran derrota cuando detentaba el mecanismo de control y los accesos a la adquisición de múltiples recursos para su sostenimiento y cría. Una humillación imperdonable. Ahora el viejo monstruo, conservado el aspecto original, dispone de un remozado plantel de asesores para seguir percutiendo en las masas con la invocación del mito redentor.

¡Al ideal por la propaganda!

La actividad proselitista del credo revolucionario, el mito redentor, viene precedida por causas posibilitadoras circunscritas al envanecimiento de los aposentados, a la corrupción moral y material y a una desasistida compra de voluntades; a las que dará teórica solución anunciando proclama tras discurso medidas regeneradoras y nuevas aspiraciones sucedáneas, de carácter sustitutivo.

El objetivo es único: la toma del poder, y también es único el deseo de enfrentar a contrarios y partidarios, entre propios y ajenos, para formalizado el frentismo derivar en el guerracivilismo, con una revisión de la historia a favor; y vencidas las resistencias de ayer y de hoy, de fuera

y dentro, cobra su tributo de guerra la encarnación del triunfo, uno, sólo uno y nadie más que ese por encima del resto, líder acreedor de adhesiones incondicionales e inquebrantables, juez supremo entre la vida y la muerte, padrecito munificente de millones y millones de súbitas criaturas huérfanas.

Eduardo Reneda buscaba en el recorrido de su campo visual, mira que te mira, y por los aledaños de la visión periférica, las siete diferencias que como en la página de pasatiempos de los periódicos de su juventud distinguían al investigador ocasional un dibujo completo de su calco cercenado de elementos característicos, reconocibles al empeño; pero ni las mutilaciones a posta ni tampoco la tira cómica, de lectura obligada en la sesión de hojear, aparecían notorias al observador.

—La explicación tiene que venir de abajo.

—Del magma.

—Y ahora, tras un proceso de incubación que no tardaremos en saber si ha sido el suficiente o aún le quedaba para madurar, sale a la superficie candente y expeditivo.

—Con ganas de conquista.

Las cámaras y los micrófonos desplegados en la ruta de los conquistadores obraban el milagro de la multiplicación de los viejos símbolos, las nuevas pancartas y las consignas ambivalentes de las columnas en marchas radiales. Con el paso anárquico, turbulento, con las etiquetas rotuladas en el aspecto, pero indefectiblemente encaminadas al punto de encuentro, las filas de animadores escrutaban el avance de las confluencias y su penetración en los espectadores con derecho a voto. Los informes de estado con

la temperatura de la lava se precipitaban en el puesto de mando del punto neurálgico.

—A nadie con nociones del pasado reciente, el que aún humea y del que se desprenden cascotes, debería sorprender que la historia se repita cuando en nombre de la ideología progresista se tiende al regreso.

Miguel Vayarte sonrió la agudeza.

—Me temo que hemos perdido la ventaja que supone conocer el resultado. Una montaña de podredumbre atranca las puertas y las ventanas y anega la percepción de una equivalencia mediata. Hará falta una reválida, y eso lleva más tiempo burocrático que el de un permiso oficial para la rehabilitación de estructuras deterioradas y el refloje de los pecios hundidos durante la interminable travesía inaugural.

Lleva tiempo, repetía el eco en los oídos.

Hay prisa por afianzar el mito. La cimentación de la doctrina es sólida pero artificial, carece de raíz, adolece de engaños y mentiras, desborda falsas promesas. La concreción del socialismo real es una utopía, es un fracaso cuantificable si admitiera la comparación, pero como la unicidad no admite compararse con nada, porque nada hubo antes y nada hay ahora que proyecte una imagen distinta de la que todo vivo y muerto envuelve, el espectro flota sobre el yermo de sus dominios; la realización inmediata del mito comunista es una maniobra especulativa detrás de las barreras de contención.

Circunvalada la plaza de Isabel II y el eclecticismo arquitectónico del Teatro Real, no obstante imponente, con

la mirada perspicaz y el oído al acecho, al que habían dejado expedito un canal de proximidad para la recogida sonora de indicaciones y advertencias, pasearon en un solo movimiento (adagio) los jardines de Lepanto (batalla naval entre la Santa Alianza y la Puerta Otomana, en 1571, "La más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros", en autorizada versión de Miguel de Cervantes), simétricos a los del cabo Luis Noval ("¡Tirar, que vengo entre moros! ¡Fuego! ¡Viva España!", gritado en la posición del Zoco el Had de Beni Sicar, en 1909), flancos del ornato vegetal y estatuido de la plaza de Oriente; hablando de lo divino y de lo humano en un marco propicio para la divagación espiritual. Y puestos de acuerdo sin previo consenso, ni siquiera insinuado al amor de la memoria pegada al camino, entraron en el *Café de Oriente*, uno de los restaurantes favoritos de Ángela, también preferido de Miguel Vayarte porque ella se lo había descubierto, a modo de regalo, un soleado domingo de marzo en una comida exclusiva para la pareja.

—Con vosotros hemos estado dos veces.

—En dos comedores diferentes.

Ángela se encargaba de reservar por teléfono.

—Y otra más tú y yo para celebrar la vida que conserva el recuerdo a propósito —dijo Miguel Vayarte, pensando además en un acontecimiento alegre y triste, íntimo y emotivo, a unos metros de distancia.

El de la noche de Reyes de dos mil ocho. Ángela quería despedirse con tiempo y por partes, ya no le acuciaba la prisa de lo que asusta y se escapa de las manos, había regresado a España, querencia de la patria, el retorno dejó de angustiaria al descender del avión en el aeropuerto de Barajas. Una vez en casa lo que tuviera que venir, que iba a

manifestarse antes que después, importaba menos que a miles de acuosos kilómetros; había vencido en esa partida contra la inconveniencia. Respiró aliviada. Había evitado un terrible compromiso a su familia. Se animó a celebrarlo y a empezar a poner sus asuntos en el orden definitivo, el orden que facilita la adaptación al nuevo estado. Por partes y con tiempo, enfrentando al mal tiempo buena cara, satisfecita con su hoja de servicios.

—He pensado...

Le hacía ilusión, la Navidad era un paréntesis de dicha y de esperanza. Nadie debe perder la esperanza si cree en los milagros. Pero su anhelo, condicionada como estaba a un desenlace predecible sin la intervención del oráculo, era modesto, limitado a una velada sentimental la noche de Reyes, la que más le gustaba del año, con el padre de sus hijos.

—Sí, quiero.

Ángela se encargó de reservar mesa en el restaurante del Teatro Real. Quiso celebrar esa noche mágica, pletórica de contrastes, bajo las estrellas que decorando el techo recrean luminosas el cielo nocturno de Madrid, su adorado y nativo Madrid.

Miguel Vayarte le pedía con el alma que resistiera.

Esa víspera de Reyes que rememoraba una vida de complicidades, durante la cena, en un momento de la cena en que coincidiendo las miradas de ambos viajaron de tierra a cielo, las estrellas de brillo constante se transformaron en fotografía, y esa imagen que tanto significaba, horas después fue la imagen de portada del teléfono móvil, porque allí quisieron alojarla en adelante y por el tiempo que durara el recuerdo. Por el tiempo que durara la magia, que es el de la vida que la mantiene.

Miguel Vayarte activó su teléfono móvil para atraer un instante la imagen del cielo que Ángela le había regalado aquella noche y tantos días. En su cabeza sonaba una música acorde, su aportación entonces, metidos los dos en la madrugada con la feliz impaciencia de los niños, a la velada inolvidable.

—Lo que escucho ahora en las calles de Madrid no es la música nocturna de Boccherini.

—Más bien son toques a rebato.

—A los que se hacen oídos sordos. Ponerse de perfil es un error —apostilló Miguel Vayarte.

El fracaso no arredra a los creadores del mito, artífices de la revolución. El desmoronamiento del ideal sólo es un obstáculo salvable con medios que justifican el fin; a las masas deseosas de resultados si se les ha fallado con las obras el pensamiento dirigente las convence con palabras. La actividad proselitista del marxismo, el muro de carga de la inmensa dependencia patibularia, es el recurso viable y prontamente efectivo para suministrar a la decepción generada por la evidente insuficiencia material —previa y sañudamente abolido el consuelo espiritual—, antes de que tienda a desvelar el engaño, una compensación medida por la necesidad. Con el vehículo de la propaganda, el aparato conductor invita al descontento generalizado a participar en una suerte de guerra, que va de la política a las trincheras y de las instituciones pretendidas a las calles abandonadas, de la que únicamente se libra el reclutado con la victoria de las tesis impuestas, una utopía, o la muerte civil, incluso física llegado el extremo, por sometimiento y práctica cotidiana. La acción revolu-

cionaria y la actividad política son, de este modo, expresiones de la agitación y la propaganda, y conjugan por adelantado y a satisfacción de los organizadores —ellos a cubierto de las inclemencias y rodeados en salvaguarda venal por el escudo pretoriano— las reivindicaciones prometidas, el basamento dialéctico del paraíso socialista.

La música nocturna disonaba en los oídos, ampliado el horario acústico hasta el amanecer en vísperas y festivos; la diurna, igualmente pegadiza y salmodiada, maltrataba menos la sensibilidad artística porque competía en desventaja con el tráfico urbano, y como reclamo turístico, superada la curiosidad del neófito, sólo atraía a los adeptos.

Miguel Vayarte y Eduardo Reneda caminaban a la inversa del ruido focalizado en la Puerta del Sol, alejándose del epicentro asambleario con el paso calmo y la reflexión en ciernes.

—Vivo contento en mi nube de nostalgia —dijo Miguel Vayarte—. Cada día subo y bajo de la cabaña en el árbol, a veces estoy horas, otras veces quizá no llega al minuto mi estancia en ese mundo espejado que me cautiva. Allí arriba, entre las ramas tupidas que acicala un viento bueno, preservado de agresiones, huido de la caricatura que me inflige el titulado enemigo desde sus muchas terminales como castigo por mi perseverante actitud, soy una persona a resguardo.

De las insidias lanzadas como señuelo y de las amenazas de muerte, con inequívoca intención, pero aún más de la cobardía.

—Eres un hombre valiente...

—Ángela fue valiente, yo procuro imitarla.

—Eres un hombre importante —concluyó Eduardo Reneda.

—¿Por estar amenazado?

—Sí. Lo que dices y escribes revela y rebela a la par. Tienes partidarios y por eso mismo tienes detractores, te sostiene un equilibrio universal.

—Me obstino en la divulgación de los capítulos suprimidos de la historia a instancia de parte.

—Exactamente como tu denuncia, a instancia de parte. Prosigue el espectáculo.

Ascendieron sinuosos y a compás los hombres de paja, en el disfraz una cola de paja, a humo de pajas el sonsonete con la imprecación retardada. Montados en humo, humosos, los figurines sube que te sube por la fumosidad vomitada de la fragua traídos, fumosos en la recepción de los peldaños. La puntería en el sitio de las deidades, aún por encima el objetivo codiciado, aspiración irrenunciable, aún escarpada la ruta hacia la meta por esta vía imperfecta, concurren a la feria de diseño y telegenia un remedo de personajes de la comedia del arte.

¿El ruido es perseguible de oficio?

En un tendido lateral del punto de encuentro se erige un andamio con plataforma superior y traviesas. A lo lejos, y visto de repente, tan de improviso como el traslado de los restos del naufragio, la mortecina estructura semeja una nave anclada en un paraje fantasmagórico, donde el agua del mar ceniciento no cubre, pululado de espectros, que ha surgido de una metalurgia desguazada a pico, pala y mazo, con el esqueleto renegrido. Un cadáver insepulto con pe-

nacho de jirones soplados por la danza macabra, en apariencia. En constancia, sin embargo, la cofia del practicable flamea de rojo sangre espesa bandera roja hoz y martillo, y la sentina retiembla con el sísmico estruendo del himno del partido bolchevique (el de los minoritarios que se autoproclamaron mayoría en mil novecientos tres). Simbólico acceso en son de triunfo redivivo de las confluencias. Y alrededor del semicírculo un círculo de vacío, ni masa ni cantos; en torno al monumento férreo, hueco y cordado, menudea un cinturón de servil respuesta con el puño alzado al llamamiento movilizador.

Eriza el vello aquel retumbe mórbido del himno soviético en el ambiente caldeado del túnel del tiempo.

¿Es obra de la imaginación?

La imaginación juega malas pasadas.

¿Es una advertencia?

Ruido, ruido, ruido. Desfile y acampada. Y un plan preconcebido que al desdoblarse en acto multitudinario, apuntalado en el púlpito del hemicycle —la otra obra de ingeniería demostrativa situada en el recinto de la acogida—, cruje, sisea, chirría y, en colofón, clama y excita. Al punto de maduración.

Agraz simbiosis entre la demanda y la oferta. Cada parlamento recibe su aplauso; cada acción un refrendo; cada motivación el entusiasmo; cada propuesta en comité o asamblea el unánime e incondicional espaldarazo de la cúpula o de la base. Pero la evidencia, que es harto evidente, no pasa de prueba circunstancial, una obviedad sin asidero arraigado dice de la fiera el domador. No está maduro el fruto, dice el lego en horticultura; no está a la sazón el condimento, dice el aprendiz de cocina. Y el día

de la revelación, último de las escarpaduras, donde no medraba el riesgo, dijeron, acampa un muro ambivalente: sirve para contener y para dividir. Pero no pasaba gran cosa, nada había que temer imposible de remedio, dijeron las fuentes consultadas.

Para no creerlo.

La colada ha echado raíces y ya vocea el nombre del ganador de la pendencia: el pueblo. El pueblo unido, el pueblo dirigido, la voluntad del pueblo expresada en la calle por el pueblo etiquetado de anti: sistema, capitalista, fascista, primer mundo, civilización occidental, la Europa de las doce estrellas sobre fondo azul; biliosamente antiliberales, anti iniciativa privada y anti imperio de la ley si las leyes no han sido promulgadas por la organización centrípeta absorbente; por ese otro pueblo, sin especificar filiaciones previas, ayuno de ideología y con las tragaderas ahítas, que patentiza con su presencia esporádica y cívica el desencanto y la preocupación por un estado de cosas imposibles de ocultar tras artificios y prestidigitaciones que huelen mal y sientan peor.

El futuro pinta bastos. Ni siquiera la posesión de un carné político garantizará un puesto de trabajo o un título académico. Puede que haya llegado el fin de la historia, el otro fin de la historia, un nuevo final de la historia y eso se sabe que trae consecuencias. A estas alturas de la descomposición, acelerado el declive por el aumento de la cantidad y la minoración de la calidad, aquellos logros de abuelos y padres se perciben inalcanzables; se teme esfumada del horizonte la oportunidad de aprobar una plaza de funcionario, de obtener un empleo público, un favor de

partido, una concatenación de subsidios o la admisión en una organización política y sindical subvencionada cobrando y con la perspectiva de anidar en alto.

La puesta en escena es cara y las deudas de juego contraídas se han de pagar según lo estipulado a la firma del préstamo.

¿De dónde sale el dinero? ¿Por dónde llega y adónde se destina, quién lo administra, reparte, blanquea? El dinero fluye, de Este a Oeste y de Oeste a Este, unas riadas de dinero arribadas en paralelo diez treinta de allá donde el clima es seco, árido, y de allá donde el clima es húmedo, tropical, confluyen en la puerta de la plaza, la rampa de despegue (que la ocasión, diosa romana, la pintan con la nuca calva y hay que cogerla por los pelos de la frente) para un añadido de enemigos irreconciliables que en los años treinta del siglo XX opusieron en suelo español los vítores a España a los mueras a España. Los extremos se funden en un abrazo de oso: el fin justifica los medios; luego, al caer el telón del primer acto, se medirán en duelo de ocasos las revoluciones patria y antipatria en el segundo acto.

Es el efecto transversal.

El prodigio de la transversalidad se agota en su definición. La teoría política de la transversalidad es meramente dogmática; su práctica, suponiéndola posible tras las cribas, es la culminación de una falacia. La transversalidad sociopolítica del marxismo es de una certeza meridiana: va de la teoría y práctica de Lenin (“¿Creéis realmente que podemos salir victoriosos sin utilizar el terror más despiadado?”) a la teoría y práctica de Stalin (“Las

ideas son más poderosas que las armas. Nosotros no dejamos que nuestros enemigos tengan armas, ¿por qué dejaríamos que tuvieran ideas?") sin solución de continuidad.

Hasta que llegue la purga lo que suena es ruido, ruido, ruido.

Presentada la denuncia por su abogado, Miguel Vayarte prejuzgaba la actuación de los jueces.

—Admitida la demanda, tu caso se sustancia en ese juzgado de instrucción y no en la Audiencia Nacional —situó Eduardo Reneda.

—Anticipando el futuro, cuando la realidad haya sobrepasado las sospechas de la ficción —planteó el demandante al letrado—, imagina que las pruebas documentales que apporto corresponden a la actividad coactiva pasada de individuos que ya son aforados.

—Si las pruebas documentales fueran aceptadas por el juez de instrucción ante quien han sido presentadas como fundamento de la denuncia, el camino de la justicia se bifurcaría hacia instancias superiores. Pero la ambigüedad interpretativa, como yo denomino al no quise decir lo que se lee, y el vacío legal presente, ya veremos entonces qué nos depara la legislación, además del tiento con el que se valora la repercusión en el afectado por el exceso, la víctima del señalamiento, y el factor momento político, que es una realidad insoslayable a veces confesada abiertamente por el sentenciador, trastoca el ejercicio de la función jurisdiccional.

Eduardo Reneda paseó su mirada del Congreso de los Diputados al carrillón del edificio Plus Ultra, y Miguel Vayarte la suya, algo más despacio, de las dieciocho campanas y cinco figuras goyescas diseñadas por Antonio Minigote del peculiar reloj a ese cielo de Madrid donde el espíritu de la nostalgia interpretaba un dulce y libre nocturno.

Una respuesta emocional y estética: Propaganda

En una ceremonia secreta, tiempo ha prevista por los arúspices, maridaron el mito con el manifiesto para engendrar la propaganda. Los celebrantes de esta unión —un *hieros gamos* provechoso para la acracia y el nihilismo, a su pesar otro matrimonio de conveniencia—, cumplido el acto resignaron el poder místico —que en el pasado lejano les fue ocultamente conferido a sus predecesores en el cargo a través de un ritual plagado de símbolos y fórmulas asociativas para su secreta custodia, blindaje y llegado el momento entrega— a una autoridad terrenal reconocida, heredera de la arcana posesión, ducha en teorías y muy presta a los ensayos con las criaturas indefensas, más alguna voluntaria con promesa de beneficio, atrapadas en el cerco desplegado, y pasaron a mejor vida.

Suerte distinta corrieron las víctimas propiciatorias de un engaño de dimensión planetaria y prolongada duración —inextinguible en el plazo de muchas vidas como los fuegos que caldean las entrañas de la Tierra—, expansivamente contagioso y de huella indeleble dejada en la materia, el espíritu y la geopolítica. Pero como la memoria es frágil, si se la abandona en el cuadrilátero donde contra ella pelean una alianza de influencias y doctrinas, y los ejemplos caducos, porque han sido arrastrados a la nada por vientos interesados, la falacia se vistió de ismo, se dotó de dialéctica y se inscribió como académico de fundación en las correspondientes de Historia, Filosofía y Economía.

Así que la falacia se multiplicó por cinco y por dos el materialismo.

La infiltración en las estructuras sociales, en los ámbitos de pensamiento y en los centros de actividad, todo a la vez, era un paso decisivo para la constitución del Nuevo Orden, esa longeva aspiración de los candidatos a la presidencia acotada del Grupo Dirigente renovada generacionalmente con algún paréntesis y otros silencios en el sucesivo proceder para metamorfosear el origen, adecuar los procedimientos a las modas y arrojar en un vertedero disolvente las consecuencias. Y vuelta al mito.

La conexión establecida con farragosa verbosidad entre el pasado y el presente —de Robespierre a Lenin—, con el sempiterno horizonte del mundo feliz como banderín de enganche —que si no llegó entonces a ser habitado por las masas habrá de cultivarse ahora con las simientes de antes, las puras, las pródigas—, revive el mito. A la sociedad, la de cada Estado, región o continente, le pesaba como el plomo la falta de ídolos de carne y hueso que adorar, sumida, no, abotargada, más que eso, fervorosamente decantada hacia el consumo hedonista del material suministrado por la competencia. Si no puedes con tu enemigo únete a él. El plan alternativo usurpó el trono a la idea motriz —qué importan las distancias y los caminos si a la hora de rendir cuentas al inventor de la máquina calculadora los números salen—, y con el cambio de plan, superando las reticencias de las matronas y los asamblearios, variaron las estrategias, las tácticas y las puestas en escena. Teatro de calle, magia de calle, escenografía y pareados; toda función que se precie requiere de un protagonista identificado con el ambiente, asequible para los sentidos y con medios afines como plataforma de lanzamiento. Tres, dos, uno,

cero: el hombre legendario hace acto de presencia hic et nunc. La propaganda, el instrumento propagandista, obra el milagro aquí y ahora: en un abrir y cerrar de ojos la propaganda ha conseguido eliminar las manchas y deslumbrar con la blancura, en menos de lo que canta un gallo la propaganda ha amasado de la aparente nada un goloso reclamo de adhesión que llevado en volandas audiovisuales entra en los hogares, se acomoda en los sentimientos y *gratis et amore* conduce al paraíso. Es la oferta de la época. ¿Alguien da más? ¿Alguien se atreve a obstaculizar la vía impoluta de tacha al progreso? Que levanten la mano los enemigos de la humanidad, que alcen sus corrompidas voces, que se identifiquen de cara y de perfil en un retrato al natural de sus miserias y vanidades. La opresión de los viejos dioses a sus criaturas esclavas va a acabar con el advenimiento —la reedición corregida y condensada del advenimiento— de personajes telegénicos adictos al rescate de los cuerpos perdidos y las almas muertas.

Es un hecho: la propaganda posibilita que cualquiera, un tipo mondo y lirondo, vulgar y corriente, se convierta en un ser legendario, un referente cultural, un guía espiritual, un ídolo de masas, la solución política a los problemas, un héroe a imagen y semejanza de los mortales. La propaganda es el artificio que hábilmente aplicado en la percepción receptiva convierte al hombre gris y tambaleante, uno de tantos, en un mito. Conseguida la implantación dogmática, es irrelevante para el renacido mito su adecuación a la verdad —¿qué verdad?, exclama el patriarca, secundan los acólitos y con la voz engolada el ascendido al altar de las locuciones— ni que sus promesas —el contrato social con los ciudadanos pendiente de refrendo— carezcan de verosimilitud; lo que cuenta para el

hombre legendario —producto elaborado en un laboratorio de síntesis— es el efecto de sus palabras y de sus gestos, su capacidad para distorsionar la realidad con ilusiones.

El periodista Santiago Iradier entrevistó al biólogo Cosme Santacana, docente universitario con cuatro décadas de ejercicio en las aulas de institutos y facultades, invitado a la sección de ciencia semanal de su programa diario. El profesor Santacana había acudido al estudio con plena disposición para hablar durante veinte minutos, con exposición y respuestas desde un sólido conocimiento, del desarrollo de un organismo bajo la influencia conjunta de la herencia y el ambiente, que es la definición de epigénesis que la biología amolda a la sociología.

El profesor Santacana situó al individuo en un plano de visualización preferente y a su comportamiento en sociedad, que con independencia del grado en que lo haga afecta al conjunto, en la intersección del factor biológico con el ambiental. En un ambiente determinado, dijo, las emociones y actuaciones del individuo, de cada individuo, provocan el comportamiento social del conjunto. Este comportamiento está dirigido por operaciones del sistema sensorial y del cerebro que de manera innata y, por lo general, rápida encuentran soluciones a los problemas que surgen en el ambiente donde vive el individuo, facilitándole la elección entre las alternativas a su alcance, además de predisponerle a una consideración del mundo asumida como propia. Es un mecanismo simple que asegura la satisfacción de las necesidades primarias ligadas a la supervivencia del individuo y, en definitiva, de la especie. Pero la intervención en la vida social de aspectos inherentes a

los individuos, tratándose de una sociedad compleja, señaló el profesor Santacana, da lugar a expresiones culturales varias y en ocasiones antagónicas que, enfrentadas, dirimen una pugna de intereses que enconados hasta lo irreconciliable se tornan contrarios al individuo y en medida equivalente a la sociedad.

Miguel Vayarte, que había presenciado la entrevista desde la cabina de control, después de finalizada pudo conversar con el profesor Santacana del conflicto permanente entre credos y militancias y entre percepciones y discursos.

—¿Dónde nos hemos metido?

—En el túnel del tiempo.

La revolución de los teóricos de la enmienda teledifundida en horario de gran audiencia.

El clangor de las camarillas en los pasillos con las paredes empapeladas de disolventes, recorridos en filas apretadas en la única dirección del pensamiento único, anuncia a los semilleros de acólitos, a los tratantes de métodos paliativos y, con especial virulencia, al pueblo duro de oídos, el resurgimiento de la utopía; el cese de la vigencia del sistema por defunción correlativa de los partidos y de las estructuras; la proclamación vía mensajes telefónicos de la cuadratura del círculo, la constricción de las instancias de poder y la convocatoria de una asamblea, en fecha por decidir, para organizar la pirámide de su mitad hacia abajo.

La nueva política tiende su mano transversal al conjunto ciudadano del Tercer Estado. Los nubarrones se disipan, la claridad despunta así en la tierra del Antiguo Régimen como en el cielo del paraíso socialista.

—¿La transversalidad que distancia recorre?

—La que en parámetros bolcheviques va de Lenin con su máxima de que no hay teoría revolucionaria sin práctica revolucionaria y viceversa, a su aventajado discípulo Stalin con la suya de que la violencia es el único medio de lucha y la sangre el carburante de la historia.

El péndulo de la opción cainita oscila transversalmente trazando un arco de circunferencia menudo pero muy aparente y ruidoso de agitación a propaganda.

Con un desayuno de trabajo en el horizonte, Miguel Vayarte revisaba en su domicilio, de madrugada, la peculiar didáctica del *Programa de actividades revolucionarias* y el *Catecismo del revolucionario*, obras de inequívoco carácter escritas por el ácrata y nihilista Sergei Nechayev, que los revolucionarios del último tercio del siglo XIX desecharon por extrema y que, en cambio, acogieron con insana devoción los líderes bolcheviques del primer tercio del siglo XX.

De aquella aspiración a suprimir el Estado y a posicionar al individuo al margen de cualquier autoridad, según el método revolucionario que Nechayev propone, la ortodoxia comunista se quedó con la supeditación del individuo a la idea motriz que era la revolución; luego, una vez culminada, las páginas abolicionistas de la dominación de la masa por la facción política dominante, fueron desterradas del mundo real.

El manual del perfecto revolucionario no dejaba hueco a la interpretación, igual que las leyes de las ciencias exactas, ni tampoco a los espíritus críticos o a los ánimos templados. El revolucionario ha de carecer de ideas propias, aspiraciones equiparables al común de los mortales y rela-

ciones afines, incluso de identidad salvo la que le proporciona la revolución, debe someterse por completo al interés de la revolución y como única moral y único criterio y única ley debe tener lo que sirve a la causa de la revolución. La destrucción del mundo civilizado es el objetivo, aplicando a los cuerpos la violencia y a las almas la infamia con técnicas de opresión que redundan en la vigilancia, el espionaje, la infiltración y la violación de la vida, la propiedad y los sentimientos; con técnicas de aislamiento al considerado enemigo, denigrándolo, animalizándolo, reduciéndolo ante la opinión pública —una opinión pública irrelevante para el revolucionario que por conveniencia la utiliza en su favor— a un acusado de los delitos pertinentes y abrumadores que impiden la llegada de la benéfica revolución, sumariamente juzgado en calles y celdas y al cabo ejecutado. La muerte resuelve todos los problemas de la revolución; pero como es imprescindible contar con elementos productivos de mantenimiento mínimo y nula estimación fuera de su cometido, la pena de muerte se conmuta por la de trabajo. Un trabajo incesante y tóxico, devorador de engranajes. La maquinaria que hace funcionar el paraíso necesita una continua recarga de consumibles, que agota en poco tiempo, y no hay tantos enemigos en el territorio cercado como para cubrir la planificación con traidores y disidentes, ni es suficiente excitar la colaboración ciudadana para encontrar fisuras —inconcebibles en el aparato— a base de mensajes de cariz heroico; es preciso atraer nuevamente la voluntad de la masa ahora hacia el derrotero fijado, hacia el único mundo posible. Ningún esclavizado ha de conocer que tras las fronteras que lo apartan de otras realidades hay una vida mejor, ni siquiera ha de poder imaginarlo —lo que es algo remoto,

objetivamente imposible sin referencias visuales o de testigos creíbles—, al contrario, el voluntariamente esclavizado y el esclavizado por ausencia de alternativa, aún no acusado de traición ni disidencia, deben creer que sus penalidades, miserias y carencias redimen a una humanidad a la deriva, cavernaria y obtusa, que más allá de las fronteras de fosos, muros y alambradas parece en la ignominia por desabastecimiento y enfermedad.

A oscuras.

Pilar Marín le había llamado a las nueve de la noche y a las diez le mandó un mensaje que también esperaba respuesta. Cinco minutos después de sonar el despertador, Martín Vayarte se levantó de la cama con sueño —algo molesto y de mal augurio— y esa obligación aleteando pesadamente en su conciencia. Había olvidado hablar con ella; ¿de qué tenían que hablar?; de su inclusión en los monográficos que él dirigía, aunque la pretensión de Pilar, que no ocultaba, era la de incluirse en la nómina de tertulianos del programa de Santiago Iradier. La decisión era de Santiago, a quien solía disgustar el análisis sobre actualidad política de Pilar Marín, a menudo posicionada en la controversia; ¿quería apoyarla?; la consideraba una amiga y no sólo una compañera de lides comunicativas, y era una periodista constante en el mercado de la opinión profesionalizada, quizá por insistencia, que es una virtud para trabajar en los medios, generalmente bien informada; si iba a interceder por ella, cuestión a la que seguía dando vueltas, debía invitarla a uno de sus monográficos, cosa que todavía no había decidido, y que ella misma avalara su promoción entre la plétora de aspirantes llamando a las puertas de los directores.

Zumo de naranja natural, bocadillo de jamón ibérico, torrija con miel y café con leche en el desayuno de Miguel Vayarte, la comida diaria que al enviudar más disfrutaba fuera de casa. Santiago Iradier atendía poco y al parecer a desgana las necesidades matinales de nutrición, a diferencia de Cayetano Ledesma que rendía culto a la mesa y a la palabra si terciaba en el negocio.

Los desayunos de trabajo se habían convertido una modalidad asociativa de intereses e ideas participados por un número reducido de personas, mínimo dos, máximo cuatro, en un lugar preferiblemente discreto a una hora de continuo tránsito en la cafetería y aledaños. Quizá lo peor de esas reuniones para Miguel Vayarte era que, por elementales motivos de discreción, los días de confesiones y propuestas novedosas, igual que los afectados por la inclemencia atmosférica, recluían a los presentes en el interior esquinado, lejos del aire libre, de la entretenida circulación de peatones a sus tareas e incluso de la cristalera.

En el primer desayuno de Miguel Vayarte con el empresario periodista y el periodista comunicador, cuando se ponía en marcha les comentó una obviedad que apuntaba a los privilegios desleales de cierta competencia con mucho cuarto poder.

—Si la cosa no funciona me temo que ninguna ayuda gubernamental, del signo que sea el gobierno, os rescatará de la quiebra.

—Ni con hechos ni con promesas.

—Ni refinanciaciones negociadas a tres bandas ni conversiones de acreedores en accionistas. Lo sabemos nosotros y todo el gremio.

En este desayuno de abril soleado y agradable temperatura primaveral, convocado para tratar distendidamente sobre estrategias y contenidos, Miguel Vayarte anunció un monográfico doble dedicado a la propaganda política como arma de penetración social, captación de voluntades indecisas y descrédito del adversario que, en realidad, se contempla como un enemigo a destruir para que la causa prospere.

—Es acertado. Las elecciones municipales y autonómicas están al caer —secundó Santiago Iradier.

—Propongo un breve recorrido histórico y su enlace con el escenario actual —dijo Miguel Vayarte.

—¿Dónde sitúas el principio de la historia? —preguntó Cayetano Ledesma.

—A efectos prácticos en la revolución bolchevique. Lenin y Trotsky modelan una forma moderna de propaganda política que parte de la camarilla y del mitin hasta el acto multitudinario posterior, cuando la simiente ha germinado, y se expande además de por vía oral y escrita en octavillas y panfletos por la divulgación de un determinado arte y de una determinada literatura. La propaganda política actúa en dos niveles fundamentalmente: el de la denuncia y el de la orden. La denuncia supone la revelación en lenguaje asequible, de frases eufónicas y violentas, de lo que para la masa permanece oculto; la voz de orden es el mecanismo de obediencia entre dirigentes y dirigidos que construye el armazón revolucionario en el sentido que quiera proyectarse por la nueva autoridad ética, moral, económica y política. Difundidas las dos representaciones, la reveladora y la verbal, la finalidad de la acción propagandista es triple: buscar aliados en otras formaciones políticas y organizaciones ciudadanas de actividad coincidente,

unificar a la masa con objetivos seductores y aniquilar al adversario; y dos son sus agentes: los propagandistas y los agitadores.

Cayetano Ledesma lanzó otra pregunta con su voz ajada.

—¿La diferencia entre un propagandista y un agitador es meramente de concepto?

Miguel Vayarte basculó despacio la cabeza.

—Podemos buscar diferencias, que las hay aunque sean etimológicas, y acabaremos perdidos en una maraña semántica. Ambos son fenómenos complementarios que responden a un llamamiento único. El propagandista y el agitador inculcan ideas a la gente, pero mientras el propagandista abunda en las ideas, el agitador incide en la masa; el propagandista maneja las ideas, es el componente teórico del equipo, el ideólogo, el irritador, y el agitador a la masa, ya que es el componente práctico, el ejecutor de la doctrina para que la masa actúe coordinada y con fuerza mayúscula. Pero tanto el propagandista como el agitador son faramalleros, se valen de una dialéctica engañosa y de la teatralización, para dar carácter efectista a los propósitos, incidiendo en la burla irreverente y tendenciosa al recrear las situaciones que actúan como catalizadores de la opinión pública congregada en un acto lúdico derivado hacia el aleccionamiento.

Santiago Iradier introdujo la subversión como apostilla a las dulces y saladas migas del desayuno que se disputarían los gorriones y las palomas de poder acceder a ellas en sus osados vuelos de captura sobre la faz urbana. Y Martín Vayarte, diluyendo con rotaciones lentas de la cucharilla el azúcar en el café con leche, trajo a colación una salvedad en el procedimiento revolucionario que no debía

pasar desapercibida al analista político ni al historiador: Obedéceme, no me imites.

Santiago Iradier abundó en el aspecto subversivo de las proclamas doctrinales y los llamamientos a la movilización efectuados por la cúpula gestora de las operaciones en presencia.

—Sólo hay una cúpula —indicó Miguel Vayarte—. La dirección es única, monolítica e incontestable hasta su puesta en entredicho y ulterior derrocamiento.

—Por un golpe de mano dado en el área restringida.

—Y vuelta a empezar, supongo —completó Cayetano Ledesma.

—Sí. Cambian los nombres, pero se mantiene el ideario y el método.

—Tampoco cambian las enseñanzas en los campos teórico y práctico de los viejos maestros. Hay que impedir que el mensaje exterior traspase la frontera sensorial y que la realidad no controlada interfiera en el mensaje propio, nadie intramuros ha de captar las emisiones distorsionadoras de la cosmovisión preconizada —dijo Santiago Iradier—. Y para evitar que la disidencia y el tradicional enemigo tenga argumentos se ha inventado la contraprogramación, las amenazas, coacciones y el mucho ruido mediático enfocados los altavoces a la masa inyectada en la hegemonía del círculo cerrado.

—El poder de la mística laica.

—Yo no creo en los encantadores de serpientes en una sociedad del primer mundo interrelacionada por la tecnología, aunque aparezcan vendedores de humo en cada esquina —dijo Cayetano Ledesma—. Aquí cada hijo de vecino sabe con qué cartas juega y al árbol que se arrima. El

interés propio impera sobre cualquier otra explicación racional de las conductas.

—La pretensión del beneficio personal e inmediato, fingidamente entroncado en el interés general, se sustenta en un discurso adaptado a las circunstancias de un periodo concreto donde la individualidad, egoísta y perturbadora, es presentada como enemiga acérrima del sufrido e inerme colectivo.

Santiago Iradier percutió con su dedo índice en la mesa reclamando atención.

—El discurso único del pensamiento único —sentenció—. ¿Cómo parar esta bola de nieve?

—Con el calor de la historia. A base de ejemplos se aprende y se convence.

—No es tan fácil. La historia inconveniente para esos oídos ha sido desterrada.

—Esta es mi filosofía —dijo Miguel Vayarte.

—La filosofía no funciona con los autómatas —dijo pesaroso Santiago Iradier.

—Incluso los autómatas son susceptibles de remedio por la vía didáctica. Cuando les alcanzan las lecciones de la historia y de la filosofía del pensamiento a título individual y a descubierto, desprotegidos en suma, como mucho y sin acierto se mal defienden con tópicos surgidos de las fobias e incongruencias y huyen en seguida por la puerta falsa.

—Es lo que les pasa a los que se mueven en tropel, intimidando por la fuerza del número y escudados en su perpetua legitimidad, que yo entrecomillo, para valerse de la violencia —añadió Cayetano Ledesma cambiando el gesto por la palabra al subrayar el atribuido derecho a emplear los modos violentos en toda clase de disputas.

—Sí. Hay una permisividad de facto que se remonta al origen de cada manifestación que trasciende del gabinete a la calle y de la ideología, en el sentido que le daba Marx, a cualquier medio de expresión.

—¿Qué sentido le daba? —preguntó Santiago Iradier.

—Marx enmarcaba la ideología en un discurso sobre lo real y lo posible —resumió Miguel Vayarte, y retomó el tema de los programas monográficos de su responsabilidad para avanzarles un contenido que enlazaba situaciones del pasado, a su vez producto de anteriores maceraciones, con el presente.

Fue en el París de 1952, cuna de críticas sociales, laboratorio experimental de revoluciones importadas, y hogar de artistas, diletantes e intelectuales, donde un pequeño grupo de éstos puso los cimientos de lo que al cabo de dieciséis años daría la vuelta al mundo, con diferente intensidad propagandista, y el nombre de mayo francés. Este grupo pequeño pero organizado, buen conocedor de las vías por las que transitar y los hombros en que apoyarse para conseguir la mayor repercusión, se denominó Internacional Letrista; paso a paso y voz a voz, incorporando personajes de las vanguardias artísticas, unos y otros refundieron el intelecto con el arte bajo la denominación de Internacional Situacionista en 1957, hasta desembocar, expresión a expresión, de eslóganes a pintadas, en la notoria revuelta de mayo de 1968, heredera sin sonrojo ni recato de la francesa de 1789 y la bolchevique de 1917. Poco más duró la aventura en su puesta en escena. El motor ideológico, sincretismo de las revoluciones precedentes, sucumbió a la historia, no pudo imponerse únicamente falsificando los referentes del mundo real; sin embargo, queda la huella y algunas de sus frases, como la de que *no hay*

que trabajar nunca (copiada de la época surrealista de los felices veinte, admitiendo sin rasgarse las vestiduras que la novedad tenía un precedente), han hecho fortuna en la sociedad posterior. Al igual que entonces, cada cual con sus medios, los comunicadores informan de esta reiteración en las conductas; pero a diferencia de aquella época y de anteriores, la transmisión del mensaje ahora es masiva, solidaria en el refrendo y en el rechazo, y cuantificada en porcentaje la imitación en la displicencia hacia el orden social establecido.

—Pero entonces se creaba historia con los significados —dijo Santiago Iradier.

—Con los nuevos significados y contra los viejos significados que se pretendía destruir se creaba historia —convino Miguel Vayarte.

—Acepto que era una historia más solvente, pero aceptarme a mí que esta que nos ronda, o que quizá ya se ha implantado, tendréis que sacarme de la duda, también es historia y por vivirla en tiempo real nos afecta de lleno —matizó Cayetano Ledesma.

—Esa es la idea.

Cualquier representación de un sentimiento presente en la sociedad es susceptible de transformación. Lo decían con su lenguaje de signos y consignas los impulsores del cambio de perspectiva a través del movimiento asambleario y del uso pródigo de los medios audiovisuales puestos a su disposición con dinero contante y sonante. Decían los revolucionarios intelectuales y vanguardistas, en texto e imágenes, que con ellos llegaba el fin de las verdades absolutas —¿se referían a la demagogia populista, al dogmatismo de la fe materialista?—; con ellos, proclamaban, se alcanzaría la libertad de decirlo y hacerlo todo.

—Tergiversando la historia, distorsionando las creencias; paradójicamente imponiendo un orden social restrictivo.

Estaba claro que por el camino de la denuncia no les lloverían los contratos publicitarios.

Al salir de la cafetería y cuando no pasaba nadie, Miguel Vayarte esparció sobre la acera las migas de su desayuno que había recogido en una servilleta de papel.

—Espero que les dé tiempo a comer.

—Las aves urbanas son rápidas y listas.

Santiago Iradier se despidió.

—He aparcado cerca. Si vais al centro os llevo.

Cayetano Ledesma iba a coger el tren de cercanías. Miguel Vayarte le acompañó andando a la estación.

—¿Has recibido más amenazas? —quiso saber Cayetano Ledesma. En un mundo globalizado las noticias vuelan.

—No. Ya tengo bastantes.

—En la peor de sus vertientes las redes sociales son un arma de acoso y derribo con un enorme poder de sugestión.

Miguel Vayarte asintió. Miraba las calles hermoseedas por la temprana luz diurna y a los árboles y parterres con arbustos y plantas de temporada vitalizados por la primavera.

—El totalitarismo las ha elegido como vía complementaria a la televisión para penetrar en la sociedad. No obstante, el totalitarismo siempre encuentra resquicios para infiltrarse en las sociedades libres, pilladas desprevenidas por una confianza ciega en el sistema, muy seguras de su

próspera estabilidad y la decencia de sus árbitros y representantes. Una vez infiltrados los agentes se dedican con pericia a enfrentar sembrando cizaña, y luego a dividir y fracturar provocando el caos.

—El colapso del sistema —apostilló Cayetano Ledesma.

—La organización desde una dirección férrea es la clave. El control sobre los seguidores permite la respuesta pronta y contundente que domina en las redes sociales. A nadie se le deja inmune si cuestiona las consignas o a los distintos líderes en distribución jerárquica, y se le coarta y amenaza hasta su total desistimiento. Ese es el cometido principal del *agitprop* en el siglo XXI.

—Y como surgen lagunas legales por doquier a la hora de contrarrestar esos delitos mediante la ley y, además, la identidad puede encubrirse, los difusores campan a sus anchas por un territorio asilvestrado.

Miguel Vayarte sonrió la comparación con el salvaje Oeste.

—Una dimensión con la ley vigente atenazada.

—Malo, malo.

—La amenaza de muerte es mala, por supuesto, pero la sátira en caricatura y montaje fotográfico y la mentira anunciada como la verdad única, situadas en un plano inferior, como antecedentes, resultan letales para la dignidad personal y la convivencia.

Por la boca de la estación de metro y cercanías salía y entraba un flujo permutado de gente aún mostrando sus diferencias en el vestuario y distinción en las facciones.

—Está en juego el poder.

—Y hay mucho dinero en este juego. La que se da en llamar nueva política mueve dinero nacional y mucho importado, una gigantesca centrifugadora de dinero destinado a liquidar el Estado de Derecho y la democracia liberal.

—Otra revolución anticapitalista bien dotada de capital.

—Patrocinada por plutócratas y dirigida y ejecutada por personal ajeno a la indigencia económica. Es rico el que no paga nada y el que lo tiene todo pagado, dietas, pensión y una solución extraterritorial —añadió Miguel Vayarte.

—Un precio político —completó Cayetano Ledesma—. Podrías hablar sobre ello. Y sobre esa parte de la sociedad que ha adoptado como propio el punto de vista de los verdugos y escucha sus argumentos con el respeto que le deberían merecer las víctimas, aunque ellas callen y aguarden una justicia que no se manche con el polvo del tránsito al precio político.

Era un hecho —venido de lejos— que las víctimas del terrorismo, de la demagogia, de los delitos comunes, de la política artera y de los intereses creados y consentidos, cabían poco y a disgusto en muchas de las tertulias diarias en los canales de comunicación, en las aulas públicas y parlamentos, frecuentemente suplantadas por la apología de aquellas conductas pasadas que encuentran amplio acomodo y hasta deferencia en el presente, mientras a la víctima, como si su castigo personal fuera una minucia comparado con esos otros sufrimientos colectivos que claman por el resarcimiento de sus daños, se le acosa, denigra y aparta si mantiene la postura y las demandas. Las víctimas oponían una denuncia moral y sentimental a la rentabilidad del terror.

—Parece que las víctimas nunca van con los tiempos —
dijo Miguel Vayarte al despedirse—. Llevo más de veinti-
cinco años contándolo y ganando enemigos.

Una respuesta emocional y estética: Control social

Una vez demostrado el poder de convocatoria en la calle, la prioridad era mantener una presencia constante en los medios de comunicación; luego llegarían las instituciones, primero las corporaciones locales y los parlamentos autonómicos, en colaboración con las formaciones políticas del aglutinador espectro progresista, y después el Congreso de los Diputados con una mayoría suficiente representando a la gente indignada.

—El itinerario no admite interpretaciones.

—A diferencia de los motivos de indignación en las gentes.

Miguel Vayarte quería incorporar el criterio jurídico y la opinión personal de Eduardo Reneda en sus monográficos. Se lo anunció por teléfono y al abogado le pareció bien si a él no le importaba su nula experiencia audiovisual. Quedaron citados al día siguiente por la mañana en las inmediaciones de la Plaza de Castilla, a Miguel Vayarte no le gustaba demorar las estipulaciones de una decisión si había acuerdo previo.

Un dictamen pericial hizo que el psiquiatra forense Diego Silva Hurtado apareciese en los juzgados esa mañana, con tiempo suficiente para deponer al ser llamado a la sala de la vista y, por pura coincidencia, para desayunar con Eduardo Reneda y Miguel Vayarte. Camino de la cafetería explicó a Miguel Vayarte lo que el abogado ya sabía, que llegaba siempre con bastante antelación cuando le tocaba aportar sus averiguaciones, en cumplimiento de su

obligación legal, para observar entretanto la conducta de los asiduos y los esporádicos al edificio judicial.

—Se aprende mucho. Es una verdadera clase práctica.

—Opino lo mismo.

—Aquí hacen muy bien las tortillas —dijo el abogado.

Miguel Vayarte pidió un pincho de tortilla de calabacín, la favorita de Ángela. Diego Silva Hurtado venía con el estómago preparado para la espera mientras Eduardo Reneda optó por reincidir con la tortilla de patata y alabar su buena preparación. También preguntó al psiquiatra por Carmen Mota.

—Resumiendo lo que como amigo de ella te puedo contar, diré que necesita abstraerse de su faceta profesional ahora que se ha solapado con su mundo privado. Básicamente tiene que diferenciar realidades y asumir que nadie es capaz de cubrir todas las expectativas, ni las propias ni las ajenas. Creo que lo conseguirá, pero mejor que no se imponga plazos.

—Seguramente eso es lo que más le costará —intuyó Eduardo Reneda.

—Los plazos determinan las acciones —dijo Miguel Vayarte.

La presencia casual de Diego Silva Hurtado en su reunión con Eduardo Reneda, ampliaba beneficiosamente la perspectiva de trabajo comunicativo con los monográficos. Así se lo comunicó a ambos, una vez puso al corriente al psiquiatra con quien aún no había hablado de ello, y acto seguido lanzó sobre el tapete de juego el asunto del control social, que era una de sus causas motrices en la futura programación.

—Un tema peliagudo —dijo Eduardo Reneda—, y, por otra parte, un argumento para la convivencia.

El menor de los males, el más soportable de los inconvenientes, la más llevadera de las cargas, es el control social.

—Toda sociedad cívica acepta el control porque lo requiere, y si lo puede configurar y dirigir a través de mecanismos de representación, los ancestrales y los modernos, en los que haya participado, entonces su asunción no entraña un problema ni el ejercicio por las instancias correspondientes una opresión. Al contrario —señaló Diego Silva Hurtado.

Martín Vayarte actualizó los mecanismos de representación introduciendo el factor tecnológico en la cotidianidad de los seres cívicos.

—Cada mensaje de correo electrónico y los escritos en las redes sociales es un registro de actividad y posición geográfica, y sendas declaraciones de principios e intenciones extrañas a la clásica confidencialidad de las cartas enviadas por correo tradicional y las notas en una cuartilla que se entregaban en la mano del destinatario o con el concurso de un tercero que se prestaba a la mediación, leyera o no el texto a la postre —dijo Eduardo Reneda—. La confidencialidad era mayor entonces, me parece a mí, y, desde luego, nuestro deseo de hacerla patente.

—A eso voy —convino Miguel Vayarte—. El control social dispone de toda revelación gratuita y automática de datos personales, además de otras cuestiones que igualmente inciden en la esfera íntima del individuo, en las redes para, como poco, en el más leve de los supuestos, su utilización por la mercadotecnia. Informar, convencer y vender.

—La persona que cede sus datos personales con des-
preocupación renuncia a la intimidad, consciente o incons-
cientemente, pero no a la protección de sus intereses
cuando quedan afectados —apuntó Diego Silva Hurtado.

—Nadie renuncia a sus derechos aunque ignore sus
obligaciones —completo Eduardo Reneda—. Los aboga-
dos ofrecemos un marco jurídico de restitución.

—¿Ironizas?

—Sonrío y pierdo la mirada en el cielo.

—Yo desciendo a la cripta para exhumar el listado con
los prescindibles y los imprescindibles sociales y vosotros
le dais el visto bueno —dijo Miguel Vayarte.

—¿Será como un ensayo clínico?

—Os propongo un ensayo social del que me hago res-
ponsable.

—¿A nivel teórico?

—A nivel dialéctico.

—¿Qué comprende este ensayo? —preguntó Eduardo
Reneda.

—Antes te diré que las ciencias sociales integran a cua-
tro ciencias autónomas: antropología, sociología, econo-
mía y ciencia política. Mi idea es la de un recopilatorio de
prácticas y experimentos en política, sociología y econo-
mía en la segunda mitad del siglo XX y lo que llevamos
recorrido del XXI. Pudiera llamarse *Una muestra contem-
poránea de ingeniería social*.

Diego Silva Hurtado mencionó su breve paso acadé-
mico por la antropología forense, también Eduardo Re-
neda había asomado a ella su intelecto en época universi-
taria.

Ahora el que ironizó fue Miguel Vayarte.

—Ya que la antropología tiene su variante forense, apliquémosla al resto de ciencias sociales para que no sientan celos ni envidia. Abundaremos en el tema del control social con la sociología forense, la economía forense y la politología forense y presentaremos las pruebas científicamente obtenidas al tribunal correspondiente.

Pese al matiz burlesco, su propuesta contenía visos de racionalidad.

Miguel Vayarte publicó un artículo en *Liberalidaes.com* que obtuvo, como es de rigor en todas las firmas que arriesgan, aun documentando, al exponer en un espacio abierto a la participación, el favor de unos lectores dirigido al texto, la crítica acerba de otros, proclives a la descalificación de la persona y su obra, y el habitual comentario de Jorge Alonso. El artículo, de título *La entrecomillada voluntad general*, dedicado a los extremos ideológicos de la Revolución francesa, su prólogo enciclopedista y su epílogo totalitario, incidía en el papel director de las ideas ilustradas y en la variabilidad de los conceptos que para la aplicación de aquéllas deviene indispensable.

Hubo de acuñarse una expresión que dando pábulo a la triada ilustrada, libertad, igualdad y fraternidad, a su vez engalanara calles, plazas y balcones, eliminara obstáculos y aún nonatos y sometiera las voluntades de dirigidos al arbitrio del plan maestro.

Fuera o no Jean Jacques Rousseau, filósofo iluminista, el inventor de la sucinta y compendiosa frase “voluntad general”, suya es la definición que le otorga el imperio de la justicia acordado por una asamblea de personas libres

con el interés exclusivo de servir al bienestar de la sociedad y al de cada persona en ella. Este acuerdo —el contrato social, escrito tres décadas antes de formalizarse el estallido de la revolución— es soberano “siempre constante, inalterable y puro. Cada uno de nosotros pone su persona y todo su poder en común bajo la dirección suprema de la voluntad general, y en nuestra capacidad corporativa recibimos a cada miembro como una parte indivisible del total. Los que no se someten a la voluntad general son desviacionistas, sujetos a la fuerza necesaria por parte de la asamblea. No hay otra manera de conseguir una democracia totalmente igualitaria, y de liberar así a la humanidad de las cadenas que por todas partes la atentan”.

El discrepante del contrato social ha de ser reconducido al estado de conformidad unánime, sin otra alternativa al margen de la violencia que la aceptación. La lógica es simple: imponer y someter. Robespierre y Saint-Just, cabezallas del Terror, aplicaron esta lógica taxativamente, añadiendo condenas y ejecuciones sumarias a los opositores del nuevo orden establecido a sangre y fuego en las postrimerías del siglo XVIII; y de la vinculación del igualitarismo forzoso, producto de la ideología, con el método coactivo, surgió la praxis que vieron y padecieron los siguientes dos siglos.

El invento del Terror por los revolucionarios franceses —los asambleístas del Tercer Estado— era una secuela corregida de cuantos episodios anteriores comprometieron el éxito del movimiento insurreccional a una dirección ambivalente, distraída con pormenores técnicos y legislativos

sin calado, abocados a un fracaso cercano. La primera medida profiláctica, tras las ejecuciones protocolarias y ejemplificadoras, fue la de erradicar al elemento adverso, muerto el perro se acabó la rabia, portador del disentimiento infeccioso. Los demagogos —que son los antecesores ilustrados de los populistas, que así son denominados en el siglo XXI— se explayaron en la consecución de la unidad de propósito revolucionario a toda costa, había que implantar la revolución a cualquier precio.

El progreso se avecinaba. Ellos, los asamblearios con guillotina, lo traerían, auguraban. Se les llenaba la boca laudando las virtudes del progreso, pero nadie entre los elegidos para difundir la buenaventura explicaba de manera llana, asequible a todos los públicos, en qué consistía el cacareado progreso y sobre quiénes asperjaría sus mercedes.

Nicolás de Caritat, marqués de Condorcet, ideólogo de la Revolución francesa, atavió el progreso con los vaporosos tules de la emancipación. Gracias al progreso concebido por los ilustrados, el hombre por fin lograba emanciparse de la naturaleza, y también de sí mismo como integrante de ella. El progreso revolucionario extirpaba al hombre de individualidad y de sentimientos, con lo que liberado de esos lastres atávicos podía sumarse al todo, a la asamblea que determina irrefutablemente la voluntad general; la ideologización total, de la cuna a la sepultura pasando por la instrucción pública, la absorción del hombre por el colectivo, su conversión de parte a todo, su homogeneización sanadora del mal individual y del camino a oscuras por sendas independientes.

Suscribo el aserto de Friedrich Hölderlin al decir que “siempre que el hombre ha pretendido recrear un paraíso en el Estado lo ha convertido en un infierno”. Y el de Hans Graf Huyn cuando expresa lo de que “la voluntad general es el fundamento del totalitarismo”; a esa voluntad general idealizada como panacea por la razón excluyente, asumida como cauce político y exponente del control social instaurada por los enemigos de la libertad de la persona, se deben imputar los procedimientos de aislamiento y de eliminación del cuerpo y del espíritu. Y el mío propio sobre la trinidad progresista: líder, propaganda y control, que deviene de una parodia que busca exasperadamente, antes de que advenga el fin de los tiempos, imitar una aspiración continuamente negada.

Al poco de publicarse, Jorge Alonso leía *La entrecornada voluntad general* tomando notas para adecuar su comentario al artículo del profesor Vayarte y forzaba la memoria para que encontrara el paradero de citas que vinieran a cuento, como aquellas de Robespierre: “Toda institución que no suponga que el pueblo es bueno y el magistrado corruptible es viciosa”, “El secreto de la libertad radica en educar a las personas, mientras que el secreto de la tiranía está en mantenerlos ignorantes”; de Saint-Just: “Los que se pasan la vida haciendo revoluciones a medias no hacen más que cavarse una tumba”, “El ocio es la verdadera cuestión revolucionaria”; de Lenin: “La organización está bien, pero el control es mejor”; y de Stalin: “La educación es una arma cuyo efecto depende de quién la tenga en sus manos y de a quién apunte”.

Jorge Alonso escribió en el apartado de comentarios de los lectores sobre la teoría vengativa del derrotado.

Un desiderátum con rasgos de ucronía ideado para descalificar al vencedor achacándole todos los males habidos y por haber en la sociedad doliente y el mundo sufridor. Los antaño derrotados arremeten contra el pueblo que los ha vencido y la fe que hizo posible la victoria, a la par que ignorando los propios actos, errores y excesos, siempre justificados como medios para alcanzar los fines, siempre ensalzados como manifestaciones de libertad y justicia social u ocultados cuando no hay por dónde salvarlos, magnifican los del enemigo y, si es preciso los inventan, sabedores de la nula o tibia respuesta que van a tener en los canales de comunicación de mayor impacto en el público según los audímetros. Y, cual prestidigitadores arremanados en el púlpito de las revelaciones, desempolvan el recetario de anacronismos, nunca admitidos como tales, aduciendo que la escenificación tiempo ha vista y no vista fue un ensayo general malogrado por la inexperiencia y la precipitación de los ingenuos organizadores, al servicio del pueblo, y por la intervención demoledora de los poderes fácticos, al servicio de las oligarquías. Los opresores de la gente son los fascistas y los nacionalsocialistas (emplean la abreviatura nazis porque el termino socialista también les alcanza de lleno), defensores de la patria única, a diferencia de los libertadores comunistas, destilación del socialismo real, que defienden una patria global con un solo gobierno que ya sea en funciones o en pleno ejercicio prohíbe a sus portavoces mencionar la dictadura del proletariado. Tampoco les es dado, ni por deslíz o equivocación, vincular el socialismo del siglo XXI al

del tándem Lenin-Stalin en el siglo XX y al del siglo XIX del tándem Marx-Engels. El socialismo revolucionario imperante hoy se mire por donde se mire el globo terráqueo —el de la actualizada III Internacional, que odia con saña y furor a la socialdemocracia aparecida al finalizar la Segunda Guerra Mundial por haberse desprendido de los postulados marxistas— ha mudado sus ropajes, pero su desarrollo y desenlace es semejante al de ayer porque hay cosas que jamás cambian.

Miguel Vayarte escribió a la dirección de correo electrónico de Jorge Alonso, que figuraba en su página web dedicada a la historia de España, para invitarle a que se conocieran en persona y a que participara en alguno de los monográficos que preparaba.

Una respuesta emocional y estética: La preceptiva obediencia al mal menor

La invitación no incluía la asistencia al baile de máscaras ni a los juegos silvestres —tipo la gallinita ciega, las cuatro esquinas, los animales de la granja—, aunque era previsible que los profesionales del altercado, toscamente distorsionadas sus facciones —¿por qué esmerarse si el resultado va a ser el mismo con un diseño exclusivo, de rancia solera, o con un apaño de estar por la casa universitaria?—, acudieran en tropel para amenizar el acto. La invitación callaba el protocolo enmascarado para los personajes inscritos con tinta roja en la lista negra, y no por ausencia de indicios racionales de asalto, tan sólo por llevar la corriente —es decir, por no obstaculizar con decoros ni solvencias— al caudal bramador, que suena y mucho, gracias al eco de las gargantas filosas, traiga más o menos instrumentos de viento, cuerda y percusión, pancartas, opúsculos y proclamas en ajada homofonía.

La cosa es que el invitado a conferenciar —seguramente advertido del ambiente hostil, más que probablemente convencido de la ingratitud manifiesta del prójimo exaltado, instruido al efecto— tropezó con la barricada nada más acercarse al aula magna y recibió un baño de improperios flanqueados por conatos de doma y arrastre. Sacudida el suelo que pisaba —el de la libertad y el intelecto, el del contraste sesudo de pareceres y el empirismo científico venerable—, en vista del rodeo violento, del circo de una pista con clamor guerrero, de la patraña de embozados en organizada incursión, ya había declinado imponerse

con el sólido argumentario de la civilización evolutiva y marchar firme y valeroso al sitio desde el que la palabra pronunciada cubre e ilumina vergeles y yermos, simas y atalayas, logrando un momentáneo éxtasis terrenal. Otro día será; y si no, qué importa. Haya paz.

Cunda la templanza, cédase a la tentación de replicar y ni imaginar la retorsión como arma política equivalente. Mejor una retirada de consenso, con el decanato como maestro de ceremonias en evitación de males mayores, pero sin impedir el triunfo de la coacción, que lamentar heridas de larga curación. Del otro lado —la marea envolvente que ladra y muerde— lo que se espera es lo que obtiene, una rotunda victoria por amedrentamiento e incomparancia de oposición; el recinto es suyo y tuyas las directrices de combate y negociación. Esta vez, como casi siempre, ha bastado la presencia vociferante y un amago de pisoteo físico, empujones y avance grupal hacia la diana; esta vez tampoco han necesitado arrojar los objetos contundentes portados en las mochilas eximidas de revisión profiláctica, como sus identidades; nadie les exige que muestren el rostro, quizá porque son viejos conocidos.

El decanato presente, emisor de la invitación al conferenciante, oscila, decae en su figurado ímpetu por mantener el orden y la ley, la dignidad y los principios; opta por mediar, prefiere ceder y acogerse al subterfugio, alejarse del conflicto, apartar de la arena al invitado y convocar un parlamento arrinconado para los representantes de la prensa donde justificar su doctrina del mal menor, apodada de la dejación de funciones. Con eso ha salvado la papeleta y tal día hará un año.

¿Pero habrá sanciones?

A los fantasmas no se les puede sancionar, son espectros, aparecidos, entes incorpóreos no obstante dotados de voz y con las espaldas cubiertas. Tampoco a los que invocan en situaciones de apuro la cláusula de cobardía recogida en la doctrina del mal menor.

¿Por qué no se avisó a la fuerza pública?

La doctrina del mal menor es taxativa al respecto de solicitar la intervención policial, ¡no!, o el llamamiento urdido a la protesta activa y mayoritaria de los asistentes al acto —hasta completar el aforo—, transformados en meros espectadores de los encierros y las embestidas y a lo sumo fedatarios con nula capacidad testimonial en la práctica si no se les cita a juicio.

Conseguidos los objetivos, la batalla ha terminado.

Al cabo, pasados los minutos y las horas, proliferan, dentro de la estricta cortesía parlamentaria, cautela y prevención en ristre, las condenas por el hecho antidemocrático de los sujetos totalitarios con marcado acento ideológico reconocible a extremo. De ahí no pasa la contraofensiva, la declaración de intenciones lo aguanta todo, incluso un acto cualquiera posterior muy cercano en el tiempo, sobre las mismas tablas acosadas de la víspera, en el que un personaje encumbrado por los pactos de la política en curso, con antiguas y puntualmente renovadas simpatías y defensas por los reventadores de actos protagonizados por algunos colegas, camina sin estorbo hacia el estrado y los micrófonos, respirando los piropos hacia su biografiada solidaridad y tolerancia, de la que se vocea que es adalid, para sentar cátedra con lo que gusta escuchar a quienes rechazan un discurso contrario y la libertad de expresión del prójimo.

Y aquí paz y después gloria; porque aquí no pasa nada, y si pasa no importa que de mayores se ha salido poniendo las dos mejillas y los cientos de rubores.

La unanimidad en los creadores de opinión era que había miedo. Y que con ese miedo latente y manifiesto viajaba la dejación de obligaciones y compromisos, y el consentimiento a las acciones que no debieran quedar impunes en una sociedad regida por el civismo y la legalidad.

—El miedo es el instrumento para la sumisión.

Estaban de acuerdo todos en que con el miedo, que en ciertas épocas se ha llamado terror, escrito con mayúscula inicial, afloran las cesiones, exornadas de buena voluntad, y nuevos peldaños en la escalera que conduce a las dependencias del poder absoluto. Pero la unanimidad era únicamente sobre las consecuencias del miedo no sobre los factores que lo provocaban ni su empleo como recurso en la índole política; de ahí la extraña coincidencia opinante.

—El miedo es el procedimiento más antiguo que conocen los hombres para que una minoría se imponga y someta a una mayoría huérfana de autoridad.

El periodista Santiago Iradier comparaba los matices en las reseñas sobre el acto académico frustrado publicadas en los diferentes periódicos digitales.

El sarao en la universidad era el asunto estrella en las redacciones de los medios y en las tertulias radiotelevisadas, más por la cercanía electoral que por ser un suceso aislado, un hecho fortuito, noticiable por lo original. Los comicios de mayo —mes florido y hermoso si marzo fue airoso y abril lluvioso— rondaban la perspicacia informativa, el desvelo político y la conciencia de millones de electores

que con su voto decidirían el panorama futuro para el destino de nombres y proyectos.

Las llamadas nuevas formaciones políticas competían contra las tildadas de viejas, a las que vapuleaban por lo destacable negativo de su trayectoria, por la primacía en los parlamentos autonómicos, diputaciones, cabildos y consistorios, bien como solistas al obtener la mayoría absoluta de los sufragios bien en suma de coaligados que alcanzan la mitad más uno en el recuento de posiciones. Los nuevos se las prometían felices al cotejar las muchas encuestas que les otorgaban un ascenso espectacular en número de asientos legislativos, iniciado en las elecciones al parlamento europeo de 2014, y una simpatía generalizada en la valoración de los encuestados; los nuevos de la nueva política iban al alza, acaparaban ilusiones, mientras que los viejos de la vieja política cotizaban a la baja, caían en desuso; y ambos, los de antes y los de ahora, inspiraban recelos y sospechas en otros tantos electores al prestar oído al gua que lleva el río y al leer la letra pequeña que no aparecía en los programas electorales ni en los mítines de precampaña, siempre ruidosos, provocadores y agitados a la izquierda del espectro sociopolítico, para satisfacción de los revolucionados simpatizantes, siempre comedidos, centristas y formales a la derecha, para no pocas veces desespero de sus abnegados seguidores.

—Llamar nueva política a la reedición del marxismo-leninismo es una broma pesada.

—Una broma de mal gusto, y tan peligrosamente cierta como lo anterior, es la de saquear los fondos públicos para llenarse el bolsillo

—Ojalá la reedición y el saqueo, más las promesas incumplidas, sólo fueran bromas carnalescas en la otoñal noche de los difuntos.

Unas kermeses con temporizador, emplazadas en los nodos de la cuerda vibrante, festejaban bulliciosas y abigarradas la eclosión de populista oclocracia importada por vericuetos de los laboratorios de ensayo allende los mares, de los que ninguna confesión de actividad y resultado se obtenía públicamente, salvo para tejer cortinas de humo y por sus aspilleras disparar acusaciones a los interrogadores callejeros por ser unos insidiosos, injuriantes y calumniadores. En el extremo opuesto, a todo eso, la socialdemocracia con esa denominación de origen en las afueras y en los adentros trastabillaba y el centrismo ambivalente reformista, que había mostrado la puerta de salida de sus siglas a los patriarcas liberales y conservadores, pisaba huevos con la máxima de no romperlos, pero tampoco entregar el cesto lleno y vistoso en forma y color a la vertiente moderada de la nueva política que estiraba los brazos y la lengua con las expresiones perdidas de los diccionarios de uso y manual para asir las riendas del carruaje; pendientes de la vibración del suelo y de las grietas en el techo, con las paredes laterales cerrándose sobre la presa, los que durante décadas habían sido decisivos.

Quien más quien menos, de la necesidad hace virtud. Algo que es de una evidencia palmaria en la praxis de una política ajena, o en su defecto arrogantemente contestataria, a los reparos y a los sonrojos.

Gota a gota se va llenando el vaso, cosa que nadie ignora, y cuando se ha desbordado, porque la capacidad de admisión es limitada, y la de contención insuficiente, lo

que a todas luces resulta no es una simple mancha húmeda creciente ni un mero cerco residual, producto de un descuido, de la picardía en el sostenimiento del pulso, de un exceso tolerable, que desaparecen con el paso de una bayeta seca, limpia y absorbente, sino un hecho consumado por acción y por omisión; una realidad connivente con vocación de permanencia y, en ese juego de bienquistos tahúres —qué solo pretenden engañar a los espectadores de la partida—, el punto de partida para negociar futuros derrames. Sean crédulos o incrédulos, los espectadores de la partida se resignan finalmente a la dicotomía de elegir entre lo malo o lo peor, conociendo que lo mejor, que es lo más vendido a los compradores forzosos, suele ser enemigo de lo bueno, una aspiración inalcanzable en el idealizado mundo de los consensos. La subasta de opciones es muy limitada y pronto se agotan las existencias para la puja; entonces entran en concurso las soluciones de consenso, la última baza de la partida, y parece que con el canto de la componenda, extirpadas las estridencias de la agonía y el patetismo de la leyenda del cisne, no hay vencedores ni vencidos sino el establecimiento casi heroico de la armonía universal. Sin vencedores ni vencidos en el recuento de supervivientes, el fracaso vuela pesadamente hacia el individuo —la distorsión que mira con ojos empañados de contrasentido el crepúsculo de los dioses.

—Asociación de megalómanos y fanáticos —recordaba Santiago Iradier haber leído sobre el acusado carácter de la Internacional Situacionista.

—O de megalómanos fanáticos y viceversa. La actitud no excluye la conducta, ambas pueden complementarse perfectamente a nivel personal y de conjunto —matizó

Miguel Vayarte—; igual que pueden confundirse las fronteras entre territorios lindantes y el cariz de los sucesos con la propaganda.

—Y hasta la locura con la enajenación transitoria o el capricho. Depende de la evaluación.

—De la firma de los evaluadores.

Los sucesos del mayo francés en 1968 revelaron el papel instigador, pero subrepticio, y dirigente, absolutamente comprometido, de la Internacional Situacionista, tributaria de varios movimientos precursores, igualmente minoritarios y engréidos, también agrupados y afines con la ideología de la negación, de tal suerte que en su protesta fueron alumbrando los objetivos contra la sociedad en curso; a la sociedad de consumo, la sociedad de la tecnología, las sociedades vinculadas al comunismo y al capitalismo, les cupo el honor del señalamiento revolucionario. Declarada la guerra a la para ellos vieja sociedad, descalificaron sus componentes esenciales con profusión de epítetos que desde el sarcasmo, la inquina y el desprecio movían a la repulsa, a la interpretación adversa y al toque de difuntos.

El pasado era un cúmulo de errores que en la medida de lo posible había que rectificar, ¿cómo?, eliminando la historia, creando una historia universal *ex novo* a partir de utopías fracasadas y rebeliones frustradas, de filosofías delirantes y de un marxismo puro, atractivo en su propósito destructivo.

Crítica incisiva, áspera y rugidora de palabra y por escrito contra todas las formas de organización social y política incluidos sus líderes y adláteres, unas por adulteradas, otras por espurias. La eliminación de la historia se llevaba al sumidero a personas, ideas y cosas previas al nuevo pensamiento vital.

—Ha de pasar tiempo para alcanzar el punto de inflexión —anunció Miguel Vayarte—, momento en que los árboles dejan ver el bosque. Hoy lo estamos viviendo con los procesos judiciales por la corrupción económica en el ámbito de la política; mañana le llegará el turno de rendir cuentas al afán populista por conquistar los resortes del poder desde la que denominan y capitalizan protesta ciudadana, secuela fecunda, con amplia base social y mediática de aún corta fiscalización sobre sus promotores, de aquellas internacionales elitistas con el mismo anhelo revolucionario; pero menos inteligencia, tal vez porque, siendo un bien escaso, ya no se necesita en abundancia.

—Una derivada peculiar la de esta época —convino Santiago Iriarte.

El programa, que tocaba a su fin, había tratado de las indulgencias dispensadas por facciones políticas con responsabilidad de gobierno y por notorios creadores de opinión, en gran medida instados a ello, a los patrones de la nueva corriente subversiva, “del pueblo y para el pueblo”, prestadas a un interés desconocido.

Menudeaban las contradicciones y las paradojas entre el discurso y el acto.

—La cuestión de fondo es clásica y muy simple —dijo Miguel Vayarte: haz lo que digo y no lo que hago.

—Prohibidas las imitaciones.

—Y si lo que digo parece mentira o huele a engaño y lo que hago es aquello mismo, sino peor, que había denunciado como episodios inaceptables de corrupción, machismo, soberbia, trapicheo, menosprecio, especulación,

nepotismo y demás tratos de favor, en los terrenos acotados de la casta, ni caso; son maniobras para esparcir la porquería y enfangarlo todo para que cunda el descrédito.

—Dicho en Román paladino, dime de qué presumes y te diré de lo que careces y de lo que falseas.

En el epílogo de su programa, Santiago Iradier, a quien no importaba en exceso la enemistad gremial, enumeró una serie llamativa de contradicciones y paradojas de uso común entre los políticos y los comunicadores, lo que significaba su inmediata inclusión en el libro de estilo de las correcciones políticas y el muy recomendado cumplimiento en todos los dominios de la palabra.

Una respuesta emocional y estética: La experimentación cíclica

En la ruta madrileña de los cafés con palestra se movía como pez en el agua, esquivo y ágil pese a sus setenta y siete años, Octavio de la Serna, vocacional irredento, hombre perspicaz y aventurado, aunque sumido en discreciones trabajadas durante el largo viaje, observador de las naturalezas deducidas de su puesta en los mercados.

—Hola, Octavio. Me alegra verte —saludó Miguel Vayarte.

—Si esperamos más nos citamos en el cementerio recitando los versos del Tenorio.

Abrigado con un proverbial sentido del humor, “que en mi entrometimiento me sirve de precepto y báculo”, Octavio de la Serna pasaba desapercibido al entrar y salir de las salas de exposiciones y auditorios, ni qué decir en el “amalgamado urbanismo de la metrópoli donde las horas saltan de prisa a pausa y de ensayo a espectáculo y los sentidos no dan abasto discriminando injerencias”.

—Con el tiempo se descubre que lo criticable no puede ser diferente a lo que realmente es.

—Me voy dando cuenta —aceptó Miguel Vayarte el aforismo.

El crítico De la Serna era un hombre versado en semejanzas y proporciones, con reputación de estudioso de la pintura de todas las épocas y del arte en general, “porque no hay que desligar lo que aparece unido al contemplarlo”, había escrito la *Breve historia sólo con palabras de las vanguardias artísticas del siglo XX*, entre otros estudios

sobre la inagotable interpretación de las expresiones artísticas. Su agudeza con desapego y juicio independiente le otorgaba un halo de enviado místico que no suscita afectos, extremo que le traía sin cuidado

—En los años veinte, los felices y temerarios veinte del siglo que nos ha depositado a ti y a mí en esta trifulca de sarcasmos —recordaba Octavio de la Serna—, dos corrientes tan poderosas como la negación y la destrucción, echadas a correr mundo traviesa, dominan la creación artística y pretenden durar en la hegemonía apoltronadas en contradicciones. Que no es un método baladí para perpetuarse sacando partido.

—Un medio de producción rentable.

Sonaban los pasos de la multitud en receso de almuerzo por los cruces de la ciudad estratificada, apresurados los más, distraídos los menos pero, debido a su impopularidad, en ocasiones obstáculo y concurso de reproche mas-cullado, con atractivo para configurar un relato de la cosa ajena en el diálogo de los paseantes por las aceras del Prado y Recoletos dirección al *Café El Espejo*, en cuyo pabellón, un día nevado de crudo invierno, se presentaron para hablar, comiendo entre mármoles, maderas y cristales, de artes y de ciencias sociales, acompañados por sendas discretas figuras de la pintura y el análisis político en pugna con el imperativo de la promoción. Una anécdota.

La amistad nació libre y siguió a su aire, prolongada sin esfuerzo como una conversación interesante que surge al hilo de otra.

—Decían los genuinos revolucionarios de la Internacional Letrista, con los que me entretuve a ratos en sus feudos parisinos, cosa que ya sabes porque al menos te he contado esa experiencia dos veces —apuntó Octavio de la Serna—

, que nada contendría la producción, ni siquiera los límites que marcara el control social, pero que había que transformarla con los medios que vencieran en la lucha por el poder a la derecha y a la izquierda del meridiano cero.

Miguel Vayarte le había citado para incluirlo en la nómina de colaboradores a tiempo y asunto mutuamente elegido.

—¿Por ejemplo? Nos facilitaremos el compromiso si me das el pie y por instinto, más que por fidelidad canina, lo sigo. Seguro que tienes en mente lo que de mí esperas.

—He pensado que podríamos abordar la estética y el ocio.

—¿Desde la perspectiva artística?

—Quizá el arte como excusa —concretó Miguel Vayarte.

—Vale.

—Y la anticipación cultural o contracultural de los fenómenos sociales.

—Una retrospectiva que nos lleve de aquellos polvos a estos lodos disparados con la flecha del tiempo. Bien.

No hay nada nuevo bajo el sol, suspiró Octavio de la Serna recreándose en la visión de su plato. Después de oler y gustar, acudió a su memoria y contó que por aquel entonces parisino, bañado en las traviesas olas del *dadá* pronunciado en el *Cabaret Voltaire* de Zúrich, los manifiestos letristas anunciaban el fin de la sociedad conocida fundamentada en el trabajo y las mercancías a causa de la irrupción tecnológica, que regalaría mucho tiempo libre, una novedad abrumadora para el ser humano, que había que rellenar con actividades; la tecnología sería el detonante de una revolución protagonizada por el ocio. Ergo, se ave-

cinaba un cambio extraordinario, impensable hasta la segunda mitad del siglo XX, que de la noche a la mañana, penetrando en la cotidianidad con astucia y sigilo, implantaría una civilización.

—El futuro hablaría de una civilización, la civilización del ocio, y no, simplemente, de una sociedad, la sociedad del ocio; concepto éste menos perdurable y más domeñable que el altisonante aquél.

A esa civilización del ocio a la vuelta de la esquina no habría mecanismo de alienación capaz de someterla. Era evidente su beneficio y su peligrosidad. El beneficio requería de un dominio del ocio que no le diluyera la esencia ni la influencia sobre la masa usuaria de su tiempo libre, auspiciado por una decisión superior ofertante de alternativas condicionadas; el peligro para los promotores de la revolución derivaba de la insolencia altiva de algunos grupos rebeldes que llevados de sus ímpetus apreciaran entre los destellos dorados de la civilización del ocio los muros de una cárcel, y, también, llegado por el camino opuesto, haciendo bueno lo de que los extremos se tocan, una demanda de libertad tal que ningún orden social registrado en el libro de actas de la historia pudiera satisfacer.

—Los revolucionarios temen la rebelión, por eso los disidentes son eliminados del mapa. La revolución tiene sus normas de funcionamiento y sus exclusiones, dos gallos son demasiados en un mismo gallinero. Una cosa es crear la necesidad, algo factible y supeditado a renovación, y otra dominarla día a día, año tras año. Este sueño de dominio imperecedero sobre la necesidad provocada en la sociedad es un hecho estético enmarcado por una utopía.

El campo de la utopía es la vida cotidiana de cualquier persona que crea en ella. Para creer sólo hace falta disposición. Los ideólogos de la utopía parten de la premisa credulidad para convencer de la premisa establecimiento a los habitantes censados dentro de los límites de una tierra dada, y se sustentan en dos ejes de rotación, el que impide comparar formas de vida, expectativas y logros personales y conjuntos y el que alienta a confiar en un futuro idílico del que se espera redima el presente. La utopía domina el tiempo y el espacio en cada ser y cada objeto.

—Sabido es que la impaciencia es contagiosa y que cunde igual que el pánico, poniendo en riesgo todo gran proyecto erigido con humo y promesas. Para evitar el desastre y confundir las sombras con las luces, la regulación del nivel de tolerancia oficial se adjudicó al arte y a la propagación del ocio. Iniciativas retomadas por los situacionistas al destronar a los letristas.

El mundo ideado para la humanidad ignorante de su destino giraba en torno a situaciones provisionales, vividas intensamente durante un breve espacio de tiempo y sublimadas por una declaración de belleza formal escrita, pintada, erigida y de continuo enfatizada con la mixtura plástica y la propaganda ingeniosa. Las obras literarias, los cuadros y la arquitectura debían mostrarse fidedignamente reproducidos en los rostros de los transeúntes urbanos, los lectores de las noticias ciudadanas y los espectadores de la ciudad, pero no como reflejo de lo ya hecho sino como anticipo de lo que iba a modelarse, el urbanismo, los cuerpos, las emociones; cada cual viviría en su paraíso o en su infierno contenido en las páginas, los diseños y los lienzos que permanecían en blanco a lo largo y ancho de la ciudad, aguardando a su morador; el arte sería recorrido y hablado.

En el ideario de la Internacional Letrista constaba que había que construir para derribar, y que en el mundo habitable de la utopía, constreñido a la ciudad única, reluctantemente, había que suprimir el tránsito de mercaderías para que el tiempo circulara sin obstáculos.

—En la utopía lo admisible es pasar el tiempo de la mano del ocio. Este es mi resumen —concluyó Octavio de la Serna—. Ahora es el turno de los postres.

—No hay festín sin postre.

—Ni mito reñido con la ciencia.

—Los nuevos mitos tampoco casan con la ciencia actualizada. En todas las épocas los mitos y las leyendas chocan con la racionalidad científica —dijo Miguel Vayarte—. Las sociedades antiguas, de las que rescatamos vestigios comprensibles para explicar nuestro modo de vida actual, circunscribían su desarrollo y permanencia en torno a unas cuantas verdades absolutas y una simbología mítica de sostenimiento. ¿Hay diferencia con el inmediato ayer de las vanguardias o con el hoy del Ave Fénix renacido y del sincretismo político?

—Las diferencias son únicamente de rastro —señaló Octavio de la Serna—; es decir, del resto material investigable que tras la polvareda arrastra la caída del mito y el tratamiento disectivo de la leyenda. En cuanto a la actividad sincrética de los ríos que en su curso bajo van a confluír al mar de la absorción, mejor pronuncia tú el panegírico, la diatriba o el responso, que en la edad provectora los contagios son fatales. La última fiebre la pasé hace por lo menos dos décadas, y aún rezuma te confieso. Pero como esto no hay médico que lo cure, me doy al olvido con una prescripción de lecciones de futuro.

—¿Sobre la próxima civilización?

—Me da en la nariz que la próxima civilización ya está infiltrada, pero no acaba de eclosionar en el presente, por lo que aún continuamos esperando su llegada y sus efectos para bien y para mal. En realidad medio mundo, y seguramente me quedo corto al cuantificar a mis semejantes, discurre por la vida en círculos a la espera de un suceso extraordinario que le libere de una existencia anodina trazada por las rutinas y que le salve de las penalidades y del amorfismo, mitigada la natural impaciencia con síntesis de leyendas y potentes vacunas de ocio.

—Has definido la próxima civilización —saludó Miguel Vayarte—, esa que se ha perfilado en la tecnología de la comunicación y en el culto a las alternativas emocionales y estéticas.

Octavio de la Serna rindió tributo de conformidad al paisaje acristalado. Los armoniosos compases de la primavera creciente posaban una deliciosa calidez, efímera e intensa como cualquier momento vivido, en su avisada trayectoria. Consciente y egoísta, se dejaba querer por una sensación que a menudo, con distinta suerte, cuerpo y alma reclaman.

—Intento explicarme la estructura de la cuestión revolucionaria, para la que el ocio y el control del tiempo son armas de calibre muy superior a la minusvalorada ideología. —Propuso unos segundos de homenaje póstumo a la veterana herramienta de prosperidad y acicate de la supervivencia evolutiva: el trabajo—. Destituido el trabajo, qué otra actividad gratificante y retributiva lo sustituirá en la aversión de los humanos a obligaciones y deberes.

—El ocio actuará cual maestro de ceremonias en la gala de los efugios.

—El ocio tampoco es inmortal aunque vista de entre-tiempo.

De regreso al anverso del mundo, con el paso grave y cauteloso en las travesías agitadas de la ciudad, el viejo crítico se preguntaba por qué la asimilación era preferible a la originalidad.

—Porque la originalidad es caduca, nace y muere, a veces con dignidad y honores —respondió Miguel Vayarte atento con el oído cercano al canto pajaril del semáforo.

—Era una pregunta retórica, una de tantas que insistentemente me formuló sin afán de respuesta. Es una manía de viejo, profesor Vayarte, que si me pongo a pensar la situo en mi época de estudiante de colegio, instituto y universidad, en el que fuera andamio de mi periplo revolucionario individual. Yo también hice mis pinitos revolucionarios, vaya que sí, aunque nunca alardeé de incendiario ni de apagafuegos; lo mío era, y es, la revolución letrada del curioso impenitente, dale que te pego al estudio y la comparación para ganar las duras oposiciones a la autosuficiencia de mínimos. ¿Lo he logrado? Júzgueme la historia.

Octavio de la Serna aún caminaba el trecho largo de las distancias conocidas, bastón en ristre “por si acaso los vaivenes acuerdan con la gravedad un descendimiento a la ase de la pirámide”, con la mirada en derredor. Recordaba con pericia, habiendo instruido su capacidad de sorpresa en las mismas aulas que la de discernimiento “es tan evidente como una llama sacudida en la oscuridad de una luz recién apagada que volverá a encenderse cuando los ojos apunten en el sentido contrario”. Su revolución se mostró rebelde ante las revoluciones encadenadas, asistiendo como espectador y cronista a esas manifestaciones, en algunos mo-

mentos espontáneas, de las culturas atropelladas por expresiones artísticas en litigio contra sí mismas, precipitadas a la demolición sañuda y paulatina desde 1952 a 1968, desbordantes de metáforas y dobleces; luego, encauzadas las torrenteras a la manera de las soluciones concertadas, perdió a propósito el tren de la concomitancia, ya tenía suficiente relato para escribir las secuelas con guiones anticipando las crisis, los túneles y las carreras. Había entendido que la travesía de las vanguardias no cesaba, el objetivo de los promotores de cada una de las tendencias era llegar y al instante siguiente pasar, forzando ese viaje breve sobre la deslizante pasarela de la fama, asistida por focos y altavoces, para admirar su destrucción y con los estertores del fracaso el parto de la criatura heredera; y así sucesivamente.

Miguel Vayarte escuchaba la memoria de esos acontecimientos con significado propio mientras restallaba la iracundia palabrera de los actores de reparto ensayando su papel en el teatro de calle.

—Hay que tener pensamiento histórico para no transmutarse en cobayas —pronunció secamente.

Se acercaba la hora de la visita a la exposición.

La inspirada conjunción de modistas, cocine- ros y el tren de las trece veinticinco

El último domingo de abril de 2013, en una tarde que trascendió a la noche cernida por chubascos intermitentes, Lara y Jorge acudieron a la clausura de la exposición *Sorrolla, jardines de luz*, en el hogar museo del artista valenciano en Madrid, con las entradas que ella había comprado con prudente antelación y secreto. La visita revestía un especial atractivo, era todo un acontecimiento para los devotos de la pintura y la música al unir en el mismo acto un concierto exclusivo con obras de su paisano y tocayo maestro Rodrigo, organizado por la fundación Joaquín Sorrolla y la Fundación Victoria y Joaquín Rodrigo. Lara quiso que fuera un regalo para Jorge, notoriamente impresionado al conocer la noticia, que por aquel entonces andaba muy atareado con obligaciones prosaicas, las que más condicionan y agotan cualquier vida, y con el espíritu evadido por razones de su incumbencia; un regalo personal quiso ella hacerle, cuidadosamente pensado, esmeradamente dedicado, y él así lo entendió.

Al día siguiente de la memorable jornada Lara escribió sus impresiones de manera sucinta, luminosa y enfática, con la satisfacción impresa en cada una de las cinco palabras: *Le ha fascinado mi regalo*. Dos años después, al filo de la madrugada, releía con placer la síntesis de su feliz iniciativa que había propiciado uno de los mejores momentos compartidos, uno de los grandes momentos en la peculiar relación que mantenían.

Apartó unos centímetros el cuaderno abierto por la frase de pulcra caligrafía y suspiró, entrecerrados los párpados. Sólo un suspiro sin adjetivo. A su lado, volandera, perspicaz y un tanto impertinente, Lena curioseaba los párrafos que asomaban retozones entre las manos con largos dedos de su creadora.

“No tengo nada que ocultarte, pícara.”

Su relato en nada se asemejaba, según ella, a un diario o a una retahíla de deseos expuesta a modo de demanda cuya lectura, sujeta a emociones de circunstancia, activaba el mecanismo de la posibilidad.

“Ni nada que ocultarme.”

Pero su técnica narrativa, a ojos cedidos de Lena, se asimilaba a la utilizada para escribir un diario donde recoger momentos y sus correspondientes sensaciones, exactamente eso; aunque también, aceptó Lena, con su estilo fluctuante sometido a exigencias anímicas, la autora, narradora omnisciente con más de medio cuerpo expuesto a la identificación, quisiera intercambiar procedencias y papeles de la primera y tercera persona del singular.

“Sí, fisgona. Yo en todas y en ninguna parte. Escribir no es lo mío, pero me esfuerzo.”

Era justo reconocerlo, había confundido el ser y el tener.

“En cambio, contigo he dado en el clavo.”

Con Lena estaba segura, lo estuvo desde el principio, había acertado en todas sus facetas de mujer. Lena, su obra magna, la efigie de porte inusual dentro de un halo para evitar contaminaciones tóxicas, superaba con creces el cliché de la figura presagiada de seducción e insinuada a inmediatos anhelos, y aventajaba a la rémora de especulaciones sobre el significado de la condición femenina en una sociedad tambaleante por la impetuosa concurrencia

de acepciones expelidas por concertados significantes de ambos sexos. Junto a su creación —que se llamaba como su padre quiso bautizarla a ella, Lena, Elena, pero las deliberaciones oportunas en tono conyugal sosegado impusieron la admiración de su madre por el personaje de Lara, Larisa, en la película *Doctor Zhivago*, basada en la novela homónima de Boris Pasternak, de la que guardaba un recuerdo imperecedero y a la que rendía devoción periódicamente—, Lara modelaba una seguridad compuesta de añadidos tras los descartes. Al cabo de varios experimentos con resultados dispares, grabados a fuego y con detalle en su cabeza, lograba ponerse de acuerdo consigo misma para actuar con equilibrio y determinación, dos sustantivos compatibles, al pensar, al hablar y al obrar. Este acuerdo de máximos, celebrado en privado cada ocasión que lo merecía, le facilitaba algo tan elemental como quitar y poner, pasar y esperar y, por encima de las nubes bajas, elegir, saber qué elegir y apostar a esa elección.

Jorge repetía a menudo desde su convencimiento que el principal sentido de la vida era elegir.

—Vayarte me ha invitado a participar en su programa.

—¡Eso es magnífico, Jorge!

—Me siento muy honrado.

—¡Cuánto me alegro!

Aún no habían establecido los contenidos ni la fecha de emisión, asuntos que tratarían en su próxima reunión.

—Pronto nos veremos, entonces quedará todo decidido.

Al teléfono, Lara sentía una emoción pareja a la que Jorge le transmitía.

—¿De qué vas a hablar? Oye, esta es una gran oportunidad para ti. ¿Puedes anticipármelo?

—Lo estoy pensando.

—¿No tienes alguna idea? Te conozco. Es imposible que no se te hayan agolpado varios temas y ahora estés buscando la manera de imbricarlos... ¿lo he dicho bien?, porque el uno te lleva al otro y la conclusión del primero al último es pertinente con el enunciado.

—Has acertado. En este momento me debato con mis dilemas.

—Otra vez.

—Sí, otra vez. ¿Nos vemos?

En la *Heladería La Cumbre* a las catorce y quince.

Jorge paseaba las amplias aceras a la hora en punto, acariciado por una temperatura agradable, esperando que ella apareciera en coche o andando por una de las dos avenidas que desembocan en la rotonda. Lara no se retrasó y pasados cinco minutos, absorbida por el tráfico peatonal y rodado en el ínterin de la comida, recorría la exigua distancia entre su aparcamiento —había encontrado un hueco apto para las dimensiones de su vehículo en las inmediaciones— y el motivo de la cita.

—¿Aquí fuera?

—Vale.

Pidieron su consumición y ella le abordó con la vieja pregunta.

—¿Ya tienes tan claro el tema del programa como tu indefectible plato de bacalao y la copa de helado de mandarina con higos?

—No voy a precipitarme hasta que lo hable con Vayarte. Le debo esa deferencia, y quiero asegurar el tiro no sea que mi propuesta esté cogida por otro invitado. Claro

que si le gustó mi teoría sobre la venganza de los derrotados, podría continuar en esa línea y enlazarla con el discurso que justifica las acciones puestas en marcha y las venideras.

—El discurso de la movilización para derruir el edificio constitucional. ¿Es así la frase, verdad?

Jorge asintió. Los paralogismos, los sofismas y las llamadas a preguntas inconvenientes que subyacían en los pregones voceados con cámaras y micrófonos, se escuchaban reproducidos puntualmente en todos los medios de comunicación al menos desde hacía un lustro.

—Con ese discurso impregnado de odio, dirigido a las vísceras y a la oportunidad de apropiación rápida y duradera, se pretende la sustitución del parlamentarismo, que es la práctica de las democracias liberales, el enemigo a batir, por la actividad asamblearia organizada en círculos concéntricos prefijados, dimanando del poder único e inabordable, un comité central a la rehabilitada usanza soviética, y la usurpación de los espacios públicos a la ciudadanía no significada con el embate ideológico.

Lara resumió la puesta en escena con otras cinco palabras.

—O conmigo o contra mí.

—Una sentencia tan vieja como el interés por adueñarse del mundo.

—Hay facetas humanas que no caducan —ironizó ella.

Jorge Alonso quería incluir en la conversación con Miguel Vayarte para elegir monográfico el tema de los discursos.

—Quizá sea excesivo —le planteó a Lara requiriendo su opinión.

—Dime cuál es tu enfoque —le pidió ella.

—El de Aristóteles en su *Retórica*.

Para Aristóteles un buen discurso debía reunir a la palabra razonada, *logos*, a la palabra emotiva, *pathos*, y a la palabra que caracteriza y regula, *ethos*; la armonización en el discurso de estas tres dimensiones de la palabra conformaba el modo en el que se persuadía al auditorio.

—En resumen, según lo entiendo, para persuadir hay que tocar la fibra sensible y a continuación las otras dos teclas; como ahora, como siempre.

—Pues sí, pienso lo mismo —convino Jorge.

La persuasión en la época clásica tenía la consideración de arte y se practicaba en detrimento de la demostración que conducía a la certeza, que aun siendo el aspecto de mayor relevancia quedaba relegado a un segundo término puesto que, en definitiva, la verdad de lo dicho se sacrificaba en aras de la aceptación de lo que se ha dicho.

—Créeme a mí por encima de todo que yo sé de qué va la cosa y tú sin mí estás perdido en la tierra de nadie —soltó de corrido Lara—. Tan simple y actual como eso.

—La persuasión, antes y ahora, es un medio de calado, de eficacia probada y responsabilidad mínima para obtener un fin.

—¿Y cuál es la contrapartida?

Jorge Alonso le respondió que en un conflicto entre artes, el de la disuasión servía para promover el cambio de opinión en el antaño convencido de las bondades persuasivas, induciéndole a que desistiera de dar su apoyo activo o pasivo a quien terminará pagando el favor con un engaño.

Paseando los minutos previos a la despedida, Lara le dijo que se iba con Celia a Valladolid.

—Nos ha salido una clienta que quiere implantar un estilo de vestir. Por lo que me ha enseñado Celia creo que puede abrirse hueco en el mercado, la idea es original y el diseño bonito.

—¿Te ha gustado esa ropa? ¿La comprarías para ti? ¿La regalarías?

—Ropa y complementos. Sí a las tres preguntas.

—Yo veo similitudes entre las palabras y las prendas de vestir —señaló Jorge con aire reflexivo—. Unas y otras nos diferencian y nos definen, muestran el carácter de cada uno, las influencias recibidas y las que se exportan libres de aranceles, y su vinculación de reproche o afinidad con el entorno.

La clienta, que tenía la edad de Lara y sobrada experiencia como modista y diseñadora por cuenta ajena, invertía su resto patrimonial en la expresividad de las palabras y la elegancia de sus creaciones, literatura e imagen distintivas con la marca registrada. Su actitud emprendedora también había convencido a Celia.

Transcurridos unos segundos de cómodo silencio, Jorge le cogió el brazo apretando cariñosamente.

—Has acertado, Lara.

Le gustaría convencerse de ello, pero todavía revoloteaban alteradas dudas en su ánimo.

—Hoy por hoy me siento bien.

Era estrictamente cierto.

¿Quién tiene miedo?

Celia Solís aseguraba que sólo temía a la enfermedad y a la traición. El enemigo nunca decepciona, sabes lo que hará si puede o le dejas, decía y cerraba los canales con el

suministro diario de información general. Por su parte María Bosque, la clienta de Valladolid, que era igualmente resuelta y perseverante, con la que hizo buenas migas en seguida, declaraba que a ella tampoco le intimidaba nadie ni le arredraba nada de lo que pudiera zafarse.

—Lo que tengo me lo he ganado a pulso.

Coincidieron en su desprecio a las ayudas políticas y a los empleados públicos prescindibles.

—Soy muy trabajadora, independiente, responsable y activa.

Ningún perfeccionador, maquinista y engrasador de ideología totalitaria, abonado con dinero del contribuyente, puesto a calificar actitudes y a conceder visados de utilidad a ojo y carné, exento de vigilancia administrativa, les arrebataría lo que era suyo. Si alguien pretendía cambiarles la vida en la forma y en el fondo se encontraría con la horma de su zapato.

—Cuando se tiene una idea brillante no hay tiempo que perder. La competencia ve, oye y vuela —aconsejó Celia.

El acuerdo lo rubricaron en Madrid brindando por el éxito de las iniciativas personales.

La agenda de Lara escribía un titular goloso para el jueves siete de mayo: *Certamen de moda y gastronomía en Valladolid con presencia de radio y TV.*

Había quedado con Celia a las once de la mañana en la estación de Chamartín, cada una ya con su billete en la mano; el de Lara de ida y vuelta, únicamente de ida el de Celia.

Me voy unos días a Valladolid. De jueves a lunes por la mañana. Celia regresaría a Madrid el domingo en coche

con su marido e hijos tras pasar el fin de semana juntos. *Me conviene un cambio de aires.*

Tirando de su maleta con ruedas caminó pendiente abajo, entre la acera estrecha y concurrida de peatones y la calzada con poco tráfico, hasta la estación de cercanías de Aravaca, andén 1. A las diez y veinte subía al tren y en treinta minutos bajaba en Chamartín, andén 9, y se dirigió a la tienda *Relay* en cuyo escaparate lateral, enfrente de una demostración de productos de belleza, asomaban tentadoras varias guías de viaje. Allí se encontró con Celia que acababa de comprar dos revistas.

—¿Has desayunado? Hoy tendremos poco tiempo para comer. —Un refuerzo nutritivo antes de la salida del tren le venía bien a Lara—. Me gustan las estaciones de tren, para mí tienen mucho encanto.

Celia Solís había viajado mucho en tren desde su mayoría de edad, por placer y negocio, sola y acompañada, y de cada estación, grande y por lo menos dos veces visitada, tenía confeccionado un mapa con sus preferencias.

—En las estaciones pequeñas, que no disponen de competencia en los servicios al viajero, una cafetería-restaurante, una tienda de regalos, un kiosco, la alternativa es entrar o no entrar.

El esto o lo otro, porque no hay más, es un estado de cosas que pone fácil la elección, se dijo Lara.

Y gracias a la casualidad —una de las rumbosas hijas de la fortuna— lo puso en práctica mientras esperaba en la estación de Valladolid-Campo Grande la salida del tren de las trece veinticinco con destino Madrid-Chamartín.

La presentación de la línea de ropa y complementos de María Bosque había concitado interés en el público asistente y la buena crítica durante el acto de pasarela y más tarde, con la degustación de apetitosas artesanías locales, en los corrillos improvisados, echada la casa por la ventana en las dos succulentas partes. Su iniciativa y el asesoramiento profesional para el lanzamiento debían procurarle un futuro boyante. Ella estuvo conforme con las acciones que Celia le propuso y visto el resultado se incrementaron su satisfacción y expectativas; ahora había que promocionarse y conseguir puntos de venta distantes y estratégicos; Lara dijo que hablaría con su amiga Maravillas Infante para que le proporcionara sus contactos en tiendas de Madrid. Cuando el viento sopla de cola hay que aprovecharlo.

El lunes, camino de la estación por la Acera de Recoletos, calificaba su estancia en la ciudad del Pisuerga de instructiva y variada. Esos cuatro días pletóricos de trabajo, estudio y paladar le cundieron mucho, y desde su tránsito en solitario —estuvo a un tris de pedirle a Jorge que se le uniera el fin de semana, “¿por qué me he callado?”, “¿a quién culpo?”, “¿es esto lo que quiero?”, “¿de qué me quejo?”—, a su aire, colmada de energía, le motivaban para seguir con su vida como hasta entonces o para cambiar sin titubeos si alguna vez decidía ponerse por su cuenta, algo que no contemplaba estando al lado de Celia, de cuya dependencia obtenía el tanpreciado bien de la tranquilidad —el horizonte de Jorge Alonso que él mismo calificaba de quimera, pero al que jamás renunciaría—, prometiéndose que en esa circunstancia, o en otra pareja, ella tampoco miraría atrás ni ahorraría esfuerzo para alcanzar su nueva meta.

Con tiempo para ir andando había salido del hotel y llegado al vestíbulo de la estación. Compró una revista de historia y un paquete de chicles con sabor a fresa, y a falta de media hora larga para la llamada por megafonía al control de acceso a su tren se dirigió pasillo adelante a la cafetería, concurrida de viajeros pidiendo bocadillos, raciones y zumos, apegados a sus equipajes. Todas las mesas estaban ocupadas y en la barra los huecos con cabida holgada, para no chocar los codos, eran intermitentes. En el vértice del ángulo recto de color blanco apareció un claro con anchura de estacionamiento, y dos palmos hacia el interior la efigie de un personaje visible esporádicamente en televisión y fotografías que no concitaba fama popular, pero que Lara tenía grabado en su memoria.

“Es él.”

Miguel Vayarte regresaba a Madrid después de participar como profesor invitado en unas jornadas lectivas para el máster sobre *Metodología de Investigación en Ciencias Sociales, Jurídicas y Humanidades* en la Universidad Europea Miguel de Cervantes, y aprovechar el fin de semana para vivir lo mismo que ella.

“Espero que no le moleste.”

Para unir la ficción con la realidad sólo tenía que elegir la forma protocolaria de abordarlo, y dudaba entre el tratamiento convencional, señor Vayarte; el clásico, don Miguel; o el apresurado, caído del cielo, disculpe, ¿es usted...?, qué sorpresa encontrarlo aquí, le sigo hace años.

—Profesor Vayarte... —Se volvió hacia la voz educada—. Me llamo Lena Norklig.

Némine discrepante

Hedía a encerrona por todos los poros. Supo lo que le esperaba desde que recibiera la meliflua llamada para invitarle al plató en horario de máxima audiencia. Había sido seleccionado para el festín, y a pesar de lo imaginable era un honor el que se hubieran acordado de él. Aceptó. “Qué es la vida sin riesgo, declama el vate errabundo, un lujo inalcanzable.” De vez en cuando, con permiso del ánimo y si la salud no lo impide, conviene involucrarse en las cocinas del enemigo —huelgan los eufemismos para definir el estado de la cuestión— con el propósito bien a las claras de arrumbar a fuerza de argumento el andamiaje propagandístico, sentando cátedra en primera fila y en primer plano, abrigado con un grueso manto de documentación irrefutable contra la tormenta de improperios rebozados de acusación. Una asechanza que, a cambio de la confrontación desigual, da voz y calla bocas.

La campaña electoral por fin sustituía en el calendario a la eternizada precampaña —largos meses de discurso explosivo activado por detonadores—, la oficiosa disputa entre proyectos y personalismos antes de que las votaciones situaran a los candidatos en la mayoría absoluta, en la minoría concertante o en el pacto de perdedores; cada uno de los resultados con un encumbramiento distinto. La política de partidos concede grandes opciones de maniobra en las mesas de juego.

—¿Sabes dónde te metes? —Era una pregunta retórica—. ¿Qué necesidad tienes? —Era un asomo de temor, probablemente justificado—. Puedes ganar poco y perder

mucho —Era una suposición ciertamente lógica—. Digas lo que digas, demuestrés lo que demuestrés, será como predicar en el desierto.

Miguel Vayarte estaba decidido a participar en el espectáculo con los pies en la arena del circo y la frente erguida hacia la tribuna de los espectadores.

—Soy un elegido por los creadores de opinión, ¿acaso no es un privilegio? —se regocijaba abstraído con los preparativos de la función—. Estoy en la lista de elementos perturbadores. Van a probar mi blindaje en directo, ¿quién arriesga más, la víctima o el ejecutor?

—Estás en la nómina de los muñecos del pimpampum. Serás un candil para afinar la puntería de la turbamulta al salir a la calle. Hoy esos que te asaltarán física y virtualmente no te conocen, aunque tú a ellos los presentas, porque sólo se alimentan de productos envasados con denominación de procedencia, pero el día después... ¿ya hay fecha?... tu imagen correrá por los disparaderos.

—Hace tiempo que soy un objetivo a batir, uno de tantos y no de los principales. Y en el futuro aún será peor si el sentido común no lo remedia, y no me refiero a mí precisamente, que soy una pieza menor, un simple abogado de víctimas sin título homologado y uno de esos liberales que no encuentra puerta a la que llamar en demanda de representación parlamentaria. Mi sombra es corta, delgada, su única virtud es la insistencia y ello gracias a esos altavoces prestados. ¿Me pedís que yo también me ponga de perfil?

—No.

—He sentido el peligro antes y ahora lo tengo encima, no es solamente una percepción. Si puedo miraré a los ojos

del espanto atemorizador y le traspasaré el miedo. ¿Sueno convincente?

Asistiría en calidad de analista social —un papel estrecho, condicionado a la deriva del programa— a una ampulosa idealización de palabras antiguas, de conceptos arrumbados y de estructuras derruidas por el abandono y la corrosión afectando los materiales. Voces abigarradas, sintonizadas en el disimulo, crecientes y obsesivas, pretenderían transformar la realidad en leyenda y la una, el mito del hombre legendario, en la otra, su reencarnación en el ídolo político de la masa apolítica, según conviniera, dinamizando —¿dinamitando?— el debate. Las declaraciones acerca de todo lo divino y lo humano, expresadas desde un conocimiento infinito al margen del tiempo y las humanas circunstancias, fuente incontrovertible de sabiduría popular y modelo de organización, atronarían cuantiosas y extensas, apelando a una racionalidad que una pródiga audiencia, entonces, crédula y enfervorizada, donaba en aras a una rentabilidad a corto plazo cual se le había prometido por el conducto de los comunicados.

—Sí. Y a estas alturas no te queda otra que serlo y parecerlo, como la mujer del César.

—Por supuesto. Ya que estoy dentro, conducido al omnímodo aparato de difusión, no voy a desaprovechar la oportunidad. No sé si habrá otra, puesto que no depende de mí.

En las campañas electorales proliferan las vociferaciones, implícitas en los oradores que desestiman la conquista de la inteligencia, y las mentiras, que se admiten por todos los contendientes a los preciados asientos del escalafón político y luego, si la exigencia de unos electores airados lo impone, justifican ante ellos con la boca chica y mil y

una excusas peregrinas, recurrentes, burlescas, desprecia-
tivas en la forma y huecas en el fondo, para capear un tem-
poral que ladra más que muerde; resignación, damas y ca-
balleros, la componenda tiene cuatro ases en la manga y
quizá a ustedes, dicho sea para suavizar el escozor, no les
han agitado las neuronas con trepidaciones arrimadas a los
seísmos, porque los mítines adjudicados al grito recuerdan
a la masa excitada que los aclamados transgresores, ora
histéricos ora histriones, los toman por animales de carga
a los que se azuza y excita en su celo violento con intermi-
tencias de palo y zanahoria y la promesa de todo tipo de
venganzas y donaciones materiales al mejor postor. En la
pelea política a cara de predador y garras de carroñero, la
mentira es un arma de propaganda y un reclamo para la
movilización, y el grito que detona en el ágora y en el foro,
aglutinador de voluntades prestas al mesianismo, significa
la exacerbación de los bajos instintos a un tropel cauteri-
zado por un incendio pasional en el que no importa el men-
saje sino la enfatización del eslogan, la frase corta y el
compromiso; impetuoso, iracundo, embridado por las fu-
rias —Alecto, Tisífone y Megara—, que lo han gestado, el
discurso del odio cabalga el yermo proclive a fijar la huella
devastadora de psicópatas y biliosos con cuentas pendien-
tes arrastradas por su soberbia.

—Valga o no la pena, que eso está por ver, te apoyamos.
Alguien debe levantar la cabeza y manifestarse en
desacuerdo contra el plan puesto en marcha en las cloacas.
Suma y sigue, pega duro, las medias tintas son el síntoma
abominable de la próxima rendición.

—Gracias, hijos. Tomároslo con calma; si a mí no me
afecta lo que se desparrame, a vosotros tampoco, ni caso.

Quedaros con la parte positiva de la escenificación y no os sentiréis defraudados.

“No nos decepciones.” A solas y envuelto por un silencio reflexivo, Miguel Vayarte escuchaba nítidamente en los oídos ese ruego anónimo que tantos aires surcaba huérfano de controlador y sin encontrar pista de aterrizaje.

El quiosquero es una fuente actualizada de noticias y un cauce ancho para los rumores.

—Buenos días, Germán.

—Buenos días, profesor.

El quiosco de Germán y de su mujer Charo, ubicado en una buena zona de paso, tenía los meses contados después de soportar inclemencias atmosféricas e impertinencias humanas durante décadas. Le llegaba la hora al matrimonio y su medio de vida de abandonar la acera —que el imperativo urbanístico municipal tenía previsto remodelar— para acomodarse en un local cercano, ni viejo ni nuevo, de espacio y alquiler asequibles para la necesidad, si quería continuar en la brega del negocio todavía a distancia de la jubilación.

—Mucho, lo que se dice mucho para liar el petate del hasta aquí lo que se daba no nos queda —explicaba Germán a quien le preguntara por su futuro laboral conocido el traslado forzoso—. Los cambios a estas edades y con la raíz tan profunda cuestan de asimilar, a qué engañarnos, se sienten con un peso de nostalgia y debilidad, que las dos cosas se juntan para lastrar las idas aunque sean aquí al lado. —Miguel Vayarte llevaba años dándole carrete, poniéndose al día con Germán, y esporádicamente con Charo, del mundanal ruido impreso y hablado en la calle y

en los radiorreceptores de tamaño bolsillo; sin apearce nunca el tratamiento.

Germán y Charo no ocultaban el temor a la incertidumbre, por vago que fuera en el momento de coger los bártulos y si te he visto no me acuerdo; porque la única seguridad de la que podían fiarse era que no había vuelta atrás en el plazo de salida.

—Hay que afrontar las situaciones con responsabilidad y determinación, las que nos imponemos tanto como las que nos imponen —dijo Miguel Vayarte—. Lo que es clientela no van a perder. Quizá algunos despistados de los que miran sin ver crean que al desvanecerse la pequeña construcción que allí desplegaba la oferta lectora, de cuya presencia, no obstante, eran testigos cotidianos, se han esfumado sus regentes, aquella cordial pareja que ofrecía un servicio social y el saludo a la recíproca.

Germán suspiró asomado a su balconada muelle de revistas, libros, fascículos, periódicos y artículos de regalo ocasional añadidos a las publicaciones o en estuches coloristas donde se posa la curiosidad del transeúnte. Un poco de todo al alcance de la mano.

—Es duro, profesor.

—Pues sí, Germán.

—Da pena.

—Y no es lo único.

—No, señor. La verdad es que hay cosas peores y a esas no sé cómo lidiarlas. ¿Trae usted prisa?

—La de costumbre.

—Le cuento...

A veces, con el permiso de Charo, tomaban un café con leche matinal y un alimento sólido en plato pequeño, invitando por turnos.

—Te cuento...

Antes de recurrir a la memoria, de la que siempre pudo fiarse, para exponer un asunto del que había sido partícipe en grado superior a la tentativa, Gaspar Oluste, diputado emérito, adecuaba mentalmente el tiempo del relato al presente comparativo y, conocedor de la causa, empezaba a hablar con un silencio de pausa didáctica acorde con la siguiente revelación.

—En los ochenta y los noventa, los cenagales se vadeaban mejor y a los emboscados se les adivinaba de lejos; los lances de acoso y derribo del contrario eran más cultos y elegantes, de alto nivel y acento académico avalado, salvo excepciones zafias de las que ninguna época se libra. Nos conocíamos de sobra los amigos y los enemigos, y manteníamos un respeto conciliador aun cuando nos batíamos el cobre para convencer en una victoria incruenta. Veníamos de atrás curtidos, bien aparejados y con las lecturas imprescindibles de las que se estudian para luego enseñar; el que menos, entonces, conocía de la historia los registros de la versión ajena y lo único que se revisaba era el papel en el que cada cual anotaba los epígrafes de su deposición parlamentaria y de su intervención en directo o en diferido frente a las cámaras y los micrófonos. Nosotros partíamos de la realidad con sus bondades y sus carencias, sin borrar nada, en absoluto pretendíamos una ruptura de la convivencia o la perversión de las conductas y los sentimientos. Muy al contrario. Y ya ves de lo que nos ha servido.

Miguel Vayarte apreciaba la honestidad del viejo político de provincias que al fin se cansó de aguantar la cabalgata de contradicciones y del que por fin se había librado su partido harta la dirección de soportarlo.

—Hemos llegado hasta aquí, que no es poco el mérito de algunos esforzados entre los que te incluyo, y vuestro ejemplo, del que conservo como premio y castigo los aciertos y los errores, ha cundido aunque va difuminándose en un paisaje sacudido por turbulencias.

—Sólo queda la mención, Miguel, y eso porque la luminaria de turno, de la estirpe de Rasputín, asegura que da votos. Menos mal que lugares como este reconfortan mi ánimo. Las podas selectivas de momento no afectan a las zonas verdes seculares, algo es algo —ironizó.

Con la mirada izada al relieve de las copas de los pinos en el cielo, el ingeniero agrónomo Gaspar Oluste respiraba complacido el aire terapéutico del Parque *El Capricho* en la Alameda de Osuna. Hoy igual que ayer, cuando se presentó en Madrid para tomar posesión de su acta de diputado, le gustaba tener al alcance de los sentidos parcelas de naturaleza que visitaba a diario, sostenido por sus piernas y un bastón de elaboración propia, símbolo de raigambre, dondequiera que aún le llevara su vida.

Miguel Vayarte le habló por teléfono de la iniciativa audiovisual que había asumido y a la que le pedía incorporara su experiencia sin anticiparle cortapisas en el relato.

—Podemos escribir páginas de rebelión cívica con variaciones sobre el mismo tema, la puerta está abierta.

—Podemos molestar, básicamente eso, mientras no te cierren la puerta. El tema no se agota, pero la paciencia de los asaeteados sí y nosotros también nos agotamos; la resistencia y los ideales tienen el límite de la consecución. Si crees que no es una pérdida de tiempo, cosa que ha de importarte más a ti que a mí, y crees que sirvo, allá que voy. La amistad bien vale un compromiso.

El atardecer de pasos concisos y voces sinceradas lucía espléndido. La figura cervantina de Gaspar Oluste —“el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”— armonizaba su sombra con la esbelta desgarbada de los árboles, ambos dignos en la traza quijotesca inclinada al servicio de la justicia caída en desuso, en desgracia, en mofa y vilipendio.

—La cosa está que arde. Algunos lo lamentan, Gaspar. Ahora que no hay remedio se buscan cabezas para cortar.

—¡Qué va! Ya han rodado todas las cabezas pensantes, disculpa la inmodestia. Me echaron, aunque simultáneamente me fui yo dándoles la espalda antes de que apartaran de mí sus ojos ávidos de triunfo fácil —recordó Gaspar Oluste, a quien por sus hazañas en el desempeño de sus funciones apodaron de puertas adentro *el gran Gaspy*—. La verdad es que yo quería seguir dando guerra en los órganos del partido y en el Congreso, pero me quedé solo y con la señal de la rémora grabada en el expediente. Adiós, Gaspar, ¿escuchas cómo suena tu despedida?, vete deprisa sin hacer ruido, obedece sin rechistar y serás bendecido por las esferas antes de anular tu memoria.

En activo muchas legislaturas con notoria participación en debates y comisiones, llevaba las lecciones aprendidas y las ideas en ristre, enarboladas, gallardeando de principios, perseverando en los valores, completamente ajeno a la meticulosa y aún más persistente siega de hierba bajo sus pies. Como no le hallaban manchas en su proceder como diputado —nada de traiciones clandestinas que achacarle, ninguna corrupción de la que sacar tajada ni ausencia perniciosa para su grupo en las votaciones del Congreso — ni en la exposición pública de su cometido, la magistratura del partido decidió que la continuidad de su

presencia en el Congreso lastraba las aspiraciones de voto nuevo que en los comicios del 2011, con el viento y las encuestas a favor, podía romper el techo electoral del año 2000. Tú ya has hecho tu parte, le dijeron los correveidiles, solícitos en la defenestración del elemento amortizado — “los buitres adivinan las malas intenciones de los hombres y se dirigen allá donde habrá cadáveres con tres días de anticipación”, Plinio dixit—; tú que tanto has rendido te mereces el pase a la reserva con honores, por eso es mejor —es mejor, es mejor, es mejor, repetía sañudo el eco en la nevera— que pliegues velas y pongas rumbo a la jubilación dorada. Lo que tú —tú, tú, tú, el señalamiento por delante— quieres no puede ser, ¿no te das cuenta?, los tiempos han cambiado, los caminos son diferentes, las conductas ejemplares caen en saco roto; hay que modular el discurso, hay que adaptarse a los acontecimientos y las circunstancias mandan, ¿o es al revés?, qué más da, el orden de los factores no altera el producto; adiós, Gaspar —voces jóvenes, huera por inexpertas e insolventes, le despedían en el umbral de la salida de emergencia, una generación de arribistas iletrados cruel con los baluartes, absorbidos ante el envanecimiento de un anexo generacional aupado y protegido por el sistema que erosionaban con patrañas y ficciones para derribarlo—, la envidia, como el rayo, cae sobre las cimas y lo que destaca del nivel común, aseveró Tito Lucrecio Caro en el epílogo de la era anterior; hablamos, Gaspar, tómate unas largas vacaciones, disfruta de tu hoja de servicios —voces de edad similar a la suya, compañeros de travesía procelosa faenando en la cubierta, antiguos en los pasillos como él, impecables en la etiqueta pese a las borrascas, marcaban su territorio con micciones de cosecha inaugural—, comienza una etapa selectiva. ¿Y

el bagaje?, en la recámara; vamos, vamos, que es tarde y quiere llover.

—Discriminación negativa —lo calificó Miguel Vayarte—. Te perdió la integridad.

—Qué buena ganancia para mi conciencia. Me negué a presentar credenciales remitidas a la cúpula del partido y a los medios de comunicación que influyen y son, a la par, influidos en el juego de las reciprocidades. Mi tiempo había pasado, y ha sido lo único alrededor que indefectiblemente era víctima del presente, de eso que tu sociología tacha de política al uso.

Gaspar Oluste era asiduo a conferencias y publicaciones de estudios estratégicos, y le habían propuesto reiteradamente desde 2004, año de inflexión en la reciente historia de España, incorporarse a un laboratorio de ideas de carácter liberal que pretendía incidir en las formaciones políticas opuestas a las ideologías descabaladas, a los hábitos de pesebre y a la pujanza de la utopía retrógrada que el siglo XXI amamantaba a base de componendas cesantes. Lo pensó, y sin afirmar ni negar su presencia física, obligado por los cargos, destinó horas y recursos a insuflar energía a los profesionales liberales creadores de riqueza y a restar persuasión a la entelequia del *esta vez será lo que no pudo ser y no será como lo que realmente fue*.

—Una justificación lavamanos del tipo “a mí qué me cuentas”, para allanar la segunda venida de la construcción social perfecta.

—El eterno retorno. ¿No era un mito?

—*El mito del eterno retorno*, el ciclo eterno simbolizado por el uróboro. El filósofo e historiador de las religiones no laicas, valga el contrasentido, Mircea Eliade, publicó un ensayo con ese título.

—El neorretorno de los utopistas es una condena de la que momentáneamente se libran las almas cándidas —dijo con acerba pronunciación Gaspar Oluste. Detuvo su andar y observó la declinación del Sol. —Sentémonos —pidió—. ¿Nos apartamos del guion?

—Estamos improvisando.

El banco clareaba su gama de marrones con los haces de luz filtrados por los resquicios de la espesura vegetal.

—La improvisación, Miguel, es para los genios, que yo en la actualidad no atisbo por parte alguna, y para los fatuos, afectos a la ignorancia y al desprecio, incultos y zafios que no contestarán a lo que se les pregunta cuando por ventura se les pregunta aquello que escuece, porque no saben ni conocen ni quieren aprender, ni maldita falta les hace para ingresar y permanecer en las nóminas. —Las hebras fulgentes escapadas con alborozo del enramado mecido por la brisa maquillaban con desparpajo novel los surcos que la veteranía dibuja en las facciones—. El de improvisar ateniéndose al juego de las preguntas con respuesta inteligente además de certera, es un arte que exige de preparación y consistencia intelectual. Yo siempre contesté a lo que me preguntaba quien fuera renunciando a las evasivas.

—Te labraste la inquina ajena con tu sentido del deber.

Gaspar Oluste lamentaba el brusco y para él inesperado viraje que lo había dejado tirado en la cuneta con el equipaje revuelto.

—No he podido, Miguel. No he podido sumarme a la condescendencia paternalista de esa para mí aberración filosófica, germen de tiranías, que es el pensamiento único, con el pretexto de la parábola del hijo pródigo. Acarreado por la misma disculpa hasta la carcomienta del *Ara Pacis*,

no he podido blanquear a los verdugos, no he podido convertir a mis enemigos en mis representantes como argucia del gabinete de los magnánimos, no he podido conducirme por la vía subterránea del pragmatismo. No soy un facilitador que investido con los oropeles del consenso se jacta de mediar entre los extremos: ¿quién cede más?, ¿quién dobla la cerviz y que parezca que estira el cuello y levanta la cabeza? He disentido de la corriente, no me he subido al carro de los enfoques innovadores, ni blanco ni negro sino los clarosucos alucinógenos de la simbiosis en la sede de la alianza civilizadora, y soy culpable de rebelarme sobre las tablas. ¿Cuántas veces te lo he contado?

—Mil y una, como los días y las noches de los cautivos en la leyenda. Pero no me canso de escuchar la verdad.

—Es una comedia de enredos con grietas y rasgaduras en la tramoya —murmuró Gaspar Oluste con la atención puesta en la corteza de los troncos—. No sirvo para las mudanzas.

Actuar es fácil. Llegado el caso, quien más quien menos interpreta un papel adecuado a una situación acuciante; pero ser un buen actor es difícil y ser un gran actor es muy difícil. Actores hay muchos, buenos actores hay pocos y grandes actores muy pocos.

—La muda del alma requiere de una cirugía incomparable a la de camisa.

Gaspar Oluste todavía buscaba en su fuero interno un esclarecimiento que le mitigara la comezón del prurito.

—Es tan obvio el tornaviaje... —dijo con el tono de un secreto de confesión admirando la floresta. Miguel Vayarte asentía, conforme y respetuoso con la facultad del declarante—. Tan obvio como el vaticinio del desastre

cuando, en palabras del atribulado rey Lear, los locos conducen a los ciegos.

A la historia le tocaba dar tumbos arrollada por una revisión negacionista: “mentira, mentiras, no vale, no significa nada”, de estilo tierra quemada: “todo empieza aquí y ahora, la vida nueva, el mundo nuevo, el hombre nuevo”, redentora de procedimientos expeditivos inhumados con sucesivas capas de machacona tergiversación: “mientras el sistema nos ampare y nos ascienda para apoderarnos de él estaremos dentro, cuando no nos valga lo desecharemos e implantaremos el nuestro”, y harto elocuente de la dicotomía: “esta sociedad, esta cultura, esta democracia es la suya no la nuestra”. Nada de cuanto se ofrece sacia a la avarienta y tumultuaria delegación de *L’Ordine Nuovo*, aleccionada para ocupar con el estrépito del asalto, y taponar por siempre jamás, el acceso al escalafón orgánico y al organigrama institucional. Borrón y cuenta nueva. Una tarea ancestral, hilada con alambre de espino, redundantemente provechosa en virtud de ignorancia y auspicio, en común las dos actitudes, advertidas por la lucidez socrática: “hay que aprender a distinguir lo que de arriba viene de aquello que, viniendo de abajo, está pronto a servirse de vagos idealismos para fines rastreros”. Una ignorancia compartida, todo hay que decirlo, subrayaba la desazón del emérito, caldo de cultivo propicio donde tirando de manual y padrinos medran los osados vanguardistas para asimilarse, con el envés del rostro, a negocios lucrativos, a pleitesías cortesanas y talas discrecionales en nombre de la ley, la ley fetén, una ley etérea, vagarosa, sugestiva, una ley casual, entronizada infalible como el semillero del que brota, un *corpus legis* inventado de extracción episódica

que dicta credos y manejos sin apelación posible, de filiación lodosa este neodespotismo iletrado con aquel ilustrado —Goethe tuvo que librarse de Voltaire para, por fin, relacionarse con la naturaleza, frase lapidaria que el autor de Fausto y creador de Mefistófeles reveló a la posteridad aliviado—, ellos absolutamente convencidos de tener razón, la única razón de la única verdad con la única opinión válida en el único *corpus iuris* predeterminado, un programa ideológico antítesis de la ética del esfuerzo y de la predicación con el ejemplo.

—Eres un incordio, una piedra en el zapato; eres un cálculo renal, un grano en el culo. Bueno, eras —rectificó divertido Miguel Vayarte.

—Era un estorbo.

—Prueba a reiterarte, Gaspar. Lo mismo desquitas a tu público.

—Póngase en pie el jurado para escuchar el veredicto. Ya te he dicho que si te sirvo allá que voy.

El colofón a su carrera política en línea de frente había dejado a Gaspar Oluste el regusto agrio de la callada señorial, un porte que en la distancia se le aparecía erróneo, equívoco en su presunta condescendencia.

—Allá que vamos.

Hacia la salida de *El Capricho* con un interés renovado y mutuo vivificado por el templado ambiente crepuscular.

Camino de separar los trayectos hasta la siguiente convocatoria, a Gaspar Oluste también se le despertó la curiosidad.

—Cosa rara es que ningún teléfono haya interferido la conversación. ¿Acaso lo tienes silenciado, como a un proscrito, para que nadie te moleste?

—No vivo pendiente del teléfono ni de los comentarios en las redes sociales, si a eso te refieres. Mi dependencia, que la tengo, no es tecnológica ni grupal.

En la parada de taxis había cuatro esperando clientes.

Gaspar Oluste le tendió la mano.

—Pero tú tampoco sueltas las amarras.

—Ya ves.

Insistía Pilar Marín con la prioridad fija en su tableta. Ella era tan buena y tan entendida como el que más, aducía sin apartar los ojos de su ágil juego de dedos sobre la pantalla.

—Me has visto actuar.

Miguel Vayarte le tomó la expresión.

—Sé que actúas, pero no sé hasta dónde llega tu actuación.

—¡Eh!, que invito yo... — Lo había citado en el *Vip's* de Príncipe de Vergara—. Estoy buscando... una cosa para enseñarte...

Tenían que pedir la comida, pero el camarero no amagaba con suspender la afanosa indagación de la periodista a la que nada más tocar su silla se le ocurrió cerciorarse de una noticia sobre la que comentar en segundo plano.

—Date una tregua.

Pilar Marín navegaba por las redes con la destreza de un lobo de mar.

—Aquí lo tengo todo al alcance de la mano. —Con la habilidad de un patrón de pesca en los caladeros de NAFO y el Gran Sol guiado por el detector del banco de peces—. En seguida estoy contigo. —Para sus dispositivos móviles Pilar Marín rebosaba paciencia.

—Tú invitas, pero yo elijo cómo gastar mi tiempo.

—¿Sabes dónde está? —Ella pensó que iba al cuarto de aseo.

Fue a encontrar en la librería otro motivo con el que gratificarse el espíritu. Pasados unos minutos que para ninguno de los dos fueron ociosos, la periodista le llamo por teléfono.

—¿Estás bien?

—Voy.

Regresó a la mesa con dos libros. Indiferente a las veleidades del prójimo, Pilar Marín señalaba a la mirada aproximándose la dirección de su tableta.

—Mira...

—Cuéntame.

—Te voy a leer el decálogo...

—¿Quién lo firma? —interrumpió secamente Miguel Vayarte.

La periodista apuntó un mohín de desagrado.

—¿Y esa brusquedad? Escucha...

—¿Quién está detrás de la noticia?

—Pues...

—El medio —aventuró él—. ¿Lo he adivinado?

Ella se retrepó en la silla y deslizó un par de centímetros dorso de la nariz abajo sus gafas para leer y escribir.

—Olvida tus prejuicios —le reprobó.

Se colocó las gafas para iniciar la lectura y nuevamente percibió a bocajarro el impedimento de Miguel Vayarte.

—No me interesa esa información, es irrelevante y tendenciosa. La conozco, hace meses, quizá más. Es una noticia periódica destinada, como tantas desde la invención de la propaganda, a convencer de las bondades ecuménicas de una ideología arduamente travestida y con predica-

mento en los medios para ver cuál adquiere carta de naturaleza como órgano oficial y desde la cúspide ir barriando a la competencia.

Le espetó su credulidad —tú no tienes nada de ingenua— ante la retahíla de tópicos que una historia sin censura ni páginas arrancadas y conducidas a la hoguera ni capítulos extrañados a las minas de plomo devolvía al estrado con una enaltecida comprensión —de alfombra roja, de paraninfo, ¿sabes que antiguamente paraninfo significaba padrino de bodas, anunciador de felicidad?, de primera plana en papel y en digital y columna de opinión ahormada—, y el propósito de unicidad e igualitarismo en la mochila, en la cartera y en la cédula embalsamada; bienaventurado el cortejo y la comparsa del flautista —nadie suprime la pobreza si vive de la penuria—, bienaventurados los idólatras que transmutan el barro en oro —nadie elimina la estupidez si vive de la necesidad—, bienaventurados los súbditos de la envidia —el reguero de pólvora abundantemente cebado que prendido a intervalos por un muñidor del odio explota los depósitos de animosidad y codicia— estos son los postulados universales, inmutables del materialismo dialéctico: calla y transige —súbete al carro de los milagros, la conversión taumatúrgica hacia una sociedad sin buenos ni malos, sin listos ni tontos (salvo los que conceden los títulos y distribuyen los grupos), está en marcha, imparable, festiva, será la apoteosis comunal del relativismo (salvo para los que establecen qué es absoluto y qué es relativo)—; porque siempre, desde que el hombre puebla la Tierra, hay quien organiza y manda, los menos, y hay quien obedece y sostiene, los más.

Pilar Marín ofuscó la pantalla de la tableta. Pidieron la comida ahora que una camarera osaba infiltrarse por una rendija de la discusión. Aquella tregua tenía acento de vis cómica en las máscaras.

La camarera disimuló su mueca divertida y marchó rauda a la cocina.

—Tienes que fijarte en los matices, Vayarte. De un día para otro cambia la sustancia.

—Lo que no cambia es el objetivo.

—Estás obsesionado.

Era cierto. ¿Pero qué había de vesania en su obsesión? Sólo demandaba una información veraz y a ser posible completa, o si no, para salir del paso a la espera de ampliar la noticia con datos fehacientes, con rigor profesional, debido a la premura y a la magnitud de acontecimiento, un comunicado que se atuviera a los hechos.

—Primero hay que informar al público de la noticia y luego opinar a partir de lo constatado por el reportero y los redactores. Los bulos, las falsedades y la desinformación acabarán con el periodismo y con los investigadores—. Demasiadas noticias se elaboraban en las redacciones o las traían envasadas al vacío los conductos de ventilación—. ¿Vas a negarlo?

Pilar Marín exhaló la molestia que albergaba. Aunque no se sintiera directamente concernida, la acusación le hincaba el diente en una zona blanda.

—No es bueno generalizar.

—Dejaría de hacerlo si la excepción no fuera la norma.

—Tampoco es bueno exagerar.

—No eurras el bulto. —La irritación de la periodista se apagó como la llama de tea metida en un chamizo que

sopla por las grietas en paredes y techo un viento de justicia al siguiente embate en forma de proposición—. Los que quieren que la historia empiece y se desarrolle a su antojo expanden una idea generalizada recubierta de chocolate crujiente y empaquetada con celofanes de mimo. La idea generalizada es la que cala. Te propongo que este sea el título del monográfico que compartas conmigo.

La doble andanada coincidió con el aterrizaje de los platos y las bebidas.

—¿Explicáte mejor?

—Te ofrezco lo que me pides.

—Con tus condiciones.

—Es mi programa, es mi responsabilidad. Eres una tertuliana veterana acostumbrada a desenvolverse entre condiciones, te sobran aptitudes para la metamorfosis.

Pilar Marín masticaba despacio el horneado con mixtura de sabores. La experiencia le dictaba que por mucho y fuerte que lloviera en algún momento escampaba y entonces había que aprovechar para retomar la iniciativa.

—Ponme en situación —dijo con la voz grave.

Empezó destacando su pericia en el juego de la controversia y en el recurso, ya una asignatura primordial en los parlamentos y en las tertulias, a la logomaquia.

—Consigues rentabilidad y un puesto fijo. —Ella asintió, a la expectativa—. Me recuerdas a ese tipo velado, quizá periodista, puede que enseñante, a lo mejor un prototipo de comunicador habitual en el futuro, que se define anarcoide progresista y que cuando escribe, suponiendo que lo haga de su puño y letra, utiliza el seudónimo *Cátedro Benestante*. ¿Sabes de quién te hablo?

—Sí. Pero no lo conozco personalmente; me parece.

—Ni yo, me parece. El tipo en cuestión, arte y parte, esgrime la polémica como bandera y se regodea de ir a la contra, una contra de dirección única, a veces matizada con pullas sarcásticas y pellizcos monjiles a los de la cuerda, y un baño de transgresora aspersion en círculos, por aquello de que no se diga en las entrevistas de autor. Nada asombroso.

Pilar Marín admite la evidencia de actuar a la contra en según que debates para recibir el premio económico por su postura.

—A todos les interesa y todos salimos ganando.

No iba a socavar su proceder por una apuesta personal de Miguel Vayarte que la dejaría desnuda y temblando.

—Lo comprendo. Tú no cuentas con el valimiento que tiene el bufón y los corifeos.

No lo tuvo nunca, le dijo, y la prueba tangible era que la irrupción de jóvenes, en su mayoría mujeres, con la cara aún sin desfigurarse por las preocupaciones y con la edad y su ceñirse al guion como méritos, le había arrastrado a la condición de subsidiaria.

—Mi dedicación a la crónica de tribunales, donde yo era alguien solvente y ágil al informar, y mi conocimiento profesional en la práctica desaparecen de concurso frente a las cualidades físicas y mentales de la juventud... Y la obediencia ciega, sí, no me vuelvas a meter el dedo en la llaga; obediencia al jefe de disección.

Miguel Vayarte alabó su honesto desahogo.

—Te proporciono un espacio para que recuperes tu prestigio. Vuelve a ser independiente.

—¿Es un precio elevado el que tendría que pagar? Me temo que excesivo, yo no puedo correr tanto riesgo.

—Tú preguntas, tú contestas.

La periodista apuró su copa de vino tinto.

—Venga, suéltalo ya.

—Ayúdame a desmitificar el progresismo. Quiero desvanecer su aura bienhechora y resquebrajar el cristal de seguridad a lo que se ha convertido en un boyante negocio para sus apóstoles —dijo Miguel Vayarte. Ella le clavó su mirada incrédula, con la marca del estupor surgida inmediatamente y la boca instintivamente abierta pero sin emitir sonido, aguardando la confirmación de una noticia insólita—. Quiero dismantelar el entramado social de la progresía, con la repercusión de su hipocresía no basta.

Pilar Martín negó con rápidos movimientos de cabeza y la mano del cuchillo.

—¡Qué me estás pidiendo!

—Ayuda, colaboración...

—¡No! Me estás ofreciendo una úlcera gastroduodenal con el agravante del paro. Una... una... sangría —balbuceó patentemente contrariada— de la que no podría reponerme en la vida. Lo que me ofreces es la ruina. ¿Te estás vengando de mí? —A Miguel Vayarte se le escapó una risa cuya brevedad y moderación no la eximia de sentencia. El rostro alterado de ella no era precisamente una viñeta cómica sino un notorio gesto de desaprobación.

—¿Tengo motivos para una venganza? —preguntó resaltando la elipse de los labios.

—¡No!

—Acabo de contarte y luego decides...

—Déjalo —cortó ella—. No sé si te burlas o has perdido la perspectiva.

Le dijo con vehemente seguridad que las próximas elecciones, a la vuelta de la esquina, iban a cambiar el panorama en las instituciones como había sucedido en la calle desde hacía cuatro años, y exigirían un reposicionamiento en ideas y acciones.

—Sin duda aumentará el dominio del imperio progresista en los medios y, en proporción directa, el ya de por sí rotundo apartamiento de la filosofía política liberal, mayoritariamente denostada entre los electores a las cada vez menos diferenciadas opciones políticas, también aquí rige el pensamiento único, por desconocimiento y por incomparencia de sus representantes, soy consciente de mi inferioridad.

—Estás obsesionado —le repitió ella.

—La obsesión está enfrente de cualquier intento espiritual y racional.

Pilar Marín, algo menos turbada al enfriarse los ánimos, incluso compasiva, en un alarde bondadoso quiso sacarlo de su error y devolverlo a la buena senda.

—No vayas por ahí que es una vía muerta. Las circunstancias mandan, hay que adaptarse y modular el discurso. Aunque te cueste, abjura de tu idealismo. Yo soy realista, no me quejo por lo que podría ser si esto o lo otro fuera diferente, más a mi gusto, sino que vivo, me integro, y sigo la corriente si eso me favorece. Le doy la bienvenida al futuro, como en la película de Berlanga. Haz tú lo mismo en vez de cerrarte el abanico de posibilidades en los medios y en tu actividad profesional, ahora estás limitado y el cerco se estrechará. ¡Cómo si no lo supieras! Si giras con el viento podremos colaborar en beneficio mutuo. ¿Te parece?

Pilar Marín había lucido en sus corresponsalías desde la puerta de los tribunales, tras un fugaz pase por la crónica parlamentaria de las sesiones plenarios. En aquella etapa de su periodismo en vanguardia le tocó cubrir casos estremecedores de terrorismo y sonados de financiación ilegal, escrupulosa con la objetividad debida al informador imparcial y una precisión loable ceñida al marco temporal de sus intervenciones. Hasta que de repente una capa aislante y opaca eclipsó su estrella, comenzando a espaciarse sus testimonios y a espesarse la fluidez de su dicción y escritura por las presiones ejercidas en su garganta y mano. Miguel Vayarte le preguntó entonces —puesto que ya se conocían y trataban esporádicamente— qué pasaba con su trabajo cotidiano, tan pendiente y valorado por su numerosa audiencia. Ella poco dijo a nadie y tampoco revelaron mucho ni su confusión ni el silencio que le acompañaba, y la causa tuvo que ser adivinada en el viraje de la línea editorial del grupo de comunicación que pagaba su salario, y del siguiente en el que recaló. Pilar Marín, la honrada periodista que sabía contar sin decantaciones ominosas, había sido víctima de la intríngulis política en el intermedio de los actos; pero su reacción al cabo fue de complicidad y encubrimiento. Y no únicamente ella entre los de su gremio y sus atentos seguidores mostraron el perfil de la auencia.

—¿Me pides que me vuelva un individuo desmemoriado, voluntariamente ignorante, pusilánime y aprobatorio con un amén? Porque lo que se aplaude y pone como ejemplo en un sitio se denuesta en otro.

—Vivimos una etapa nueva que se ha ido gestando poco a poco —reincidió ella en su justificación apagando la

voz—. Hay que estar con los tiempos, profesor de sociología y ciencia política. No te rezagues, no te pierdas en el romanticismo de las disquisiciones de salón.

Le pedía que fuera listo y que se desembarazara de los principios como los jueces archivan las denuncias que no prosperan en los tribunales.

—El espíritu del tiempo —murmuró Miguel Vayarte troceando el postre—. El espíritu del tiempo es una composición sociopolítica inclusiva para conceptos y convicciones, predominante en cada época verbigracia el impulso y patrocinio de sus artífices, no exento de réplica y oposición por parte de una alianza entre la inteligencia, el raciocinio, la convicción en sentido contrario y la voluntad llamada valor cívico. Pilar Marín le aconsejaba —un consejo de amiga que conoce el paño— que fuera listo, oportuno, acomodadizo, condescendiente, que se comportara como un ciudadano que vela por el interés general—. Me opongo con mi valor cívico al materialismo dialéctico. No concedo importancia a lo que intelectualmente no la tiene si hubiera una oposición activa, eficiente, coordinada, que denunciara su camaleónica adaptación, precipitada en laboratorios de ensayo, pedante y embustera, construcción de apariencias impregnando el ambiente de novedad. Yo te pido que escarbes, busca la raíz. Recuerda, como en la película de Hitchcock.

Tomaron café antes de la despedida.

—Si quieres enfrentarte al mundo conmigo no cuentes.

Es lo que Miguel Vayarte deseaba oír.

Santiago Iradier hablaba por el teléfono de su despacho en la emisora —que por motivos de espacio compartía con Emilio Ledesma al coincidir allí ambos, separados por un

biombo ciego—, con un posible anunciante solicitado por varios medios de comunicación de segunda fila, llevando personalmente la gestión comercial en este disputado caso por la pedrea; la pugna por conseguir al cliente encarecía la firma del contrato, pero, aún por dirimir las contraprestaciones, era negocio.

Miguel Vayarte llamó a la puerta entornada y pasó dentro. El periodista le señaló con la mano libre, que empuñaba un bolígrafo puesto al revés, la silla vacía; el carácter tónico de la conversación, con sus tiras y aflojas referenciados en el dinero, y la índole del colaborador llegado puntualmente a la cita, alejaban del reducido espacio administrativo el matiz confidencial.

Al colgar y escribir una nota rápida sin el impedimento del cruce de palabras, la cara de Santiago Iradier mostraba una serena esperanza. Miguel Vayarte nada comentó sobre el particular.

—¿Cuándo es el torneo?

Mientras le preguntaba por el próximo debate en televisión al que había sido invitado, colocaba la hoja manuscrita en la carpeta verde. El maletín de piel color marrón y cierres dorados, regalo de su mujer, contenía como elementos descollantes dos carpetas, una gris, portadora de los asuntos pendientes, y otra verde, donde clasificaba los asuntos en curso; el resto de útiles iban sueltos aunque ordenados.

—Seguramente el sábado.

—¿No te lo han confirmado?

—Sí. Pero imagino que hasta unas horas antes la seguridad no es total.

—Y si me apuras te diré que hasta no salir de maquillaje y sentarte en el plató puede haber modificaciones en los protagonistas.

—Por eso no me apeo del seguramente.

Santiago Iradier se puso en pie y estiró las piernas. Le palmeó el hombro.

—Eres un hombre importante, profesor.

—¿Qué sutil reparo encierra tu sonrisa? ¿Me vas a contar algo que me incumbe, sobre lo que nadie ha tenido la deferencia de informarme y que intuyo está relacionado con el debate?

Ladeado hacia la izquierda, en el tercio exterior de la mesa de Santiago Iradier plantaba sus reales el escarabajo egipcio con inscripción jeroglífica en el dorso, nunca traducida, comprado en un bazar portuario de Alejandría, con la vitola de amuleto de la suerte.

—Suponiendo que sea un debate. Pero seamos generosos con la competencia, esa que nos come y eructa la tarta de la publicidad institucional y privada, y demos por hecho que frente a las cámaras dirimiréis vuestros antagonismos con inteligencia y persuasión cívica; exactamente lo que espera tu público.

—Y yo.

—Omito mi opinión por sabida.

—¿Me pongo en pie?

Santiago Iradier cerró la puerta y tomó asiento desplazando su silla con ruedas a un lateral de la mesa. Miguel Vayarte hizo lo propio.

—Tendrás que investigar sobre la marcha quién de tus compañeros de debate se esconde tras el seudónimo *Cátedro Benestante*.

—¡Vaya! ¿El misterioso sujeto que no deja títere con cabeza a este lado de la frontera política se dignará dejarse ver en carne mortal?

—No lo sé.

—¿Lo supones?

—Es un rumor, pero tiene visos de certeza. Hace tiempo que la guerra en los ámbitos social y político, la preconizada conquista del poder en vertical y horizontal por la bendición del régimen establecido amustiado por las incessantes corruptelas, disculpas, traslados a empresas públicas y exculpaciones, tiene una derivada de igual trascendencia en el de la comunicación —dijo el periodista—. Resumiendo, si la inercia en España, y en la Europa meridional, conduce a un régimen de confluencias ciudadanas para su eclosión en un partido aglutinador, la estrella solitaria que allende los mares *veni, vidi e vici*, reclamada y acogida en olor de multitud, el sostén comunicativo ha de ser equivalentemente único, con férrea dependencia del poder, emanado directamente de él, actuando a la voz de mando en paralelo y subsidiariamente. De otra manera, indeseable para el nuevo orden bicéfalo, la conquista será incompleta y frágil. ¿Entiendes?

Miguel Vayarte expresó una duda.

—Entiendo, como cualquier hijo de vecino sin la venda en los ojos, que hay una guerra global para dominar el panorama sin oposición. Dos ya es multitud. Pero lo que no acabo de ver, quizá porque se me ha enredado la cola de la venda, es el papel de la pimpinela escarlata en esta tragi-comedia.

La guerra en los medios de comunicación oficializados, casi todos los públicos y casi todos los privados, atraía partidarios y detractores en torno al debate de la pluralidad,

que es el auténtico caballo de batalla, y el reparto de los ingresos publicitarios, que acuerdan en capítulo aparte los consejeros delegados de las cadenas absorbentes, el oligopolio audiovisual de miembros tasados, con la presidencia y vicepresidencia del gobierno de turno.

Santiago Iradier aprobó la comparación de los personajes.

—Sea hombre o mujer, yo me inclino por lo primero, las gracias de *Cátedro Benestante* han tocado fondo, como los cadáveres que la mafia arroja al río. Me huele a justicia de parte, y el método, menos drástico que la inmersión, es la ascensión a la denuncia, por estratos filtrados, de su abultada nómina, de su jugoso patrimonio inmobiliario con varias titularidades y el destino a paraísos fiscales del dinero que ha ganado a espuestas maldiciendo a quienes disponen de cuentas opacas, viviendas por doquier y cobran fortunas por sus actividades profesionales. Paradojas del progresismo vengativo que, además, insta a que la investigación de Hacienda sea meticulosa y efectiva.

—Imagino que es un varón de mediana edad.

—Dudo que si fuera mujer la ventilación de secretos que guardan bajo diez llaves, y el aderezo de escarnio en sus canales de difusión, pasaran de la celda de castigo. Pero me estoy adelantando a los acontecimientos. Lo comprobaremos el sábado. Si lo entrevistan sin el embozo y antes que a ti, es que ha pasado a la historia que se borra.

La denuncia contra uno de los rutilantes cruzados del progresismo militante partía de una cámara adyacente y de acuerdo con el mandato no soltaría su presa hasta consumir la defenestración. Si el río suena es que agua lleva; la sentencia había sido dictada, aunque instalado en su vanidad, al ídolo le costaba reparar en la precaria sustentación

de su peana, y el resto del mundo, con participaciones en el sorteo para la adjudicación de puestos o sin ellas, se enteraría una o dos jornadas de tarea después.

—*Sic transit gloria mundi.*

La prisa empujaba a vender la piel del oso antes de cazarlo, anunciado como un mero trámite, pero habiendo demasiados gallos con ganas de apoderarse del corral y sus pánfilas y rollizas gallinas ponedoras a la espera de dueño y, a ratos convenidos, de mimos y prestaciones, la experiencia impone una selección forzosa a base de purgas que administra un solo individuo al que han aupado a la cúspide los consejeros de la astucia piramidal, los muñidores de pactos escritos con tinta invisible y los fabricantes de dioses de proximidad.

—Un iluminado por cuenta ajena ha decidido poner en entredicho al magistrado del bufo, del que dice a vuelapluma que se ha vendido al mejor postor, léase una de las facciones en concurrencia de intereses, pudiera ser cierto, y ahora traiciona a los que en él depositaron más que constantes y sonantes perspectivas de éxito, con lo que va a haber intercambio de andanadas con premeditación y alevosía. La guerra por el control de las informaciones se ha desatado, otra vez, sí, pero ahora con mayor virulencia. Tu participación en el debate va a ser coser y cantar si sucede lo que augura el oráculo.

—Una trapisonda de familia.

—Y a este sañudo extractor de pajas ajenas, fiscal de acusación irrefractable que ha paseado a todo pulmón y caricatura sus dicitrios en favor de la causa durante años, no le aplican el *In dubio pro reo*.

—Qué injusta es la justicia del ajuste de cuentas —se burló Miguel Vayarte—. Pero yo voy a lo mío, a jugar

fuerte a la carta más alta y el que quiera detrás de los focos que rueda el tambor a la rusa.

Santiago Iradier estiró los brazos, se frotó los ojos con el dedo índice y respingó. Ladeado hacia la derecha de la mesa y en línea recta al escarabajo divino Chepri, elevaba la trompa un menudo proboscidio bifronte —masculino el perfil desnudo, floreado el femenino—, tallado en posición sedente, obsequio de un vendedor ambulante subsahariano, espigado y fornido, al que por su simpática pertinacia, no obstante infructuosa, el periodista invitó a un bocadillo y un refresco en el barrio de la Malagueta un nocturno festivo.

—Estamos apuntados en la lista negra de nuestros colegas en oposición cósmica —dijo—. Ya hemos sido ensalzados con amenazas y un chorro de silicona en la cerradura por los pobladores de los agujeros negros. Se han fijado en nosotros y sólo ha hecho falta pincharlos con la navaja de Occam, sin citar apellidos. —Fenomenal.

A los costados del rudo y a la par coqueto elefante de madera color caoba, quizá africano, tal vez llamado Gor, dos pequeñas figuras de lobo sanabrés, el macho aullador y la hembra vigilante, hacían guardia perenne por lo que pudiera acontecer al alcance del olfato; regalo de sus hijos que sabían de su predilección por los animales silvestres que se mueven con tiento y sigilo.

—Un día de estos nos decoran la fachada con pintura y excrementos de animales en celo.

Esparce que algo queda es el nudo de la dramaturgia; distorsiones de lectura comprimida, noticias falsas que crecen con el eco, caldean el ambiente y propagan odios que inciden en los psicópatas, lanzados por combustión

visceral, y en los sicarios. Para las rectificaciones amistosas no hay lugar, para las noticias inoportunas que desbaratan la primicia no hay sitio, para los descubrimientos periodísticos que torpedean la estrategia torticera no hay cabida.

—Si esos ladran, Sancho amigo, es señal que cabalgamos.

Santiago Iradier recogió la carpeta verde, depositaria de los asuntos en curso, y la gris, conteniendo los asuntos pendientes, y dirigió un saludo gestual a sus mascotas.

—Dinero —suspiró. Esa es la llave maestra que abre puertas y protege... a tiempo completo.

—El dinero lo es casi, casi todo. Es decir, sin dinero no hay casi, casi nada con lo que se pueda mercadear —acompañó Miguel Vayarte.

—Por ejemplo, con las voluntades en almoneda.

Sin dinero no hay revolución posible, porque los adeptos incondicionales son insuficientes para ejecutar un gran golpe. Con dinero se elige al servidor y se paga su servicio: el de valer sin recato ni arrobo, como juguete sexual u objeto de discusión o espejo de imitaciones de cualquier tipo ante las cámaras es un negocio próspero, legal a diferencia del proxenetismo; el dinero acude a los brazos de la disposición —lo de la iniciativa personal es agua pasada, lo que cuenta es ser elegido, pasar las pruebas y ser confirmado para hacer esto y decir esto, para gustar a la vista y herir al oído; no todo el mundo responde al patrón, pero el que sirve para distraer, el que sirve para refocilar al espectador, el que sirve como muñeco hinchable de la fantasía, como diana de premios y castigos, adquiere una fortuna material pagadera en billetes y en especies interpretando la función asignada por el representante en el contrato de utilidad.

Santiago Iradier presionó los cierres de su maletín, la jornada en la emisora había concluido.

—¿Una cerveza?

Camino del bar donde periodistas, técnicos y tertulianos solían hacer balance de las emisiones, preguntó a Miguel Vayarte si había completado su equipo de irritantes y arreadores para la inminente temporada de los monográficos.

Tenía decidido Miguel Vayarte que la antropóloga Noelia Clemente era la persona indicada para completar el cuadro de actores en el primer ciclo de los monográficos. A ella le pareció acertada su inclusión.

—¿Me darás tú la pauta? Lo digo por ganar tiempo, que noto cómo se me escapa cuando me enfrasco en indagaciones que se van por las ramas. La realidad humana es compleja, y no exclusivamente por culpa del psicoanálisis y la teoría cultural, y múltiples los aspectos sociales del hombre. Dime cuáles son los mimbres con que trenzaremos cabellos y barbas.

—Afinamos a dúo, doctora. ¿En Ávila o en Madrid?

Noelia Clemente era abulense —tierra de la vieja Castilla donde gracias a Santa Teresa, dicen, poco o mucho cada día sale el Sol— de Hoyo de Pinares, allí con casa de árbol genealógico y en la madrileña zona de Ventas un piso capitalino para llegar puntual cada mañana al empleo en el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del Centro Superior de Investigaciones Científicas.

Noelia Clemente lo citó en domingo para entre habla que te habla, pasear el entorno y comer de la cocina local.

—Ven temprano para que nos cunda. ¿Conduces o te llevan?

—Conduzco.

Miguel Vayarte visitó el lugar natal, y predilecto decía orgullosa de sus raíces, de Noelia Clemente acompañado por Ángela; esa fue la primera vez, y ya entonces, hace veinte años largos, ella se había apropiado de un tercio de la casa familiar, el desván y el sótano, justo la superficie rehabilitada con el peculio que ganaba impartiendo docencia e investigando, dependencias las de los extremos inhabitadas por las personas residentes, incluso vacías de trastos y obras salvo la de un abrevadero anulado de rusticidad turística. Era domingo de parentela reunida, por lo que el matrimonio Vayarte saludó de nuevo al marido y conoció al completo la descendencia, tres hijos, y a los padres y abuelos, tíos, sobrinos y primos, algunos vecinos con buena memoria también, y los perros, gatos y pájaros que moraban a sus anchas la transigente residencia. Noelia creaba en su santuario un espacio de curiosidades relacionadas con su trabajada vocación antropológica, datos y piezas ordenados por épocas, tradiciones y grupos: enseres domésticos, aperos agrícolas, ropas de fiesta y de laboreo, figuras antropomorfas y zoomorfas con simbolismo patente, cerámicas decorativas y funcionales, aparatos de mecánica rudimentaria y tecnologías pretéritas, disposiciones testamentarias ológrafas y contratos de servidumbre y usufructo, declaraciones escritas privadas y manifiestos públicos. Pasado el tiempo, siendo frecuentes y prolongadas las estancias por parte de Noelia y los suyos urbanitas, la colección había cobrado una importancia visible en el marco de su modestia particular, la familia y el vecindario contaban menos nombres vivos, sólo dos almas de la misma sangre censaban el domicilio de la mañana a la noche, cuidando la propiedad; pero no eran los únicos

seres vivos entre bípedos y cuadrúpedos cobijados a sus paredes, techos y desahogos cultivados. Desaparecidos por muerte natural aquellos perros y gatos que los Vayarte acariciaron, y otros posteriores que la vida acerca, y no habiéndose producido altas causales en un periodo largo, por acuerdo unánime de padres e hijos solicitaron en la protectora de Ávila la adopción de dos perros, mestizo y de cruce, y un gato, de corte callejero, lo que llevado a efecto supuso para Noelia, en sus palabras, una extensión de la responsabilidad filial, a no tardar y contra pronóstico ampliada con la recepción de un gato atrevido que supo ganarse un puesto en el favor doméstico, y la de un perro, parido cazador, que desconcertado y temeroso vagaba arriba y abajo en busca de atención humana benefactora a cambio de lo que la naturaleza le dio para ofrecer.

Noelia Clemente mostraba su satisfacción con la foto de familia.

—Y una ración de alpiste para las aves merodeadoras. Todos ellos inciden en los fundamentos del pensamiento primitivo.

Examinadas las dos plantas del variopinto museo y probado con pan y vino unos embutidos de matanza, salieron al prado circundante camino del bosque y la ruta del agua con la escolta canina volteándolos gozosa.

—Escucha el lenguaje de tus pasos, Miguel, y el de cuanto te rodea. Tradúcelo a una comprensión íntima, pero no lo pretendas asequible, mantén echada esa barrera de esfuerzo, y respira de esta naturaleza abierta el efluvio magnánimo que aligera las cargas y atempera los pesares de la especie gregaria superior. Advierte en la simplicidad de sentir lo que haces la plenitud mística de mi paisano el santo Juan de la Cruz.

—Soy consciente de mis sentidos.

Al amor del momentáneo retiro de fin de semana, Noelia Clemente barajaba, entendida y parsimoniosa, contenidos para su monográfico.

—Puedo discursar sobre el lenguaje abreviado y la sustitución de los textos por imágenes que los abarcan.

Para no incurrir en el sarcasmo de las comparaciones innecesarias —la evidencia de un proceso involutivo—, que socializa el ridículo, proponía el escenario de una conversación multitudinaria, inducida por la directora de la experiencia, ella, con el tema central del lenguaje como instrumento de transformación en el individuo de la idea, el ideograma, a palabra, y como técnica de comunicación interpersonal, en la que todos los participantes culminaran al unísono el descubrimiento de una forma de expresión que nadie en el acto deduciría regresiva —ni lo publicitaria la maestra de ceremonias—, sustituta de la lengua que limpia, fija y da esplendor la Real Academia Española; hallazgo social atribuido a la fuerza comunitaria que, entretanto —condición sine qua non—, remodelara la cotidianidad de usos y costumbres, y que esta modificación condujera al establecimiento de una civilización concebida por una geometría elemental, pero de precisión absoluta, organizada en torno a la tecnología capaz de cuadrar un círculo pulsando una tecla y aglutinar las siete artes liberales, más el discernimiento filosófico universal, más todos los tipos de ciencia, en un epítome de caracteres informatizados.

—No me cuesta imaginarlo.

—La realidad tiende a superar la ficción en cuanto trasciende a la historia, pero hay que detenerse a mirar para comprobarlo —dijo Noelia Clemente y señaló con la mano

una trocha que acertaba hacia la ribera, conocida por los perros—. Este pasadizo que penetra la arboleda y el matorral me inspira, como a otros el cuarto de baño les desatasca las vías expulsoras y las creativas.— Le indicó que siguieran caminando por donde venían, aunado el paso, pues la trocha era estrecha y de suelo cavado para que dos hablaran sin distraerse de las concomitancias del pensamiento primitivo, intuitivo, ligado a relaciones emocionales y al ambiente del que parte y al que retorna, en el que las palabras son entidades, un lenguaje en sí mismas, y el pensamiento actual.

Hecho el planteamiento, la antropóloga enlazaba los rasgos de una incipiente civilización sumida en las brumas, por definición antigua, con los intrínsecos de la contemporánea sociedad posindustrial, abocada al culto del mito —vestigio del pasado— y al menosprecio de la erudición —aporte de la modernidad tráfuga—, adicta al recurso estético y a la asimilación, y reacia a la lógica deductiva del pensamiento en la cultura occidental por un mimetismo desnaturalizante.

—Pocas voluntades arrastraría conmigo ni en el sueño del psicodrama; en cambio, tú... —Miguel Vayarte se apresuró a negar el poder convocatorio de su influencia—. Y no digamos a los ególatras y egocéntricos, que se reparten los focos, a los que se entrega la batuta para que delante del auditorio dirijan una orquesta sin instrumentos ni partituras.

—Con el aplauso momentáneamente garantizado.

—Suficiente para el inicio de la carrera hacia el podio.

El plan maestro consiste en alcanzar los objetivos propuestos por la vía rápida, antes de que sea demasiado tarde por culpa de los tropiezos y de las denuncias, articulando

un programa de actos y coordinando las ejecutorias de los letristas, los músicos y los danzantes; permutadas la objetividad y la subjetividad en las definiciones, con el denominador común del enjuiciamiento parcial y la abolición de la réplica en las vistas sumarias. La consigna de régimen interior reza: “Nada es cierto, todo está permitido”, reservada a los súbditos, inaplicable a los habitantes del mundo exterior; con la apostilla: “Actúa y no pienses”, de obligado cumplimiento al sonar la campana. ¿Todo es mentira fuera del paraíso, nada está prohibido dentro del paraíso? El toque a rebato alerta al pueblo cercado de la invasión vírica, se suceden las batidas y los peinados en las galerías para capturar traidores y disidentes al servicio del enemigo. La caza es mayor y el premio a los cazadores una momentánea laxitud gubernamental en los racionamientos. ¿Y cuál es el destino urgente de la presa? Al acusado de interferir en el progreso de los pueblos se le niega el reconocimiento de los derechos constitucionales —de hecho, la primera negativa en la oleada de desembarco recae sobre la Carta Magna—, y se le apea de los derechos humanos como manda el canon totalitario. Al implicado en el gran proyecto se le adjudican en su cartilla de servicio los diferentes grados de adhesión, compromiso, obediencia, fiabilidad, dotes y discreción, baremo que rige la colocación de los peones. La afinación continúa en el foso, con luz indirecta y laboreo a destajo, y en derredor del pedestal el discurso de la mercancía proclama a bombo y platillo el advenimiento de una época feliz, de duración ilimitada, en la que se podrá tener más y pronto, que en la recepción de cada oyente suena a conseguir algo distinto y mejor que los demás.

—Dinero y fama —apuntó Miguel Vayarte.

La claridad fogosa del mediodía entornaba los párpados de los perros al buscar en el ama una indicación al bifurcarse el camino.

—Si nos atrevemos, puedo meterme con el negocio del espectáculo hablando de glorias y fortunas.

—Por mí no te prives.

Noelia Clemente blandía su garrota de almez como si dibujara un esquema en la pizarra. Este lenguaje de signos trazados con leves movimientos del rústico apéndice, que había detraído a su colección de varas, bastones y fustas, lo captaban los perros al escrutar la dirección correcta. A Miguel Vayarte le había dejado para el paseo un bastón de pino, recio y nudoso, con la empuñadora de cuerno caprino y la contera serrátil.

—La verdadera gloria es la de colarse y anidar en los medios de comunicación para vincularse a la industria del entretenimiento y nadar en la abundancia y en el fervor popular —dijo de corrido.

Mientras dura el protagonismo mediático gracias a la cuenta de resultados, un personaje novelesco entreverado de pícaro y gurú adquiere la condición de líder social, posee carisma, autoridad y potestad, y como dignatario provisto del plácet televisivo dirige los apetitos, resuelve sobre la verdad y la mentira, sobre la hipocresía, el cinismo y el fingimiento de quienes cuestionan su trono, sobre la distinción entre víctimas y verdugos en la línea del patrocinio, y clasifica las esperanzas de cuantos, poco o mucho, reciben sus mensajes en la sociedad de la insatisfacción.

Diez pasos por delante, los tres perros rodearon ordenadamente unas gradas de piedra blancuzca destacadas en la pendiente hacia el curso del río.

—Sentémonos aquí.

Miguel Vayarte secundó la parada en el mirador.

—Somos animales de costumbres ellos y nosotros — dijo.

Cómoda en aquel paraje de atenuados contrastes, Noelia Clemente repartió su cariño equitativamente a las tres mascotas.

—Ellos aprenden nuestras enseñanzas y nosotros las suyas, y en ninguno de los dos casos las relaciones presentan el estilo superficial de las establecidas entre individuos escondidos en las redes sociales bajo el anonimato de un alias. En mi próxima reencarnación humana añadiré a mi currículo el título de veterinaria.

La tercera opción temática que expuso a Miguel Vayarte abordaba, como problema social de amplio espectro, el desmedido consumo de alcohol y ansiolíticos entre los jóvenes; un asunto que le había sugerido el psiquiatra Diego Silva Hurtado en la conversación mantenida también con el abogado Eduardo Reneda a la vista de los juzgados de la plaza de Castilla, y al que él ya entonces confió.

La verdad y nada más que la verdad

Sábado por la tarde, el cielo diáfano llena la ventana — hacia la que se mira con placer— y su cálida luz acaricia hogareña al liberal solitario. La casa sin más ruido que el propiciado por unos leves movimientos, el reposado pasar de las hojas anotadas, el calmo rasgueo del bolígrafo en la hoja de papel. Eduardo Reneda agradecía ese rato de esparcimiento vespertino que le había otorgado el reciente embarazo de su nuera, la esposa del Reneda benjamín: su cuarto nieto nacería, quizá, con el prometedor tañido de las campanadas de Año Nuevo. Acababa una semana intensa para él, con trajín de citas y celebraciones introducidas en la agenda diaria en el despacho y los juzgados, ambos benignos con los compromisos que fueron encadenándose.

Había empezado el lunes a eso de las once con la buena nueva de la gestación, y hasta la noche el teléfono no cesó de comunicar novedades relacionadas todas ellas con las iniciativas de Miguel Vayarte: visita a la emisora para conocer a Santiago Iradier y las instalaciones donde grabarían el programa; comida con Octavio de la Serna, el crítico de arte, que Miguel Vayarte quería presentarle; y antes, después o entretanto, sentados a una mesa con platos o callejeando por la pluralidad de mundos, los dos tenían que acordar el tema del monográfico porque el tiempo adjudicado para los preparativos, lineal e inflexible en su magnitud, se echaba encima de la planificación del director.

—El cuarto viene en camino —le dijo Mercedes al saberlo, ilusionada como una abuela primeriza.

Y el estreno volvieron a celebrarlo con una comida a propósito en el lugar donde habían recibido la noticia, reservada mesa para dos por Mercedes en *El jardín de Orfila*, el restaurante del madrileño hotel Orfila que tenían pendiente visitar.

—Qué mejor ocasión.

El primer nieto llegó con el matrimonio de vacaciones en Chipiona, a principios de un mes de agosto, y saliéndoles al paso como un buen augurio comieron en la Hermandad de la Virgen del Rocío; el segundo lo celebraron en el restaurante *La Capella*, en Altea, a finales de otro agosto, entonces una cena; y el tercero asomó una Semana Santa de recorrido turístico por tierra soriana —con las aguas heladas de la Laguna Negra en abril y torrenciales, dispersas y tan frías como el hielo las del nacimiento del río Duero—, y fue cumplimentado gastronómicamente el Jueves de Pasión en el comedor del hotel Valonsadero.

Contemplado desde el recuento de los días y los acontecimientos, el tiempo vuela.

Tenía que darse prisa al decidir y luego ponerse manos a la obra con algo más de calma.

—¿Qué has pensado? —preguntó Miguel Vayarte.

Mercedes le había preguntado lo mismo en la celebración del cuarto nieto. Y él, entre plato y plato, masticando despacio, le avanzó las cinco propuestas con que refundía el abanico de posibilidades considerando la intención argumental de su nombramiento para el monográfico. Ahora, también sujeto a reflexión mientras contaba, le expuso a Vayarte con similares palabras el hilvanado de sus cavilaciones.

—El poder único... La mentira... La violencia... La intimidad anulada... La estéril proliferación de leyes. — Me explico.

La falta de independencia, y en consecuencia de imparcialidad, en el poder judicial, corrompe la acción de la justicia provocando *decisiones y sentencias canallas*, y es factor decisivo para minar la democracia del Estado de Derecho; la democracia liberal sustentada en el juego parlamentario de las formaciones políticas de variado signo en concurso ante los electores, con efectiva división de poderes y el estricto cumplimiento de las resoluciones judiciales... La práctica consuetudinaria de *la mentira en la vida pública y en la vida privada mata la confianza*, la seguridad y las relaciones, y aboca a extender y perfeccionar el sistema para que tarde en descubrirse el engaño; y cuando así suceda, por un error o gracias a la casualidad, quede impune o pervertido en un lío procesal y en una disputa de persona a persona con terceros directamente afectados y respirando por la herida... Comportamiento agresivo, desmanes, vandalismo, actitud insociable, crueldad; *violencias que entraña el odio*, un odio delictivo inculcado y alimentado con dosis medidas durante el aprendizaje, y violencias causadas por el afán de posesión... *Subasta de intimidades* puestas a la venta y en el escaparate para consumo de morbos y tedios socializados; dramatización en línea de esperpento de los refranes mal de muchos, consuelo de tontos, ande yo caliente y ríase la gente, frase de *El Quijote* y estribillo de una letrilla de Góngora, quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija, presente en *La Celestina*, y si la envidia fuera tiña, ¡cuántos tiñosos habría!... Tantas y tan inútiles, leyes positivas por doquiera pero de aplicación tardía, mala y poca y cumplimiento en

los plazos de nunca o ya veremos, únicamente si conviene a *la farsa legalista del uso alternativo del derecho*; el sistema legislativo español, como los recalcitrantes vástagos del ubérrimo Derecho Romano, en las antípodas del anglosajón, llena códigos con la facilidad que admite recursos y dilaciones y aparta letra y espíritu cuando la instancia superior lo manda, y tal día hará un año...

Miguel Vayarte asintió satisfecho con los enunciados.

—Compro toda la mercancía, pero vamos por partes. Cada uno de los temas tiene entidad sobrada para abordarlo en profundidad. ¿Por dónde empezarías a poner el dedo en la llaga?

—Seamos tradicionales y comencemos por el primer asunto que me desveló al saberme elegido. Si no hay inconveniente, sugiero hablar de la absorción política de los tres poderes que, independientes y organizados según la teoría, deben sostener el edificio constitucional democrático.

—Sin seguridad jurídica es imposible la libertad. Adelante. Cuando tengas el preámbulo y el nudo nos distribuiremos la plantilla de trabajo.

De la seguridad jurídica como bien fundamental en un régimen de libertades, y de la persecución de oficio a las corrupciones con finalidad económica y contra fraudes y estafas a la Hacienda Pública, tuvo que responder, con evidentes apuros, el fiscal Alfredo Márquez Gistau, injertado en la lucha anticorrupción de la Fiscalía General del Estado, los minutos de visita agradecida en horario de sobremesa a su amigo Eduardo Reneda, en la cafetería donde le había confesado las sensaciones angustiosas cuando un sueño recurrente presagiaba un infausto desenlace para su persona. De aquel tremendo susto que tardó en curar, dijo

al abogado, aún escuchaba las palpitaciones del miedo y el susurro helador de la advertencia. Eduardo Reneda, al hilo de la tarea profesional jerarquizada, le preguntó si los temores y los avisos guardaban relación con la pugna entre la conciencia y el deber, el celo y la desidia, en el enjuiciamiento selectivo de los dichos, los hechos y los nombres; un asunto espinoso de tratar aunque fuera con una taza de café en la mano después de tanto sin noticias presenciales viniendo de quien venía. El fiscal se tragó el apuro y, peor que mejor, disculpándose por pasiva, razonó para un oído más piadoso que benevolente, más caritativo que comprensivo, las justificaciones públicamente aducidas, harto resonantes, en defensa de una actuación que discriminaba presunciones de culpa en el marco de una legalidad violentada impedida de legítima defensa.

Alfredo Márquez Gistau lamentaba no poder escapar al cordial interrogatorio sobre el cariz de los personajes inculcados a penas preventivas y mediáticas y los exculpados de esas penas y agravios y repercusiones, que esparcía manchas gremiales, densas y corrosivas, en su impoluta toga de asistente legal.

—Fueron explicaciones tangenciales las que me dio con voz pastosa, excusas a redropelo, algo previsible y síntoma de enfermedad moral solidaria —concluyó Eduardo Reneda después de referir a Miguel Vayarte su conversación con el fiscal mientras se dirigían a la emisora para asistir como únicos espectadores al programa de Santiago Iradier.

—O sea, que no somos todos iguales ante la ley.

—Sólo en las publicaciones de la Imprenta nacional —declaró rotundamente el abogado—. La moraleja de esta historia es que si tienes manta de la que tirar la justicia para

ti serpentea como un meandro que, es un suponer, si acaba por estrangular al aislado, cerrando sus salidas, será cuando la prescripción, figura jurídica invocada a Cronos, o la muerte, brindada por Tánatos, tome el relevo de la impunidad.

De omisiones voluntarias, acciones premeditadas y justificaciones en diferido, trataba la tertulia crepuscular, denunciadas en una extensa presentación por Santiago Iradier que las puso en suerte de lidia a sus tres invitados, dos políticos, hombre y mujer, de signo distinto en apariencia, diferente veteranía en el albero y el burladero y lenguaje similar, y un colega parlamentario que navegaba entre dos aguas. Menos prolijos, por el constante apremio del director del programa en aras de la claridad expositiva, fueron los argumentos que buscaban desviar responsabilidades sin dañar al contrario, que en este asunto desdoblado interrumpía lo mínimo, apenas para matizar, ni al poder de los medios que pinchan y cortan con esmero quirúrgico el bocado apetecido. Pero estimulado por las atentas presencias al otro lado del cristal, Santiago Iradier, a su vez tertuliano activo, incidió en la deriva caótica de la política al uso que a su juicio manifestaba una perversión del sistema representativo y el menosprecio interesado y mentiroso hacia la función protectora en el moderno Estado capitalista del bienestar. Preguntaba, sin preguntar, a los dos políticos de siglas adversarias y al colega tentándose la ropa, cuándo se había implantado el Estado del Bienestar en las democracias populares y cómo pensaban desarrollarlo aquellos que aspiran imponer su credo totalitario en las sociedades regidas por la democracia liberal; preguntaba Santiago Iradier, de modo retórico, qué modelo de bienestar social pre-

gonan los impulsores y los líderes de los movimientos revolucionarios fermentando en el siglo XXI, ectoplasma sucesor de la fantasmagoría comunista, si para sus fines colonizadores no sirven los clásicos y vigentes nórdico, anglosajón, continental y mediterráneo, ni valen como aliante para la recluta en el gran público los quebrados y convulsos modelos marxistas sudamericanos. Al no obtener una respuesta convincente por lo sincera y definitiva ni siquiera en el plano de las suposiciones —quién osaba negar la evidencia en su programa—, a continuación, volviendo a repartir cartas para el debate, hizo hincapié en la lucha entre las facciones del oligopolio mediático para ofrecer su espectro de radiofrecuencia a los encaramados en la cresta de la ola y así, por arte de birlibirloque, pasar de competidor por las audiencias y la tarta publicitaria a diario oficial del régimen naciente, fingidamente asambleario. Santiago Iradier, una de tantas víctimas del periodismo independiente en ese torneo de eliminación, para incorporar a su audiencia y contertulios en la toma de posiciones dispuso enfrentadas sobre el campo de batalla dos formas de gobierno: la nomocracia, el gobierno de las leyes, donde cualquier acto del Estado debe emanar de una competencia legalmente prevista; y la oclocracia, el gobierno de la muchedumbre encauzado por una clase dirigente extraña a la plebe, intelectual y burguesa, que a boca llena dice actuar para su beneficio y con su anuencia.

—Estamos preparando un monográfico al respecto —anunció Miguel Vayarte al jurista especializado en desavenencias conyugales.

—Muy bien traído.

Santiago Iradier terminó el programa con la frase “tomo mis deseos por realidades porque creo en la realidad de

mis deseos”, que pese a su paternidad despótica, servía para un barrido y para un fregado en los enjuagues, además de risueño comodín a interlocutores antagónicos.

—La frase pronunciada en el campus universitario por elementos extremistas disociados de las conductas en torno y del aprendizaje académico, fue un lema incendiario en los años treinta del pasado siglo que ha superado purgas, depuraciones, conversaciones de paz y el nunca dirimente en materia de ideologías filtro del empirismo — apostilló el doctor en sociología y ciencias políticas.

Entró furiosa en las aulas para ahogar la decadente voz de los profesores y señalarlos, igual que a todo funcionario de la educación instituida, como instrumentos opresores de la juventud y de las ignoradas clases populares. Acto seguido, encubiertos por la sorpresa y una ausencia de reacción en la línea oficialista y conservadora de esperar a que escampe, los agitadores congregaron en el campus a un grupo de estudiantes proclive a convertirse en punta de lanza de las consignas y red de captación para expandir el movimiento revolucionario a todos los ámbitos de la sociedad civil y arrojarla contra los cimientos del sistema de convivencia vigente. En un panorama de impunidad patológica —una secuela de la política de no intervención— se sucedieron los mítines de folclore bilioso, divertidos para los oradores de las mordaces soflamas, para excitar a las masas en confluencia radial, atraídos por la estridencia de los rebeldes y sus conclusiones de acoso, derribo y tierra quemada; caló hondo aquella de “no trabajes nunca”. Era tan encantador el discurso, tan sugerente el proceso y tan acelerada la respuesta que pronto dispusieron de una enorme cobertura en la prensa. Con lo que, aprovechando el tirón y el campo libre, los agitadores de grito indignado

y eco exponencial se organizaron políticamente —la anarquía también necesita de cargos y puestos— y eligieron a los miembros de los respectivos comités de ocupación, propaganda, seguridad de los jerarcas y control de las bases; y seleccionaron a los responsables de convocar una asamblea en sesión permanente —el más eficaz órgano de control interno— con el orden del día establecido cada jornada de reunión multitudinaria. La revolución de las ocupaciones y las asambleas teledirigidas anclaba sus pilares en el subsuelo urbano y levantaba una gigantesca carpa promocional en el centro neurálgico capitalino. La toma de la calle se había consumado, la del parlamento se vislumbraba y la de medios de comunicación henchía las velas de odio cerval e impotente contra la libertad, contra la iniciativa personal y contra la competencia en la travesía hacia la conquista de la descomposición; “cobra sin trabajar, afíliate a nuestra política”. Ellos, los pilotos de la nave victoriosa, situados de la cofia a la sentina, todavía viento en popa unidos en el propósito, eran el faro que desde el presente iluminaba un pasado que renacía de sus cenizas, de sus escombros y de sus momias.

Antes de saludar al periodista que despedía a sus invitados hasta la próxima emisión conjunta, Eduardo Reneda visualizó su responsabilidad cuando le llegara el turno de salir a la palestra con el tema elegido para comunicarse con la audiencia. Muy atento y con ganas de aprender había seguido el hilo expositivo de Santiago Iriarte en el epílogo del programa, y le pareció acertado el empleo de metáforas para describir y engarzar las repeticiones de la historia. Era emocionante imaginarse haciéndolo bien.

Pero le preocupaba hacerlo mal. Aunque le disculparan los errores de novato y los nervios que atacan las debilidades y flojeras en la puesta en escena, incluso un lapsus de memoria del que nadie está exento, su amor propio rehusaba la palmadita afectuosa de la conmiseración. Exageraba, se lo dijo Miguel Vayarte camino del Hotel de las Letras para comer con Octavio de la Serna.

—Tu orgullo, que no es otra cosa lo que te está incor-diando, desgasta con salvas de fogueo la honradez de tu prurito. Déjate llevar por tu compromiso y saldrás airoso y hasta contento —le aconsejó—, y pidiendo otra inter-vención a la mayor brevedad. A mí no me cabe duda.

Eduardo Reneda quiso compartir esa seguridad, más bien fe, en una ejecución atractiva y un resultado pulcro que dejara a todos en buen lugar y con las puertas abiertas.

—Lo estoy preparando como hacía con mis apuntes en la facultad a medida que se acercaba el examen, reduciendo coordinadamente las muchas notas que tengo hasta conseguir una síntesis que me permite recordar los conceptos del temario con hueco para la improvisación.

—Coincidimos en la táctica. No se me ocurre mejor ma-nera de preparar un libro o un programa.

A su nuevo ensayo, con toques de novela, que había em-pezado a escribir con el encargo de los monográficos y la selección de los ponentes, Miguel Vayarte lo titulaba *La rebelión de los provec-tos*, incidiendo en cada uno de los capítulos en la ventaja que otorga la edad bien aprove-chada y la experiencia bien adquirida.

Eduardo Reneda le preguntó si sus cincuenta y cinco años podían incluirse en el salón de la fama de los provec-tos.

—Por el respeto a las canas y a los tropiezos que no dan con los huesos en tierra —matizó con la duda de ser un agraciado.

Miguel Vayarte le confirmó su presencia con voz y voto.

—Mis sesenta y siete años no me conceden más privilegio que el de haberlos vivido. Los seres vivos, en especial los humanos, somos un compendio de pensamiento, palabra y obra, y es el conjunto el que determina la edad mental y nos califica moral e intelectualmente; aunque, en la vida que nos concierne, la que compartimos en sociedad, depende del jurado y de las bases de la oposición el premio y el castigo, la virtud y el defecto, el visto bueno y el rechazo.

—Pero no nos creemos inefables.

—Esa vanidad encuentra acomodo en el colegio de imames islamista, en la corriente judaica del hasidismo, en el papado vaticano y en el mandamás del presidium. Nosotros, a Dios gracias, aprendemos de nuestras equivocaciones y procuramos corregirlas cuando nos las revelan con modestia aparte las almas caritativas que por el mundo andan.

Observando desde su atalaya de edad y cristales el devenir de peatones y vehículos por la Gran Vía, Octavio de la Serna esperaba sentado reunirse con Miguel Vayarte y su amigo abogado en el Hotel de las Letras; suya, y plena de sentido, había sido la elección del restaurante. Alrededor de su pertinente curiosidad, el protagonismo correspondía a la comunicación ideada para el aislamiento pasivo de los individuos; palabras a la red, las llamaba, un montón de palabras, a duras penas frases, vertidas como

gloria personal, alabado sea el exégeta que induce a la lectura de su parto, y como detritus de albañal con incrustaciones de provocación que ante un juez comprensivo, tolerante, paternal de una sola clase de hijos, se transforma en humorada de ganso. Pocas voces y muchas palabras en el muestrario de la personalidad orgánica, se dijo.

Octavio de la Serna, el crítico místico y desapercibido, propinaba impasible su desdén —¿quiénes van a cambiar?— y su ambición de conocer el medio, era el único desconectado y puede que el único hasta ese momento que se negaba a convalidar en cultura la incultura —Leandro Fernández de Moratín tachaba la cultura instituida de infame depravación cortesana—, y a entremeterse en el dilatado canal de las infidelidades, los desafueros, la impaciencia y las notas a pie de página vacía, escudado en el arbitraje de los dispositivos móviles.

La impresión a primera vista del personaje que recogió Eduardo Reneda fue la de un hombre troteado y perspicaz con todas las decisiones de su vida ya tomadas.

—Soy un tentetieso —declaró jovial el crítico al apagarse el eco de la presentación sentados a la mesa con vistas al mundo—. Si no lo considera una impertinencia, le preguntaría a usted, que es alguien nuevo para mí, cómo hace para capear los temporales. Los de verdad, naturalmente, y bajo el prisma de su profesión, muy capciosa ella a mi profano entender. Me siento románticamente atraído por los conflictos interpersonales que nacen y mueren en los actores.

—Yo soy un intermediario.

Octavio de la Serna hizo señal de asentimiento.

—Lo conciso de la definición no empece para admitir la grandilocuencia de su significado.

—Es un representante de actores —intervino Miguel Vayarte.

—Legalmente lo soy.

—Espero no tener que requerir de su magisterio, señor abogado. Pero ya que es amigo de mi amigo, por eso le adjudico un valor probado y estable, y que la época que nos contiene a púberes e impúberes asperja demandas y querellas contra la negativa a pasar por el tubo, la invocación a la historia y las cuentas claras, le involucro con su aval en mi destino por si es menester rescatarme de las audaces incursiones que aún me deleita provocar.

Eduardo Reneda ofreció asesoramiento gratuito y eficaz para encarrilar los procesos.

—Si el mejor servicio es el que no hay que hacer, el mejor pleito es el que no hay que sustanciar —añadió.

—Sólo quiero asegurarme de no caer el primero.

—Imposible —terció Miguel Vayarte—. Usted es un cazatalentos; y eso le protege de la envidia.

Octavio de la Serna se palpó repetidamente la punta de la nariz con el dedo índice.

—El olfato es suyo, profesor. Ahora es usted el cazatalentos. Los míos, que los hubo y a fe que notorios, han sido devaluados. Pueden comprender ustedes que son demasiado valiosos para lo que se estila, quizá en el futuro cambien las tornas y un ciclo regenerador derrumbe la función doctrinaria de las artes y la mecanización de seres y objetos; vamos, el entusiasmo destructivo en la calificación artística, vulgo arte, que preside el tribunal de las etiquetas. —Su dedo índice describió lentamente un arco hasta apuntar serenamente al abogado—. ¿Dijo actores o artistas?

—Actores.

—Es lo que son, actores.

—Con inscripción en el libro de actas de los ideales frustrados —destacó Miguel Vayarte.

Octavio de la Serna se pinzó la barbilla con los dedos pulgar e índice.

—Esa es la particularidad, profesor. Nosotros —señaló al abogado y a sí mismo— somos sus talentos, y sé que ambos aparecemos en la lista por usted confeccionada de fragmentos en pie del bastión crítico y liberal, ese escollo vesicante que ulceró el pellejo a los rodadores de la cuesta abajo. Estoy deseando que comience el espectáculo. ¿Se ha cerrado el círculo?

—Al círculo le queda margen espacial para nuevas incorporaciones a las que voy a dar cabida en la siguiente fase, si el telón no se precipita sobre mi cabeza —dijo Miguel Vayarte.

—Cuide su cabeza, profesor, manténgala erguida sobre los hombros. Y no descuide el estómago, por frugal que sea el sustento con que lo alimente.

—Nunca lo hago, y suelo, todavía, ceder al capricho.

—Bien hecho. ¿Y usted, señor abogado de litigios interpersonales, pone trabas a una osadía de las que saben a gloria salga o no salga al ruedo?

—Yo tampoco resisto la tentación, don Octavio.

—¿De qué se trata? —instó Miguel Vayarte.

El veterano crítico formó un círculo con los dedos pulgar e índice que antes había deslizado por su barbilla.

—¿Les apetece una comida redonda? —Conseguida la expectación especificó su propuesta culinaria—: Un saltado de círculos de bellas artes imperfectas acompañados por un revuelto de círculos ciudadanos espongiiformes.

Miguel Vayarte aplaudió el menú.

—¿Y para beber? Son platos que tienden a indigestar.

—Una botella de arte popular, cosecha del veintiuno.

—¿Por qué ese caldo marida adecuadamente con la sugerencia del jefe de cocina? —preguntó Eduardo Reneda no adivinando la relación.

El joven Octavio de la Serna soñaba con ser un artista excelente, pero en seguida se dio cuenta de que nunca su genio igualaría al de aquellos que admiraba y no quería sumarse a la mediocridad favorecida por un mecenazgo interesado en los matices excéntricos. Su pasión por el arte trazaba otros caminos que se adentraron en la naturaleza de las composiciones, y se puso a recorrerlos con fruición y esmero. Había obrado en consecuencia y eso le recompensaba de ciertas amarguras que surgían al comparar su sinceridad de antaño con la promoción automática y careada de valores impostados.

—El denominado arte popular del siglo veintiuno consiste en comprar a ciegas y plasmar en tu vida la creación que te han vendido.

El adulto Octavio de la Serna se convirtió en estudioso y crítico de arte para rebatir las imposiciones de la autoridad en curso; algo que escapaba a las atribuciones de un abogado, pero que permitía a un sociólogo el cuestionarlas en un análisis retrospectivo.

El tiempo propio pasa y no vuelve, como el pasado que, verdaderamente, ha pasado.

Lo hablaron ellos tres, entrelazando anécdotas, durante la comida del día anterior, enfrentados los letristas, de cara al mundo en tránsito, contra los actores y geómetras, bullendo en círculos herméticos y soldados.

El pasado vuelve vestido de última moda, anunció con agudeza el crítico relegado por la maquinaria de las estamaciones: “Escuchad su bramido”. Parecían golpes racheados de viento que impactaban en las ventanas y en las puertas de cristal, pero las ráfagas no eran de viento sino de iracundia: “La espiritualidad estatista de Hegel, la moral y la ética kantiana y el idealismo de Fichte nos atosigan”; el estrepitoso dies irae del absolutismo laicista arrebatada las palabras de la chispeante oposición tropicándolas en dirección única a los alejados pozos muertos de la nevera donde quedan rotas y engullidas hasta el deshielo: “Escuchad los gemidos”, bajos, raucos, desgarradores. A la altura de las miradas incisivas revoloteaban con el filo relampagueante periódicos, panfletos y octavillas de membrete corrido por la tinta rojinegra del racionalismo iluminista; de atrás hacia delante, en premeditado asalto, los gotones de lluvia propagandista desquiciaban puertas, ventanas y persianas perforando las endebles resistencias de cartón piedra, un decorado yacente tras el pestañeo remedo de imaginería policromada, que también al quebrarse y romperse se hacían añicos: “El arte está plagado de metáforas”, recordó Octavio de la Serna, y a la memoria del abogado Eduardo Reneda, entonces como ahora, un sábado de sensata incomunicación, acudió el parlamento de Santiago Iradier al despedir su programa.

¿Esto tiene solución?

Si no tuviera solución, dijo el crítico con sorna y cachaza, sería estúpido dedicar el poco tiempo que resta a conocer gente fotografiada post mortem. Por cierto, añadió: “¿Habéis visitado los museos Mütter y Dupuytren de Anatomía Patológica y Teratología? ¡Qué espectáculo te-

rorífico, sobrecogedor! Es una experiencia estupefaciente, muy recomendable por lo insólita que se muestra la terrible realidad.”

Miguel Vayarte comentó una visita al Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid: “Contemplé el meteorito que cayó en Molina de Segura la Nochebuena de 1858 y de inmediato lo relacioné con aquel gigante exterminador caído en la península de Yucatán hace sesenta y cinco millones de años, que al extinguir la supremacía terrenal de los dinosaurios posibilitó el advenimiento de los humanos que tomaron a sangre y fuego su relevo. ¿Os imagináis una solución semejante para contrarrestar la apretura humana y la consiguiente devastación de la naturaleza en el limitado contenedor estremecido por los achaques?

Ahí lo dejó.

Octavio de la Serna apuntó hacia las prisas por establecer una posta en la Luna y en Marte, como punto de partida para la conquista del universo: “Por pura necesidad más que por afán científico, que también”.

Ahí lo dejaron.

Eduardo Reneda incluso había recreado el día después sin su presencia en el escenario apocalíptico ni en una estación orbital ni en un apeedero-burbuja en las áridas superficies de los astros vecinos. Punto final.

Con una anotación breve sobre el caso de Olga Norklig terminó el repaso al encadenado de actividades durante la semana y su paréntesis de ocio discreto y privado. Leyó lo que había escrito y no corrigió nada: Olga Norklig era una víctima de la incompetencia o la desidia de su abogada, que ni siquiera jugó con su oponente al enroque para ganar el puerto neutral de las tablas pudiendo alcanzarse un desenlace más favorable que el obtenido con las cesiones.

Su abogada le había engañado y el perjuicio para sus intereses no tardó en llegar. Algo pudo revertir de aquel acuerdo que había sido firmado con los ojos cerrados y mucha fe en el destino.

No se preguntó Eduardo Reneda por qué Olga Norklig prefirió pasar página con su abogada en vez de denunciarla con pruebas y testigos ante el Colegio, la Policía o el juzgado de guardia, y elegir otro representante legal que aliviara su agobio para poder olvidar y seguir. Olvidar y seguir, repitió en voz queda a los bellos dorados, cárdenos, anaranjados y azules del crepúsculo.

Rendición de cuentas. Poema visual

Enseguida Lara comentó por teléfono a Jorge Alonso su encuentro casual con el profesor Vayarte en la cafetería de la estación de tren de Valladolid el día de vuelta para ambos.

—Me presenté sin más, aunque me costó unos segundos decidirme, y al momento se acordó de mi apellido.

—Tu apellido es de los que se recuerdan mejor que el mío.

Norklig es un apellido que permanece incólume en la memoria durante años.

—También se acordaba de mi comentario a su último artículo publicado en *Liberalidades.com*.

Le dijo francamente que aún tenía que responder a lo que ella formulaba no como pregunta sino como cuestión de fondo, al respecto de lo que hizo una síntesis demostrativa que casi la ruboriza por la importancia que le estaba otorgando, y se disculpó por la demora. Demasiados asuntos a satisfacer en un estrecho margen de tiempo, alegó en su defensa.

—Nuestro principal mérito es firmar con el nombre auténtico todo lo que escribimos, eso nos da un añadido de valor y credibilidad —puntualizó Jorge. Él nunca había recurrido a los seudónimos ni a los alias.

Lara se mordió la lengua para no decirle precipitadamente que intuía un próximo ingreso en la nómina de colaboradores de Miguel Vayarte.

Lara recibió unos días después de no anticiparse a los acontecimientos una buena noticia para su intuición.

—El profesor Vayarte me pide que desarrolle mi apunte respecto a los argumentos de autoridad —anunció a Lena con la voz emocionada—. ¿Qué te parece? ¿Soy una bruja? —La imperturbable Lena mantuvo la muy lograda mirada y el semblante enigmático del que ninguna interpretación se desprende por completo.

Miguel Vayarte le había escrito a la dirección de correo electrónico que constaba a los administradores de la página para animarle, si le apetecía, a profundizar en el tema por ella apuntado de las dos vertientes materialistas y funcionales del argumento de autoridad: la del porque no y la del porque sí.

—Ahora viene lo decisivo... Ayúdame.

Parpadea de cara al cielo blanco jaspeado de grises, cómodamente estirada; y erguida, ingrávida, a la barandilla sujeta con las dos manos tiernas, frente a un cielo ininterrumpido, lírico.

Secuencia de parpadeos, lenta, nítida, vibrante.

El oráculo ha callado impregnando de silencio la acuarela onírica. Las páginas del relato vital de Lara Norklig, escritas de su puño y letra en sintonía con la voz del oráculo, no le ocultan ni le descubren los rasgos del pasado y el futuro, sino que aluden al pasado para advertir los síntomas del futuro.

Intensa y gravemente lee despacio el reverso de su historia para entender las variaciones en la vida que ha ido eligiendo, y acepta enmarcar los dilemas que se le plantean con signos de interrogación.

Lo que sabe a ciencia cierta es que nunca ha sido ignorante sobre quién es y lo que desea.

No eran sueños lo que soñaba.

Lara dormía las noches sin sobresaltos, de lado, flexionadas las rodillas, ligeramente inclinado el torso hacia la evocación del feto, inmiscuida en el papel protagonista del dramático onírico en sesión privada y como espectadora que recibe una información que por fin se ha desclasificado. Al despertar, a salvo de interferencias, libre de malestar heredado, recordaba el episodio y podía ampliarlo y detallarlo al máximo.

Después de vivir en segundo plano físico unos cuantos episodios consecutivos sentía gratitud.

Estaba en deuda con Sergio. Le apenaba ahora más que antes, pasado el tiempo en vano para borrar las malas imágenes, esa falta de consideración a unos recuerdos hermosos que lejos de evitarlos deseaba conservar y revivir en su esplendor porque le pertenecían: la cena de aniversario en *La Rotonda* del Hotel Palace, celebrada bajo la cúpula de iris alados; la fotografía de increíble perfección que Sergio le había sacado en *Chicote*, rociados por una atmósfera de espectáculo; la cena de cumpleaños en el ático del Hotel Ada, brindando las copas de líquido dorado en la terraza por encima de la rutilante acuarela nocturna; los paseos ajardinados por los alrededores del Palacio Real y el barrio de La Latina, aderezados con vermú de grifo y tapas de muy diversa procedencia; la comida de entrañable nostalgia en Casa Botín, felicitada la memoria invicta por los sabores tradicionales, componiendo en el piso alto una pareja de figurantes de la maqueta en el escaparate de la

planta baja; la impresionante visita a la Cripta de la catedral de la Almudena con la respetuosa lectura de la historia inscrita en lápidas. Estampas de Madrid que con Sergio degustaba a saltos de gorrión, picoteando las delicias, incorporando rincones y matices al calor y el color de los viejos lugares que eran sus preferidos y en los que perpetuaba su devoción castiza: los callejeos por Chamberí y el Barrio de las Letras, el consomé y las croquetas de *Lhardy*, los conciertos en el Auditorio Nacional, los callos de *El abuelo*, las meriendas por la zona de la Puerta de Alcalá, los teatros y los teatreros de la Gran Vía, el cocido de *Malacatín*, los montaditos de *La fábrica*, con visita incluida a la basílica de Jesús de Medinaceli, y los batidos en el *Café de la Luz*. Sergio amaba Madrid, no había oferta suficiente atractiva en el mercado de las ambiciones personales que le alejara prolongadamente de su mundo madrileño. “¿Dónde, al final, mejor que aquí?”, decía y zanjaba el asunto de las posibles mudanzas.

Lara le debía una palabra cargada de sentimiento y de verdad. Se había disculpado cuanto supo y pudo, pero aún le quedaba pendiente cumplir con una obligación ya ineludible.

—Gracias.

Llamó por teléfono a Sergio —nada de mensajes, nada de símbolos gráficos con sonrisa y aplauso, nada de envoltorios edulcorados que guardan para regalo una fragancia perecedera— y le dio las gracias.

Por la protección. Por las oportunidades. Por quererla.

Una vez confesadas, pagaba sus deudas.

Lara encabezó una página en blanco de su relato vital con un reconocimiento explícito a Paco Moliner, compendiado en una muestra de voluntad con las facultades indemnes transmitida de generación en generación: *Una hora más de entendimiento que de vida*; frase de la que él hacía gala.

Es lo único que escribió en esa hoja.

Y llenó la siguiente con una declaración de espíritu sublevado: *Lo que menos me preocupa de mí es por qué no siento la locura por las mismas cosas y las mismas ideas que muchos.*

Ha comprendido el significado de aquella reiteración en Jorge que le despertaba inquietud: “Tengo necesidad de ver el cielo y de respirar el aire”. Eso cree al sentirse tiernamente acuciada por idéntica exigencia.

Siendo un crío y sin que nadie lo supiera, Jorge inventaba calles y pueblos de las calles y los pueblos que conocía; nunca personas, ni árboles, plantas o demás seres vivos móviles. Sólo inventaba espacios habitables con capacidad para contener lo que imaginaba, algo así como aspectos mejorados de la insoslayable realidad; el resto del mundo natural físicamente apreciable en sus tres dimensiones había alcanzado la perfección.

Lara había inventado secretamente una expansión transitoria de sí misma en la fase adolescente de la pubertad. Esa forma de vida fabulada con creciente arraigo era la de un doble y como tal actuaba en las escenas comprometidas de su película. La provisionalidad esmeradamente ideada le servía para orillar los peligros y eludir las dificultades de las que pudiera prescindir en el futuro recuento de ha-

zañas, y para no embelesarse con las buenas rachas ni distraer fuerzas de reserva con los éxitos igualmente pasajeros. En la vida delegada de su invención, a la que no pensaba renunciar, suponiendo que hubiera podido después de tanta dedicación, nada había definitivo ni para bien ni para mal; todo era acordemente provisional a las circunstancias.

Un día veraniego de confidencias nostálgicas al amor de la umbría compartió su secreto con Jorge.

Somos dos personas que buscan el beneficio mutuo desde la individualidad, explicó Lara a Lena refiriéndose a ella y a Jorge.

Lena, la creación escéptica e irónica con vida delegada, le preguntó si con Paco Moliner y con Serio no había funcionado la relación tan bien con ese mismo protocolo.

Lara suspiró al aire y buscó el cielo con sus dos miradas.

Egoísmo de convicciones y egoísmo de posesiones, susurró Lara a Lena, las dos frente al espejo.

¿Qué me quieres decir?

Eran dos egoísmos diferentes lo que colocaba en cada uno de los platillos de la balanza.

Lara volvía a referirse a Jorge y a ella en su concierto sentimental.

Jorge Alonso descendía la escalinata de la Biblioteca Nacional mientras Lara terminaba una sesión de fotografías a las piezas escultóricas situadas en los Jardines del Descubrimiento. Puntuales, calmos, se saludaron y durante un

paréntesis en silencio contemplaron la tarde espléndida antes de encaminarse por Jorge Juan hacia un paisaje urbano de compras esporádicas y al caer la noche de cena.

Jorge fue pródigo al contarle su reunión con Miguel Vayarte esa semana.

—Empezamos hablando de historia.

La historia erigida en los monumentos que Lara acababa de retratar, sin ir más lejos, y de esa otra historia, tan cierta, sacrificada y fecunda, tan envidiada e inimitable en la gloria y la huella como en el odio y el descrédito, aún por recobrar intencionadamente del ostracismo, la traición y la falacia. Puso énfasis verbal y corporal en las tres acusaciones.

—Luego hablamos de educación.

De una educación que reparte el esfuerzo entre profesores, alumnos y familia, exigente con el aprendizaje, primero, para asegurar a su estela la convivencia, y volcada con el trabajo, el mérito y la superación de quien imparte y de quien recibe para sabiendo más y de todo poder elegir un modelo de vida personal y profesional independiente y de amplios horizontes.

Jorge daba clases particulares a un número muy reducido de estudiantes del bachillerato de humanidades, allegados a las ramas de su familia, durante el curso escolar. Decía que el ejercicio de una vocación en él intermitente le motivaba para seguir aprendiendo y publicando material didáctico de rápida comprensión en su página web de historia.

—Y hablamos de mil cosas.

Como ellos dos cuando descolgaban el teléfono o se veían.

Otra vez.

Era su hermana y tenía que ir.

¿Tienes que ir?, preguntó Lena sin inflexión en la voz juzgadora. Tengo que ir.

La perseverante Olga le seguía poniendo ganas.

¿Le sigue poniendo ilusión? Seguramente menos que al principio.

Lena aún no había nacido ni como idea remota la madrugada que Olga, entre contenta y nerviosa —obviamente ilusionada porque el feliz acontecimiento brotaba pese a las reticencias de los agoreros—, le pidió que hiciera acto de presencia en la siguiente cita —que iba a producirse al cabo de unas horas— con su flamante conocido de red social para darle su visto bueno. Según le dijo Olga, aquel hombre encarnaba al tipo de su preferencia.

¿El deseo hecho hombre? No te burles.

Domingo de marzo tardío, desperezándose la primavera vespertina en el ambiente. Olga los presentó en la terraza del *Café Alabastro*, Olga actuó de maestro de ceremonias, Olga aguzó sus cinco sentidos repartiendo conversación y despachó el sexto al limbo; Olga no entendió nada ni reaccionó como cabía esperar en la rueda de presentaciones del teatrero a sus amigas, y mantuvo la sonrisa de beneplácito y su apuesta de mujer intrépida en pugna contra las dudas comedidamente afloradas en los resúmenes privados que de inmediato ella organizaba. Hasta que la obstinada realidad se impuso y el velo descendió arrastrando su obnubilado anhelo. Esa confianza ciega que mantuvo en vigor varias semanas, y que acrecentó su temor a la soledad, un miedo compartido en el hervidero de intercambios, fue su puesta de largo con el recurso a la tecnología para entablar

múltiples comunicaciones a distancia con manifiesto propósito de pareja bajo el mismo techo.

Ofertas en red, murmuró Lena.

Las redes sociales ofrecían a Olga un catálogo de atractivos impersonales entre los que, aparte de la novedad, resaltaba la disposición a lo fortuito de los candidatos, que iba seleccionando por criterios geográficos, estilos de vida y manejo de la conversación mensajada; en las temerarias navegaciones de la época temprana, Olga brindaba su interés a los varones con los dedos ágiles, zalameros y chistosos y con una pronta aceptación de quedar para tomar café en un establecimiento cercano, pero no contiguo, a su domicilio.

Aducía Olga en su defensa que no deseaba perder el tiempo con fantasmas: si los tenía delante era más fácil clasificarlos en posibles o imposibles y más difícil que la engañaran. Pero su clasificación tardaba en salir a la luz y los engaños remoloneaban tediosos por los vericuetos del laberinto sentimental. Le costaba reconocer el fracaso aunque le abofeteara la cara; sin embargo, no se paraba en barras al conceder palabras y detalles ni a la hora de formalizar una cita que siempre la llenaba de una expectación optimista.

Quien la sigue, la consigue.

Cada cita, y hubo muchas, revalidaba en Olga la esperanza de encontrar al hombre buscado. Acumulaba situaciones en una escala de ridículo a absurdo que hubiera podido encuadernar rotulado el tejuelo en el lomo del volumen con la leyenda: No me doy por vencida.

De los errores se aprende.

Olga hacinaba nombres y experiencias a la par que Lara se desprendía del pasado que ya nunca volvería. Los objetos que Olga conservaba distribuidos por la casa, que ya no era el hogar de una familia estructurada sino un alojamiento provisional del que acabaría marchando con más pena que gloria, no estaban escritos con las yemas de los dedos; los pocos que Lara todavía guardaba a la vista o empaquetados mantenían su escritura dactilar, le hablaban al mirarlos y tocarlos.

Otra vez, incidió Lena mirando a su creadora en el espejo.

La enésima presentación de un candidato. Ahora en El Pardo, un domingo soleado que inauguraba el verano, donde Olga y quien fuera la esperaban para comer. Y luego el veredicto, la aprobación o el consuelo.

Nos hacemos viejas, hermana. Ve pensando en jubilarte.

A un palacio de recreo como el de La Quinta, enfrentado al desvío por carretera de La Zarzuela. El paraje le gustaba, tenía encanto, se respiraba intriga de color rosa dentro de un paréntesis. Sería una privilegiada si dispusiera de unos metros de jardines y estancias para su antojo, libre de peajes, por supuesto, con el servicio de suministro y de vigilancia en dependencias ocultas a las indiscreciones.

¿Qué se te antoja?

Biografiar una vida.

¿Cuál?

La mía.

Hace años pensó en el profesor Vayarte como motivo para escribir sobre una vida interesante, provechosa, de trascendencia pública; pero lo descartó, era un trabajo excesivo para una aficionada inconstante. Al comentarle su

capricho del relato vital a Olga, uno de esos días de confidencias íntimas sentadas a la mesa de la cocina, además de querer leerlo para averiguar el papel que le adjudicaba sugirió a Lena que considerara su propia vida como argumento que legar a la humanidad pendiente de comparaciones.

—Yo no tengo carnaza que ofrecer. —Su historia personal carecía de comportamientos escabrosos vendibles a editoriales y televisiones—. En mi vida no hay matrimonios de conveniencia ni rupturas sonadas, no hay escándalos sexuales ni prácticas mafiosas, no soy política ni periodista ni juez, que son las profesiones más devaluadas en la opinión de los encuestados, no he ido a la cárcel ni estoy procesada ni debo a Hacienda ni me cisco en los símbolos nacionales para recibir un trato de favor en las asignaciones económicas de las partidas presupuestarias. —Nadie pagaría por leer sobre una vida sin incidentes reseñables en un tabloide—. En mi vida no humean los conflictos superficiales.

—No tienes una vida comercial —convino Olga.

La de Olga en los últimos años sí que daba para una serie de trece capítulos, sonrió Lara.

Otra vez una vuelta a empezar con el candidato de turno: Hola, soy su hermana; ¿y tú de dónde sales?

¿Qué pronostica el oráculo?, preguntó la inquisitiva Lena a su lado en el coche.

Macerado en prudencias e incrédulo a las bondades del cambio de fisonomía, el oráculo se reservaba el pronóstico.

POR EL LARGO CORREDOR DE LA HISTORIA venía arrastrando fatigas y pesares el hombre legendario, criatura de origen fabuloso en un tiempo divinizada y ahora un ser compungido y extraviado por el abandono y el recambio, con su biografía balanceada en un hatillo de paño deslucido y muy a su espalda nubes de polvo, sucias y ajadas, informando de la martingala.

El ideal frustrado es el título oneroso de su carga y de un disfavor labrado por la constitución de una existencia alternativa instaurada en la figura del jefe, signo y función los del jefe, la pieza que goza de mayor libertad, y en el firme sostén de los adeptos; de tal manera que al comparar en estudio la tradición con la modernidad, para el hombre antiguo el moderno no ejemplifica ni la libertad ni la creación.

El remozado hombre legendario, caricatura del original, desposeído de su identidad primigenia, de fuerza y de sentido, ignorante pero jubiloso desciende los escalones de su declive como impuesto dios de razón, como filosofía desgajada en vestiduras de ciencia empírica, como fugitivo en origen de lo trascendental y como fatua encarnación de suficiencia. El original no ha podido soportar una vida derivada hacia la forzosa modelación del humano nuevo, extirpado de valores absolutos, persuadido a la imitación dentro de una bomba de fobia ideológica.

Libérame, déjame ir, ruega el condenado a perderse en el desierto.

El viento que arremolina la biblioteca de vacíos existenciales canturrea desabrido el estribillo de la marcha fúnebre: El pasado ha vuelto para ocuparse del futuro.

Please release me, let me go.

Engelbert Humperdinck era el cantante extranjero favorito de Ángela. Miguel Vayarte dejó de leer, estiró las piernas y una vez más puso el disco de vídeo digital con la grabación del concierto en LA Forum de 1995, que Miguel Ángel había regalado a su madre al poco de instalarse en el Nuevo Mundo. Y volvió a emocionarse y a confesar que la echaba de menos.

Say you and your Spanish eyes will wait for me.

En su atiborrada mesa de trabajo, una carpeta abría el contenido por la última incorporación, breve y sobrio epílogo. El *Expediente Séneca* ya no era una obra inconclusa y su autor, que apenas dirigía ya palabras al mundo, había cesado en su cometido narrativo.

—Me ha dicho que sabía lo que iba a pasar—le informó el psiquiatra Diego Silva Hurtado— y que ha perdido el interés por comunicarse.

Su despedida resumía una ambición: *He querido subir por encima de los muros.*

Junto a esta carpeta y también abierta, otra provista de varias hojas correspondía al monográfico que había solicitado del filósofo Isidoro Ramírez Mena.

—La Ilustración y el Romanticismo son periodos enlazados. El siglo XVIII da el triunfo al raciocinio y el XIX aporta tecnología revolucionaria y exacerba los sentimientos. No hay contradicción en los movimientos ni en los postulados de ambos siglos, aunque lo parezca, sino complemento en la urdimbre.

El contraste de los antecesores de los siglos XX y XXI revelaba la ahogada denuncia del desarraigo y el retorno a la tribu con predominio absoluto del grupo sobre el individuo.

Sueltas en una esquina de la mesa de trabajo aguardaban pendientes de archivo las reseñas de las dos entrevistas a agencias de información que había concedido después de emitida la primera serie de monográficos.

La corresponsal de Associated Press conocía suficientemente los ensayos del profesor Vayarte, desde *Los trabajos de Proteo* al reciente, todavía el papel con aroma de tinta fresca, *El pasado ha vuelto para ocuparse del futuro*, para enfocar la entrevista en los aspectos relativos al culto y a la identificación.

—Hábleme de los mediadores con la divinidad en las sociedades actuales.

La constelación de ídolos a los que se atribuye el vínculo con lo divino. El ferviente deseo de superar las carencias y las dificultades por la gracia de un poder omnímodo, ubicuo en el perímetro marcado para las actuaciones y mitificado por la propaganda, que explica y faculta seleccionando en su incuestionable discrecionalidad a los ungidos.

—Hábleme del hombre legendario en las sociedades arcaicas.

El intercesor entre lo sagrado y lo profano que disuelve a base de sufrimiento y derroche de generosidad la bruma de la confusión sembrada por un enemigo ancestral muy potente, inasible y porfiado.

—Hábleme de la transición.

El pensamiento ha sido desplazado hasta del ámbito íntimo atenazado por la mutabilidad, y confinado en un fragor de propaganda para supeditarlo a los mandamientos del progreso. El producto de la conversión es un hombre mudable desenlazado en toda su dimensión del hombre pensante.

Miguel Vayarte le dijo que el sustituto del hombre legendario cantado por las leyendas es el ídolo de masas promocionado mediáticamente, al que los canales de difusión, con gran aparato y constancia durante el plazo que fija la cuenta de resultados, conceden la vitola adánica de ser pionero de una acción nunca antes ejercida. Y así sucesivamente, intento tras intento.

El periodista de la Agencia EFE había seleccionado una decena de artículos con el denominador común de la denuncia del totalitarismo en su periplo histórico.

Concebida en el seno político del humanismo griego, la Ilustración portaba como antorcha el conocimiento que de ella emanaba y que iba a propiciar, como nunca hasta entonces, la liberación de la humanidad en tinieblas al rescatarla de un atavismo salvaje donde se cultivaba la veneración, transformándola en una humanidad obediente a ese destino lógico y revelado por los guías ilustrados que, progresivamente, rescindieron del contrato social las cláusulas que atañían a los sentimientos y las creencias, fuente de libertad individual, obstáculo insalvable para los materialismos dialéctico, histórico y económico, engranajes máximos de la colectivización en el siguiente periodo revolucionario forjado por aclamación. La búsqueda del orden social perfecto, el objetivo final, pasa por el tamiz controlador de la ciencia: cientifismo y racismo, sólo los científicos, verificando o mintiendo, encontrarán la panacea

del orden social perfecto tributario de la única e incommovible ideología totalitaria que infunde miedo para debilitar y al cabo someter al contrario.

Es la estrategia disuasoria del terror, añadió Miguel Vayarte, la que provoca con sus tentáculos y sus sombras escurridizas una continua inseguridad en el amenazado.

Índice

EN UN MOMENTO ... 9

Primera época

- Llamada para salir a escena ... 13
- La especialidad del hombre de leyes en la cocina de la sociedad conyugal ... 16
- Comunicaciones a distancia sin voz y con los ojos irritados ... 24
- Celebración de aniversario ... 43
- En la tribuna y en la platea ... 51
- En primavera y verano huele a flor y en otoño e invierno a fruto ... 69
- Una oportuna campaña publicitaria ... 98
- Sí quiero. Sí puedo ... 126
- La ayuda es bien recibida ... 167
- Todas hieren, la última mata; adivina lo que cuece en el puchero ... 200
- Expediente Proteo ... 248
- Letra de Navidad ... 273

Segunda época

- La ruta migratoria de las aves y los peces ... 297
- Las ventanas del castillo y las aguas del balneario que miran al cielo ... 323
- Problemas innecesarios ... 343
- El subjetivo placer de la obsesión ... 364
- Acción, reacción, bis e ídem ... 381
- La gran empresa de las mudanzas ... 400
- Andanada ... 420
- Una respuesta emocional y estética: Propiedad privada ... 449
- Una respuesta emocional y estética: Disyuntiva ... 461

Una respuesta emocional y estética: Propaganda ...	482
Una respuesta emocional y estética: Control social ...	501
Una respuesta emocional y estética: La preceptiva obediencia al mal menor ...	511
Una respuesta emocional y estética: La experimentación cí- clica ...	521
La inspirada conjunción de modistas, cocineros y el tren de las trece veinticinco ...	530
Némine discrepante ...	541
La verdad y nada más que la verdad ...	581
Rendición de cuentas. Poema visual ...	599
POR EL LARGO CORREDOR DE LA HISTORIA ...	611



© Miguel Ángel Olmedo Fornas

ISBN: 978-84-941117-5-4

Ediciones Vitruvio, n.º 1.200

primera edición, 2018

Diseño de cubierta: Eugenio Rivera

<http://www.dejaquelibros.com>